ADALBERT STIFTER

VERANO TARDÍO

Un estudiante vienés emprende largos viajes a pie por la montaña. Un día pide asilo en una casa solitaria cuyas paredes están cubiertas de rosas. Así conoce a quien será su mentor y segundo padre, el barón Von Risach, que ha hecho de su Casa de las Rosas y de los jardines y campos que la rodean, un microcosmos donde se dan cita el trabajo de la tierra, la artesanía, la literatura y las artes. Allí se instalan también, en periódicas visitas, la hermosa Natalie y Mathilde, su madre. Pasarán varios años hasta que se nos revele el simbólico valor de las rosas y el dramático pasado de Mathilde y Von Risach, quienes sólo pueden vivir un «tardío verano» en el otoño de sus vidas, mientras crece y llega a feliz término el amor del joven Heinrich y de Natalie.

Adalbert Stifter (1805-1868) nos ofrece en este último gran Bildungsroman (1857) las etapas que ha de recorrer el hombre para llegar a la verdadera meta: el conocimiento de sí mismo. Surge así, en el grandioso paisaje de las montañas de Bohemia, una bellísima utopía, en una prosa alemana de incomparable pureza. El autor, desengañado de sus circunstancias históricas, ha escrito una novela «contra su época»; ni exaltación romántica ni dictado de la sociedad burguesa: un lento proceso de maduración bajo el signo del arte y de la belleza, en armonía con la naturaleza.

Tachada en su época de idílica y monótona, es Friedrich Nietzsche el primero que ve en esta novela una de las tres o cuatro obras maestras en lengua alemana dignas de ser leídas y releídas. Desde entonces no ha dejado de aumentar el número de sus adeptos, entre ellos Hugo von Hofmannsthal, Franz Kafka y Milan Kundera.

Adalbert Stifter

Verano tardío

ePub r1.1
Titivillus 21.03.17

Título original: *Der Nachsommer*
Adalbert Stifter, 1856
Traducción: Carmen Gauger

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

TOMO I

1. El interior

Mi padre era comerciante. Vivía en la ciudad, en una casa de medianas dimensiones, donde ocupaba como inquilino una parte del primer piso. En esa misma casa tenía el local de venta y la oficina, además del depósito de mercancías y otras cosas que necesitaba para llevar su negocio. Además de nosotros, sólo vivía en el primer piso una familia compuesta de dos personas mayores, un hombre y su mujer, que venían a comer a casa una o dos veces al año; nosotros íbamos a verlos, o también ellos pasaban a vernos, cuando llegaba una fiesta o un día en el que era costumbre visitarse o desearse felicidad. Mi padre tenía dos hijos, el primogénito, que era yo, y una hija dos años menor. En el piso teníamos cada uno un pequeño aposento en el que debíamos consagrarnos a las tareas que nos ponían con toda regularidad, ya desde la infancia, y en el que dormíamos. Nuestra madre se encargaba de vigilarnos y a veces nos permitía ir a su gabinete y jugar allí.

Mi padre estaba la mayor parte del tiempo en el local de venta y en la oficina. A las doce subía y almorzábamos en el comedor. Los empleados de mi padre comían a nuestra mesa; las dos criadas y el mozo de almacén tenían mesa aparte en el cuarto de la servidumbre. A los niños nos daban comidas frugales, padre y madre tomaban de vez en cuando un asado y siempre un vaso de buen vino. Los empleados compartían el asado y bebían un vaso del mismo vino. Al principio, mi padre sólo tenía un contable y dos empleados, después tuvo cuatro.

El piso contaba con una habitación bastante espaciosa. En ella había unos armarios planos y anchos, finamente pulimentados y taraceados. Tenían puertas vidrieras, una tela verde detrás de las puertas, y estaban repletos de libros. Por eso había puesto mi padre las cortinas de seda verde, porque no podía soportar que los títulos de los libros, que solían estar en los lomos y tenían caracteres dorados, pudiera leerlos toda la gente a través de los cristales, como si él quisiera vanagloriarse de los libros que tenía. Le gustaba detenerse delante de esos armarios, y, cuando disponía de un momento después de comer o en cualquier otra ocasión, muchas veces abría las puertas de un armario, miraba los libros, sacaba éste o aquél, lo hojeaba un poco y volvía a ponerlo en su lugar. Al caer la noche, como raras veces pasaba las veladas fuera de casa excepto cuando se ausentaba por asuntos de negocios o iba con mi madre a algún espectáculo, lo que a veces le gustaba hacer, con frecuencia se sentaba una hora, pero aún más a menudo dos o incluso más, ante una mesa antigua artísticamente tallada que había en la biblioteca sobre una alfombra también antigua, y leía. Entonces nadie podía molestarlo ni atravesar la biblioteca. Luego salía de allí y decía que se podía servir la cena, comida a la que no asistían los empleados, sólo nuestra madre y nosotros. En la cena le gustaba hablarnos a los niños y nos contaba toda clase de cosas, a veces historias divertidas y cuentos. El libro que había leído volvía a colocarlo siempre en el armario del que lo había sacado, y quien entrase en la biblioteca nada más haber salido él no notaba en absoluto que allí había estado alguien leyendo. Por lo general, en casa de mi padre ninguna habitación podía presentar huellas de su reciente uso, sino que cada aposento había de estar bien arreglado, como si fuese una sala de recibir. Pero también debía expresar cuál era su destino concreto. No soportaba esas habitaciones mixtas, como él las llamaba, que podían ser varias a la vez, alcoba y cuarto de jugar y aún más. Cada cosa y cada persona, solía decir, no podía ser sino una sola, pero debía serlo del todo. Ese rasgo de rigurosa exactitud también nos fue inculcado a nosotros y nos hacía obedecer las órdenes de nuestros padres aunque no las entendiéramos. Por ejemplo, los niños no podíamos ni poner el pie en el dormitorio de los padres. Una vieja sirvienta era la encargada de limpiar y ordenar allí.

En las habitaciones colgaban cuadros aquí y allá, y en varias de ellas había muebles que provenían de tiempos antiguos y llevaban extrañas figuras talladas o incrustaciones de distintas maderas que representaban hojas y círculos y líneas.

Mi padre tenía también un armario con monedas, algunas de las cuales nos enseñaba a veces. Eran sobre

todo preciosos táleros, en los que se veían hombres armados o con rostros enmarcados por abundantes bucles; luego había algunos de tiempos muy antiguos, con maravillosas cabezas de efebos o de mujeres, y uno con un hombre que tenía alas en los pies. Poseía también piedras en las que había cosas talladas. Él tenía en mucho aprecio esas piedras y decía que provenían de la Antigüedad y del pueblo más experto en arte, a saber, de los antiguos griegos. A veces se las enseñaba a los amigos, que permanecían mucho tiempo junto a la pequeña cómoda donde estaban, tomaban en las manos ésta o aquélla, y hacían comentarios.

A veces venía gente a casa, pero no a menudo. En alguna ocasión invitaban a casa a niños con quienes nos permitían jugar, y con más frecuencia íbamos nosotros con los padres a las casas de otras personas que tenían hijos y que nos organizaban juegos. Estudiábamos en casa con preceptores, y esas clases y las llamadas horas de trabajo, en las que los niños debíamos llevar a cabo las tareas que nos habían sido encomendadas, eran la forma habitual de repartir el tiempo y no permitía desviaciones.

Mi madre era una mujer afable, que nos quería muchísimo a los niños y que habría permitido mucho más un desvío del horario establecido a cambio de algo placentero, si no se lo hubiese impedido el temor a nuestro padre. Se movía por la casa afanosamente, se ocupaba de todo, lo ordenaba todo, no permitía excepciones por ese temor ya mencionado y era para nosotros una imagen del bien tan venerable como mi padre, cuya imagen no admitía cambios. En casa solía vestirse con sobriedad. Sólo a veces, cuando debía ir con mi padre a algún sitio, se ponía sus lujosos vestidos de seda y también sus joyas, de manera que nosotros pensábamos que era como una de esas hadas que ilustraban nuestros libros de cuentos. Nos llamaba sin embargo la atención que siempre llevaba piedras muy sencillas aunque de mucho brillo, y que nuestro padre nunca le ponía en torno al cuello las piedras talladas que sin embargo, según decía él, contenían unas figuras tan hermosas.

Cuando los niños aún éramos muy pequeños, madre pasaba el verano con nosotros en el campo. Nuestro padre no podía acompañarnos porque sus negocios lo retenían en la ciudad; pero venía todos los domingos y días de fiesta, se quedaba la jornada entera con nosotros, que le dábamos albergue. Durante la semana íbamos nosotros a verlo a la ciudad un día, a veces dos, en cuyo caso él nos daba comida y albergue.

Aquello cesó por fin, primero porque padre tenía cada vez más años y no podía prescindir fácilmente de nuestra madre, por la que sentía máxima estima; pero después también porque logró comprar en las afueras de la ciudad una casa con jardín, donde disfrutábamos del aire libre y podíamos movernos y vivir todo el año como en el campo.

La adquisición de aquella casa fue una gran alegría. Así pues, nos mudamos de la vieja y tenebrosa casa de la ciudad a la alegre y espaciosa de las afueras. Mi padre la había instalado antes en su conjunto, e incluso cuando ya vivíamos en ella aún había artesanos que seguían trabajando en diversas habitaciones. La casa estaba destinada exclusivamente a nuestra familia. Sólo los empleados habitaban también en ella y, como una especie de portero y jardinero, un hombre de bastante edad con su mujer y su hija.

En esa casa, padre eligió para sus libros una habitación mucho más grande que la que había tenido en el piso de la ciudad, también destinó a los cuadros una sala especial, porque en la ciudad, por falta de espacio, los cuadros habían estado repartidos por distintas habitaciones. Las paredes de esa nueva habitación de los cuadros hizo tapizarlas en un color cobrizo con el que formaban un bello contraste los marcos dorados. El suelo fue cubierto con una alfombra de tonos mate, que no alterase los colores de los cuadros. Mi padre había mandado construir un caballete de madera marrón, que se hallaba en la sala, para poner sobre él bien este cuadro bien aquel otro y observarlo a la luz más adecuada.

También había una sala especial para los muebles antiguos tallados y taraceados. Nuestro padre había traído una vez de la sierra un artesonado tallado en madera de tilo y cembro. Mandó ensamblar aquel artesonado y completarlo con algunos aditamentos que no se notaban, de manera que quedó muy bien adaptado al techo de la habitación. Aquello nos encantó a los niños y nos sentíamos el doble de a gusto en la antigua habitación cuando padre o madre nos llevaban a ella por la noche y trabajábamos allí un poco y ellos nos hablaban de los tiempos en los que se hacían tales cosas.

Al final de una galería revestida de madera que, en el primer piso de la casa, iba a dar al jardín, mandó construir una pequeña pieza acristalada, es decir, un saledizo cuyas dos paredes que miraban al jardín constaban sólo de paneles de vidrio; pues las paredes del fondo eran de madera. En esa pieza colocó armas antiguas de distintas épocas y formas. En el jardín plantó mucha hiedra que trepaba por las barras que sujetaban el cristal; y también hizo subir la hiedra por dentro, enroscada en el armazón, de manera que susurraba en torno a las armas antiguas cuando se abría alguna de las vidrieras y entraba el viento. A un gran mazo de madera que había en aquella pieza y que ostentaba unos horribles clavos lo llamaba estrella matutina, lo que a los niños no nos convencía porque la estrella matutina era mucho más bonita.

Había otro cuartito tapizado de seda roja artísticamente fruncida, que había comprado él. Fuera de eso,

no se sabía aún lo que habría después en aquella pieza.

El jardín tenía frutales enanos y setos de hortalizas y de flores, y en la parte final, desde la que podían verse los montes que, a media milla de distancia, formaban un amplio círculo en torno a la ciudad, había altos árboles y pastizales. En cuanto al viejo invernadero, mi padre en parte había mandado repararlo, en parte lo había ampliado con un anexo.

La casa tenía además un gran patio abierto al jardín, en el que podíamos jugar cuando la hierba del jardín estaba húmeda y al que daban las ventanas de la cocina, donde madre pasaba mucho tiempo, y de las despensas.

Nuestro padre iba todas las mañanas a la ciudad, a su local de venta y a su despacho. Por razones de orden, los empleados tenían que ir con él. A las doce regresaba a almorzar, y también venían los empleados a quienes no correspondía quedarse de guardia en el local durante la hora del almuerzo. Por las tardes solía ir otra vez a la ciudad. Los domingos y festivos los pasaba con nosotros.

Ahora, como teníamos más espacio, invitábamos con mayor frecuencia a nuestra casa a familias con niños y podíamos solazarnos en el patio o en el jardín. Y los preceptores venían a nuestra casa de extramuros, como antes habían venido a la casa de la ciudad.

Nuestro padre, que por pasar tanto tiempo sentado ante el escritorio corría peligro de caer enfermo, ahora, dada la insistencia de nuestra madre, se concedía a diario cierto tiempo libre, que empleaba en moverse. Durante ese tiempo iba a veces a una galería de pinturas, o a casa de un amigo, donde podía contemplar algún cuadro, o se hacía introducir en casa de alguna persona desconocida donde había cosas interesantes que ver. En verano, cuando en los días festivos hacía buen tiempo, también íbamos a veces a tomar el aire, y pasábamos el día en una aldea o en un monte.

Nuestra madre, a quien había alegrado muchísimo la adquisición de la casa, se entregaba con renovado afán a las labores domésticas. Todos los sábados lucía la ropa, «blanca como la flor de los cerezos», en el tendedero del jardín y había que limpiar bajo su dirección una habitación tras otra, excepto aquellas en las que estaban los objetos de valor de nuestro padre, que siempre había que limpiar y desembarazar del polvo en presencia de él. Ella se encargaba, junto con nuestro padre, de la fruta, de las flores y las hortalizas del jardín. Adquirió tal fama en los alrededores que llegaban vecinas y le pedían criados que se hubiesen formado en nuestra casa.

A medida que íbamos creciendo, aumentaba nuestro trato con los padres. Padre nos enseñaba sus cuadros y nos explicaba cosas de ellos. Decía que sólo poseía cuadros antiguos de cierto valor, un valor que siempre era posible recuperar si en caso de necesidad hubiese que venderlos. Cuando íbamos de paseo nos enseñaba los efectos de la luz y la sombra, nos indicaba los colores que había en los objetos y nos explicaba qué líneas causaban movimiento, en cuyo movimiento sin embargo había quietud, y el movimiento en la quietud, decía, era la condición de toda obra de arte. También hablaba con nosotros de sus libros. Nos contaba que había algunos que contenían lo que había acontecido con el género humano desde sus orígenes hasta nuestros días, que en ellos se contaban las historias de hombres y mujeres famosos que vivieron hacía mucho tiempo, a menudo más de mil años atrás. Dijo que otros contenían el saber que los seres humanos habían ido acumulando, a lo largo de muchos años, sobre el mundo y otras cosas, sobre su disposición y naturaleza. Algunos no contenían lo que había ocurrido o el estado en que se encontraban las cosas sino lo que los hombres habían pensado que podía haber sucedido, o lo que opinaban sobre las cosas de la tierra y del cielo.

En aquel tiempo murió un tío abuelo de la línea materna. Nuestra madre heredó las joyas de su mujer, muerta antes que él, y los hijos heredamos el resto de sus bienes. Padre, como nuestro tutor natural, lo colocó bajo seguridad pupilar y añadía cada año los intereses.

Por fin habíamos crecido lo suficiente para que las clases habituales que nos habían dado hasta entonces fueran cesando poco a poco. Primero se despidieron los preceptores que nos habían iniciado en los elementos del saber que hoy en día se considera necesario para todos los hombres, luego fueron retirándose también los que nos habían instruido en las materias que se enseñan a los niños que han de pertenecer a las capas más cultas o más selectas. Mi hermana, además de algunas materias que había de seguir estudiando, tenía que ser iniciada poco a poco en el gobierno de la casa y aprender las cosas más importantes de ese campo para poder un día seguir dignamente las huellas de su madre. Por mi parte, una vez que hube terminado con las materias que en nuestras escuelas se considera que transmiten el saber previo y preparatorio de los llamados «conocimientos para ganarse el pan», seguí cultivando determinados campos más difíciles, en los que no era posible avanzar sin ayuda. Finalmente se planteó la cuestión, en relación con mi persona, de qué iba a suceder conmigo en el futuro, y entonces mi padre hizo algo que causó mucha irritación en mucha gente: determinó, a saber, que me consagrara, de un modo general, a la ciencia. Hasta

entonces yo había estudiado con mucha dedicación y me había aplicado con mucho afán a cada nueva materia que empezaban a tratar los preceptores, de manera que cuando les preguntaban cómo había respondido yo a las exigencias de una asignatura, los maestros siempre me colmaban de elogios. Yo mismo le había pedido a mi padre poder seguir en la vida ese camino, y él había accedido a mi deseo. Yo había concebido ese deseo porque me empujaba a ello cierto impulso del corazón. Seguramente veía ya, pese a mi corta edad, que no podría estudiar todas las ciencias; pero qué estudiaría, y en qué medida, eso me resultaba tan impreciso como impreciso era el sentimiento que me impulsaba en esa dirección. Tampoco pensaba yo en ningún provecho especial que pudiesen reportarme los estudios a que aspiraba, sino que sentía que había de obrar como si en el porvenir hubiera una legitimidad íntima y primordial. Pero ni los míos ni yo sabíamos qué podría emprender en concreto ni por qué lado debía abordar el asunto. No tenía la menor preferencia por esta o aquella materia, antes bien, todas me parecían deseables, y no tenía ningún punto de partida del que pudiese inferir que poseía una capacidad extraordinaria para una materia determinada, pero por otra parte ninguna de ellas me parecía ofrecer obstáculos insuperables. Mis familiares tampoco encontraban en mí ningún indicio de que tuviese una vocación exclusiva en una dirección determinada.

La gente no reprochaba a mi padre lo inusitado del proyecto, pero sí decían que debería haberme ordenado tomar un oficio útil a la sociedad burguesa, para que yo le dedicase mi tiempo y mi vida y pudiese abandonar un día este mundo con la conciencia del deber cumplido.

A esos reproches mi padre respondía que el hombre no estaba aquí ante todo en razón de la sociedad humana sino en razón de sí mismo. Y si cada cual vivía una existencia óptima en razón de sí mismo, también la vivía para la sociedad de los hombres. Aquel a quien Dios había creado para ser el mejor pintor de este mundo prestaría flaco servicio a la humanidad si quisiera dedicarse, por ejemplo, a la actividad forense: si se convirtiera en el mejor pintor, también prestaría a la humanidad el mayor servicio para el que Dios lo había creado. Eso se manifestaba siempre —razonaba mi padre— a través de un impulso interior que dirigía a la persona hacia una cosa y al que había que obedecer. Cómo podría uno saber a qué está destinado en este mundo, a artista, general o juez, si no hubiera un espíritu que lo dice y que conduce a las cosas en las que se encuentra felicidad y contento. Dios gobierna de manera que los dones queden repartidos como es debido, para que se lleven a cabo todos los trabajos que hay que hacer en la tierra, y para que no venga un tiempo en el que todos los hombres sean arquitectos. Esos dones encierran ya los dones sociales, y en los grandes artistas, en los jurisperitos, en los hombres de Estado, también hay equidad, clemencia, justicia y amor a la patria. Y de esos hombres que han desarrollado en más alto grado su impulso interior también han salido con mayor frecuencia, en tiempos de peligro, los defensores y salvadores de la patria.

Hay quienes afirman que se han hecho comerciantes, médicos, funcionarios del Estado, por el bien de la humanidad; pero en la mayoría de los casos no es verdad. Si no han llegado hasta allí por una vocación interior, su afirmación sólo esconde un motivo peor, a saber, que ellos consideran ese estado como un medio para procurarse dinero y bienes y sustento. A menudo tomaron tal estado sin haber meditado antes sobre su elección o se vieron empujados a él por las circunstancias de la vida, y dicen, para no confesar su debilidad, que sólo buscaban el bien de la humanidad. Hay también un género especial que siempre habla del bien común. Son aquellos que no llevan bien sus propios asuntos. Siempre están en apuros, siempre tienen disgustos y contrariedades, y eso por propia imprudencia, y entonces les queda la salida de hacer responsable de su situación a las circunstancias públicas y afirman que están muy preocupados por la patria, y que ellos lo organizarán todo en ella mejor que nadie. Pero cuando de verdad se presenta la situación de que la patria los llama, entonces a la patria le va tan mal como les fue a ellos antes con sus asuntos privados. En tiempos revueltos esas personas son las más egoístas y muchas veces las más crueles. Pero también es indudable que hay otras a quienes Dios ha concedido en alto grado el instinto social y el don de gentes. Esas personas, llevadas de un impulso interior, se dedican a los asuntos de los hombres, los enjuician con un criterio seguro, se complacen en tomar disposiciones y sacrifican su vida por su vocación. Pero mientras sacrifican su vida, ya sea por largo tiempo o ya sea por un solo instante, sienten alegría, y la razón de esa alegría es haber cedido a su impulso interior.

Por lo que toca a nuestros actos, Dios tampoco nos ha puesto el provecho como objetivo, ya sea el provecho propio o el ajeno, sino que ha dado al ejercicio de la virtud un atractivo propio y una belleza propia, y es a eso a lo que aspiran las almas nobles. Quien hace el bien porque lo contrario perjudica al género humano, ése está bastante abajo en la escala de los seres morales. Esa persona tendría que recurrir al pecado en el momento en que éste le reportara provecho a él o al género humano. Esos hombres son también los que consideran válidos todos los medios y los que hacen el mal en nombre de la patria, de su

familia y de ellos mismos. A esos hombres se los denominaba hombres de Estado en los tiempos en que actuaban a gran escala, pero sólo son un simulacro de hombres de Estado, y el provecho pasajero que lograron fue un simulacro de provecho, que a la hora de la verdad resultó ser maligno y funesto.

Que mi padre no se regía por interés personal lo prueba el hecho de que ejerciera sin retribución un cargo público en la corporación municipal, de que a menudo pasara la noche entera trabajando para ese cargo y en las contribuciones públicas siempre estuviera a la cabeza con sumas considerables.

Decía que había que dejarme actuar con libertad, que de lo impreciso ya se iría concretando lo que fuera adecuado para mí y para el papel que desempeñaría en el mundo.

Tuve que continuar con mis ejercicios físicos. Siendo aún muy pequeños habíamos de hacer todos los movimientos físicos que pudiésemos. Ése fue uno de los motivos principales por los que pasábamos el verano en el campo, y el jardín que tenía la casa de las afueras fue uno de los principales motivos que indujeron a nuestro padre a comprar aquella casa. De niños nos dejaban andar y correr cuanto queríamos y sólo ponían fin a ello cuando nosotros mismos buscábamos el descanso de puro cansancio. En la ciudad habían creado un centro en el que se practicaban ejercicios corporales en un orden determinado, para ejercitar todas las partes del cuerpo según las necesidades, y llevarlas a su desarrollo natural. A mí se me permitió frecuentar ese establecimiento, una vez que mi padre hubo pedido consejo a hombres entendidos en la materia y él mismo se hubo convencido, mediante una visita personal, de las cosas que allí se practicaban. En aquel entonces no había un establecimiento de ese género para niñas, por eso mi padre mandó poner para mi hermana, en una habitación de nuestro piso, tantos aparatos como él y nuestro médico de cabecera, que era partidario de esas cosas, consideraron oportunos, y mi hermana había de practicar los ejercicios que se podían hacer con tales dispositivos. La adquisición de la casa de las afueras facilitó aún más las cosas. No sólo teníamos más espacio dentro de la casa para poder instalar de un modo más adecuado y con más amplitud todos los aparatos destinados a los ejercicios físicos, sino que también los había en el patio y el jardín, espacios que, más aptos de por sí para los ejercicios corporales, permitían también poner más instalaciones. Se comprende así que, debido al ímpetu y a la agilidad de los años jóvenes, nos gustara mucho hacer esas cosas. Ya en nuestra infancia habíamos aprendido a nadar, y en verano, incluso cuando vivíamos en las afueras, desde donde el trayecto era más largo, íbamos casi a diario al establecimiento en el que podíamos bañarnos. Ya se habían construido en aquel entonces casas de baños para muchachas jóvenes. Aparte de eso nos gustaba hacer largas excursiones, sobre todo en verano. Cuando estábamos fuera de la ciudad, en la naturaleza, mis padres permitían que yo tuviera un trato especial con mi hermana. Entonces nos dedicábamos a recorrer largos caminos o a subir a un monte. Luego regresábamos al lugar en el que nos esperaban mis padres. Al principio solía acompañarnos un criado, pero después, cuando ya habíamos crecido, nos dejaban ir solos. A fin de salir de la ciudad y poder llegar a cualquier lugar del campo de manera mejor y más cómoda para los padres, nuestro padre compró más tarde dos caballos, y el criado que hasta entonces había sido jardinero y en ocasiones nuestro guardián, ahora fue también cochero. En una escuela de equitación a la que asistían, en horas diferentes, niños y niñas, habíamos aprendido a montar a caballo, y después tuvimos días fijos de la semana en los que a horas determinadas podíamos practicar la equitación. En el jardín yo tenía la posibilidad de practicar el salto en dirección a una meta, de caminar sobre estrechos maderos, de trepar por determinados aparatos y de arrojar discos de piedra hacia una meta o lo más lejos posible. Mi hermana, aunque su entorno la tratara de señorita, gustaba mucho de ayudar en los trabajos caseros que se consideraban más pesados, para mostrar que no sólo entendía de esas cosas sino que en fuerzas era superior a quienes trabajaban así desde la infancia. Mis padres no sólo no ponían obstáculos a esas actividades sino que las aprobaban. Aparte de eso, se dedicaba a la lectura de sus libros, tocaba sobre todo el piano y el arpa, también cantaba acompañada de ese instrumento y pintaba a la acuarela.

Cuando se marchó mi último preceptor, el que me había impartido clases de idiomas, y cuando en las materias científicas, que por su dificultad o su importancia exigían sin duda una enseñanza más prolongada, yo había hecho tales progresos que los profesores ya no parecieron necesarios, se planteó la cuestión de cómo proceder en cuanto a la carrera científica elegida, y de si había que trazar un plan concreto y tomar profesores para ponerlo en práctica. Pedí que ya no me pusieran más profesores, que trataría de llevar a cabo esos estudios por mi cuenta. Mi padre accedió a mi deseo y me sentí muy a gusto sin profesores y dependiendo sólo de mí mismo.

Pedí consejo a hombres que tenían gran reputación científica y que solían trabajar en alguna institución de la ciudad. Sólo me aproximaba a ellos cuando podía hacerlo sin faltar a la modestia. Como por lo general me limitaba a plantear a aquellos hombres una pregunta relativa a mis estudios y como no pretendía abusar y tener un trato exagerado con ellos, no les molestaba que diera ese paso, y la respuesta era siempre muy

amable y cordial. Entre los hombres que venían de vez en cuando a nuestra casa había también algunos dotados de gran erudición. También me dirigía a ellos. Por lo general les preguntaba por libros y por el orden en que había de leerlos. Al principio me dediqué a las ramas del saber que ya había estudiado con los preceptores y que en aquel tiempo pasaban por ser el fundamento de una formación universal, pero en parte trataba de poner en ellas un orden mejor del que se había seguido hasta entonces, y en parte trataba de ampliar mi saber en la materia que empezaba a interesarme más. De esa manera llegó a reinar, pese a todo, bastante orden en el conjunto, pues, dada la imprecisión de toda aquella empresa, era grande el peligro de repartir mis esfuerzos entre las cosas más diversas y acabar perdiéndome en las minucias más insignificantes. En relación con las materias que yo acababa de empezar, iba también a las instituciones de nuestra ciudad que podían serme de provecho: bibliotecas, colecciones de instrumentos, y sobre todo los lugares en los que se hacían experimentos que, por mi inmadurez y por falta de ocasión y de instrumentos, nunca habría podido llevar a cabo. Mi padre compraba gustoso los libros y todo el material de enseñanza que yo necesitaba.

Mi aplicación era grande, y, una vez que acometía un tema, me consagraba a él con la pasión y el placer que ponen los jóvenes en sus actividades predilectas. Aunque, cuando iba a los establecimientos públicos para formarme física y espiritualmente y también cuando hacíamos visitas a otras personas o ellas a nosotros, había conocido a muchos jóvenes, nunca busqué las diversiones —que a menudo eran además diversiones triviales— de ese modo ávido y exclusivo que observaba en la mayoría de los jóvenes. Las diversiones que había en nuestra casa cuando teníamos visita siempre fueron más sensatas. También conocí a personas de mucha más edad; pero en aquel entonces les prestaba menos atención porque es habitual entre los jóvenes buscar con vivo interés la compañía de quienes están más próximos a ellos por la edad y pasar por alto a las personas mayores que también se hallen presentes.

Cuando cumplí dieciocho años mi padre me confió la gestión de una parte de mis bienes, procedentes de la herencia del tío abuelo. Hasta entonces yo no había tenido dinero para administrarlo regularmente, sino que, cuando necesitaba algo, lo compraba mi padre, y en cuanto a las cosas de menor relevancia, mi padre me daba dinero para que las comprara yo mismo. También me entregaba de vez en cuando pequeñas sumas para diversiones. Pero a partir de entonces, dijo mi padre, él me entregaría el primero de cada mes una suma determinada, yo lo apuntaría todo regularmente, él deduciría esos pagos al hacer la gestión de la totalidad de mi fortuna, cuya administración seguía estando a su cargo, y sus cuentas y las mías debían estar conformes. Me dio un papel en el que estaba consignado el género de cosas que yo había de pagar con mis ingresos mensuales. Él ya nunca me compraría con su dinero, dijo, ningún objeto que perteneciese al sector consignado. Yo debía administrar con puntualidad y ser previsor; porque jamás me daría un adelanto, ni siquiera en situación de máxima urgencia. Cuando yo hubiese llevado la administración a satisfacción suya durante algún tiempo, entonces ampliaría aquel sector y, haciendo una apreciación lo más justa posible, vería cuándo podría entregarme del todo la gerencia de mis asuntos, antes incluso de la mayoría de edad.

2. El caminante

Administré bien la renta que me había asignado mi padre. Por eso, pasado algún tiempo, quedó ampliado el sector, como él me prometiera. Desde entonces, no sólo debía cubrir con los ingresos estipulados una parte de mis necesidades, sino todas. Por eso quedó ampliada la renta. Desde entonces, mi padre tampoco me la pagaba cada mes, sino cada tres meses, para que me acostumbrase a periodos de tiempo más largos. No se atrevió a entregármela por semestres ni, menos aún, por años enteros, no fuese que, pese a todo, yo incurriese en el desorden. No me daba todos los intereses de la herencia del tío abuelo sino sólo una parte, la otra parte la añadía al capital, de manera que mi fortuna aumentaba aunque no me sobrara nada de la renta. Quedó una restricción, a saber, que yo viviera en casa de mis padres y comiera a su mesa. Para eso se fijó un precio que yo había de abonar por trimestres. Todas las demás necesidades, vestidos, libros, instrumentos o lo que quiera que fuere, podía satisfacerlas como juzgara conveniente.

Mi hermana, en la medida en que eso conviene a una muchacha, también recibió atribuciones relativas a su parte de herencia del tío abuelo.

Tales disposiciones nos alegraron mucho, y decidimos obrar conforme al deseo y a la voluntad de nuestros padres para darles contento.

Después de haberme aplicado, en diversas direcciones, a las diferentes ramas de las disciplinas que había estudiado últimamente con mis preceptores y que se consideran conocimientos indispensables en toda persona instruida, me dediqué a las matemáticas. Siempre me habían dicho que era la ciencia más difícil y maravillosa, que era el fundamento de todas las demás, que en ella todo era verdad y que lo aportado por ella era un patrimonio para toda la vida. Me compré los libros que me aconsejaron, para poder partir de la base que ya tenía e ir adquiriendo poco a poco conocimientos superiores.

Me compré una pizarra muy grande para poder desarrollar en ella mis trabajos. Así pasaba no pocas de las horas destinadas a estudiar sentado ante mi mesa y enfrascado en la aritmética. Seguía las trayectorias de los hombres que habían configurado gradualmente esa ciencia, y que a partir de esas configuraciones habían seguido avanzando hacia otras. Me fijé determinados periodos de tiempo en los que no debía avanzar, con el fin de repasar lo ya logrado y poder grabarlo en la memoria antes de continuar hacia otras metas más lejanas. Tenía colocados por orden en un estante los libros que quería estudiar. Pasado un tiempo razonable, había avanzado hasta secciones bastante difíciles del nivel superior de esa ciencia.

Finalmente, mi padre me permitió que, a veces, viviera durante un periodo del verano en el campo, en algún sitio lejos de la familia. Para la primera estancia de esa índole, fue elegida la casa de campo de un amigo de mi padre, no muy alejada de la ciudad. Me asignaron, en la parte más alta de la casa, un pequeño aposento cuyas ventanas miraban a las cercanas colinas plantadas de viñas y, por entre sus laderas, a los lejanos montes. A intervalos muy cortos, la señora de la casa siempre me daba cortinas nuevas, blancas como la nieve, para las ventanas. Mis padres venían a verme con mucha frecuencia y pasaban el día en el campo. Muy a menudo iba yo también a verlos a la ciudad, y a veces incluso me quedaba por la noche en su casa.

La segunda temporada, durante el verano siguiente, fue en la casa de un campesino que estaba mucho más lejos de la ciudad. Las casas de nuestros campesinos, en las que todas las habitaciones y espacios cerrados se hallan a nivel del suelo, tienen a menudo encima de esas habitaciones un piso en el que hay uno o dos aposentos. Uno de esos aposentos es también la llamada sala de arriba. A menudo ésa es la única habitación del primer piso. Esa sala de arriba es hasta cierto punto la pieza representativa. En ella están las mejores camas de la casa, dos por lo general, en ella están las arcas con los mejores vestidos, en ella están colgadas las escopetas de caza y de tiro al blanco del marido, en caso de que posea tales cosas, así como los trofeos que haya ganado en concursos de tiro, en ella están las mejores piezas de vajilla del ama de casa, en especial si tiene jarras de cinc o alguna porcelana, y en ella están también los mejores cuadros de la casa y

demás objetos decorativos, por ejemplo un bello Niño Jesús de cera, acostado entre blancas y delicadas plumas. En una tal sala de arriba de la casa de un campesino vivía yo. La casa estaba tan lejos de la ciudad que sólo pude ir a ver a mis padres una única vez utilizando el servicio de postas, pero ellos no vinieron a verme.

Esa estancia produjo cambios en mí.

Como no podía reunirme con los míos, el deseo de comunicarme era mucho más fuerte que si hubiera estado en casa y hubiese podido satisfacerlo en todo momento. Procedí, pues, a escribir largas cartas y extensas relaciones. Hasta entonces siempre había estudiado con libros, de los que ya había adquirido con mi dinero una cantidad bastante grande que tenía en mis estantes; pero nunca me había ejercitado en redactar un escrito de cierta amplitud y coherencia. Ahora tuve que hacerlo, lo hice gustoso, y me alegró comprobar que se desarrollaba en mí la capacidad de exponer y contar cosas. Pasé a hacer descripciones cada vez más complejas y sistemáticas.

Se produjo otro cambio más.

Ya de niño fui gran amigo de la realidad de las cosas como se presenta en la creación o en el decurso ordenado de la vida humana. Eso fue siempre una gran molestia para mi entorno. Yo preguntaba incesantemente por el nombre de las cosas, por su origen y su empleo, y no tenía sosiego si la respuesta era dilatoria. Tampoco podía soportar que hicieran de algún objeto algo distinto de lo que era. Eso me irritaba sobre todo cuando, a mi juicio, el objeto empeoraba con el cambio. Me dio pena una vez que talaron un viejo árbol del jardín e hicieron leños de él. Esos leños ya no eran un árbol, y como la madera estaba podrida, no se podía construir con ella un taburete, una mesa, una cruz, un caballo. Cuando conocí el campo abierto y vi pinos y abetos en los montes, siempre me daban pena los maderos con los que se confeccionaba algo en nuestra casa porque habían sido en su día esos pinos y esos abetos. Cuando íbamos por la ciudad preguntaba a mi padre quién había construido la gran iglesia de San Esteban, por qué tenía sólo una torre, por qué esa torre era tan puntiaguda, por qué era tan oscura la iglesia, de quién era esta o aquella casa, por qué era tan grande, por qué en otra casa siempre había dos ventanas una junto a otra, y por qué en aquella otra dos hombres de piedra llevaban en peso la cornisa del pórtico. Mi padre respondía a esas preguntas con arreglo a lo que sabía. Sobre algunas sólo hacía conjeturas, sobre otras decía que lo ignoraba. Cuando íbamos al campo, quería conocer todas las plantas y todas las piedras, y preguntaba cómo se llamaban los campesinos y los perros. Mi padre solía decir que yo sería alguna vez un descriptor de las cosas, o un artista que, a partir de las materias primas, elabora objetos que le interesan mucho, o por lo menos un sabio que investiga las características y la naturaleza de las cosas.

Esa cualidad, ahora que vivía en el campo, me llevó en una determinada dirección. Dejé de lado las matemáticas y me dediqué a observar mi entorno. Empecé a mirar cuanto ocurría en la casa en la que habitaba. Poco a poco conocí todos los utensilios y su empleo. Me iba con los trabajadores a los sembrados, a los prados y a los bosques, y en ocasiones trabajaba con ellos. En poco tiempo aprendí así cómo se cultivaban y obtenían todos los productos de la tierra de la comarca en la que vivía. También traté de enterarme de cómo era su primera elaboración hasta que pasaban a ser un producto artificial. Conocí la preparación del vino a partir de las uvas, del hilo y del lienzo a partir del lino, de la mantequilla y del queso a partir de la leche, de la harina y del pan a partir del cereal. Aprendí los nombres que daban los campesinos a sus cosas, y pronto conocí los indicios por los que se podía saber si los productos del suelo o su primera transformación eran buenos o de escaso valor. Llegué a entablar conversaciones sobre cómo se podría producir esto o aquello de un modo quizá más eficaz, pero en eso tropecé con una tenaz resistencia.

Una vez que hube conocido cómo se elaboraban esos primeros productos en la comarca en la que me hallaba, pasé a los objetos de la industria. No lejos de mi casa había un valle, vasto y llano, bañado por un río que, debido a su constante abundancia de agua y al hecho de no congelarse fácilmente en invierno, era muy apropiado para instalar manufacturas en él. Por eso había dispersas por el valle varias fábricas. Pertenecían en su mayor parte a importantes empresas. Los propietarios vivían en la ciudad y de vez en cuando hacían una visita a sus manufacturas, que estaban a cargo de un administrador o gerente. Visité todas esas fábricas una tras otra y me enteré de los productos que allí se fabricaban. Procuré conocer el proceso mediante el cual primero se suministraba la materia prima a la fábrica, se la llevaba después a la primera transformación, de ésta a la segunda, y, una vez recorridas todas las etapas, se la hacía salir de la fábrica convertida en el producto final. Conocí allí la buena calidad de las materias primas que llegaban, y aprendí a distinguir los rasgos característicos que permitían suponer una excelente calidad en los productos que salían finalmente de la manufactura. También conocí las vías y métodos por los que se lograban esos cambios que las materias primas iban experimentando. Gracias a mis nociones previas, yo conocía ya el funcionamiento de la mayoría de las máquinas utilizadas. Por eso no me resultó difícil aprender a distinguir

sus efectos específicos, con vistas a cada uno de los fines que debían alcanzarse. Gracias a la deferencia de los empleados vi una por una todas las partes, hasta que tuve delante el conjunto y pude abarcarlo en su totalidad como si estuviera dibujado sobre papel, del mismo modo que antes sólo había podido conocer todas las maquinarias de ese tipo gracias a los dibujos.

Más tarde, comencé a estudiar la historia natural. Empecé por la botánica. Primero traté de averiguar qué plantas se daban en la comarca en la que me hallaba. A tal fin salía en todas direcciones y procuraba conocer la situación y las condiciones de vida de las distintas plantas, y coleccionar todas las especies. Las que podía transportar yo mismo y las que de algún modo se podían conservar, me las llevaba a mi habitación. En cuanto a las otras, que no podía sacar de su emplazamiento, entre las que se contaban sobre todo los árboles, hacía descripciones de ellas y las añadía a la colección. Cuando llevaba a cabo esas descripciones, siempre ateniéndome a todas las características que me ofrecían las plantas, comprobaba que, según mis criterios, pertenecían al mismo grupo unas plantas que no eran las que los botánicos presentaban como pertenecientes al mismo grupo. Me di cuenta de que los profesores de botánica clasificaban las plantas ateniéndose sólo a uno o dos signos distintivos, por ejemplo las hojas seminales o las partes florales, y que se hallaban juntas en un grupo plantas que eran muy diferentes en la totalidad de su forma o en la mayor parte de sus atributos. Yo mantenía las clasificaciones tradicionales pero también ponía a su lado mis descripciones. En esas descripciones las plantas estaban agrupadas según criterios de fácil comprensión y, si se me permite la expresión, según sus líneas arquitectónicas.

Con los minerales que coleccionaba me encontré en una situación casi idéntica. Ya de niño había tratado de hacerme con varias piezas. Éstas casi siempre procedían, compradas o regaladas, de otras colecciones. Eran ya piezas de colección, solían llevar pegado ya el papelito con su nombre. Y también se hallaban, siempre que era posible, en estado de cristalización. La escala de Mohs había causado en tiempos gran revuelo; a mí me llevaron a ella mis estudios de matemáticas, yo la conocía y la apreciaba. Pero como ahora buscaba y reunía los minerales en la comarca que habitaba, los encontraba con mucha mayor frecuencia en estado no cristalino que cristalino, y así ofrecían a los sentidos muchas propiedades que no tienen en aquel sistema. La cristalización de los materiales, algo que presupone la escala de Mohs, era para mí como una floración, y los materiales estaban reunidos según esa florescencia. Yo no pude menos de hacer también mis propias descripciones junto a las clasificaciones habituales.

Aproximadamente a una milla de nuestra ciudad, por el lado de poniente, hay una serie de bellas colinas. Esas colinas, sólo interrumpidas aquí y allá por planicies algo más extensas, continúan en escalón hacia poniente para transformarse finalmente en un terreno más alto y más accidentado, el llamado *Oberland* o tierras altas. En las proximidades de la ciudad, esas colinas están salpicadas de casas de campo y revestidas de jardines y parques, en zonas más lejanas se vuelven más agrestes. En sus laderas portan viñedos o cultivos, también se ven prados, y las cimas, o también algunos tramos de las crestas, están cubiertas de frondosos bosques, más de arbustos que de árboles. No son frecuentes los riachuelos ni otras aguas, y en verano, cuando la sed o el azar me hacían descender, encontré a menudo entre las colinas el lecho seco, lleno de piedras blancas, de un arroyo. En esa región de colinas pasaba yo aquella temporada y por ella caminaba cada vez más lejos hacia poniente. Vagaba a placer por todo el entorno, hasta muy lejos, y muchas veces me ausentaba varios días de mi domicilio. Caminaba por los senderos solitarios, que discurrían entre los sembrados o los viñedos y que iban de una aldea a otra y de un pueblo a otro abarcando muchas millas, incluso jornadas enteras de viaje. Caminaba por los apartados senderos del bosque, que quedaban ocultos entre los troncos o entre la maleza y terminaban no pocas veces, sin dejar huellas, entre el ramaje, la hierba o los matorrales. A menudo también recorría los prados, los bosques y otras extensiones de terreno a campo traviesa para encontrar los objetos que buscaba. Se comprende que sean pocos los habitantes de nuestras ciudades que caminen de esa manera, puesto que no pueden gozar de la vida del campo sino por poco tiempo, y entonces se quedan en los amplios caminos tradicionales del idilio campestre y no saben nada de otros senderos. Por el lado del mediodía, todo el paisaje de colinas estaba bordeado de altas montañas a lo largo de muchas millas. En un lugar de los baluartes de nuestra ciudad se puede ver, entre casas y árboles, un trocito azul de esas montañas. Iba muchas veces a ese bastión, veía a menudo aquella manchita azul, y no se me ocurría otra cosa que pensar: he ahí la montaña. Ni siquiera cuando contemplaba una parte de la cordillera desde la casa de mi primera temporada de verano, me llamaba especialmente la atención. Ahora me encantaba ver a veces, desde un promontorio o desde la cima de alguna colina, sectores enteros de la cadena azul, que, en eslabones cada vez más difusos, se iba alejando más y más. A menudo, cuando a través de la agreste espesura llegaba de pronto a un espacio abierto y me daba violentamente en el rostro el arrebol del crepúsculo que inundaba la comarca de vapor y de roja humareda, me sentaba, dejaba que se fueran extinguiendo ante mis ojos aquellos fuegos, y mil

sensaciones asaltaban mi corazón.

Cuando regresé a la casa de los míos, me recibieron con gran alegría, y nuestra madre se habituó a mis ausencias, ya que de ellas regresaba siempre más maduro. No pocas veces mi hermana y ella me ayudaban a sacar de su envoltura las cosas que traía para que pudiera colocarlas con orden en las habitaciones destinadas a ellas.

Así llegó por fin el momento en que mi padre consideró oportuno traspasarme toda la renta de la herencia del tío abuelo para que dispusiera de ella con entera libertad. Dijo que yo podía proceder con esos ingresos como me viniera en gana, pero que tenían que bastarme. De ninguna manera, añadió, aportaría él nada de lo suyo, ni me haría anticipo alguno, ya que mi renta anual era tan alta que no sólo bastaría para cubrir mis necesidades actuales, aunque éstas fueran mucho mayores, sino que también permitiría no pocos esparcimientos y aún sobraría algo. Era por tanto asunto mío, dijo, asegurarme unos ingresos más elevados para el futuro, que podría comportar gastos mayores. Y si yo no quería, no estaba obligado a comer ni a vivir en la casa paterna sino donde quisiera. En cuanto al capital de base, él lo dejaría en el lugar en el que se encontraba hasta entonces. Añadió que, tan pronto cumpliera veinticuatro años, me lo entregaría. Entonces yo podría administrarlo según mi propio criterio. «Pero te aconsejo», añadió, «que no desees una renta más alta, porque tal renta sólo suele alcanzarse a costa de una mayor inseguridad en él capital. Mantén siempre a salvo tu capital y, viviendo con moderación, aumenta la renta relativamente pequeña que obtienes. Si alguna vez quieres pedir consejo a tu padre, nunca te será negado. Cuando yo muera o me retire por propia voluntad de los negocios, ambos obtendréis también de mí un aumento de vuestro patrimonio. Aún no puedo decir cuánto será. Con mi prudencia y una sólida y bien fundada administración procuro que sea lo mayor y también lo más seguro posible, pero todos estamos en manos del Señor, y, con eventualidades que no pueden prever los ojos humanos, Él puede cambiar considerablemente las circunstancias de mi fortuna. Sé, pues, prudente y procede con tus bienes como lo has hecho hasta ahora para satisfacción mía y de tu madre».

Yo estaba emocionado por el modo de obrar de mi padre y le di las gracias de todo corazón. Dije que siempre procuraría ser digno de su confianza, que le pedía encarecidamente consejo, y que en todo lo relativo al capital, lo mismo que en otras cosas, nunca obraría contra él ni daría el menor paso sin que él me asesorase. Mudarme a un piso fuera de aquella casa mientras viviera en la ciudad, continué, sería muy doloroso para mí, y le rogaba que me permitiera seguir viviendo en la casa paterna y sentarme a su mesa mientras Dios, en su providencia, no dispusiera otra cosa.

Padre y madre se alegraron al oír esas palabras. Mi madre dijo que, sin que el precio aumentara mucho, añadiría algunas habitaciones más a mi vivienda actual, que sin duda iba a resultarme muy pequeña, dado que yo era ya una persona autónoma y además había que tener en cuenta mi nueva situación económica. Como es natural, estuve de acuerdo con todo. Hube de acompañar enseguida a mi madre y ver la vivienda ampliada que me destinaban. Le di las gracias por su solicitud. Ya en los días siguientes me instalé en los nuevos apartamentos.

El invierno lo pasé en parte haciendo los preparativos para volver a emprender grandes excursiones durante el verano siguiente. Me había propuesto llegar por fin a la alta montaña y adentrarme en ella tanto como me pareciese bien.

Cuando llegó el verano, viajé de la ciudad a la montaña por el camino más corto. Quería, partiendo del lugar de llegada, caminar a lo largo de la cordillera desde el amanecer hasta la puesta de sol. Me puse inmediatamente en marcha. Caminé a lo largo de los valles, incluso cuando se apartaban de mi itinerario y daban muchas vueltas. Después de esas desviaciones yo siempre procuraba volver a encontrar mi camino principal. También subía a los pasos de montaña y bajaba de nuevo al valle por el lado opuesto. Escalé varias cimas y procuré ver la comarca desde ellas, y también entrever ya la dirección por la que avanzaría después. Por lo general seguía siempre, en la medida de lo posible, la cadena principal de la cordillera, y me apartaba lo menos posible de la línea divisoria de aguas.

Una vez vi en un valle, junto a unas aguas muy puras, un ciervo muerto. Lo habían abatido, tenía una herida de bala en el costado y seguramente había buscado el agua clara para que el frescor le aplacase el dolor. Pero había muerto a orillas del agua. Ahora yacía junto a ella de manera que la cabeza descansaba sobre la arena, y las patas delanteras estaban inmersas en la clara corriente. Por ninguna parte se veía un ser vivo. El animal me gustó tanto que admiré su belleza y sentí gran compasión de él. Los ojos apenas estaban vidriados, brillaban aún con un brillo doloroso, y eso, lo mismo que el rostro, que casi parecía hablar, era como un reproche a sus asesinos. Toqué al ciervo, aún no estaba frío. Cuando llevaba un rato junto al animal muerto, oí ruidos en los bosques de la montaña; parecían gritos de júbilo y aullidos de perros. Esos ruidos se acercaban, eran claramente perceptibles, y pronto una pareja de hermosos perros

cruzó de un salto el arroyo, y detrás de ellos siguieron otros. Se acercaban a mí. Pero cuando vieron a aquel hombre desconocido junto al venado, algunos se detuvieron a bastante distancia y ladraron furiosamente en mi dirección, mientras que otros describían amplios círculos aullando a mi alrededor, corrían como una exhalación y en aquella precipitada carrera tropezaban con las piedras y caían por tierra. Pasado algún tiempo llegaron también unos hombres con escopetas. Cuando se acercaron al ciervo y estuvieron a mi lado, vinieron también los perros, ya no tenían recelo de mí, me olfateaban y se movían y temblaban dando vueltas en torno al venado. Me alejé muy pronto de allí tras la entrada en escena de los cazadores.

Hasta entonces yo no había buscado animales para mis investigaciones de historia natural, aunque sí había leído y estudiado con aplicación las descripciones de los mismos. Esa falta de interés por la apariencia física real había ido tan lejos que, aunque pasaba en el campo una parte del verano, seguía buscando en mis ilustraciones, no en las figuras que pasaban delante de mí, las características externas de cabras, ovejas y vacas.

Ahora seguí otro método. Aún tenía ante los ojos el ciervo que había visto. Era un noble héroe caído, y era un ser puro. Los perros, sus enemigos, también me parecieron estar en su derecho, pues ejercían su oficio. La imagen de aquellas figuras esbeltas, lanzadas a la carrera y como al asalto, se me quedó igualmente grabada. Desde aquel momento empecé a acercarme a los animales y a contemplarlos, lo mismo que hasta entonces había buscado y contemplado piedras y plantas. Tanto ahora, en la montaña, como después en casa y en mis posteriores recorridos a pie, me fijaba en los animales y trataba de ahondar en sus características esenciales, tanto en las corporales como en las de su destino y modo de vida. Ponía por escrito lo que veía y lo comparaba con las descripciones y clasificaciones que encontraba en mis libros. Entonces ocurrió otra vez que disentía de aquellos libros porque mis ojos se resistían a ver agrupados en una misma categoría, en función de los dedos o de otras cosas, a unos animales que en mi opinión eran muy diferentes si uno se guiaba por su constitución. Por eso los agrupé según una clasificación, no científica, sino para mi uso propio.

Esta primera vez no tenía ningún objetivo específico al internarme en la sierra, sólo quería hallar lo que el azar me deparase. Yo había ido a los montes sólo para verlos de un modo general. Por eso, cuando ese primer impulso estuvo relativamente satisfecho, regresé por el primer camino a las tierras bajas, y por ellas retorné en coche a casa.

Pero el verano siguiente me llamó de nuevo a la montaña. Si la primera vez sólo observaba el conjunto y las impresiones producían su efecto en mí por sí solas, ahora entraba más en detalles, ya era más dueño de mí mismo y orienté la observación a cosas determinadas. Muchas de ellas competían por entrar en mi alma. Me sentaba sobre una piedra y veía las vastas superficies umbrosas y las nítidas luces, que a menudo parecían incrustadas en ellas con un cuchillo. Reflexionaba y me preguntaba por qué las sombras eran allí tan azules y las luces tan intensas y el verdor tan vivo y el agua tan fulgurante. Me vinieron a la memoria los cuadros de mi padre, en los que había montes pintados, y tuve la sensación de que habría debido traerlos hasta allí para poder comparar. A veces me quedaba más tiempo en alguna aldea y observaba a las gentes, su diaria actividad, su sentir, su hablar, pensar y cantar. Conocí la cítara, la contemplé, la examiné, y escuché cómo la tocaban y se acompañaban de ella al cantar. Me pareció que era un objeto sólo apto para la montaña y que formaba una unidad con ella. Las nubes, su modo de formarse y de quedar adheridas a los macizos montañosos, su búsqueda de las cimas, así como la conformación de la bruma y su predilección por las montañas, eran para mí maravillosos fenómenos.

En aquel verano también subí a varios puntos altos, hice que los guías no me condujeran sólo al hielo de los glaciares, que me estimulaba mucho y me inducía a la observación, sino que coroné también con su ayuda las más altas crestas de las montañas.

En los mármoles que contiene la montaña y que en muchos valles saben pulir, vi los vestigios de un mundo remoto y extinguido. Procuraba encontrar variedades específicas y las enviaba a casa. El verano anterior ya había llevado a mi hermana, en mis herbarios, la hermosa genciana, ahora le llevé también rododendros y edelweiss. De los pinos cembros y de los pinos de montaña, cogí los delicados frutos. Así pasó el tiempo y así llegué enriquecido a casa.

Desde entonces iba cada verano a la montaña. Cuando, desde mis habitaciones de la casa de mis padres, después de haber pasado allí el invierno, dirigía la vista al cielo y ya no veía tan a menudo aquellas nubes grises y aquella bruma, sino una atmósfera azul y serena, cuando ésta anunciaba ya, por su color, como una mayor suavidad, cuando en las paredes, en las chimeneas y en los tejados que podía divisar a mi alrededor había ya zonas de sol cada vez más intenso, y había desaparecido la nieve y en los árboles de nuestro jardín iban hinchándose los brotes, entonces los espacios abiertos me reclamaban. Para satisfacer pasajeramente ese impetuoso deseo, me gustaba salir de la ciudad y recrearme con la libre extensión de los prados, de los

cultivos, de las viñas. Pero cuando florecían los árboles y apuntaban las primeras hojas, ya me dirigía hacia el azul de los montes, aunque sus vertientes aún brillaran por la abundancia de nieve. Fui eligiendo sucesivamente distintas comarcas en las que detenerme para conocerlas a fondo y disfrutar de ellas.

Mi padre no tenía nada que objetar a esos viajes, también estaba muy de acuerdo con mi modo de administrar mis ingresos. Cada año quedaba como excedente, en efecto, una considerable cantidad que venía a sumarse al capital. Pese a ello, mi forma de vivir no sufría quebranto. Buscaba cosas que me placían y que costaban poco, mucho menos que las diversiones a las que se entregaban los jóvenes que conocía. En el vestir, en el comer y el beber, guardaba la mayor sencillez, porque eso era conforme a mi naturaleza, porque nos habían educado en la moderación y porque esas cosas, si yo les hubiera dedicado gran atención, me habrían desviado de mis ocupaciones preferidas. Así todo estaba bien, mis padres se alegraban de mi buen orden y yo me alegraba porque ellos se alegraban.

Un día di en la idea de dibujar. Igual que describía mis objetos de la naturaleza, pensé, también podía dibujarlos, y al final el dibujo era incluso mejor que la descripción. Me sorprendió que no se me hubiera ocurrido enseguida. Sin duda había dibujado antes, pero con líneas matemáticas, que surgían conforme a leyes aritméticas y representaban superficies y cuerpos según unas medidas y habían sido hechos a escuadra y compás. Sin duda sabía muy bien que pueden representarse con líneas toda clase de cuerpos, y los había visto realizados en los cuadros de mi padre; pero no había reflexionado sobre ello porque mis ocupaciones iban en otra dirección. Esa negligencia tenía que venir de un rasgo mío de carácter que poseía en alto grado y que se me reprochaba: cuando me ocupaba intensamente de algún tema, me olvidaba de otros que tal vez tenían mayor importancia. Decían que aquello era unilateral, que denotaba incluso falta de sensibilidad.

Empecé dibujando plantas, hojas con tallos, con ramas. Al principio, la semejanza no era muy grande, y la perfección del dibujo dejaba mucho que desear, como reconocí más tarde. Pero la cosa iba mejorando, porque trabajaba con ahínco y no cejaba en el intento. Las plantas que tenía en mis herbarios, por muy cuidadosamente que estuvieran preparadas, iban perdiendo no sólo el color sino también la forma, y no recordaban ni lejanamente su naturaleza originaria. En cambio, las plantas dibujadas conservaban al menos la forma, por no hablar de que hay plantas que por su naturaleza, y otras por su tamaño, no pueden guardarse en un libro, como los hongos o los árboles. Ésas podían conservarse muy bien en un dibujo. Sin embargo, el mero dibujo dejó de satisfacerme poco a poco, ya que faltaba el color, que es cosa esencial en las plantas, sobre todo en las flores. Por eso comencé a colorear mis reproducciones y a no darme descanso hasta que se veía el parecido con las figuras originales, un parecido que prometía ser cada vez mayor.

Después de las plantas acometí otros objetos cuyo color tuviese algo llamativo y palpable. Pensé en las mariposas e intenté reproducir algunas. Después le tocó el turno al color de objetos menos sobresalientes, que son insignificantes pero significativos, como el de las piedras en estado no cristalino, y con el tiempo aprendí a apreciar su encanto.

Como yo pintaba y por eso debía observar las cosas con mucha más atención, y como el dibujo y mis actividades del momento no me satisfacían plenamente, tomé además otra orientación mucho más amplia.

Ya he dicho que me gustaba subir a montes elevados y contemplar desde allí el paisaje. A la mirada ya ejercitada en esta contemplación, las formas plásticas de la tierra se le presentaban con rasgos característicos mucho más sobresalientes y reunidas de modo más claro en grandes grupos. Entonces se revelaba al ánimo y al espíritu la fascinante génesis de esas formas, de sus repliegues y elevaciones, de su seguimiento o alejamiento de una dirección, de su común búsqueda de un punto importante y de su dispersión en la superficie. Me vino a la memoria una antigua metáfora que había leído en alguna ocasión en un libro y que había olvidado. Cuando el agua del vapor del aire, en gotas infinitamente pequeñas apenas visibles con un cristal de aumento, se posa sobre el vidrio de nuestras ventanas y a ello viene a sumarse el frío necesario, se forma esa capa de hielos, estrellas, abanicos, palmeras y flores que llamamos ventanas heladas. Todas esas cosas confluyen en un todo, y los rayos, los valles, las crestas, los nudos del hielo son admirables vistos con cristal de aumento. De igual manera se presenta allá abajo, contemplada desde cimas muy altas, la superficie de la tierra. Tiene que haber surgido de una materia solidificable, y despliega sus abanicos y sus palmeras a una escala grandiosa. La montaña en la que estoy es el punto blanco, claro y brillantísimo, que vemos en el centro del delicado tejido de nuestras ventanas heladas. Esas palmeras festoneadas de las ventanas heladas, cuando se desintegran debido a las corrientes de aire o se deshielan por el calor, quedan fragmentadas o interrumpidas. En las cadenas montañosas hay alteraciones debidas a la erosión causada por el agua, el aire, el calor y el frío. Pero la destrucción de las agujas heladas de las ventanas necesita un tiempo más breve que las agujas de las montañas. La contemplación de la tierra que yacía a mis pies, tarea a la que a menudo dedicaba varias horas, elevaba mi corazón a más altas esferas, y me pareció que la empresa de investigar cómo surgió esa corteza terrestre y, reuniendo muchos pequeños

datos en los puntos más diversos, abarcar el conjunto grande y majestuoso que se ofrece a nuestras miradas cuando vamos de una cima a otra de nuestro planeta, hasta que, habiendo accedido finalmente a todas, a nuestros ojos ya no les queda otra formación por examinar que la vastedad y la convexidad del mar, era una empresa digna, una empresa para la que todos mis esfuerzos anteriores sólo habían sido trabajos preliminares.

Animado por estos sentimientos y consideraciones empecé a estudiar, como una suerte de broche final o de resumen de todos mis trabajos anteriores, la ciencia de la formación de la corteza terrestre y, a través de ella, tal vez la formación de la propia tierra. Además de dibujar a veces con exactitud desde puntos altos, como si mirara a través de un espejo, la configuración de la superficie terrestre, me compré las obras más sobresalientes que trataban de esa ciencia, me familiaricé con los aparatos necesarios así como con el modo de manejarlos.

Estudié entonces esa materia con ininterrumpido afán y por riguroso orden.

Al mismo tiempo conocí también poco a poco el cielo, la estructura de sus fenómenos y las condiciones de su clima.

Desde entonces mis viajes a las montañas tuvieron casi exclusivamente ese objetivo.

3. EL REFUGIO

Un día partí de la sierra y me dirigí hacia la zona más suave de colinas. Quería pasar de una cadena montañosa a otra, y caminar hasta allí por una parte del campo abierto. Todo el mundo conoce las estribaciones con las que la alta montaña, como en una especie de transición, va a parar a las tierras más llanas. Cubiertas de bosques de fronda o de coníferas, se extienden con un agradable colorido, dejan ver sobre ellas, aquí y allá, la cima azul de alguna alta montaña, se ven interrumpidas aquí y allá por un luciente prado, llevan entre ellas todas las corrientes de agua que les aporta la montaña y que fluyen hacia las tierras bajas, ostentan varios edificios y pequeñas iglesias, y se despliegan, en todas las direcciones en las que la sierra va descendiendo, hacia las zonas más cultivadas y habitadas.

Cuando bajé por las laderas de esos montes y tuve un horizonte más despejado, vi por el lado de poniente las suaves nubes de una tormenta que empezaba a fraguarse poco a poco y velaba el cielo. Seguí avanzando a buen paso y observé cómo aumentaba y crecía la nubosidad. Cuando ya había llegado bastante lejos y me encontraba en una parte de la comarca en la que alternan suaves colinas con tierras llanas de poca extensión y con granjas dispersas, en la que los frutales son tan extensos como bosques, en la que asoman las torres de las iglesias entre la oscura floresta, en la que murmuran los arroyos en el surco del valle y en la que, debido a la mayor amplitud que ofrece el valle, se divisa por doquier la zigzagueante cinta azul de las montañas, tuve que pensar en buscar refugio; pues era casi imposible llegar hasta la aldea en la que tenía intención de parar. La tormenta estaba ya tan avanzada que podría estallar una hora más tarde y, en circunstancias favorables, incluso antes.

Ante mí tenía el pueblo de Rohrberg, la torre de cuya iglesia, fuertemente iluminada por el sol, veía sobresalir entre los cerezos y los sauces. Estaba muy poco apartada de la carretera. Más cerca había dos granjas, cada una de las cuales brillaba, a moderada distancia, entre prados y campos de cereales. Había también una casa en lo alto de una colina, que no parecía ser ni casa de labranza ni edificio de explotación de algún burgués sino más bien la casa de campo de un habitante de la ciudad. Ya antes, siempre que pasaba por aquella comarca, había contemplado repetidas veces la casa, pero nunca me había interesado particularmente por ella. Ahora la observé mejor por ser el refugio más próximo desde el lugar en que me encontraba, y porque prometía más comodidad que las granjas. Se sumaba a ello un aliciente curioso. Cuando una gran parte de la comarca, salvo el campanario de la iglesia de Rohrberg, ya estaba en la sombra, ella brillaba al sol, y el resplandor de su seductora blancura destacaba sobre el gris y el azul del paisaje.

Decidí, pues, pedir alojamiento en aquella casa.

Busqué entonces un camino que llevara de la carretera a la colina de la casa. Por mi conocimiento de las costumbres de aquella zona no me fue difícil encontrar ese camino, que, bordeado de cercas y maleza, subía desde la carretera. Avancé por él y, como bien había imaginado, me encontré al final delante de la casa. Ésta seguía iluminada por la claridad del sol. Pero cuando me aproximé a ella, lo que vi me produjo admiración. La casa estaba cubierta de arriba abajo por una profusión de rosas y lo que sucede en aquel fértil terreno ondulado, en el que, cuando algo florece, enseguida florece todo lo demás, ocurría también allí: las rosas parecían haberse dado la consigna de salir todas al mismo tiempo para envolver la casa en una colcha de exquisitos colores y en una nube de los más suaves perfumes.

Cuando digo que la casa estaba cubierta de rosas de arriba abajo, esto no hay que tomarlo tan al pie de la letra. La casa tenía dos pisos bastante altos. La pared de la planta baja estaba cubierta de rosas hasta las ventanas del piso superior. El resto, hasta el tejado, estaba descubierto y era la cinta blanca que miraba a la campiña y que fue, por decirlo así, el señuelo que me atrajo hasta allí arriba. Las rosas estaban sujetas a una espaldera adosada a la pared de la casa. Crecían, sin excepción, en arbolillos. Los había diminutos, y sus hojas empezaban ya casi a ras de tierra, luego los había más altos, y sus tronquitos sobresalían por encima

de los primeros, y así sucesivamente, hasta que los últimos daban con sus ramas contra las ventanas del piso superior. Las plantas estaban tan bien distribuidas y tan bien cuidadas que en ningún sitio quedaba un hueco, y la pared de la casa se hallaba totalmente cubierta por ellas hasta la altura a la que llegaban.

Yo nunca había visto una disposición de ese género a tan gran escala.

Estaban allí, además, casi todas las variedades de rosas que conocía y alguna que no conocía. Los colores iban del blanco inmaculado de las rosas blancas, pasando por el blanco amarillo y rojizo de las rosas intermedias, hasta el rojo suave y el púrpura y el rojo azulado, con mezcla de negro, de las rosas rojas. Las formas y la contextura cambiaban en la misma proporción. Las plantas no estaban clasificadas por colores sino que el único criterio que había guiado su cultivo parecía ser el de no permitir que apareciera el menor hueco en la pared revestida de rosas. Por eso los colores florecían mezclados unos con otros.

También me llamó la atención el verde de las hojas. Era muy puro y no percibí ninguno de los defectos que, en las hojas verdes de las rosas, se dan más a menudo que en otras plantas, ni ninguna otra enfermedad habitual. No se veía ninguna hoja seca o comida por las orugas o encogida por los filamentos de éstas. Faltaban incluso los insectos que con tanta frecuencia anidan en las rosas. Las hojas se presentaban totalmente desarrolladas y exhibiendo sus diversos matices de verdor. Mezcladas con el colorido de las flores revestían la casa de modo singular. El sol, que parecía seguir iluminando únicamente esa casa, confería a las rosas y a sus hojas verdes unos colores como de oro y de fuego.

Después de haber estado un rato ante esas flores olvidado de mi designio, me reconvine a mí mismo y pensé en lo que quería hacer. Busqué una entrada a la casa. Pero no veía ninguna. En toda la pared, bastante larga, no había ni puerta ni portón. Tampoco había ningún camino que indicara por dónde se accedía a la casa; pues todo lo que había delante de ella era una explanada de arena bien ordenada con el rastrillo. Por una franja de césped y un seto, esa explanada quedaba separada de los cultivos colindantes que había a mis espaldas. A ambos lados de la casa, en sentido longitudinal, había jardines separados de la explanada de arena por una elevada verja de hierro pintada de verde. En esa verja tenía que estar entonces la entrada.

Y así era, en efecto.

En la verja más próxima al camino que llevaba a la colina descubrí la puerta o, propiamente, dos batientes de una puerta inserta en la verja, de manera que a primera vista no podía distinguirse de la misma. La puerta tenía dos tiradores de cobre y junto a un batiente se veía el tirador de una campana.

Primero eché una ojeada al jardín a través de la verja. La explanada de arena se prolongaba detrás de ésta, pero estaba bordeada de setos de flores e interrumpida por altos árboles frutales que daban sombra. En la sombra había mesas y sillas, pero ningún ser humano. El jardín se prolongaba hacia atrás en torno a la casa y me pareció que tenía bastante profundidad.

Primero probé con los picaportes pero no abrían. Luego recurrí al tirador de la campana y llamé.

Al sonido de la campana vino hacia mí, procedente de la floresta del jardín, un hombre. Cuando estuvo delante de mí, al otro lado de la verja, vi que era un hombre de cabello blanco como la nieve, que llevaba al descubierto. Aparte de eso su apariencia no tenía nada fuera de lo común y vestía una especie de casaca de interior, o como quiera que se llamara aquella prenda, muy ceñida al cuerpo y que le llegaba casi hasta las rodillas. Cuando llegó hasta mí, me miró un momento y dijo:

—¿Qué desea, señor?

—Está fraguándose una tormenta —respondí—, y dentro de poco habrá llegado a esta zona. Soy un caminante, como puede ver por mi morral, y le pido por eso que se me dé asilo en esta casa hasta que haya pasado la lluvia o al menos la lluvia más intensa.

—La tormenta no estallará —dijo el hombre.

—No tardará una hora en llegar —repliqué—, conozco muy bien estas montañas y entiendo un poco de sus nubes y tormentas.

—Pero es muy probable que mi conocimiento del lugar en el que estamos date de mucho más atrás que su conocimiento de estas montañas, puesto que soy mucho mayor que usted —respondió—; conozco también sus nubes y sus tormentas, y sé que hoy no caerá lluvia alguna sobre esta casa, este jardín y esta comarca.

—No vamos a seguir opinando más tiempo acerca de si caerá o no una tormenta sobre esta casa —dije —; pero si tiene usted reparos en abrir la verja, sea tan amable y llame al señor de la casa.

—Yo soy el señor de la casa.

Al oír estas palabras miré con más detenimiento al hombre. El rostro sugería, sin duda, una edad avanzada; pero me parecía más juvenil que el cabello, y era uno de esos rostros agradables y lozanos, no desfigurados por la grasa de los años y de los que no se sabe nunca qué edad tienen. Entonces dije:

—Así pues, ahora he de pedir disculpas por haber sido tan impertinente y haber contado con lo que es tradicional en esta región. Si su afirmación de que no vendrá tormenta equivale a una negativa, me marcharé al momento. No piense que, joven como soy, tengo miedo de la lluvia; sin duda no me resulta tan agradable estar empapado como permanecer seco, pero tampoco me es tan desagradable que por eso quiera ser una carga para nadie. Muchas veces me ha llovido encima y no pasa nada si hoy también vuelve a lloverme.

—En realidad son dos cuestiones diferentes —respondió el hombre—, y he de responder a ambas. Lo primero es que usted ha dicho algo equivocado en lo tocante a las cosas de la naturaleza, lo cual se debe quizá a que conoce muy poco las condiciones atmosféricas de esta comarca o a que no presta suficiente atención a los fenómenos de la naturaleza. Yo me he visto obligado a corregir ese error; porque en asuntos de la naturaleza hay que buscar la verdad. Lo segundo es que si usted viene a esta casa, con tormenta o sin ella, y tiene a bien aceptar su hospitalidad, tendré mucho gusto en ofrecérsela. Esta casa ya ha recibido a mucha gente, y se ha complacido en dar albergue a no pocas personas y, tal como yo lo veo, también tendrá mucho gusto en ofrecer a usted albergue y sustento todo el tiempo que le plazca. Por eso le pido que entre.

Con estas palabras presionó la cerradura del batiente de la puerta, el batiente se abrió, giró mediante un rodillo sobre un carril semicircular y me dejó sitio para pasar.

Durante un instante permanecí indeciso.

—Si no viene la tormenta —dije—, no tengo en el fondo ninguna razón para entrar aquí; pues me he apartado de la carretera sólo porque llegaba la tormenta y quería subir a esta casa. Pero perdóneme si vuelvo a plantear la cuestión. Soy una especie de naturalista y me he dedicado varios años a los asuntos de la naturaleza, a observarla, sobre todo en estas montañas, y mi experiencia me dice que hoy caerá una tormenta sobre esta región y sobre esta casa.

—Ahora es cuando, realmente, tiene que entrar usted —dijo—, ahora se trata de que esperemos los dos juntos hasta ver quién tiene razón. Yo no soy naturalista y no puedo decir de mí que me haya dedicado a las ciencias naturales; pero he leído bastante sobre estos temas, a lo largo de mi vida he procurado observar las cosas y reflexionar sobre lo leído y lo visto. Debido a esas investigaciones, hoy he visto los inequívocos signos de que las nubes, que ahora todavía están hacia poniente, que ya han tronado una vez y que han sido para usted el motivo que le ha impulsado a llegar hasta aquí arriba, no traerán lluvia ni a esta casa ni a región alguna. Cuando el sol esté más bajo, tal vez se dispersen y se repartan por el cielo. Por la noche quizá percibamos algo de viento, y mañana será otra vez, sin la menor duda, un hermoso día. Podría ocurrir tal vez que cayeran algunos goterones o alguna llovizna; pero desde luego no sobre esta colina.

—Si son así las cosas —respondí—, con mucho gusto entraré y aguardaré impaciente el desenlace que tengo curiosidad de conocer.

Tras esas palabras entré, él cerró la verja y dijo que iba a ser mi guía.

Me hizo dar un rodeo a la casa; pues la puerta estaba en el lado opuesto a las rosas. Me introdujo por esa puerta, después de haberla abierto con una llave. Detrás de la puerta vi una galería pavimentada en mármol de ammonites.

—Esta entrada —dijo— es en realidad la entrada principal; pero como no me gusta que me estropeen el pavimento de la galería, la tengo siempre cerrada, y la gente entra en las habitaciones por una puerta que encontraríamos si rodeáramos otra vez la esquina de la casa. A causa del pavimento he de pedirle que se calce estas pantuflas de fieltro.

Justo en el interior de la puerta había unos pares de pantuflas de fieltro amarillento. Nadie podría estar más convencido que yo de la necesidad de cuidar bien aquel hermoso mármol, que ya es de por sí excelente y que allí estaba maravillosamente pulimentado. Así pues, me metí con mis botas en un par de esas pantuflas, él hizo lo mismo, y así caminamos por el brillante suelo. La galería, en la que entraba luz cenital, conducía a una puerta marrón de cuarterones. Al llegar a ella, él se quitó las pantuflas de fieltro, me pidió que hiciera lo mismo, y, una vez que nos hubimos desembarazado de las zapatillas sobre el escalón de madera de la puerta, la abrió y me hizo entrar en una sala. Por su apariencia era un comedor; porque en el centro había una mesa, cuya factura mostraba que podía aumentar o disminuir de tamaño según fuera a sentarse en torno a ella un número mayor o menor de personas. Aparte de la mesa, en la sala no había más que sillas y una credencia que podía contener la vajilla y lo necesario para el servicio de mesa.

—Ponga en esta habitación —dijo el hombre— el sombrero, el bastón y el morral, después le conduciré a otra pieza en la que podrá descansar.

Dicho esto, le obedecí y él se acercó a una amplia estera de cáñamo y a unos cepillos de los pies que había a la salida de la habitación, se limpió en ellos con mucho esmero el calzado y me invitó a hacer lo mismo. Lo hice y cuando hube terminado, abrió la puerta de salida, que era también marrón y guarnecida

de cuarterones, y me llevó a través de una antesala a un aposento de descanso contiguo a la antesala.

—Esta antesala —dijo— es el verdadero acceso al comedor, y se entra en él por la otra puerta.

La habitación de descanso era un agradable aposento, y, en verdad, parecía muy apropiada para sentarse en ella y descansar. Sólo contenía mesas y asientos. Sobre las mesas no había, como suele ocurrir en nuestras salas de visita, libros, dibujos o cosas semejantes, sino que los tableros no tenían nada encima y estaban limpios y magníficamente pulidos. Eran de oscura madera de caoba, que con el tiempo había oscurecido aún más. Había un único mueble, que no era ni asiento ni mesa: una estantería con varios anaqueles que contenían libros. De las paredes colgaban grabados al cobre.

—Aquí puede usted descansar si el camino le ha fatigado o si quiere simplemente tener un rato de solaz —dijo el hombre—. Yo me marcho para encargarme de que le traigan algo de comer. Tendrá que quedarse un rato solo. En la estantería hay libros, por si quiere echarles una ojeada.

Tras esas palabras se alejó.

Yo estaba cansado, en efecto, y tomé asiento.

Ya sentado, pude comprender la razón por la que el hombre, antes de entrar en esa habitación, se había limpiado tanto el calzado y me había expresado su deseo de que yo lo limpiase como él. El suelo de la habitación estaba recubierto de un hermoso entarimado, como yo nunca viera antes nada semejante. Era casi una alfombra de madera. No me cansaba de admirar aquello. Habían ensamblado toda suerte de maderas en sus colores naturales y compuesto con ellas un tapiz de dibujos. Como yo estaba habituado a esas cosas por los muebles de mi padre y sabía opinar un poco sobre ellas, vi que todo debía de haber sido hecho conforme a un plan ejecutado en colores, un plan que a mí mismo me pareció una obra maestra. Pensé que no debía ni levantarme ni caminar sobre aquello, y mucho menos si pisaba con los clavos que guarnecían mis botas de montaña. Tampoco tenía ningún motivo para levantarme, puesto que me resultaba muy agradable el descanso después de una marcha bastante larga.

Allí estaba sentado, pues, en la casa blanca a la que había subido para esperar en ella que pasara la tormenta.

El sol seguía dando sobre la casa, entraba en oblicuo por las ventanas de aquella habitación y ponía paneles de luz sobre su hermoso entarimado.

Cuando llevaba sentado un rato tuve una extraña sensación que al principio no fui capaz de explicarme. Era como si no estuviera sentado en una habitación sino al aire libre, en un bosque silencioso. Miré hacia las ventanas para explicarme el fenómeno; pero las ventanas no me ofrecían ninguna explicación: vi a través de ellas un trozo de cielo, en parte sereno, en parte algo nublado, y bajo el cielo veía un fragmento verde que correspondía a los árboles del jardín, espectáculo que sin duda yo había contemplado ya muchas veces. Me sentía rodeado de aire fresco y puro. La causa de ello era que las ventanas de la habitación estaban abiertas en sus partes superiores. Esas partes superiores no podían abrirse hacia dentro, como es habitual, sino que tenían hojas de corredera; de modo que se cerraban haciendo resbalar el cristal dentro del marco, pero también a veces con una delicada cortina de gasa de seda gris perla. Cuando yo estaba en la habitación, esto último era el caso. El aire podía entrar libremente, pero las moscas y el polvo quedaban fuera.

Aunque el aire puro evocaba el campo, eso no me convencía como única explicación. También me llamó la atención otra cosa. En la habitación en la que me encontraba no se oía ninguno de los ruidos propios de una casa habitada, unos ruidos que, por muy silenciosa que sea la casa, se perciben a intervalos en mayor o menor grado. Esa especie de ausencia de ruidos domésticos no permitía saber si había cerca piezas habitadas, pero, lo mismo que ocurría con el aire libre, no podía dar la sensación de que estábamos en el bosque.

Por fin creí haber dado con la causa. Yo oía casi sin interrupción, a veces más cerca a veces más lejos, a veces más alto a veces más bajo, canto de pájaros. Me concentré en esa percepción y pronto me di cuenta de que el canto no procedía únicamente de los pájaros que habitan en el entorno humano sino también de otros cuyas voces y trinos sólo había percibido en bosques y apartadas florestas. Ese sonido poco llamativo que conocía de mis andanzas por la sierra y en el que, en efecto, apenas me había fijado al principio, era seguramente la causa principal de mi equivocación, aunque el silencio del aposentó y el aire puro también pudieron contribuir a ello. Cuando presté ahora más atención a esos ocasionales trinos de pájaros noté realmente que había sonidos de aves muy solitarias, que siempre habitan en la profundidad de los bosques. Eso producía un extraño efecto en una pieza habitada y bien amueblada.

Cuando hube encontrado, o creí haber encontrado, la causa de mi sensación, desapareció también gran parte de su misterio y, por consiguiente, de su encanto.

Ahora que percibía de un modo constante el trino de los pájaros, me llamó enseguida la atención otra

cosa. Cuando se está fraguando una tormenta y el aire cargado queda detenido en el éter, suelen enmudecer las aves del bosque. Recuerdo que en tales momentos, estando yo en los más hermosos, espesos y apartados bosques, a menudo no oía el menor sonido, excepto tal vez un martilleo, único o doble, del pájaro carpintero o el breve grito del buitre que los lugareños llaman pájaro de lluvia. Pero incluso éste permanece silencioso cuando la tormenta es inminente. Sólo los pájaros que habitan con los hombres y temen las tormentas igual que ellos o los que viven en espacios abiertos y tal vez admiran su mayestática proximidad anuncian su inminencia. Así, he visto golondrinas cruzar los aires con su blanco vientre de plumas ante las espesas nubes de una tormenta que se anunciaba, las he oído incluso gritar, y he visto alondras que se remontaban cantando hacia las oscuras nubes de una borrasca. El canto de los pájaros silvestres me pareció ahora un mal augurio para mi predicción de la tormenta. También me llamó la atención que aún no hubieran aparecido los signos de ese estallido que yo no consideraba tan lejano cuando me desvié de la carretera. El sol seguía iluminando la casa, y sus paneles de luz seguían brillando sobre el bello pavimento de la habitación.

Mi huésped parecía haber determinado dejarme solo bastante tiempo, probablemente para darme la posibilidad de descansar y estar cómodo; porque no volvía tan pronto como sus palabras me habían hecho creer.

Cuando ya llevaba sentado un buen rato y el estar sentado empezaba a agradarme menos que al principio, me levanté, y, de puntillas a fin de preservar el suelo, me dirigí a la estantería para mirar los libros. Pero eran casi únicamente poetas y autores literarios. Encontré volúmenes de Herder, Lessing, Goethe, Schiller, traducciones de Shakespeare hechas por Schlegel y Tieck, una *Odisea* en griego, pero también partes de la *Geografía* de Ritter, de la *Historia de la humanidad* de Johannes Müller, y de Alexander y Wilhelm von Humboldt. Dejé a un lado a los poetas y cogí el *Viaje a las regiones equinocciales*, de Alexander von Humboldt, que ya conocía pero que siempre me gustaba releer. Con mi libro en la mano, retorné a mi asiento.

Después de haber leído un rato bastante largo entró mi huésped.

Como llevaba ausente tanto tiempo yo había pensado que quizá también él se había cambiado de ropa, pues tenía un invitado e iba vestido de un modo muy modesto. Pero regresó con el mismo atuendo con el que se había presentado ante mí junto a la verja.

No se disculpó por su ausencia, sólo dijo que, si había descansado y gustaba de ir a comer, le siguiera hasta el comedor, que allí me servirían un refrigerio.

Dije que había descansado, pero que había ido allí sólo para pedir cobijo, y no para causar más molestias, sobre todo en lo tocante a comer y beber.

—Usted no causa molestias —respondió el hombre—, usted ha de comer algo, sobre todo porque va a quedarse aquí hasta que esté resuelto lo de la tormenta. Como ya ha pasado el mediodía y nosotros almorzamos a las doce en punto, y desde esa hora hasta la cena ya no se sirve nada, hay que ponerle una comida especial para que no espere hasta la noche. Y en caso de que ya haya almorzado y quiera esperar hasta la noche, el honor de la casa exige que se le ofrezca algo, lo acepte o no. Sígame, pues, al comedor.

Dejé el libro a mi lado, sobre el asiento, y me dispuse a seguirle.

Pero él cogió el libro y lo colocó en su lugar, en la estantería.

—Perdone —dijo—, es costumbre en nuestra casa que los libros que hay en la estantería con el fin de que quien espera en la habitación o se encuentra en ella por cualquier otro motivo pueda leer lo que le plazca en todo momento se vuelvan a colocar en el estante después de usarlos para que la habitación conserve la apariencia que le corresponde.

Entonces abrió la puerta y me invitó a ir por delante al comedor que ya conocía.

Llegados a él, vi que la mesa, cubierta con un hermoso mantel de lino blanquísimo, estaba puesta para una sola persona, vi que sobre la mesa había frutas en almíbar, vino, agua y pan y, en un recipiente, hielo triturado para añadirlo al vino. Ya no vi mi morral ni mi bastón de endrino, pero el sombrero seguía en su sitio.

Mi acompañante sacó de uno de los bolsillos de su traje una, según me pareció, campanilla de plata y la agitó. Al punto apareció una criada y trajo un pollo asado y una hermosa ensalada de lechuga jaspeada de rojo.

Mi anfitrión me invitó a que me sentara y comiera.

Como lo ofrecía con tanta amabilidad, lo acepté. Aunque yo, en efecto, ya había hecho una comida, eso había sido antes del mediodía y con la caminata me había vuelto el hambre. Por eso consumí lo que me habían servido.

Mi huésped se sentó junto a mí, me hizo compañía pero no bebió ni comió nada.

Cuando hube terminado y colocado los cubiertos sobre la mesa, me ofreció enseñarme el jardín si no estaba muy cansado.

Acepté.

Volvió a tocar la campanilla, para dar la orden de retirar los manteles y esta vez no me llevó al jardín por la galería por la que habíamos entrado sino por un pasillo pavimentado con losas corrientes. Ahora llevaba puesto sobre sus blancos cabellos una pequeña cofia de encaje, como esa especie de redecillas que se les pone a los niños para recogerles los rizos.

Cuando salimos al exterior vi que, mientras yo comía, el sol había dejado de dar sobre la casa, alcanzado por el frente de la borrasca. En el jardín, al igual que en la comarca, había esa sombra caliente y seca que siempre aparece en tales ocasiones. Pero durante mi estancia en la casa, el frente de la borrasca había cambiado poco, y no parecía probable que pronto rompiera a llover.

Una mirada en derredor me convenció al momento de que el jardín de detrás de la casa era muy grande. Pero no era un jardín como los que se plantan en las traseras y a los lados de las casas de campo de la gente de ciudad, a saber, con arbustos y árboles que no producen nada, o todo lo más frutos de ornamento, y en los espacios intermedios césped y senderos de arena o algunos setos de flores o flores en círculo, sino que era un jardín que me recordaba al que tenían mis padres en la casa de las afueras. Era una amplia plantación de frutales, que dejaban sin embargo suficiente espacio para que entre ellos hubiera arbustos de huerta o sólo destinados a florecer, y para que esas flores y hortalizas prosperasen perfectamente. Las flores formaban en parte macizos propios, en parte se prolongaban como setos, en parte se encontraban en lugares específicos, en los que resaltaban por su belleza. Tales jardines siempre me han dado una sensación de hogar, de utilidad doméstica, mientras que los otros, por un lado, no se avienen con una casa, puesto que no dan frutos, y por otro tampoco son realmente un bosque. Lo que podía florecer en el tiempo de las rosas, florecía y exhalaba su perfume, y como el cielo estaba cubierto de aquellos pesados nubarrones, los olores eran mucho más penetrantes e intensos. Eso, sin embargo, parecía anunciar tormenta.

Cerca de la casa había un invernadero. Pero desde el sendero por el que caminábamos podíamos ver su anchura, no su longitud. Ese lado estrecho, cubierto parcialmente de setos, también estaba revestido de rosas y parecía una casa de las rosas pero en miniatura.

Caminamos por un amplio sendero que discurría por el centro del jardín. Al principio era llano, pero luego ascendía suavemente.

En el jardín también parecían predominar las rosas. O bien había, aquí y allá, en un emplazamiento adecuado, un rosal suelto, o había setos plantados según determinadas orientaciones, o se veían zonas donde encontraban buenas condiciones para prosperar y resultaban muy agradables a la vista. Un grupo de rosas muy oscuras, casi color violeta, estaba circundado de una delicada rejilla propia, para ponerlo de relieve o para protegerlo. Todas las flores, como las de la pared delantera de la casa, eran de una gran pureza y limpidez, incluso las que ya se marchitaban aparecían vigorosas y sanas en sus hojas.

Hice una observación relativa a esto último.

—¿No ha visto usted nunca una de esas mujeres de avanzada edad —dijo mi acompañante—, que fueron muy bellas en su juventud, y que han conservado largo tiempo su lozanía? Se asemejan a estas rosas. Aunque ya tengan un sinnúmero de pequeñas arrugas en el rostro, entre las arrugas aún predomina la belleza y un hermoso color.

Respondí que nunca había observado tal cosa, y continuamos nuestro camino.

En el jardín crecían otras flores, aparte de las rosas. En lugares umbríos había setos enteros de orejas de oso. Sin duda habían dejado de florecer hacía tiempo, pero sus fuertes hojas verdes indicaban que estaban bien cuidadas. De cuando en cuando se alzaba un lirio en un lugar solitario, y claveles bien desarrollados lucían en macetas colocadas sobre una tabla especial en la que se había instalado un dispositivo para preservar las flores del sol. Aún no se habían abierto, pero los capullos estaban muy avanzados y presagiaban magníficas flores. Es posible que sólo hubiera una selección sobre la tabla; porque, cuando avanzamos un poco más, vi el vivero de esas plantas dispuesto en largos y prolongados arriates. Fuera de eso, estaban las flores habituales de jardín, en parte en setos, en parte en pequeños lugares separados, en parte formando un borde. El alhelí parecía gozar de una preferencia, porque había gran número de ellos, de gran belleza y en muchas variedades. Su agradable perfume impregnaba el aire. Incluso en macetas vi cultivada esa flor y colocada en lugares favorables. No pude calibrar cuántas plantas de bulbos podrían crecer allí, porque la época de esas flores había pasado hacía tiempo.

También había pasado la época de los arbustos en flor, y éstos estaban sólo con sus hojas verdes, junto al camino o en sus lugares propios.

Las hortalizas ocupaban los terrenos espaciosos, más extensos. Entre ellas y en sus extremos había

plantaciones de fresas. Éstas parecían gozar de especiales cuidados, con frecuencia estaban sujetas con cordeles y se veían entre ellas finas láminas metálicas que llevaban escritos los nombres.

Los frutales estaban repartidos por todo el jardín, vimos muchos al pasar. También en ellos, pero muy especialmente en los numerosos árboles enanos, vi etiquetas blancas con nombres.

En algunos árboles, a veces junto al tronco, a veces entre las ramas, vi unas cajitas de madera. En nuestras tierras altas se suele dar esos recipientes a los estorninos para que construyan en ellos sus nidos. Sin embargo, aquellos receptáculos eran de otra índole. Quise preguntarlo, pero al hilo de la conversación, olvidé hacerlo.

Según avanzábamos por el jardín, volví a oír, sobre todo en sus partes más frondosas, gritos de pájaros, los mismos que había oído en la sala donde estuve esperando, pero ahora más claros y agudos.

También me llamó la atención otra circunstancia, cuando ya habíamos recorrido gran parte del jardín; no percibí el menor rastro de los daños que causan las orugas. Sin embargo, en mis andanzas por aquella región, los había visto, aunque, al no ser demasiado grandes y no siendo de temer malformaciones en la fruta, no me había fijado demasiado en ellos. Al contemplar el frescor del follaje de aquel jardín, de nuevo me llamó la atención ese hecho. Por eso examiné el follaje más de cerca y creí notar que también era más perfecto que en otros sitios, las hojas verdes eran más grandes y oscuras, siempre estaban completas, y las verdes cerezas y las diminutas manzanas y peras destacaban por su aspecto saludable. Más atento ahora debido a tal circunstancia, contemplé con más detenimiento la col que no estaba lejos de nuestro camino. No había nerviaciones desnudas que indicaran que la oruga de la mariposa blanca había devorado las hojas. Éstas eran hermosas y estaban enteras. Me propuse comentarle esta observación a mi acompañante en algún momento.

Entretanto habíamos llegado casi al final de las plantaciones, y empezó entonces un terreno con césped que ascendía de modo bastante abrupto, y que al principio estaba plantado de árboles pero a más altura continuaba sólo con hierba.

Subimos por él.

Llegados a bastante altura, como el panorama ya no quedaba oculto por los árboles, me detuve un momento para contemplar el cielo. Mi acompañante se paró también. La tormenta no estaba ahora sólo por el lado de poniente sino por todas partes. Oímos asimismo unos truenos lejanos que se repetían con frecuencia. Los oíamos, ora por poniente, ora por el lado sur, ora en lugares que no podíamos distinguir. Mi hombre debía de estar muy seguro de su afirmación, porque vi en el jardín a unos trabajadores que se afanaban sacando agua de los distintos pozos y dirigiéndola hacia las acequias que cruzaban el jardín, y de éstas a los depósitos. Vi también trabajadores que iban a llenar sus regaderas en los depósitos y distribuían su contenido por los bancales. Yo tenía una gran curiosidad por saber cómo continuaría aquello, pero no decía nada, y mi acompañante también guardaba silencio.

Tras un breve descanso sobre la hierba continuamos la subida, que al final era bastante empinada.

Por fin habíamos alcanzado el punto más alto, y con él también el final del jardín. Al otro lado, el terreno volvía a descender suavemente. En ese lugar había un cerezo enorme, el árbol frutal más grande del jardín, tal vez el frutal más grande de la comarca. El tronco de ese árbol estaba circundado de un banco de madera, que tenía delante cuatro mesitas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales, para poder descansar, contemplar el paisaje o leer y escribir. Desde aquel lugar se veían casi todas los puntos del horizonte. Me acordé entonces muy bien de que anteriormente, durante mis recorridos a pie, había visto ya ese árbol desde la carretera o desde otros lugares. Aparecía como un punto oscuro y destacado que coronaba el lugar más alto de la comarca. En días serenos, podía verse desde allí toda la cadena montañosa del sur, ahora sin embargo no se distinguía nada, porque todo venía a fundirse en una única masa borrascosa. Hacia el septentrión aparecía una grata serie de colinas, y detrás de ellas, según mis cálculos, debía de estar el pueblo de Landegg.

Nos sentamos un poco en el banquito. Parecía que nadie podía pasar por aquel agradable lugar sin sentarse y echar una ojeada al panorama, porque la hierba que rodeaba el árbol estaba tan desgastada por las pisadas que se veía la tierra desnuda como si hubiera un camino alrededor del árbol. Por tanto, la gente gustaba de reunirse en aquel lugar.

Cuando apenas habíamos descansado un ratito, por entre los matorrales y árboles no muy alejados de donde estábamos vi salir una figura que avanzó en dirección a nosotros. Cuando se acercó algo más me di cuenta de que era una mezcla de niño y de adolescente. Por un momento se habría pensado que quien llegaba era un adolescente y un momento después, que aún era un niño. Vestía un traje de lino a rayas azules y blancas, no llevaba nada en torno al cuello y en la cabeza sólo una espesa masa de rizos castaños.

Cuando se hubo acercado, dijo:

—Veo que estás ocupado con un forastero, así que no voy a molestarte y bajaré de nuevo al jardín.

—Sí, hazlo así —dijo mi acompañante.

El niño hizo una rápida y leve inclinación dirigida a mí, se dio media vuelta y regresó por donde había venido.

Nosotros seguimos sentados.

Entretanto, en el cielo se habían producido pocos cambios. Allí continuaba la misma capa de nubes, y seguíamos oyendo los mismos truenos. Pero como la capa nubosa parecía aún más oscura, ahora también se percibía a veces un relámpago.

Al cabo de algún tiempo, mi acompañante dijo:

—Su viaje no tendrá, espero, una finalidad que se vea alterada por una demora de unas horas o de uno o varios días.

—Es como usted dice —respondí—; mi objetivo es, en la medida de mis facultades, llevar a cabo exploraciones científicas y, de paso, cosa que tampoco me parece poco importante, disfrutar de la vida en la naturaleza.

—Esto último, en efecto, tampoco carece de importancia —replicó mi vecino—, y tal como usted ha presentado el objetivo de su viaje, seguramente estará conforme si le invito a no reemprender hoy el camino sino a pasar aquí la noche. Si desea permanecer en mi casa mañana y algunos de los días siguientes, sólo depende de usted el hacerlo.

—Yo quería llegar hoy a Rohrberg, aunque la tormenta hubiera durado mucho tiempo —expliqué—. Pero como usted muestra tanta amabilidad con un caminante desconocido, acepto gustoso alojarme esta noche en su casa, y le doy las gracias por ello. No puedo decidir lo que pasará mañana porque aún no ha llegado ese mañana.

—Así pues, estamos de acuerdo en cuanto a la noche próxima; yo lo pensé enseguida —dijo mi acompañante—, habrá notado seguramente que su morral y su bastón ya no estaban en el comedor cuando entró a comer.

—Lo noté, en efecto —respondí.

—He ordenado llevar ambas cosas a su habitación —dijo—, porque ya suponía que pasaría esta noche en nuestra casa.

4. EL HOSPEDAJE

Al cabo de un rato dijo mi anfitrión: «Como ha aceptado mi albergue nocturno, podríamos ir un poco desde este árbol al campo abierto para que conozca mejor la región. Si llegara a estallar la tormenta, ambos conocemos lo bastante los signos que la anuncian y daríamos la vuelta con tiempo suficiente para llegar a la casa sin peligro».

—Como usted guste —dije, y nos levantamos del banquito.

Unos pasos detrás del cerezo, el jardín estaba separado del entorno por una sólida valla. Cuando llegamos a esa valla, mi acompañante sacó una llave del bolsillo, abrió un portillo, salimos, y cerró el portillo detrás de nosotros.

Después del jardín empezaban los campos de cultivo, en los que crecían los más variados cereales. Los cereales, que por lo general empiezan a mecerse ante el más ligero soplo de aire, estaban inmóviles y enhiestos como una flecha, las finas inflorescencias de las espigas que recorríamos con la mirada estaban como bañadas en un resplandor suave e inmóvil de oro verde.

Entre las espigas había un sendero. Era ancho y bastante desgastado por el uso. Discurría a lo largo de la colina, sin subir ni bajar, de manera que siempre quedaba en la parte más alta del cerro. Por ese sendero caminábamos.

A ambos lados del camino, entre el cereal, había amapolas de un rojo encendido, y éstas tampoco movían sus ligeros pétalos.

Por doquier se oía el canto de los grillos; pero era como otro silencio y aumentaba la expectativa que reinaba en todas partes. A veces, un trueno sordo recorría la capa nubosa que cubría todo el cielo, y un pálido resplandor despejaba pasajeramente su oscuridad.

Mi acompañante caminaba silencioso a mi lado, y a veces pasaba suavemente la mano por las verdes espigas del cereal. Se había quitado de los blancos cabellos la redecilla, la había metido en el bolsillo y llevaba la cabeza descubierta en el aire suave.

Nuestro camino nos llevó a un lugar desprovisto de cereal. Era una explanada bastante grande sólo cubierta de hierba muy corta. En esa explanada había otra vez un banco de madera y un fresno de tamaño medio.

—He dejado libre este lugar, tal como lo recibí de mis antecesores —dijo mi acompañante—, aunque si se convirtiera en terreno cultivable y se arrancara el árbol, dentro de unos años daría una cantidad no despreciable de cereales. Los trabajadores toman aquí el descanso del mediodía y consumen el almuerzo que les traen. He mandado hacer este banco porque también me gusta sentarme en él, aunque sólo sea para contemplar a los segadores y observar la solemnidad de los trabajos del campo. Los hábitos antiguos transmiten una especie de calma, aunque sólo sea la calma de lo que perdura, de lo que se ve siempre. Aquí sin embargo hay seguramente más razones que expliquen por qué el lugar quedó sin cultivar y el árbol continúa en su sitio. La sombra de este fresno es escasa pero solicitada por ser la única de este paraje, y estas gentes, aun siendo toscas, aprecian también el panorama que aquí se disfruta. Siéntese a mi lado y contemple lo poco que hoy nos ofrece este cielo encapotado.

Nos sentamos en el banco bajo el fresno, de manera que mirábamos hacia el mediodía. Veía el jardín, en oblicuo a mis pies, como un verde regazo.

En su extremo vi la pared blanca de la casa orientada hacia el norte, y sobre la pared blanca el risueño tejado rojo. Del invernadero sólo eran visibles el tejado y la chimenea.

Más hacia el mediodía apenas se distinguía el campo y los montes, debido a la sombra azul y a la bruma azul de las nubes. Hacia saliente se alzaba la torre blanca de Rohrberg, y hacia poniente había un campo de cereal con otro, primero en nuestra colina, luego más allá, en la otra colina, y así sucesivamente, en la medida en que eran visibles esas colinas. En los espacios intermedios aparecían granjas blancas y casas

sueltas o grupos de casas. Como era costumbre en la comarca, había hileras de frutales entre los sembrados, y cerca de las casas y de las aldeas, esos árboles crecían más apretados, formando como bosquecillos. Pregunté a mi vecino, en parte por las casas, en parte por los dueños de los cultivos.

—Esos campos de cultivo, desde el cerezo orientado a poniente hasta la primera hilera de frutales, son nuestros —dijo mi acompañante—. Los que hemos recorrido hasta aquí también son de nuestra propiedad. Llegan hasta aquellos edificios alargados que ve allí abajo y que son nuestras dependencias. Hacia el septentrión se prolongan, si quiere usted volver la cabeza, hasta aquellos prados con los alisares. Los prados también son nuestros y forman el límite de nuestras tierras por aquella parte. Por el sur, los campos de cultivo nos pertenecen hasta la valla de Weissdorn, donde usted se apartó de la carretera. Puede ver, por tanto, que nuestras propiedades cubren una no pequeña parte de esta colina. Estamos rodeados de esas propiedades como por un amigo que nunca flaquea y nunca es infiel.

Me llamó la atención en sus palabras que al hablar de sus propiedades siempre empleaba las expresiones «nosotros» y «nuestras». Pensé que incluía a su esposa o también a sus hijos. Recordé al niño que había visto al subir, quizá era hijo suyo.

—El resto de la colina está repartido entre esas tres granjas —concluyó su explicación—, que son nuestros vecinos más próximos. En las planicies que rodean la colina y más allá de las cuales vuelve a elevarse el terreno, empiezan nuestros vecinos más lejanos.

—Es una tierra próspera, bendita de Dios —dije yo.

—Tiene usted razón —replicó—, la tierra y lo que en ella crece es un favor divino. Es increíble, y el hombre apenas reflexiona sobre ello, qué valor inconmensurable poseen estos cultivos. Si los hacemos desaparecer de nuestro continente, moriremos de hambre por muchas otras riquezas que poseamos. Quién sabe si los países cálidos no están tan poco poblados, y el saber y el arte no son tan fecundos como en los más fríos, porque no tienen cereales. Apenas podría creer usted cuánto produce esta pequeña colina. Una vez me tomé el trabajo de medir la superficie de la colina, limitándome a la superficie que produce cereales, para, sobre la base del rendimiento de nuestros cultivos y de la capacidad de rendimiento de los cultivos de los vecinos, que yo verifiqué, hacer un cálculo de probabilidades sobre la cantidad de grano que crece cada año por término medio en esta colina. No daría usted crédito a las cifras, y ni yo mismo las había imaginado antes tan elevadas. Si usted lo tiene a bien, le mostraré cómo se trabaja en nuestra casa. Yo pensaba entonces que el cereal formaba parte de las cosas de esta vida que, como el aire, siempre están presentes sin llamar la atención. Del aire y de los cereales no hablamos, porque ambos se dan en gran cantidad y ambos nos rodean por todas partes. En el curso de los siglos y de los milenios, su silencioso consumo y producción forma una cadena infinita a lo largo de la humanidad. Donde aparecen pueblos con determinada contextura histórica e instituciones estatales razonables, ya los encontramos con el cereal, y donde vive el pastor en vínculos sociales menos consistentes pero unido a su rebaño, no son los cereales los que le alimentan, pero sí sus parientes más humildes, las hierbas, que aseguran su también más humilde existencia. Pero perdone usted que hable tanto de hierbas y granos, es natural, ya que vivo en medio de ellos, y ha sido en la vejez cuando he aprendido a apreciar mejor sus beneficios.

—No tengo nada que perdonar —repliqué—, porque comparto por completo su opinión sobre el cereal, aunque me haya criado en la gran urbe. Yo he prestado mucha atención a esas plantas, he leído sobre ellas, aunque más bien desde la perspectiva de la botánica, y, desde que paso gran parte del año en plena naturaleza, he comprendido más y más su importancia.

—Y aún lo comprendería mejor —dijo— si poseyera tierras o si, en sus tierras, se entregara con dedicación al cuidado de estas plantas.

—Mis padres están en la ciudad —respondí—, mi padre se dedica al comercio, y, ni él ni yo poseemos más tierras que un jardín.

—Eso es de gran importancia —replicó—, nadie puede apreciar por completo el valor de estas plantas fuera del que las cuida.

Durante un rato guardamos silencio.

Yo veía gente trabajando en las dependencias. Unos iban y venían, ante los grandes portones, atareados en trabajos caseros, otros segaban hierba en un prado cercano, y una parte se dedicaba a meter por las puertas carros completamente cargados del heno secado durante el día. Por la mucha distancia no podía distinguir con detalle esos trabajos, lo mismo que tampoco podía percibir la arquitectura ni los pormenores de las instalaciones.

—Usted se ha referido a las casas y a los propietarios de los campos, y me ha pedido que le diga sus nombres —continuó al cabo de un rato—, pero eso tiene sus dificultades, sobre todo hoy. Sin duda puede verse desde este punto a la mayor parte de los vecinos; pero hoy, con el cielo cubierto, no sólo no vemos las

montañas, sino que también se nos escapan muchos puntos blancos de las tierras bajas que son casas de las que yo quisiera hablar. Por otra parte, usted no conoce a esas personas. En realidad debería haber recorrido la comarca, haber vivido en ella, de forma que dijera algo a su espíritu y usted comprendiera a sus habitantes. Quizá venga usted otra vez y se quede más tiempo con nosotros, quizá prolongue usted su estancia actual. No obstante le diré algo general y de lo particular añadiré lo que podría interesarle. A mí también me gusta venir aquí por mis vecinos; porque aparte de que en este altozano siempre sopla aire fresco incluso en los días más soleados, aparte de que estoy aquí entre mis operarios, también veo desde aquí a todos los que me rodean, recuerdo algunas cosas suyas y considero cómo puedo serles útil o cómo podría contribuir al bien común. En su conjunto son gentes sin instrucción, pero no se niegan a aprender si se las toma como son y no se las quiere obligar a ser diferentes. Entonces suelen ser también buena gente. A mí me han aportado mucho interiormente y yo les he procurado no pocas ventajas externas. Cuando aceptan algo tras una larga experiencia, lo imitan. Solamente no hay que desanimarse. A menudo se han burlado de mí al principio, y al final, sin embargo, han hecho como yo. En muchas cosas siguen riéndose de mí, y yo lo tolero. Ese camino que atraviesa mis campos es más corto, y algunos pasan por él cuando estoy sentado en el banco, se detienen, hablan conmigo, yo les doy consejos y también aprendo de lo que ellos dicen. Mis campos rinden más que los suyos, eso lo ven, y eso es, desde su punto de vista, la razón más contundente para hacerlos reflexionar. Pero lo que no he podido mejorar como habría querido es ese prado a nuestras espaldas, situado a menos altura que los cultivos y bañado por un arroyuelo; aún lo afean las matas y ramas de los alisos que crecen a orillas del arroyo y que, aquí y allá, empantanan el terreno; pero en lo esencial no puedo cambiar nada, porque necesito para otros fines esas matas y ramas de aliso.

Para interrumpir mi pregunta sobre pormenores acerca de sus vecinos, una pregunta a la que, como yo veía ahora, él no podía contestar, en cualquier caso no como yo la había planteado, le pregunté si había bosques en su finca.

—Evidentemente —respondió—, pero no tan cercanos como por la comodidad sería deseable; pero también están lo bastante lejos para que no menoscaben la belleza y el encanto de esta colina de cereales. Si usted hubiera continuado en dirección a Rohrberg en lugar de subir hasta nuestra casa, tras media hora de camino habría encontrado a su derecha, muy pegada a la carretera, la esquina de un hayedo, bordeando la cual discurre el camino. Esa esquina se eleva de pronto, se prolonga por detrás, hasta una zona que no puede verse desde el camino, y forma parte de un bosque que se interna mucho en la comarca. Desde aquí puede verse una gran parte de él. Allí, a la izquierda de aquel sembrado donde crece cebada tierna.

—Conozco bastante bien ese bosque —dije—, se encarama por un montículo y sólo un trocito limita con el camino, pero cuando se entra en él, se da uno cuenta de su gran extensión. Es el bosque del Aliz. Tiene robustos arces y hayas que se mezclan con los abetos. Desde allí, el Aliz va a reunirse con el Agger. A ambos lados del Aliz hay altos peñascos con hierbas poco comunes, y desde ellos, hacia el mediodía, desciende en dirección al valle una franja de terreno con hayas de gran corpulencia.

—Conoce ese bosque —dijo él.

—Sí —respondí—, he estado en él. He dibujado allí la doble haya más grande que he visto nunca, he cogido plantas y piedras, y examinado los estratos de las rocas.

—Aquella franja de bosque, donde crecen las grandes hayas, y otros terrenos de ese bosque pertenecen a esta finca —dijo mi anfitrión—. Más adelante, hacia mediodía, también es nuestra una loma en la que el abedul tiene a veces un aspecto raquítico y no sirve apenas para la combustión pero produce una madera apta para trabajos de ebanistería.

—Conozco también esa loma —dije—, allí termina el granito de que consta toda la parte norte de nuestra región, y por el mediodía empieza poco a poco la piedra calcárea, que en las montañas más altas forma la frontera de la región por el lado de mediodía.

—Sí, esa loma es el bloque de granito más meridional —dijo mi acompañante—, cruza incluso las aguas.

Desde aquí, pese al vapor de las nubes, podemos entrever de modo discontinuo la frontera en la que se separa el granito. Allí está el pico del Klam —dijo—, que aún tiene granito, a la derecha la loma de Gais, luego el Asser, el Losen, y al final la Grummhaut, que todavía es visible.

Yo convine con él en todo.

Entretanto, iba cayendo la tarde y el crepúsculo se acercaba más y más.

Pero la borrasca de aquel cielo me parecía definitivamente muy extraña.

Cuando subí a la casa blanca de la colina para buscar cobijo, creía que la tormenta estallaría al cabo de poco tiempo; y he aquí que habían pasado horas y seguía sin estallar. Continuaba inmóvil, cubriendo todo el cielo. En algunos puntos, la capa de nubes se había vuelto casi tenebrosa y desde esos puntos los relámpagos, a veces más altos, a veces más bajos, cruzaban el espacio. El relámpago iba seguido del trueno,

que retumbaba tranquilo y compacto; pero la capa de nubes no se condensaba en un núcleo único de tormenta, y no se veía ni un amago de lluvia.

Al final dije a mi vecino, señalando a los hombres que cortaban hierba allá en las tierras bajas donde se hallaban las dependencias de la finca:

—Ésos, al parecer, tampoco cuentan con una tormenta y con la lluvia que suele caer al día siguiente, puesto que están cortando hierba, que puede quedar empapada por una fuerte lluvia nocturna o que mañana un sol potente puede convertir en heno.

—Ésos no saben nada del tiempo —repuso mi acompañante—, y sólo siegan porque así lo he ordenado yo.

Ésas fueron las únicas palabras que pronunció en cuanto al tiempo. Yo tampoco le animé a que dijera más.

A partir de aquel asiento rústico donde llevábamos descansando un rato, ya no nos alejamos más de la casa, sino que, después de levantarnos, mi acompañante inició el camino de retorno.

Regresamos por el mismo camino por el que habíamos llegado.

Los truenos se oían ahora incluso con más fuerza y se anunciaban, bien en este punto del cielo, bien en este otro.

Cuando entramos de nuevo en el jardín, cuando mi acompañante cerró tras de sí el portillo, y cuando ya descendíamos, pasado el gran cerezo, me dijo:

—Permita que llame al chico y le dé una orden. —Asentí al momento, y él llamó, volviéndose hacia una parte de la floresta—: ¡Gustav!

El niño al que yo había visto cuando subíamos apareció casi en el mismo sitio del jardín por el que había salido antes. Como ahora se detuvo ante nosotros más tiempo, pude contemplarlo con mayor detenimiento. El rostro me pareció muy sonrosado y bello, y especialmente atractivos destacaban los grandes ojos negros bajo los rizos castaños que ya antes me llamaron la atención.

—Gustav —dijo mi acompañante—, si quieres quedarte en tu mesa o en algún otro sitio del jardín, recuerda lo que te he dicho sobre las tormentas. Como las nubes cubren todo el cielo, no se sabe cuándo caerá un rayo ni en qué lugar chocará contra la tierra. Por tanto, no te quedes debajo de ningún árbol alto. Fuera de eso puedes estar donde quieras. Este señor se queda hoy con nosotros, y tú vendrás al comedor a la hora de la cena.

—Sí —dijo el niño, se inclinó y regresó por un sendero de arena a los matorrales del jardín.

—Este niño es mi hijo adoptivo —explicó mi acompañante—, tiene la costumbre de dar conmigo un paseo a esta hora del día, por eso, cuando estábamos sentados bajo el cerezo, subió a buscarme hasta allí desde la mesa de trabajo que tiene en el jardín; pero cuando vio que había un extraño regresó a su puesto.

Como ya me había habituado a su modo sencillo y lógico de expresarse, me llamó la atención que mi acompañante, que, cuando hablaba de sus tierras casi siempre había empleado la expresión «nuestras», ahora que hablaba de su hijo adoptivo elegía la expresión «mi», mientras que, si incluía por ejemplo a su esposa, también debería emplear ahora la palabra «nuestro».

Cuando bajamos de la parte de césped y pasamos al jardín cultivado, hicimos, dentro de él, un camino de vuelta distinto al que tomamos para la subida.

Durante ese recorrido vi que el dueño del jardín también poseía viñas, aunque la comarca no era muy apropiada para el cultivo de esa planta. Se habían construido expresamente unas paredes oscuras por las que las cepas eran dirigidas hacia arriba mediante unas espalderas. Otras paredes detenían los vientos. Esos lugares estaban abiertos sólo hacia el sur. Eso concentraba el calor y brindaba protección. También se criaban melocotones de la misma manera, y las hojas de éstos me hacían suponer que eran especies muy selectas.

Caminamos junto a grandes tilos, y en sus proximidades divisé una colmena.

En el camino de vuelta vi lo que era probablemente la fachada longitudinal del invernadero, pero no pude distinguir nada preciso porque mi acompañante no tomó esa dirección. Yo tampoco quise pedirle que me lo enseñara: suponía que me llevaba a ver a su familia.

Cuando llegamos a la casa, me llevó por el vestíbulo común, me condujo al primer piso por una escalera de arenisca ordinaria y marchó conmigo por un pasillo en el que había muchas puertas. Abrió una de ellas con una llave que ya tenía preparada en el bolsillo y dijo:

—Ésta es su habitación mientras permanezca usted en esta casa. Puede entrar o salir cuando le plazca. Pero tiene que estar aquí a las ocho, la hora en que vendrán a buscarle para la cena. Ahora he de dejarle solo. En la sala de descanso ha hojeado usted hoy los *Viajes* de Humboldt, yo he mandado poner ese libro en este aposento. Si desea algún otro libro para ahora o para esta noche, dígamelo para que yo vea si está en

mi biblioteca.

Decliné el ofrecimiento y dije que me bastaba con lo que tenía y que si, además de leer los libros de Humboldt, quería aplicarme a otros escritos, ya tenía un surtido en mi morral para, o bien escribir yo mismo algo a lápiz, o bien releer lo ya escrito a fin de corregirlo, una tarea a la que me entrego muchas veces por la noche durante mis excursiones.

Tras estas palabras, se despidió, y yo franqueé la puerta.

Abarqué con una mirada la pieza. Era una habitación normal para invitados, como hay en el campo en todas las casas grandes, en las que de vez en cuando se da la situación de tener que ofrecer albergue. Los muebles no eran nuevos ni hechos conforme a la moda imperante en aquel entonces sino que provenían de épocas diferentes, aunque eso no causaba una impresión desagradable. El tapizado de las butacas y del diván era de cuero prensado, cosa que ya entonces se veía raras veces. Un agradable accesorio que no se ve con frecuencia en tales aposentos era un antiguo reloj de péndulo en pleno funcionamiento. Como había dicho el hombre, mi morral y mi bastón estaban ya en aquella habitación.

Me senté, cogí el morral al cabo de un rato, lo abrí y hojeé los papeles que saqué de allí, escribiendo también de vez en cuando en ellos.

Cuando llegó finalmente el crepúsculo, me levanté, me acerqué a una de las dos ventanas abiertas, me asomé y miré fuera. Eran de nuevo cereales lo que mis ojos contemplaban sobre la colina de suave pendiente. Por la mañana de ese día, al salir de mi albergue nocturno, también había visto cereales por doquier; pero aquéllos ondeaban alegremente, mientras que éstos se mantenían rígidos e inmóviles como un ejército de desordenadas lanzas. Delante de la casa estaba la explanada de arena que había visto y atravesado a mi llegada. Así pues, mis ventanas daban a la parte de la pared de las rosas. Del jardín seguían llegando débiles trinos de pájaros, y el perfume de miles de rosas subía hasta mí como una ofrenda.

En el cielo, cuyo crepúsculo había venido ese día mucho antes, había ocurrido un cambio. La capa nubosa estaba dividida, las nubes, a modo de montañas, se repartían por la bóveda celeste en fragmentos sueltos, y entre éstos se distinguían algunos trozos despejados. Pero los relámpagos eran más intensos y frecuentes, y el sonido de los truenos, más claro y breve.

Cuando llevaba un rato mirando por la ventana oí que llamaban a mi puerta; entró una criada y anunció que me esperaban a cenar. Coloqué mis papeles sobre la mesita que había junto a mi cama, puse encima el libro de Humboldt, y seguí a la criada después de haber cerrado la puerta a mis espaldas. Ella me condujo al comedor.

Al entrar vi a tres personas; al hombre de edad que me había acompañado en el paseo, a otro hombre también de avanzada edad que sólo llamaba la atención por su atuendo, que delataba al sacerdote, y al hijo adoptivo del dueño de la casa, en su traje de lino a rayas azules.

El señor de la casa me presentó al sacerdote diciendo:

—Éste es el reverendo párroco de Rohrberg, que teme que estalle una tormenta y por eso pasará la noche en nuestra casa. —Y luego señalándome a mí añadió—: Éste es un caminante que viene de otra región y que también compartirá hoy con nosotros nuestro techo.

Tras estas palabras y tras una breve y silenciosa oración nos sentamos a la mesa en los lugares que nos habían sido asignados. La cena fue muy frugal. Constaba de sopa, asado y vino, junto al cual se puso hielo triturado, como en mi almuerzo. Nos sirvió la misma criada que me había traído el almuerzo. No entró en la habitación ningún sirviente masculino. El cura y mi anfitrión hablaron mucho de cosas de la comarca y yo intervenía a veces cuando se trataba de asuntos más generales. El niño no dijo una palabra. Finalmente, la oscuridad de la noche fue tan intensa que las velas, que antes competían con el crepúsculo, ahora habían ganado la partida, y las ventanas negras sólo quedaban iluminadas de modo esporádico por la claridad de los relámpagos.

Cuando terminamos la cena y nos disponíamos a separarnos, el anfitrión dijo que nos llevaría al párroco y a mí a nuestras habitaciones por la escalera cercana. Cada uno de nosotros cogió una vela que la criada nos entregó ya encendida, mientras que el niño Gustav se despidió y se marchó por la puerta habitual. El dueño de la casa nos invitó a salir por la puerta por la que yo había entrado la primera vez. Nos encontramos fuera, en la bella galería de mármol de la que arrancaba una escalera también de mármol. No necesitamos calzarnos las pantuflas de fieltro porque ahora habían extendido por la galería y la escalera una franja de tela en la que pisábamos. A la mitad de la escalera, donde ésta formaba un gran rellano, una suerte de amplia plataforma, había una estatua de mármol blanco sobre un pedestal. Debido a unos relámpagos que en ese momento proyectaron sobre la cabeza y los hombros de la estatua de mármol una luz roja más intensa que la de nuestras velas, vi que el rellano y la escalera tenían que recibir la claridad desde arriba, a través de un techo de cristal.

Cuando llegamos al final de la escalera, nuestro anfitrión franqueó con nosotros una puerta situada a la izquierda y nos encontramos en el pasillo donde estaba mi habitación. Era el pasillo de las habitaciones para invitados, como ahora me pareció. Nuestro anfitrión designó una de ellas como la del cura y me condujo a la mía.

Cuando entramos en ella me preguntó si deseaba alguna otra cosa para encontrarme cómodo, en especial, si me agradarían otros libros de su biblioteca.

Cuando dije que no deseaba nada y que ya encontraría ocupación hasta entregarme al sueño, respondió:

—Está usted en su aposento y en su derecho. Así pues, que duerma bien.

—Le deseo también buenas noches —repliqué— y le doy las gracias por el trabajo que se ha tomado hoy conmigo.

—No ha sido trabajo —replicó—, pues en tal caso habría podido evitarlo no invitándole a usted a pasar la noche.

—En efecto —respondí.

—Permítame —dijo sacando una velita y encendiéndola en mi llama.

Cuando hubo concluido la operación, se inclinó, yo me incliné a mi vez, y salió al pasillo.

Cerré la puerta, me quité la chaqueta y me desanudé la corbata porque, aunque ya era tarde, aquella noche tranquila aún conservaba mucho calor y bochorno. Paseé un rato por la habitación, me acerqué después a una ventana, me asomé y contemplé el cielo. En la medida en que la oscuridad y los relámpagos, que aún seguían iluminando el espacio, permitían verlo, las cosas se mantenían en el mismo estado en que se hallaban antes de la cena. Había en el cielo retazos de nubes y entre éstas, como lo indicaban las estrellas, trozos límpidos. De vez en cuando un rayo salía de las nubes, cruzaba la colina de los cereales y las copas inmóviles de los árboles, y a continuación retumbaba el trueno.

Cuando hube disfrutado un poco del aire fresco, cerré la ventana, cerré también la otra y me entregué al descanso.

Después de haber leído algún tiempo en la cama, según mi costumbre, y de haber incluso anotado de vez en cuando algunas cosas en mis libros, apagué la luz y me dispuse a dormir.

Antes de que el sueño se apoderase por completo de mis sentidos, pude oír cómo afuera se levantaba un viento que hacía crujir con fuerza las hojas de los árboles. Pero ya no tuve energías para espabilarme, sino que al punto me dormí definitivamente.

Mi sueño fue tranquilo y profundo.

Cuando desperté, lo primero fue ver si había llovido. Salté de la cama y abrí las ventanas de par en par. Ya había salido el sol, el cielo estaba despejado, no corría una brizna de viento, en el jardín se oía el canto de los pájaros, las rosas perfumaban el aire y la tierra a mis pies estaba completamente seca. Sólo habían barrido un poco la arena en dirección al verdor del césped contiguo, y un hombre se ocupaba de nivelarla y de restablecer el adecuado equilibrio.

Así pues, él había tenido razón al contradecirme, y yo estaba deseoso de saber qué motivaba esa seguridad que había esgrimido frente a mí con tanta firmeza, y cómo había descubierto y explorado esos motivos.

Para saberlo pronto y para no demorar mucho tiempo mi partida, decidí vestirme e ir a ver sin más tardanza a mi anfitrión.

Cuando acabé de vestirme y bajé al comedor, encontré allí a una criada ocupada con los preparativos del desayuno y pregunté por el señor.

—Está en el jardín, en la explanada del pienso —dijo.

—¿Y dónde está la explanada del pienso, como tú la llamas? —pregunté.

—En las traseras de la casa, no lejos de las estufas —replicó.

Salí y tomé la dirección del invernadero.

Delante de él encontré a mi anfitrión, en una explanada arenosa. Era el mismo sitio desde el que había visto la víspera el invernadero por su lado estrecho, con la pequeña chimenea. Ese lado estaba revestido de rosas, de manera que el aspecto de la casa era el de otra casa de las rosas, en miniatura. Mi anfitrión estaba dedicado a una extraña actividad. Ante él, sobre la arena, había muchísimos pájaros. Él sostenía en la mano una especie de tapa de mimbre, de forma alargada, y de allí cogía pienso que esparcía entre los pájaros. Parecía deleitarse viendo cómo picoteaban, cómo se precipitaban unos sobre otros, se atropellaban, se peleaban, cómo levantaban el vuelo los ya saciados y llegaban otros con rápido aleteo. Reconocí ahora claramente que fuera de las habituales aves de jardín había otras que sólo había visto en bosques profundos y muy apartados. No parecían tan recelosas como yo tenía razones para suponer. Confiaban plenamente en él. Él llevaba otra vez la cabeza descubierta, de forma que me pareció que se complacía en tal costumbre,

puesto que durante el paseo de la víspera se había guardado también en el bolsillo aquel tocado suyo tan ligero. Estaba inclinado hacia delante, y los blancos cabellos, lisos pero espesos, le caían por las sienes. Su vestimenta era también singular. Tenía, como el día anterior, una suerte de casaca que le llegaba casi hasta la rodilla. Era más bien blanca, pero por el pecho y la espalda había una franja vertical, entre parda y rojiza, que tenía casi medio pie de ancha, como si la prenda hubiera sido confeccionada con dos telas, una blanca y otra roja. Pero ambas telas denotaban una avanzada edad; porque lo blanco se había vuelto entre amarillento y parduzco, y el rojo tenía los tonos pardos de la púrpura. Bajo la casaca asomaban unos calzones comunes que terminaban en zapatos de hebilla.

Me quedé parado detrás de él a bastante distancia para no molestarle y no espantar a los pájaros.

Pero cuando su cesto quedó vacío y sus visitantes remontaron el vuelo, me acerqué. Él acababa de dar media vuelta para regresar y, cuando me vio, dijo:

—¿Ya ha salido de la casa? Espero que haya dormido bien.

—Sí, he dormido muy bien —repliqué—, aún pude oír el viento que se levantó ayer, no sé lo que ocurriría después; pero sí sé que hoy la tierra está seca y que usted ha tenido razón.

—Yo creo que en esta comarca no ha caído una sola gota —respondió.

—A juzgar por el aspecto de la tierra, yo también lo creo —repliqué—; pero ahora ha de decirme usted, al menos en parte, por qué lo sabía con tanta seguridad y cómo ha adquirido ese saber; porque tiene que admitir que muchísimos indicios hablaban contra usted.

—Quiero decirle una cosa —respondió—, esa explicación que usted pide seguramente tomará bastante tiempo, ya que a usted, que es un hombre de ciencia, no puedo dársela de un modo superficial; prométame pasar el día de hoy y el de mañana con nosotros, entonces no sólo podré decirle eso sino mucho más, usted podrá examinar diversas cosas y podrá hablarme de su ciencia.

No pude declinar el ofrecimiento, hecho de una manera tan directa y amable, además disponía de tiempo suficiente para emplear no sólo uno sino varios días en una actividad complementaria. Por eso utilicé la fórmula habitual de que no quería causar molestias, y con esa condición acepté.

—Bueno, ahora venga conmigo primero a tomar un desayuno que quiero compartir con usted —dijo él —, el señor cura de Rohrberg ya nos ha dejado antes del amanecer para estar a tiempo en su parroquia, y Gustav ya se ha puesto a trabajar.

Con estas palabras emprendimos el camino de vuelta a la casa. Cuando llegamos, lo que yo tuve al principio por la tapa de un cesto pero que era una pequeña cesta, muy plana y alargada, trenzada expresamente para contener comida de pájaros, se lo dio a una criada para que lo pusiera en su sitio y nos fuimos al comedor.

Durante el desayuno dije:

—Usted ha hablado de que aquí puedo examinar diversas cosas, ¿sería entonces demasiado atrevido pedirle que me permita contemplar con más detalle algunas cosas de la casa y de su entorno? La situación de esta finca es una de las más hermosas, y ya he visto aquí tantas cosas sumamente interesantes que es natural el deseo de ver aún más.

—Si le agrada la idea de recorrer nuestra casa y algunas de sus dependencias —respondió—, eso será posible después del desayuno y no llevará mucho tiempo, ya que el edificio no es tan grande. Y así departiremos de un modo más natural e inteligible sobre lo que aún nos quede por hablar.

—Sí, por supuesto que me agrada —dije.

Así pues, acabado el desayuno nos pusimos a ello.

Me llevó al piso superior por la escalera donde estaba la estatua de mármol blanco. Ahora, en lugar de la difusa luz roja de las velas y de los relámpagos de la noche anterior caía sobre ella la apacible y blanca luz diurna, que iluminaba con suave brillo los hombros y la cabeza. En esa caja de escalera no sólo eran de mármol los peldaños sino también el revestimiento de las paredes. Arriba, una bóveda de cristal reforzado por finos alambres cerraba el recinto. Cuando hubimos remontado la escalera, mi anfitrión abrió una puerta situada frente a la que llevaba al pasillo de las habitaciones de invitados. La puerta daba a un gran salón. En el umbral donde acababa la franja de gruesa tela que protegía los peldaños de la escalera, había de nuevo pantuflas de fieltro. Después de calzarnos un par cada uno, entramos en la sala. Era una colección de mármoles. El suelo se componía de los mármoles de más vivos colores que hay en nuestras montañas. Las losas estaban ensambladas entre sí de tal manera que apenas podía distinguirse una sola juntura, el mármol estaba finísimamente pulido, y los colores, combinados de tal manera que se contemplaba el pavimento como un delicioso cuadro. Además, brillaba y relucía a la luz que entraba por las ventanas. Las paredes laterales eran de colores sencillos y suaves. Su zócalo era verde mate, los paños principales tenían el mármol clarísimo, casi blanco, que ofrecen nuestras montañas; las pilastras eran rojo pálido, y las cornisas

con las que las paredes tocaban el techo se componían también de un suave verde y de blanco, y el amarillo las recorría en sentido longitudinal largo a manera de hermoso listón dorado. El techo era gris azulado, y no de mármol, sólo en el centro del mismo aparecía una combinación de ammonites rojos, y de ella salía la barra de metal que sostenía en cuatro brazos las cuatro lámparas de mármol oscuras, casi negras, destinadas a iluminar por la noche aquella estancia. En la sala no había cuadros ni sillas ni mobiliario, sólo, encajada en cada una de las tres paredes, una puerta de madera oscura, y en la cuarta pared se hallaban las tres ventanas por las que de día penetraba la luz en la sala. Dos de ellas estaban abiertas, y al brillo del mármol se sumaba el perfume de rosas que inundaba la sala.

Yo expresé mi complacencia ante la disposición de esa pieza; aquel contento mío pareció alegrar al anciano que me acompañaba, pero no hizo ningún comentario.

Después de esa sala me llevó por una de las puertas a un gabinete cuyas ventanas daban al jardín.

—Éste es por decirlo así mi gabinete de trabajo, —dijo—, fuera de por la mañana temprano no tiene mucho sol, por eso es agradable en verano, aquí me gusta leer, escribir y ocuparme de cosas que me inspiran interés.

Cuando entré en aquella pieza, pensé impulsivamente, y se diría que con nostalgia, en mi padre. En ella no había ya nada de mármol, era como nuestras habitaciones normales; pero estaba guarnecida de muebles antiguos, como los que poseía y amaba mi padre. Los muebles, sin embargo, me parecieron tan bellos que pensé no haber visto nunca nada parejo. Informé a mi anfitrión de ese rasgo de mi padre y le hablé brevemente de las cosas que poseía. Le pedí también que me permitiera examinar las cosas con más detalle para, a mi regreso, hablarle de ellas a mi padre y poder describírselas, aunque fuese muy someramente. Mi acompañante se avino de buen grado a mi deseo. Era sobre todo un escritorio lo que atraía mi atención, porque no sólo era la pieza más grande de la habitación sino también, probablemente, la más hermosa. Cuatro delfines que se apoyaban en el suelo con la parte inferior de las cabezas y que erguían los troncos en curva, soportaban el cuerpo del escritorio con esos troncos combados. Al principio creí que los delfines eran de metal, pero mi acompañante me dijo que habían sido tallados en madera de tilo y trabajados a la manera medieval para que tuvieran la apariencia de ese metal verdoso-amarillento, cuya elaboración ya no se conseguía en la actualidad. El cuerpo del escritorio tenía una forma redondeada, con seis gavetas. Sobre él se alzaba la parte central, que con un acertado movimiento hacia atrás, se aplanaba y contenía la tapa abatible que, una vez abierta, servía para escribir. Sobre esa parte central se asentaba la arquilla provista de doce gavetas arqueadas y una puerta central. En los bordes de esa parte superior y a ambos lados de su puerta central había figuras doradas que hacían de columnas. Las dos más grandes a ambos lados de la puerta eran hombres vigorosos que portaban las cornisas principales. Una plaquita que se abría sobre su pecho constituían los orificios de las cerraduras. Las dos figuras de los bordes delanteros eran sirenas que, en correspondencia con los peces-soporte, terminaban cada una en dos colas de pez. Las dos figuras últimas, en los bordes posteriores, eran muchachas con túnicas de abundantes pliegues. Los cuerpos de los peces, así como los de las columnas, me parecieron de una factura muy natural. Las gavetas tenían pomos dorados de los que se tiraba para abrirlas. Sobre la superficie octogonal de esos pomos había grabados bustos de hombres armados o de mujeres ricamente ataviadas. La chapa de madera del escritorio era en su totalidad trabajo de marquetería, hojas de arce insertas en paneles de oscura madera de nogal y rodeadas de cintas entrelazadas y de madera flameada de aliso. Las cintas eran como seda arrugada, lo que se debía a que estaban taraceadas, verticalmente al eje, con delicados trozos, polícromos y finamente veteados, de madera de rosal. El trabajo de marquetería no se encontraba sólo en la parte delantera, como es frecuente en muebles de ese género, sino también en los costados y en los frisos de las columnas.

Mi acompañante estaba junto a mí mientras yo consagraba mi atención a ese mueble, y me enseñaba diversas cosas y, a mis preguntas, me explicaba lo que yo no entendía.

Cuando me encontraba en aquella sala hice otra observación que me llevó a reflexionar. Me pareció, en efecto, que la indumentaria de mi acompañante ya no era tan extraña como me había parecido la víspera y ese mismo día, cuando le vi en la explanada de los piensos. Junto a esos muebles se me antojó más bien acorde y adecuada a tal entorno, y empecé a abrigar la sospecha de que tal vez yo acabaría aprobando aquella vestimenta, y de que el anciano podría ser en ese aspecto más sensato que yo.

Fuera del escritorio me llamaron la atención dos mesas, de igual tamaño y también iguales en la forma, pero que se distinguían en que cada una tenía sobre el tablero una representación diferente. En ambos tableros había un escudo como los que llevaban los caballeros y las familias nobles, pero esos escudos no eran iguales. Sin embargo en las dos mesas estaban rodeados y entrelazados con follaje, flores y plantas, y nunca he visto los delgados hilos de los tallos, de los flecos de las plantas y de las espigas de los cereales más delicadamente trabajados que allí, y no obstante eran de madera y estaban incrustados en la madera. El

resto del mobiliario eran sillones de alto respaldo en madera tallada, perforada y taraceada, dos bancos tallados, que llamaban en la Edad Media *Gesiedel*, gonfalones tallados e historiados y por último dos bastidores de cuero prensado con representaciones de flores, frutas, animales, niños y ángeles de plata pintada que parecía oro policromado. Al igual que los muebles, el pavimento de la pieza era una combinación de antiguas taraceas. Probablemente debido a la belleza de aquel suelo, al entrar en esa sala habíamos seguido calzados con las zapatillas de fieltro.

Aunque el anciano había dicho que esa habitación era su gabinete de trabajo, no había huellas visibles de trabajo reciente. Todo parecía estar guardado en los cajones o colocado en su sitio.

Cuando expresé mi complacencia ante esa habitación, mi acompañante tampoco fue muy locuaz, lo mismo que en la sala de los mármoles; pero no obstante creí leer el contento en su rostro.

La siguiente habitación era antigua también. Daba asimismo al jardín. El pavimento era, como el anterior, trabajo de marquetería, pero había en él tres armarios roperos y la habitación era un vestidor. Los armarios eran grandes, con taraceas antiguas, y cada uno tenía una puerta de doble hoja. Me parecieron menos hermosos que el escritorio de la pieza anterior, pero sin embargo de gran belleza, sobre todo el central y más grande, que llevaba un remate dorado y sobre sus puertas cóncavas presentaba un bello conjunto de escudos, hojas y cintas. Fuera de los armarios había también sillas y un dispositivo que parecía destinado a colgar, en caso necesario, vestidos en él. Las caras interiores de las puertas de la habitación armonizaban asimismo con los muebles y constaban de molduras y marquetería.

Cuando salimos de aquel cuarto nos quitamos las pantuflas de fieltro.

La habitación siguiente, que daba igualmente al jardín, era la alcoba. Contenía mobiliario moderno pero no se ajustaba del todo al estilo que yo estaba acostumbrado a ver en la ciudad. En aquel cuarto lo que predominaba era, al parecer, el sentido práctico. La cama se hallaba en medio de la habitación, rodeada de gruesas cortinas. Era muy baja y sólo tenía al lado una mesita en la que había libros, un candelabro y una campanilla, y adminículos para encender la luz. Fuera de eso estaban los muebles propios de una alcoba, sobre todo los que prestaban servicio al vestirse y desvestirse y al lavarse. Las caras interiores de las puertas armonizaban allí también con los muebles.

Contigua al dormitorio había una habitación con instrumentos científicos, sobre todo los que se emplean en las ciencias naturales. Vi aparatos de física, muy modernos, a cuyos fabricantes conocía yo, personalmente porque eran de la ciudad, o al menos de nombre, cuando los aparatos procedían de otros países. Había allí instrumentos útiles para su empleo en las secciones más importantes de las ciencias físicas; asimismo, colecciones de piezas naturales procedentes sobre todo del reino mineral. Entre los instrumentos y en las paredes había espacio suficiente para hacer experimentos con los dispositivos que allí se veían. Ese cuarto daba asimismo al jardín.

Por fin llegamos a la habitación que hacía esquina y cuyas ventanas daban, en parte a la sección principal del jardín, en parte al noroeste. Pero yo no podía adivinar a qué estaba destinada esa pieza, tan extraña me parecía. En las paredes había unos muebles de madera pulida de roble con muchas gavetas pequeñas. Esos cajones llevaban unas etiquetas como las que se ven en las especerías o en las farmacias. Yo comprendía lo que ponía en algunas de ellos, eran nombres de semillas o de plantas. Pero en su mayor parte no lo entendía. Fuera de eso no había en la habitación ni sillas ni otros muebles. Delante de las ventanas había instaladas unas tablas en posición horizontal, como las que se usan para poner macetas; pero no vi macetas, y observadas de cerca resultaba evidente que eran muy endebles para soportar macetas. Además, si su finalidad hubiera sido ésa, sin duda las macetas habrían estado allí, puesto que yo había visto en todas las habitaciones, salvo en la sala de los mármoles, flores colocadas en todos los sitios medianamente adecuados.

No pregunté a mi acompañante por la finalidad de aquella habitación, y él tampoco se manifestó al respecto.

Llegamos después a las piezas de la casa que estaban orientadas al mediodía y que daban, más allá de la explanada de arena, a los campos de cultivo.

La primera pieza después de la que formaba esquina era una biblioteca. Era grande y espaciosa y estaba llena de libros. Las librerías destinadas a ellos no eran tan altas como las que suelen verse en las bibliotecas sino que llegaban a la altura justa para poder alcanzar con facilidad los libros más altos. Eran además tan poco profundas que sólo cabía en ellas una fila de libros, ninguna tapaba la otra, y todos los libros que allí había tenían el lomo a la vista. En toda la habitación no había otros muebles que una larga mesa en el centro para poner libros encima. En su cajón se hallaban los catálogos de la colección. En esa visita general de la casa no entramos en detalles sobre el contenido de los libros.

Junto a la biblioteca había un gabinete de lectura. Era pequeño y sólo tenía una ventana, que a

diferencia de todas las demás ventanas de la casa estaba provista de cortinas de seda verde, mientras que las otras poseían estores de seda gris. Junto a las paredes había diversas clases de asientos, de mesas y pupitres, que atestiguaban que allí se quería ofrecer la máxima comodidad a los lectores. En el centro había, como en la biblioteca, una gran mesa o escritorio —pues tenía varios cajones— que servía para extender sobre ella láminas, cartapacios, mapas y cosas semejantes. En los cajones había grabados al cobre. Lo que me llamó la atención de aquella sala fue que por ningún sitio se veían libros ni nada que recordase su finalidad.

Tras el gabinete de lectura venía una habitación más grande cuyas paredes estaban cubiertas de cuadros. Todos los cuadros tenían marcos dorados, eran exclusivamente pinturas al óleo y estaban colgados a una altura que permitía contemplarlos con comodidad. Pero estaban tan pegados unos a otros que entre ellos apenas se veía un fragmento de pared. De mobiliario sólo había varias sillas y un caballete para colocar ocasionalmente cuadros en él y observarlos mejor. Esa disposición me recordó la sala de pinturas de mi padre.

La sala de pinturas llevaba, por la tercera puerta del salón de los mármoles, a ese salón, y así habíamos completado el recorrido de esas estancias.

—Éste es, pues, el conjunto de mis habitaciones —dijo mi acompañante—, no es grande ni de una importancia extraordinaria, pero muy agradable. En la otra ala del edificio están los aposentos para invitados, que son casi todos iguales al suyo de esta noche pasada. Allí están también las habitaciones de Gustav, que no podemos visitar porque él está estudiando y le molestaríamos. A través de esta sala y de la escalera accedemos al exterior.

Cuando hubimos atravesado la sala y bajado la escalera, llegamos al vestíbulo de la casa, allí nos quitamos las pantuflas de fieltro, y mi acompañante dijo:

—Se extrañará usted de que en mi casa haya zonas en las que hay que someterse a la incomodidad de calzarse tales zapatillas, pero, en justicia, no puede ser de otra manera, porque los suelos son tan delicados que no es posible pisarlos con el calzado corriente, y, a decir verdad, las partes que tienen tales pavimentos no están destinadas a ser habitadas sino a ser visitadas, y, en último término, la visita gana en valor si hay que pagarla con ciertas incomodidades. Yo suelo llevar en esas habitaciones unos zapatos blandos con suela de lana. Además, puedo llegar a mi gabinete de trabajo sin dar tanto rodeo, ya que no necesito atravesar el salón, como hemos hecho ahora, sino que desde la planta baja hay una galería que conduce a esa habitación y que usted no ha podido ver porque sus dos extremos están cerrados con puertas bien tapizadas. El párroco de Rohrberg padece de gota y no soporta los pies calientes, por eso, cuando él está aquí, cubro la escalera o esas habitaciones con una franja de tela de lana, como usted vio ayer.

Respondí que ese procedimiento era muy adecuado y que debía ser aplicado siempre que hubiese que preservar suelos trabajados con mucho arte o que poseyesen mucho valor.

Cuando ya estábamos en el jardín dije, dando media vuelta y contemplando la casa:

—Su vivienda no es, como usted dice, de escasa importancia. Por lo que he podido inferir de la breve visita, habrá pocas comparables a ella. Tampoco pensé que fuese tan espaciosa, cuando la vi desde la carretera.

—Me queda aún algo que enseñarle —replicó—, sígame un poco por entre aquellos matorrales.

Tras esas palabras, echó a andar, yo le seguí. Tomó el camino en dirección a unos espesos matorrales. Una vez llegados allí, continuó caminando por un estrecho sendero que atravesaba la espesura. Por fin aparecieron unos árboles altos, bajo los cuales discurría el camino. Al cabo, se abrió ante nosotros una deliciosa explanada de césped con un edificio alargado, de una sola planta. Tenía muchas ventanas que daban hacia donde estábamos nosotros. Yo no lo había visto antes, ni desde la carretera ni desde los lugares del jardín en los que había estado. Ello era debido sin duda a los árboles que lo rodeaban. A medida que nos acercábamos, salía de la chimenea un fino penacho de humo cuyo origen no podía estar en la calefacción, pues era verano, ni tampoco en la actividad de la cocina, ya que estaba poco avanzada la mañana. Conforme nos íbamos acercando, oía un chirriar y rechinar, como si alguien manejara la sierra y el cepillo de carpintero. Cuando entramos, vi ante mí, en efecto, un taller de ebanistería, en el que se trabajaba con diligencia. Junto a las ventanas, por las que entraba la luz a raudales, estaban los bancos de carpintero, y en las demás paredes, que carecían de ventanas, había, apoyadas en ellas, diversas partes de los objetos en que se trabajaba. Encontré allí otra vez una semejanza con mi padre. Así como él había formado a un hombre joven que le restauraba sus muebles antiguos siguiendo sus indicaciones, encontraba yo en este lugar un completo taller de ese género; pues, a juzgar por las partes dispersas por allí, me daba cuenta de que se trabajaba sobre todo en la restauración de muebles antiguos. A primera vista no pude discernir si también se confeccionaban muebles modernos.

Cada uno de los operarios tenía junto a las ventanas un espacio propio separado del de su vecino por unos límites bien marcados. En aquel espacio tenía a su lado los útiles de trabajo que necesitaba en ese momento; lo que no necesitaba de inmediato se hallaba a sus espaldas, en la pared posterior de la casa, de forma que reinara un orden metódico y una unidad. Eran cuatro operarios. En un gran armario que ocupaba una parte de una pared lateral había útiles disponibles para el caso de que alguno quedara inservible de pronto y su reparación llevara demasiado tiempo. En la pared lateral opuesta había, en otro armario, frascos y botes con los líquidos y otros ingredientes que servían para fabricar barnices, lacas, o para dar a la madera un determinado color o hacer que pareciera antigua. Separado del taller había un fogón en el que ardía el fuego, imprescindible en trabajos de ebanistería. Todo el hogar era refractario al fuego para no poner en peligro el taller y su contenido.

—Aquí se restauran, al menos en la medida en que lo permiten el tiempo y las circunstancias, cosas que se construyeron hace mucho tiempo, con frecuencia incluso varios siglos antes de nuestra época, y que han sufrido daños. En los muebles antiguos, y en eso éstos se asemejan a los cuadros antiguos, habita el encanto de lo pasado y caduco, un encanto que se vuelve cada vez más fuerte en el hombre cuando éste avanza en años. Por eso trata de conservar lo que pertenece al pasado, en la misma medida en que él también tiene un pasado que ya no armoniza muy bien con el presente de la lozana juventud que crece en torno a él. Por eso hemos fundado aquí un establecimiento para muebles antiguos, que nosotros procuramos salvar de la ruina, recomponer, limpiar, pulir y reincorporar al espacio habitado.

Cuando yo me encontraba en la ebanistería, estaban restaurando el tablero de una mesa que, según me dijo mi acompañante, se remontaba al siglo XVI. La taracea era en maderas de colores diversos, pero naturales. Sólo donde aparecían hojas verdes, era en madera barnizada de verde. Por fuera estaba bordeado de una orla de ramas, frutas y volutas entrelazadas y enroscadas en forma de caracol. La superficie interior, que estaba separada de la orla por cintas en madera roja de rosal, llevaba sobre un fondo de arce blanco terroso una colección de instrumentos de música. Es evidente que las piezas taraceadas no guardaban proporción con su tamaño real. El violín era mucho más pequeño que la mandolina, el tambor y la gaita eran de igual tamaño, y por debajo de ambos la flauta se prolongaba como un plegador. Pero cada objeto de por sí me parecía bellísimo, y la mandolina era tan nítida y exquisita que no creo haberlas visto más bellas en las pinturas de mi padre. Uno de los operarios tallaba trozos de madera de arce, de boj, sándalo, ébano, de avellano turco y de palo de rosa, para que así, en tamaño reducido, pudieran secarse de modo conveniente. Otro quitaba del tablero partes en mal estado y alisaba la superficie de base para poder insertar de modo adecuado las nuevas piezas. El tercero confeccionaba las patas con madera de arce que extraía de una viga y desbastaba con el cepillo, y el cuarto, que tenía delante una reproducción en color del tablero de la mesa y junto a él una gran cantidad de maderas, se dedicaba a elegir entre éstas las que más correspondían a los colores que había en el dibujo. Mi acompañante me dijo que la estructura y las patas de la mesa se habían perdido y había que hacerlas nuevas.

Pregunté cómo se lograba que lo nuevo armonizara con lo antiguo.

—Hemos hecho un dibujo que muestra más o menos cuál fue la apariencia que pudieron tener el armazón y las patas —respondió.

Al preguntarle yo a mi vez cómo se podía saber eso, explicó:

—Estas cosas tienen su historia, como la tienen los objetos de cierta importancia, y a partir de esa historia se puede recomponer su aspecto y su estructura. En el transcurso de los años, las formas de los muebles han ido sucediéndose unas a otras, y si se fija la atención en esa sucesión de formas, de un objeto completo existente pueden inferirse las partes perdidas de otro, y de las partes encontradas es posible deducir el objeto completo. Hemos hecho varios esbozos, en cada uno de los cuales siempre incluíamos el tablero de la mesa, y de esa manera nos hemos acercado cada vez más a la probable naturaleza del objeto. Al final nos hemos quedado con un dibujo que, en nuestra opinión, no estaba en desacuerdo con el original.

A mi pregunta de si siempre tenía trabajo para su establecimiento, contestó:

—Esto no ha surgido en el estado en que usted lo ve aquí. En su origen estuvo el gusto por las cosas antiguas y ancestrales y, conforme aumentaba ese gusto, iban acumulándose los objetos que esperaban su restauración. Al principio esa reconstitución se intentó y se llevó a cabo, a veces por un camino, a veces por otro. Se tomó muchas veces el camino equivocado. Sin embargo el número de los objetos reunidos iba en aumento, y apuntaba ya hacia un futuro establecimiento. Cuando se supo que yo compraba objetos antiguos, me los traían o me indicaban los lugares donde podía encontrarlos. Se unieron también a nosotros, aquí y allá, hombres que prestaban atención a cosas antiguas, que nos escribían y también nos enviaban dibujos. Así se fue ampliando nuestro círculo. Las restauraciones inadecuadas de tiempos pasados también nos movían a emprender de nuevo esa tarea, y como al principio hacíamos estos trabajos en

distintos lugares y nos veíamos obligados a cambiar a menudo de lugar antes de establecernos aquí, fue pasando el tiempo, y los objetos se acumulaban. Finalmente se nos ocurrió que también podíamos fabricar objetos nuevos. Dimos en esa idea a través de las cosas antiguas que manejábamos de continuo. Pero esos nuevos objetos no los hacíamos con la forma que se usa hoy en día sino con las que nosotros considerábamos bellas. Aprendíamos de lo antiguo; pero no lo imitábamos, como aún ocurre a veces en la arquitectura, en la que se reproducen edificios enteros en un estilo, por ejemplo en el llamado estilo gótico. Nosotros procurábamos confeccionar objetos dotados de autonomía y para los tiempos actuales, pero con huellas de lo que habíamos aprendido de los tiempos pasados. Pues nuestros propios antepasados se inspiraron en sus antepasados, y éstos a su vez en los suyos, y así sucesivamente hasta que se llega a unos inicios insignificantes e infantiles. Pero, por todas partes, los verdaderos maestros han sido las obras de la naturaleza.

—¿Hay en su casa esos objetos de confección reciente? —pregunté.

—Poca cosa —respondió—, algunos están dispersos por diferentes puntos de la comarca, otros se hallan reunidos en otro sitio, no en esta casa. Si usted gusta de estas cosas o si le viniera esa afición en un futuro y su camino le trae otra vez hasta aquí, no será difícil acompañarle a un lugar donde podrá ver varios de nuestros mejores objetos.

—Son muy diversos —repliqué— los caminos por los que transitan los hombres, y quién sabe si el que me trajo hasta usted a causa de una tormenta no ha sido un camino muy bueno y si volveré a recorrerlo otra vez.

—Ha afirmado usted algo muy cierto —respondió él—, los caminos de los hombres son muy diversos. Usted comprenderá plenamente esa frase cuando tenga más edad.

—¿Y edificó usted esta casa expresamente para instalar en ella la ebanistería? —seguí preguntando.

—Sí —respondió—, la hemos edificado expresamente para ese fin. Pero fue construida mucho más tarde que la casa donde vivo. Una vez tomada la decisión de hacer estas cosas en casa, fue muy fácil dar el paso siguiente: instalar aquí un taller propio. Sin embargo lo más difícil no fue construir esta casa, mucho más difícil fue encontrar las personas adecuadas. Yo tenía varios ebanistas y hube de despedirlos. Aprendí yo mismo el oficio poco a poco, y me vi confrontado con la terquedad, la intransigencia y la tradición. Finalmente tomé hombres que no eran ebanistas para que se formaran aquí. Pero también éstos, como los anteriores, tenían un defecto que se da con mucha frecuencia en las clases trabajadoras y seguramente también en otras, el defecto de darse enseguida por satisfecho o de tener esa actitud indolente que hace decir siempre: «Así también está bien» y considera innecesario guardar más medidas de precaución. Esa lacra se da en las cosas más insignificantes y más importantes de la vida y me he tropezado a menudo con ella en años pasados. Creo que ha causado los mayores males. No pocas vidas se han perdido por su causa, muchísimas otras, aunque no se perdieron, fueron desventuradas o estériles, ha frustrado obras que de lo contrario habrían visto la luz, y con ella no sería posible el arte ni lo relacionado con él. Sólo están libres de ese defecto quienes destacan en un campo determinado, y de ellos salen los artistas, los poetas, los sabios, los hombres de Estado y los grandes caudillos. Pero estoy desviándome de mi tema. En nuestra ebanistería esa actitud sólo hizo que no consiguiéramos nada esencial. Por fin encontré un hombre que no abandonaba enseguida el trabajo cuando yo le contradecía; pero en su interior, sin duda, se enojaba muchas veces y lamentaba mi testarudez. Después de esforzarnos por ambas partes, vino el éxito. Ganaron en importancia las obras en las que el objetivo era la exactitud y el sentido práctico, y se tomaron esas obras como norma. Aumentó el buen criterio para la belleza de las formas, y se dio preferencia a lo ligero y delicado frente a lo pesado y tosco. Él seleccionó aprendices y los formó con arreglo a sus ideas. Los más capacitados se sometieron enseguida. Se buscó ayuda en la química y en otras ciencias de la naturaleza, y se procuró formar la sensibilidad profunda con la lectura de bellos libros.

Tras esas palabras se acercó al hombre que estaba seleccionando maderas guiándose por el plano del tablero de la mesa, extendido delante de él, y dijo:

—¿Tendría usted la bondad de enseñarnos algunos dibujos, Eustach?

El joven al que iban dirigidas estas palabras se levantó de su trabajo, con actitud tranquila y complaciente. Se quitó el mandil de gruesa tela verde que llevaba atado por delante y vino a nosotros desde su lugar de trabajo. Junto a ese sitio, en la pared, había una puerta vidriera tapada por detrás con seda verde fruncida. Abrió esa puerta y nos hizo entrar en una agradable habitación. Ésta tenía un suelo artísticamente taraceado y contenía varias mesas anchas y pulidas. El hombre sacó del cajón de una de esas mesas una gran carpeta de dibujos, la abrió y colocó el contenido sobre el tablero. Comprendí que había sacado esos dibujos para que yo los viera y por eso fui pasándoles revista lentamente. Eran dibujos de edificios, representados en parte completos, en parte sólo en sus elementos. Estaban ejecutados, tanto en

perspectiva —como reza la expresión—, tanto en alzado, en corte transversal o longitudinal. Como yo me había dedicado bastante tiempo al dibujo, aunque eran otros objetos los que dibujaba, con esas hojas me encontraba más en mi campo que con los muebles antiguos. En mis dibujos de vegetales o de minerales, siempre había perseguido una gran exactitud y me había esforzado por expresar con el carboncillo la esencia de las cosas, de tal manera que se las reconociera según su género y especie. Ahora, los dibujos que tenía delante eran de edificios. Yo nunca había dibujado obras arquitectónicas, en el fondo nunca las había contemplado de verdad. Pero, por otra parte, las líneas que allí aparecían eran de grandes cuerpos, de materias ordenadas por estratos y de extensas superficies, como las que se daban en las rocas y montañas que yo dibujaba; o eran las ligeras circunvoluciones de los ornamentos, como las que presentaban mis dibujos de vegetales. Al fin y a la postre todas las edificaciones habían surgido a partir de las cosas naturales, que constituían los modelos, por ejemplo a partir de las cimas o las crestas de las montañas o incluso de abetos, pinos y otros árboles. Por eso contemplé muy a fondo los dibujos y los examiné en cuanto a su fidelidad y coherencia con la realidad. Una vez que hube pasado revista a todas las hojas, volví a la primera y las contemplé otra vez una por una.

Los dibujos estaban todos ejecutados a carboncillo. Llevaban indicadas las luces y las sombras, y el trazado de la línea era intenso o leve, para no representar sólo la corporeidad de las cosas sino también la llamada perspectiva aérea. En algunas hojas se habían empleado acuarelas, bien para indicar sólo determinados puntos que tenían un color muy fuerte o muy específico, por ejemplo, allí donde el verde de las plantas contrastaba llamativamente con el muro del que salía, o donde la materia había tomado un color poco habitual, por influencia del sol o del agua, como en ciertas piedras que por el agua se vuelven pardas o hasta rojizas; o se empleaba el color para dar al conjunto un tono de realidad y cohesión; o, finalmente, había algunas manchitas minúsculas, en las que el color parecía marcado como a presión, con el fin de hacer retroceder en el espacio superficies o cuerpos o planos enteros. Pero los colores siempre quedaban subordinados hasta tal punto que los dibujos no devenían pinturas sino que seguían siendo dibujos que, por el color, resaltaban aún más. Yo conocía muy bien ese método y lo había aplicado con frecuencia.

Por lo que toca al valor de los dibujos, me pareció notable. Consideré experta la mano que los había ejecutado, lo que inferí del hecho de que no se viera progreso alguno en los numerosos dibujos, antes bien, ese progreso era anterior a los dibujos y quedaba de manifiesto en ellos. Las líneas eran nítidas y trazadas con seguridad, la llamada perspectiva lineal, en la medida en que mis ojos podían juzgarlo —porque no podía someterlo a un examen matemático—, era acertada, en el carboncillo había gran dominio del material, y su sobriedad de medios había contribuido a la economía del dibujo, por eso los cuerpos eran nítidos y destacaban del entorno. Cuando el color revestía una especie de realidad, había sido aplicado con moderación y adaptado a la forma, lo cual, como yo sabía por experiencia, es dificilísimo, si las cosas han de parecer cosas y no tonalidades. Esto ocurre sobre todo en objetos que tienen colores menos marcados, como las piedras, los muros y similares, mientras que las cosas de colores bien definidos son más fáciles de tratar, como las flores, las mariposas e incluso determinados pájaros.

Pero al examinar esos dibujos me llamó la atención un hecho singular. Los ornamentos arquitectónicos tomados de objetos de la naturaleza, de vegetales o incluso de animales, presentaban considerables errores, es más, se observaban incluso cosas absurdas que apenas comete un principiante cuando ha examinado bien una planta. En otros dibujos no se veían esos errores, aunque se trataba de ornamentos perfectamente idénticos, sino que éstos se ajustaban con exactitud a sus arquetipos naturales. Como yo también dibujaba, había contemplado muchas veces los cuadros de mi padre y descubierto en ellos, incluso en los que él consideraba muy buenos, faltas parecidas. Como los cuadros de mi padre provenían de tiempos antiguos, y esos dibujos representaban también monumentos antiguos, concluí que tal vez fueran bocetos de edificios reales y que los errores en los ornamentos de aquellos dibujos eran errores que ya estaban en los ornamentos reales de los monumentos, y que los ornamentos cuyos dibujos carecían de errores tampoco presentaban errores en los monumentos. Los dibujos me parecieron de mayor valor aún, debido a esta circunstancia, que evidenciaba su gran fidelidad al original.

También me vino a la mente otro curioso pensamiento cuando contemplaba esos dibujos. Yo nunca había visto reunidos tantos dibujos de obras arquitectónicas, por lo mismo que las obras arquitectónicas nunca habían sido objeto de mi atención. Cuando vi esa larga serie de hojas, de pámpanos, de dentículos, de curvaturas y volutas, me parecieron hasta cierto punto cosas naturales, como un mundo vegetal con sus animales correspondientes. Pensé que podían pasar a ser objeto de observación y de investigación en la misma medida que las plantas verdaderas y que otros productos de la tierra, aunque en este caso sólo fuese un mundo de piedra. Yo nunca había caído realmente en la cuenta de eso, aunque contemplara de vez en cuando en una iglesia o en otro edificio un tallo de piedra, o una rosa o la parte superior de un cardo o el

fuste de una columna o las rejas de una puerta. Me propuse observar en adelante esos objetos con más detenimiento.

—Todos estos dibujos son reproducciones de monumentos reales de nuestro país —dijo mi acompañante —. Hemos ido reuniéndolos poco a poco. No falta ninguna obra arquitectónica que sea hermosa en su conjunto o en alguno de sus elementos. Pues aquí en esta región y en todo lugar ha ocurrido que a las partes de iglesias antiguas o de otros monumentos que quedaron sin terminar se les añadió otras nuevas de unas características totalmente distintas, de forma que surgieron monumentos construidos en estilos diferentes y que son en parte bellos y en parte feos. Las iglesias rurales construidas en nuestro tiempo en diferentes lugares no las hemos inventariado.

—¿Y quién ha llevado a cabo estos dibujos? —pregunté.

—El dibujante está delante de usted —respondió mi acompañante, señalando al joven.

Miré al hombre y un ligero rubor apareció en su rostro.

—El maestro que aquí ve ha visitado sucesivamente las comarcas de la región —continuó mi anfitrión— y ha dibujado las obras arquitectónicas que le gustaban. Esos dibujos los trajo a casa en su álbum y luego los ejecutó en limpio en láminas separadas. Aparte de esos dibujos de monumentos tenemos también los de la correspondiente decoración interior. Sea tan amable y enseñe asimismo esa carpeta, Eustach.

El joven recogió la carpeta que acabábamos de mirar y la metió en su cajón. Luego sacó otra carpeta de otro cajón y me la puso delante con estas palabras:

—Aquí están los objetos de arte sacro.

Examiné los dibujos de la carpeta que me había abierto, como había examinado antes la de los monumentos. Eran dibujos de altares, sillerías de coros, púlpitos, sagrarios, pilas bautismales, rejas de coro, sillones, imágenes, vidrieras y otros objetos que hay en las iglesias. Al igual que los dibujos de obras arquitectónicas, habían sido ejecutados enteramente a carboncillo o, en parte a carboncillo, en parte a la acuarela. Si ya antes me había enfrascado en la contemplación de esos objetos, ahora lo hice aún más. Eran más variados y atraían más la mirada que los monumentos. Contemplé una por una cada hoja, y algunas volví a examinarlas después de haberlas puesto ya en su sitio. Cuando hube terminado con aquella carpeta, el maestro me puso otra delante diciendo:

—Aquí están los objetos profanos.

La carpeta contenía dibujos de muebles muy diversos que se ven en casas, castillos, monasterios y similares, contenía reproducciones de revestimientos de madera, de completos artesonados, de marcos de puertas y ventanas, y hasta de suelos taraceados. En los objetos profanos se había empleado mucho más la acuarela que en los religiosos y que en los edificios; pues los objetos domésticos muchas veces tienen el color como un elemento esencial de su apariencia, sobre todo si están taraceados con maderas de diversos colores. En esa colección de dibujos encontré reproducciones de objetos que había visto en la casa de mi anfitrión. Allí estaba el escritorio y el gran armario ropero. También estaba ante nuestra vista, ya terminada sobre el papel, la mesa que aún seguían restaurando en la ebanistería. Noté que de esa mesa sólo el tablero se hallaba ejecutado con trazo firme y claro, el armazón y las patas habían sido tratados con menos precisión, de un modo más vago y difuso. Comprendí que así se quería caracterizar lo nuevo que era necesario añadir a los muebles. Me gustó mucho ese procedimiento.

—Los objetos de las iglesias de nuestra región deben de estar bastante completos en esta serie —dijo mi anfitrión—, al menos no faltará nada esencial. De los profanos no puede afirmarse lo mismo, puesto que es imposible saber lo que aún anda disperso aquí y allá en la región.

Cuando hube pasado revista también a esa carpeta, dijo mi acompañante:

—Estos dibujos son reproducciones de objetos reales que nos han llegado de tiempos antiguos, pero también hemos hecho dibujos propios que representan muebles u otros objetos más pequeños. Enséñenos ésos también, maestro.

El joven colocó la carpeta sobre la mesa.

Era mucho más voluminosa que todas las anteriores, y no sólo contenía la representación integral de cada objeto completo sino también sus secciones transversales y longitudinales y el plano de la sección horizontal. Eran reproducciones de diversos muebles, después, de revestimientos, pavimentos, techos, nichos y, por último, de objetos arquitectónicos, de escaleras y capillas laterales. Se había procedido con gran escrupulosidad y esmero; algunos dibujos existían en cuatro y hasta cinco versiones, con cambios y correcciones cada vez. Los últimos siempre llevaban indicados los colores, y con especial claridad cuando había que confeccionar los objetos en madera o mármol. Pregunté si ya estaban hechas algunas de esas cosas.

—Sí, por supuesto —respondió mi acompañante—, ¿para qué habríamos ejecutado si no tantos dibujos?

Todos los objetos que usted ha visto dibujados varias veces y cuya última versión lleva colores han pasado a ser objetos reales. Estos dibujos son los bocetos y los modelos de los muebles nuevos que, como he dicho antes, resolvimos confeccionar. Si usted fuera un día al lugar que, como le he explicado, contiene varios de ellos, no sólo vería muchos de los que están dibujados aquí, sino otros que combinan con ellos y forman un todo.

—Cuando se contemplan estos dibujos —dije— y cuando se contemplan los otros que he visto antes, da uno en pensar que las obras arquitectónicas de una época y los muebles que debería haber en su interior forman una unidad que no puede descomponerse.

—Forman una unidad, en efecto —respondió—, los muebles están emparentados con la arquitectura, son como sus nietos o bisnietos y proceden de ella. Eso es tan cierto que nuestros muebles actuales también se corresponden con nuestra arquitectura actual. Nuestras habitaciones son casi como cubos huecos o como cajones, y con ellos van muy bien los muebles rectilíneos y planos. Por eso no carece de fundamento que nuestros muebles antiguos, mucho más bellos, a mucha gente le produzcan una impresión extraña cuando están en nuestras casas, ya que contrastan con ellas; pero si la gente no considera bellos esos muebles, entonces no tiene razón, se trata de la casa y es ésta la que habría que cambiar. Por eso, tales muebles resultan más hermosos en palacios y moradas antiguas, por encontrar allí un entorno que concuerda con ellos. Nosotros hemos sacado provecho de esta relación y aprendido mucho de nuestros dibujos de arquitectura para la composición de nuestros muebles, que hemos construido orientándonos en ellos.

—Cuando se tienen delante tantas cosas en tantas reproducciones como nosotros acabamos de ver —dije —, no puede uno sustraerse a la honda impresión que suscitan.

—Antes que nosotros han vivido personas de gran discernimiento —replicó—, pero no siempre se ha tenido conciencia de ello, y es ahora cuando otra vez se empieza a percibir un poco este hecho. No sé si llamar emoción o melancolía a lo que siento cuando pienso que nuestros antepasados no llevaron a término sus obras mayores y de mayor alcance. Tuvieron que confiar en la eterna existencia del sentido de la belleza para estar convencidos de que la posteridad seguiría construyendo lo que ellos habían empezado. Sus iglesias inacabadas son como cuerpos extraños en nuestro tiempo. Nosotros ya no hemos tenido sensibilidad para ellas, o las hemos desfigurado mediante feos aditamentos. Me gustaría ser joven cuando llegue un tiempo en el que en nuestra patria la sensibilidad para esos comienzos sea tan grande que reúna los medios para llevarlos a término. Los medios existen, pero se los emplea en otras cosas, del mismo modo que esos edificios no se dejaron inacabados por falta de medios sino por otras razones.

A esas palabras dije que sobre ese punto que había tocado yo sabía poco; pero que tal vez podría decir algo acerca de otro punto, a saber, de los dibujos.

—Durante bastante tiempo he dibujado plantas, piedras, animales y otras cosas, he adquirido mucha práctica y por eso quizá me atreva a exponer mi opinión. Por la pureza del trazado, por la autenticidad de la perspectiva, por la oportuna colocación de todas los elementos y por el adecuado empleo de los colores, considero excelentes esos dibujos y me siento en la necesidad de decirlo.

El maestro no dijo nada ante esa alabanza sino que bajó los ojos, pero mi anfitrión pareció alegrarse ante mis palabras.

Indicó luego al maestro que atara la carpeta y volviera a meterla en el cajón, lo que así hizo.

De esa habitación fuimos a las otras salas de la ebanistería. Cuando cruzaba la puerta pensé que, a pesar de las colecciones de mi padre, de las que había estado rodeado toda mi vida, yo en realidad no entendía mucho de antigüedades y ahora tendría que empezar a aprender.

De la habitación de los dibujos pasamos al cuarto de estar del maestro, que, aparte de los muebles habituales, contenía mesas de dibujo y caballetes. Estaba amueblado de un modo tan agradable como la habitación de los dibujos.

También recorrimos los aposentos de los aprendices y entramos después en los anexos. Eran las dependencias que se necesitan para los diversos objetos que requiere un establecimiento de esa índole. El más sobresaliente era el secadero, instalado detrás de la ebanistería, por la que podía accederse a la parte inferior y superior del mismo. Su finalidad era que, allí dentro, todas las variedades de madera con las que se trabajaba alcanzasen ese estado de sequedad que los muebles necesitan para no sufrir daños ulteriores. En la sala de abajo se guardaban los bloques de madera más grandes, en la de arriba, los trozos más pequeños y finos. Pude comprobar que la instalación de aquel taller se había llevado a cabo con el máximo rigor; porque en el secadero no sólo encontré grandes reservas de madera sino también casi todas las especies de maderas autóctonas y exóticas. De eso entendía yo un poco desde la época de mi dedicación a las ciencias naturales. Además, la madera estaba ya casi toda ella cortada en la forma provisional en la que debía ser trabajada, de forma que se secara así hasta conseguir la suficiente estabilidad. Mi acompañante

me mostró los diversos recipientes y me explicó a grandes rasgos su contenido.

En la pieza de abajo vi madera de alerce atada en grandísimas y curiosas formas, como armazones, marcos y cosas parecidas, y, como yo no podía explicármelo, pregunté lo que eso significaba.

—En nuestra región —contestó— hay varios retablos esculpidos. Todos son de madera de tilo, y algunos de considerable belleza. Datan de tiempos muy antiguos, más o menos de los siglos trece al quince, y son retablos que, con las alas laterales abiertas, tienen forma de custodia. En parte están ya muy deteriorados y corren peligro de quedar destruidos dentro de más o menos tiempo. Nosotros hemos restaurado uno por cuenta mía y ahora trabajamos en el otro. Los bastidores de madera por los que ha preguntado usted son bases sobre las que hay que fijar los ornamentos. Esos ornamentos están todavía bastante bien conservados, pero las bases sobre las que se asientan están podridas, por lo que hemos de construir otras cuyos bocetos puede usted ver aquí.

—¿Le han permitido a usted reformar el retablo de una iglesia? —pregunté.

—Nos lo han permitido después de ponernos muchas dificultades —respondió—, pero hemos superado las dificultades. En especial nos enfrentamos con la desconfianza en nuestros conocimientos y en nuestra capacitación, y en eso tenían razón. Adonde íbamos a llegar si se permitiera hacer cambios precipitados en obras ya existentes. Podría ser que quedasen desfiguradas o destruidas cosas de la mayor importancia. Tuvimos que indicar lo que queríamos cambiar o añadir y qué aspecto tendría el retablo una vez restaurado. Sólo cuando explicamos que no queríamos cambiar nada de la disposición existente, que ningún elemento decorativo iría a parar a otro lugar, que ninguna estatua sufriría cambios en el rostro, en las manos o en los pliegues de la túnica, sino que sólo queríamos conservar lo existente en su forma actual para que no siguiera desmoronándose, que donde el material había sufrido daños queríamos rellenarla con el mismo material para conservar su integridad, que sólo añadiríamos cosas pequeñísimas cuya forma conociésemos a través de piezas análogas y que pudiesen ser construidas con la misma perfección que las antiguas, cuando, además, hubimos confeccionado un dibujo a la acuarela que mostraba cuál sería el aspecto del retablo una vez limpiado y restaurado, y cuando, finalmente, restauramos según nuestras ideas tallas de pequeña factura, diversas estatuas y cosas semejantes y se las presentamos para que las vieran, sólo entonces nos dejaron hacer. No me refiero a obstáculos que no provenían de las autoridades, de calumnias y de parecidas obstrucciones, de todos modos no me he enterado mucho de eso.

—Desde luego ha emprendido usted una tarea larga y complicada, y también, así lo creo, importante.

—El trabajo duró varios años —replicó—, y por lo que toca a la importancia, seguramente nadie ha abrigado más dudas que nosotros sobre si estábamos bastante capacitados. Por eso no hemos llevado a cabo cambio alguno en la naturaleza del objeto. Incluso allí donde estaba claramente comprobado que en su momento se colocaron partes del retablo en un grupo distinto de aquel en el que podían haber estado en su origen, dejamos todo como lo encontramos. Nos limitamos a liberar las figuras de suciedad y de capas de pintura, a reforzar lo desconchado y hueco, a completar lo que faltaba (sólo, como ya he dicho, cuando la forma era perfectamente conocida), a rellenar de madera cuanto había destruido la carcoma, a prevenir con una sustancia acreditada los futuros daños que podrían causar esos insectos y a cubrir finalmente todo el retablo, una vez terminado, con un barniz mate. Llegará un tiempo en que el Estado agrupe a personas perfectamente capacitadas en una oficina pública que emprenda la restauración de obras de arte antiguas, que se encargue de reintegrarlas a su disposición original, y que impida su desfiguración en el futuro; porque lo mismo que nos han dejado hacer a nosotros, que habríamos podido consumar un estropicio, así dejarán hacer también en el futuro a otros que tengan menos escrúpulos o que, en su afán por lo bello, procedan como a ellos les parezca bien y destruyan la esencia de lo que nos ha sido transmitido.

—¿Y cree usted que una ley que prohíba cambiar nada de la esencia de una obra de arte que proviene del pasado impediría por todos los tiempos su deterioro y destrucción? —pregunté.

—Eso no lo creo —replicó—; porque pueden venir tiempos de tan escasa sensibilidad artística que deroguen por sí mismos esa ley; pero con una ley de ese género se podría tener una protección más duradera y mejor que si no hay ninguna. No cabe duda de que una progresiva y nunca desfalleciente sensibilidad artística sería la mejor manera de preservar las obras de arte del pasado. Pero todos los métodos, incluso aplicados con el mayor grado de perfección, no podrían detener la destrucción final de una obra de arte; eso radica en la permanente actividad y en el afán transformador de los hombres y en la caducidad de la materia. Todo lo que es, por grande y bueno que sea, permanece algún tiempo, cumple una función, y pasa. Y así un día cubrirá el velo eterno del olvido todas las obras de arte que aún existen hoy, como ahora cubre las que hubo antes que ellas.

—Usted está trabajando en la restauración de otro retablo —dije—, una vez concluida la del primero: ¿va a restaurar otros, puesto que ha dicho que hay varios en la región?

—Si tuviera los medios para ello, lo haría —respondió—; e incluso, si fuera lo bastante rico, haría completar obras arquitectónicas medievales inacabadas. En Grünau, muy cerca de la frontera de nuestra región, hay en la iglesia parroquial un campanario que es el más bello de nuestra región y que sería el más alto si estuviera completo; pero sólo se llegó hasta aproximadamente dos tercios de su altura. Esa torre de estilo gótico tardío sería lo primero que yo terminaría de construir. Si viene usted otra vez por aquí, le llevaré a una iglesia en la que se ha restaurado por cuenta del gobierno un tríptico en madera tallada que es una de las obras de arte más relevantes que existen en ese estilo.

En diciendo estas palabras iniciamos el camino de vuelta del secadero al taller. Mientras caminábamos dijo mi acompañante:

—Como Eustach se dedica ahora sobre todo a terminar las obras en curso, ha formado a su hermano, que ya ha llegado a la edad adulta, y es éste quien se encarga actualmente en lo esencial del trabajo gráfico. Ahora está dibujando los ornamentos que en nuestra región aparecen en edificios, en esculturas o dondequiera que sea y que aún no tenemos en nuestras láminas de obras importantes. Estamos esperando que regrese dentro de poco por algunos días. Los tiempos actuales también podrían aprender de esas cosas, si quisieran aprender. Cuando contemplamos las cosas grandes que hicieron nuestros ancestros y los pueblos precristianos más amantes del arte, no sólo podríamos aprender de esas cosas grandes a habitar nobles edificios o a estar rodeados de nobles muebles, o al menos, como los griegos, a orar en hermosos templos; sino que podríamos también perfeccionarnos en lo pequeño, los revestimientos de nuestras habitaciones podrían ser más bellos, los muebles, jarros, cuencos, lámparas, candelabros, hachas, serían más bellos, hasta el estampado de las telas de los vestidos y, por último, también las piedras preciosas que adornan a las mujeres; esos adornos adoptarían las formas sutiles del pasado, en lugar de ser, como ocurre ahora a menudo, una barbarie en piedras sobre una barbarie en oro. Usted me dará la razón si piensa en las numerosas cruces, rosas, estrellas que ha visto en nuestros dibujos de monumentos medievales.

Admiré a aquel hombre que, cuando así hablaba, caminaba a mi lado vestido de un modo curioso, y hasta absurdo.

—Al menos se podría aprender de tales indagaciones a profesar respeto a quienes vivieron antes que nosotros —continuó—, en lugar de estar acostumbrados como hasta ahora a oír siempre hablar de nuestros progresos frente a la ignorancia de nuestros ancestros. Ese encomiar tanto las cosas hace pensar, con harta frecuencia, en una pobreza de experiencias.

Mientras así hablábamos habíamos llegado al taller y nos despedimos del maestro. Le tendí la mano, que él aceptó, y yo estreché la suya cordialmente. Cuando habíamos salido de la casa y volví la cabeza, vi a través de la ventana cómo descolgaba su mandil y se lo ceñía de nuevo. También volvimos a oír los ruidos de la sierra y del cepillo, que habían enmudecido un poco cuando recorríamos las dependencias del taller.

Tomamos el sendero de la floresta y llegamos a las proximidades de la casa.

—Ahora ha visto usted toda la finca —dijo mi anfitrión.

—Sin embargo no he visto la cocina ni los sótanos ni las dependencias de los criados —repliqué.

—Pues lo verá, si quiere —dijo.

No retiré mis palabras, dichas más bien en broma, y entramos de nuevo en la casa.

Vi allí una gran cocina abovedada, una gran despensa, tres habitaciones para los criados, una para una especie de mayordomo, luego el lavadero, el horno, la bodega y la frutería. Como ya suponía, todo ello estaba limpísimo y amueblado con sentido práctico. Vi atareadas a las sirvientas y encontramos también al mayordomo cumpliendo su trabajo. La delicada cestita plana donde mi anfitrión llevaba la comida de los pájaros estaba junto a la puerta, en un nicho de la pared, que parecía ser el lugar destinado a ella.

A través de esas dependencias pasamos al invernadero. Contenía muchísimas plantas, por lo general las propias de la estación. En los bancales había camelias con hojas verdes bien cuidadas, rododendros, algunos de ellos, como rezaba el rótulo, amarillos, que yo no había visto nunca, azaleas en múltiples variedades, y, en especial, muchas plantas de Nueva Holanda. En cuanto a las rosas, había gran profusión de rosas de té, que empezaban a florecer. Contiguo al invernadero había un pequeño pabellón acristalado con ananás. En la vereda arenosa que pasaba por delante de ambas casas crecían limoneros y naranjos plantados en cubas. El anciano jardinero tenía el pelo aún más cano que su amo. También iba vestido de un modo extraño, pero en él yo no encontraba lo extraño. Me llamó la atención que llevara puesto mucho blanco, blanco puro, lo cual, unido a su mandil blanco, me hacía pensar más en un cocinero que en un jardinero.

Me llamó de nuevo la atención que la fachada estrecha del invernadero estuviese revestida de rosas como la fachada meridional de la casa principal, pero no me causó una impresión desagradable.

La anciana esposa del jardinero, a la que encontramos en la vivienda de éste, iba vestida tan de blanco como su marido. Contiguas a la vivienda del jardinero estaban las habitaciones de los peones.

—Ahora lo ha visto usted todo —dijo mi anfitrión cuando salimos de esas últimas habitaciones—, salvo los cuartos para invitados que le enseñaré si me lo pide, y los de mi hijo adoptivo, en los que sin embargo no podremos entrar ahora porque está estudiando y le molestaríamos.

—Dejaremos eso para otro momento en que se lo recordaré —dije—, pero ahora quiero abusar de su bondad y preguntarle algo que excita mucho más mi interés.

—¿Y qué es lo que le interesa tanto? —preguntó.

—Que me diga por fin —respondí— cómo ha adquirido usted esa seguridad en cuanto al tiempo.

—El deseo está muy justificado —replicó—, y tanto más justificado cuanto que la opinión de usted sobre la tormenta ha sido la razón de que subiera hasta esta casa, y nuestra discusión sobre la tormenta fue la razón de que se quedara aquí más tiempo. Pero vayamos en dirección a la colmena y sentémonos en un banco bajo un tilo. Por el camino y en el banco se lo contaré todo.

Tomamos un amplio sendero de arena, que al principio estaba bordeado de frutales bastante grandes y después de elevados y umbrosos tilos. Entre los troncos había bancos para descansar, sobre la arena picoteaban los pájaros y entre las ramas se oían los cantos que yo había percibido la víspera.

—Usted ha visto en mi casa la colección de instrumentos de ciencias de la naturaleza —empezó a hablar mi acompañante mientras caminábamos por el camino cubierto de arena—, ellos ya son una parte de la explicación.

—Los he visto —respondí—, en especial me llamó la atención el barómetro, el termómetro, así como un eudiómetro y un higrómetro; pero yo también tengo esas cosas y, cuando las consulté antes de mi excursión, apuntaban a precipitaciones más que a lo contrario.

—El barómetro descendió —replicó—, indicando una menor presión atmosférica, con la que muy a menudo va unida la llegada de la lluvia.

—Sin duda —dije.

—La aguja del higrómetro —continuó— se movía más hacia el punto de máxima humedad.

—Sí, así era —respondí.

—Pero el electrómetro —dijo— anunciaba poca electricidad en la atmósfera, de manera que no se podía esperar una descarga, que en nuestras comarcas suele ir unida a la lluvia.

—Yo he hecho también esa observación —objeté—, pero la tensión eléctrica no tiene tanta relación con los cambios del tiempo y, por lo general, es sólo una consecuencia de ellos. Además, ayer, a la caída de la tarde, se formó bastante electricidad, y todas las señales de que usted habla anunciaban precipitación.

—Sí, la anunciaban, y tuvo lugar —dijo mi acompañante—; porque de los vapores invisibles de agua se formaron nubes visibles, que son, en efecto, agua finísimamente fragmentada. Ésa fue la precipitación. A la escasa tensión eléctrica no le di importancia; sabía que una vez que se formaran nubes habría también suficiente electricidad. Pero las señales de que hemos hablado sólo se refieren al pequeño espacio en el que uno se encuentra en ese momento, hay que observar también alguna otra, como el azul del aire y la configuración de las nubes.

—El aire tenía ya ayer por la mañana ese azul profundo y sombrío —repliqué— que precede a la lluvia, y la formación de nubes empezó ya al mediodía y aumentó en rápida progresión.

—Hasta aquí tiene usted razón —dijo mi acompañante—, y la naturaleza también le ha dado la razón al generar una masa de nubes poco habitual. Pero hay otras características, distintas de las que han sido objeto de nuestra conversación, que han escapado a su atención. Sabrá usted que hay indicios propios de una sola región, que los nativos comprenden porque les fueron transmitidos de generación en generación. A menudo la ciencia es capaz de indicar bastante bien la razón de esa larga experiencia. Usted sabe que en ciertas regiones una nubecilla que aparece en un determinado punto del cielo, normalmente límpido, y que se queda flotando indica con certeza que en esa región habrá tormenta, que una tonalidad más oscura en cierta parte del cielo, un golpe de viento procedente de una determinada región, son precursores de una lluvia continua, y que esa lluvia llega siempre. Esta región tiene también esos presagios, y ayer no hubo ninguno que anunciase lluvia.

—Yo no noté ningún signo propio y exclusivo de esta región —repliqué—, pero creo que tales signos no podían ser suficientes para determinarle a usted a expresarse con la seguridad con que lo hizo.

—Y no me determinaron, en efecto —respondió—, tuve también otras razones.

—¿Cuáles?

—Todos los presagios de que hemos hablado hasta ahora son muy burdos —dijo—, y nosotros los reconocemos sólo a través de modificaciones espaciales que no podemos observar si no alcanzan cierta magnitud. El escenario en el que se dan las condiciones meteorológicas es muy amplio; allí a donde no llega nuestra mirada y de donde no pueden llegar los efectos hasta nuestros instrumentos científicos, allí puede

haber tal vez causas y signos contrarios que, si los conociéramos, cambiarían nuestra predicción en la predicción opuesta. Por eso, los indicios pueden engañar. Pero hay dispositivos mucho más sutiles, cuya naturaleza es un misterio para nosotros, que reaccionan ante unas causas que nosotros no podemos medir y cuyo efecto es completamente fiable.

—¿Qué instrumentos son ésos?

—Son los nervios.

—¿Así pues, usted percibe a través de sus nervios cuándo habrá lluvia?

—Yo no lo percibo con mis nervios —respondió—. El ser humano, por desgracia, ejerce una influencia muy fuerte sobre los nervios y trastorna así la sutil vida de los mismos, que ya no le hablan tan claramente como podrían hacerlo bajo otras condiciones. Por otra parte, la naturaleza le ha dado a cambio algo muy superior, el entendimiento y la razón, con ayuda de los cuales él sabe manejarse y orientarse. A lo que yo me refiero es a los nervios de los animales.

—Sin duda es cierto lo que usted dice —afirmé—. Los animales tienen una relación mucho más inmediata que nosotros con la naturaleza profunda. Se tratará solamente de indagar en esa relación y de encontrar una expresión para ella, sobre todo en lo que concierne al tiempo.

—Yo no he hecho indagaciones acerca de esa relación —replicó—, ni menos aún he encontrado una expresión para ella; ambas cosas serían muy difíciles de una manera tan general; pero he hecho algunas observaciones casuales, que después ya he repetido de propósito, he acumulado así experiencias y reunido los resultados que permiten hacer una predicción con seguridad casi absoluta. Muchos animales son tan dependientes de la lluvia y del sol (para algunos es incluso su vida lo que está en juego, según haya sol o lluvia) que Dios hubo de darles instrumentos para que percibieran con anticipación esas cosas. El hombre, sin embargo, no puede reconocer esa percepción como tal percepción, no puede contemplarla porque escapa a sus sentidos; pero los animales, debido a ese presentimiento, toman disposiciones para su futuro, y el hombre puede observar esas disposiciones y sacar conclusiones de ellas. Hay algunos que encuentran el sustento cuando hay humedad, otros lo pierden en ese caso. Algunos tienen que preservar su cuerpo de la lluvia, otros han de poner a salvo a sus crías. Muchos han de abandonar su morada, construida de modo pasajero, o buscar otro trabajo. Como esa percepción previa ha de ser cierta si la acción que de ella resulta debe llevar a la seguridad, como los nervios ya están afectados cuando aún callan todos los instrumentos científicos humanos, una predicción del tiempo basada en una exacta observación de la manera de obrar de los animales puede dar más garantía que la ofrecida por todos los instrumentos científicos reunidos.

—Usted abre así una nueva perspectiva.

—Los hombres ya saben mucho de eso. Los mejores meteorólogos son los insectos y, en general, los animales pequeños. Pero éstos son mucho más difíciles de observar, porque, cuando uno quiere hacerlo, no los encuentra fácilmente, y porque tampoco se comprende siempre con facilidad lo que hacen. Pero de esos animales pequeños dependen a menudo otros más grandes que se alimentan de ellos, y de la manera de obrar de los pequeños resulta la de los grandes, que el hombre percibe más fácilmente. Por otra parte, la conclusión se realiza de un modo mediato, y de esa manera el riesgo de error es mayor que con la observación inmediata y con el hecho que habla por sí solo. ¿Por qué cuando va a llover, para aducir un ejemplo, la rana campestre baja más hacia tierra, la golondrina vuela más bajo y el pez salta fuera del agua? Si la observación es frecuente y la comparación minuciosa, el riesgo de error es menor; pero lo más seguro sigue siendo la masa de insectos. Seguro que ya ha oído usted decir que las arañas predicen el tiempo y que las hormigas anuncian la lluvia. Hay que observar la vida de esas pequeñas criaturas, contemplar los lugares donde habitan, a menudo llegar hasta ellas, ver cómo pasan el tiempo, averiguar qué fronteras tienen sus territorios, cuáles son las condiciones para su felicidad y cómo las consiguen. Por eso, los cazadores, los leñadores y las personas que viven en soledad y que por ese género de existencia contemplan tales vidas aisladas saben más que nadie de esas cosas y cómo se predice el tiempo a partir del comportamiento de los animales. Pero para eso, como para todo, también hace falta amor. Éste es el asiento —se interrumpió— del que le he hablado antes. Aquí está el tilo más hermoso de mi jardín, bajo él he mandado instalar un sitio adecuado para descansar, y raras veces paso por delante sin sentarme un rato para deleitarme con el zumbido que sale de sus ramas. ¿Nos sentamos?

Me mostré de acuerdo, nos sentamos, el zumbido se oía efectivamente encima de nuestras cabezas, y pregunté:

—¿Ha hecho usted realmente en los animales esas observaciones que ha mencionado antes?

—A decir verdad, no era mi objetivo hacer observaciones —respondió—; pero como he vivido mucho tiempo en esta casa y en este jardín, han ido acumulándose datos, y esos datos, a su vez, me han llevado a hacer observaciones. Muchas personas que están habituadas a considerarse a sí mismas y sus afanes como el

centro del mundo tienen tales cosas por insignificantes; pero para Dios no es así; no es grande aquello a lo que podemos aplicar muchas veces nuestra escala, y no es pequeño aquello para lo cual ya no tenemos escala. Eso lo vemos en el hecho de que él lo trate todo con el mismo cuidado. A menudo he pensado que el estudio del ser humano y de su actividad, incluso de su historia, no es sino otra rama de las ciencias de la naturaleza, aunque para nosotros, los seres humanos, sea más importante que para los animales. Hubo un tiempo en que tuve ocasión de reunir no poca experiencia en esa materia y de aprender algunas cosas. Pero quiero volver a mi tema. Ahora no puedo hablar de lo que hacen esos animales pequeños cuando va a haber lluvia o sol, o de cómo saco conclusiones de lo que hacen: sería muy prolijo, aunque sea interesante; pero sí puedo decir que, partiendo de mis experiencias anteriores, ayer ninguno de los pobladores de mi jardín dio el menor presagio de lluvia, empezando por las abejas que revolotean entre estas ramas, y terminando con las hormigas que ponen sus larvas al sol junto a la verja de mi jardín, o con el saltapericos, el coleóptero que pone a secar su comida. Como esos animales, siempre que yo iba a ellos, nunca me han engañado, he deducido que la formación de agua que predecían nuestros instrumentos más bien precarios quedaría reducida a formación de nubes, pues de lo contrario lo habrían sabido los animales. Pero no percibí con exactitud lo que ocurriría con las nubes, sólo llegué a la conclusión de que por el enfriamiento que generaría su sombra y por las corrientes de aire a las que ellas mismas deben su existencia podría levantarse un viento que por la noche despejaría y purificaría el cielo.

—Y así fue, en efecto —dije.

—Pude prever eso con más seguridad —replicó él— porque en nuestro cielo y en nuestro jardín ya ha ocurrido muchas veces lo de ayer, y su evolución ha sido siempre igual que en esta noche pasada.

—Es un campo muy vasto el que ha abordado usted —dije—, y el conocimiento humano se ve confrontado con un objeto no poco importante. Éste viene a probar una vez más que todo saber tiene derivaciones que a menudo no se adivinan, y que no se deben descuidar las cosas muy pequeñas, aunque no se sepa aún cuál es su relación con las más grandes. Así, seguramente, llegaron los grandes hombres a producir las obras que admiramos, y así, si se incluye eso de que está usted hablando, la meteorología puede experimentar un gran avance.

—Eso es lo que yo también espero —replicó—. En el campo de las ciencias físicas, el trabajo será más fácil para vosotros, los jóvenes, que lo fue para los que os han precedido. Ahora se sigue más el camino de la observación y la experimentación, en lugar de entregarse más, como antes, a las hipótesis, las teorías, e incluso a las fantasías. Durante mucho tiempo, esos caminos no fueron claros, aunque siempre ha habido individuos que los siguieron. Cuanto más terreno se gana avanzando por esos nuevos caminos, de tanto más material se dispone como ayuda para futuros progresos. Ahora se tiende seriamente a cultivar las distintas ramas, cada una de por sí, en lugar de, como antes, estudiar sólo lo general; y por eso llegará un tiempo en el que se pondrá la atención en el objeto del que hemos hablado ahora. Si la fecundidad que están teniendo desde hace décadas las ciencias físicas se mantiene durante siglos, no podemos ni imaginar adonde se llegará. Una sola cosa sabemos ahora, y es que el terreno aún no cultivado es infinitamente mayor que el cultivado.

—Ayer vi a algunos obreros —dije—, que, aunque el cielo estaba lleno de nubes, sacaban agua de los pozos, llenaban las regaderas y regaban las plantas. ¿Sabían ellos también que no llovería o sólo obedecían sus órdenes, como los que cortaban el césped en la granja?

—Lo último es el caso —replicó—. Cuando la apariencia exterior está contra mí, esos trabajadores creen siempre que me equivoco, por mucho que el éxito los haya aleccionado. Y por eso, ayer creían sin duda que iba a llover. Regaban las plantas porque yo lo había ordenado y porque aquí está establecido que quien varias veces no obedece las órdenes queda despedido. Pero, aparte de los animales, existen otras cosas que predicen el tiempo, y son las plantas.

—De las plantas ya lo sabía yo, y mejor que de los animales —repliqué.

—En mi jardín y en mi invernadero hay plantas —dijo— que muestran una sorprendente relación con la circulación del aire, en especial frente a la llegada del sol cuando éste ha estado mucho tiempo tapado por las nubes. Se puede esperar la lluvia guiándose por el olor de las flores, y hasta se diría que también en la hierba se huele la lluvia. A mí, esas cosas me llegan por casualidad al jardín y a la casa; pero usted las conocerá mucho mejor y mucho más a fondo si recorre los caminos del nuevo espíritu científico y utiliza los medios que hay ahora, en especial el cálculo. Y si sigue una sola dirección específica hará usted enormes progresos en ella.

—¿De dónde concluye tal cosa? —pregunté.

—De su apariencia —replicó— y también de la tan tajante afirmación que hizo usted ayer en relación con el tiempo.

—Pero esa afirmación era equivocada —respondí—, y de ella usted habría podido sacar justamente la conclusión contraria.

—No, eso no —dijo—, sus palabras mostraban, por ser tan categóricas, que usted había observado con precisión el objeto, y por ser tan apasionadas, que lo trata con cariño y con celo; si su opinión era, pese a ello, errónea, eso se debió sólo a que usted no conocía una circunstancia que influía en ella, y tampoco podía conocerla fácilmente; de lo contrario habría opinado de otro modo.

—Sí, es cierto lo que dice, mi opinión habría sido otra —respondí—, y nunca volveré a opinar tan a la ligera.

—Ayer dijo usted que se ocupaba de cosas de la naturaleza —continuó—, ¿puedo preguntarle si ha elegido ya una dirección determinada, y cuál?

La pregunta me desconcertó un poco y respondí:

—En el fondo no soy más que un caminante como muchos otros. Poseo justo la fortuna suficiente para vivir con independencia y voy a pie por el mundo para conocerlo. Hace poco tiempo empecé con todas las ciencias; pero eso ya lo he dejado y me he propuesto dedicarme sobre todo a una sola ciencia, la geología. Como complemento a las obras que leo sobre esa materia, procuro hacer observaciones durante los viajes que me llevan a diversas partes del país, escribo mis experiencias y pergeño dibujos. Como esas obras tratan sobre todo de montañas, también recorro sobre todo las montañas, que contienen además muchas cosas que me son caras.

—Esa ciencia es muy vasta —replicó mi anfitrión—, si se la entiende como historia de la tierra. Incluye no pocas ciencias y presupone no pocas otras. Ahora que esta ciencia es todavía joven y se están reuniendo sus primeras y más destacadas características, las montañas son de la máxima importancia; pero también le tocará el turno a la llanura, y las cuestiones que plantea, sencillas pero más difíciles de descifrar, quizá no sean menos relevantes.

—Será sin duda importante —afirmé—. Ya en aquel entonces, antes de dedicarme a mi tarea actual y antes de conocer la montaña, yo amaba la llanura y el lenguaje en que me hablaba.

—Creo —contestó mi acompañante— que en la actualidad el estadio de la ciencia de que hablamos es el de reunir material. En un lejano porvenir se construirá con ese material algo que no conocemos aún. El recolectar precede siempre a la ciencia; esto no es sorprendente, porque el recolectar ha de ser anterior a la ciencia; pero sí es sorprendente que el afán de recolectar se apodere de los espíritus cuando va a aparecer una ciencia, aunque aún no se sepa qué contenidos tendrá ésta. Es como si penetrara en los corazones el encanto de vislumbrar para qué puede estar eso ahí, para qué podría haberlo instituido Dios. Pero el recoger tiene algo muy seductor incluso sin ese encanto. Yo he recogido personalmente en los montes todos mis mármoles, he dirigido su extracción de las rocas, el corte con la sierra, su pulimiento y sus inclusiones. Ese trabajo me ha procurado no poco deleite, y creo que tengo tanto cariño a esas piedras por haberlas buscado yo mismo.

—¿Tiene todas las variedades de nuestras montañas? —pregunté.

—No las poseo todas —respondió—, quizá habría podido llegar a tenerlas si hubiera podido seguir de un modo sistemático con mis excursiones de montaña. Pero desde que he llegado a la vejez me resulta cada vez más difícil. Cuando ahora, en raras ocasiones, subo hasta el borde del glaciar del Simmi noto que ya no es como en los años jóvenes, cuando no se conocen otros límites que el final del día o la pura y simple imposibilidad material. Como ahora ya no puedo recorrer trayectos muy grandes para buscar en bloques, por ejemplo, el mármol que me falta, el botín es cada vez más escaso; es también más escaso debido a que ya tengo muchos, y por eso son más escasos los lugares donde encuentro uno que me falte. Como he coleccionado personalmente todos los mármoles, tampoco voy a poner en mi casa una pieza entregada por manos extrañas.

—Así que probablemente ha construido usted mismo la casa o hizo grandes reformas en ella —dije.

—La he construido yo mismo —respondió—. Antes se vivía en la granja que pertenece a estas tierras que nos rodean y junto a la cual ayer, cuando estábamos sentados en el banquito del descansadero que hay al lado de los cultivos, vio usted gente cortando hierba. Se la compré al propietario anterior con todos las tierras que pertenecían a ella, construí la casa de la colina y convertí la granja en dependencia aneja.

—¡Pero el jardín es imposible que haya vuelto a plantarlo todo usted!

—Eso tiene una génesis propia —replicó—. He de decir que lo he plantado y he de decir que no lo he plantado. Yo me construí esta casa, en la que quería residir hasta el fin de mi vida, en un lugar que me pareció adecuado. La granja estaba en el valle, como suelen estar ese género de edificios, para que tengan en torno al caserío la espesa y abundante hierba que se necesita a menudo en las explotaciones agrícolas. Pero yo quería mi propia casa en la parte alta. Cuando estuvo terminada, el jardín que había junto a la

granja y del que sólo llegaban hasta mi casa algunos árboles, aislados o en grupos, hubo de ser prolongado hasta arriba. El tilo bajo el cual estamos sentados ahora, así como sus compañeros que lo rodean o que forman un sendero del jardín están donde estaban. El cerezo grande y vetusto que hay en lo alto del cerro se hallaba en medio de los cereales. Yo uní el cerro con mi jardín, tracé un camino hasta el cerezo e hice poner un banquito a su alrededor. Y lo mismo ocurrió con muchos otros árboles. Hemos transplantado no pocos de ellos, algunos tan formidables que nadie lo creería. Los arrancamos en invierno, junto con un gran pelotón de tierra, los tumbamos con ayuda de cables, los trasladamos hasta aquí, y con ayuda de palancas y vigas los metimos en los hoyos ya cavados y bien preparados. Como estaba bien podado y las ramas habían quedado muy reducidas, en primavera crecieron con mucha más fuerza, como si los árboles despertaran a nueva vida. Se plantaron de nuevo arbustos y frutales enanos. En menos tiempo de lo que nadie habría creído, tuvimos la satisfacción de ver que el jardín presentaba tal homogeneidad que no parecía haber tenido nunca otro emplazamiento. De los árboles que aún quedaban en las proximidades de la granja hice talar algunos que impedían el cultivo del cereal; porque sembré los terrenos de los que había arrancado los árboles, para ganar en aquella parte el suelo que había perdido en ésta al convertirlo en jardín.

—Tiene usted aquí una residencia deliciosa —observé.

—No sólo la residencia, la región entera es una delicia —replicó—, y es bueno vivir aquí cuando uno viene de estar entre gentes que viven un poco apelotonadas, y cuando se trae tarea para activar las propias fuerzas. De vez en cuando hay que echar una mirada en el propio interior. Sin embargo no se debe estar siempre a solas con uno mismo, ni siquiera en la tierra más hermosa; en ocasiones hay que volver a la sociedad, aunque sólo sea para recrearse con algunos brillantes vestigios humanos que subsisten de nuestra juventud, o para levantar la vista con admiración hacia algún firme bastión humano que ha sobrevivido. Después de esos intervalos, la vida del campo penetra de nuevo, como un bálsamo, en el alma abierta. Pero hay que estar lejos de la ciudad y no tener contacto con ella. En la ciudad se ponen de manifiesto los cambios producidos por las artes y los oficios; en el campo, los que han nacido de unas necesidades elementales o de la influencia recíproca de los objetos naturales. Ambos son incompatibles y, cuando se ha dejado atrás aquélla, aparece éste casi como algo perdurable, y esa belleza permanente reposa entonces ante el espíritu, y se ofrece a la contemplación como algo bello que existió en el pasado y que, en las metamorfosis humanas y en las metamorfosis de la naturaleza, se repliega en una infinitud.

No respondí a estas palabras y guardamos silencio un rato.

Al cabo, dijo él:

—¿Se quedará usted con nosotros esta tarde y esta noche?

—Después de la acogida que se me ha hecho aquí —respondí— es una agradable sensación poder pasar el resto del día y también la noche.

—Eso está bien —replicó—, pero ha de permitirme que le deje solo una parte de la mañana porque se acerca el momento en que he de ir a ver a Gustav para asesorarle en sus estudios.

—Obre usted con toda libertad —respondí.

—Entonces le dejo —replicó—, vaya entretanto a pasear un poco por el jardín, o eche una ojeada a los sembrados o dé una vuelta por la casa.

—De momento lo que deseo es quedarme un rato aquí sentado, bajo este árbol, afirmé.

—Haga como prefiera —respondió—, recuerde sólo lo que dije ayer, que en esta casa se almuerza a las doce del mediodía.

—Lo recuerdo —dije— y me atendré a ello.

Acto seguido se levantó, se pasó la mano por la cabeza para quitarse los insectos y otras partículas que le habían caído del árbol, se despidió y se marchó en dirección a la casa.

5. LA DESPEDIDA

Permanecí bastante tiempo sentado bajo el árbol y rememoré lo que había visto y oído. Las abejas zumbaban en el árbol y los pájaros cantaban en el jardín. A través del verde de los árboles, asomaban partes de la casa a la que se había dirigido el anciano, ya fuesen fragmentos de la blanca pared o del tejado, y a mi derecha, más allá de la espesura, en la zona por donde suponía que estaba la ebanistería, subía por el aire un tenue humo. El canto de los pájaros y el zumbido de las abejas era para mí casi un silencio, ya que, debido a mis andanzas por los montes, estaba habituado a esos sonidos permanentes. Ese silencio quedaba interrumpido por sonidos diversos que provenían de los peones que trabajaban en el jardín: se oía el chirriar de una bomba con la que extraían agua, que después transportaban por acequias a un gran recipiente y al anochecer utilizaban para regar, o llegaban de más lejos o más cerca las palabras de la gente, que daban una orden o una información. Las retazos de cielo que asomaban por entre el follaje de los árboles eran completamente azules y mostraban cuánta razón había tenido mi anfitrión cuando predijo buen tiempo.

Finalmente interrumpí mis elucubraciones y caminé cuesta arriba por el jardín.

Fui hacia el gran cerezo. Buscaba el espacio abierto porque en el jardín, con su horizonte tan limitado, no podía hacerme una idea exacta de las condiciones atmosféricas. Allí en aquel cerro, veía el cielo sobre mí como una campana grande y ancha, y en toda esa campana no había ni una nubecilla. Las altas montañas, que no habíamos podido ver la víspera, se extendían ahora con toda su limpidez a lo largo del cielo meridional. Delante de ella estaban las tierras prealpinas con varios puntitos de iglesias y aldeas; más cerca de mí aparecían varias torres de un pueblo que yo conocía, y a mis pies se hallaba el jardín y la casa en la que me habían acogido con tanta deferencia la víspera. Los cereales que yo veía no lejos de mí, detrás de la verja del jardín, y que ayer estaban completamente inmóviles, hoy se entregaban a un suave pero alegre balanceo. Pensé que el tiempo no sólo era bueno ahora sino que seguiría siéndolo mucho tiempo.

Regresé al jardín desde el gran cerezo y contemplé diversos objetos.

Volví también de nuevo al invernadero. Ahora podía observar algunas cosas con más detalle de lo que me fuera posible antes, cuando, junto con mi acompañante, me había limitado a hacer un rápido recorrido de la casa. El jardinero vestido de blanco se unió a mí, me explicó bastantes cosas, me dio información sobre diversas cuestiones y respondió gustoso a todas mis preguntas, en la medida en que sus conocimientos y su buen criterio lo permitían. Cuando yo quería salir del edificio me dijo que aún deseaba enseñarme una cosa que el amo había olvidado enseñarme. Me llevó a un lugar cubierto de arena, en el que daba el sol por todas partes y que sin embargo estaba a resguardo de vientos fuertes mediante árboles y arbustos que lo circundaban a cierta distancia. En medio de la explanada había un pabellón acristalado, en parte hundido en la tierra. Esa circunstancia y el hecho de que estuviera rodeado de árboles hacían que yo no lo hubiera descubierto antes. Cuando nos acercamos vi que era todo de cristal y que sólo tenía el armazón necesario para fijar los paneles de vidrio. Estaba también revestido de una gruesa reja de hierro, probablemente a causa del granizo. Cuando habíamos bajado los pocos peldaños que llevaban del jardín al interior, vi que en el pabellón había plantas, y de una sola especie, a saber, cactus. Había más de cien variedades en miles de pequeñas macetas. Los pequeños y redondos crecían libremente, los largos con raíces aéreas tenían junto a ellos paredes de cortezas de árboles restregadas con tierra para que las plantas pudiesen fijar en ella sus raíces. Todos los paneles de vidrio estaban abiertos por encima de nuestras cabezas para que el aire libre circulase por toda la pieza sin obstaculizar el efecto de los rayos solares. Las macetas estaban alineadas sobre estantes de madera, pero los estantes se interrumpían para que se pudiera caminar en cualquier dirección e inspeccionarlo todo. El jardinero me llevaba por todas partes y me enseñaba las secciones y subsecciones en que estaban agrupadas las plantas.

Dije que me alegraba de que mi anfitrión dispensara tantos cuidados a esa familia de plantas, ya que sin

duda eran muy singulares y raras.

—Cuanto más se las observa y cuanto más tiempo se está en contacto con ellas, más singulares se vuelven —respondió mi vecino—. La combinación de sus formas es tan múltiple y diversa, las espinas pueden convertirse en auténtico ornamento y en un arma, y las flores pertenecen a la esfera de lo maravilloso, como los cuentos de hadas. Dentro de un mes vería usted algunas bellísimas, ahora están aún poco avanzadas.

Le dije que yo había visto ya flores, no sólo las que, por bellas que fueren, crecían por doquier, sino también otras que eran raras y otras que unían a la belleza un suave perfume. Le dije que en tiempos pasados me había dedicado a la botánica, no en relación con la jardinería sino para instruirme y deleitarme, y que los cactus no habían sido las plantas a las que dediqué menos atención.

—Si el señor colecciona cosas antiguas —dijo—, también estaría bien que hiciera lo mismo con plantas antiguas. En el invernadero del Inghof hay un cirio que es más grueso que el brazo de un hombre junto con la manga. Trepa por la pared, se curva y sigue creciendo pegado al techo de la casa, al que está sujeto con cordones. La parte inferior ya es tan leñosa que se han grabado nombres en ella. Creo que es un *Cereus peruvianus*. Allí no lo tienen en tanto aprecio, y el señor debería comprar el *Cereus*, aunque debido a su longitud habría que unir tres carros uno con otro para poder transportarlo hasta aquí. Tendrá, de seguro, unos doscientos años de antigüedad.

No respondí a esas palabras, para no alterar sus cálculos respecto al cultivo de los cactus en Europa.

Le di las gracias por el esfuerzo, una vez que acabé de verlo todo, y salí del pabellón. Él se despidió con mucha amabilidad y muchas inclinaciones.

Como también quería curiosear un poco fuera del jardín, me dirigí a continuación a la verja por la que la víspera me diera entrada mi anfitrión. Un peón que trabajaba allí cerca me abrió la puerta porque yo no conocía el mecanismo del cerrojo y salí al exterior. En la falda de la colina por la que había subido la víspera, caminé en varias direcciones. Por más que conociese muy bien de un modo general la región en la que me encontraba, nunca me había detenido en ella tanto tiempo como para observarla con detalle. Vi ahora que era una comarca hermosa y muy fértil la que me había acogido, que entre los repliegues de las colinas se escondían parajes amenos, y que la alta densidad de su población confería algo muy risueño a la comarca. El día se tornaba cada vez más suave, sin llegar a ser caluroso, y en la campiña había ese silencio que en la época en que florecen las rosas es mucho mayor que en cualquier otra. En esa época todos los cultivos del campo están verdes, están creciendo y, si en la comarca no hay muchos prados en los que entonces se siega el heno, la gente no tiene trabajo en el campo y lo deja solo, bajo el sol que lo fecunda. El silencio era como en las montañas; pero no tan solitario, porque se estaba por doquier en la agradable compañía de las plantas que nos alimentan.

El sonido de una lejana campana de aldea y mi reloj, que saqué para consultarlo, me recordaron que era mediodía.

Me dirigí hacia la casa, me abrieron la puerta después que hube accionado el tirador de la campana, y entré en el comedor. Allí encontré a mi anfitrión y a Gustav, y nos sentamos a la mesa. Almorzábamos los tres solos.

Durante la comida dijo mi anfitrión:

—Se extrañará usted de que tomemos la comida tan solos. Es en efecto muy lamentable que se haya perdido la antigua costumbre de sentarse a la mesa el señor de la casa con su familia y con la servidumbre. De ese modo, los criados forman parte de la familia, a menudo sirven a lo largo de toda su vida en la misma casa, el señor vive con ellos una vida agradable en común y, como todo lo que hay de bueno en el Estado y en la humanidad proviene de la familia, no sólo son buenos sirvientes que aman el servicio sino también, muchas veces, personas buenas que, con ingenua devoción, son afectos a la casa como a una Iglesia firme e inconmovible y tienen en el señor a un fiel amigo. Pero desde que están separados de él, desde que se les paga por su trabajo y comen aparte, ya no se relacionan del mismo modo con él ni con su hijo, tienen otras metas, se oponen a él, lo abandonan fácilmente, y, como carecen de familia y formación, se dan fácilmente al vicio. El abismo entre las gentes instruidas y carentes de instrucción —para emplear la expresión habituales cada vez mayor; si además el campesino come en su cuartito separado, se crea una distinción antinatural allí donde ésta no habría existido de una manera natural.

»Yo he querido introducir —continuó al cabo de un rato— esta costumbre en nuestra casa; pero estas gentes se habían criado de otra manera, se habían ido replegando en sí mismas, no podían adherirse a algo ajeno, y sólo habrían perdido la libertad de ser como son. No cabe duda de que se habrían habituado a esa relación, sobre todo los más jóvenes, en los que todavía surte efecto la educación; pero mi edad es ya tan avanzada que esa empresa abarcaría más años de los que me quedan. Por eso he liberado a mis sirvientes de

tal obligación, y que mis sucesores más jóvenes lo intenten de nuevo si comparten mi opinión.

Al oír estas palabras me acordé de mi casa paterna, en la que es tan agradable que al menos los empleados de mi padre se sienten a almorzar con nosotros.

La sobremesa estuvo destinada a visitar la granja, y Gustav tenía permiso para acompañarnos.

No tomamos el camino que pasa junto al gran cerezo y que continúa por arriba, a la altura de los campos de cultivo. Ese camino, dijo mi anfitrión, ya lo conocía yo. Sino que pasamos cerca de las colmenas, salimos al exterior por un portillo, y siguiendo una vereda bajamos la suave pendiente cubierta de elevados frutales que producían las mejores variedades de la región y que procedían del jardín de la granja. Los prados por los que caminábamos eran excelentes, como apenas he vuelto a encontrar otros.

Llegados a la casa vi que era un amplio cuadrilátero, como las grandes alquerías de la comarca, pero que se habían hecho diversas mejoras y había sido ampliado con varios anexos. El patio estaba pavimentado con una franja de anchas losas a todo lo largo de los edificios, la parte restante del mismo estaba cubierta de gruesa arena de cuarzo que removían a menudo. Los edificios que circunscribían ese patio contenían los establos, los pajares, los cobertizos para los carros y las viviendas. El almacén se hallaba más lejos, en el jardín. Pasamos revista a los animales, que estaban en la casa, empezando por los caballos y las reses y terminando con los cerdos y las aves. Para el vacuno se había dispuesto detrás de la casa un hermoso lugar cercado en el que las reses podían estar al aire libre. Yo no había visto nunca esa instalación y me gustó mucho. Para las aves de corral se había cercado un lugar parejo, y no lejos de allí había un pequeño prado en el que los potros podían retozar a su gusto. Visitamos también las viviendas de los criados. Allí me llamaron la atención las grandes y hermosas jambas de piedra que enmarcaban las ventanas, también podía verse fácilmente la considerable ampliación de éstas. En la cochera no estaban solamente los coches y demás vehículos sino también los otros aperos de labranza que tenían como reserva. El estercolero, que como en la mayoría de las casas de labranza de nuestra región estaba en el patio, fue trasladado a las traseras de la casa, a un lugar rodeado de altos matorrales.

—Muchas cosas están aquí aún en los inicios, en estado de formación —explicó mi anfitrión—, pero se va avanzando poco a poco. Hay que respetar las aprehensiones de los empleados, que han crecido en entornos diferentes y están habituados a ellos, a fin de que lo nuevo no los haga desviarse del buen camino y pierdan el amor al trabajo. Hemos de guardar la calma y tener en cuenta que ya han ocurrido muchas cosas, y esperar que ocurran más.

Los trabajadores que habitaban esa casa estaban ocupados en almacenar el heno segado la víspera o en dejarlo secar del todo si hacía falta. Mi anfitrión hablaba con algunos y hacía preguntas relacionadas con las actividades diarias.

Cuando salimos de la casa por el lado opuesto vimos también el huerto en el que se cultivaban las hortalizas y otros productos que se consumían en la granja.

En el camino de vuelta tomamos una dirección distinta de la que habíamos traído. Si en nuestro camino de ida habíamos dejado al norte el gran cerezo, ahora lo dejamos al sur, de forma que parecía que íbamos a rodear todo el jardín de la casa. Subimos en dirección al prado del que mi anfitrión me había dicho la víspera que era la frontera norte de su propiedad y que él no había podido reformarla a su gusto. El camino ascendía suavemente y, ya internados en el prado, nos salió al encuentro, formando muchos meandros, un arroyuelo circundado de cañas y maleza. Cuando habíamos andado un trecho, dijo mi acompañante:

—Ésta es la pradera que le mostré ayer desde lo alto de la colina y de la que dije que marcaba el final de nuestra finca, y que yo no había podido hacer en ella las mejoras que habría querido. Usted ve que las orillas del arroyo son pantanosas y que en ellas crece una hierba ácida. Eso tendría fácil remedio, y podría sacarse de ellas una hierba suavísima si se hiciera circular el arroyo en línea recta para que corriera más deprisa, si aquí y allá se mampostearan las paredes con piedras y se rellenaran las depresiones del terreno con tierra seca. Puedo mostrarle ahora la razón de por qué no ocurre esto. Usted ve a ambos lados del arroyo brotes de alisos. Si se acerca más, verá que esos brotes salen de gruesos bloques de madera, una especie de excrecencias y de protuberancias, y esa madera está en parte sobre la tierra, en parte en el húmedo subsuelo.

Mientras así hablaba nos habíamos acercado al riachuelo y vi que así era.

—Esos informes montones de madera —continuó—, de los que sobresalen aquellas delgadas varas o raquíticas ramas, se forman aquí en el suelo pantanoso, pero también se forman en la arena o en piedras, y son un subproducto del aliso, que por lo demás crece y se desarrolla muy bien. En la exuberante tendencia de la madera a formar una gran cantidad de varas o de ramas discordantes, acrecentándose de ese modo a sí misma, surgen retorsiones y giros de las fibras y cortezas, de manera que, si se corta con la sierra un bloque así y se pule la superficie cortada, aparece una bellísima configuración de colores y dibujos, en

forma de anillos, llamas y todo género de líneas sinuosas, y por eso tal variedad de madera, la madera de aliso, es muy apreciada y muy solicitada para trabajos de ebanistería. Cuando compré esta finca y vi la pradera y descubrí los bloques de alisos, hice arrancar uno de ellos y aserrarlo, y después lo examiné. Y como entonces ya tenía bastante práctica y estaba habituado a distinguir las maderas, me di cuenta de que esos bloques contaban entre los más hermosos, y de que el color rojo intenso y el brillo suave y sedoso de esa madera, cosas a las que se presta especial atención, apenas tienen nada que pueda comparárseles. Hice extraer varios bloques y cortarlos en láminas. Usted verá, no lejos de aquí, el empleo de éstas, si nos hace otra visita y nos da tiempo a llevarle a donde están. Los otros bloques los dejé en la tierra como un tesoro que ha de quedarse allí y proliferar. Sólo cuando alguno de ellos ya no echa brotes sino que empieza a atrofiarse, lo arrancamos y lo cortamos en láminas que utilizo después para distintos trabajos o que pongo a la venta. Entonces, surge fácilmente otro en su lugar. Tomé la decisión de seguir cuidando estas plantas una vez que, por un lado, conocí cada vez más a fondo la comarca que rodea nuestra casa, investigué todas las depresiones del terreno, todos los cauces de los riachuelos y en ninguna parte encontré una madera de aliso ni lejanamente comparable en su aprovechamiento, y una vez que, por otro lado, la que me enviaron de varios lugares, a petición mía, resultó ser inferior a la nuestra. Más arriba del alisar mandé levantar una construcción hidráulica para preservar la plantación de inundaciones y de un exceso de grava y para desviar las aguas demasiado crecidas hacia otro cauce. Mis vecinos comprendieron el sentido práctico de la cosa, y dos de ellos plantaron alisares incluso en terrenos áridos que no había que drenar. No se puede comprobar todavía si eso ha tenido éxito, puesto que las plantas aún son jóvenes.

Contemplamos aquellas hileras de plantas y luego proseguimos nuestro recorrido.

Caminamos a lo largo de la pradera, pasamos junto a un bosquecillo, atravesamos la construcción hidráulica que había mencionado mi anfitrión y empezamos a rodear no sólo el jardín sino toda la colina de los cereales en la que se encuentra la casa.

Como hacía un sol cada vez más fuerte aunque no llegara a quemar, me extrañó que ninguno de mis dos acompañantes llevara la cabeza cubierta. Habían salido de la casa sin tocado alguno. El viejo exponía a los rayos del sol su abundante cabellera blanca, y el pupilo lucía los espesos y brillantes rizos castaños. Yo no sabía si quienes me parecían raros eran ellos dos sin nada sobre la cabeza o yo, marchando a su lado con mi sombrero de caminante. El joven tenía al menos la ventaja de que el sol intensificaba el rojo de sus mejillas y les daba un color aún más bello del que ya tenían de por sí.

A mí me agradaba mirarle. Su andar ligero era un risueño día de primavera frente al paso, todavía firme pero preciso y mesurado, de su acompañante; su esbelta figura era el alegre comienzo, la de su mentor, el ocaso y el fin. Por lo que toca a su comportamiento, era retraído y humilde, y no se mezclaba en las conversaciones si no le preguntaban. Yo me dirigía con frecuencia a él y le preguntaba por diversas cosas, en especial por las que se referían a aquella comarca, cuyo conocimiento daba por descontado en él. Él respondía con seguridad y con cierto respeto hacia mí, bien que por la edad yo no estaba tan lejos de él como su educador. Casi siempre marchaba detrás de nosotros, aunque el camino tuviese suficiente anchura.

Cuando hubimos rodeado del todo la colina y pasado junto a diversas viviendas de campesinos, retornamos por el mismo lado y por el mismo camino por el que yo había subido a la casa la víspera. Una vez llegados a ella, nos topamos con las rosas, como me había topado yo con ellas la víspera. Aproveché entonces la ocasión para preguntar a mi anfitrión por las rosas, puesto que de todos modos tenía la intención de formularle en algún momento una pregunta relacionada con esas flores. Le pedí que nos acercásemos más a la gran explanada de arena para observarlas mejor. Así lo hicimos y nos situamos delante de toda aquella pared de flores que cubrían la parte inferior de la blanca casa.

Dije que él debía de ser muy aficionado a esas flores, pues cultivaba muchas variedades, y esas plantas aparecían allí con una perfección como en ninguna otra parte.

—Amo mucho, en efecto, esa flor —respondió—, y también la tengo por la más bella, y en realidad no sé cuál de esos dos sentimientos ha venido causado por el otro.

—Yo también me inclino —dije— a tener la rosa por la más bella de las flores. La camelia está muy cercana a ella, es delicada, es pura y límpida, a menudo es suntuosa; pero siempre tiene algo ajeno a nosotros, siempre comporta cierta distinción y elegancia: no tiene la suavidad, la dulzura (quiero emplear ese término) de la rosa. Y no vamos a hablar del perfume, porque no viene ahora al caso.

—No —dijo él—, no viene al caso ahora que hablamos de la belleza; pero si vamos más allá de la belleza y hablamos de olores, seguramente no hay ninguno que pueda compararse en suavidad al perfume de la rosa.

—Sobre eso podría discutirse, según las preferencias personales —respondí—, pero sin duda tendrá la rosa muchos más amigos que adversarios. Se le rinde honor hoy como se le rindió honor en el pasado. Su

imagen es la más común en las metáforas, con su color se engalanan la juventud y la belleza, se la pone alrededor de las viviendas, su perfume se considera delicioso y se envía a todas partes como algo exquisito, y ha habido pueblos que fomentaron de modo especial el cultivo de las rosas, como los romanos, expertos en armas, que se coronaban de rosas. Se la ama sobre todo cuando está expuesta a las miradas, como aquí, cuando se ve exaltada, y se diría que lisonjeada, por tan rara variedad y composición. En primer lugar aquí hay una verdadera profusión de rosas, después, están repartidas por la gran superficie blanca de la casa, sobre la que destacan; ante ella se extiende la blanca superficie de arena, que está separada a su vez del campo de cereales por la franja verde de hierba y por el seto como por una cinta de terciopelo verde y por un verde ornamento.

—Cuando las planté —explicó— no pensé expresamente en esa circunstancia, aunque sí procuré que su presentación resultara lo más hermosa posible.

—Pero no comprendo cómo pueden prosperar tan bien aquí —objeté—. En realidad aquí las condiciones no pueden ser menos favorables. Está la reja de madera a la que van unidas por la fuerza, está la pared blanca, en la que quedan apresados los ardientes rayos solares, está el alero que es un obstáculo para la lluvia, para el rocío y para el influjo de la bóveda celeste, y finalmente la casa detiene, de por sí, la libre circulación del aire.

—Las rosas no han ido prosperando sino muy poco a poco —respondió—, y se han cometido muchos errores. Pero fuimos aprendiendo, y después nos pusimos a la labor de manera sistemática. La tierra que prefieren las rosas en parte fue hecha venir de otros lugares, en parte preparada en el jardín según las indicaciones de los libros especializados que yo había comprado. No llegué aquí totalmente desprovisto de experiencia, antes ya había cultivado rosas y apliqué aquí mis experiencias. Cuando estuvo preparada la tierra, se cavó una fosa ancha y profunda delante de la casa y se rellenó de tierra. Después se instaló el enrejado de madera, bien impregnado de pintura al óleo para impedir que la pudriera el agua, y una primavera fueron plantados en la tierra esponjosa los rosales que había criado yo mismo o que me habían enviado los floricultores. Cuando iban creciendo, los sujetábamos, con el paso de los años los transplantábamos, los intercambiábamos, los podábamos, etcétera, hasta que poco a poco se fue llenando la pared. En el jardín se instalaron los bancales, por decirlo así el vivero en el que plantábamos los rosales que después vendrían aquí. Para resguardarlos del sol, colocamos bajo el tejado un rollo de tela que, si se tira suavemente de unas cuerdas, puede ser transformado en un techo que protege las rosas y que sólo deja pasar rayos filtrados. Así las plantas quedan protegidas del sol ardiente del verano, y las flores, del sol que pueda dañarlas. El de hoy no es demasiado cálido para ellas, usted ve que lo resisten alegremente. En cuanto a lo que usted dice del rocío y de la lluvia, la espaldera no está tan pegada a la casa como para impedir totalmente las influencias del cielo abierto. El rocío se concentra sobre las rosas y hasta caen sobre ellas gotas de lluvia. Pero a fin de cooperar con la naturaleza y para dar agua en la época en que la niega el cielo, tenemos bajo el canalón un cilindro hueco provisto de orificios finísimos que puede llenarse del agua que hay en unos barriles situados bajo el tejado. Mediante una ligera presión se abren los orificios, y el agua, semejante al rocío, cae sobre las rosas. Es realmente un agradable espectáculo ver cómo en tiempos de gran escasez el agua resbala por hojas y ramas y éstas se solazan en ella. Y, finalmente, para que no falte aire, como usted teme, existe un sencillo método. En primer lugar, sobre esta colina siempre hay de todos modos una ligera corriente de aire que pasa por la pared de la casa. Pero si las flores necesitan aire, en días de calma completa, se abren todas las ventanas de la planta baja, las de esta pared y las de la pared opuesta. Como el lado opuesto es el septentrional, el aire se enfría debido a la sombra y entra por aquellas ventanas y sale por las de las rosas. En los días en que no corre una brizna de aire, usted puede ver cómo, sin embargo, las hojas se menean suavemente.

—Son medidas importantes —respondí—, que prueban su amor por estas flores; pero ellas solas no explican todavía la singular perfección de estas plantas, una perfección que no he visto en ninguna parte, hasta tal punto que no aparece ninguna flor imperfecta, ninguna rama seca, ninguna hoja irregular.

—En parte sí se explica este hecho por esas medidas —dijo—. El aire, el sol y la lluvia, debido a la orientación meridional de su emplazamiento y a todas estas precauciones, están tan mejorados como pueden estarlo aquí. Aún se ha hecho más con la tierra. Como no sabemos cuál es la razón última de por qué prosperan los seres vivos, yo deduje que para las rosas lo mejor tenía que ser lo que procede de las rosas. Por eso desde el comienzo hemos reunido todos los desechos de rosas, en especial las hojas y hasta las ramas de los rosales silvestres que crecen por toda la comarca. Esos desechos se ponen todos juntos formando montículos en una zona apartada de nuestro jardín, expuestos a los efectos de la lluvia y el aire, y así se prepara la tierra de las rosas. Cuando en uno de esos montículos ya no se descubre ningún vestigio de materia vegetal y no se ve otra cosa que tierra suave, entonces se mezcla ésta con las rosas. Los rosales que

vuelven a plantarse tienen ahora tanta tierra en sus hoyos que ya están bien provistos para varios años. Las rosas más antiguas, que se han alimentado bastante tiempo de la tierra donde se encuentran, se renuevan.

O bien se quita la tierra que está por encima de las raíces y se le añade otra nueva, o se arrancan del todo y su emplazamiento se llena por completo de tierra reciente. Salta a la vista que las hojas y las flores disfrutan con esa dádiva. Pero a pesar de la tierra y del aire y del sol y de la humedad no vería usted estas rosas tan hermosas como las ve si no se aplicaran otros cuidados; porque siempre hay males que provienen de causas que no podemos averiguar o que, aunque las averigüemos, no podemos impedir. Al final, a las plantas les llega la muerte natural, como a todos los seres vivos. Las plantas enfermas las arrancamos enseguida, las llevamos al jardín, por decirlo así, al hospital de las rosas, y las sustituimos por otras del vivero. Aquí se mueren pocos rosales porque ya se apartan cuando están muriéndose. Pero si alguna causa mata alguno rápidamente, lo quitamos de aquí sin demora. Del mismo modo, las partes que enferman o que mueren son alejadas del enrejado. La mejor época es la primavera, cuando las ramas están desnudas. Entonces se colocan escalerillas dobles que nos permiten acceder a todas las partes y se examina toda la espaldera. Se limpia la corteza, se la cuida, se vendan las heridas, se unen las ramas y se poda lo que no sirve. Pero en el verano también retiramos todas las hojas defectuosas y todas las flores incompletas. En esta casa todos han tomado poco a poco cariño a estas rosas, les gusta inspeccionarlas y si notan algo raro lo indican al momento. También las gentes del entorno se han aficionado a estas flores, las plantan en los jardines y las cuidan, yo les regalo las plantas de mis bancales de reproducción y les enseño cómo hay que tratarlas. A dos horas de camino de aquí hay un campesino que, como yo, ha plantado de rosas toda una pared de su casa.

—Cuanto más veo la importancia del trato que da usted a las rosas —respondí— y la importancia que tiene también para usted, tanto más he de plantearme la pregunta de por qué prefiere usted cultivar las rosas justo en esta pared de la casa, un emplazamiento que no es tan ventajoso y donde hay que tomar tantas medidas para garantizar su pleno desarrollo. Es sin duda hermoso ver cómo se abren y cómo lucen aquí. Pero ¿no sería posible que en el jardín estuvieran también en grupos y en combinaciones de tanta belleza o más que éstos y que además tuviesen la ventaja de que su cuidado sería más fácil?

—He plantado las rosas junto a la pared de la casa —replicó— porque ligado a esta flor hay un recuerdo de juventud que me hace preferir este modo de cultivarla. Creo que la rosa me parece tan hermosa sólo por eso y que por eso me tomo tanto trabajo en cultivarla de esta manera.

—No ha hablado usted de insectos —respondí—. Pero sé por experiencia que apenas hay una especie vegetal, a excepción tal vez del álamo, que sufra tanto la plaga de los insectos como la rosa, que se ve atacada y desfigurada por especies y géneros diversos. Aquí no veo ni rastro de esa plaga, como si no existiera, o como si la rosa se hubiese liberado de ella gracias a algún producto artificial. ¡Porque usted no mandará quitar también, como hace con cada hoja enferma, cada gorgojo, cada araña, cada pulgón! Pero esto me lleva a otra circunstancia, sobre la cual me había propuesto hacerle a usted una pregunta, que sin duda le habría planteado antes de mi partida en alguna ocasión propicia, pero que me permito plantear ahora por haber accedido usted, con tanta bondad y prontitud, a ponerme al corriente de las cosas de esta finca. En mis viajes a pie por las tierras bajas he tenido ocasión de observar en varias ocasiones que a menudo los frutales tienen las ramas desnudas, o que el follaje está simplemente destruido o desfigurado, todo lo cual son estragos causados por la oruga. El fenómeno no me ha llamado la atención de modo especial porque estoy habituado a verlo desde mi infancia y porque nunca se ha dado en un grado excesivo; pero sí me ha llamado la atención que, de modo semejante a lo que ocurre con estas rosas, en todo su jardín no se ve nada de esos estragos: ni un vástago seco, ni una ramita desnuda, ni un tallo de alguna hoja medio comida por la oruga, y ni siquiera una hoja de col mutilada, aunque la pierida blanca causa normalmente mucho daño a esa planta. A la vista de tan buen estado he recordado los daños que había observado en el campo y decidí preguntarle, a este propósito, si usted emplea métodos especiales; porque el de limpiar las plantas de orugas e insectos ha resultado insuficiente en todas partes.

—Quitando insectos no podríamos desde luego preservar del ultraje ni nuestras rosas ni los árboles y arbustos del jardín —respondió—. Tenemos, en efecto, otras medidas preventivas. He de reconocer que me alegra que haya notado la ausencia de los daños de la oruga en mi jardín, y le explicaré con mucho gusto la razón de ello, sobre todo porque creo que eso podría propagarse. Sin embargo, la respuesta a su pregunta puedo darla en el jardín mejor que en otro sitio, ya que para confirmar lo que digo puedo enseñar enseguida algunos dispositivos y presentar las pruebas. Si le parece, vamos al jardín, en el que no será desagradable un pequeño descanso en algún banquito, después de caminar cuesta arriba desde la granja.

—Déjeme un instante aún contemplar estas rosas —dije.

—Haga usted como guste —respondió.

Primero me acerqué más a la espaldera para fijarme en los detalles. Vi en efecto aquella tierra desprovista de impurezas, de la que salían los pequeños troncos y en la que no crecía una brizna de hierba. Vi la reja de madera bien pintada, en la que estaban sujetos los arbolillos que desplegaban en él sus ramas, de forma que no se veía un solo punto vacío en la pared de la casa. En cada tronquito colgaba, escrito en papel y metido en una cápsula de vidrio, el nombre de la flor. Esas cápsulas de vidrio quedaban a resguardo de la lluvia por estar cerradas por arriba y vueltas hacia abajo y provistas de una pequeña estría por la que resbalaba el agua. Después de contemplarlo todo de cerca retrocedí de nuevo para mirar una vez más por unos instantes la pared de flores entera. Una vez hecho esto, dije que podíamos marcharnos al jardín.

Nos acercamos a la verja, el viejo pulsó un dispositivo, como la víspera, cuando me dio paso, la puerta se abrió, y entramos en el jardín. Allí nos acercamos a un banco que estaba a la agradable sombra de las primeras horas de la tarde. Una vez sentados en él, dijo mi anfitrión:

—Nuestros métodos para impedir que se deshojen los árboles, los arbustos y las plantas pequeñas son tan simples y están tan basados en la naturaleza que sería vergonzoso enumerarlos si, por otra parte, no fuese también cierto que no se los aplica en todas partes, sobre todo el último. Por lo que toca a la desfoliación de los árboles y las ramas, eso no ocurre siempre debido a las orugas sino muchas veces por otras causas y de modo gradual. Contra la muerte final, y por tanto contra la desfoliación de todo el árbol, no existen remedios, como tampoco los hay contra la muerte de los seres humanos; pero si el árbol está en un jardín, no hay que llegar al extremo de dejarlo morir en él; antes bien, si se lo ha rejuvenecido con frecuencia podando sus ramas, pero con el tiempo esa medida empieza a no producir su efecto, entonces es un beneficio para el árbol y para el jardín separar al uno del otro. Por tanto, no hay en absoluto un árbol así en un jardín medianamente bien cuidado ni en ningún otro terreno. Pero para evitar que un árbol no se quede tampoco parcialmente desfoliado, tenemos varios métodos. Todos sin embargo consisten en dar al árbol lo que necesita y en quitarle lo que le perjudica. Por eso, la primera regla es no plantar un árbol en un lugar donde no pueda vivir. Ninguna persona sensata plantará uno en lugares que le niegan por completo la vida al árbol. Pero también hay lugares que, si no son adecuados, se debe sólo a que no están bien preparados para el cultivo o a que les falta algo que necesita una determinada planta. Para preparar bien el lugar, nosotros, antes de plantar un árbol, hemos cavado una fosa muy profunda y la hemos llenado de tierra mullida, de manera que el árbol pueda alcanzar una edad considerable antes de verse obligado a echar raíces en un suelo sin preparar. Incluso arrancando unos viejos troncos que encontré aquí y cuyo estado no me gustaba, removiendo el suelo donde crecían y volviendo a plantarlos, los he hecho prosperar magníficamente. Pero antes de cavar su fosa, antes de volver a plantar el árbol en ella, hemos procurado, sirviéndonos de la experiencia o de libros, averiguar lo que necesita, aparte de la tierra, y qué emplazamiento debe tener.

Un árbol para el que no haya en el jardín un lugar adecuado no debe estar en el jardín. Los árboles que necesitan aire los hemos expuesto al aire, los que prefieren la luz, a la luz, los que aman la sombra, a la sombra. Los que necesitan protección, los pusimos al abrigo de los más grandes o más resistentes al viento. Los que no soportan el hielo y la escarcha están junto a paredes o lugares cálidos. Y de esa manera prosperan todos por su propia vitalidad y por la alimentación natural. En primavera, todos los troncos y las ramas más gruesas se lavan y se limpian con un cepillo y buena agua jabonosa. Con el cepillo se eliminan las impurezas que podrían dañar el árbol, el lavado es un baño que le hace bien a la corteza, la cual, como la piel de los animales, es de máxima importancia para la vida, y además eso embellece también los troncos. Nuestros árboles no tienen musgo, la corteza es clara y, en los cerezos, casi tan fina como seda gris.

Yo también había visto que todos los árboles tenían una corteza muy sana; pero lo había tomado como una necesaria consecuencia de su hermoso follaje y de su buen estado general.

—Si pese a todas las medidas de precaución, algunas partes de los árboles pierden las hojas por el viento, el frío u otros fenómenos atmosféricos —continuó diciendo mi anfitrión—, se eliminan esas partes al podar los árboles en primavera. El corte se cubre con un buen aglutinante para que no penetre la humedad en la madera y genere alguna enfermedad en la parte todavía sana. Y así, nunca se verían en un jardín partes desprovistas de hojas, si no vinieran enemigos exteriores con intención de producirlas. Esos enemigos son el granizo, las lluvias torrenciales y otros fenómenos naturales parecidos contra los que no hay remedio alguno. Pero tampoco hacen tanto daño. En nuestras comarcas son poco frecuentes y es posible lograr que no se noten sus efectos mediante una pronta eliminación de lo dañado, mediante renuevos y replantaciones. Pero unos adversarios más peligrosos son los insectos, éstos pueden destruir la buena calidad de un jardín, pueden alterar su belleza y, al cabo de varios años, darle una apariencia verdaderamente triste. Ésta es la circunstancia que yo quería mencionar en último lugar, como dije antes. Usted ve que nuestro jardín está libre este año de la plaga de insectos que ha observado en otros árboles durante su viaje, según ha dicho.

—En lugares cálidos y tranquilos he visto manzanos casi completamente desfoliados —respondí—. Me he topado con varios casos así. Pero sí he visto con frecuencia ramas sin hojas y el follaje de árboles enteros en mal estado. Sin embargo no lo he considerado un mal mayor y no he inferido de ello que haya sido un año malo, pues sé que esos deterioros ocurren siempre y que, si no se producen en número excesivo, el daño no es relevante. He considerado inevitable el fenómeno.

—En eso puede no haber tenido razón —replicó mi anfitrión—, ese fenómeno siempre causa un daño, y si se evaluara ese daño en función de comarcas enteras podría ser muy considerable, y a él se añade además este otro, a saber, el espectáculo de un árbol desprovisto de follaje. Y tampoco es un fenómeno inevitable. Hay un medio, y un medio que, sobre eficaz, es muy hermoso y que, por tanto, además de provecho procura un deleite con el que la naturaleza nos quiere animar a utilizarlo. Y no obstante, como dije antes, ese método es, entre todos, el que menos se utiliza, peor aún, en muchos lugares se empeñan en destruirlo. Usted debería haberlo advertido ya.

Le miré sin comprender.

—¿No ha oído usted en nuestro jardín algo que le haya llamado especialmente la atención? —preguntó.

—El canto de los pájaros —dije de pronto.

—Lo ha observado bien —replicó—. Los pájaros son en este jardín nuestro remedio contra las orugas y los insectos dañinos. Son ellos los que limpian los árboles, los arbustos, las plantas pequeñas y, naturalmente, también las rosas, mucho mejor que pudieran hacerlo las manos de los hombres o cualquier otro método. Desde que esos agradables operarios han venido en nuestro auxilio, en nuestro jardín, tanto este año como otros, la oruga no ha vuelto a causar daños mínimamente perceptibles.

—Pero pájaros hay por todas partes —repliqué—. ¿Es que hay más en el jardín de usted para poder protegerlo mejor?

—En nuestro jardín hay más —explicó—, muchos más que en cualquier lugar de esta región y quizá también de otras regiones.

—¿Y cómo han traído aquí ese gran número? —pregunté.

—Es lo mismo que he dicho antes de los árboles, que, si se los quiere tener en un lugar preciso, hay que darles las condiciones para que prosperen en él; con la diferencia de que a los animales no hay que plantarlos en un lugar como los árboles, ellos vienen por sí solos, en especial los pájaros, a los que resulta muy fácil cambiar de lugar.

—¿Y cuáles son las condiciones para que medren? —pregunté.

—En lo esencial, protección y alimento —replicó.

—¿Cómo se puede brindar protección a un pájaro? —pregunté.

—No se lo puede proteger —dijo mi anfitrión—, se protege él mismo; pero sí se le pueden dar facilidades para que se proteja. Las aves canoras, que no tienen armas para defenderse de los enemigos, buscan, en árboles y rocas, en muros y sitios similares, unas concavidades tan estrechas que su enemigo, casi siempre de mayor tamaño, no pueda perseguirlas hasta allí dentro, y tan profundas que no llegue hasta el fondo con un pico o una zarpa (algunas, como el pájaro carpintero, se hacen ellas mismas su madriguera en los árboles), o se meten en tales espesuras que las aves rapaces, las comadrejas y perseguidores parecidos, son incapaces de penetrar en ellas. En todo ello, su actividad se dirige más a la protección de las crías que guardan en esos lugares que a la suya propia. Sólo cuando no puede encontrar esos lugares seguros y el tiempo apremia, se contenta el pájaro cantor con lugares peores para vivir e incubar. Si una comarca tiene abundantes refugios de este género, se puede concluir de ello con seguridad que también tiene muchos pájaros, cuando tampoco faltan las otras condiciones. No tiene usted más que pensar en cómo está rodeado de grajillas y vencejos el tejado lleno de agujeros de cualquier viejo campanario. Si se quiere atraer pájaros a una comarca, hay que construir esos refugios, y de la mejor calidad. Como usted ve, no podemos abrir cavidades en rocas y troncos de árboles, pero sí podemos colgar por doquier, de los árboles, cavidades hechas de madera. Y eso es lo que hacemos. Damos bastante profundidad a tales cavidades, no orientamos el orificio de entrada hacia el lado de la intemperie sino hacia mediodía, y lo hacemos lo bastante ancho para que el pájaro al que está destinado pueda entrar y salir con facilidad. Usted habrá visto esos refugios en los árboles de nuestro jardín.

—Los he visto —afirmé—, imaginé vagamente para qué servían, pero se me ha borrado esa imagen debido a otras impresiones.

—Si caminamos de nuevo un poco por el jardín —dijo mi anfitrión—, veremos varios de esos receptáculos para pájaros. A los que anidan en la floresta les construimos en nuestros arbustos un entramado tan espeso de ramas espinosas grandes y pequeñas que uno pensaría que por allí no podría entrar ni salir un abejorro, pero el pájaro encuentra la entrada y se construye su nido. Puede ver algunos de

esos nidos, si quiere. Tienen el lado agradable de que uno puede ver esas familias aladas en su casa, lo que no es posible con los que anidan en cavernas. De esa manera protegemos las aves pequeñas que necesitamos en nuestro jardín. Las grandes, que pueden defenderse con el pico y las garras y las alas, son aquí más bien enemigas que amigas, y no las toleramos. —Al cabo de un rato prosiguió—: Además de protección, las aves necesitan alimento. Ellas evitan los lugares donde escasea la comida y en eso se distinguen de los seres humanos, que a veces recorren grandes trechos para llegar a donde no encuentran medios de subsistencia. Los pájaros adecuados para nuestros jardines suelen alimentarse de gusanos e insectos; pero si en un lugar apto para construir el nido el número de aves es tan grande que ya no se encuentra comida, una parte emigra y busca el sustento en otro sitio. Por ello, si se quiere retener en un lugar un número de pájaros tan grande que se esté completamente seguro de que incluso en los años de muchas alimañas serán suficientes para prevenir estragos, hay que ofrecerles con las propias manos alimento artificial, aparte del que les brinda la naturaleza. Si se hace eso, se puede criar en un lugar tantos pájaros como se quiera. Lo importante, para no perder de vista nuestro objetivo, es darles sólo las dádivas necesarias a fin de impedir que les falte comida. En este sentido, no habrá que temer, por lo general, que haya un excedente en esa alimentación artificial, puesto que de todos modos las aves prefieren siempre los insectos. Sólo si esos alimentos les ofrecen demasiado aliciente, podrían darse tales excedentes, lo cual se notaría fácilmente en la proliferación de los parásitos. Con un poco de experiencia, se logra mantener el equilibrio entre ambos extremos. En invierno, cuando permanecen aquí algunas especies, y en los tiempos en que escasea su alimentación natural, hay que alimentarlas íntegramente, para mantenerlas vinculadas a este lugar. Debido a todas estas medidas, las aves que en primavera buscaban lugares donde establecerse se quedaron en nuestro jardín y, al ver esta comodidad y saber que tenían comida, regresaron al año siguiente o, si eran aves invernales, no se marcharon. Pero como las crías tienen también el sentimiento del terruño y les gusta quedarse en los lugares donde vieron por primera vez la luz del mundo, también eligieron este jardín como futura morada. De vez en cuando iban sumándose nuevos inmigrantes a los ya existentes, y así el número de aves prolifera año tras año en el jardín, e incluso en el entorno inmediato. A veces también han venido pájaros que no suelen vivir en jardines, sino más bien en bosques y en florestas apartadas, y, como les gustaba estar aquí, se han quedado, por más que se vean privados de muchas cosas que ofrece el bosque y la soledad. Entre los alimentos contamos también la luz, el aire y el calor. Dispensamos estos elementos conforme a las necesidades de cada uno, y lo hacemos colocando los nidos en los lugares más diversos del jardín, a fin de que las parejas puedan elegir los más cálidos o más fríos, los más aireados o más soleados. Los que no tienen posibilidad de encontrar aquí un lugar idóneo no están aquí. Se trata sólo de aves para las que estas comarcas no son adecuadas, y tales aves tampoco son las que necesitan nuestras comarcas. En las épocas adecuadas nos visitan también viajeros y migrantes que hacen su viaje anual. En realidad no tendrían derecho a recibir un óbolo, pero como se entremezclan con los habitantes del jardín también comen de su plato y continúan su camino.

—¿De qué manera da usted a los animales el alimento necesario? —pregunté.

—Empleamos distintos métodos —dijo—. Muchos pájaros tienen suelo firme bajo las patas cuando comen, como los picos, que perforan los árboles, y como los que buscan la comida en el propio suelo; a otros, especialmente a los que viven en el bosque, les gusta columpiarse en las ramas mientras comen, ya que buscan el alimento justamente en esas ramas. Para los primeros se esparce la comida en cualquier sitio, ellos ya saben encontrarla. A los otros se les pone, colgado de unas cuerdas, un enrejado en el que está la comida en pequeños recipientes o ensartada en pinchos. Ellos se acercan volando y se columpian mientras picotean en ese armazón. Los pájaros toman cada vez más confianza, acaban por no importarles mucho en qué mesa comen, y, tanto los de suelo firme como los que se columpian se agolpan sobre la explanada que hay junto al invernadero y en la que usted me ha visto esta mañana dándoles de comer.

—Lo de esta mañana me pareció casualidad más que intencionado —dije.

—Me gusta hacerlo cuando estoy aquí —respondió—, aunque también pueden hacerlo otros. Para las aves muy tímidas, como suelen serlo las recién llegadas y las muy arraigadas en el bosque, tenemos lugares apartados donde les ponemos la comida. Para las más confiadas y sociables he encontrado un procedimiento muy cómodo y agradable. En la casa tengo una habitación, ante cuyas ventanas hay fijadas unas tablas donde pongo la comida. Mis alados huéspedes se acercan hasta allí y comen en presencia mía. Enseguida convertí también esa habitación en despensa y allí guardo en armarios, cuyos pequeños cajones están provistos de rótulos, los alimentos que constan de semillas o que no se echan a perder fácilmente.

—Es la habitación que hace esquina —dije—, que yo no acababa de entender y cuyas tablillas tomé por maceteros y sin embargo no me parecieron adecuadas para ese fin.

—¿Por qué no preguntó usted?

—Me lo propuse y luego lo olvidé —respondí.

—Como la mayoría de los pájaros cantores viven de animales vivos —prosiguió—, no es muy fácil preparar comida para todos. Pero como una gran parte de ellos, fuera de las sabandijas, también acepta las semillas, en la despensa están todas las semillas que maduran en nuestros bosques y, cuando se acaban o se ponen rancias, son sustituidas por otras. Para los que no aprecian el grano, la pérdida queda compensada con algo de nuestra comida, con carne tierna, fruta, trochos de huevo, verduras y cosas similares que mezclamos con el grano. El carbonero común, si es activo y sobre todo si cuida bien de sus crías, recibe encantado en premio un trocito de tocino, que le gusta muchísimo. También esparcimos a veces azúcar. En cuanto a la bebida, hay abundancia de ella en el jardín. En cada barril de agua se ha fijado en oblicuo una pasarela de madera por la que pueden bajar hasta el agua. En los matorrales hay escudillas de piedra donde se echa agua, y en las espesuras de la parte oeste del jardín hay un pequeño manantial al que hemos puesto un reborde de piedra.

—Es enorme el trabajo y el empeño con que cuida a estos pobladores de su jardín —dije.

—Uno se habitúa enseguida —respondió—, y es muy grande la recompensa. Es casi increíble las cosas que se aprenden cuando uno cuida durante varios años estas avecillas y observa de vez en cuando su animada actividad. Todos los medios imaginados por el hombre para preservar las plantas de parásitos, por excelentes que sean, por mucho esmero con que se apliquen, no son suficientes, lo cual viene dado por la cosa en sí. Cuántas manos humanas tendrían que estar en actividad para descubrir los innumerables lugares en los que se reproducen los parásitos y para aplicar los remedios contra ellos. Incluso lugares completamente expurgados no ofrecen seguridad alguna a la larga y hay que inspeccionarlos de continuo. Los insectos aparecen, sin que nadie lo advierta y en las épocas más diversas, en tallos, hojas, flores, bajo la corteza, y se propagan de forma rápida y súbita. ¿Cómo se podrían descubrir los gérmenes y destruirlos antes de su desarrollo? A menudo, esos animalillos dañinos son tan pequeños que apenas logramos descubrirlos a simple vista, a menudo están en lugares apenas accesibles para nosotros, por ejemplo en los extremos de las ramas más finas de los árboles. A menudo ha surgido el daño con la máxima rapidez, aunque se crea que se ha tenido puesta la mirada en todos los lugares del jardín, que ninguno ha escapado a la atención y que uno ha exhortado a sus empleados a llevar un control riguroso. Dios ha destinado a hacer ese trabajo a la especie de las aves, en especial a los pequeños pájaros cantores, y para ese trabajo ella se basta y se sobra. Todas esas propiedades de los insectos que he mencionado, su número, su pequeñez, su inaccesibilidad y, por último, su rápido y súbito desarrollo, no los protegen contra los pájaros. Hablemos del número. Todas las aves canoras, aunque más tarde coman también semillas, alimentan a sus crías con orugas, insectos, gusanos, y como esas crías crecen tan deprisa y comen, por decirlo así, incesantemente, una sola pareja lleva al nido en un solo día un número considerable de tales bestezuelas: qué llevarán cien parejas en diez, quince, veinte días. Es el tiempo que necesitan aproximadamente esas crías para empezar a volar. Y todos los lugares, por numerosos que sean, son escudriñados por los diligentes padres. Hablemos del tamaño minúsculo de esas bestezuelas. Ya pueden ser pequeñas, tanto ellas como sus larvas y huevos: la aguda y acechante mirada de un pájaro acabará descubriéndolas. Además, muchos pájaros, como el régulo, el chochín, sólo pueden llevar minúsculos trozos de comida a sus crías, porque al salir éstas del huevo apenas tienen el tamaño de una mosca o de una araña pequeña. Si pasamos, por último, a lo apartado e inaccesible de los lugares donde viven los insectos, eso no los pone a resguardo del pico de los pájaros, cuando éstos necesitan alimento para sí mismos o para las crías. ¿Qué podría ser poco accesible para un pájaro? Vuela hasta las ramas más altas, se mantiene junto a la corteza y la taladra, se abre paso por la más espesa maleza, sabe andar por el suelo y se mete incluso entre bloques de piedra y guijarros. Una vez, en invierno, llegué a ver cómo un pico picapinos, cuando las ramas parecían petrificadas por el frío, martilleaba con fuerza contra una de ellas y sacaba de su interior el alimento. Los picos señalan también así (lo digo aquí de pasada) las ramas podridas y agusanadas que hay por tanto que eliminar. Por lo que toca, finalmente, a los estragos imprevistos y súbitos de la oruga, que el hombre descubre tarde, es imposible que los haya, porque los pájaros lo inspeccionan todo y lo remedian a tiempo.

Al cabo de un rato dijo:

—Hasta qué punto esos animales están hechos para los parásitos es algo que se pone de manifiesto cuando se observa cómo se reparten el trabajo entre ellos. El herrerillo común y el carbonero garrapinos descubren la cría de la oruga anular, que rodea las ramas con sus huevos, y de otras especies de orugas en los extremos de las ramas más altas, donde está escondida bajo la corteza, y lo hacen colgándose de la rama y buscando en todas direcciones; el carbonero rebusca con diligencia en el interior de la copa del árbol; el trepador azul recorre de arriba abajo un tronco tras otro y saca los huevos escondidos; el pinzón, que suele anidar en las coníferas, razón por la que también tenemos esos árboles en el jardín, se baja sin embargo

gustoso de ellos y sigue los movimientos de los escarabajos y de insectos semejantes, y a ese pájaro lo secundan o más bien lo superan los escribanos, las currucas, los petirrojos, que buscan y encuentran su alimento en tierra, entre las coles y en los setos. No se estorban unos a otros ni abandona ninguno su increíble tarea, es más, parecen más bien estimularse mutuamente. Yo no me he puesto a observarlos de modo deliberado; pero cuando se vive varios años entre esos animales, uno nota todo eso sin estar al acecho.

»—El cuidado de esos animales —continuó— me ha hecho concebir una idea curiosa, o más bien la ha confirmado; porque yo la tenía desde hacía mucho tiempo. A todos los hechos importantes para nosotros, Dios ha asociado, además de nuestra conciencia de su valor, un encanto que los hace penetrar de manera agradable en nuestro ser. Entonces, yo diría que a esos animalitos tan útiles les ha dado esa voz de oro, frente a la cual el hombre más endurecido no tiene la suficiente dureza. He disfrutado en nuestro jardín más que en algunas salas en las que se ejecuta esa música exquisita que se oye tan pocas veces. Un pájaro canta también en una jaula, sin duda; porque el pájaro es irreflexivo, se asusta muchísimo, tiene miedo; pero pronto ha olvidado el susto y el miedo, salta sobre cualquier apoyo que tenga bajo las patas y canta allí con los trinos que ha aprendido y que repite siempre. Si lo capturaron joven, o incluso viejo también, se olvida de sí mismo y de sus pesares, salta de acá para allá en un pequeño espacio, siendo así que él necesitaría normalmente uno grande, y canta su melodía; pero ese canto es un canto de la costumbre, no del gozo. Nuestro jardín es una inmensa jaula sin alambres, barras ni puertecillas, en la que el pájaro canta por la extraordinaria alegría a la que fácilmente se entrega, una jaula en la que podemos oír un canto polifónico que en un espacio cerrado sólo sería un guirigay y en la que, por último, podemos ver la economía doméstica de los pájaros y sus comportamientos, que son tan distintos y que a menudo pueden arrancar una sonrisa a la seriedad más arraigada. En esto de cobijar pájaros en un jardín no hemos tenido imitadores. La gente no está endurecida contra la belleza del pájaro ni contra su canto, es más, esas dos cualidades son la desgracia del pájaro. Las gentes quieren disfrutarlas, quieren disfrutarlas muy de cerca, y como no pueden construir como nosotros una jaula con alambres y barras invisibles en la que podrían percibir la verdadera esencia del pájaro, fabrican una visible, en la que el pájaro está encerrado y canta a la espera de su temprana muerte. De ese modo no les falta sensibilidad para la voz del pájaro, pero sí para su sufrimiento. Se añade a eso que halaga la debilidad y la vanidad de los humanos, en especial de los niños, adueñarse de un pájaro, que con sus alas y su rapidez parece estar fuera del ámbito de la capacidad humana, y, mediante el ingenio y la habilidad, tenerlo dominado. Por eso la captura de pájaros ha sido un placer desde tiempos remotos, en especial para los jóvenes; pero nosotros hemos de decir que es un placer brutal, que en realidad merece desprecio. Sin duda alguna es peor aún, y abominable sin ningún género de paliativos, el capturar pájaros cantores, no por su canto, sino capturarlos y matarlos para comerlos. Los animales más inocentes y unos de los más bellos, que no hacen sino deleitarnos con su canto sugestivo y sus graciosos movimientos, que sólo nos procuran bienestar, se ven perseguidos como delincuentes, y, cuando siguen su instinto social son muertos a tiros, o bien, cuando quieren aplacar el hambre que los atenaza, mueren ahorcados. Y eso no ocurre para satisfacer una necesidad apremiante, sino por capricho y placer. Sería increíble si no se supiera que ello sucede por falta de reflexión o por costumbre. Pero eso muestra precisamente qué alejados estamos aún de una verdadera civilización. Por eso, entre los pueblos salvajes y entre aquellos que no sabían reprimir su codicia ni emplear aún de modo más noble sus facultades, hombres sabios impulsaron la superstición para salvar un pájaro debido a su belleza o utilidad. Así, la golondrina se convirtió en ave sagrada que trae la felicidad al hogar que visita y que es pecado matar. Y pocas aves podrían merecerlo más que la golondrina, que es espléndida y los beneficios que aporta, inestimables. Así, la cigüeña está puesta bajo la protección divina, y a los estorninos les colgamos de nuestros árboles casas de madera. Espero que, cuando nuestros vecinos abran los ojos y vean el éxito y la utilidad que reporta proteger aves canoras, tal vez se decidan a imitarnos; pues ellos son receptivos sobre todo para el éxito y el provecho. Pero también creo que nuestras autoridades no deberían tener en poco este asunto, que habría de promulgarse una severa ley prohibiendo capturar y matar las aves canoras y que tal ley debería aplicarse con sabiduría y rigor. Entonces el género humano seguiría guardando en su patrimonio un placer santificador, nosotros caminaríamos por los campos como por hermosos jardines, y los verdaderos jardines seguirían existiendo para nuestro recreo, ningún año sufrirían deterioro y en años especialmente adversos no presentarían esa apariencia de total desnudez y de triste desolación. ¿No quiere usted contemplar también un poco a nuestros alados amigos?

—Con mucho gusto —dije.

Nos levantamos del asiento y nos internamos en las profundidades del jardín.

El polifónico trinar de los pájaros por el jardín y, cerca de nosotros, su canto cristalino, que la víspera

por la tarde, cuando lo oí desde la habitación, me causara una extraña impresión, ahora me pareció muy dulce, hasta solemne, y, cuando veía un pájaro saltar ligero por las ramas de un árbol o correr por un sendero de arena, me invadía una suerte de alegría. Mi acompañante me llevó hasta un seto, señaló dentro con el dedo y dijo: «Mire».

Respondí que no veía nada.

—Mire con más detenimiento —dijo señalando de nuevo con el dedo en la misma dirección.

Entonces, bajo un denso entramado de espinas incrustado en el seto, vi un nido. En el nido había un petirrojo, a juzgar al menos por su parte posterior. No levantó el vuelo, sino que giró un poco la cabeza hacia nosotros y, levantando los ojos negros y brillantes, nos miró sin miedo y con confianza.

—Ese petirrojo está incubando —explicó mi acompañante—, es un matrimonio tardío, como se dan con frecuencia. Vengo a verlo desde hace varios días y le pongo cerca la larva del escarabajo molinero. Y ese tunante lo sabe, por eso ya me lo está pidiendo y no teme al forastero que está conmigo.

En efecto, la avecilla permaneció tranquila en su nido, y nuestra conversación y nuestros ojos no le hicieron perder la calma.

—En el fondo, hay que ser sinceros con ellos —dijo mi anfitrión—; pero no tengo ninguna larva en la mano, por eso te pido, Gustav, que vayas a la casa y me traigas una.

Al punto, el adolescente se dio media vuelta y corrió hacia la casa.

Entretanto, mi acompañante me llevó un trecho más adelante y me enseñó en otro seto, entre espinas, un nido en el que había un escribano.

—Ésta cubre con su cuerpo a los polluelos, en los que apenas aflora el primer plumón, y los calienta —dijo mi acompañante—. Apenas puede marcharse de aquí, por eso es el padre quien trae la mayor parte de la comida. Pero dentro de unos días ya estarán tan fuertes que, cuando la madre se ponga de vez en cuando sobre ellos, asomarán la cabeza por todas partes.

El escribano tampoco levantó el vuelo cuando nos acercamos, sino que nos miró tranquilamente.

Así, mi acompañante siguió enseñándome algunos nidos donde había polluelos, que, cuando estaban solos y oían el ruido que hacíamos al acercarnos, abrían los picos amarillos esperando la comida. En otros dos había madres que no se marcharon al acercarnos nosotros. Cuando, al pasar, encontramos otra cría cuyos padres estaban cerca picoteando el alimento, éstos no interrumpieron su tarea, volaron al nido y alimentaron en presencia nuestra a los polluelos.

—Le he enseñado ahora nidos que todavía están habitados —dijo mi anfitrión—, la mayoría están ya vacíos, las crías revolotean en el jardín y hacen prácticas para el viaje de otoño. Los nidos son más numerosos de lo que uno imagina, nosotros sólo estamos viendo los más accesibles.

Entretanto había llegado Gustav con la larva que le habían pedido y se la puso en la mano al anciano. Éste fue hacia el seto en el que estaba el nido del petirrojo y puso la larva al lado, en el camino. Apenas se hubo alejado y reunido con nosotros, que estábamos cerca, asomó el petirrojo entre las ramas inferiores del seto, corrió hacia la larva, la cogió y regresó al seto.

No sé qué honda emoción me invadió ante esa escena. Mi anfitrión me pareció un sabio que se rebajaba hasta una criatura inferior.

El joven Gustav también estaba muy alegre y mostraba su contento cuando veía setos habitados. Eso fue para mí una prueba de que destruir nidos de pájaros para quitar los huevos o las crías o capturar pájaros no es innato en los niños, sino que ese instinto destructivo, cuando existe, ha sido promovido y orientado en esa dirección por padres o educadores y, mediante una mejor educación, puede convertirse en lo contrario.

Seguimos caminando. En una pequeña picea que había en la orilla del jardín, me enseñaron una casa de pinzones, construida en el tronco y en un entramado de ramas y ramitas, que en parte crecían allí y en parte habían sido metidas con artificio. En otros árboles vimos pájaros que entraban y salían de los receptáculos colgados. Mi acompañante dijo que, si yo me quedase más tiempo, a mí también me resultarían más familiares las costumbres de los pájaros.

Respondí que ya conocía algunas, de mis viajes por las montañas y de mi anterior dedicación a las ciencias naturales.

—Eso es siempre menos —observó mi anfitrión— que lo que uno descubre por el contacto vivo y directo.

Algunos receptáculos, que estaban suspendidos de los árboles con sogas hechas de ramas trenzadas y de los que se sabía que ya no estaban habitados, fueron descolgados y deshechos, para que yo viese su organización. Era sólo una simple cavidad que constaba de dos piezas semihuecas, las cuales podían quedar unidas una con otra mediante anillas atornilladas con fuerza.

—Ningún pájaro cantor —dijo mi acompañante— entra en un nido ya hecho, ya sea el suyo propio de

un periodo anterior o el de otro pájaro, sino que cada primavera vuelve a construirse el nido. Por eso hemos mandado hacer estos receptáculos con dos mitades, para poder separarlas fácilmente y sacar los nidos viejos. Esta forma de construir los receptáculos es también muy práctica para limpiarlos; porque, cuando no están habitados, buscan refugio en esas cavidades toda clase de sabandijas, y el pájaro teme la inmundicia y el aire enrarecido y no entraría en una cavidad sucia. En la última parte del invierno, cuando la primavera ya está en el horizonte, se descuelgan todos esos receptáculos, se limpian y frotan con el mayor cuidado y se ponen a punto. En invierno todavía siguen en los árboles porque bastantes pájaros que no emigran buscan refugio en ellos. Los nidos viejos se deshacen y hacia la primavera sus componentes, mezclados con otros nuevos, se esparcen por el jardín a fin de que las familias encuentren material para sus casas.

Al pasar vi también en los barriles de agua los pequeños travesaños para bajar por ellos, y en la maleza encontramos el hilillo de agua del pequeño manantial.

Cuando nos hallábamos en el camino de regreso a la casa, dijo mi acompañante:

—Tengo otro género de huéspedes a los que alimento, no para que me sean de provecho sino para que no me perjudiquen. Ya muy poco después de haberme establecido aquí instalé un llamado vivero, a saber, un jardincillo en el que se cultivaban los arbolitos susceptibles de mejora, y entonces observé que ellos, en invierno, devoraban la corteza de esos pequeños troncos, y encima la corteza mejor y más tierna de los mejores troncos. En parte por sus huellas en la nieve, en parte por haber sido pillados in fraganti, los delincuentes se identificaron como liebres. Ahuyentarlos no sirvió de nada, porque siempre retornaban y nadie podía estar día y noche de guardia en el vivero. Entonces pensé: los pobres ladrones se comen la corteza solamente porque no tienen nada mejor, si lo tuvieran dejarían la corteza en paz. Así pues, reuní todos los desechos de coles y de otras plantas similares que habían quedado sobrantes en el jardín y en la tierra de labor, los almacené en el sótano y, cuando helaba o había nevado mucho, colocaba parte de ellos en los sembrados, fuera del jardín. Mi plan surtió efecto: las liebres comían aquello y dejaban en paz nuestro vivero. Con el tiempo creció el número de huéspedes, conforme iban descubriendo la suculenta mesa; pero como se contentaban con lo peor, incluso con los troncos gruesos de las coles y yo podía conseguirlos fácilmente en nuestros sembrados o pidiéndolos a los vecinos, no hacía preguntas y daba de comer. Los observaba a menudo con el anteojo de larga vista desde la ventana del tejado. Es divertido ver cómo se acercan desde lejos, cómo desconfían de la comida que está allí cómodamente a su alcance, cómo se yerguen sobre los cuartos traseros, y dan unos saltos, pero después no pueden resistir más y devoran ansiosamente una bazofia que en verano no habrían ni mirado. Hubo gente que tendió trampas, porque sabían que aquí venían muchas liebres. Pero cuando nosotros rastreamos cuidadosamente el terreno y quitamos los lazos y cuando prohibí además caminar por nuestros cultivos y pedí cuentas a los responsables, remitió esa práctica. También en los alrededores de nuestra casa, unos pilludos ponían lazos a los pájaros; pero les sirvió de muy poco, porque los pájaros tenían muy buena comida en nuestro jardín y no salían a buscar el cebo de los otros. Por eso nunca fue muy grande el botín de pájaros, y con el poco de inspección y de vigilancia que ejercimos durante los primeros años pronto cesó ese abuso.

El anciano me invitó a ir a la casa y ver el almacén de alimentos para los animales.

Caminando hacia allí, dijo:

—Entre los enemigos de los cantores están también los gatos, perros, turones, comadrejas, las aves rapaces. Contra estas últimas sirven de protección las espinas y los receptáculos para los nidos, y a los perros y a los gatos los educamos en nuestra casa de manera que no vayan al jardín, o se los mantiene totalmente alejados de la casa.

Entretanto, habíamos llegado a la casa y entramos en la habitación de esquina en la que yo había visto muchos cajones. Mi acompañante me enseñó las existencias abriendo los cajones y mostrándome las simientes. La comida que no consta de simientes, como son los huevos, el pan, el tocino, se va sacando de la despensa de la casa según conviene.

—Mis vecinos no dejaron de advertirme —dijo mi acompañante— que, sobre el esfuerzo que lleva consigo el mantenimiento de las aves canoras, los gastos de su alimentación tampoco guardan relación con el servicio que prestan. Pero eso no es cierto. El esfuerzo es un placer, de eso pronto se percatará quien empiece alguna vez, lo mismo que el amante de las flores no conoce el esfuerzo sino el cultivo, que, además, en las flores exige mucha más actividad que la cría de aves canoras en libertad; pero los gastos no son, en efecto, tan insignificantes; sin embargo, cuando vendo los selectos frutos de un solo ciruelo que no me han devorado las orugas gracias a los pájaros, el precio de la venta cubre con creces los gastos de la alimentación de esos cantores. Sin duda, el provecho es mayor cuanto mayor sea la calidad de la fruta que se cultiva en el jardín, y es difícil hacer que esa gente cultive fruta de calidad en esta comarca, ya que piensan que eso no funciona. Pero nosotros tenemos que probarles que sí funciona, enseñándoles y

haciéndoles saborear la fruta, y tenemos que probarles que trae beneficio, enseñándoles las cartas de nuestros amigos comerciantes que nos han comprado la fruta. Les damos arbolillos de los que crecen en nuestro vivero y les indicamos cómo y en qué lugar deben plantarlos.

»—Si otra vez viniese un año como el que tuvimos hace cinco —continuó—, fue un mal año, caluroso, con poca lluvia y enormes daños causados por las orugas. En Rohrberg, en Regau, en Landegg y Pludern los árboles se alzaban como escobas de barrer, y las bolsas grises de los nidos de orugas colgaban de las degradadas ramas. Nuestro jardín estaba ileso y de un color verde oscuro, incluso cada hoja tenía su festoneado borde natural. Si viniera de nuevo un año así, lo que Dios no quiera, aprenderían un poco de esa experiencia, cosa que no hicieron la primera vez.

Entretanto yo pasaba revista a las simientes y a las instalaciones, preguntaba diversas cosas y pedía que me explicaran otras. Al cabo salimos de la habitación, y cuando estábamos en el pasillo y nos acercábamos a la habitación de Gustav, dijo:

—Ni que decir tiene que también vienen por aquí elementos inútiles, holgazanes, revoltosos. Un gran camorrista es el gorrión. Entra en casas ajenas, se pelea con amigos y enemigos, abusa de nuestras simientes y de nuestras cerezas. Cuando la colonia no es muy grande, les dejo hacer e incluso les echo granos. Pero cuando el número es ya excesivo, entonces ayuda la escopeta de aire comprimido y se los ahuyenta hacia la granja. Un enemigo maligno ha resultado ser el colirrojo. Volaba a la colmena y atrapaba a los animalillos. En ese caso no hubo más remedio que matarlo sin compasión con la escopeta de aire comprimido. Montamos guardia casi de manera sistemática y continuamos la persecución hasta que no volvió a aparecer tal especie. Eran lo bastante astutos para saber dónde había peligro, y se fueron a los pajares, a la cabaña de madera de la granja, y a la barraca de ladrillos donde están los grandes nidos de avispas bajo el tejado. Por eso, en la granja y en otros lugares más alejados, no mandamos destruir las bolas grises de esos nidos que quedan fijados entre los listones y vigas de los tejados o aleros, con el fin de que se metieran allí esos pájaros.

Durante esa conversación habíamos llegado, en el pasillo de las habitaciones para invitados, hasta la puerta que llevaba a los apartamentos de Gustav. Mi anfitrión preguntó si no quería verlos ahora y entramos en ellos.

Eran dos piezas, un gabinete de estudio y una alcoba. Ambas estaban muy ordenadas, lo que ocurre raras veces con tales habitaciones. Por lo demás, su amueblamiento era muy sencillo. Librerías, utensilios para escribir y dibujar, una mesa, armarios roperos, sillas y la cama. El adolescente estaba casi ruborizado por ver en su morada a un extraño. Nos fuimos enseguida del cuarto, y su ocupante hizo la ligera y cortés reverencia que ya me llamara la atención la víspera, porque ya no quería acompañarnos sino quedarse en sus habitaciones, en las que aún tenía cosas que hacer.

—Ahora podría echar también una mirada a los cuartos para invitados —dijo mi acompañante—, y entonces habrá visto todas las habitaciones de nuestra casa.

Acepté. Él sacó de su bolsillo una campanilla de plata y llamó.

Al poco rato apareció una criada a la que pidió las llaves de las habitaciones. La muchacha fue a buscarlas y las trajo en un manojo sujeto por una anilla de la que se podían sacar una por una. Cada una llevaba grabado el número de su habitación. Una vez que mi hospedador hubo despedido a la criada, me fue abriendo los distintos aposentos. Eran todos idénticos unos a otros. Eran del mismo tamaño, cada uno tenía dos ventanas y muebles parecidos a los míos.

—Usted ve —dijo— que en nuestra casa no somos tan poco sociables y que cuando la amueblamos pensamos enseguida en que tendríamos invitados. En un caso de necesidad extrema es posible alojar más personas de lo que indican las habitaciones, poniendo a dos en un aposento y echando mano de otras piezas, sobre todo de las de la planta baja. Pero desde que existe la casa, no se ha presentado ese caso extremo.

Una vez llegados al ala oriental del edificio, la que estaba en el lado contrario al de sus habitaciones, abrió una puerta, y no entramos en una habitación, como hasta ahora, sino en tres, que estaban exquisitamente amuebladas e invitaban a vivir apaciblemente en ellas. La primera era una pieza para un sirviente o, en realidad, para una sirvienta; pues se parecía a la habitación en la que vivían las muchachas de mi madre. Había grandes armarios roperos, camas con cortinas de chintz verde, y reinaba cierto desorden, como en el cuarto de las muchachas de mi madre. Los otros dos aposentos no tenían esas cosas, al contrario, presentaban el orden más ejemplar; pero su apariencia era tal que uno deducía forzosamente que estaban destinados a ser habitados por mujeres. Los muebles del primero eran de madera de caoba, los del segundo, de cedro. Se veían por doquier asientos acolchados y bonitas mesas. En el suelo había mullidas alfombras, los entrepaños tenían elevados espejos, además en cada habitación había un espejo móvil de

tocador, junto a las ventanas, mesitas para labores, y en la esquina de cada habitación había un lecho, rodeado de blancas cortinas, espesas e impenetrables. Cada aposento tenía una jardinera y de las paredes colgaban algunos cuadros.

Cuando hube contemplado un rato esa habitación, mi acompañante abrió en la tercera habitación, apretando un pulsador, una puerta tapizada que no se percibía a primera vista, y me llevó a una cuarta habitación pequeña con una sola ventana. El cuartito era muy lindo. Estaba tapizado todo él de suave seda rosa, con dibujos de ese mismo color, pero en tonos algo más oscuros. Paralelo a esa seda roja pálida había un banco acolchado y tapizado de seda gris clara, orlada de ribetes verde mate. Alrededor, repartidas por el aposento, sillas del mismo estilo. La seda, gris con dibujos grises, destacaba, brillante y exquisita, sobre el rojo de las paredes, casi se habría pensado que eran rosas blancas y rojas. En uno de los ángulos posteriores de la habitación había una chimenea, de color también gris pero más oscuro, con rayas verdes y filetes dorados muy finos en las molduras. Delante del banco tapizado y de las sillas había una mesa, cuyo tablero de mármol gris era del mismo color que la chimenea. Las patas de la mesa y de las sillas, así como el armazón del banco tapizado y de las otras cosas eran de una bella madera de amaranto violeta, pero tan finamente labrada que esa madera no predominaba en ninguna parte. En la ventana enmarcada por cortinas de seda gris, desde la cual, a través de la ondulada verdura de los árboles, se contemplaba la campiña y las montañas, había una mesita de la misma madera y una butaca de mullido asiento con su escabel, como si aquello fuera un sitio de descanso para una mujer. De las paredes sólo colgaban cuatro pequeñas pinturas al óleo, perfectamente iguales por el tamaño y el marco. El suelo estaba cubierto con una delicada alfombra, cuyo sencillo color sólo contrastaba un poco con el verde de los ribetes. Se diría que era una alfombra de césped sobre la que flotaban los colores de las rosas. El gancho para atizar el fuego y los otros utensilios de la chimenea tenían puños dorados, sobre la mesa había una campanilla dorada.

En el aposento nada indicaba que estuviese habitado. Ningún mueble estaba mal colocado, la alfombra no presentaba ningún pliegue y las cortinas de la ventana, ninguna arruga.

Cuando hube observado esas cosas con asombro, mi acompañante abrió otra vez la puerta tapizada, que tampoco era visible por dentro de esa habitación, y me condujo fuera. En la salita rosa no había dicho una sola palabra ni yo tampoco. Después de atravesar las otras habitaciones y de que él las cerrara cuando salimos, tampoco me dijo nada sobre la finalidad de esos apartamentos y yo, evidentemente, tampoco pude preguntárselo.

Cuando llegamos al corredor, dijo:

—Ahora conoce usted toda mi casa; si alguna vez vuelve a pasar por aquí o también si la recuerda estando lejos, enseguida podrá representarse cómo es por dentro.

Al decir estas palabras metió la anilla con las llaves en algún bolsillo de su extraño sobretodo.

—Es una imagen —respondí a sus palabras— que se me ha quedado hondamente grabada y que no olvidaré tan pronto.

—Es un poco lo que me imaginaba —respondió.

Cuando llegamos a las proximidades de mi cuarto, se despidió diciendo que ya había abusado de una gran parte de mi tiempo y que, para no coartarme, no quería quitarme más.

Le di las gracias por la afabilidad y amabilidad con que me había dedicado una parte del día y enseñado su morada, y nos separamos. Saqué la llave del bolsillo y abrí mi habitación para entrar; en cuanto a él, oí cómo bajaba la escalera.

Me quedé entonces hasta el atardecer en mi aposento, en parte porque estaba fatigado y necesitaba realmente un poco de descanso, en parte porque no quería seguir molestando a mi anfitrión.

Ya atardecido, torné a caminar un poco por los campos de cultivo, fuera del jardín, y regresé a la hora de la cena. Para entonces ya había aprendido a abrir y a cerrar yo mismo la verja.

No había otros invitados, y en la cena, como ocurriera en el almuerzo, sólo estuvimos mi anfitrión, Gustav y yo. Las conversaciones versaron sobre diversos temas indiferentes, nos separamos pronto, yo me dirigí a mi habitación, leí un poco, escribí, me desvestí al cabo, apagué la luz y me entregué al descanso.

La mañana siguiente fue otra vez magnífica y de cielo despejado. Abrí las ventanas, dejé entrar el perfume y el aire, me vestí, me refresqué con abundante agua al lavarme, y antes de que el sol hubiese absorbido una sola gota de rocío, ya estaba yo en el comedor con mi morral a la espalda, con mi sombrero y con el bastón de endrino en la mano. El anciano y Gustav estaban esperándome.

Después de tomar el desayuno, durante el cual no me desembaracé del morral aunque me invitaron a hacerlo, di otra vez las gracias por la gran amabilidad y familiaridad con que había sido acogido, me despedí y me puse en camino.

El anciano y Gustav me acompañaron hasta la verja del jardín. El anciano abrió, para dejarme salir, lo

mismo que la antevíspera me había abierto para hacerme entrar. Ambos franquearon conmigo la puerta abierta. Cuando estábamos en la explanada de arena, acariciados por el perfume de las rosas, dijo mi acompañante:

—Adiós, pues, y que la suerte le acompañe. Nosotros retornamos por esta verja a nuestra vida retirada y a nuestras ocupaciones. Si vuelve usted alguna otra vez por estos parajes y gusta de hacernos una visita, se le acogerá con amistad. Pero si también viene usted a vernos por propia iniciativa sin que su camino le traiga hasta aquí, nos dará una gran alegría. No es una frase hecha si digo que nos dará una alegría, yo no empleo frases hecha sino que es realmente así. Si usted lo desea en algún momento, viva en esta casa todo el tiempo que le plazca y viva con toda la independencia que quiera, como haremos también nosotros. Sería bueno que antes nos lo hiciera saber, a través de un mensajero, por ejemplo, porque a veces, si bien no con mucha frecuencia, nos ausentamos.

—Creo que usted me acogerá con gran amabilidad, si vengo otra vez —respondí—, porque es usted quien lo dice, e infiero de su carácter que su cortesía no es falsa. Desde luego, no entiendo la razón por la que me invita, pero ya que lo hace lo acepto con gran placer y le digo que el próximo verano, aunque mi camino habitual no me traiga por aquí, vendré espontáneamente a esta comarca y a esta casa, para quedarme algún tiempo.

—Hágalo, y verá que no será mal recibido —dijo—, aunque prolongue la estancia.

—Tal vez haga esto último —repliqué—, y ahora, adiós.

—Adiós.

Con esas palabras me dio la mano y estrechó la mía.

Cuando la soltó, yo se la tendí también al joven Gustav, que la estrechó pero no habló, sino que sólo me dirigió una amistosa mirada.

Después de eso nos separamos, ellos regresaron cruzando la verja, y yo, por mi parte, tocado con mi sombrero, bajé por el camino que había subido dos días atrás.

Me pregunté entonces en casa de quién había pasado yo ese día y las dos noches. No me había preguntado mi nombre, ni me había indicado el suyo. No encontré respuesta a mi pregunta.

Y así continué caminando. Ahora las verdes espigas relucían, con brillantes reflejos, en el sol de la mañana, mientras que cuando hice el camino de subida caía sobre ellas la sombra de la inminente tormenta.

Miré otra vez hacia atrás cuando bajaba entre los sembrados, y vi la casa blanca iluminada por el sol, como ya la había visto en otras ocasiones; aún pude distinguir el brillo de las rosas y creí poder percibir el canto de los numerosos pájaros del jardín.

Después, miré otra vez hacia delante y caminé hacia abajo, hasta llegar al seto y a la cerca de los sembrados, por donde dos días antes me desviara de la carretera. No pude menos de volverme otra vez. Ahora, la casa sólo era blanca, como ya la viera tantas veces durante mis viajes.

Ahora marchaba por la carretera siguiendo mi camino.

Pregunté al primer hombre que me salió al encuentro de quién era la casa blanca de la colina y cómo se llamaba.

—Eso pertenece al colono del Asper —respondió el hombre—; usted estuvo ayer en la finca, en el Asperhof, paseando con el colono.

—¡Pero es imposible que el dueño de esa casa sea un colono! —exclamé; porque yo sabía que en esa región se daba el nombre de colono a todo campesino de cierta importancia.

—Al principio no era el colono del Asper —explicó el hombre—, pero le compró el Asperhof al antiguo colono, y construyó la casa que está en el jardín y que pertenece a la finca, y ahora él es el colono del Asper, porque el antiguo hace tiempo que murió.

—¿No tiene también otro nombre? —pregunté.

—No, nosotros le llamamos el colono del Asper —respondió.

Vi que el hombre no sabía más de mi anfitrión y que eso no le interesaba nada, por eso renuncié a seguir indagando.

Me salieron al encuentro otras personas de las que recibí la misma respuesta. Todos invertían la relación y decían que la casa del jardín formaba parte del Asperhof. Decidí, pues, dejar de momento las indagaciones hasta tropezar con alguna persona que me diera pie a esperar de ella mejor información.

Pero como no me gustaba el nombre de colono del Asper ni el de Asperhof, denominé para mí, provisionalmente, a esa casa en la que se profesaba tal culto a las rosas, «casa de las rosas».

Pero no encontré a nadie a quien preguntar de nuevo.

Mientras seguía caminando pasé revista a lo ocurrido los últimos días. Me agradaba haber encontrado en

aquella casa una limpieza y un orden tan grandes como yo no viera antes sino en casa de mis padres. Rememoré lo que me había mostrado y dicho el anciano y me di cuenta de que mi comportamiento habría podido ser mucho mejor, habría podido dar mejores respuestas cuando departíamos, y, en general, decir mejores cosas.

Me vi interrumpido en estas reflexiones. Cuando había caminado como una hora, llegué al recodo del hayedo del que habíamos hablado la antevíspera por la tarde, un bosque que forma parte de las propiedades de mi anfitrión y en el que yo había dibujado una vez un haya bífida. El camino se hace un poco más empinado a lo largo del hayedo y dobla la esquina con él. Cuando llegué al recodo me salió al encuentro un coche que bajaba despacio la cuesta con el freno echado. Seguramente avanzaba con más lentitud de lo usual porque quienes viajaban en él habían tomado la prudencia como norma. En el coche, que tenía la capota completamente plegada debido al buen tiempo, se veían dos figuras femeninas, una de más edad y otra más joven. Ambas llevaban velo, y éste bajaba desde el sombrero a los hombros. La mayor lo había dejado caer sobre el rostro, el cual sin embargo, como el velo era blanco, aún era un poco visible. La más joven había retirado el velo a ambos lados del rostro y exponía éste al aire. Yo miré a las dos y me quité después el sombrero para un cortés saludo. Ellas dieron amablemente las gracias, y el coche pasó a mi lado. Mientras el coche se alejaba monte abajo, pensé para mí que el rostro humano quizá fuese, en el fondo, el más bello modelo que pueda tener un dibujante.

Seguí el coche con la mirada hasta que se hizo invisible tras el recodo del camino. Luego continué avanzando cuesta arriba bordeando el hayedo.

Tres horas después llegué a una colina desde la que podía contemplar la comarca de la que venía. Con el catalejo, que saqué del morral, vi claramente el punto blanco de la casa en la que había pasado las dos últimas noches, y detrás de la casa vi las montañas envueltas en bruma. Qué pequeño era ahora aquel punto en el vasto mundo.

Pronto llegué al lugar en el que, como hasta entonces no había hecho parada en ningún sitio, tenía la intención de almorzar, aunque el sol aún había de recorrer una breve curva antes de llegar a su cénit.

Volví a preguntar en aquel lugar por el dueño de la casa blanca, describiéndola, así como su situación, lo mejor que pude. Me hablaron de un hombre que en tiempos había ocupado altos cargos; pero me dieron dos nombres, el barón Von Risach y un tal señor Morgan. Seguí en la misma ignorancia de antes.

A la mañana siguiente llegué al macizo montañoso que era la meta de mi excursión y al que había decidido pasar desde el otro macizo a través de una parte de las tierras llanas. Al mediodía llegué a la posada que había elegido para alojarme. Mi maleta ya estaba allí, y me dijeron que habían esperado antes mi llegada. Conté la causa de mi retraso, me instalé en la habitación que tenía encargada y me entregué a las tareas que me había propuesto llevar a cabo en ese sector de la sierra.

6. La visita

Me quedé bastante tiempo en mi nuevo domicilio. De mis trabajos salieron nuevas tareas que me retuvieron en aquel lugar. Después me adentré más aún en el alto valle y emprendí trabajos que ni siquiera me había propuesto para ese verano.

Hacia finales del otoño regresé con los míos. En aquel viaje me ocurrió lo que me ocurre siempre que regreso a mi casa. Cuando salí de la sierra, las hojas de los arces de montaña y de los abedules y fresnos no sólo habían caído hacía tiempo sino que habían perdido su bonito color amarillo y habían pasado a ser negruzcas, lo que ya no hacía pensar en los vástagos de las ramas que habían sido en el verano, sino en la tierra fructificadora de nuevos retoños que serían en el invierno; los habitantes de los valles y laderas de las montañas, que a veces encienden fuego en todas las estaciones del año, lo alimentaban ya todo el día en sus estufas para calentarse, y en las mañanas despejadas la escarcha brillaba en los prados alpinos y había transformado el verde de los helechos en un árido color cárdeno. Pero cuando llegué a la llanura, y los montes que la rodeaban sólo aparecían ante la vista como un festón azul y cuando finalmente llegué por el vasto río a nuestra capital, me vi envuelto en tan suaves y tibias brisas que pensé haber abandonado prematuramente la montaña. Pero era sólo la diferencia de clima entre la sierra y las lejanas tierras bajas. Cuando desembarqué y llegué a las puertas de mi ciudad natal, las acacias todavía estaban pobladas de hojas, un cálido sol caía sobre las murallas y las casas, y personas bien ataviadas paseaban a las primeras horas de la tarde. El suave color rojizo y violáceo de las uvas que se vendían ante la puerta de la ciudad y en la explanada interior me trajo a la memoria no pocos días de otoño, alegres y agradables, de mi infancia.

Avancé por el recto callejón, doblé por algunas calles laterales y me hallé por fin ante la bien conocida casa de las afueras con su jardín.

Cuando remonté la escalera, y me encontré con mi madre y mi hermana, la primera pregunta fue por la salud y el buen estado de la familia. Todos estaban muy bien, mi madre había mandado hacer limpieza en mis habitaciones, habían quitado bien el polvo y todo estaba pulcro y ordenado, como si me hubieran esperado para ese día.

Tras una breve conversación con mi madre y mi hermana, sin esperar a la maleta, me vestí de calle con la ropa que había dejado en casa, para ir a saludar a mi padre, que aún estaba en su oficina. Aquel hervidero de gente por las calles, el ir y venir de personas bien ataviadas por las alamedas de la explanada verde que une la ciudad con los barrios de extramuros, el circular de los coches que rodaban por las calles empedradas y, finalmente, cuando entré en la ciudad, los hermosos escaparates y la belleza de los edificios, todo me extrañaba y casi me agobiaba, por el contraste con mi vida en el campo; pero poco a poco me familiaricé otra vez con todo aquello, que volvió a ser para mí lo habitual y conocido desde tanto tiempo atrás. No fui a ver a mis amigos aunque pasé junto a sus casas, no entré en la librería en la que acostumbraba pasar varias horas de la tarde y que estaba en mi camino, sino que me apresuré a llegar a donde mi padre. Lo encontré ante su escritorio y lo saludé con respeto, y él me recibió con el mayor afecto. Tras una breve conversación sobre el estado de salud y otras cosas generales, me dijo que volviera a casa, que él tenía aún algunas cosas que hacer, pero que llegaría un poco después para cenar con mi madre, con mi hermana y conmigo.

Regresé directamente a casa. Allí di un paseo por el jardín, dije algunas palabras cariñosas al perro guardián, que me recibió con aullidos y saltos de alegría, y pasé también un rato con mi madre y mi hermana. A continuación entré en todas las habitaciones de nuestra casa, especialmente en las de los muebles antiguos, los libros y los cuadros. Me parecieron casi insignificantes.

Al cabo de algún tiempo llegó también mi padre. Esa noche habían puesto la mesa en el pabellón de las armas antiguas, por las que trepaba, enroscándose, la hiedra. Incluso habían podido dejar abiertas las ventanas hasta la caída de la noche. Como durante mi salida a la ciudad habían llegado del barco mi maleta

y mis cajones, pude subir a ese gabinete los regalos que había traído del viaje: para mi madre algunas raras vasijas y piezas de vajilla, para mi padre una amonites de tamaño y belleza poco usuales, otras piezas de mármol y un reloj del siglo XVII, y para mi hermana el edelweiss común, genciana seca, un pañuelo de seda campesino y cadenitas de plata, como las que se llevan en el corpiño en algunas comarcas de la sierra. También vinieron a la salita los regalos que me habían preparado: objetos confeccionados por mi madre y mi hermana, entre ellos una preciosa bolsa de viaje, después todos los tipos de lápices de buena calidad, ordenados en un estuche según el grado de dureza, plumas que escribían a la perfección, papel liso, y de mi padre un atlas de montaña que yo había mencionado ya varias veces y que él me había comprado. Después de haber entregado y recibido todo jubilosamente, nos sentamos a la mesa nosotros solos, lo que poco a poco se había convertido en costumbre cuando yo regresaba a casa después de una larga ausencia. Sirvieron los platos que, en opinión de mi madre, yo podría preferir entre todos. La intimidad y el cariño sin fingimientos, tal como se dan en toda familia bien ordenada, me hicieron un bien extraordinario después de la larga separación.

Cuando dejamos de hablar de cuanto concernía a la familia y de lo que había ocurrido en los últimos tiempos, cuando me hubieron explicado detalladamente la marcha de la vida doméstica durante mi ausencia, tuve también que hablar de mi viaje. Expliqué sus objetivos y dije dónde había estado y lo que había hecho para lograrlos. Hablé también del anciano y conté cómo llegué a su casa, qué bien me había acogido y lo que yo había visto allí. Expresé la hipótesis de que, a juzgar por su manera de hablar, pudiera ser de nuestra ciudad. Mi padre repasó sus recuerdos pero no encontró ningún hombre que se pareciera al que yo había descrito. La ciudad es grande, dijo, y pueden haber vivido en ella muchas personas sin que yo haya tenido ocasión de conocerlas. Mi hermana opinaba que yo, influido por el entorno en el que lo había conocido, tal vez lo veía de una manera distinta y muy especial y también lo describía así, de forma que resultaba difícil identificarlo. Repliqué que me había limitado a contar lo que había visto y lo que era tan claro que si supiera manejar mejor los colores hasta podría pintarlo. Dijeron que el tiempo aclararía seguramente el asunto, ya que él me había invitado a volver y sin duda yo no vacilaría en hacerle esa segunda visita. Toda mi familia aprobó que no le hubiese preguntado directamente su nombre, ya que él había hecho mucho más al recibirme y darme albergue sin tratar de averiguar mi nombre ni mi procedencia.

En el curso de la conversación, mi padre se informó con más detalle sobre algunos objetos de la casa del anciano que yo había mencionado, preguntó en particular por los mármoles, por los muebles antiguos, por las esculturas, por las estatuas, las pinturas y los libros. Los mármoles pude describírselos casi con exactitud, los muebles antiguos, más o menos, también. Mi padre se quedó admirado ante mi descripción y dijo que sería una gran alegría para él poder ver algún día con sus propios ojos tales cosas. Sobre las esculturas ya pude decir menos, tampoco mucho sobre los libros y lo que menos, casi absolutamente nada, sobre las estatuas y los cuadros. Mi padre no insistió y no se extendió mucho sobre esos últimos objetos; pero mi madre opinaba que sería buenísimo que un día se decidiera, emprendiera un viaje a las tierras altas y viera él mismo esas cosas de la casa del anciano. Añadió que muchos días se quedaba demasiadas horas en la oficina, en los últimos tiempos iba allí todas las tardes y a menudo no regresaba hasta entrada la noche. Un viaje, dijo, daría un nuevo impulso a su vida, y el anciano que había acogido tan amablemente al hijo sin duda se complacería en recibirle también a él y gustaría mucho más de enseñarle sus colecciones a él, como entendido que era, que a otros. Quién sabe si no podría incluso durante ese viaje adquirir alguna que otra pieza para el pabellón de las antigüedades. Si siempre esperaba, continuó diciendo, a concluir los negocios más urgentes, y a poder fiarse más de la gente joven de su despacho, nunca viajaría; porque los negocios eran siempre urgentes, y su falta de confianza en la capacidad de los jóvenes aumentaba cuanto más edad iba teniendo y cuanto más quería llevar a cabo todas las cosas por sí mismo.

Mi padre respondió que no sólo viajaría en su momento sino que algún día se jubilaría y dejaría los negocios.

Mi madre replicó que eso sería magnífico y que ella vería ese día como unas segundas bodas.

También hube de indicar a mi padre las distintas maderas con las que estaban taraceados los diferentes muebles de la Casa de las Rosas, las que entarimaban los suelos, y, por último, las que se usaban para las tallas. Lo hice bastante bien porque, cuando contemplaba esas cosas, pensaba en mi padre y había retenido en la memoria más de lo que habría hecho de no ser así. Hube también de describirle en qué orden estaban combinadas esas maderas, qué figuras formaban y si era sugestiva la composición de líneas y colores. Y hube de hablarle más aún de las variedades de mármoles que había en la galería y en la sala, y tuve que detallar cómo estaban ensambladas, qué variedades limitaban con qué otras y cómo era el contraste que formaban. A menudo cogía un trozo de papel y los lápices para dibujar lo que había visto. Él planteaba más

preguntas y, por el orden adecuado en que las hacía, pude responder más de lo que yo creía haber percibido.

Ya muy tarde, mi madre recordó que era hora de acostarse, salimos del pabellón de las armas y nos fuimos a la cama.

Al día siguiente empecé a preparar mis habitaciones para el invierno. Deshice poco a poco el equipaje con las cosas que había traído, las coloqué como tenía por costumbre y procuré integrarlas en las que ya había. Esa ocupación me llevó varios días.

El primer domingo después de mi llegada hubo un convite de bienvenida. Estaba invitado todo el personal de la casa de comercio de mi padre y se sirvieron manjares y vinos de muy buena calidad. Los dos ancianos que fueran nuestros vecinos en la oscura casa de la ciudad también estaban invitados a esa comida porque la mujer había dicho que yo llegaría muy lejos. Esas comidas eran habituales desde hacía unos años, y siempre asistía a ellas ese matrimonio.

Cuando hube terminado lo esencial en cuanto a la disposición de mis aposentos, fui a la ciudad a ver a mis amigos y también pasé muchos atardeceres en la librería, que era para mí un lugar favorito de estancia. Cuando iba por las calles de la ciudad, tenía la impresión de que había leído en un libro de cuentos lo que sabía sobre el anciano; pero cuando llegaba a casa y entraba en las habitaciones de las antigüedades y de los cuadros, él cobraba de nuevo realidad y encajaba allí muy bien como objeto de referencia.

Las huellas que inevitablemente deja siempre en una casa el retorno tras un largo viaje, sobre todo cuando se han traído de ese viaje muchos objetos que hay que ordenar, habían desaparecido por fin de mi habitación, mis libros estaban colocados y listos para su uso, y los instrumentos y utensilios de dibujar, en el orden que yo necesitaba para el invierno. Pero ese invierno estaba ya bastante próximo. Habían pasado los últimos días buenos de finales de otoño, tan característicos de nuestra ciudad, y había hecho su llegada el tiempo brumoso, húmedo y frío.

Durante mi ausencia se había operado un cambio en nuestra casa. Mi hermana Klotilde, que hasta entonces fuera una niña, en aquel verano se había convertido de pronto en una joven hecha y derecha. Yo mismo, a mi regreso, quedé sorprendido y mi hermana casi me resultó un poco extraña.

Ese cambio, en el invierno siguiente, trajo otro cambio a nuestra casa. La vida que habíamos llevado hasta entonces, para la capital de un gran imperio, era muy sencilla y casi rústica. El círculo de las familias que tratábamos era restringido, y aun así los encuentros se limitaban a alguna visita o a los juegos de los niños en el jardín. Ahora era diferente. Venían a ver a Klotilde amigas con cuyos padres habíamos estado relacionados, éstos tenían a su vez parientes y conocidos con quienes poco a poco entramos en relación. Venía gente a casa, había veladas musicales y literarias, nosotros íbamos a casa de otras personas donde también nos deleitábamos con música y cosas parecidas. Pero esas relaciones no ejercían una influencia tan capital sobre nuestra casa como para transformarla. Aparte de los amigos que yo ya tenía y a cuya forma de ser estaba habituado, conocí otros nuevos. Tenían, por lo general, aspiraciones distintas a las mías y, en casi todas las cosas, me parecían superiores a mí. Ellos también me consideraban diferente, en primer lugar porque la educación que nos habían dado era distinta de la que se recibía en otras familias, y luego porque yo me dedicaba a cosas diferentes de las que eran objeto de sus deseos y afanes. Sospechaba que, debido a esas peculiaridades mías, me estimaban menos de lo que se estimaban entre ellos.

Tenían grandes atenciones con mi hermana y trataban de despertar su interés. Los jóvenes a quienes se permitía venir a nuestra casa eran sólo aquellos cuyos padres también estaban invitados a venir, a los que también íbamos a ver nosotros y cuyas costumbres no despertaban el menor recelo. Mi hermana no sabía que los hombres querían agradarle y no paraba mientes en ellos. Pero a mí, cuando durante aquellos días pensaba en que mi hermana se casaría alguna vez, siempre me venía la misma idea: que sólo podía ser su marido el hombre que fuera como mi padre.

Esos jóvenes y otros que no venían a casa expresamente por mi hermana también me implicaban a menudo en sus conversaciones, me hablaban de sus opiniones, aspiraciones, diversiones, y algunos me confiaban cosas que ellos pensaban para sí. Así, uno llamado Preborn, que era hijo de un hombre ya mayor que ocupaba un alto cargo en la corte y venía a menudo a nuestra casa, me dijo una vez que la joven Tarona era la mayor belleza de la ciudad, que tenía una figura como no la tenía nadie entre el medio millón de habitantes de la ciudad, como no la tuviera nunca nadie y como no podría representarla ningún artista de tiempos antiguos ni modernos. Tenía unos ojos, continuó, que transformaban los guijarros en cera y que podrían fundir los diamantes. Él la amaba con tal pasión que pasaba muchas noches despierto en la cama o dando vueltas por el aposento. La joven no vivía en la ciudad, añadió, pero venía a ella con frecuencia, él me la presentaría un día y yo, como amigo que era, tenía que ayudarle en su situación.

Pensé que muchas de aquellas palabras no podía haberlas dicho muy en serio. Si quería tanto a aquella

muchacha, no habría debido decírmelo a mí ni a ningún otro, aunque fuéramos amigos. Pero no éramos amigos, si se toma la palabra en su verdadera acepción, lo éramos sólo a la manera como se habla en la ciudad de las personas que se conocen muy bien y que se ven a menudo. Por último, él no podía esperar ayuda de mi parte, puesto que yo no entendía mucho de cómo hay que tratar a la gente y en ese aspecto era muy inferior a él.

A veces yo también iba a casa de alguno de esos jóvenes fuera de las horas en que nos reuníamos acompañados de nuestros padres, y entonces también se hablaba a menudo de muchachas jóvenes. Decían cuánto querían a ésta o a aquélla y cómo suspiraban en vano por su amor, o comentaban que habían recibido de ella algún signo de que era correspondido. Yo pensaba que no deberían decir eso. Y si hacían una observación impertinente sobre la apariencia o la forma de actuar de alguna joven, me ruborizaba y era como si hubieran ofendido a mi hermana.

Iba ahora con más frecuencia a la ciudad y contemplaba con más detenimiento la vieja mole de nuestra catedral. Desde que en la Casa de las Rosas había visto con detalle y en tan gran cantidad dibujos de obras arquitectónicas, éstas no me resultaban tan ajenas como antes. Me gustaba mirarlas, por si tenían algún parecido con los objetos que había visto en los dibujos. Durante mi viaje de la Casa de las Rosas al valle alto donde me alojé después, y de ese valle al barco que me llevaría a casa, no me había encontrado con nada que mereciera la pena contemplar. Sólo algunas columnas miliarias de estilo muy antiguo recordaban las figuras, puras y simples, que había visto, dibujadas sobre papel puro con líneas puras, en el taller del maestro ebanista. Pero en el nicho de uno de esos miliarios, en lugar de la estatua que estuviera allí en otro tiempo y a la que aún hacía referencia el pedestal, habían colocado un cuadro moderno, de abigarrados colores, en el otro faltaba todo género de efigies. Sin duda, en mi viaje por el río pasé junto a iglesias y castillos que eran dignos de atención, pero mi meta me hacía seguir navegando. En la catedral, casi todas las formas de ornamentos, cornisas, arcos, columnas, y otros importantes elementos, me parecían semejantes a las que había visto sobre papel en la Casa de las Rosas. Me agradaba comparar en el recuerdo esas figuras con las ya vistas, y evaluarlas recíprocamente.

En cuanto a las piedras preciosas, me vino también a la memoria lo que el anciano dijera en la Casa de las Rosas sobre la montura. Había suficientes oportunidades de ver piedras engastadas. En innumerables escaparates de la ciudad hay joyas a la vista, expuestas para atraer compradores. Yo las contemplaba dondequiera que me topaba con ellas al pasar y no podía menos de pensar que el anciano tenía razón. Si rememoraba los dibujos que había visto en la Casa de las Rosas, de cruces, rosas, estrellas, nichos y otros elementos que aparecen en obras arquitectónicas medievales, aquellas cosas eran mucho más ligeras, suaves, y, me atrevería a decir, entrañables, que estas otras y sin embargo eran sólo fragmentos de edificios, mientras que éstas se las tenía por joyas. Me pareció realmente, tal como había dicho él, que esas joyas eran toscas en el oro y toscas en las piedras preciosas. Sólo encontré una excepción en algunas joyerías que tenían fama de excelentes. Vi que los engastes eran sencillísimos, más aún, que si las gemas tenían un tamaño mayor y por tanto un mayor valor, ya casi no se las engarzaba sino que sólo se empleaba la cantidad de oro o de pequeños diamantes que parecía absolutamente imprescindible para abarcar esos objetos y poderlos fijar en el cuerpo humano. Eso ya me pareció mejor, porque en tales casos las gemas representaban por sí solas el valor y la belleza. Sin embargo, pensaba en mi fuero interno que las gemas, por muy bellas que fuesen, no eran sino materia y que debía ser mucho más admirable engastarlas, sin que su belleza sufriera menoscabo, en una forma que permitiera ver, aparte de la hermosura de la materia, el espíritu humano que había actuado allí y en el que uno pudiera complacerse. Me propuse hablar con mi antiguo anfitrión sobre ese asunto cuando volviera a su casa. Vi que yo había aprendido algo útil en la Casa de las Rosas.

En esa circunstancia conocí por casualidad al hijo de un joyero que pasaba por ser el mejor de la ciudad. Me mostró varias veces los objetos de más valor que tenían en la tienda pero que nunca se exhibían en un escaparate, me los explicó y me llamó la atención sobre las características por las que puede reconocerse la belleza de las piedras preciosas. Yo nunca me atreví a exponerle mis opiniones sobre la montura de las mismas. Él me prometió iniciarme más detalladamente en el conocimiento de las piedras preciosas y yo lo acepté con mucho gusto.

Como debido a mis excursiones por la sierra estaba acostumbrado a moverme mucho, cada día caminaba por los barrios de la ciudad, o recorría los alrededores. El recio y saludable aire de la sierra había dado paso aquí al aire otoñal que era cada vez más áspero, y a mí me gustaba mucho ir en su busca cuando estaba preñado de niebla o cuando soplaba con fuerza desde los montes que festoneaban hacia poniente el entorno de nuestra ciudad.

En aquella época empecé también a ir de vez en cuando al teatro. Cuando éramos niños mi padre nunca

permitió que asistiéramos a ninguna representación. Decía que así se sobreexcitaba y se maltrataba la capacidad imaginativa de los niños, éstos se llenaban de toda clase de sentimientos caprichosos y después eran presa de sus deseos o incluso de sus pasiones. Cuando fuimos alcanzando la edad adulta, lo que en mi caso ya ocurría desde hacía varios años, en el caso de mi hermana desde hacía apenas uno, se nos permitía en raras ocasiones ir al teatro Imperial. En esos casos mi padre elegía obras teatrales que, en su opinión, eran adecuadas para nosotros y afirmaban nuestro carácter. A la ópera y, menos aún, al ballet no podíamos ir nunca y tampoco se nos permitía meternos en un teatro de extramuros. Además, cuando asistíamos a alguna representación teatral, siempre era en compañía de nuestros padres. Desde que yo me había independizado, también tenía la libertad de ir a teatros elegidos por mí. Pero como me dedicaba a trabajar en la ciencia, no me afanaba mucho en ese sentido. Por costumbre iba a veces a una de las piezas que ya había visto con mis padres. Aquel otoño fue diferente. A veces, elegía yo mismo una obra cuya representación quería ver en el teatro Imperial.

En aquella época descollaba en la escena del teatro Imperial un actor del que era fama que en la interpretación del rey Lear de Shakespeare alcanzaba la más alta cima que un ser humano es capaz de alcanzar en esa rama del arte. La escena Imperial tenía también fama de ser una institución modelo para toda Alemania. Se afirmaba por eso que no había, en lengua alemana ni en ningún teatro alemán, nada comparable a aquella interpretación, y un gran experto en interpretaciones escénicas, en su libro sobre ese tema, decía del actor que interpretaba al rey Lear en nuestro teatro Imperial que sería imposible que representara esa obra como él lo hacía si no estuviera animado por un rayo de aquella maravillosa luz que hiciera surgir aquella obra maestra, dotándola de insuperable sabiduría.

Por eso, cuando me enteré de esos pormenores, decidí asistir a la próxima representación del *Rey Lear* en nuestro teatro Imperial.

Un día, en los periódicos que mi padre recibía a diario a la hora del desayuno, anunciaban la representación del *Rey Lear* en el teatro Imperial y nombraban como intérprete de Lear al hombre del que he hablado y que ya se aproximaba a la senectud. La estación del año había avanzado hasta bien entrado el invierno. Organicé mis actividades de manera que a la caída de la tarde pudiese ponerme en camino hacia el teatro. Como me gustaba ver la animación de la ciudad, del mismo modo que en mis viajes por la sierra miraba a fondo las cosas, ahora salí antes para recorrer despacio el trayecto que unía el barrio de extramuros con la ciudad. Me había puesto un traje sencillo, como los que suelo vestir cuando salgo a pasear, y una gorra que llevaba en mis viajes. Caía una lluvia fina, aunque la capa inferior del aire era bastante fría. La lluvia no me molestaba, antes bien, me agradaba, por más que me cayera sobre el traje, que no tenía mucho que perder. Afronté la llovizna con paso mesurado. El camino bordeado de árboles que discurre por la explanada anterior a la ciudad estaba como un cristal, debido al hielo que se formaba, y la gente que iba delante de mí o que pasaba a mi lado resbalaba a menudo. Yo estaba acostumbrado a caminos difíciles y avanzaba sin fatigas por el centro de la pista helada. Las ramas de los árboles brillaban en la proximidad de las farolas encendidas, fuera de eso todo era noche cerrada, y el campo y las murallas quedaban ocultos en las tinieblas. Cuando dejé atrás el camino para peatones y llegué a la calzada para vehículos, muchos coches pasaban a mi lado chirriando, y los caballos aplastaban y las ruedas cortaban la capa de hielo que estaba formándose. La mayoría de ellos, aunque no todos, iban al teatro. A mí casi me pareció algo extraño que ellos y yo, con un tiempo tan desapacible, nos dirigiéramos a una sala en la que se representaba una historia ficticia. Así llegué a la bóveda iluminada donde se detenían los coches, me dirigí al vestíbulo, saqué mi billete, metí la gorra en el bolsillo de mi gabán, entregué éste en el guardarropa, y entré en el espacio iluminado, situado en la misma planta baja, de la sala del espectáculo.

Yo había adoptado la costumbre de mi padre de no contemplar de arriba abajo ni a gran distancia la representación de una obra teatral, pues hay que ver a las personas que representan los hechos en su posición habitual, y no mirar la superficie superior de la cabeza o de los hombros, y también hay que poder observarles el rostro y los gestos. Por eso me quedé más o menos en el final del primer tercio del recinto y esperé a que se llenara la sala y sonara la campana que daba comienzo a la obra.

Los asientos ordinarios y los palcos iban llenándose más y más de personas muy bien ataviadas, como era habitual, y, atraída probablemente por la fama de la obra y del actor, acudía aquella tarde al teatro una muchedumbre más numerosa y heterogénea, como se notaba a primera vista. Comentaban eso mismo unos hombres que había a mi lado, y, en efecto, entre la concurrencia se veían algunas personas que sin duda habían venido de las zonas más lejanas de extramuros. Finalmente, cuando las cabezas estaban casi como pegadas unas a otras, todos miraban con curiosidad hacia el telón de la escena. En aquel entonces no era mi costumbre, y ahora tampoco lo es aún, contemplar en espacios abarrotados las masas de gente, los vestidos, los atavíos, las luces, los rostros y otros pormenores. Así pues, me quedé tranquilamente de pie hasta que

empezó y terminó la música, hasta que se levantó el telón y dio comienzo la obra.

Entró el rey y, como dijo él después sobre sí mismo, era un rey de pies a cabeza. Pero era también un insensato, impetuoso y digno de compasión. Regan, Goneril y Cordelia hablaban como tenían que hablar según sus sentimientos, Kent también habló como no podía hacerlo de otra manera. El rey acogió aquellas palabras como también tenía que acogerlas, dado su carácter violento, irreflexivo y, sin embargo, afable. Desterró a la sencilla Cordelia, que no supo adornar su respuesta y con la que él estaba tanto más enojado por haber sido antes su preferida, y dio su reino a las otras dos hijas, Regan y Goneril, que a su pregunta de quién lo amaba más, lo halagaron con expresiones exageradas, que, si él hubiese tenido capacidad de observación, le habrían revelado cuán poco auténtico era su amor; y eso produjo tal repugnancia a la noble Cordelia que, a la pregunta de cómo amaba *ella* a su padre, supo decir menos de lo que tal vez habría dicho en otra ocasión en que el corazón se abre espontáneamente. Se encolerizó asimismo con Kent, que quiso defender a Cordelia, y al que también desterró, y así, el carácter violento e infantil del rey hace presentir cosas funestas.

Yo no conocía ese drama y pronto quedé cautivado por el desarrollo de la acción.

El rey, con sus cien caballeros, vive ahora el primer mes con una de las hijas, para estar en el siguiente mes con la otra y seguir con esa alternancia, tal como se había acordado. Las consecuencias de esa frágil medida se hacen sentir también en el país. En la noble mansión de Gloucester se subleva un hijo ilegítimo contra el padre y el hermano legítimo, conjurando en el mundo cosas antinaturales, ya que en la casa del rey también ocurrían cosas antinaturales e improcedentes. En la corte de la hija y en la segunda corte, que se ha sumado a ella, del rey y de sus cien caballeros, surgen dificultades y adversidades, y las objeciones de la hija contra la conducta del rey y de su séquito son muy comprensibles, pero hasta cierto punto inquietantes. Ahora podría partir el alma la candorosa y casi estúpida confianza con la que el rey abandona a la hija, que se había opuesto a sus actos con palabras impertinentes, para ir con la otra, más dulce, que lo rechaza con palabras aún más duras. Reciben a su criado metiéndole en los cepos, a él no le acogen porque no están preparados para acogerle, ya que esperan a la otra hermana a la que sí hay que acoger, aconsejan al rey que vuelva con la hija que acaba de dejar y acepte sus condiciones. En el rey hubo antes confianza ciega en las hijas, precipitación en su rechazo de Cordelia, irreflexión en la distribución de honores: ahora sobreviene el arrepentimiento, la vergüenza, la ira, el frenesí. No quiere volver con la hija, prefiere lanzarse al descampado, a la tormenta y el huracán, que tienen derecho a ensañarse con él, puesto que no tienen nada que agradecerle. Se marcha de noche al descampado, en medio del huracán y la tormenta, el anciano abandona al viento sus blancos cabellos mientras avanza por el erial, sin otra compañía que la del bufón, arroja su capa por los aires, y, cuando ha lanzado imprecaciones hasta quedar agotado, no sabe sino decir: «¡Lear! ¡Lear! ¡Lear!», pero en esa única palabra está escondida toda su historia pasada y todos sus sentimientos actuales. Después se arroja al pecho del bufón y exclama con miedo: «¡Bufón, bufón! Me vuelvo loco, no quiero volverme loco, ¡que no pierda la razón!». Cuando decía estas últimas palabras con más suavidad, como suplicando, me resbalaban las lágrimas por las mejillas, me olvidé de la gente que me rodeaba y creí que la acción estaba ocurriendo en esos momentos. Yo estaba de pie con la vista clavada en el escenario. Ahora el rey, efectivamente, se vuelve loco, los días siguientes a aquella noche de tormenta se corona de flores, delira por colinas y páramos y forma, con mendigos, una corte suprema de justicia. Entretanto ya se ha enviado recado a su hija Cordelia de que Regan y Goneril tratan con vileza al padre. Y ella ha llegado con tropas para salvarle. Lo han encontrado en el descampado, y ahora yace en la tienda de Cordelia y duerme. En los últimos tiempos se ha ido derrumbando, y mientras lo veíamos ante nosotros se ha vuelto cada vez más viejo, hasta se diría que cada vez de menor tamaño. Ha dormido mucho tiempo, el médico cree que el trastorno mental sólo se debe a la violencia aplastante de los sentimientos y que su espíritu se calmará con el largo descanso y el sueño reparador. El rey se despierta al fin, mira a la mujer, no tiene el valor de reconocer a Cordelia, que está delante de él, y, desconfiando de su espíritu, dice avergonzado que tiene a esa mujer desconocida por su hija Cordelia. Cuando le convencen suavemente de la verdad de su representación, resbala en silencio fuera del lecho y, de rodillas, con las manos juntas, mudo, pide perdón a su propia hija. En aquel momento yo tenía el corazón como triturado, apenas podía contener mi dolor. Eso no lo había imaginado, hacía tiempo que aquello ya no era una representación teatral, ante mí estaba la más real de las realidades. El desenlace favorable que se daba en aquella época a las representaciones de esta pieza, con el fin de suavizar las terribles emociones que provoca tal hecho, no obró en mí ningún efecto, el corazón me decía que eso no era posible, y yo casi no sabía ya lo que ocurría ante mí y en torno a mí. Cuando me hube recuperado un poco, arrojé casi con timidez una mirada alrededor, como para convencerme de que no me habían observado. Vi que todos los rostros miraban hacia delante y que, embargados por una fuerte emoción, parecían clavar las miradas en el escenario. Sólo en un

palco a nivel del suelo, cerca de mí, había una joven que no miraba la representación, estaba blanca como la nieve, y sus familiares se ocupaban de ella. Me pareció indescriptiblemente bella. Tenía el rostro bañado en lágrimas, y la miré fijamente. Los que iban con ella se pusieron a su alrededor como para impedir que la observaran, y yo comprendí que no estaba bien lo que hacía y desvié la mirada.

La pieza había concluido entretanto, y a mi alrededor había ese desorden que siempre se forma a la salida de un espectáculo. Saqué el pañuelo, me enjugué la frente y los ojos y me dispuse a salir. Fui al guardarropa, busqué mi abrigo y me lo puse. Cuando llegué al vestíbulo, había una muchedumbre, y, como eran varias las salidas, los grupos se movían en una y otra dirección. Yo me uní a una gran fila que iba a desembocar lentamente en la puerta principal. De pronto me pareció que, allí muy cerca, algo imponía con fuerza su presencia a mis ojos, que estaban dirigidos a la salida. Los desvié y, en efecto, tenía dos hermosos ojos enfrente de los míos, y el rostro de la joven del palco del piso bajo estaba muy cerca del mío. La miré fijamente y tuve la impresión de que me miraba con amistad y me sonreía con dulzura. Pero en ese mismo instante desapareció. Había llegado con una riada de personas procedentes de la galería de los palcos, esa riada se había cruzado con nuestra fila y se dirigía hacia una puerta lateral. Sólo la veía ya por detrás y veía que estaba envuelta en una capa negra de seda. Por fin había salido yo por la puerta principal. Allí saqué primero la gorra del bolsillo del gabán, me la puse y me quedé parado un momento, contemplando los coches que partían y que penetraban en la noche oscura a la roja luz de sus faroles. Llovía con mayor intensidad aún que durante el trayecto de ida. Emprendí el regreso. Me separé de la fila de coches, me separé del gentío y tomé el camino más solitario y despejado, que llevaba, entre hileras de árboles, al barrio de las afueras. Pasé junto a las sombrías farolas, llegué a las calles del barrio, las atravesé y por fin estaba en casa de mis padres.

Era ya casi medianoche. Mi madre, que en tales ocasiones no deja de pensar ante todo en el bienestar de los suyos, aún estaba vestida y me esperaba en el comedor. La criada que me había abierto la puerta me lo dijo y me condujo hasta allí. Mi madre aún tenía cena preparada para mí y quería que la tomara. Pero le dije que seguía aún inmerso en la obra teatral y que no podía comer. Ella se preocupó y habló de medicinas. Le respondí que me encontraba muy bien de salud y que sólo necesitaba descanso.

—Bueno, si necesitas descanso, descansa —dijo ella—, no quiero obligarte, lo he dicho con buena intención.

—Con buena intención como siempre, querida madre —respondí—, y te lo agradezco también.

Le tomé la mano y se la besé. Nos deseamos mutuamente buenas noches, cogimos las palmatorias y nos dirigimos a nuestras habitaciones.

Me desvestí, me metí en la cama, apagué las luces y dejé que mi agitado corazón se calmara poco a poco. Era ya casi de día cuando me dormí.

Lo primero que hice a la mañana siguiente fue pedir a mi padre las obras de Shakespeare de su biblioteca y, una vez que las tuve en mi poder, ponerlas en mi habitación como lectura de aquel invierno. Me ejercité de nuevo en la lengua inglesa para no tener que leerlas traducidas.

Cuando el verano anterior me despedí de mi antiguo anfitrión y caminaba por la carretera que lindaba con su bosque, me salieron al encuentro dos mujeres que iban en coche. Pensé entonces que el rostro humano era seguramente el mejor modelo para dibujar. Ahora volvió a mí esa idea, y traté de adquirir conocimientos sobre el rostro humano. Fui a la pinacoteca imperial y contemplé allí todas las bonitas cabezas de muchachas que encontré representadas. Volvía a menudo y miraba las cabezas. Pero también miraba los rostros de muchachas reales con quienes coincidía, y hasta iba a los paseos públicos, en días secos de invierno, y contemplaba los rostros de las jóvenes que allí encontraba. Pero entre todas las cabezas, tanto pintadas como reales, no había ninguna con un rostro de belleza lejanamente comparable a la de la muchacha que había visto en el palco. Eso yo lo sabía, aunque, en realidad, no recordaba cómo era ese rostro y, si lo hubiera visto otra vez, no lo habría reconocido. Lo había visto en una situación excepcional, y en la vida normal seguramente sería muy distinto.

Mi padre tenía una pintura que representaba a un niño leyendo. El niño tenía un gesto muy natural, que no traslucía sino la concentración en la lectura, además sólo se veía un lado del rostro, y sin embargo todo poseía mucho encanto. Traté de dibujar el rostro; pero fui incapaz de reproducir con líneas, ni remotamente, aquellas facciones sencillas, de las que además no se veía el ojo, oculto por el párpado. Se me permitió descolgar el cuadro, colocarlo en la posición que quisiera para tratar de copiarlo; no lo conseguí, por mucho que me apliqué a ello con toda la técnica que ya tenía en el dibujo de otros objetos. Mi padre me dijo finalmente que el efecto que causaba aquel cuadro residía sobre todo en la delicadeza del color y que por eso no era posible copiarlo con líneas negras. Como veía mi afán, me dio más información sobre las propiedades de los colores, y yo traté de aprender esas cosas y de adquirir práctica en ellas.

Fue extraño que nunca me viniera la idea de contemplar a mi hermana, por ver si era posible copiar sus facciones, o que no abrigara el deseo de dibujar su rostro, aunque para mí, después del de la joven del palco, era el más bello del mundo. Nunca tuve el valor de hacerlo. A menudo daba también en pensar que nada en la tierra podía ser tan bello y puro como Klotilde; pero entonces recordaba las facciones de la joven que lloraba y a la que su familia trataba de calmar y que, eso quería yo creer, me había mirado con amistad en el vestíbulo del teatro: y entonces tenía que dar a ésta la preferencia. No podía representármela, ciertamente; pero mi alma vislumbraba una imagen, oscura e imprecisa, de la belleza. Las amigas de mi hermana, y otras jóvenes con las que me reunía a veces, tenían muchas de ellas unas facciones agradables, yo las observaba y pensaba cómo se podría dibujar esto o aquello; pero tampoco quería solicitarlas, y así, no tuve ocasión de dibujar un rostro vivo, un rostro que tuviera delante de mí. Por tanto, rememoraba las facciones o dibujaba guiándome por las pinturas. Finalmente me hicieron observar que mis esbozos eran siempre de cabezas de muchachas jóvenes. Me quedé avergonzado y empecé entonces a dibujar hombres, ancianos, mujeres, e incluso otras partes del cuerpo, en la medida en que pude disponer de modelos o de vaciados en yeso.

Pese a esas aficiones, a las que según los principios de nuestra casa no se les puso ningún obstáculo, no descuidé mi ocupación principal. Era para mí muy útil moverme en casa entre mis colecciones, pensaba con frecuencia en las palabras del anciano de la Casa de las Rosas, y en contraste con las fiestas a las que me invitaban o incluso con los paseos y visitas de negocios, mis habitaciones eran como una soledad exquisita y valiosa, que yo apreciaba aún más por dar sus ventanas a jardines y a zonas poco ruidosas.

En la ciudad, las amenidades aumentaban conforme se acercaba el final del invierno, y en este aspecto, y a menudo también por otros motivos, me veía obligado a visitar a alguna que otra familia.

En una de estas ocasiones me ocurrió algo que fue para mí lo más interesante de aquel invierno, aparte de mi asistencia a la representación de *Lear*.

Teníamos gran amistad desde hacía años con una familia que residía en el palacio imperial, en el Hofburg. Eran la viuda y la hija de un hombre célebre que en tiempos fuera una influyente personalidad. Como el padre había ocupado un importante cargo en la corte, después de su muerte la hija pasó a ser camarera real, por lo que residía en palacio con su madre. De los hijos varones, uno era militar, el otro miembro de una legación. Cuando la hija no estaba de servicio, a veces la madre reunía un pequeño círculo de invitados en el que se departía, se hacían lecturas en voz alta o se ejecutaban piezas musicales. Cuando la madre tuvo ya más edad, a veces incluso se jugaba a las cartas. Nosotros íbamos con frecuencia a las veladas de esa familia. En aquel invierno yo había retenido más tiempo de lo que permitía la buena educación un libro que me había prestado la madre de la camarera real. Por eso fui allí una tarde a primera hora para entregarles el libro personalmente y pedir disculpas. Cuando, atravesando el camino de elevada bóveda, pasé de la plaza exterior de palacio a la interior, salían del patio, por mi derecha, varios coches que se cruzaron conmigo y me obligaron a detenerme un rato. Había también otras personas a mi lado, y pregunté qué significaban aquellos coches.

—Son altos dignatarios que han venido a presentar sus parabienes al emperador con motivo de su restablecimiento, y él acaba de recibirlos en audiencia —dijo un hombre que estaba a mi lado.

El último de los coches iba tirado por dos caballos negros y en él viajaba un hombre solo. Había colocado el sombrero junto a él, y exponía los blancos cabellos al aire invernal. El gabán estaba un poco abierto y debajo se entreveían condecoraciones. Cuando pasó el coche a mi lado, vi claramente que dentro iba sentado mi antiguo anfitrión, el hombre que me acogiera con tanta afabilidad en la Casa de las Rosas. Pasó rápidamente de largo, como suelen hacer tales carruajes, y tomó la dirección de la ciudad. Salió del palacio por la puerta de los dos gigantes que sostienen la cornisa. Quise preguntar a alguno de mis vecinos quién era aquel hombre; pero como su carruaje había sido el último de los que habían obligado a detenerse a los peatones y el camino se quedó despejado enseguida, todos mis vecinos se habían marchado y los que ahora estaban junto a mí no habían visto de cerca los coches.

Por eso atravesé el patio y subí por la escalera que llaman escalinata de la cancillería imperial.

Encontré sola a la anciana, le entregué el libro y pedí disculpas.

En el curso de la conversación mencioné al hombre que había visto en el coche y pregunté si no sabía quién era. Ella no sabía nada.

—No he mirado por las ventanas —dijo—, hay mucho movimiento en el patio grande y yo no presto atención. No sabía que el emperador hubiese dado audiencia, anteayer aún no se había restablecido del todo. Cuando vivía mi marido, podíamos contemplar siempre la explanada de honor de palacio y, por muchas cosas importantes que ocurrieran allí, todas se repiten cuando se mira por las ventanas muchos años; y al final ya no se mira, y aquí en el interior una lee un libro o hace labor cuando en el exterior están

presentando armas o se oye pasar gente a caballo o ruido de coches. ¿Quién de los que han salido, después de visitar al emperador, estaba en el último coche, Henriette? —preguntó a su hija, la camarera real, que entraba en ese momento.

—Era el viejo Risach —respondió ésta—, ha venido de propósito para presentarse ante Su Majestad y expresarle su alegría por su restablecimiento.

En mi infancia había oído mencionar con frecuencia el nombre de Risach, pero en aquella época prestaba tan poca atención a lo que hace un hombre cuyo apellido oía, que ahora no sabía en absoluto quién era el tal Risach. Por eso hice preguntas con la discreción que se guarda siempre en esos casos y supe que el barón Von Risach no había desempeñado las funciones más altas, pero que en el importante y doloroso periodo del reinado del emperador, que ahora ya era de edad avanzada, había tomado parte activa en las cosas de mayor trascendencia; supe que había trabajado con los hombres que dirigían los asuntos de Europa para solucionar tales asuntos, que gozaba de gran prestigio entre los soberanos extranjeros, que se había pensado que un día llegaría a la cima pero que entonces se había retirado. Por lo visto vivía casi siempre en el campo, pero iba bastante a menudo a la ciudad para ver a alguno de sus amigos. El emperador lo apreciaba mucho, e incluso ahora podía ocurrir que le pidiera consejo en este o aquel asunto. Al parecer había hecho un matrimonio ventajoso, pero había perdido a su mujer. En su conjunto, no se conocía bien su situación.

Todo esto me lo contó la camarera real.

—Ya ves, querida Henriette —dijo la anciana—, la mudanza a que están sometidas las cosas de este mundo. No lo sabes aún, porque eres joven y porque no tienes experiencia. Lo bajo se vuelve alto, lo alto se vuelve bajo, una cosa evoluciona así, otra cosa de otra manera, y una tercera permanece igual. Ese Risach venía a menudo a nuestra casa. Cuando mi padre nos llevaba a pasear en su viejo coche de médico pintado de verde oscuro y de negro, él se sentaba, no una vez sino muchas, en el pescante, o también, cuando viajábamos al campo y no nos veía la gente, iba en pie detrás, como un sirviente, pues el carruaje de mi padre tenía un escalón destinado al lacayo. Apenas éramos unos niños, él era un joven estudiante que tenía pocas relaciones, cuyo origen no sabíamos y por quien tampoco se preguntaba. Cuando estábamos en el jardín de la casa de campo, saltaba al potro con mis hermanos o entre ellos perseguían a los perros hasta el agua o empujaban nuestro columpio. Trajo a tu padre a la casa, como compañero de mis hermanos. No sabíamos entonces quién era más guapo, Risach o tu padre. Pero pasado algún tiempo, perdimos poco a poco el contacto con Risach, no sé por qué, pasaron varios años y yo contraje con tu padre santo matrimonio. Mis hermanos se dispersaron al servicio del Estado, al cabo murieron mis padres, se hablaba mucho de Risach pero nos veíamos poco con él. Tu padre empezó a ejercer sus funciones sobre todo cuando Risach ya se había retirado. Y ahora estoy otra vez aquí, pero en otra parte de palacio, tu padre abandonó este mundo, tú ya no eres una niña, estás al servicio de tu noble y bondadosa señora, y cuando hablábamos de Risach yo pensaba que apenas habían pasado unos años desde que empujaba el columpio en nuestro jardín.

Pregunté si Risach no tenía una propiedad en las tierras altas, en el Oberland. Me dijeron que tenía una, en efecto.

No quise preguntar más, para no tener que contar toda la historia de cómo me había alojado en su casa en aquel verano.

Pero cuando llegué a casa, conté a mi familia durante el almuerzo el encuentro de aquel día. Mi padre conocía muy bien al barón Von Risach. Tuvo trato con él en el pasado, pero hacía mucho tiempo que no lo había visto. La hipótesis de que quien me acogiera en la Casa de las Rosas hubiera sido el barón Von Risach tenía los siguientes puntos de apoyo: si con la velocidad de la marcha no me había equivocado en el parecido, le había visto con mis propios ojos; además, tenía una propiedad en el Oberland, era acaudalado, como lo era también sin duda mi anfitrión, y poseía gran capacidad intelectual, como también parecía tenerla él. Se decidió no seguir indagando en este asunto, ya que mi anfitrión no había querido indicarme su nombre, y dejar las cosas como estaban.

Fuera de esas dos circunstancias, que, al menos para mí, fueron importantes, no ocurrió nada aquel invierno que atrajera especialmente mi atención. Estuve muy ocupado, a menudo hube de recurrir a las horas nocturnas, y así el invierno se me pasó con mucha mayor rapidez que en los años anteriores. Pero, de una manera general, yo estaba muy satisfecho sobre todo con los recursos que una gran urbe ofrece para la propia formación y que fuera de ella no es fácil encontrar.

Cuando los días ya iban siendo más largos, cuando ya se habían calmado las ganas de estar en la ciudad y cuando transcurrían las calladas semanas de cuaresma, pregunté un día a Preborn por qué no me había mostrado a la condesa Tarona, a la que tanto amaba, que al parecer era tan bella y para cuya conquista él

me había pedido ayuda.

—En primer lugar, no es condesa —respondió—, no conozco bien su posición social, su padre ha muerto, y ella vive en compañía de una madre rica; pero sé que no es noble, lo que me agrada porque yo tampoco lo soy; y en segundo lugar, ni ella ni su madre han venido este invierno a la ciudad. Ésa es la causa de que no haya podido mostrártela y de que tú hayas encontrado ocasión de burlarte de mí. Pero, antes que nada, tienes que verla. Todas las que tanto han sido ponderadas este año por su belleza, las que todos han celebrado, las que han deslumbrado, todas ellas no son nada, es decir, son aún menos que nada en comparación con ella.

Le respondí que yo no había querido burlarme sino decirle lisa y llanamente las cosas.

Conforme se acercaba la primavera, me preparaba para mi viaje. Ese año quería partir con antelación, porque, antes de ir a las montañas, me había propuesto hacer una visita a la Casa de las Rosas. Mi equipamiento era cada año más complejo, porque cada vez tenía más experiencia y mis proyectos eran más amplios. Ese año había decidido llevar conmigo utensilios de dibujo más completos e incluso colores. Me ocurría lo que ocurre con todas las costumbres. Si cada otoño anhelaba la vida doméstica, cada primavera me sentía como un ave migratoria que ha de retornar a las regiones que abandonó en el otoño.

Cuando el mes de marzo traía ya a la ciudad días suaves que invitaban a salir al aire libre y a pasear por las murallas, terminé con mis preparativos, y después de despedirme de mi familia con el habitual afecto, una mañana me puse en marcha.

En aquel entonces, y hoy continúa siendo así, yo detestaba alejarme de mi familia por la noche, así como emprender cualquier viaje de noche. Pero en aquel tiempo, las sillas de postas para el Oberland salían por la noche, por eso preferí viajar en un coche de alquiler. Las casas de campo de las afueras, que pertenecían a ricos habitantes de la ciudad, estaban aún sumidas en el sueño invernal. Parte de ellas seguían metidas en su envoltura de paja o de tablas de madera, lo que formaba un gran contraste con el cielo sereno o con las alondras que ya cantaban por doquier. Viajé en coche sólo por las tierras llanas. Cuando llegué a la región de las colinas, dejé el coche y continué viajando, según mi costumbre, en cortas etapas a pie.

De nuevo contemplé por todas partes los monumentos, siempre que me parecían relevantes. He leído alguna vez en alguna parte que el ser humano llega con más facilidad y claridad al conocimiento y al amor de los objetos cuando los ve dibujados y pintados que cuando los contempla directamente, porque la limitación del dibujo le reduce y le presenta más pequeño y aislado todo lo que él, en la realidad, contempla grande y acompañado. En mi caso pareció confirmarse tal aserto. Desde que había visto los dibujos de monumentos en la Casa de las Rosas, entendía más fácilmente las obras arquitectónicas, emitía con más facilidad un juicio sobre ellas, y no comprendía por qué antes no me habían llamado tanto la atención.

El clima de las tierras altas del Oberland era mucho más áspero que el que había dejado atrás en la ciudad. Cuando llegué una mañana a la esquina del hayedo de mi anfitrión, donde las aguas del Aliz desembocan en el Agger, algunos riachuelos estaban aún cubiertos de una corteza de hielo. Al mirarla, la Casa de las Rosas me produjo una impresión muy distinta a la de entonces, cuando la vi como un punto blanco en el verde jugoso y oscuro de los sembrados y de los árboles y bajo un cielo sofocante y ardiente. Los campos, aparte de las franjas verdes de la siembra de invierno, aún tenían los pardos terrones de la tierra desnuda, los árboles aún no habían echado brotes, y el color blanco de la casa se presentaba ante mis ojos como si lo viese sobre un fondo violeta pálido.

Avancé por la carretera, pasé cerca de Rohrberg y llegué por fin al punto donde el sendero conduce colina arriba hasta la Casa de las Rosas. Caminé entre las vallas y los setos desnudos, caminé por el sendero alto que atraviesa los cultivos y al cabo me encontré ante la verja de la casa. Qué distinto era todo ahora. Los árboles, con el ramaje negro o parduzco, se alzaban desnudos en el aire azul oscuro. Lo único verde era la verja del jardín. Sobre los rosales de la casa habían hecho bajar desde lo alto una cubierta de paja de hermoso trenzado. Accioné el tirador de la campana, apareció un hombre que me conocía y me dejó entrar, y fui conducido a presencia del amo, que se encontraba en ese momento en el jardín.

Lo encontré con la misma vestimenta que en el verano, pero hecha con telas más abrigadas. Como de costumbre, tenía descubiertos los cabellos blancos.

De nuevo me pareció que formaba una unidad con su entorno, como me lo había parecido el verano anterior.

Estaban ocupados en limpiar con agua y jabón los troncos de los frutales. Vi también, aquí y allá, peones subidos en escalerillas colocadas junto a los árboles, para cortar las ramas muertas y superfluas. Cuando me marché el verano anterior, mi anfitrión me dijo que le anunciara previamente mi llegada enviándole un

mensajero, a fin de que le encontrara en casa. Pero probablemente no pensó que eso ofrece dificultades, pues normalmente ni yo mismo sé qué cambios podrán sufrir mis planes, ya sea por las condiciones climáticas, ya sea por otras circunstancias. Por tanto no le envié recado y me arriesgué a llegar por sorpresa. Cuando me vio avanzar hacia él, me acogió con la misma amabilidad con que me trató durante mi anterior estancia en su casa.

Dije que si yo le asaltaba en su casa en tan tempranas fechas, no debía culpar de ello a nadie sino a él; pues me había invitado con tanta generosidad que yo no había podido menos de venir antes de que los valles y senderos de la sierra estuviesen tan transitables que pudiese empezar mis actividades.

—Tenemos toda una serie de aposentos para invitados, como usted sabe —dijo—, nos gusta tener invitados y usted ciertamente no está entre los no gratos, como ya le dije el verano pasado.

Quiso acompañarme a la casa, pero dije que ese día sólo había caminado tres horas, que mis fuerzas aún estaban en muy buen estado y que me permitiera quedarme allí en el jardín con él. Sólo le pedí que mandara transportar a mi habitación mi morral y mi bastón.

Sacó del bolsillo la campanilla de plata que llevaba consigo y llamó. El sonido era muy penetrante incluso al aire libre y enseguida llegó de la casa una sirvienta, a la que dio orden de llevar a mi cuarto el morral, del que me había desembarazado entretanto, y el bastón, que entregué a la mujer. Él le dio además instrucciones sobre lo que debía hacer en mi habitación.

Pregunté por Gustav, pregunté por el dibujante de la ebanistería y pregunté también por el viejo jardinero vestido de blanco y por su mujer. Gustav gozaba de buena salud, me respondió, se perfeccionaba en cuerpo y espíritu. En ese momento estaba ocupado en su cuarto de estudio, sin duda se alegraría de verme. El dibujante seguía viviendo como antes y era muy diligente, y por lo que tocaba a los jardineros, ellos ya no cambiaban desde hacía varios años, dijo, y ese año estaban tal como yo los había visto el verano anterior. Pregunté finalmente por la servidumbre, por los peones del jardín y por los empleados de la granja. Todos estaban bastante bien, fue la respuesta, desde mi visita del año anterior nadie había caído enfermo y tampoco había habido motivo mayor de descontento para ninguno de ellos.

Tras intercambiar varias frases de carácter general, en especial sobre el estado de los caminos por los que yo había llegado y sobre el progreso de los cereales de invierno en los campos, se dedicó otra vez al trabajo que allí se realizaba y yo también me puse a observarlo. Cuando él me contó en su día que mandaba lavar los troncos de los árboles, me imaginé muy complicada la cosa. Pero ahora veía que la operación se desarrollaba sin la menor dificultad con ayuda de escalerillas dobles y de planchas de madera. Con los cepillos de largo mango se podía llegar hasta las ramas más altas, y como los obreros estaban firmemente convencidos de la utilidad de esa medida y trabajaban infatigablemente, la operación avanzaba a una velocidad que yo no habría imaginado. En efecto, cuando se veía qué puro y liso se alzaba en el aire un tronco lavado y cepillado, mientras que su vecino estaba aún áspero y sucio, se pensaba que el primero debía encontrarse muy a gusto y el otro muy a disgusto. Me acordé del orgullo con que me habló mi anfitrión el verano anterior, cuando me indicó que contemplara el tronco de aquel cerezo y dijera si su corteza no parecía fina seda gris. Era realmente como seda y tenía que serlo cada vez más, puesto que recibía cuidados año tras año.

Cuando al cabo de un rato regresamos al interior del jardín, vi también otros trabajos. Se sujetaban y ordenaban los setos, debajo de los nidos de aves se preparaban adecuadamente los desbrozos espinosos, en los caminos se reparaban los estragos del invierno, bajo los árboles enanos que ya estaban podados se mullía la tierra y en los más frágiles que tenían rodrigones, se comprobaba si éstos estaban firmemente agarrados o tal vez ya podridos en la tierra. Se volvían a atar cordeles sueltos, en el huerto se removía la tierra, se entreabrían o se cubrían las ventanas de los bancales de invierno, se reparaban las bombas de agua, se clavaban clavos y finalmente, aquí y allá, se limpiaba y colgaba un recipiente para los pájaros.

Me despedí de mi anfitrión, que estaba muy ocupado dirigiendo los trabajos, y paseé a solas por el jardín, por las zonas que yo quería recorrer. Ya había numerosos pájaros, se metían por las ramas desnudas de los árboles, y, aquí y allá, se oía ya un sonido o un trino. De los campos que rodeaban el jardín llegaba, armonioso y puro, el canto de las alondras que remontaban el vuelo. Los dispositivos para dar de comer y de beber a los pájaros eran más visibles debido a la falta de hojas en árboles y arbustos, además les presté más atención que en mi primera visita, puesto que ahora ya sabía de su existencia. Vi varios de los dispositivos que había mencionado mi anfitrión y que estaban destinados a ensartar granos en ellos.

Contemplé también las ramas. Los brotes de las hojas y de las flores estaban ya muy hinchados y aguardaban el momento de abrirse.

Subí hasta el gran cerezo y contemplé el jardín y la casa y, a lo lejos, las montañas. Todo estaba envuelto en un aire azul oscuro, perfectamente sereno. Aquel hermoso día, de los que hay bastante pocos en

esa temprana época del año, fue también lo que había llevado a mi anfitrión a emprender tantos trabajos en el jardín. Bajo el cielo sereno, la tierra yacía aún en solemne soledad. Quise ir también al lugar de descanso junto a los campos; pero el camino, que por la mañana sin duda estuvo helado, ahora se había reblandecido y estaba húmedo hasta muy hondo, de forma que me habría ensuciado mucho y habría sido muy desagradable andar por él. Contemplé un rato las oscuras simientes de invierno y los terrones desnudos de los campos que me rodeaban y luego bajé otra vez por el camino.

Fui a ver a los jardineros. Yo no tuve la impresión de que no habían cambiado, como dijera mi anfitrión. El hombre me pareció más blanco aún. Su cabello ya no se distinguía de la tela de lino. Pero la mujer estaba igual. Procedía sin duda de una familia muy pulcra, porque tenía la casa limpísima y a su anciano marido lo vestía con ropa modesta pero sin una mancha. Él me causó exactamente la misma impresión que el año pasado, como si perteneciera a un oficio muy distinto.

Cuando iba del invernadero a la explanada donde se daba de comer a los pájaros me encontré con Gustav. Vino corriendo hacia mí al tiempo que me llamaba, y me saludó.

El adolescente había cambiado mucho en poco tiempo. Estaba a mi lado, bellísimo, y, frente a aquella hosca naturaleza, que aún no había echado hojas, ni hierba, ni tallos ni flores, sino que, en consonancia con la estación del año, sólo mostraba los pardos terrones, los pardos troncos y las desnudas ramas, era aún más bello, del mismo modo que yo, al dibujar, había notado, por ejemplo, que los ojos de los animales parecen aún más brillantes en cabezas hirsutas y que los delicados rostros infantiles tienen una apariencia aún más delicada si llevan algún tocado de piel. Un rojo suave coloreaba sus mejillas, una profusión de cabello castaño le enmarcaba la frente, y los grandes ojos negros eran como de mujer. Aunque él estaba muy alegre, se diría que había en ellos algo triste y doloroso.

Nos dirigimos a la explanada donde estaba atareado su tutor. Por el camino le hablé de mi familia; de mi madre, de mi padre y de mi encantadora hermana. Le hablé también de la ciudad, cómo se vivía allí, qué esparcimientos ofrecía, qué cosas desagradables tenía y cómo pasaba yo el tiempo en ella. Me dijo que ahora ya estaba con las ciencias físicas, que su padre hacía experimentos con él y que eso le gustaba mucho.

Nos quedamos un rato con el padre adoptivo. Gustav me lo enseñaba todo y me llamaba la atención sobre algunos cambios que se habían producido desde mi estancia anterior.

El almuerzo nos congregó en la casa.

Estando yo sentado frente a mi anciano anfitrión me llamó de pronto la atención, al aparecer los manjares, que tenía una bella dentadura. En su boca se veían unos dientes compactos, blancos, pequeños y cubiertos de una fina capa de esmalte, y no faltaba ninguno. Las mejillas, por estar él mucho tiempo al aire libre, tenían un saludable color bermejo, sólo su cabello me pareció, como los el jardinero, aún más cano.

Después de la comida me retiré un poco a mi habitación. La habían preparado cuidadosamente para darle un aire acogedor y en la estufa ardía un fuego bienhechor.

Por la tarde fuimos a la ebanistería. Eustach salió de su puesto de trabajo y me saludó muy alegre y yo respondí a su saludo de todo corazón. Los otros operarios también dieron muestras de que me reconocían. Primero miré las cosas sólo de paso y de un modo general. La mesa tan hermosa estaba muy avanzada; pero aún faltaba mucho para terminarla. Había algunas nuevas adquisiciones. Me las enseñaron y me indicaron en lo que podían quedar convertidas. También habían hecho proyectos de trabajos propios, y me expusieron con brevedad las ideas básicas. Pedí permiso a Eustach para hacerle alguna visita durante mi estancia. Me lo concedió muy gustoso.

Tras esa visita dimos un largo paseo, aunque los caminos se hallaban en pésimo estado. Cuando hablé de que ya había visto los pájaros en el jardín, dijo mi anfitrión:

—Si estuviera usted más tiempo con nosotros, conocería la historia de la vida de esos animales. Los que se han quedado ya empiezan a animarse, los que se marcharon van llegando poco a poco y son recibidos con algarabía. Se arremolinan ante el comedero y se despachan hasta que se han repuesto de la penuria que han padecido en tierra extraña; porque allá difícilmente habrán encontrado un padrino que se encargue de alimentarlos.

A partir de entonces son cada vez más efusivos y cantan cada día mejor. Luego empiezan las caricias en las ramas y se persiguen. A continuación viene la vida doméstica. Toman precauciones para el futuro y portan consigo unos colgajos inverosímiles para construir el nido. Yo hago arrancar para ellos todo tipo de briznas, pero no siempre las aceptan sino que a veces veo a alguno tirando con el pico de una paja fangosa. A continuación viene el tiempo de trabajar, como nos ocurre a nosotros al llegar a la edad adulta. Entonces, los pájaros juguetones se vuelven serios, se dedican sin cesar a alimentar a las crías, a educarlas e instruirlas para que adquieran la capacidad de trabajar seriamente, sobre todo, de emprender el largo e inminente viaje. Hacia el otoño viene de nuevo un periodo de más libertad. Entonces tienen una especie de verano

tardío y juguetean un poco hasta que se marchan.

Cuando regresamos del paseo y cayó la tarde nos reunimos junto a la chimenea del comedor en la que ardía un alegre fuego. También fueron a buscar a Eustach, y vino asimismo el jardinero de ropa y cabello blanco y explicó los progresos que habían hecho las plantas en los bancales de invierno y en los invernaderos. Katharina, el ama de llaves, ponía de vez en cuando una bebida caliente sobre una mesita.

A la mañana siguiente me dirigí a la habitación donde se guardaba la comida para los pájaros, con el fin de observar a mi anfitrión, que estaba allí. Buscó en los cajones los diversos tipos de alimentos, abrió después las ventanas y puso la comida sobre las planchas de madera. Se quedó de pie ante la ventana y yo con él. Y sin embargo los pájaros llegaron haciendo curvas o en línea recta. No le tenían miedo porque reconocían a su alimentador, y a mí tampoco porque estaba junto a él. Se apelotonaban, picoteaban, trinaban y a veces hasta retozaban entre ellos.

—A finales de la primavera y en verano me gusta mucho dar a las hembras una suculenta propina —dijo — porqué a veces hay entre ellas alguna madre en apuros. Los que comen tan presurosos y al mismo tiempo tan asustados son de fuera. Nunca se acercarían bajo ningún concepto a un ser humano si no los forzara a ello el hambre más cruel. En inviernos duros, ya he visto sobre estos comederos las aves más extrañas.

Cuando todo había pasado y ya no llegaban más comensales, cerró las ventanas.

Desde aquel cuarto subí al desván de la casa porque él había dicho que ahora también ponían comida fuera del jardín a las liebres y que desde allí arriba se las podía ver. Añadió que esos animales sólo disponían de los míseros cereales de invierno y de los desbrozos de las coníferas, por lo que había que contribuir un poco. Nada más alejarse la criada después de haber esparcido las hojas, se acercaron unas liebres. Sujeté un catalejo a una viga, y era divertido el espectáculo sobre el que Gustav me llamó la atención: en la visual del catalejo estaba plantada una liebre gigantesca, que miraba con ojos de susto la sospechosa comida y movía deprisa el hocico como si ya la comiera. Después de haberla visto yo también, bajé la escalera y fui con Gustav a la habitación en la que estaban los aparatos para el estudio de la naturaleza.

Pero ahora, por lo pronto, había que tomar el desayuno. En invierno se desayunaba siempre en la habitación de los aparatos científicos, porque como se pasaba una parte de la mañana en las propias habitaciones no se quería bajar expresamente para eso al comedor, y también porque a esa misma hora se limpiaban y aireaban las otras habitaciones del anciano, o sea, el gabinete de estudio y el dormitorio.

Mi anfitrión ya estaba esperándonos a Gustav y a mí, pues él no había subido con nosotros al desván. La pieza estaba suavemente temperada, y cerca de la chimenea había una mesa ya puesta y provista de todos los utensilios para preparar un agradable desayuno. Él estaba en un espacio despejado, y a su alrededor se encontraban los instrumentos científicos.

Cuando estábamos de sobremesa, después del desayuno, cuando un placentero calor llenaba la habitación, cuando brillaban el cobre, el vidrio y la madera de los más diversos instrumentos por el reflejo del sol matinal que entraba por las ventanas en línea perfectamente oblicua, dije a mi anciano anfitrión:

—Es curioso: cuando regresé de su propiedad a la ciudad y a sus afanes, en el recuerdo, esta quinta de usted se me antojaba como de cuento, y ahora que estoy aquí y me veo rodeado de esta quietud, la quinta me parece real y la vida de la ciudad, de cuento. Lo grande se me vuelve pequeño, lo pequeño, grande.

—Seguramente ambas cosas, y todo el resto, pertenecen a la totalidad de la vida, que es hallar la plenitud y la felicidad —respondió—. Los seres humanos se buscan la desgracia porque desean y ponderan una sola cosa, porque, para saciarse, se precipitan en una sola dirección. Si tuviéramos orden en nosotros mismos, entonces nos deleitaríamos mucho más con las cosas de este mundo. Pero si hay en nosotros un exceso de deseos y afanes, entonces sólo prestamos atención a éstos y somos incapaces de percibir la inocencia de las cosas exteriores a nosotros. Por desgracia las calificamos de importantes cuando son objeto de nuestras pasiones y de poco importantes cuando no tienen relación con éstas, mientras que a menudo puede ser al revés.

Entonces aún no entendí bien estas palabras, era muy joven y a menudo también yo oía hablar sólo a mi propio interior, no a las cosas que me rodeaban.

Hacia mediodía llegó la maleta que había mandado traer a la Casa de las Rosas. La deshice y enseñé a Gustav, que había venido a verme, varios libros, dibujos y otras cosas que contenía, y me instalé cómodamente en mi cuarto.

Así pasaron varios días.

En aquella casa todos gozaban de independencia y podían dedicarse a sus propias tareas. El reglamento interior de la casa era el único vínculo de unión. Incluso Gustav actuaba con entera libertad. La ley que regulaba sus trabajos había sido dada una sola vez, era muy sencilla, el joven la había hecho suya, tuvo que

hacerla suya porque era juicioso, y, así, vivía en conformidad con ella.

Gustav me pidió una vez con insistencia que asistiera un día a su clase de ciencias naturales. Yo se lo dije a mi anfitrión, y éste no tuvo nada que oponer. De modo que estuve presente en esa clase, y no sólo una vez sino varias. Mi anciano anfitrión estaba sentado en una butaca y hablaba. Describía un fenómeno, hacía ese fenómeno bastante inteligible, lo presentaba, cuando ello era posible, con los instrumentos de su colección, y cuando no era posible, trataba de representarlo con un dibujo o con símbolos. Luego contaba por qué vías los hombres habían llegado a conocer tal fenómeno. Cuando había concluido con eso, hacía lo mismo con otro fenómeno afín. Y cuando había explicado un grupo de fenómenos análogos que le parecía suficiente, destacaba lo que era igual en todos ellos y presentaba el fenómeno básico o la ley. Ese género de enseñanza no tomaba como base un libro determinado, sino que Gustav escribía más tarde de memoria lo que le había sido contado, el anciano lo corregía después en presencia suya, y así, el muchacho no sólo acababa teniendo un manual de ciencias naturales sino que aprendía la materia por el solo hecho de escribirla y corregirla. Lo que Gustav había asimilado era vuelto a tratar de vez en cuando en una suerte de amigable coloquio. El lenguaje empleado en las clases era siempre tan sencillo y claro que, en mi opinión, un niño tenía que comprender esas cosas. Fue entonces cuando me di verdaderamente cuenta de la impropiedad con que muchos preceptores de la ciudad proceden en esa ciencia, que ellos, por decirlo así, revisten de un grotesco lenguaje científico que no puede entender un colegial, y que mezclan hasta tal punto con las matemáticas que ambas ciencias ya no existen de por sí y tampoco constituyen una unidad. Vi que Gustav también aplicaba la aritmética a las ciencias naturales, pero, cuando lo hacía, yo me percataba de que siempre lo hacía de modo competente y claro y de que nunca consideraba la aritmética como lo principal, sino que la ponía siempre al servicio de la naturaleza. Por mis propios trabajos anteriores, yo juzgaba que él también había tenido que recibir una sólida enseñanza en esa materia. Le pregunté una vez a ese respecto y supe que en eso también le había dado clases su tutor.

Después asistí a la clase de geografía. Me llamó en ella la atención que se usaran mapas dibujados todos a la misma escala, de forma que Rusia estaba en un mapa grandísimo, Suiza en uno pequeñísimo. Me convenció la finalidad de esa medida, con la que, dada la viva imaginación de los adolescentes, se pretendía dejar grabada para siempre en ellos la imagen de las proporciones. Recordé en esa ocasión que, siendo niños, habíamos apostado alguna bagatela sobre la cuestión de si Filadelfia no estaba casi tan al sur como Roma, lo que la mayoría negó entre risas. Un mapa que trajeron mostró que estaba situada más al sur que Nápoles. En general dijeron entonces también las personas mayores que estaban presentes que ese error de los niños debía de tener su origen en las proporciones de espacio por las que se regían nuestros mapas. Los mapas que usaba Gustav habían sido confeccionados por el dibujante de la ebanistería, de acuerdo con los mapas de los llamados atlas.

Pregunté a mi anfitrión si Gustav también estudiaba historia, a lo que él respondió:

—Con jóvenes escolares se empieza muy a menudo con la historia y con la geografía al mismo tiempo; pero creo que en eso no se tiene razón. Si en la geografía no se toma sólo en consideración la división histórica de la tierra y de los países, cosa que yo también tengo por un error, sino que se examinan las formaciones constantes de la tierra en las que han surgido diversos pueblos, precisamente por el influjo de ellas, la tierra es un objeto natural y la geografía, en gran parte, un elemento integrante de la ciencia de la naturaleza. Pero, si he de comparar a la naturaleza y a los hombres, las ciencias naturales son mucho más tangibles para nosotros que las ciencias humanas, porque es posible colocar y observar fuera de uno mismo los objetos de la naturaleza, mientras que los objetos de los hombres permanecen ocultos para nosotros debido a nosotros mismos. Se pensaría que lo contrario es lo que ocurre, que se conoce uno a sí mismo mejor que lo ajeno, y muchos lo creen, en efecto; pero no es así. Como ya he dicho, los hechos humanos, y hasta los hechos de nuestro propio interior, permanecen ocultos para nosotros, o al menos enturbiados, debido a las pasiones y al egoísmo. ¿No cree la mayoría de la gente que el hombre es la cima de la Creación, que es lo mejor de todo, mejor incluso que lo inexplorado? ¿Y no piensan quienes son incapaces de salir de su yo que el universo, incluidos en él los innumerables mundos del espacio eterno, es sólo el escenario del yo? Y sin embargo es seguramente muy distinto. Creo por eso que Gustav debe pasar al estudio de las ciencias humanas cuando haya terminado con el estudio de las ciencias de la naturaleza, y que debe observar más o menos este orden: anatomía, psicología, lógica, moral, derecho, historia. Y a continuación, puede leer algo de los libros de la llamada sabiduría universal, pero después ha de salir él mismo a la vida.

Para las clases de Gustav había unas horas fijas, a las que nunca faltaba el anciano, otras horas estaban destinadas al trabajo personal, que Gustav llevaba a cabo muy a conciencia. El resto del tiempo era para ocupaciones de libre elección.

En esas horas estábamos a veces en el gabinete de lectura. A menudo acudía también mi anfitrión y en ocasiones Eustach o algún que otro operario. Allí estaban preparados, elegidos por su preceptor, los libros que podía leer Gustav. Él los consultaba con asiduidad, pero yo nunca veía que buscara otros. Eustach y los otros empleados podían elegir libremente y, como es natural, yo también. Cuando estuve por primera vez en aquella casa, me pareció mal que el gabinete de lectura estuviera separado de la biblioteca, para mí eso era un rodeo y una pérdida de tiempo. Pero al estar ahora más tiempo en casa de mi anfitrión, comprobé que mi opinión había sido equivocada. El hecho de que en la biblioteca no ocurriese nada, que allí sólo hubiese libros, equivalía a una consagración, los libros adquirían una importancia y una dignidad, la habitación era su templo, y en un templo no se trabaja. Tal distribución es también un homenaje al espíritu, que está contenido de modo tan diverso en esos papeles y pergaminos impresos o manuscritos. En el gabinete de lectura, por su parte, se transmite el empleo real y agradable de ese espíritu, cuya magnitud se adapta a nuestra necesidad inmediata y terrestre. El aposento es además muy acogedor y apto para la lectura. Entra un sol agradable, hay unas cortinas verdes, hay asientos y muebles que invitan a leer y a escribir. Ahora hasta me parecía bien la obligación de reintegrar cada libro a su sitio de la biblioteca una vez transcurrido el tiempo de su consulta; eso forma el espíritu en el orden y en la pulcritud y es para los libros como el cuerpo de la ciencia, el sistema. Cuando ahora recordaba otras bibliotecas que había conocido, donde había escalerillas, mesas, sillas, bancos, y sobre todo lo cual se veían libros, papeles, recados de escribir y hasta utensilios de limpieza, tales bibliotecas me parecían iglesias en las que se comercia con trastos viejos.

También iba a menudo a la ebanistería, a ver a Eustach. Uno de los primeros días de cielo despejado me llevé todos los dibujos, con su permiso, y los examiné de nuevo, sin prisas y con gran detenimiento. Apenas pude creer cuánto me habían hecho progresar mis prácticas de dibujo del invierno anterior. Ahora comprendía mucho de lo que encontraba allí mejor que durante el verano, y también me gustaban más casi todas las cosas. Le enseñé a Eustach algunos de mis dibujos, sobre todo dibujos de plantas, de los que esta vez había traído un gran número en la maleta. Durante mi primera estancia sólo llevaba en el morral algunos escritos, un catalejo y otras cosas que caben en un saco tan pequeño, pero ningún dibujo. Él halló gran deleite en esas cosas; pero era curioso ver que no miraba los dibujos de plantas con los ojos del botánico, de la persona que entiende de plantas, sino como arquitecto que puede hacer uso de esas formas. Él intentó después dibujar directamente a partir del modelo real, pero entonces fue aún más evidente la diferencia con el botánico: poco a poco, debido a imperceptibles aditamentos, los dibujos se convirtieron, de plantas, en bellas decoraciones. Además solía elegir modelos que estaban, o que podrían estar, en estrecha relación con su oficio. En cuanto a las otras cosas en las que se trabajaba en la ebanistería, él me lo enseñaba todo y me explicaba mucho, siempre que yo le pedía una aclaración. También en eso creí haber hecho progresos desde el verano anterior, sobre todo porque sin duda yo había observado con más detenimiento y retenido en la memoria los objetos que poseía mi padre, con el fin de transportar hasta aquí sus imágenes y poder compararlas con lo que aquí había. Las formas penetraban ahora con más facilidad en mi ser, muchas cosas me gustaban más que en el verano anterior, y me percataba de muchos detalles a los que entonces no prestaba atención. A veces nos instalábamos en la acogedora habitación de Eustach, cuando el sol de la mañana entraba suavemente por las cortinas cerradas, y departíamos sobre toda suerte de temas.

Por las tardes, en especial cuando estaba nublado y la actividad al aire libre no podía prolongarse mucho, nos reuníamos en el gabinete de estudio de mi anfitrión. Cuando por la tarde todo estaba ya muy bien ordenado y se tenía más tiempo, esa habitación era el punto de encuentro del pequeño grupo, cuando a veces nos reuníamos. Mi anciano anfitrión había hecho de ese aposento una pieza muy acogedora, aunque apropiada para estar solo, pues él de todos modos, cuando no reunía expresamente personas a su alrededor, amaba la soledad. Junto a su sillón tenía un cordón que, a través del pavimento, llegaba hasta la habitación de la servidumbre, para poder llamar así deprisa a un criado. En el dormitorio había algo parecido. Además del cordón habitual había a los lados de la cama dos láminas de metal que, por muy suavemente que se posara la mano sobre ellas, ponían en movimiento una campana de fuerte y prolongado sonido, a fin de que, si le ocurría algo al anciano, se corriera enseguida en busca de ayuda. Dos criados tenían siempre las llaves de sus habitaciones, para poder abrir desde fuera incluso de noche. Esos dispositivos eran un invento de Eustach, porque el anciano no quería verse coartado por la servidumbre, es más, ni siquiera quería tenerla cerca, para no ser molestado. Tampoco permitía que Gustav durmiera en un cuarto contiguo al suyo, para no acostumbrarse a él y echarle después de menos cuando el joven tuviera que marcharse un día. Cuando se estaba reunido en el gabinete de trabajo de mi anfitrión, se hablaba por lo general de asuntos de la finca, de reformas necesarias, de trabajos que había que emprender y de temas artísticos. Allí se llevaban

los planos y los esbozos de las cosas que, o bien se quería ejecutar en madera, o bien concernían a las instalaciones del jardín o a reformas en los edificios. Estaba bien llevar esos bocetos precisamente a aquella habitación, porque allí encontraban un entorno excelente y muy bello, y por eso, cualquier falta o insuficiencia que pudiera haber en el esbozo, se hacía evidente enseguida y podía ser corregida. El día en que acudían varias personas a la habitación del anciano, siempre se extendía una alfombra sobre el valioso pavimento, para que éste no sufriera daños.

Cuando había caminos secos, íbamos muchas veces a la granja. Allí se trabajaba con afán en las tareas que trae consigo el inicio de la primavera. Todo estaba muy avanzado en cuanto a orden y a abundancia, desde mi estancia del año precedente. Debían de haber trabajado con ahínco hasta muy entrado el otoño e incluso en invierno, en la medida en que eso era factible. En el interior del patio no estaba sólo el bonito pavimento que discurría junto a los edificios y la limpia arena esparcida por todo el patio, sino que en el centro de éste había un pequeño surtidor de tres chorros que caían en un estanque, y unos macizos de flores alrededor. Todo eso estaba circundado por las luminosas ventanas que daban al patio. Así, esa parte del edificio, aunque dos alas del patio eran establos y graneros, aparecía como una noble residencia. Pregunté a mi anfitrión si había hecho levantar nuevas paredes, puesto que yo veía la granja mucho más perfecta que el año anterior y además era más hermosa que las construidas en la región.

—No he levantado muros —respondió— sólo he procedido a los últimos embellecimientos exteriores, y he agrandado las ventanas, la estructura existía ya. Las casas de labranza y las grandes granjas de nuestra comarca no son unos edificios tan feos como usted piensa. Pero siempre están construidas hasta un determinado estadio, no más; falta el último toque, la última mano, porque eso mismo falta también en el corazón de los habitantes. Yo me he limitado a hacer esto último. Si aumentasen los ejemplos, cambiarían en la región las ideas sobre el necesario aspecto y la habitabilidad de las casas. Esta casa quiere ser un ejemplo de ese género.

Los caminos en el entorno de la granja y de sus prados y cultivos tampoco eran ya como lo fueran en su mayor parte el verano anterior. Eran de firme duro, tenían un revestimiento de cuarzo blanco y estaban muy claramente delimitados.

Cuando hacía bueno en las primeras horas de la tarde, que eran ya cada vez más suaves, me gustaba sentarme en el banquito que circundaba el gran cerezo, y contemplaba los árboles desnudos de hojas, los campos recién rastrillados, los verdes bancales con las simientes de invierno, los prados que ya despuntaban y, a través del vapor que a comienzos de la primavera suele despedir la tierra, las altas cumbres, que todavía jugaban con el resplandor de la nieve que aún yacía sobre ellas en masas gigantescas. Gustav buscaba mucho mi compañía, seguramente porque entre todos los habitantes de la casa yo era el más próximo a él en edad. Por eso le gustaba sentarse conmigo en el banquito. Algunas veces íbamos más lejos, hasta el descansadero que había junto a los cultivos, y me enseñaba un arbusto que empezaba a florecer, o un punto soleado en el que aparecía el primer verdor, o unas piedras en torno a las cuales ya jugueteaban insectos precoces.

Un día descubrí en los armarios de colecciones de muestras un surtido de todas las maderas de la región. Eran piezas en forma de cubo, dos de cuyas superficies estaban talladas contra la dirección de las fibras y las otras siguiendo esa dirección. De las cuatro superficies, una era áspera, la segunda lisa, la tercera pulimentada y la cuarta conservaba la corteza. En el interior de los cubos, que estaban huecos y podían abrirse, se hallaban las flores secas, los trozos del fruto, las hojas y otras curiosas partes accesorias de la planta, por ejemplo, los musgos que suelen crecer en ciertos lugares. Eustach me dijo que el viejo amo —así llamaban todos los habitantes de la casa a mi anfitrión, sólo Gustav le llamaba tutor— había reunido la colección e ideado esa disposición. Por deseo del viejo amo había que hacer otra y regalársela a la escuela de artes y oficios.

Su extraño atuendo y su costumbre de ir siempre destocado, cosas ambas que me llamaron mucho la atención al principio, ya no me extrañaban nada al final, es más, aquello armonizaba muy bien con el entorno, tanto de sus habitaciones como de la población de la comarca, entre la que él no destacaba como un personaje ilustre, sino que vivía en pie de igualdad con ella, y a su vez, por otra parte, se distinguía, en efecto, como un elemento autónomo. En cuanto a mí, me di cuenta de que muchas cosas que teníamos por elegantes no lo eran, y menos que nada la levita y el sombrero de copa de los hombres.

Una vez me llevaron, a instancias mías, a las habitaciones que parecían amuebladas para mujeres. Me gustaron mucho otra vez, sobre todo la última, la pequeña, a la que ahora di el nombre de «la rosa». Allí uno podía sentarse, soñar y contemplar el paisaje por la bonita ventana. Es evidente que no pregunté por el empleo de esas habitaciones.

Le hablé a menudo a mi anfitrión de mi padre, de mi madre y de mi hermana. Le hablé de la

organización de nuestra casa y le describí varias veces, con la mayor precisión posible, las cosas que tenía mi padre en sus habitaciones y que eran tan importantes para él. No dije mi apellido y él tampoco me lo preguntó.

Yo seguía ignorando su nombre, aunque ahora ya llevaba más tiempo en su casa. Nadie lo nombró nunca al azar, y como él no lo decía de propio impulso yo, por principio, no quería preguntárselo a nadie. Lo más fácil habría sido enterarme a través de Gustav o de Eustach; pero a esos dos quería preguntárselo menos que a nadie, al que menos, a Gustav, que hablaba incesantemente y con toda naturalidad de su tutor. Aquel hombre era muy bueno, muy afectuoso y muy amable conmigo, no decía su nombre, yo tampoco podía dar por hecho que él creía que yo lo sabía; por eso decidí no preguntar por el nombre del dueño de la Casa de las Rosas, ni siquiera cuando me encontrase muy lejos de aquel lugar.

Poco a poco el tiempo cambiaba, cada vez más y cada vez más poderosamente. Los días eran mucho más largos, el sol calentaba mucho, los periodos en los que el cielo aparecía límpido y sin nubes eran ya más largos que aquellos en los que estaba nublado o nebuloso, la tierra germinaba, los árboles echaban brotes, en los rosales de delante de la casa se trabajaba con gran diligencia, todo era alegre, y la primavera había llegado en toda su plenitud. Ése era el tiempo en que debía marcharme, tal como lo había decidido ya mucho antes. Se lo recordé a mi anfitrión y cuando había tomado medidas para que transportaran mi maleta se fijó el día de la partida.

Antes habíamos acordado también que yo organizaría mis trabajos de manera que pudiera retornar en la época de la floración de las rosas y quedarme otra vez por un periodo bastante largo en la casa. Como veía que me acogían gustosos y que, en lo relativo a los recursos externos, no era una carga en aquella casa, y como además, en mi corazón, había tomado afecto a aquel lugar, tal acuerdo era totalmente de mi agrado. Pero yo tendría que emprender el camino de vuelta desde los valles montañosos, dijo mi anfitrión, cuando allí las rosas apenas tuvieran capullos, porque aquí debido a la mejor calidad de la tierra y a los mejores cuidados florecían antes que en todas las otras comarcas. Asentí y así todo quedó claro.

La víspera de mi partida regresó el hermano de Eustach. Aparentaba veintitantos años, era alto y apuesto, tenía la tez tostada, el pelo oscuro y rizado y los labios un poco abultados. Mi sensación fue la de haber visto a ese hombre ya varias veces durante mis viajes. Traía en su álbum muchos y, en parte, bellos dibujos que todos examinaron con interés. Ahora pasarían a papel de mayor formato y su ejecución sería desde una perspectiva artística.

Después de haber estado una última vez en la granja la tarde anterior a mi partida, después de haber ido a ver por la mañana de ese mismo día a Eustach y a los jardineros, después de haber dicho adiós a los habitantes de la casa y haberme despedido delante de la casa de mi anfitrión y de Gustav, bajé por la colina y ya oía, procedente del jardín y de los setos y de los sembrados, el potente canto primaveral de los pájaros.

7. EL ENCUENTRO

Cuando caminaba hacia mi lugar de destino dibujé una bella estatua que encontré en el nicho de un muro en ruinas. Para ello saqué el libro de esbozos del morral en el que ahora lo llevaba siempre. Ésa fue la única interrupción y la única parada en aquel viaje.

Llegado a mi destino, lo primero que hice fue distribuir mi tiempo mejor que antes. Tuve que admitir en mi fuero interno que la manera de organizar la jornada en la Casa de las Rosas iba a influir mucho en mí. Como allí el tiempo era un bien muy apreciado y se hacía un uso muy cuidadoso de él, empecé a trabajar, con mucho más orden que hasta entonces —si bien hasta entonces no podía hacerme grandes reproches a ese respecto— y durante un periodo determinado de tiempo, con vistas a un único objetivo, mientras que antes me dejaba llevar por impresiones del momento, cambiaba a menudo de objetivo y, aunque ponía empeño y afán en mi tarea, el resultado no siempre era proporcional al esfuerzo. Ahora me propuse explorar un espacio determinado y en su recorrido no dejar sin examinar nada esencial, pero tampoco dejar nada para una ocasión más oportuna, de manera que, si no llegaba a terminar con esa zona antes de la floración de las rosas, al menos tuviese realmente concluida la parte que había dado por terminada y estuviese en circunstancias de presentar resultados perfectamente delimitados. Ya al poco tiempo de haber comenzado con el trabajo vi que me había propuesto un espacio demasiado amplio; pero también vi ya muy pronto que el espacio más reducido que podría abarcar me garantizaba un éxito mayor que si, como en el pasado, trataba de prestar atención a todo durante un periodo de tiempo más largo. Se sumaba a ello que sentía cierta satisfacción al ver que, pieza por pieza, todo se iba ensamblando de un modo ordenado, mientras que antes disponía más bien de un material interesante pero caótico, que no llegaba a adquirir una forma y una estructura.

Mis cajas se llenaban y la fila de ellas iba aumentando. El nuevo sistema también dio una base más sólida a mis guías y a mis peones, y creció su confianza en mí. Empecé a sentir afecto por ellos, afecto que se vio correspondido, de forma que fue surgiendo más y más una risueña vida en común, y el trabajo era agradable y, por eso, también provechoso. A menudo, cuando por las noches estábamos en el comedor del albergue sentados en torno a la gran mesa rectangular de madera de arce, o cuando, en días más calurosos, dejábamos las tablas muertas de la mesa y nos sentábamos fuera, bajo los arces vivos y rumorosos, en torno a los cuales había una mesa corrida en madera de picea, y a los que daban las numerosas ventanas de la posada, recapitulaban entre ellos lo que había ocurrido aquel día, lo que había ocurrido en los últimos quince días, cuánto habíamos liquidado, así se expresaban ellos, y cuánta montaña habíamos reunido. Pronto empezaron también a comprender las cosas a su manera, a hablar y a discutir sobre lo que ocurría en los montes y a imaginar que yo, si podía recordar de dónde procedían todas las piezas que recogíamos y si era capaz de medir la altura y el volumen de las montañas, podría colocar esas montañas, en pequeño, sobre un prado o sobre un sembrado. Les dije que eso era uno de mis objetivos y que, aunque no fuese posible reunir las montañas sobre un prado o sobre un sembrado, sí se las podía dibujar sobre papel y pintarlas con tales colores que todo el que entendiera de esas cosas tuviera ante la vista las mismas montañas con todos sus componentes. Por eso, continué, no sólo retenía en la memoria el lugar de procedencia de las piezas y su forma de existencia en los montes sino que también lo ponía por escrito para que no cayera en el olvido, y además colocaba en esas piezas unas etiquetas en las que estaba indicado todo lo necesario. Esas piezas, puestas por su orden, eran después, dije, la prueba de lo que estaba pintado sobre el papel, sobre el mapa, que era el nombre que se daba a aquel objeto. Ellos dijeron que aquello estaba muy bien pensado; porque si uno necesitaba una piedra o lo que fuese para construir una casa o para algo parecido, podía leer en ese mapa dónde se la podía encontrar. Les dije que otra finalidad consistía en poder deducir de lo que había en las montañas cómo habían surgido éstas.

Las montañas no habían surgido, dijo uno, sino que estaban allí desde la creación del mundo.

—También crecen —dijo otro—, todas las piedras crecen, todos los montes crecen como las otras criaturas. Eso sí —añadió porque le gustaba ser un poco socarrón—, no crecen tan deprisa como las esponjas.

Así discutían a menudo largo y tendido sobre esta materia, y así hablábamos entre nosotros sobre nuestros trabajos. Por el simple contacto con las cosas de las montañas y por el hecho de mirarlas muchas veces, poco a poco aprendían más cosas, y cosas menos equivocadas, y a menudo se reían de alguna idea u opinión errónea que habían tenido antes.

Mi diario con los apuntes destinados a fijar un orden era cada vez más extenso, las hojas se multiplicaban y dejaban entrever la posibilidad de llevar a cabo una recopilación detallada y sistemática de la materia cuando llegaran las jornadas invernales o los días en que se tenía más tiempo libre.

Los domingos o en otros momentos en que el trabajo apremiaba menos, podíamos entregarnos a actividades placenteras o al descanso reparador.

Un día encontramos un trozo de mármol, que, eso me pareció, aún no tenía mi anfitrión en su Casa de las Rosas. Era una mezcla delicada y armoniosa del blanco más puro, del rosa y del amarillo dorado. Su variedad es una de las más raras y allí aparecía en un bloque tan grande como yo no había visto jamás. Decidí regalar ese mármol a mi anfitrión. Traté de adquirir un derecho de propiedad sobre él, y, cuando lo conseguí, me dispuse a extraer la pieza, en la medida en que su compacidad era uniforme, y a hacer que la tallaran y le dieran la forma más adecuada. Resultó que de aquel material se podía fabricar un bello tablero de mesa. De los fragmentos que quedaron sueltos, me llevé varios de los mejores, para que me confeccionaran con ellos diversos objetos de recuerdo. Uno mandé tallarlo en forma de losa y pulirlo después para que mi anfitrión viera perfectamente el dibujo y el color del mármol.

Así pues, ya tenía superada una etapa cuando en los valles empezaron a aparecer los botoncitos de las rosas, e incluso en el espino albar, que crecía en los cercados o entre las piedras de los montes, iban transformándose los pequeños brotes en la bella pero sencilla flor que es el ancestro de nuestras rosas. Decidí por eso emprender el viaje a la casa de las rosas. Apenas he hecho nunca con tanto placer los preparativos para volver a casa después de un largo verano como los hice esta vez, tras un trabajo bien organizado, para viajar a la casa de las rosas y disfrutar allí de una agradable temporada de campo.

Una tarde subí a la casa y encontré los rosales, no en floración, pero tan repletos de capullos que en días ya no muy lejanos había que esperar una profusión de flores.

—Cómo ha cambiado todo —dije al propietario después de saludarle—; cuando me marché de aquí en primavera, todo estaba aún falto de vida, y ahora la hojas, las flores y los perfumes tienen casi la misma exuberancia que el año pasado, cuando vine por primera vez a esta casa.

—Sí —replicó—, somos como el hombre rico que no puede calcular sus tesoros. En primavera uno conoce personalmente cada una de las primeras hierbecillas que afloran de la tierra, se observa cuidadosamente cómo medran, hasta que ya son tantas que uno deja de ir a verlas, ya no se piensa cuánto les ha costado despuntar, y se llega al extremo de convertirlas en heno y no se tiene en cuenta que han salido este año, sino que se actúa como si siempre hubiesen estado en ese mismo lugar.

Me habían preparado una vivienda propia y me llevaron a ella. Eran dos piezas a la entrada de la galería de las habitaciones para invitados, y habían quedado convertidas en una unidad mediante la puerta abierta entre ambas. Una de ella era de considerables dimensiones y en su origen estuvo destinada a albergar al mismo tiempo a varias personas. Ahora habían retirado de allí los antiguos muebles, en sus paredes había mesas y estantes, y en el centro habían puesto una mesa alargada para que yo desplegase sobre ella las cosas que pudiera haber traído de las montañas. La otra pieza era más pequeña y estaba amueblada como alcoba y gabinete de estar. El anciano me entregó las llaves. También me enseñaron, en la cabaña de ligera construcción y con paredes de obra que estaba situada no muy lejos de la ebanistería, en la linde occidental del jardín, y que en otro tiempo se utilizó para trabajar la piedra, una habitación que habían vaciado y en la que podría meter hasta nueva orden los objetos que hubiese reunido. Si necesitase más, se podría dejar más espacio libre, puesto que ahora ya casi se había terminado de trabajar la piedra y raras veces había que serrar, que tallar o que pulir. Me emocionaron tanto esas atenciones que casi no pude dar las gracias por ello. No comprendía qué méritos había contraído yo con aquel hombre o con su entorno para que él tomara tales disposiciones. Una cosa me servía de alivio: el ver, por tales disposiciones, que yo no era importuno en aquella casa, porque de lo contrario no las habrían tomado. La conciencia de ello prometía darme mucha más libertad de movimientos en aquel lugar. Al cabo, expresé mi agradecimiento, que fue aceptado gustosamente.

Cuando hube dejado en mis habitaciones mis efectos de viaje y se puso fin a las conversaciones preliminares, quise dar un paseo exploratorio por el jardín. Salí por la puerta lateral de la casa y cuando

llegué al pequeño terreno cercado que hay allí se acercó a mí el gran perro guardián meneando el rabo. Cuando vi que el viejo *Hilan* me reconocía y me saludaba, me alegré como un niño porque tuve la impresión de no ser un extraño sino de pertenecer en cierto modo a la familia.

Un día después de mi llegada apareció el coche con mi equipaje y con la losa de mármol. Ordené que lo descargaran y entregué la losa a mi anfitrión indicándole que con ella quería traerle un recuerdo de la montaña. Al mismo tiempo le hice entrega de la pieza más pequeña, pulimentada, que dejaba ver con toda precisión la naturaleza del mármol. Él examinó cuidadosamente esa pieza y luego también la losa. Después dijo:

—Este mármol es de una belleza extraordinaria, todavía no lo tengo en mi colección, además la plancha parece compacta y uniforme, de forma que será posible pulimentarla con esmero, me alegro mucho de poseer esta pieza, y le estoy muy agradecido por ella. Pero no puede entrar en mi casa como elemento integrante de ella, porque en esta casa sólo se han colocado piezas coleccionadas por mí, y es tanto el deleite que me procura este género de colección y la exacta contabilización que llevo de ella que tampoco quiero apartarme de ese principio en el futuro. Pero con toda seguridad se hará con este mármol algo que no sea indigno de él, abrigo la esperanza de que también le guste a usted, y deseo que las circunstancias de su empleo constituyan un deleite para usted y para mí.

Yo había esperado más o menos algo así y me di por satisfecho.

El mármol fue transportado a la cabaña de la piedra, para dejarlo depositado allí hasta que se dispusiera de él. Pero el resto de mis pertenencias las hice llevar a mis habitaciones.

En verano yo siempre llevaba puesta ropa muy ligera, en lino crudo o rayado. Por lo general me cubría la cabeza con un ligero sombrero de paja. Para no llamar allí la atención y para desentonar menos con la sencilla vestimenta de los habitantes de la casa, saqué de la maleta varios de esos trajes junto con un sombrero de paja, me puse uno de ellos y reservé mi ropa de viaje para una excursión futura.

Mi anfitrión había introducido en su finca un modo de vestirse un poco peculiar, que en parte habían adoptado voluntariamente sus empleados. Las criadas de la casa llevaban el traje regional, sólo cuando éste, como ocurría sobre todo en nuestras montañas, era poco grato o incluso feo, quedaba suavizado por influencia del dueño de la casa y provisto de pequeños aditamentos que a mí me parecían bonitos. Al principio hubo resistencia contra esos aditamentos, pero como eran regalo del viejo amo y no querían ofenderle, los aceptaron, y después las mujeres de los alrededores no sólo los miraban con envidia sino que hasta los imitaron. Los hombres que servían en la casa o que trabajaban en la granja o se afanaban en el jardín llevaban lino de color, pero no tan oscuro como es usual en nuestras montañas. En verano no llevaban chaqueta ni ningún otro género de sobretodo, sino que iban en simples mangas de camisa y con un pañuelo en torno al cuello. Algunos no se cubrían la cabeza, como su amo, otros tenían el habitual sombrero de paja. Eustach daba la impresión de que no imitaba a nadie en su vestimenta, sino que la elegía él mismo. Iba también con ropa de lino a rayas, por lo general color cobrizo con gris o blanco; pero las rayas tenían casi el ancho de una mano, o la tela era sólo de dos colores, la mitad de la urdimbre, marrón, la mitad, blanca. Muchas veces llevaba puesto un sombrero de paja, muchas veces, nada. Sus operarios tenían trajes parecidos, en los que raras veces se veía una mancha; porque durante el trabajo llevaban grandes mandiles verdes. Entre toda esa gente destacaban el jardinero y la jardinera, que sólo iban con ropa blanca como la nieve.

Enseñé a mi anfitrión y a Eustach el dibujo que había hecho de la estatua del nicho. Se alegraron de que me fijara en tales cosas y dijeron que ellos tenían esa misma figura entre sus dibujos, pero que en ese momento estaba fuera de la casa, junto con otras láminas.

Observé ahora cuanto el año anterior, en la misma estación, me había parecido extraño en el jardín y en los sembrados. Las hojas de los árboles, las hojas de la col y las de otras plantas no presentaban los daños causados por la oruga, y no sólo las del jardín sino tampoco las del entorno inmediato e incluso bastante más alejado. Durante mi viaje yo había prestado expresa atención a ese detalle. Sin embargo el jardín no carecía del bello ornamento de las mariposas; porque por un lado, los pájaros no podían devorar todas y cada una de las orugas, y por otro lado el viento traía esas bellas flores vivientes a nuestro jardín, o ellas llegaban hasta allí en sus migraciones, que a veces abarcan grandes distancias. El canto de los pájaros me causó otra vez, como en el año anterior, una extraña impresión, y otra vez me pareció extraordinariamente melodioso. Como están a distancias diferentes, y por eso los sonidos llegan al oído con diferente intensidad, como se interrumpen de vez en cuando ya que en medio de sus cantos tienen mucho que hacer, atrapar una comida, atender a una cría, resulta una melodía encantadora, como en el bosque, mientras que las mejores aves canoras sólo producen una algarabía por estar en muchas jaulas cercanas unas a otras, y como en el jardín están entre ellos más cerca que lo están en el bosque la melodía es más potente, mientras que en el

bosque es a menudo tenue y solitaria. Vi los nidos, me apliqué a ellos y conocí así las costumbres de esos animales.

Me instalé en mis habitaciones, saqué los libros y papeles que había traído, para leerlos, añadir anotaciones y ordenarlos. Puse también sobre la mesa grande y en los estantes de las paredes objetos más pequeños que había traído, en especial fósiles u otros vestigios más evidentes, para utilizarlos. Gustav venía a menudo a verme, se interesaba por esas cosas, yo le explicaba bastante, y a mi anfitrión no le desagradaba que, bajo los umbríos tilos del jardín con un libro en la mano, o sin libro y dando largos paseos —pues al anciano aún le gustaba mucho moverse— hablara con él de mi ciencia. Él, por su parte, me hablaba de la suya, y yo le escuchaba gustoso, aunque me dijera cosas que yo conocía ya bastante bien. Los ratos en que estaba solo y desocupado, los pasaba caminando por los campos de cultivo o haciendo una visita a la ebanistería o al invernadero o a los cactus.

Los campos ondeantes que había visto el año anterior en torno a esa finca ondeaban también ese año y eran cada día más hermosos, más espesos y fértiles, el jardín se envolvía en la masa de sus hojas y de los frutos cada vez más turgentes, el canto de los pájaros se me antojaba cada vez más delicioso y parecía llenar más las ramas, aquellas recelosas criaturas fueron conociéndome, se dejaban alimentar por mí y perdieron el miedo. Poco a poco, conocí por su nombre a todos los criados, ellos eran amables conmigo, y yo creo que se portaban bien porque veían que su amo me trataba con afabilidad. Las rosas estaban muy avanzadas y esperaban por millares el momento de abrirse. Yo ayudaba a menudo en las tareas vinculadas a esas flores y estaba presente cuando se inspeccionaban los trabajos relacionados con las rosas y se comprobaba si todo seguía en buen estado. También me gustaba observar los trabajos en los prados o en el bosque, en este último ahora se estaba astillando la leña cortada en invierno o se la preparaba para la construcción o los trabajos de ebanistería. Llevaba con frecuencia mi sombrero de paja en la mano, cuando el anciano o Gustav marchaban a mi lado con la cabeza descubierta, y tenía que admitir que entonces el aire acariciaba de modo mucho más agradable el cabello que cuando quedaba detenido por un sombrero puesto sobre la cabeza, y que el cabello preservaba del calor la cabeza desnuda tan bien como un sombrero.

Un día que estaba sentado en mi habitación oí acercarse un coche a la casa. No sé por qué bajé a mirar. Cuando me acerqué a la verja, el carruaje ya estaba delante de ella. Tiraban de él dos caballos pardos, el cochero aún estaba sentado en el pescante y debía de haberse detenido en aquel momento. Ante la puerta del coche, de espaldas a mí, estaba mi anfitrión, junto a él, Gustav y junto a éste Katharina y dos criadas. Aún no se había abierto el coche, era cerrado y con ventanillas y en la parte interior de éstas tenía unas cortinas de seda verde, que estaban corridas. Un momento después de mi llegada, mi anfitrión abrió la portezuela. Con la mano ayudó a salir del coche a una mujer. Ésta llevaba una gasa en el sombrero pero la había retirado y nos mostraba su rostro. Era una mujer de edad. En el momento que la vi, recordé la imagen de las rosas que se marchitan, que mi anfitrión había aplicado a algunas mujeres cuando envejecen. «Se asemejan a esas rosas que se marchitan. Aunque tengan arrugas en el rostro, entre esas arrugas aún queda un bellísimo y delicado color», había dicho, y eso ocurría con aquella mujer. Sobre las numerosas y finas arrugas había un color rosado tan suave y delicado que uno tenía que amarla, semejante a una rosa de aquella casa, que al marchitarse era aún más bella que otras rosas en plena floración. Bajo la frente tenía dos ojos negros muy grandes, bajo el sombrero asomaban dos finísimas mechas plateadas y la boca era muy dulce y bellísima. Bajó del estribo y dijo estas palabras:

—¡Dios te guarde, Gustav!

Entonces el anciano se inclinó hacia ella, ella inclinó el rostro hacia él, los labios se besaron en saludo de bienvenida.

Tras esa mujer salió del coche otra figura femenina. Tenía también una gasa en torno al sombrero y también la llevaba levantada. Bajo el sombrero asomaban bucles castaños, el rostro era liso y delicado, era todavía una adolescente. Bajo la frente se veían asimismo dos grandes ojos negros, su boca era exquisita y de una indecible bondad, la joven me pareció infinitamente bella. Más no pude pensar porque de pronto caí en la cuenta de que era contra toda cortesía estar detrás de la verja y contemplar a las recién llegadas mientras quienes las recibían me daban la espalda y no sabían nada de mi presencia. Retorné a la casa doblando la esquina y me metí en mi gabinete.

Desde allí oí al cabo de algún tiempo, por los pasos y las conversaciones, que el grupo pasaba delante de mi habitación y recorriendo todo el pasillo se dirigía sin duda a los bellos aposentos del ala oriental de la casa.

No pude saber qué más ocurrió en torno al coche, si bajaron de él una o dos personas más; porque ya no quise ni mirar por la ventana. Pero sí pude deducir por las palabras y las voces de los criados que habían descargado el equipaje y que lo transportaban a la casa. Finalmente oí cómo se ponía en marcha el coche,

probablemente lo llevaban a la granja.

Permanecí todo el tiempo retirado en mi habitación. Ni me acerqué a la ventana, ni bajé al jardín, ni salí del aposento, aunque transcurrió, tranquilo y silencioso, un tiempo bastante largo. Quería leer o escribir y sin embargo no lo hacía.

Finalmente, cuando habían pasado quizá unas horas, llegó Katharina y dijo que el señor me rogaba que tuviese a bien bajar al comedor, que me esperaban allí.

Bajé.

Cuando entré vi que mi anfitrión estaba sentado a la mesa en un sillón, y junto a él, Gustav. En el lado opuesto estaba sentada la mujer. Pero su butaca quedaba un poco retirada de la mesa y vuelta hacia la puerta por la que yo había entrado. Detrás de ella, pero como media butaca más a un lado, estaba sentada la joven.

Ahora iban vestidas de modo muy distinto a como las había visto al apearse del coche. En lugar del sombrero de ciudad que llevaban antes, se cubrían la cabeza con un sombrero de paja de alas no muy anchas, pero que daban suficiente sombra, los vestidos eran de una sencilla tela clara y de tonos mates y estaban confeccionados sin ningún género de adornos, el corte tampoco tenía nada que llamara la atención, ni un afectado estilo campestre ni un aire de ciudad claramente marcado.

Había varios criados alrededor, y también Katharina, que después de ir a buscarme entró detrás de mí en la habitación y se situó junto a las sirvientas allí reunidas. Incluso Simon, el jardinero, estaba presente.

Cuando me acerqué a la mesa, mi anfitrión se levantó, dio la vuelta a la mesa, me llevó hasta la mujer y dijo:

—Permite que te presente al joven del que te he hablado.

Después se volvió hacia mí y dijo:

—Esta señora es Mathilde, la madre de Gustav.

La mujer no dijo nada en un primer momento sino que levantó hacia mí unos instantes los ojos oscuros. Luego él me indicó con la mano a la joven y dijo:

—Ésta es Natalie, la hermana de Gustav.

Yo no sabía si las mejillas de la joven eran así de rojas o si ella había enrojecido. Yo estaba muy cohibido y apenas pude pronunciar una palabra. Me llamó poderosamente la atención que ahora que él necesitaba los apellidos casi de modo inevitable, ni me había preguntado el mío ni había pronunciado el de las mujeres. Antes de que yo pudiese deliberar si debía decir algo o no al tiempo que inclinaba la cabeza, él continuó hablando y dijo:

—Ha pasado a ser un agradable habitante de esta casa y nos regala un poco de su tiempo compartiendo con nosotros la soledad de estos campos. Aspira a explorar los montes y los campos y a contribuir un poco al conocimiento de lo existente y a establecer la historia de lo que ha devenido. Aunque los hechos y el progreso del mundo son más bien cosa del hombre adulto y del anciano, también es atributo del joven una fuerte voluntad, incluso cuando es menos clara y decidida que en este caso.

—Mi amigo me ha hablado de usted —me dijo la mujer mirándome una y otra vez con los oscuros y brillantes ojos—, me ha dicho que estuvo usted aquí el año pasado, que vino a verle en primavera y que había prometido pasar otra temporada en la época de la floración de las rosas. Mi hijo también ha hablado muchas veces de usted.

—Parece que no le desagrada demasiado estar aquí —dijo mi anfitrión—; porque al menos su semblante no ha perdido aún la lozanía, ni en la estancia anterior ni en ésta.

Mientras ellos hablaban así, yo me había recuperado y dije:

—Aunque habito en una gran ciudad, he tenido poco trato con gentes extrañas y por eso no sé cómo portarme con ellas. Cuando, por equivocación, tuve miedo de que estallara una tormenta y subí hasta aquí buscando cobijo, se me acogió en esta casa con toda gentileza, fui amablemente invitado a venir otra vez, y así lo he hecho. Al cabo de poco tiempo me encuentro aquí tan a gusto como en casa de mis queridos padres, donde reina un sistema y un orden semejantes. Y quiero decir de todo corazón, aunque no sé si está bien decirlo, que, si no soy inoportuno y el entorno no me es contrario, siempre que se me invite a venir, vendré con mucho gusto.

—Está usted invitado —replicó mi anfitrión— y tiene que notar por nuestro modo de obrar que le recibimos encantados. Ahora pasarán también una temporada en esta casa la madre y la hermana de Gustav, y nosotros esperaremos a ver cómo evoluciona nuestra vida. ¿No quiere sentarse un poco a mi lado y esperar hasta que todos los que aguardan aquí a pie firme hayan dado la bienvenida?

Rodeó otra vez la mesa para volver a su asiento y yo le seguí. Gustav me hizo sitio junto a su tutor y me miró con la alegría que siente un hijo que recibe en tierra extraña la visita de su madre.

Natalie no había pronunciado una palabra.

Ahora que yo podía mirar un poco en dirección a las mujeres pude ver muy claramente que quienes allí estaban eran la madre y la hermana de Gustav; porque ambas tenían los mismos grandes ojos negros de Gustav, ambas las mismas facciones, y Natalie tenía también el cabello castaño de Gustav, mientras que el de la madre había adquirido el color plateado de la edad. Caía, muy bien ordenado, a ambos lados de la frente, formando dos bandas más anchas que las que permitía ver el sombrero de paja.

Mientras tomábamos asiento, Katharina, el ama de llaves, se había acercado a Mathilde.

La mujer dijo:

—Te saludo mil veces, Katharina, te doy las gracias, tienes bajo tu especial custodia a tu amo y a mi hijo y les prodigas toda suerte de cuidados. Te lo agradezco mucho. Te he traído una cosa, es sólo un pequeño recuerdo, te lo daré después.

Cuando se retiró Katharina, cuando todos los demás se acercaron, se inclinaron y varias muchachas besaron la mano a la mujer, ella dijo:

—Os saludo a todos de corazón, todos veláis por el amo y por su hijo adoptivo. Te saludo, Simon, te saludo, Klara, os doy a todos las gracias y a todos os he traído algo para que veáis que no he olvidado a nadie en mi afecto; pues, por lo demás, es sólo una insignificancia.

Los sirvientes repitieron la inclinación, algunos también el beso en la mano, y se alejaron. También se habían inclinado delante de Natalie, que correspondió al saludo muy afablemente.

Cuando todos se hubieron marchado, dijo la mujer a Gustav:

—También te he traído una cosa que te va a gustar, aún no digo lo que es; pero lo he traído de un modo provisional y primero hemos de preguntar a tu tutor si puedes hacer uso de ello en su totalidad, o sólo en parte o todavía no lo necesitas.

—Muchas gracias, madre —replicó el hijo—, eres muy buena, madre querida, ya sé lo que es, y haré exactamente lo que decida el tutor.

—Así estará bien —respondió ella.

Tras esas palabras todos se levantaron.

—Este año has llegado en muy buen momento, Mathilde —dijo mi anfitrión—, ni una sola de las rosas se ha abierto aún, pero todas están a punto de florecer.

Mientras así hablaban, nos acercamos a la puerta, y mi anfitrión me pidió que me quedara con ellos.

Salimos por la verja verde y nos dirigimos a la explanada de arena de delante de la casa. Los criados sabían sin duda que haríamos eso porque dos de ellos trajeron un gran sillón y lo pusieron a una cierta distancia de la rosas, mirando hacia ellas.

La mujer se sentó en el sillón, puso las manos en el regazo y contempló las rosas.

Nosotros estábamos de pie a su alrededor. Natalie estaba a su izquierda, junto a ella, Gustav; mi anfitrión, detrás de la butaca, y yo, para no quedarme demasiado cerca de Natalie, me coloqué a la derecha y un poco detrás.

Después que la mujer estuvo sentada allí bastante tiempo, se levantó en silencio y nos marchamos de la explanada.

Fuimos entonces a la ebanistería. Eustach no había participado en la bienvenida general en el comedor. Seguramente se le tenía por un artista al que se debe hacer una visita. Noté por el comportamiento que ésa era en efecto la relación con él y que a todos les parecía la más adecuada. Eustach debía de saberlo; porque estaba con sus operarios, todos sin los mandiles verdes, delante de la puerta para saludar a los que llegaban. La mujer dio amablemente las gracias por el saludo colectivo, habló afectuosamente con Eustach, le preguntó por su salud y la de sus operarios, por sus trabajos y proyectos y habló de obras realizadas anteriormente, lo que yo no entendí por no conocerlas. Después fuimos al taller, donde la mujer examinó cada uno de los trabajos. En la habitación de Eustach expresó el deseo de que le enseñara algunas cosas con detalle y se las explicara más a fondo durante la temporada, no tan breve, que iba a pasar allí.

De la ebanistería fuimos a la vivienda del jardinero, donde la mujer habló un ratito con el anciano matrimonio.

A continuación nos dirigimos al invernadero, a ver los ananás y los cactus, y al jardín.

La mujer parecía conocer bien todos los lugares; miraba con curiosidad hacia los puntos donde esperaba encontrar determinadas flores, iba a ver dispositivos que conocía y miraba incluso en el interior de los matorrales, donde tal vez esperaba encontrar un nido de pájaro. Advertía dónde había cambiado algo desde la última vez y preguntaba el porqué. Así, recorriendo todo el jardín, llegamos al gran cerezo y al lugar de descanso lindante con los sembrados. Allí habló un poco con mi anfitrión sobre la cosecha y sobre la situación de los vecinos.

Natalie habló poquísimo.

Una vez de regreso en la casa, nos dirigimos a nuestras habitaciones, puesto que se acercaba la hora del almuerzo. Mi anfitrión me dijo antes que no me cambiara de ropa para comer; que eso no era costumbre en su casa, ni siquiera cuando había visita de fuera, y que yo sólo llamaría la atención.

Le di las gracias por recordármelo.

Cuando bajé al comedor, después de que la campana diera las doce del mediodía, vi en efecto que nadie del grupo se había cambiado de ropa. Mi anfitrión tenía puesta la de todos los días, y las mujeres iban con los mismos vestidos que llevaban durante el paseo. Gustav y yo estábamos como siempre.

En el extremo superior de la mesa había una silla algo más grande y delante de ella, sobre la mesa, una pila de platos. Mi anfitrión, una vez que se bendijo la mesa en silencio, condujo a la mujer hasta aquella silla que ella ocupó acto seguido. A su izquierda estaba sentado mi anfitrión, a su derecha yo, junto a mi anfitrión Natalie y a su lado Gustav. Me llamó la atención que hubiera llevado a la mujer, como al invitado de más categoría, al sitio de los platos, un lugar que en mi casa paterna ocupaba mi madre y desde el cual ella servía. Pero allí debía de ser ésa la costumbre; porque la mujer, en efecto, empezó enseguida a llenar sucesivamente de sopa los platos, que una joven sirvienta llevaba al sitio correspondiente.

Aquello me produjo un íntimo bienestar. Era como si me hubiese faltado eso hasta entonces. Había llegado a aquella casa una especie de familia, una circunstancia que siempre me había hecho tan amable y grata la casa de mis padres.

La comida fue tan frugal como lo había sido todos los días que yo había pasado en la Casa de las Rosas.

Las conversaciones fueron claras y serias, y mi anfitrión las dirigía muy risueño y tranquilo.

Tras la comida llegó un gran cesto traído por Arabella, la doncella de Mathilde que había llegado con las mujeres pero a la que yo no había visto bajar del coche. Aparte del cesto también trajeron, envuelto en papel gris y atado con unos bonitos cordones, un paquete que colocaron sobre dos sillas arrimadas a la pared. En el cesto estaban los regalos que había traído Mathilde a la servidumbre y que ahora iban a salir a la luz. Vi que ese reparto de regalos era habitual y que sin duda ocurría a menudo. Entraron los criados y cada uno recibió algo adecuado, ya fuera, para una muchacha, una pañoleta de seda negra o un delantal o una tela para un vestido, o, para un hombre, una serie de botones de plata para el chaleco o una hebilla brillante para la cinta del sombrero o una bonita bolsa. El jardinero recibió algo que estaba envuelto en finísimas láminas de metal. Conjeturé que sería una variedad especial de rapé.

Cuando todo estuvo repartido, cuando todos habían dado efusivamente las gracias y salido de la habitación, Mathilde señaló el paquete que seguía sobre las sillas y dijo:

—Gustav, acércate.

El joven se levantó y fue hacia ella rodeando la mesa. Ella le tomó afectuosamente de la mano y dijo:

—Lo que está ahí es tuyo. Hace tiempo que me lo pediste y durante mucho tiempo he tenido que rehusártelo porque aún no era adecuado para ti. Son las obras de Goethe. Son de tu propiedad. Muchas de ellas son para la edad adulta, para la edad madura incluso. Tú no tienes criterio para decidir si puedes echar mano de esos libros o si has de dejarlos para más tarde. Tu tutor, a las muchas cosas buenas que ya ha hecho por ti, añadirá esta otra de elegir en tu lugar, y tú le obedecerás en eso como le has obedecido hasta ahora.

—Seguro que lo haré así, querida madre, seguro —dijo Gustav.

—Los libros no son nuevos ni tienen una bella encuadernación, como quizá esperabas —continuó ella—. Son los mismos libros de Goethe que yo he leído con alegría y con dolor en no pocas horas de la noche y en no pocas horas del día, y que fueron adecuados para aportarme consuelo y paz. Son mis libros de Goethe los que te doy. Pensé que si aparte del contenido encuentras en ellos la mano de tu madre los tendrás en más estima que si sólo encuentras las del encuadernador y las del impresor, por ejemplo.

—Oh, mucho, muchísimo más los estimo, cara madre —respondió Gustav—, conozco estos libros, que están encuadernados en fino cuero marrón, que tienen en el lomo finas incrustaciones doradas y que llevan sus bellos caracteres en tales incrustaciones, los libros que te he visto leer tan a menudo, razón por la que te los he pedido ya tantas veces.

—He pensado que son los que prefieres —dijo la mujer— y por eso te los he dado. Pero como a mí también me gustaría seguir percibiendo durante el resto de mi vida alguna palabra de ese hombre singular, me compraré otra vez los libros, para mí los nuevos tienen el mismo significado que los antiguos. Pero tú hazte cargo de los tuyos y llévalos al lugar que se te ha reservado a ese efecto.

Gustav le besó la mano y le puso el brazo, en un gesto de tímida ternura, sobre los hombros. Pero no dijo una palabra sino que fue hacia los libros y empezó a desatar el cordón.

Conseguido esto y una vez que hubo sacado los libros del papel que los envolvía y hojeado algunos, se

acercó de pronto a nosotros con uno en la mano y dijo:

—Pero lo ves, madre, algunas líneas están subrayadas con un lápiz fino, y con el mismo lápiz bien afilado hay escritas al margen palabras que provienen de tu mano. Estas cosas son de tu propiedad, no están en los libros nuevos que se compran y yo no puedo quitarte lo que es tuyo.

—Pero yo te lo doy —respondió ella—, prefiero dártelo a ti que ya ahora estás lejos de mí y en el futuro vivirás aún mucho más lejos de mí. Cuando leas esos libros, leerás en el corazón del poeta y en el corazón de tu madre, el cual, aunque sea muy inferior en valor al del poeta, para ti posee el incomparable privilegio de ser el corazón de tu madre. Cuando yo lea pasajes que he subrayado pensaré que se está acordando de su madre, y cuando mis ojos recorran las páginas en las que he puesto notas al margen, estaré vislumbrando tus ojos que ahí pasan de lo impreso a lo manuscrito y que tienen delante los trazos de una mujer que es tu mejor amiga en este mundo. Así estos libros serán siempre un lazo de unión entre nosotros, dondequiera que estemos. Tu hermana Natalie vive conmigo, ella oye con más frecuencia que tú mis palabras, y yo oigo también a menudo su querida voz y veo su amable rostro.

—No, no, madre —dijo Gustav—, no puedo quedarme con los libros, es un expolio que te hago a ti y a Natalie.

—A Natalie ya le daré otra cosa —respondió la madre—. Ya te he explicado que no cometes ningún robo, y desde hace bastante tiempo es mi voluntad declarada el regalarte estos libros.

Gustav no puso más objeciones. Tomó en ambas manos la mano derecha de su madre, la estrechó, la besó y regresó a los libros.

Cuando los hubo desempaquetado todos, llamó a un criado, que los transportó a sus habitaciones.

Después de la comida estaba previsto que nos separásemos y que cada uno se entregara a sus ocupaciones.

Durante el episodio de los libros yo no me había atrevido a mirar a Natalie a la cara, para ver qué ocurría en su interior, qué se reflejaba en sus facciones. Sin embargo, no pude menos de pensar que aprobaría plenamente y con todo su ser la forma de actuar de su madre. Pero después de levantarnos de la mesa y de haber rezado en silencio y de habernos hecho una inclinación mutua mirando yo siempre a mi anciano anfitrión y a la mujer, y cuando nos disponíamos después a salir de la pieza y Natalie cogió del brazo a Gustav y los dos hermanos se dieron la vuelta para dirigirse a la puerta, me atreví a levantar los ojos al espejo en el que tenía que verlos. Pero casi no vi otra cosa que cuatro ojos negros, exactamente iguales, que desviaban la mirada del espejo.

Salimos todos al exterior.

Mi anfitrión y la mujer se dirigieron a una de las dependencias.

Natalie y Gustav se fueron al jardín, él le enseñó diversas cosas que a él le importaban o gustaban, y ella mostró seguramente el interés que suscitan en la hermana las actividades del hermano por el que siente afecto, aunque no entienda bien esas actividades y, si sólo dependiera de ella, no las cultivaría. Eso es lo que hace Klotilde conmigo en casa de mis padres.

Yo estaba en la entrada de la casa y seguí con la vista a los dos hermanos todo el tiempo que pude verlos. Una vez vi cómo miraban con cautela en el interior de un matorral. Pensé que él le habría enseñado un nido de pájaros y que ella miraba con interés la minúscula familia alada. Otra vez estaban junto a una flores y las contemplaban. Al cabo, ya no vi nada. El claro vestido de la hermana había desaparecido bajo los árboles y arbustos, por unos momentos aún se vieron brillar tenuemente algunos trozos y luego ya no hubo nada. Regresé a mis aposentos.

Tenía la sensación de haber visto ya a esa joven en alguna parte; pero como hasta entonces me había relacionado con objetos inanimados o con plantas más que con seres humanos, era torpe para juzgar a las personas, no sabía hacerme un idea clara de sus facciones, grabarlas en la memoria y compararlas; por eso tampoco podía averiguar dónde podía haber visto a Natalie.

Me quedé toda la tarde en mis habitaciones.

Cuando el calor del día, que era muy soleado, hubo disminuido un poco, me preguntaron si quería unirme a un paseo colectivo. Íbamos juntos mi anfitrión, Mathilde, Natalie, Gustav y yo. Recorrimos una parte del jardín. Mi anfitrión, Mathilde y yo, formábamos un grupo, porque me habían implicado en su conversación, y marchábamos juntos en la medida que lo permitía la anchura del camino de arena. Natalie y Gustav formaban el otro grupo y caminaban un buen número de pasos delante de nosotros. Nuestra conversación versó sobre el jardín y sus diversas secciones, que se alternaban agradablemente para hacer de él un ameno lugar de estancia, versó sobre la casa y muchos de sus ornamentos interiores, se extendió después a los campos de cultivo en los que se veía de nuevo la abundante cosecha que ayudaría una vez más a los hombres a remontar todo un año, y abarcó después la propia región, diversas circunstancias

positivas y otras cosas susceptibles de mejora. Yo seguía con la vista a las dos esbeltas figuras que nos precedían. Gustav me pareció de pronto aquel día haber alcanzado plenamente la edad adulta. Lo veía caminar junto a su hermana y veía que era más alto que ella. Me sobrevino esa idea repetidas veces. Pero si él era más alto, la figura de ella era más esbelta y su porte más delicado. Al igual que su tutor, Gustav no se cubría la cabeza sino con su abundante y espeso cabello castaño, y cuando Natalie se quitó el sombrero de paja que le daba suave sombra y que llevaba puesto igual que su madre, y se lo colgó del brazo, sus rizos presentaban exactamente el mismo color que el de Gustav, y cuando los hermanos, que parecían quererse mucho, iban muy juntos, desde lejos era como si se viera una única y brillante cabellera de color castaño y sólo por abajo se separasen las figuras.

Salimos al campo por la puerta que lleva a la granja, pero no fuimos allí sino que dimos un gran rodeo a través de los sembrados y retornamos a la casa subiendo en oblicuo por la ladera sur de la colina.

Como los días eran muy largos, aún brillaba el arrebol de la tarde cuando concluimos la cena, que siempre se tomaba puntualmente a la misma hora. Por eso también salimos ese día al jardín después de cenar. Subimos hasta el gran cerezo. Allí nos sentamos en el banquito.

Mi anfitrión y Mathilde tomaron asiento en el centro, de forma que sus rostros estaban vueltos hacia el jardín. A la izquierda de mi anfitrión me senté yo, a la derecha de la madre, Natalie y Gustav. El éter se llenaba de sombras, un tenue resplandor se extendía sobre las cimas de los árboles del jardín, que ahora guardaba silencio, y sobre el tejado de la casa. La conversación era serena y tranquila, y los jóvenes volvían de vez en cuando la cabeza hacia nosotros, para seguir la conversación y de vez en cuando intervenir también ellos.

Cuando en el cielo ya se encendía alguna que otra estrella y reinaba una completa oscuridad en las profundidades de la fronda del jardín, regresamos a la casa y a nuestras habitaciones.

Yo estaba muy triste. Puse mi sombrero de paja sobre la mesa, me quité el sobretodo y miré por una de las ventanas abiertas. Hoy no era como entonces, cuando, por primera vez en esta casa, contemplé la noche a través de la ventana abierta, más allá de la espaldera de las rosas. No había en el cielo aquellas nubes que lo cruzaban en varias direcciones y le prestaban forma, sino que en toda la bóveda brillaba ya el sencillo y tranquilo cielo estrellado. No subía hasta mi albergue nocturno el perfume de las rosas, ya que aún estaban en capullo, sino que el aire solitario, apenas perceptible, entraba por las ventanas; yo no estaba animado, como entonces, por el deseo de indagar en el ser y la índole de mi anfitrión, eso lo tenía ya resuelto o era imposible de resolver. La única coincidencia era que otra vez el cereal, silencioso e inmóvil, se erguía delante de las rosas, más allá de la explanada de arena; pero se trataba de otra especie, y no era de esperar que por la noche se movieran al viento y que por la mañana, cuando yo paseara los descansados ojos por la comarca, ondearan ante mí.

Cuando la noche ya estaba muy avanzada, me retiré de la ventana y, aunque acostumbraba rezar cada noche a mi Creador antes de entregarme al descanso, ahora me arrodillé ante la sencilla mesita y dirigí una plegaria ferviente a Dios, a quien confié todas y cada una de las cosas, en especial mi ser y mi destino y el destino de los míos.

Luego me desvestí, cerré con llave mis habitaciones y me entregué al descanso.

Cuando ya estaba durmiéndome me vino la idea de no preguntar por Mathilde ni por su situación del mismo modo que no lo había hecho en relación con mi anfitrión.

Me desperté muy pronto; pero, como correspondía a la estación del año, ya había claridad, un cielo azul y sin nubes tendía su manto sobre las colinas, los cereales a mis pies no ondeaban, efectivamente, sino que, revestidos de un fuerte rocío que semejaba chispas de fuego, seguían inmóviles en el sol naciente.

Me vestí, dirigí mis pensamientos a Dios y me senté a trabajar.

Al cabo de algún tiempo, a través de mis ventanas, que había abierto según avanzaba la mañana, oí que en el extremo oriental de la casa había ruido de ventanas que se abrían. En aquel ala vivían las mujeres, en los bellos aposentos amueblados según el gusto femenino. Fui a mi ventana, miré fuera y vi en efecto que todas las ventanas tenían los batientes abiertos en aquella zona de la casa. Al cabo de un rato, cuando ya se acercaba la hora del desayuno, oí delante de mi puerta pasos de mujeres que se dirigían a la escalera de mármol que estaba cubierta por una espesa alfombra. También reconocí, aunque en tono muy bajo probablemente para no molestarme, la voz de Gustav.

Al poco rato también bajé al comedor por la escalera de mármol, pasando junto a la estatua de mármol de la musa.

El día transcurrió de modo semejante al anterior, y así, poco a poco, pasaron varios más.

El orden de la casa casi no había sufrido cambios con la llegada de las mujeres, si se exceptúan ciertas medidas que se tomaban por la atención debida a ellas. Las clases y las horas de estudio de Gustav se

mantenían como antes, y mi anfitrión continuaba igualmente dedicado a sus ocupaciones. Mathilde, conforme a su condición femenina, tomaba parte en las labores de la casa. Se cuidaba de lo que concernía a su hijo y de lo tocante al bienestar doméstico del anciano. Se la veía no pocas veces en la cocina, en medio de las sirvientas y tomando parte en los trabajos que surgían. También le gustaba entrar en la despensa, en la bodega o en otros lugares importantes. Se ocupaba de lo relativo a la servidumbre, ya fuese de su comida o sus habitaciones, o de sus vestidos y camas. Ordenaba la ropa blanca, las prendas de vestir y otras cosas que pertenecían al anciano y a su hijo y, si había algo que mejorar, cuidaba de que se hiciera. En medio de todo ello, a veces iba en pleno día a la explanada de arena, delante de la casa, y contemplaba con una suerte de melancolía las rosas que trepaban por el muro. Natalie pasaba largo tiempo con Gustav. Aquellos hermanos tenían que quererse muchísimo. Él le enseñaba todos sus libros, en especial los que se habían sumado a los antiguos, le explicaba lo que estudiaba ahora, y trataba de iniciarla en ello, aunque ella ya lo supiera por haber seguido antes los mismos caminos. Cuando las circunstancias lo permitían, iban y venían por el jardín y gozaban de toda la vida que allí había, y gozaban de la vida mutua que los mantenía unidos y de la que apenas tenían conciencia de que eran distintas. El tiempo que todos tenían libre lo pasábamos a menudo en común, íbamos al jardín o nos sentábamos bajo la sombra de un árbol o dábamos un paseo o pasábamos por la granja. Yo era incapaz de intervenir en las conversaciones como lo hacía a solas con mi anfitrión, y aunque Mathilde me hablaba con gran amabilidad, yo casi siempre enmudecía aún más.

Las rosas prosperaban más y más, muchas ya florecían, y de hora en hora abrían otras sus suaves cálices. Salíamos muy a menudo fuera de la casa y contemplábamos aquella maravilla, y a veces había que buscar una escalera de mano para retirar algo disonante o imperfecto.

El almuerzo era amable y ameno. El hecho de que Mathilde y Natalie llevaran puesta una ropa tan oportuna y elegante, aunque sencilla, como la que yo estaba acostumbrado a ver en mi madre y mi hermana, daba al almuerzo cierta distinción que antes había echado de menos. Las cortinas estaban siempre corridas para proteger del sol directo, y en el comedor había una claridad suave y tamizada.

Las veladas, después de la cena, las pasábamos siempre al aire libre, pues los días seguían siendo muy hermosos. Por lo general nos sentábamos arriba, junto al gran cerezo, que era sin punto de comparación el mejor lugar para sentarse a la hora del crepúsculo, aunque en cualquier otro momento, siempre que el calor no fuese excesivo, procuraba grandísimo deleite. Mi anfitrión dirigía las conversaciones de un modo claro y cordial, y Mathilde sabía responderle de manera adecuada. Se platicaba de una manera tan apacible y razonable que emanaba de ello una fuerza de sugestión, de modo que yo prestaba atención de buen grado y, aunque las conversaciones girasen en torno a cosas corrientes, me parecía estar oyendo algo nuevo e interesante. Después, a la luz de las estrellas o bajo el suave brillo de la delgada media luna, que ya flotaba con más y más claridad en el arrebol de poniente, el anciano daba el brazo a la mujer y descendían hacia la casa, y las esbeltas figuras de los hijos avanzaban junto a los oscuros matorrales.

Todo ello era tan sencillo, tan natural y diáfano, que yo siempre pensaba que aquellas dos personas eran un matrimonio dueño de aquella finca, que Gustav y Natalie eran sus hijos y que yo era un amigo que había ido a verlos en aquel lugar retirado del mundo donde querían pasar el apacible resto de sus vidas en la sencillez y el sosiego.

Un día se celebró un banquete en el comedor. Estaban invitados Eustach, el mayordomo, el viejo jardinero con su mujer, el encargado de la granja y Katharina, el ama de llaves. En lugar de Katharina, tomó otra persona la dirección de la cocina. Según deduje de todo aquello, era una costumbre fija que se ofreciera esa comida cuando estaba Mathilde; la gente se adaptó con toda naturalidad a la situación, y las conversaciones se desarrollaron con una normalidad que denotaba la costumbre. Mathilde sabía hacerles decir algo que encajaba muy bien y que daba por eso al interlocutor una confianza en sí mismo que le hacía agradable la estancia en aquel entorno. Sólo Eustach recibía un trato preferente al no considerarse necesario hacer eso con él, por lo que hablaba menos y sólo de un modo general sobre cosas generales. Él notaba que se le incluía en la clase alta, y yo también consideraba eso algo natural desde que lo conocía más a fondo, mientras que los otros no notaban que se los elevaba a otro nivel. El jardinero y su mujer, en sus vestidos blancos y pulcros, eran un matrimonio anciano y encantador, al que también se les daba cierto trato preferente. Había un surtido de platos algo mayor de lo normal, a los hombres se les ofreció de bebida un buen vino serrano, para las mujeres se puso junto a los pasteles un vino dulce.

Cuando las rosas se acercaban más y más a la plena floración, se colocaron delante de la casa, sobre la explanada de arena, butacas y sillas en semicírculo, con la apertura del círculo mirando hacia la casa, y se instaló una larga mesa en el centro. Nos sentamos en las sillas, se llamó a Simon, el jardinero, vino Eustach, y de los criados y peones del jardín podía venir quien quisiera. Y ellos no desatendieron la invitación. Las rosas fueron sometidas a un examen detallado. Se preguntaba cuáles eran las más hermosas y cuáles

gustaban más a uno o a otro. Las respuestas fueron diferentes, y cada uno trataba de justificar su parecer. Sobre la mesa había obras impresas e ilustraciones, a las que se recurría pero sin adherirse siempre a lo que en ellas se concluía. Se planteó la pregunta de si no habría que cambiar de sitio algún rosal para conseguir una mezcla de colores más bella. La opinión general era que no había que hacerlo, pues eso era perjudicial para los rosales y cuando crecieran del todo hasta podrían morir; y una composición de colores demasiado prudente delataba la intención y alteraba el efecto; en su opinión, un azar lleno de encanto era lo más agradable. Se decidió, pues, dejar los rosales donde estaban. Se habló después de las propiedades de los diferentes arbolitos, se opinaba sobre su calidad por sí misma, sin referirse a las flores, y muchas veces se llamó al jardinero para pedir información. Donde no hubo nada que censurar fue en lo relativo a la salud de las plantas y a su cuidado, ese año eran tan perfectas como siempre. Después se trajeron a la mesa refrescos y se colocó todo lo necesario para un refrigerio vespertino. Cuando hablaba Mathilde, yo veía que estaba muy familiarizada con todas las variedades de rosas que allí había, y que percibía hasta los pequeños cambios que habían ocurrido desde el año anterior. Seguramente tenía sus flores favoritas, pero se notaba que mostraba inclinación en alto grado por todas ellas. De esa circunstancia deduje la gran importancia de esas flores para aquella casa.

A la caída de la tarde del mismo día llegó una visita a la Casa de las Rosas. Era un hombre que tenía cerca de allí una importante propiedad, que administraba él mismo, aunque en invierno vivía durante un periodo bastante largo en la ciudad. Venía acompañado de su mujer y sus dos hijas. Regresaban de una excursión que habían hecho a una parte más alejada de la comarca, y habían subido a la casa, dijeron, para ver si ya florecían las rosas y admirar su esplendor habitual. Tenían intención de continuar el viaje a la caída de la tarde, pero como ya estaba el día muy avanzado, mi anfitrión les instó a que pasaran la noche en su casa, un ruego al que ellos accedieron. Los caballos y el carruaje fueron trasladados a la granja, y se asignó habitaciones a los viajeros.

Pero muy pronto salieron de ellas, y todos se dirigieron a la explanada de arena, y de nuevo se procedió a contemplar las flores. Los asientos que habían sacado ese día seguían allí, aunque ya se habían llevado la mesa. La madre se acomodó en uno de ellos e instó a Mathilde a sentarse a su lado. Las jóvenes se situaron junto a las rosas, y se habló mucho, y con admiración, de las flores.

Antes de la cena se dio una vuelta por el jardín y por una parte de los campos de labor, y luego todos se retiraron a sus habitaciones.

Cuando sonó la hora de la cena, todos se congregaron de nuevo en el comedor. El forastero y sus acompañantas se habían cambiado de ropa, el hombre se presentó incluso con un frac negro, las mujeres iban vestidas como es usual en la ciudad, en visitas no solemnes sino amistosas. Nosotros llevábamos nuestras prendas habituales. Pero precisamente ese atuendo de los forasteros, en el que objetivamente no había nada censurable, cosa que yo podía juzgar muy bien porque solía ver así ataviadas a mi madre y a mi hermana y también oía a menudo opinar al respecto, no eclipsaba nuestros vestidos, antes bien, ponía negativamente en evidencia los suyos, al menos a mi modo de ver. Aquella ropa lujosa me pareció llamativa y artificial frente a la otra, sencilla y práctica. Daba la impresión de que Mathilde, Natalie, mi anciano anfitrión y hasta Gustav eran personajes importantes, mientras que aquéllos representaban a esa multitud que se ve por todas partes.

Durante la cena y después, cuando nos quedamos algún tiempo en el comedor, pude observar la hermosura de las jóvenes. La mayor de las dos hijas del forastero —al menos a mí me pareció ser la mayor — se llamaba Julie. Tenía el cabello castaño como Natalie. Era abundante y estaba bien ordenado en torno a la frente. Los ojos eran castaños, grandes, y miraban con dulzura. Las mejillas eran finas y bien proporcionadas, y la boca llena de suavidad y bondad. Junto a las rosas y durante el paseo, presentaba una figura esbelta y noble y unos movimientos naturales y dignos. De su ser emanaba un gran encanto que atraía. La menor, que se llamaba Apollonia, tenía también el cabello castaño, pero más claro que el de su hermana. Era igual de abundante y, tal vez, ordenado con más perfección aún. La frente se destacaba con nitidez, y bajo ella miraban dos ojos azules, no tan grandes como los ojos castaños de la hermana pero aún más sencillos, más bondadosos y cándidos. Esos ojos parecían venir del padre, que también los tenía azules, mientras que los de la madre eran castaños. Las mejillas y la boca me parecieron más finas que las de su hermana y en cuanto a la estatura, era un poquito más baja. Si en su porte tenía menos donaire, era sin embargo más candorosa y dulce. Mis amigos de la ciudad habrían dicho que eran dos seres maravillosos, y lo eran realmente. En cuanto a Natalie, no sé si su belleza era infinitamente mayor, o la animaba un ser distinto, singular; pero yo no había podido sondear ese ser sino en muy pequeña medida, porque ella me dirigía en muy pocas ocasiones la palabra, y yo tampoco lograba formarme un juicio acerca de su porte y sus movimientos porque no tenía el valor de observarla como se observa un dibujo, pero, frente a las dos

jóvenes, ella era muy superior, más verdadera, más nítida y bella, y no había comparación posible. Si es cierto que las muchachas jóvenes pueden producir un efecto cautivador, las dos hermanas podían cautivar; pero en torno a Natalie había como una honda felicidad.

Mathilde y mi anfitrión parecían amar y apreciar mucho a esa familia, su manera de tratarlos lo demostraba.

La madre de las dos jóvenes parecía tener unos cuarenta años. Conservaba toda la lozanía y la salud de una mujer hermosa, pero su figura era un poco llena para servir de modelo a un dibujante, al menos tal como los dibujantes gustan de representar a las mujeres bellas. Su conversación y sus maneras mostraban que en el mundo pertenecía a los llamados círculos distinguidos. El padre parecía ser un hombre instruido, que unía la buena educación de las clases altas con la sencillez de la experiencia y la bondad de un labrador, en el que la naturaleza ejerce una suave influencia. A mí me gustaba oírle hablar. Mathilde era claramente mayor que la madre de las dos jóvenes, parecía haber sido en tiempos como Natalie, pero ahora era la imagen del sosiego y se diría que de la indulgencia. No sé por qué durante aquellos días me vino varias veces a la mente esa expresión. Hablaba de los asuntos que iniciaban los forasteros pero nunca hacía objeto de conversación sus propios asuntos. Hablaba con sencillez, sin dejarse dominar por los temas y sin querer llevar la voz cantante. Mi anfitrión escuchaba con atención las opiniones del vecino de su finca y hablaba con la claridad típica suya, teniendo además la cortesía de dejar elegir a su invitado los temas de conversación.

Así, esos dos grupos tan distintos de personas, realmente tan distintos, estaban sentados a la misma mesa y se movían en la misma habitación.

Por el hecho de que hubiesen subido a la casa justo durante la floración de las rosas supe que los vecinos de mi anfitrión no sólo sabían de su preferencia por esas flores, sino que también en cierto modo la compartían.

Tras la cena ya no se dio un paseo, como en los otros días, sino que todos nos quedamos juntos, conversando, y nos entregamos al descanso más tarde de lo habitual en aquella casa.

A la mañana siguiente se desayunó en el jardín, y después de ir también un rato a ver el invernadero, los invitados partieron, no sin haber insistido varias veces en que también se fuese muy pronto a su finca, lo que les fue prometido.

Tras esa interrupción, los días transcurrieron en la Casa de las Rosas como habían transcurrido desde la llegada de las mujeres. El tiempo que cada cual tenía libre de por sí, a menudo lo pasaba otra vez junto con los demás. En esas horas me invitaban no pocas veces a participar en la reunión. Natalie tenía también sus horas de estudio, que cumplía escrupulosamente. Gustav me dijo que estaba aprendiendo español y que se había traído libros de español. Yo había hecho uso de la habitación que me habían asignado en la casa que llamaban Casa de las Piedras y había llevado allí algunos de mis objetos. Gustav leía ya los libros de Goethe. Su tutor había elegido para él *Hermann y Dorothea*, diciéndole que leyera esa obra con tan escrupulosa atención que comprendiera perfectamente cada verso, y que, cuando algo le pareciera oscuro, preguntara. Me pareció conmovedor que todos los libros estuviesen en la habitación de Gustav y que se tuviese la confianza de que no leería otro que el designado por su tutor. Yo iba a menudo a verle y si no hubiera sabido ya, por conocer su forma de ser, que cumpliría su promesa, me habría convencido de ello por las visitas que le hacía en su cuarto. Mathilde y Natalie acudían a menudo a la explanada cuando mi anfitrión esparcía granos para sus alados huéspedes, y no pocas veces, cuando yo regresaba por la mañana de pasear por el jardín, veía que en la habitación de esquina, en cuyas ventanas estaban instaladas las tablas para la comida de los pájaros, se movía una hermosa mano que reconocí como la de Natalie. De vez en cuando íbamos a ver los nidos en los que todavía se incubaba o había crías. Pero en su mayor parte estaban ya vacíos, y los retoños ya vivían en las ramas de los árboles. Con frecuencia íbamos a la ebanistería, conversábamos con los operarios, observábamos los progresos del trabajo y los comentábamos. Incluso hacíamos visitas a algunos vecinos y veíamos también su organización. Cuando estábamos en la casa, nos reuníamos en el gabinete de estudio de mi anfitrión, se leía algo en voz alta, o se hacía algún experimento de interés en el gabinete de física, o pasábamos a la habitación de los cuadros o a la sala de los mármoles. A menudo, mi anfitrión tenía que demostrar su saber y predecir el tiempo. Siempre que hacía una determinada predicción, ésta se cumplía. Pero con frecuencia se negaba a hacerla porque, según explicaba, los indicios no le parecían lo bastante claros e inteligibles.

De vez en cuando nos reuníamos también en los apartamentos de las mujeres. Íbamos a ellos cuando nos invitaban. El cuartito final, el de la puerta tapizada, pertenecía exclusivamente a Mathilde. Yo le había dado el nombre de Gabinete de las Rosas, y así siguieron llamándolo, por juego. Me causaba una impresión deliciosa ver con qué afectuosa delicadeza había sido amueblada aquella pieza para la anciana señora.

Reinaba la armonía y el sosiego en aquella habitación con los suaves matices que le prestaban el rojo pálido, el gris perla, el verde, el violeta mate y el oro. Y a todo ello se añadía el paisaje, con la amable línea de las altas montañas. Mathilde gustaba de sentarse en su propia butaca, situada junto a la ventana, y mirar afuera con su hermoso semblante, que mi anfitrión había comparado una vez con una rosa que se marchita.

En las habitaciones, Natalie leía a veces en voz alta, si mi anfitrión se lo pedía. Si no, se conversaba. Yo veía sobre su mesa papeles bien ordenados y junto a ellos, libros. Nunca osé mirar ni siquiera los títulos de esos libros, y mucho menos aún, coger alguno de ellos y echarle una ojeada. Tampoco lo hicieron nunca los otros. Junto a la ventana había un gran bastidor cubierto, en el que quizás estaba haciendo alguna labor. Pero ella no enseñó nada. Gustav, probablemente por afecto hacia mí, para que yo me deleitara con las cosas tan bellas que confeccionaba su hermana, se lo pidió repetidas veces. Pero ella, con toda sencillez, se negaba cada vez. Una noche, estando abiertas mis ventanas, oí el sonido de una cítara. Yo conocía muy bien ese instrumento musical de las montañas, en mis viajes había oído a menudo cómo lo tocaban las manos más diversas y había tratado de educar mi oído para distinguir la gama de sus sonidos. Me acerqué a la ventana y escuché. Eran dos cítaras que tocaban alternativamente, o ambas al mismo tiempo, en el ala oriental de la casa. Quien tiene costumbre de oír esos acordes nota enseguida si se está tocando una sola cítara o dos diferentes y si son las mismas o distintas manos. Más tarde, vi las dos cítaras en los apartamentos de las mujeres. Pero nunca las tocaban en presencia nuestra. Mi anfitrión no lo pedía, yo desde luego tampoco, y en ese asunto Gustav también mostraba una decidida reserva.

Entretanto había llegado poco a poco la época en la que las rosas alcanzaban su máximo esplendor. El tiempo había sido muy favorable. Algunas lluvias ligeras, que mi anfitrión había anunciado, propiciaron su desarrollo mucho más que un buen tiempo continuo. Esas lluvias refrescaban el aire y cambiaban el calor ardiente en temperaturas suaves y agradables, y limpiaban las hojas, las flores y los tallos, eliminando el polvo que, tras un largo periodo de buen tiempo, incluso en lugares muy alejados de la carretera y situados en pleno campo, se posa sobre tejados, paredes, cercas, hojas y hierbas, y dejándolos mucho más limpios que la fina llovizna que algunas veces mi anfitrión hacía caer sobre las rosas con el dispositivo instalado en el tejado. Bajo el azul más límpido, más bello y profundo, un día se habían abierto miles de flores; parecía que ni un solo capullo se hubiese retrasado y quedado sin abrir. Con sus colores, cuya gama iba del blanco purísimo al blanco azafranado, al amarillo, al rojo pálido o escarlata, o púrpura o violeta, o al rojo oscuro, cubrían la superficie, de tal suerte que al mirarlas así, en vivo, se estaba tentado de dar la razón a esos pueblos arcaicos, que rendían un culto casi divino a las rosas y en sus festejos y celebraciones se coronaban con esas flores. Todos habían ido antes, solos o en grupo, a la espaldera de las rosas para observar los progresos, en ocasiones habían ido también a otras zonas del jardín donde había rosas y macizos de rosas; pero ese día se declaró por unanimidad que la floración había llegado a su apogeo y que ya no podía ser más hermosa y que a partir de entonces empezaría a decaer. Eso ya lo habían dicho algunos días antes, pero tenían la convicción de que no se equivocaban, de que se había llegado al punto de inflexión. En la medida en que yo podía recordar el año anterior, en el que también encontré las rosas en floración, ahora eran más bellas que entonces.

Llegaban repetidas veces visitas para ver las rosas. Era conocido en la vecindad el amor que se profesaba a esas flores en la Casa de las Rosas y los cuidados oportunos que allí recibían, y por eso acudían muchos que querían deleitarse realmente con los extraordinarios resultados de ese cultivo, y otros que querían halagar al propietario y otros que, a su vez, no sabían hacer nada mejor que imitar lo que sus vecinos hacían. No era difícil distinguir unas de otras esas categorías. El trato que daba mi anfitrión a todos ellos era tan exquisito como yo no lo hubiera imaginado en él, y ahora que podía observarlo rodeado de gente, descubría en él esas cualidades.

También llegaban campesinos a horas diversas para contemplar las rosas. No sólo se les enseñaba las rosas sino cuanto desearan ver en la casa y en el jardín, pero en especial la granja, en la medida en que aún no la conocían o eran nuevas para ellos las últimas reformas que allí se habían hecho.

Un día llegó también el párroco de Rohrberg, el que estaba en la Casa de las Rosas cuando yo llegué allí el año anterior. Dibujó varias rosas en un libro que traía con él y hasta empleó la acuarela para imitar con la mayor fidelidad posible los colores de las rosas. Pero el dibujo no pretendía reproducir flores desde una perspectiva artística sino que él sólo quería observar y conservar la imagen de determinadas flores cuya variedad deseaba trasplantar a su jardín. Pues desde hacía ya largo tiempo existía entre mi anfitrión y el párroco una relación consistente en que mi anfitrión le regalaba plantas al párroco para que éste embelleciera con ellas el jardín de la rectoría, que él en parte había remodelado, en parte ampliado.

Pero la que más parecía amar las rosas era Mathilde. Sin duda era, de todos modos, gran amante de las flores; porque en las jardineras de su habitación siempre se veían las más bellas y frescas del jardín, y sobre

la mesa del comedor también se solía poner un grupo de macetas del jardín con sus flores. En aquella casa no estaba permitido arrancar o cortar flores para ponerlas en agua dentro de un florero, a no ser que estuvieran marchitas y hubiera que retirarlas. Pero ella dedicaba su mayor atención a las rosas. No sólo iba a ver a las que crecían en el jardín en arbustos, arbolillos y macizos, y las cuidaba con celo y dedicación, sino que también se acercaba completamente sola, como yo había observado anteriormente, a las que florecían junto a la pared de la casa. A menudo estaba de pie, delante de ellas, y las contemplaba. En ocasiones buscaba un taburete y se subía a él y ordenaba las ramas. O bien arrancaba una hoja marchita que había escapado a las miradas de los otros, o doblaba y entresacaba una flor que había encontrado obstáculos para florecer plenamente, o quitaba algún pequeño coleóptero o aireaba las ramas cuando estaban muy juntas y apelotonadas. A veces permanecía en pie sobre el taburete, dejaba caer la mano y observaba como pensativa aquella exhibición floral.

El día que se consideró el más bello de la floración fue en efecto el más bello. Desde entonces disminuyó su intensidad, y las flores comenzaron a marchitarse, de forma que a menudo hubo que recurrir a la escalerilla y a las tijeras para eliminar partes ya estropeadas.

Llegaron también a la Casa de las Rosas dos forasteros que iban de camino y que se alojaron en ella una noche y parte de la mañana siguiente. Hicieron una visita al jardín, a los cultivos y a la granja. Mi anfitrión no los llevó a ver sus habitaciones ni la ebanistería, lo que me hizo sacar la para mí agradable conclusión de que cuando llegué a su casa me dio un trato preferente que no daba a todo el mundo, de que, por tanto, hubo de sentir por mí una especie de afecto.

Hacia el final de la floración de las rosas llegó a la casa Roland, el hermano de Eustach. Como se alojó allí varios días tuve ocasión de observarle más a fondo. No tenía aún la instrucción de su hermano, tampoco su flexibilidad; pero parecía poseer un vigor más grande, que prometía un éxito efectivo para sus actividades. Lo que me llamó la atención fue que varias veces clavó sus oscuros ojos en Natalie por más tiempo de lo que a mí me parecía decoroso. Había traído una serie de dibujos y quería viajar a otra parte más alejada de la región antes de regresar para ordenar definitivamente el material.

Antes de que Mathilde y Natalie abandonasen la Casa de las Rosas, hubo que hacer la prometida visita a la finca del vecino; se llamaba Ingheim y el pueblo solía denominarla el Inghof. Se envió recado, se propuso una fecha en la que se quería ir allá y que fue aceptada. La mañana de ese día, los caballos pardos con los que había llegado Mathilde y que había dejado todo el tiempo en la casa de labranza fueron enganchados al carruaje que había transportado a las mujeres, y Mathilde y Natalie se montaron en él. Mi anfitrión, Gustav y también yo, que había sido incluido expresamente en la invitación a esa contravisita, nos montamos en otro carruaje, tirado por dos hermosos caballos tordos de mi anfitrión. Un breve viaje de una hora nos llevó a nuestro punto de destino. Ingheim es un castillo, o en realidad son dos castillos rodeados de varios edificios. El castillo viejo estuvo en tiempos fortificado. Los torreones redondos, construidos con grandes sillares grises, están todavía en pie, asimismo el muro que une las torres y que está construido con las mismas piedras. Pero ambas partes empiezan a desmoronarse por arriba. Detrás de los torreones y de los muros, deshabitada y asimismo de color gris, se halla la antigua casa, aparentemente intacta; pero por las ventanas entabicadas asoma su carácter inhabitable e inhospitalario. Delante de esos edificios de tiempos antiguos está la casa blanca nueva, que con sus contraventanas verdes y el tejado rojo tiene un aspecto muy acogedor. Cuando se va llegando desde la lejanía, se piensa que está adosada al viejo castillo que se eleva detrás de ella. Pero cuando uno ha llegado a la casa y va a la parte de atrás, ve que los viejos muros están aún mucho más atrás, que están situados sobre una roca y separados de la casa nueva por un ancho foso cubierto de un bosque de frutales. Tampoco puede apreciarse desde lejos, debido a la inusitada mole del castillo viejo, la amplitud del edificio nuevo. Pero tan pronto se encuentra uno dentro de él, se percibe que sus dimensiones son notables y que no sólo tiene capacidad para la familia sino que tampoco supone una molestia alojar en él a un número considerable de invitados. Yo había oído con frecuencia el nombre del castillo, pero nunca lo había visto. Está tan apartado de las rutas normales y tan oculto por una elevada colina que los viajeros que recorren esa comarca camino de la sierra no pueden descubrirlo. Según nos acercábamos, iban apareciendo ante la vista los diversos edificios. Primero llegamos a las dependencias agrícolas, que llamaban granja o casa de labranza. Se hallaban, como es costumbre en muchas propiedades de nuestra región, bastante alejadas de la casa y formaban un sector propio. Para llegar desde allí a la casa nueva, se caminaba un trecho por una avenida de grandes y añosos tilos. Esa avenida es un residuo de la que en tiempos pasados llevaba al puente levadizo del castillo antiguo; por eso quedaba interrumpida, y el coche recorrió el resto del trayecto hasta la casa a través de un hermoso y verde césped, adornado con macizos sueltos de flores. La casa era de un color entre blanco y gris y tenía estrías, que imitaban columnas, y frisos. Todas las ventanas, en la medida en que las contraventanas abiertas permitían ver a través de ellas,

presentaban pesadas cortinas en el interior. Cuando el coche de las mujeres se detuvo bajo el alero de la entrada de carruajes, el señor Von Ingheim, con su esposa e hijas, estaba ya al pie de la escalera para dar la bienvenida. Todos estaban vestidos con gusto, así como la servidumbre, que esperaba detrás de ellos uniformada para las grandes ocasiones. El señor ayudó a las mujeres a bajar del coche, y como nosotros ya habíamos bajado también y nos habíamos acercado a ellos, fuimos saludados por toda la familia, y acompañados al subir la escalera. Nos condujeron a una gran salón y nos asignaron asientos. Mathilde y Natalie llevaban unos trajes más festivos que los que solían llevar en la Casa de las Rosas pero, por nobles que fueran las telas, no estaban muy adornados ni, menos aún, sobrecargados. Mi anfitrión, Gustav y yo íbamos vestidos como es habitual en las visitas que se hacen en el campo. Así, nos instalamos en los magníficos y mullidos asientos que había por todas partes. En una mesa sobre la que habían extendido un bello tapiz se había dispuesto un variado refrigerio. Las otras mesas de la sala no estaban cubiertas. Los muebles eran de caoba y parecían proceder del mejor taller de la ciudad. Lo mismo podía decirse de los espejos, de las arañas de cristal y de otros objetos del salón. Un rincón junto a la ventana estaba ocupado por un bellísimo piano. Las primeras conversaciones versaron sobre las cosas comunes, sobre la salud, sobre el tiempo, sobre el estado de los campos de cultivo y de las plantas del jardín. Los hombres se llamaban mutuamente vecinos, las mujeres no se daban ningún nombre.

Cuando se hubo tomado un poco de los manjares que allí había, todos nos levantamos y recorrimos las habitaciones. Había una serie de ellas cuyas ventanas daban en su mayor parte hacia mediodía, al campo abierto. Todas eran muy bellas, amuebladas en estilo moderno, de especial riqueza eran los muebles de palisandro del salón de la señora, en el que había otros pianos, lo mismo que en el gabinete de trabajo de las hijas. El señor de la casa me mostró las habitaciones, sobre todo a mí, que aún no las conocía. El resto del grupo nos seguía a este o a aquel aposento.

De las habitaciones se pasó al jardín. Era como muchos hermosos y bien cuidados jardines de las casas próximas a la ciudad. Bellos senderos de arena, espacios de verde césped, debidamente recortados y con zonas de flores, grupos de bosquecillos ornamentales y silvestres, un invernadero con camelias, rododendros, azaleas, brezos, calceolarias y plantas de Nueva Holanda, finalmente mesas y bancos para descansar en adecuados sitios umbríos. El huerto, en su calidad de zona utilitaria, no estaba junto a la casa sino detrás de la granja.

Desde el jardín, como suele ocurrir cuando se visitan casas de campo, accedimos a la granja. Pasamos entre las filas de los bien cepillados vacunos, la mayoría con manchas blancas, inspeccionamos las ovejas, los caballos, las aves, la lechería, la quesería, la fábrica de cerveza y lugares semejantes. Detrás de los graneros encontramos el huerto de hortalizas y el otro, muy grande, de frutales. Desde allí fuimos a los campos, muy bien cultivados, y a los prados. El bosque, que pertenece a la misma finca, me fue mostrado a lo lejos.

Una vez terminado nuestro considerable paseo, nos llevaron a un gran salón-comedor situado en la planta baja, en el que estaba puesta la mesa para el almuerzo. Ofrecieron una comida sencilla, pero exquisita, servida por criados que permanecían de pie detrás de nuestras sillas. Si durante la visita a la Casa de las Rosas la familia Ingheim había dado claras pruebas de su educación y cultura, así fue también cuando ellos nos acogieron en su propia casa. Tanto en el padre y la madre como en las hijas había sencillez, sosiego y modestia. Las conversaciones giraban en torno a diversos temas, no eran arrastradas de modo unilateral en una determinada dirección sino que se adaptaban moderadamente al grupo. Pasamos una parte del tiempo que siguió al almuerzo en las habitaciones del primer piso. Hubo música, se cantó y se tocó el piano. Primero tocó algo la madre, luego las hijas cada una por separado, luego las dos juntas. Cada una de las jóvenes interpretó también una canción. Natalie estaba sentada entre los cojines de seda y escuchaba atentamente. Pero cuando le pidieron que tocase también, se negó a hacerlo.

A la caída de la tarde regresamos a la Casa de las Rosas.

Cuando Gustav se bajó de un salto de nuestro carruaje, cuando mi anfitrión y yo nos apeamos también y yo vi la noble figura de Natalie acercándose a la escalera de mármol, me detuve un momento y después me dirigí a mis habitaciones, donde me quedé hasta la cena.

Ésta fue como siempre, pero aquel día no se dio a continuación un paseo.

Fui a mi dormitorio, abrí las ventanas, que a pesar del buen tiempo habían estado cerradas debido a mi ausencia, y me asomé al exterior. Las estrellas empezaban a brillar poco a poco, el aire era suave y tranquilo, y los perfumes de las rosas subían hasta mí. Me sumí en un hondo ensimismamiento. Era como si soñara, el silencio de la noche y los perfumes de las rosas me recordaban días pasados; pero aquel día era muy distinto.

A la visita al Inghof siguieron varios días de lluvia, y cuando éstos terminaron y cedieron paso al sol, ya

estaba muy próximo el momento en que Mathilde y Natalie querían dejar la Casa de las Rosas. Ya estaba preparada una parte del equipaje, y entre otros bultos vi las dos cítaras metidas en fundas de terciopelo y éstas, a su vez, en estuches de piel.

Finalmente, se fijó el día de la partida.

La víspera por la noche ya estaba metido en el coche lo más esencial del equipaje, y a primera hora de la tarde las mujeres habían ido a despedirse a varios sitios: a casa de los jardineros, a la ebanistería y a la casa de labranza.

A la mañana siguiente se presentaron a desayunar en atuendo de viaje, mientras Arabella, la doncella de Mathilde, metía en el coche las cosas que se habían necesitado hasta el último instante.

Después del desayuno, cuando las mujeres llevaban ya puestos los sombreros de viaje, Mathilde dijo a mi anfitrión:

—Te doy las gracias, Gustav, adiós y ven pronto al Sternenhof.

—Adiós, Mathilde —dijo mi anfitrión.

Los dos ancianos se besaron en los labios, como ya hicieran a la llegada de Mathilde.

—Adiós, Natalie —dijo él después a la joven.

Ésta replicó en voz baja con estas palabras:

—Gracias por tantas bondades.

Mathilde dijo al joven:

—Sé obediente y sigue el ejemplo de tu tutor.

El muchacho le besó la mano.

Luego, vuelta hacia mí, dijo:

—Muchas gracias por las agradables horas que nos ha dedicado en esta casa. El dueño le dará seguramente también las gracias por su visita. Siga siendo bueno con mi hijo, como lo ha sido hasta ahora, y que no le fatigue su afecto. Si se lo permite su hermosa ciencia, sea usted uno de los que hagan una visita al Sternenhof desde esta casa. Siempre será allí acogido con mil amores.

—Soy yo quien ha de dar las gracias por todas las bondades que han tenido conmigo usted y el dueño de esta casa —respondí—. Si Gustav me ha tomado algún cariño, la causa está sin duda en su bondad de corazón, y si usted no me excluye del Sternenhof, estaré a punto fijo entre los que allí vayan.

Sentía que debía despedirme de Natalie; pero fui incapaz de decir nada y sólo me incliné en silencio. Ella respondió con otra silenciosa inclinación.

Acto seguido, salimos de la casa y nos dirigimos a la explanada de arena. Los caballos pardos, ya enganchados al carruaje, estaban delante de la verja. Había acudido la servidumbre, estaba Eustach con sus operarios, el jardinero con sus peones y su mujer, y también habían llegado de la granja el colono con el primer mozo de labranza.

—Os doy a todos las gracias, queridos amigos —dijo Mathilde—, os doy las gracias por vuestra amistad y vuestra bondad, sed fieles y buenos con vuestro amo. Tú, Katharina, cuida de él y de Gustav, para que a ninguno le ocurra una desgracia. —Cuando vio que Katharina quería hablar, continuó—: Ya sé, ya sé, tú haces todo lo que puedes y aún más de lo que puedes; pero está en la naturaleza humana el pedir que se cumpla lo que desea el corazón aunque se sepa que ya se está cumpliendo, que ya se ha cumplido.

—Que tengan ustedes muy buen viaje —dijo Katharina besando a Mathilde la mano y enjugándose los ojos con la punta del delantal.

Todos se acercaron en tropel para despedirse. Mathilde tenía unas palabras amables para cada uno. También decían adiós a Natalie, que daba asimismo amablemente las gracias.

—Eustach, no olvide del todo el Sternenhof —dijo Mathilde vuelta hacia él—, venga a vernos con los demás. No quiero decir que las cosas de allí también le necesitarían, usted tiene que venir por nosotras.

—Iré, querida señora —respondió Eustach.

Luego dijo también unas palabras al jardinero y a su mujer y al colono, tras lo cual todos se retiraron un poco.

—Sé bueno, hijo mío —dijo a Gustav haciéndole con el pulgar y el índice el signo de la cruz en la frente y besándole en ella. El joven le cogió con fuerza la mano y la besó. Vi en sus grandes ojos negros, anegados en lágrimas, que le habría gustado abrazarla; pero el rubor, que era parte integrante de su ser, le hizo contenerse.

—Que sigas como eres, Natalie —dijo mi anfitrión.

La joven habría besado enseguida la mano que le daba, si él lo hubiera permitido.

—Caro Gustav, una vez más muchas gracias —dijo Mathilde a mi anfitrión. Ella había querido decir más; pero no pudo contener las lágrimas. Tomó un fino pañuelo blanco y lo apretó con fuerza contra los

ojos anegados en llanto.

Mi anfitrión estaba de pie, con los ojos tranquilos; pero las lágrimas le resbalaban por las mejilllas.

—Que tengas un feliz viaje, Mathilde —dijo por fin—, y si algo os ha faltado aquí durante tu estancia, no nos tengas en cuenta esa deuda.

Ella se quitó el pañuelo de los ojos, que seguían llorando, señaló a Gustav y dijo:

—Mi deuda suprema está aquí, una deuda que nunca podré saldar.

—No fue contraída para ser saldada —respondió mi anfitrión—. No hables de eso, Mathilde, si se hace algo bueno, se hace con mucho gusto.

Siguieron un rato asidos de las manos, mientras una ligera brisa matinal hacía caer a sus pies unos pétalos de las rosas marchitas.

Luego él la condujo al coche, ella subió y Natalie la siguió.

Había sucedido a los días de lluvia un día muy claro y no muy cálido. La capota del coche iba completamente descorrida. Mathilde dejó caer sobre el rostro la gasa del mismo sombrero que traía puesto a su llegada; pero Natalie retiró la suya y presentó sus ojos a las brisas matinales. Una vez que Arabella subió también al coche, se pusieron en marcha los caballos, las ruedas surcaron la arena y el coche descendió por el camino en dirección a la carretera.

Nosotros retornamos a la casa.

Cada uno se fue a su cuarto y a sus tareas.

Después de estar un rato en mis habitaciones, bajé al jardín. Fui a ver varias flores que conservaban su lozanía en una época del año ya tan avanzada para la floración, fui a ver las hortalizas, los frutales enanos y finalmente subí hacia el gran cerezo. Desde allí me dirigí al invernadero. Encontré en él al jardinero, que estaba ocupado con sus plantas. Cuando me vio entrar, me salió al encuentro y dijo:

—Es bueno que pueda hablar a solas con usted, ¿lo ha visto?

—¿A quién? —pregunté.

—Bueno, usted ha estado en el Inghof —respondió—, habrá visto el *Cereus peruvianus*.

—No, no lo he visto —repliqué, recordando la conversación en la que me contó que había en el Inghof una enorme planta de esa especie—, lo había olvidado.

—Bueno, si lo ha olvidado, el amo sí lo habrá contemplado —dijo él.

—Creo que nadie nos ha llamado la atención sobre esa planta cuando estuvimos en el invernadero —repliqué—; porque si alguna otra persona se hubiese puesto expresamente junto a esa planta, yo me habría dado cuenta y también la habría mirado.

—Eso es muy raro y muy curioso —dijo—; bueno, si ha olvidado contemplar el *Cereus peruvianus*, un día habrá de ir allí conmigo; necesitamos menos de dos horas y es un camino agradable. Una cosa así no es fácil que usted la vea en otro lugar. Nunca logran que eche flores. Si yo lo tuviese aquí, pronto echaría unas flores tan blancas como mi pelo, más blancas, naturalmente. Los nuestros aún son muy pequeños para que florezcan.

Le aseguré que iría con él un día al Inghof, y hasta le dije que, si no era una inconveniencia y si no había grandes obstáculos que lo impidiesen, trataría de conseguir que esa planta pasara a su poder.

Se alegró mucho y dijo que los obstáculos no eran tan grandes, que ellos no apreciaban el *Cereus*, de lo contrario habrían llevado a los invitados a verlo, y que el amo quizá no quería deberle ningún favor a sus vecinos. Pero que si yo actuaba de mediador, el *Cereus* vendría sin duda alguna a nuestra casa.

El hombre, dondequiera que se halle, no cesa de pensar en sus propios asuntos, pensé, e implica en ellos a todo el resto del universo. Este hombre se dedica a sus plantas y piensa que todo el mundo tiene que prestarles atención, mientras que yo, por mi parte, tengo en la mente pensamientos muy distintos, mi anfitrión está con sus propios afanes y Gustav entregado a sus estudios. Pero la conversación con el jardinero tuvo de bueno para mí que me distrajo hasta cierto punto de mis sentimientos melancólicos y dolorosos y me hizo ver que estaban poco justificados y que no podía tenerlos por lo único y más importante del mundo.

Me quedé más tiempo en el invernadero, y el jardinero me enseñó y explicó diversas cosas. Luego volví a mis habitaciones y me senté a trabajar.

Nos reunimos para almorzar, dimos un paseo por la tarde, y las conversaciones fueron las de costumbre.

Tras la estancia de las mujeres en la Casa de las Rosas, el tiempo transcurrió allí como había transcurrido antes.

El tiempo que había quitado a mis trabajos en la alta montaña para descansar una temporada en casa de mi anfitrión estaba casi agotado. El trabajo complementario que me había impuesto en la casa de las rosas tocaba también a su fin. No obstante, me permití una demora porque se había acordado ir al Sternenhof,

que era, como yo sabía, la residencia de Mathilde, y yo quería estar presente en esa ocasión. También se había proyectado visitar una iglesia situada en las tierras altas y en la que había un bellísimo retablo medieval. Me propuse recuperar el tiempo que ahora perdía quedándome después en la sierra hasta entrado el otoño.

Mi anfitrión había reanudado las obras de la granja y tenía allí trabajando a varios operarios. Él iba todos los días para ver la marcha de las obras. Nosotros lo acompañábamos muchas veces. En aquellos días estaban llegando las últimas cargas de heno de los prados más altos, los del bosque de Aliz, donde la siega se hacía más tarde que en la llanura. Nosotros nos deleitábamos con ese fragante y aromático alimento de los animales, que era mucho mejor si procedía de los prados de montaña que de los jugosos prados de los valles; porque en los prados de montaña crecen variadísimas hierbas que absorben de las muy diversas capas minerales las sustancias que las hacen crecer, mientras que la tierra de jardín de las zonas bajas, más homogénea, produce menos variedades, aunque más suculentas. Mi anfitrión dedicaba la máxima atención a ese sector; porque es la primera condición para que prosperen los animales domésticos, esos sociables auxiliares de los hombres. Todo lo que pudiese mermar la fragancia, el aroma y, como él lo llamaba, el placer de la nutrición, tenía que ser rigurosamente desechado, y si, por negligencia o por circunstancias desfavorables, llegaba a entrar algo de ello en la granja, lo menos aceptable había de ser totalmente eliminado o utilizado para otros fines. Por eso no era posible ver unos animales más hermosos, de piel más lisa y brillante, y más alegres que los del Asperhof. Venía a sumarse a ello la ventaja complementaria del beneficio económico; porque, como había que desechar lo de peor calidad, los criados ponían el mayor cuidado en el tratamiento y el almacenamiento, aparte de que mi anfitrión, dado su conocimiento de los fenómenos atmosféricos, quedaba menos perjudicado por la lluvia o por cosas parecidas que la mayoría de los agricultores, que no tenían interés en conocerlos. Y la desventaja de desechar lo de peor calidad quedaba más que contrarrestada por la ventaja del mejor desarrollo del ganado. En el Asperhof, con un número más reducido de animales, siempre se podían llevar a cabo trabajos de más envergadura que en otras granjas. Se sumaba a ello cierto contento y buen humor del personal subalterno, como siempre se observa en él cuando colabora en una actividad bien dirigida y cuando recibe un trato, aunque severo, siempre cordial. En mi estancia actual oí decir a gentes del entorno que, tal como era el antiguo Asperhof, nunca habrían imaginado que podría llegar a dar tales resultados.

Como después de varias tormentas la atmósfera se había purificado y se esperaban algunos días de buen tiempo, se determinó hacer el viaje a la iglesia del meritorio retablo.

Al norte de nuestro espléndido río, que divide la región en una zona septentrional y otra meridional, se levanta un macizo montañoso que sigue a lo largo de muchas millas la ribera norte del río. En su parte sur hay una comarca de unas ocho o diez millas de anchura, relativamente llana y muy fértil, que al final está limitada por la cadena de los Alpes. Hasta ahora yo había ido sobre todo a los Alpes, en el macizo septentrional me había aventurado una sola vez y me limité a recorrer una pequeña zona. Ahora iba a hacer con mi anfitrión un viaje a su interior; porque la iglesia que era la meta de nuestro viaje está mucho más cerca de la frontera norte que de la frontera sur de esas montañas. Viajamos en coche acompañados por Eustach, remontamos, desde la orilla del río, las escalonadas alturas, y continuamos después a través de las altas y onduladas tierras. A menudo viajábamos despacio en nuestro carruaje hasta el pico más alto de un monte, seguíamos luego por las alturas o bien descendíamos de nuevo a un valle, avanzábamos a menudo en recodos descendentes por la vertiente del monte, recorríamos un angosto barranco, volvíamos a subir, cambiábamos de dirección bastante a menudo y veíamos por lados diversos las colinas, los caseríos y otras formaciones. Muchas veces contemplábamos desde un pico toda la comarca llana, orientada hacia el sur, con su grandiosa cadena montañosa, y luego nos encontrábamos de nuevo en un angosto valle en el que no teníamos otra cosa junto a nuestro coche que un umbroso pino de anchas ramas y un molino. Con frecuencia, cuando creíamos poder acercarnos a alguna meta casi a través de una llanura, una honda cañada cortaba de pronto la llanura y teníamos que bajar por ella describiendo sinuosas curvas.

Cuando estuve por primera vez en ese macizo observé que todo me parecía más callado y silencioso que cuando recorría otras comarcas igualmente calladas y silenciosas. No reflexioné más sobre ello. Ahora volvía a tener la misma sensación. En esas tierras, los escasos pueblos un poco más grandes están muy alejados unos de otros, las granjas de los campesinos aparecen aisladas sobre promontorios o en una honda cañada o en una ladera que no se adivina. Alrededor hay prados, campos, bosquecillos y riscos. Los arroyos fluyen silenciosos en lo hondo de las cañadas, y cuando murmuran no se oye su murmullo porque muy a menudo los caminos discurren por las alturas. Esa tierra no tiene grandes ríos, y cuando se ve la extensa llanura meridional y las altas montañas, es una impresión visual, muy grande pero silenciosa. En los Alpes, los caminos principales suelen discurrir por el surco de los valles, junto a los ríos o torrentes, apenas hay

bifurcaciones, el tráfico se aglomera en ellos y hay animación y se oye el bramido del viento y el estrépito de los ríos.

En esa comarca también se conservan, dispersas aquí y allá, muchas y valiosas antigüedades, allí vivieron en tiempos pretéritos ricos linajes, y por esas tierras no han pasado las borrascas de la guerra ni las invasiones de otros pueblos.

Llegamos al pueblecito de Kerberg. Está situado en un paraje muy solitario y no tiene la menor relevancia.

Ni siquiera lo atraviesa ninguna vía de cierto tráfico, sino sólo uno de esos caminos vecinales que sirven para que la población intercambie productos y que están muy bien construidos con los buenos materiales de esa tierra que son la arena y la piedra. Sólo la situación es buena, ya que allí las formaciones son algo más grandes y, revestidas en parte de umbroso bosque, convergen armoniosamente. Y sin embargo en aquel lugar está la iglesia cuya visita era el objetivo del viaje. Detrás del pueblecito, hacia el norte, hay en un monte un castillo que ocupa una gran extensión y está rodeado de grandes jardines y bosques. En ese castillo vivió una vez un rico y poderoso linaje. Un miembro de esa familia mandó construir y decorar una iglesia en aquel lugar. Construyó la iglesia en estilo gótico tardío; la coronan arcos apuntados, delgadas columnas de piedra la dividen en tres naves, y le dan luz altas ventanas con rosetones de piedra en sus ogivas y con pequeños vidrios poligonales. El retablo mayor, tallado en madera de tilo, se yergue como una custodia en el presbiterio, que está rodeado de cinco ventanas. Pasaron los siglos. Murió el fundador, en la iglesia enseñan su efigie en semirrelieve sobre una lápida de mármol rojo. Llegaron otras generaciones, en la iglesia se añadieron nuevos elementos, las columnas de piedra y las piedras talladas de los muros fueron adornadas con pinturas y más tarde revocadas, los dos retablos de piedra, de cuya configuración ya no se sabe nada, se vieron sustituidos por otros nuevos, y corre la leyenda de que aquella custodia estaba rodeada de bellas vidrieras que desaparecieron, y de que colocaron en las cinco ventanas unas vidrieras cuadrangulares comunes. Éstas, en efecto, siguen afeando hoy la iglesia. Los nuevos propietarios del castillo ya no eran tan ricos y poderosos, tiempos distintos trajeron consigo ideas distintas, y así, el retablo tallado había ido ensuciándose por obra de pájaros, moscas e insectos; también lo había abrasado el sol, que entraba de pleno por los vidrios cuadranglares; se desprendían partes, que luego alguien volvía a colocar trastocadas, y la carcoma horadaba los brazos, rostros y vestiduras.

Por eso, las autoridades de la región restauraron el retablo, y a ver ese retablo íbamos nosotros.

Eustach nos condujo al interior de la iglesia, era una mañana soleada, no había nadie, y nos acercamos al retablo de madera. Eustach sabía explicar mucho de las reglas del arte antiguo y de su historia. Habló del cuerpo central en el que había tres grandes figuras, de tamaño mayor que el natural, sobre pedestales ricamente ornamentados y bajo ricos doseles. Eran las figuras de San Pedro, de San Wolfgang —ambos con ropajes de obispo— y de San Cristóbal, que portaba sobre los hombros al Niño Jesús, el cual, según la leyenda, a aquel hombre de fuerzas gigantescas le pesaba como la bola del mundo y agotaba sus energías, un agotamiento que es visible en la figura. Conforme a la costumbre de nuestros ancestros, por todo ese espacio había repartidas muchísimas figuras pequeñas. Contiguo al cuerpo central se veían dos planchas plegables con escenas en semirrelieve: la anunciación del ángel, el nacimiento del Salvador, la adoración de los tres reyes y el tránsito de la Virgen. Encima del cuerpo central había un remate con un esbelto pináculo, en trabajo de filigrana, que suele calificarse, erróneamente como dijo Eustach, de gótico, ya que en realidad es alemán medieval. En esa filigrana había repartidas varias figuras. A ambos lados, detrás de las planchas laterales, estaban las figuras de San Florián y de San Jorge, en pie, con armadura de caballero medieval. San Florián tenía a sus pies el símbolo de la casa en llamas y San Jorge, el del dragón. Eustach afirmó que el pequeño tamaño de esos atributos de las figuras medievales sólo se explicaba desde la perspectiva del símbolo, ya que nuestros antepasados, tan dotados de sensibilidad artística, no habrían cometido en modo alguno ese gran error de la desproporción de los volúmenes. Mi anfitrión dijo, sin querer rechazar la opinión de Eustach, que también se podría encontrar otra interpretación y pensar que con ese tamaño absolutamente desmesurado de las figuras, frente al cual una casa o un dragón eran pequeños, el artista había querido expresar el carácter sobrenatural de las mismas.

Mi anfitrión dijo que en aquellos tiempos no sólo hubo sin duda más sensibilidad artística que en los actuales, sino que el interés por el arte estaba más extendido y se daba hasta en las capas más bajas; porque ¿cómo habrían llegado si no obras de arte a sitios tan apartados como Kerberg, o cómo se las encontraría incluso en la zona montañosa, en iglesias y capillas aún más pequeñas, que a menudo se elevan solitarias en lo alto de una colina o cuyos muros sobresalen en medio de un monte poblado de bosque, o cómo estarían trabajadas con tanto arte iglesias minúsculas, capillas rurales, columnas miliarias, lápidas conmemorativas de tiempos antiguos? Del mismo modo que hoy en día, continuó diciendo, la decadencia del arte penetra

hasta en los círculos más altos, porque no sólo se permite que el pueblo coloque en iglesias, tumbas y lugares sagrados figuras horribles que acaban con el recogimiento en lugar de fomentarlo, sino que muchas veces hacen llegar hasta ellos mismos, hasta la mansión señorial, las obras, hueras y pobres de espíritu, de una época infecunda. Durante estas observaciones, se apoderó de mi anfitrión y de Eustach una tristeza que yo no comprendí muy bien.

Después del altar recorrimos también la iglesia, contemplamos la estatua de piedra del hombre que mandó construirla, y contemplamos otros monumentos funerarios e inscripciones. Vimos así que las cinco ventanas del presbiterio no tenían rosetones de piedra en los arcos apuntados, como tenían las de la nave de la iglesia, lo que vino a ser otra prueba de que las vidrieras de esas ventanas habían sido retiradas y de que, para extraer mejor las pinturas encajadas en los arcos apuntados o incluso para insertar mejor las placas rectangulares de vidrio, habían suprimido el marco de piedra.

Enriquecido con no pocas ideas salí de la iglesia junto a mis dos acompañantes.

En el viaje de vuelta tomamos otro camino, para que yo conociera otras comarcas de la región. Visitamos algunas otras iglesias y monumentos más pequeños, y Eustach me prometió que, cuando llegáramos a casa, me enseñaría los dibujos de las cosas que habíamos visto. Durante el viaje de vuelta, los hombres hablaron también de la época aproximada en que pudo haber sido construida la iglesia que había sido la meta de nuestro viaje. Deducían esa época de la factura del edificio y de diversos ornamentos. Sólo lamentaban que no se pudiera investigar en los archivos para saber más detalles, ya que no se podía acceder a la sala de manuscritos del viejo castillo.

A primera hora de la tarde del día siguiente descendimos otra vez por los promontorios escalonados y, avanzada ya la noche, llegamos a la Casa de las Rosas.

Unos días después recordé al jardinero la convenida excursión a Ingheim. A él le gustó mi formalidad, como él la denominó, y una agradable tarde salimos para el castillo. Dijimos el motivo de nuestra visita y fuimos recibidos con gentileza. Fuimos enseguida al invernadero, y la planta que me llevó a ver Simon, el jardinero, era realmente bellísima y de un tamaño muy considerable. Yo no sabía exactamente cuánto crecen esas plantas y qué altura pueden alcanzar; pero nunca había visto otra más grande. Noté asimismo que en Ingheim no se la estimaba mucho; porque el rincón del invernadero en el que se encontraba, sobre el suelo desnudo, era el más descuidado, había allí estacas, cuerdas de cáñamo, hojas marchitas y cosas semejantes, y estaba tapada con jardineras que tenían otras plantas, de forma que quedaba oculta a las miradas. Se podía ver que el verde brazo de aquella planta llegaba hasta el techo del edificio, pero en mi primera visita yo no había mirado hacia arriba. Mi acompañante reconocía ahora que era un *Cereus peruvianus*, y me explicó sus características. Fuera de ése no pudimos encontrar otros cactus en Ingheim. Tras diversas atenciones que tuvieron con nosotros en el castillo, a la caída de la tarde iniciamos el camino de regreso y yo consolé a mi anciano acompañante diciéndole que, en mi opinión, no sería difícil hacer llegar esa planta a la Casa de las Rosas. Allí completaría y embellecería la colección, mientras que en Ingheim se hallaba sola. Además ellos estarían sin duda dispuestos a satisfacer un deseo de mi anfitrión y yo trataría de sacar el asunto adelante.

A los pocos días nos pusimos en camino para el Sternenhof. Esta vez, además de Eustach, venía con nosotros Gustav. Los caballos pardos fueron enganchados a un coche de mayor tamaño que el del viaje por las tierras altas y bajamos con ellos por la colina. Era de madrugada, mucho antes del amanecer. Viajamos por la carretera en dirección a Rohrberg y finalmente subimos el collado que bordea el bosque del Aliz. Cuando los caballos avanzaban despacio por el camino, dijo mi anfitrión:

—Es posible que el año pasado haya visto usted en este mismo sitio a Mathilde y a Natalie. Cuando vinieron a ver la floración de las rosas y yo les hablé de usted, de su estancia en mi casa y de su partida la misma mañana en que ellas llegaron, me contaron que en los altos del Aliz habían visto a un caminante con un aspecto muy parecido al que yo les describí.

De pronto tuve la evidencia de que Mathilde y Natalie habían sido en efecto las dos mujeres que viera aquella mañana en ese mismo sitio. Tenía claramente ante la vista los dos sombreros de viaje que también llevaban puestos ahora, volví a ver el rostro de Natalie, y también me vinieron a la memoria el coche y los caballos pardos. Por eso, pues, tuve siempre la sensación de haber visto ya antes a Natalie. Incluso había pensado entonces que el rostro humano era seguramente el objeto más noble para el arte del dibujo y, torpe como soy, más hábil para coordinar impresiones de todo género excepto las humanas, la había dejado salir de mi imaginación. Le dije a mi anfitrión que con su observación había venido en ayuda de mi memoria, que ahora yo lo tenía todo muy claro y que en aquel alto me había cruzado con Mathilde y Natalie y que, como el coche bajaba despacio la cuesta, las había seguido con la vista.

—Es lo que yo había pensado —replicó.

Pero también caí en la cuenta de otra cosa que me hizo enrojecer. Mi anfitrión, pues, había hablado sobre mí con las mujeres e incluso había descrito mi aspecto. Había sentido, por tanto, interés por mi persona. Eso me alegró mucho, viniendo de aquel hombre.

Llegados al punto más alto del monte, mi anfitrión ordenó parar en un sitio donde la maleza que bordeaba el camino permitía ver a través de ella, se puso de pie dentro del coche y me pidió que hiciera lo mismo. Dijo que en aquel punto se podía divisar el trozo del bosque del Aliz que pertenecía al Asperhof. Siguiendo con el dedo índice los diferentes colores del bosque que provenían de la mezcla de hayas y abetos, de las luces y las sombras y de otras características, me indicó los límites de su finca. Cuando lo hube comprendido bien y yo le indiqué a mi vez con el dedo los parajes del bosque en los que ya había estado, nos sentamos de nuevo y continuamos el viaje.

Fue en aquella ocasión cuando le oí pronunciar por primera vez el nombre de Asperhof, con el que designaba su propiedad.

Tras un breve recorrido nos separamos de la carretera que continúa hacia el este y tomamos un camino secundario común que se dirigía al sur. Viajábamos, pues, más cerca de la alta montaña. Al mediodía, para restaurarnos y para que descansaran los caballos, de cuyo cuidado se preocupaba mucho mi anfitrión, nos quedamos bastante tiempo en un mesón aislado, y estaba ya muy avanzado el crepúsculo cuando mi anfitrión me mostró los contornos del Sternenhof. Yo ya había estado dos veces en esa comarca, hasta recordaba el conjunto del edificio y sabía muy bien que al pie de la colina donde estaba la casa crecían unos hermosísimos arces. Pero nunca había tenido motivos para ocuparme más de esos objetos.

Llegamos, a la luz de las estrellas, a los arces que yo conocía, subimos una colina, entramos por una puerta cochera y llegamos a un patio. Había en él cuatro grandes árboles, por cuyas curiosas formas que se recortaban contra el oscuro cielo nocturno reconocí que eran arces. En su centro murmuraba una fuente. Al oír llegar el coche por la ruidosa entrada de carruajes llegaron criados con luces para ayudarnos a salir del coche. Poco después aparecieron también en el patio, para saludarnos, Mathilde y Natalie. Nos acompañaron, subiendo la escalera, hasta una antesala en la que se repitieron los saludos de un modo general y donde nos asignaron nuestras habitaciones.

La mía era un aposento grande y acogedor en el que ya ardían dos candelas sobre la mesa. Cuando el criado hubo cerrado la puerta tras de sí, puse mi sombrero sobre la mesa, y lo primero que hice fue ir y venir deprisa varias veces por la habitación para regenerar un poco los miembros entumecidos por el viaje. Logrado eso hasta cierto punto, me acerqué a una de las ventanas abiertas para mirar alrededor. Pero no se veía gran cosa. La noche ya estaba muy avanzada, y las luces de la habitación hacían aún más tenebroso el ambiente de fuera. Sólo pude ver que mis ventanas daban al campo. Poco a poco se perfilaron ante mis ojos las oscuras figuras de los arces que había al pie de la colina, luego llegaron retazos de colores oscuros y pálidos, probablemente la alternancia entre bosque y tierra de labranza, más no se podía distinguir, excepto, allá en lo alto, el cielo refulgente, que iluminaba un sinnúmero de estrellas pero ni el menor fragmento de luna.

Al cabo de un rato llegó Gustav a buscarme para la cena. Estaba muy contento de que yo hubiese ido al Sternenhof. Ordené un poco la ropa del saco de viaje, que ya me habían subido y seguí a Gustav al comedor. Éste era casi como el de la Casa de las Rosas. Al igual que allí, Mathilde se sentaba en una silla de honor a la cabecera, a su derecha mi anfitrión y Natalie, a su izquierda yo, Eustach y Gustav. Aquí también servían la mesa un ama de llaves y una criada. El orden de los platos era el mismo que el de las cenas que tomábamos todos juntos en casa de mi anfitrión.

Para descansar del viaje nos separamos pronto y cada uno se dirigió a su habitación.

Me dormí con desazón, pero poco a poco fui hundiéndome en un sueño profundo, y me desperté cuando ya había salido el sol.

Ahora era el momento de mirar alrededor.

Me vestí lo más rápida y cuidadosamente que pude, me acerqué a una ventana, la abrí y miré fuera. En la amplia ladera de la colina sobre la que se alzaba el edificio, se veía un césped muy verde y hermoso, que no estaba interrumpido por macizos de flores o cosas parecidas, sino que sólo tenía un camino de arena blanca. Por ese camino de arena subían Natalie y Gustav. Yo podía contemplar los bellos y juveniles rostros, pero ellos no me veían porque no levantaban la vista. Parecían estar en íntima conversación, y al acercarse —por el andar, por el porte, por los grandes ojos negros, por las facciones del rostro— vi otra vez con la mayor claridad que eran hermanos. Los seguí con los ojos todo el tiempo que pude, hasta que finalmente la sombría entrada de coches los hurtó a mi vista.

La comarca estaba ahora muy vacía.

Apenas la miré.

Pero poco a poco fue surgiendo de nuevo una agradable mezcla de cultivos, bosquecillos y prados, se veían granjas dispersas en el entorno, acá y allá brillaba en la lejanía un blanco campanario, y la carretera trazaba una cinta de color claro a través del verde. Las altas montañas marcaban el límite de un modo tan claro que en la parte inferior de sus paredes podían distinguirse las sinuosidades de los valles, en la superior, la configuración de los picos y altiplanos y asimismo las blancas superficies de los neveros.

Los arces que había al pie de la colina eran muy grandes y bellos, probablemente por eso me llamaron la atención durante mis anteriores viajes por la comarca. De ellos salían hileras de alisos que indicaban el curso de los riachuelos.

La casa debía de ser espaciosa; porque la pared en la que estaban mis ventanas y que yo, si me asomaba, abarcaba con la vista, era muy grande. Era lisa, con frontones de piedra como remate de las ventanas y tenía un color entre gris y blanco, con el que parecía haber sido revocada recientemente.

Detrás de la casa había sin duda un jardín o un bosquecillo porque yo oía cantar a los pájaros por aquella parte. A veces también me parecía percibir el rumor de la fuente del patio.

El día era soleado.

Yo estaba ahora a la expectativa de lo que vendría.

Un criado me llamó para desayunar. Era a la misma hora que en la Casa de las Rosas. Cuando entré en el comedor, me dijo Mathilde que había sido muy amable al acompañar a sus amigos y a su hijo al Sternenhof, y que haría lo posible para que me agradara la estancia, para lo cual tenía que prestarle ayuda su amigo, que había sabido hacerme atractivo el Asperhof.

Respondí que me había alegrado mucho de poder ir al Sternenhof y de estar ahora allí. No tenía la menor importancia, añadí, que se me guardaran consideraciones, sólo pedía que no me lo tuvieran en cuenta si cometía alguna falta.

Eustach entró después de mí. Mathilde también le dio los buenos días.

Gustav, que ya estaba allí, se puso a mi lado.

Las mujeres iban vestidas con naturalidad, para estar en casa, pero de un modo menos sencillo que en la Casa de las Rosas. A mi anfitrión lo vi por primera vez con un atuendo muy distinto al que llevaba en su finca y en la visita a Ingheim. Iba con un frac negro, que tenía un corte más amplio y cómodo de lo común, y hasta llevaba en la mano un sombrero ligero de castor.

Después del desayuno dijo Mathilde que quería enseñarme la casa. Los otros vinieron también. Del comedor salimos a un vestíbulo. Al final de éste se abrieron dos puertas dobles y vi una serie de habitaciones que seguramente seguían en serie a todo lo largo de la casa. Cuando entramos vi que en las habitaciones las cosas estaban ordenadas con la mayor limpieza, belleza y armonía. Las puertas permanecían abiertas, de forma que podía verse el interior de las habitaciones. Los muebles armonizaban con ellas, las paredes estaban decoradas con numerosos cuadros, había armarios con vidrieras y llenos de libros, había instrumentos de música, y se veían flores sobre jardineras colocadas en los lugares oportunos. Las ventanas daban al paisaje inmediato y a las lejanas montañas.

Esas habitaciones resultaron ser un hermoso paseo bajo techado y entre paredes. Se podía caminar por ellas, estar rodeado de objetos agradables y no sentir el frío ni el fragor de la tormenta ni del invierno, mientras que al mismo tiempo se tenían ante la vista los campos, el bosque y los montes. Incluso en verano podía ser placentero pasear por allí con las ventanas abiertas, repartido, por decirlo así, entre la naturaleza y el arte. Como mi mirada buscaba más los detalles, me llamaron especialmente la atención los muebles. Eran nuevos y construidos según una concepción muy bella. Encajaban tan bien en el lugar en que estaban que parecían no haber venido de fuera sino que hubieran surgido al mismo tiempo que esos apartamentos. En ellos había mezcladas muchas variedades de maderas que no se emplean normalmente para muebles, pero me parecieron armonizar como armonizan en la naturaleza criaturas muy diferentes.

A este respecto hice una observación a mi anfitrión, y él respondió:

—Usted preguntó una vez si hay en mi casa objetos nuevos confeccionados en nuestra ebanistería, a lo que yo contesté que en ella no había nada relevante, pero que varios de ellos estaban reunidos en otro lugar al que yo le llevaría si a usted le agradaban esas cosas. Estas habitaciones son ese otro lugar, y usted está viendo los muebles nuevos hechos en nuestra ebanistería.

—Pero es admirable cómo se integran aquí siendo de formas tan diversas y variadas —dije.

—Una vez que concebimos el plan de equipar las habitaciones de Mathilde con muebles nuevos —replicó—, se trazó la planta y el alzado de toda la serie de habitaciones, se determinaron los colores que tendrían las paredes de cada una de ellas y se trasladaron enseguida esos colores a los dibujos. Después se pasó a determinar el tamaño, la forma y el color de las maderas de los distintos muebles. Se confeccionaron los dibujos en color de los mismos y se los comparó con los dibujos de las habitaciones. Para las formas de

los muebles se tuvo en cuenta el estilo que nos han transmitido los antiguos, tal como le dije a usted una vez, pero de tal manera que no imitásemos sin más lo antiguo sino que creásemos objetos autónomos, adecuados a los tiempos actuales y con huellas de lo aprendido de épocas pasadas. Llegamos a esa convicción poco a poco, cuando vimos que los muebles modernos carecían de belleza y que los antiguos, colocados en habitaciones modernas, no aportaban la armonía requerida para sentirse bien en ellos. Nosotros mismos quedamos sorprendidos cuando comprobamos qué bellas eran las cosas, una vez que, tras muchos intentos, dibujos, diseños, habían quedado terminadas. Al igual que en la naturaleza, en el arte, si se puede hablar de arte tratándose de cosas tan pequeñas, es imposible dar un salto. Quien quisiera inventar de golpe algo tan nuevo que no tuviera nada similar ni en las partes ni en la configuración, sería tan necio como quien exigiera que de los animales y plantas existentes surgieran de pronto especies nuevas que nunca han existido. En la creación, por otra parte, el cambio gradual siempre es puro y sabio, en el arte, sin embargo, sometido al arbitrio de los hombres, aparece a menudo la ruptura, el estancamiento y el retroceso. Por lo que toca a las maderas, se han utilizado casi todas, y también las hojas más bellas que hemos sacado de los nudos de los alisos que crecen en nuestro prado pantanoso. Luego puede examinarlas usted. Pero también nos hemos esforzado en reunir por toda nuestra comarca las maderas que nos parecían bellas, y poco a poco fuimos reuniendo más de lo que creíamos al principio. Está el arce de montaña, liso y del color de la nieve, el arce acanalado, las hojas sacadas de los nudos de arces oscuros (todos originarios de las tierras del Aliz), luego el abedul de las paredes y rocas del Aliz, el enebro del páramo seco y escarpado, el fresno, el serbal, el tejo, el olmo, incluso nudos de abeto, el avellano, el alaterno, el endrino y muchos otros arbustos que compiten en solidez y delicadeza, luego, de nuestros jardines, el nogal, el ciruelo, el melocotonero, el peral, el rosal. Eustach dibujó todas las hojas de las maderas y las reunió para compararlas, un día puede enseñarle a usted en el Asperhof ese dibujo e indicar las otras muchas especies que no he nombrado aquí. Ha de haber también una muestra en la colección de maderas.

Observé las cosas con más detalle. Las hojas de madera de aliso, de las que mi anfitrión había dicho el año precedente que habían sido utilizadas en otro lugar, eran en efecto extraordinarias, de un rojo encendido y casi como en relieve, y además grandísimas, todas las otras maderas eran tan delicadas y bellas en la composición que nadie imaginaría que proceden de nuestros bosques. Y las formas de los muebles, qué ligeras, cuán finas y gráciles, eran muy distintas de las que se hacen ahora, y eran no obstante modernas y adaptadas a nuestro tiempo. Me di cuenta del gran valor de los dibujos que poseía Eustach. Pensé en mi padre, que amaba tanto esas cosas. Y lamenté que él no estuviese allí para verlas. Tenía la impresión de que se me abrían nuevos campos del saber. Osé dirigir la mirada a Natalie, pero enseguida volví a desviarla; estaba tan abstraída que creo que se ruborizó cuando la miré.

Mathilde dijo a Eustach:

—Con el paso del tiempo, sin que haya habido intención de alterar nada, algunas cosas han sufrido cambios y ya no son tan bellas como al principio. En algún momento, si usted tiene tiempo y quiere venir por aquí, lo examinaremos, podrá descubrir los daños y recomendarnos los medios para eliminarlos.

Continuamos el recorrido. Por una puerta abierta entramos en habitaciones orientadas en otra dirección. Las ya recorridas miraban hacia el sur, éstas miraban hacia poniente. Era un gran salón y dos aposentos laterales. Si las habitaciones de antes eran amables y acogedoras, éstas eran verdaderamente suntuosas. El pavimento del salón era de mármol, las paredes de los aposentos tenían un revestimiento a la manera antigua, cortinas antiguas en las ventanas y muebles antiguos, el suelo del salón presentaba las más bellas, las más raras y numerosas variedades de nuestro mármol; habían sido colocadas siguiendo un dibujo, y estaban tan pulimentadas que se reflejaban en ellas todas las cosas. Era la alfombra más noble y esplendorosa. Allí también hubimos de calzarnos zapatos de fieltro. Sobre ese espejo había unos bellísimos y muy bien conservados armarios antiguos y algunos otros muebles. Allí estaban reunidos los más grandes. En los dos aposentos contiguos, sobre alfombras de madera de intenso colorido, estaban los más pequeños, finos y delicados. Si los muebles antiguos no eran más bellos que los de mi anfitrión —en mi opinión apenas puede haber otros más bellos—, aquí había tal armonía que uno esperaba ver entrar por las puertas, vestidos con los trajes de la época, a quienes construyeron originariamente esas cosas. Uno quedaba embargado por un sentimiento de honda gravedad.

—Los mármoles —explicó mi anfitrión— han sido adquiridos en muchos lugares, tallados, pulidos y acoplados siguiendo el dibujo antiguo de muchas vidrieras de iglesias.

—Pero lo asombroso es que usted haya reunido los muebles de manera que armonicen formando una unidad —dije.

—¿Así que le parece que armonizan? —replicó—. Mire, me agrada que lo diga. Usted es un observador que no está obsesionado con lo antiguo, cosa que nos echan en cara nuestros adversarios. Por tanto, esa

sensación suya proviene de los objetos y no es usted quien la transfiere a ellos, como también afirman nuestros adversarios cuando hablan de nosotros. Pero la situación es la siguiente: cuando se comprobó la futilidad y la vaciedad de los tiempos recientes y se volvió otra vez la mirada hacia las cosas antiguas y ya no se las tenía por cachivaches y trastos viejos, sino que se buscaba en ellas la belleza, ocurrieron sin duda cosas absurdas. Se coleccionaba lo antiguo y sólo lo antiguo. En lugar de la moda de los objetos nuevos llegó la última moda de los objetos antiguos. Se hacía acopio de armarios, reclinatorios, mesas y cosas semejantes porque eran antiguas, no porque eran bellas, y se las exhibía. Así aparecían juntas cosas que, por sus épocas, estaban muy distanciadas unas de otras, y no pudo menos de resultar de todo ello algo desagradable, de forma que los enemigos de lo antiguo, si tenían sensibilidad, se veían obligados a rechazarlo. Pero nada puede ser tan discordante como cosas antiguas de tiempos muy distintos. Los ancestros impregnaron sus cosas de un espíritu tan específico (era el espíritu de su sensibilidad y de su vida afectiva en general), que en aras de ese espíritu sacrificaron incluso la utilidad. La ropa blanca, los vestidos y otros objetos de ese género se guardan de manera más adecuada en los muebles modernos que en los antiguos. Por eso, sin alterar demasiado el espíritu de íntima familiaridad que habita en ellos, es posible combinar muebles antiguos de aproximadamente la misma época pero de diferente función, mientras que de nuestros muebles, que no tienen espíritu pero sí función, emana enseguida un contrasentido cuando se meten en la misma habitación cosas de diferente uso, como el escritorio, el lavabo, la librería y el lecho. El mayor efecto se consigue sin duda cuando se colocan en una habitación muebles antiguos de la misma época, que tengan por tanto el mismo buen espíritu, y de la misma función. Entonces se pone de manifiesto en esa realidad algo muy distinto de lo que expresan nuestras cosas nuevas.

—Y me parece que eso es lo que aquí ocurre —dije.

—No todo es antiguo —replicó—. Muchas cosas se han perdido de modo tan irrecuperable que es casi imposible amueblar una casa completa con objetos de la misma época sin que falte ninguna pieza esencial. Por eso hemos preferido hacer piezas nuevas a la manera antigua, antes que mezclar piezas antiguas de épocas por completo diferentes. Pero para no inducir a error a nadie, cada una de esas piezas nuevas al estilo antiguo ha sido provista de una pequeña placa de plata en la que esa circunstancia queda consignada por escrito.

Me enseñó entonces los objetos complementarios que habían sido confeccionados expresamente en la ebanistería.

Sin embargo la impresión que me causaban era siempre la misma, y yo tenía el pensamiento puesto constantemente en mi padre. Me enseñaron también las cortinas antiguas, pesadas, bordadas en oro y plata, y me aseguraron que eran auténticas, asimismo los revestimientos de las paredes, en piel y provistos de colores y de ornamentos metálicos. Pero en cuanto a la piel, hubo que mejorar su estado y alimentarla.

Cuando hube contemplado lo suficiente esas estancias graves y solemnes, Mathilde corrió el pesado cerrojo de la puerta de salida, y entramos en varias piezas poco importantes que miraban al norte, entre las que se hallaban la antesala general y el comedor. Desde allí llegamos al ala cuyas ventanas recibían el sol de la mañana. Allí estaban los gabinetes de Mathilde y Natalie. Cada una tenía una pieza más grande y otra más pequeña. Estaban decoradas sobriamente con muebles modernos y atestiguaban, mediante objetos de uso inmediato, que se vivía en ellas, sin que yo viera las muchas fruslerías de que suelen estar llenas las habitaciones de las mujeres, no en casa de mis padres pero sí en otros lugares de nuestra ciudad. En cada una de las dos unidades vi una de las cítaras que habían estado en la Casa de las Rosas. En el entorno de Natalie predominaban las flores. Por doquier había jardineras, las traían del jardín para que allí se fueran marchitando. Había también en el suelo, en grupos o en semicírculo, plantas más grandes, sobre todo las que tenían bonitas hojas o un hermoso porte.

En una antesala que formaba la entrada de esos aposentos había un piano.

Los aposentos del segundo piso de la casa habían quedado como estaban antes. Su apariencia era la que suelen tener las habitaciones de los palacios antiguos y grandes. Estaban llenas de muebles de muchas épocas, la mayoría sin gusto, de chucherías de pasadas generaciones, de algunas armas y cuadros, en especial retratos que habían sido ejecutados según el capricho de la moda. De las paredes de los pasillos colgaban sobre todo reproducciones de grandes peces que habían sido capturados, junto con la descripción de los mismos, de ciervos abatidos, de aves silvestres, de jabalíes y similares. Tampoco faltaban perros favoritos. En ese piso estaban, orientadas hacia mediodía, las habitaciones para invitados, y esa ala la habían arreglado. Allí estaba también mi habitación, contigua a la de Gustav.

Después de visitar las habitaciones salimos al exterior. La ancha escalinata de mármol rojo conducía al patio. Desde éste se veía cuán grande era el edificio. El patio estaba circunscrito por cuatro cuerpos de la misma longitud. En el centro había un estanque de mármol gris en el que iban a caer, procedentes de un

conjunto de ninfas enlazadas unas con otras, cuatro chorros de agua. En torno al estanque se alzaban cuatro arces, sin duda no más pequeños que los que bordeaban la colina del castillo. En la explanada de arena, bajo los arces, había bancos para descansar, también de mármol gris. De esa explanada salían, radialmente, senderos de arena. El resto del terreno era todo césped, excepto un pavimento de piedras lisas que discurría a todo lo largo de los muros de la casa.

Salimos del patio por la gran puerta. Cuando estuvimos fuera me di la vuelta espontáneamente para contemplar el edificio. Sobre la puerta había un escudo de piedra bastante grande con siete estrellas. Fuera de eso no vi nada que no hubiese visto ya cuando miré por la ventana aquella mañana. Caminamos por un sendero de arena del verde césped, rodeamos la casa y llegamos por detrás de ella al jardín. Allí vi lo que ya había imaginado antes, que el edificio, que habría que llamar más bien palacio, sólo constaba de los cuatro grandes cuerpos que formaban un perfecto cuadrilátero. Los edificios de explotación estaban bastante lejos, en el valle.

El jardín comenzaba con flores, frutales y hortalizas, pero se percibía que a lo lejos debía de terminar con algo que parecía un bosque de fronda. Todo estaba limpio y bien cuidado. Aquel jardín también estaba poblado de habitantes alados, y había instalaciones parecidas a las del Asperhof. Por tanto, los árboles estaban sanos y en perfecto estado. También se veían muchas rosas, pero no agrupadas de modo específico, como en casa de mi anfitrión. Los invernaderos del jardín eran espaciosos, mucho más grandes y cuidados con más esmero que los del Asperhof. El jardinero, un hombre joven y, al parecer, muy capacitado, nos recibió con cortesía y respeto a la entrada. Me enseñó sus tesoros con más detalle de lo que me parecía compatible con la consideración debida a mis acompañantes, para los que nada era nuevo. Había muchas plantas de continentes exóticos, tanto en el invernadero caliente como en el frío. Especial satisfacción le producía su abundante colección de ananás, que ocupaba un sitio especial en uno de los invernaderos.

A espaldas del invernadero, no muy lejos, había un grupo de tilos casi tan hermosos y grandes como los del jardín del Asperhof. Asimismo, bajo la umbría techumbre de follaje, la arena estaba igual de limpia y bien barrida y, para completar la afinidad, pinzones, escribanos, tarabillas comunes y otros pájaros corrían por ella con tanta confianza como por la arena de la Casa de las Rosas. Obviamente, había bancos bajo los tilos. El tilo es el árbol acogedor por excelencia. ¿Dónde habrá un tilo en tierras alemanas —y sin duda también en otras— bajo el que no se vea un banco, o en el que no se haya fijado una imagen o junto al que no exista una capilla? La belleza de su porte, la protección que brinda su sombra y el animado rumor de vida en sus ramas invitan a ello. Nos pusimos a la sombra de los tilos.

—Éste es en verdad el mejor lugar del Sternenhof —dijo Mathilde—, y todo el que recorra el jardín ha de descansar aquí un poco, por eso usted debe hacerlo también.

Con esas palabras señaló los bancos que formaban casi un círculo entre los troncos de los tilos y detrás de los cuales se elevaba un muro de verdes matorrales. Nos sentamos. El zumbido que hay siempre en esos árboles era uniforme por encima de nuestras cabezas, ante nuestra vista corrían silenciosos los pájaros sobre la limpia arena, y el batir de alas, cuando alguno levantaba el vuelo y se metía en los árboles, llegaba suavemente a nuestros oídos.

Al cabo de algún tiempo advertí que se oía con intermitencia un ligero murmullo, como si lo trajera, ahora sí, ahora no, una ligera brisa. Lo comenté.

—Ha oído usted bien —dijo Mathilde—, veremos enseguida la causa.

Nos levantamos y caminamos por un estrecho sendero a través de los matorrales que se encontraban a escasa distancia, detrás de los tilos. Cuando habíamos andado unos cuarenta o cincuenta pasos, se abrió la espesura y nos recibió un lugar despejado, cerrado por detrás con espesa vegetación. La vegetación se componía de yedra que revestía un muro de grandes piedras, el cual tenía en sus dos extremos gigantescas encinas. En el centro del muro había una gran apertura, que en la parte superior estaba limitada por un arco abovedado, como si fuera una gran hornacina o la bóveda de un templo. En el interior de esa bóveda, que estaba cubierta por la misma planta trepadora, reposaba una figura de níveo mármol: yo nunca había visto un mármol blanco tan brillante y casi translúcido, tanto más sugestivo por la vegetación que lo circundaba. La figura era la de una doncella, pero de un tamaño bastante mayor que el natural, lo cual sin embargo, en aquella pared de yedra y al lado de las grandes encinas, no llamaba la atención. Apoyaba la cabeza en una mano, con el otro brazo ceñía una vasija de la que fluía agua en un estanque que había delante de ella. El agua del estanque caía en un hoyo, revestido de mampostería y abierto en la arena, desde el que corría como un pequeño riachuelo en dirección a la floresta.

Permanecimos de pie un rato, contemplamos la figura y hablamos sobre ella. Eustach y yo, sirviéndonos de una taza de alabastro que había en un hueco de la yedra, probamos también el agua fresca que salía de la vasija.

Después, por una escalera de piedra situada tras la pared de yedra, subimos a un pequeño promontorio en el que, una vez más, había asientos a los que daba sombra una variada floresta. Pero en dirección a la casa, el panorama estaba despejado. Allí tuvimos que sentarnos un poco otra vez. Entre las encinas, se diría que en una suerte de marco verde y nudoso, aparecía la casa. Con su elevada y empinada techumbre de tejas antiguas y con sus anchas y prominentes chimeneas semejaba un castillo, no un castillo de épocas feudales, sino de aquellos años en los que aún se llevaba armadura pero ya se dejaba caer sobre ella los blandos rizos de la peluca. La pesantez de una tal aparición se reflejaba también en todo el edificio. A ambos lados del palacio se veía la campiña y, detrás, el azul apacible de las montañas. Las oscuras figuras de los tilos bajo los cuales nos habíamos sentado se hallaban más a la izquierda y no tapaban la vista.

—En época reciente cubrieron sin razón alguna los muros de ese palacio con un revoque gris claro —dijo mi anfitrión—, probablemente para darle un aire más placentero, una moda que floreció a finales del siglo pasado. Si no hubieran revocado los grandes sillares con los que están construidas las paredes maestras, su gris natural habría producido, con el ocre del tejado y el verde de los árboles, una armoniosa impresión. Pero ahora, el palacio se presenta como una mujer vestida de blanco. Si el palacio fuera de mi propiedad, haría el intento de eliminar el revoque con agua y cepillos, y al final en seco, con un fino cincel. Asignando a ese trabajo una moderada suma anual, año tras año aumentarían agradablemente las perspectivas de verse liberado de ese enojoso espectáculo.

—Podemos hacer la prueba cerca de la base y, partiendo de ahí, elaborar un presupuesto aproximado —dijo Mathilde—; pues admito que a mí tampoco me alegra ver ese color, sobre todo porque la parte exterior de los muros es toda de sillares, unidos entre sí por juntas finísimas, de modo que cuando se construyó el edificio no se pensó en otro color que en el de las piedras. Ahora, el palacio es mucho más natural por dentro y, aunque no evoque un periodo artístico determinado, sí es más concorde en su estilo que por fuera.

—El gris de los muros con las cornisas de piedra gris de las ventanas, hábilmente dispuestas, con la altura y anchura de las ventanas, cuya proporción con los entrepaños es la adecuada, daría en mi opinión a la casa una apariencia más hermosa de lo que hoy podemos imaginar —dijo Eustach.

Al oír esto me vinieron a la memoria las palabras de mi anfitrión, cuando me dijo en una ocasión que los muebles antiguos no convienen a las casas nuevas. Recordé que en el salón y en los aposentos de ese palacio, decorados a la antigua, las altas ventanas, los amplios entrepaños y la peculiar configuración de los techos, daban mayor realce a los muebles, lo que no habría ocurrido en habitaciones de estilo moderno.

Cuando así departíamos, Natalie y Gustav, que se habían quedado retrasados junto a la ninfa de la fuente, vinieron escalera arriba para unirse a nosotros. Sus rostros estaban suavemente sonrosados, los oscuros ojos miraban alegres hacia la campiña, y, con un grácil movimiento, las dos figuras juveniles se situaron detrás de nosotros.

Desde aquel altozano donde se veía el panorama a través de las encinas, regresamos al jardín y llegamos finalmente al conjunto de arces, hayas, abetos y otros árboles que, como un bosquecillo, formaban la linde del jardín. Entramos en la sombra, y allí eran más fuertes que en ningún otro sitio los trinos y el alegre alboroto de los pájaros. Recorrimos varios puntos donde se había colaborado con la naturaleza para hacer más agradable la zona, y Gustav me enseñó bancos, mesitas y otros lugares donde él se sentaba con Natalie, donde habían estudiado, donde habían jugado de niños. Paseamos entre troncos maravillosamente jaspeados de luz y sombra, atravesamos los lugares umbríos y luminosos de los senderos de arena, pasamos junto a espesos y verdes matorrales, junto a bancos para descansar e incluso junto a un manantial y, dando unas vueltas que yo no percibí, retornamos al jardín despejado por un determinado punto que estaba en el lado opuesto al de aquel por el que habíamos penetrado en el bosquecillo.

Ahora dejamos a la izquierda las dos grandes encinas, también los tilos, y regresamos por otro camino al palacio.

Almorzamos junto al espléndido verdor de la colina, directamente delante de la casa, bajo la techumbre de los tilos.

Por la tarde, Mathilde y Eustach deliberaron de manera provisional sobre lo que podría hacerse en relación con los daños que entretanto habían sufrido los muebles nuevos de las habitaciones del sur, así como los pavimentos y en parte también los muebles antiguos de las habitaciones de poniente. A la caída de la tarde fuimos a ver la granja y las dependencias.

Así como Mathilde se había ocupado en la Casa de las Rosas de la parte femenina del gobierno de la casa, inspeccionando cuanto pertenecía a ese sector y dando instrucciones para mejorarlo, así hacía mi anfitrión en el Sternenhof con todo lo concerniente a la administración exterior de la finca, cosa en la que él parecía tener más experiencia que Mathilde. Entraba en todas las dependencias, pasaba revista al ganado y a su alimentación, así como al sistema de conservación o transformación de lo que se producía. Si yo ya

había percibido esa relación en la Casa de las Rosas, ahora me resultaba aún más evidente. En la forma de actuar de mi anfitrión y en los retazos de sus conversaciones con Mathilde sobre asuntos domésticos que yo podía oír, él aparecía como un hombre que sabe cómo se explota una gran finca y que cumple con celo y prudencia y con una visión de conjunto los deberes que le incumben al respecto, sin tocar, por otra parte, los límites que circunscriben el campo de actividad de una mujer. Eso ocurría del modo más natural, como si tuviera que ser así y no fuera posible de otra manera.

De la granja pasamos a los prados y a los campos de labranza que pertenecían a la finca. Finalmente salimos de los límites de la propiedad, atravesamos terrenos de otras personas a las que en parte encontramos trabajando en los campos y con quienes conversamos. Finalmente llegamos a un altozano que ofrecía una amplia panorámica. Allí nos detuvimos. Lo primero que se ofrecía a la vista era el palacio con su colina verde, protegido por los arces circundantes y el bosque que marcaba el límite del jardín. Luego pasamos revista a otros puntos. Me mostraron e indicaron por sus nombres los distintos caseríos que, aunque dispersos por la comarca, quedaban unidos, como por una cadena verde, por las hileras de árboles frutales que se sucedían por toda la región. Luego pasamos a los pueblecitos más alejados, cuyos campanarios se divisaban desde nuestro punto de mira. Pero cuando llegamos con la vista a los macizos montañosos, yo era casi el que mejor los conocía. Poco a poco me arranqué a hablar, según iban planteándome distintas preguntas, y vi que sabía dar respuesta. Dije los nombres de los montes cuyos picos sobresalían de manera clara y distinta, indiqué también por sus nombres partes de ellos, caractericé los valles cuyas sinuosidades se podían seguir con los ojos, señalé los neveros, indiqué los pasos de montaña mediante los cuales los montes, o sierras enteras, quedaban vinculados o separados, y traté de precisar las direcciones en las que se hallaban conocidos pueblos de montaña o conocidas familias. Natalie estaba a mi lado, escuchaba con mucha atención y hasta hizo algunas preguntas.

Cuando se puso el sol y el suave resplandor rosado desapareció de las cimas de las montañas, retornamos al palacio.

Cenamos en el comedor.

Así pasamos varios días en agradable compañía y entre amenas, a veces instructivas conversaciones.

Al cabo nos preparamos para partir. Ya muy de mañana estaban enganchados los caballos. Mathilde y Natalie se habían levantado para decirnos adiós. Mi anfitrión se despidió de Mathilde y Natalie, Eustach y Gustav se despidieron también y yo creí mi deber dirigir unas palabras de agradecimiento a Mathilde por su bondadosa acogida. Me respondió afablemente y me invitó a volver pronto. Incluso a Natalie le dije unas palabras de despedida, a las que ella replicó con voz queda.

Estando allí ella, delante de mí, comprendí de nuevo por qué al verla por primera vez pensé que el ser humano era el más excelso modelo para el arte del dibujo, con tanta dulzura penetraban sus ojos límpidos, y de modo tan delicioso y suave penetraban sus rasgos en el alma de quien la observaba.

Subimos al coche, descendimos por el verde césped de la colina, tomamos la dirección norte y, avanzada la noche, llegamos a la Casa de las Rosas.

Ahora no me quedaba mucho tiempo de estancia en aquella casa; porque ya no tenía tiempo que perder. Hice el equipaje, indiqué en las cajas y maletas qué ruta habían de seguir, fui a ver a todos aquellos de quienes creía tener que despedirme, di a mi anfitrión las gracias por su amabilidad y sus bondades, prometí volver, y un buen día me encontré bajando por la colina de las rosas. Como ocurría a una hora en que Gustav estaba libre, Eustach y él caminaron conmigo durante una hora.

TOMO II

1. La expansión

Fui al lugar donde había dejado interrumpidos mis trabajos. Los hombres que trabajaban conmigo, enterados de mi intención de regresar, estaban esperándome desde hacía tiempo. El viejo Kaspar, que era mi más fiel acompañante en mis correrías por la sierra y que solía llevar en un saco de cuero los pocos comestibles que necesitábamos para un día, había preguntado ya varias veces por mí en la Posada de los Arces, y, según me dijo la posadera, antes de entrar solía quedarse un rato en la calle y levantaba la vista hacia las numerosas ventanas que desde el entramado de madera de la casa miraban a los arces, para ver si tal vez asomaba mi cabeza por alguna de ellas. Ahora estaba sentado otra vez conmigo ante la larga mesa de pino, bajo los verdes árboles, y los otros a los que él había dado la noticia, llegaron también. Me alegré mucho y me emocionó ver que aquellos hombres esperaban encantados mi regreso y que estaban gozosos de poder continuar con el trabajo.

Emprendí la tarea con mucho ánimo, se diría que la conciencia me impelía a recuperar cuanto había dejado de hacer durante la larga ausencia. Trabajé más celosa y asiduamente que en todos los periodos anteriores, exploramos todas las paredes montañosas, a lo largo de sus sedimentos hasta el fondo de los valles y en sus diversas cimas, en la medida en que éstas nos eran accesibles o nosotros las hacíamos accesibles con martillos y buriles. Caminábamos por los valles buscando huellas de su composición, y acompañábamos las corrientes de agua que fluían a través de las simas y examinábamos las formaciones que esas aguas acarreaban desde lejanos lugares y hacían avanzar más y más. Nuestro cuartel general siguió siendo la Posada de los Arces, y aunque a menudo nos ausentábamos de ella bastante tiempo y pernoctábamos en otros albergues de montaña o en casas de leñadores o en alguna vaquería alpina, o incluso al aire libre, siempre retornábamos en los intervalos a Los Arces, allí teníamos carta de naturaleza, mis hombres encontraban su yacija en el pajar, yo tenía mi habitación permanente, bien amueblada, y un cuartito en el que podía hacer guardar todos mis objetos.

Muchas veces, cuando estaba fatigado por el trabajo o cuando creía que con haber reunido mis objetos había hecho suficiente, me sentaba en lo alto de algún peñasco y miraba nostálgico las formaciones del paisaje que me rodeaba o contemplaba alguno de los muchos lagos que hay en nuestras montañas o fijaba la vista en la oscura hondonada de una garganta, o bien escogía en las morrenas de un glaciar un bloque de piedra y permanecía sentado en la soledad y con la vista puesta en el color azul o verde u opalescente del hielo. Cuando bajaba de nuevo al valle y estaba allí con mis hombres que se iban reuniendo, todo me parecía otra vez, por decirlo así, más claro y natural.

Un hombre dedicado a la caza, que era más bien un vagabundo y no un cazador establecido largo tiempo en un lugar con buen conocimiento del distrito y de la situación de los animales de caza, me trajo, a petición mía, una cítara a través de los montes. Como no se quedaba en ningún sitio mucho tiempo y ya había prestado servicio por doquier, conocía con detalle toda la sierra y sabía dónde se hacían las mejores y más bellas cítaras. También sabía apreciar eso mejor que nadie por ser el más hábil y célebre citarista de la sierra. Me trajo una cítara bellísima, cuyo brazo, de madera negra como la pez, estaba decorado con incrustaciones de nácar y marfil y cuyos puentes eran de plata pura y brillante. Las maderas de la caja, dijo mi mensajero, no podrían ser de un abeto más cantarino; lo eligió el propio maestro y lo fue acarreando en buenos años bajo buenos auspicios. Los puntos de apoyo de la cítara era bolas de marfil. Y en efecto, cuando la pulsó el cazador, creí no haber oído jamás una música más dulce salida de un instrumento construido por el hombre. Ni siquiera había sido así lo que habían tocado Mathilde y Natalie en la Casa de las Rosas; yo no había oído nunca nada que recordara el modo de pulsar la cítara de aquel cazador. Le dejé de buen grado tocar mi cítara, porque para él ninguna sonaba como ella y porque decía que había que tocarla para que el sonido adquiriese su máxima perfección. Se convirtió en mi profesor de cítara y, cuando vi que prefería mi cítara a todas las demás, me propuse, si tenía motivos para estar contento con sus clases,

comprarle otra igual. Pues me contó que el maestro había construido varias de la misma madera que la mía y del mismo estilo. Ahora bien, como había sido bastante cara, concluí que el maestro no podría vender tan rápidamente las restantes y que aún quedaría alguna si yo quería añadir ese regalo a la paga normal en metálico que tenía destinada a mi profesor.

Ese mismo verano empecé también a coleccionar mármoles. Las piezas que encontraba en ocasiones, o que compraba, las mandaba tallar hasta quedar convertidas en pequeñas piezas, una especie de planchas gruesas que mostraban en la superficie la forma del mármol. Cuando encontraba trozos más grandes, aparte de añadir planchas de esa misma variedad a la colección, los destinaba a todo género de objetos, a menudencias de carácter práctico que se usan en escritorios, armarios, tocadores o a partes de muebles o incluso a muebles. Esperaba dar una gran alegría a mi padre y a mi madre si llevaba poco a poco a la casa o también al jardín un ornamento que sería un beneficio adicional aportado por mis trabajos. Pues yo soñaba con hacer un estanque de un solo bloque, si encontraba uno lo bastante grande.

Un día me encontré en Lautertal con Roland, el hermano de Eustach. Había estado dibujando en una iglesia antigua y ahora se dedicaba en la posada de aquel lugar a poner en limpio esos dibujos y otros que había esbozado cerca de allí. En efecto, no lejos de Lautertal había una granja solitaria o más bien, en realidad, una sólida casa solariega construida en piedra que perteneció en tiempos a una familia que se había enriquecido comerciando con productos serranos y ampliando más y más su negocio a muchas comarcas de la tierra, y al decaer esa familia por la imprudencia y el derroche de los descendientes, se había empobrecido de nuevo. Un hombre de ese linaje fue quien construyó la gran casa de piedra. Ésta pertenecía ahora a un señor de la ciudad, que la había comprado por su situación y sus objetos curiosos y que iba allí de vez en cuando. En la casa había bellas construcciones, bellos trabajos en piedra y bellos trabajos en madera, distribuidos por techos, puertas y suelos, y también por los muebles. Antaño, en la sierra, la ebanistería hubo de estar mucho más en auge que ahora. De esos objetos ninguno podía salir de la casa, ni estaba en venta. A Roland le habían dado permiso para dibujar lo que considerase que merecía la pena. Ésa era la razón por la que se alojaba en la posada de Lautertal. Yo fui con él varias veces a la casa y mantuvimos múltiples conversaciones, sobre todo cuando por la noche, una vez concluida nuestra jornada de trabajo, nos reuníamos a la mesa en la sala grande de la fonda. Me pareció un hombre apasionado, de enérgicas decisiones y vehementes deseos, ya fuese que un objeto artístico colmara su corazón, ya fuese que pretendiera atraer cualquier otra cosa a la esfera de su propia persona. Se marchó de aquel lugar en fecha más temprana que yo.

Antes de que mi trabajo me sacase de aquella comarca, encontré algo que me alegró a causa de mi padre. Kaspar había escuchado a menudo mis conversaciones con Roland y a veces había echado una ojeada a los dibujos. Una vez me dijo que, si a mí me procuraban tanto deleite las cosas antiguas, él podía enseñarme algo muy antiguo y muy curioso. Pertenecía a un leñador que tenía una casa, un jardín y un pequeño campo de labranza del que se encargaban su mujer y sus hijos adolescentes. A instancias mías fuimos un día a la casa, que estaba al otro lado de una franja larga y estrecha de bosque situada en medio de un prado seco, no lejos de pequeños terrenos labrantíos y contigua a uno de esos grandes y solitarios bloques de piedra que, desprendidos, se encuentran con frecuencia en medio de campos fecundos. El trabajo antiguo que encontré allí era el revestimiento de madera de dos entrepaños de las ventanas, aproximadamente la mitad de altos que un hombre. Parecía ser el resto de un revestimiento mucho mayor que, desde el suelo y hasta la altura indicada, había discurrido a lo largo de todas las paredes de una habitación. Ahora sólo quedaban los revestimientos de dos entrepaños; pero estaban muy completos. Figuras de ángeles y niños en semirrelieve, rodeados de follaje, estaban en pie sobre un pedestal y sostenían dos delicadas cornisas. El propietario de la casita había colocado en su sala de recibir los dos revestimientos, de manera que mirasen a la sala con la cavidad no decorada. En esa cavidad había metido imágenes modernas de santos, en madera policromada. Probablemente la obra estuvo en tiempos en la casa de piedra y sin duda desapareció de allí cuando los sucesores hicieron cambios y malvendieron parte de los objetos. El propietario de la casa del prado nos dijo que su abuelo había adquirido esas cosas en una subasta del molino de Hager, que hubo de hacerse debido a la ruina del molinero. Mis indagaciones para completar esos revestimientos fueron inútiles, y por mediación de Kaspar le compré al propietario los restos que habían quedado. Hice construir cajones, desensamblé las partes, las embalé yo mismo y las envié después a la Posada de los Arces, donde tenía depositado el resto de mis cosas.

Aquel otoño me quedé realmente mucho tiempo en las montañas. La nieve no sólo estaba en los montes, sino que cubría toda la región, y ya se viajaba en trineo y no en coche cuando me despedí de la Posada de los Arces. Había embalado todas mis cosas y las había enviado por delante, porque al año siguiente ya no me alojaría en aquel agradable albergue sino que tendría que establecerme en algún otro sitio. Dije adiós a

toda mi gente y, por el camino cubierto de hielo paralelo al tumultuoso río en el que ya se habían formado placas de hielo junto a las orillas, me puse en marcha rumbo a las tierras llanas. En su recorrido, mi camino me llevaba por altozanos desde los que podía divisar, por el norte, la comarca de la Casa de las Rosas, y, por el sur, la del Sternenhof. En la túnica blanca que se extendía por los campos y que estaba cortada por las oscuras franjas de los bosques, apenas podía reconocer la configuración de la colina en la que tenía que hallarse la casa de mi amigo, y menos aún podía distinguir los entornos del Sternenhof, ya que nunca había estado en invierno en aquella comarca. Pero sí sabía con certeza en qué dirección había de estar situada la casa en cuyos muros florecieran tantas rosas el verano anterior, y en cuál otra se hallaba el palacio detrás del cual se erguían los viejos tilos y fluía la fuente en la que montaba guardia la figura femenina de mármol blanco. Los lazos bienhechores que tiraban de mí en ambas direcciones fueron eliminados por el vínculo más fuerte que me llevaba hacia los míos, tan caros a mi corazón.

Una vez que hube llegado a las tierras llanas y entrado en el lugar en el que debían esperarme mis cajones, que allí encontré sanos y salvos, se los entregué al facturador para que los transportase hasta el río, y se los encomendé encarecidamente, sobre todo el de las antigüedades. Junto al río hice meter con todo cuidado los cajones en un barco y viajé a la mañana siguiente en el mismo barco a mi ciudad natal.

Llegué allí sin novedad, mandé transportar mis efectos a nuestra casa, desembalé primero el cajón de las antigüedades y me tranquilicé cuando salieron de él las tallas de madera. La alegría de mi padre fue extraordinaria, mi madre se alegró por mi padre, y mi hermana, cuyos radiantes ojos se posaban ora en mí, ora en mi padre, daba a entender que estaba contenta conmigo. Eso me hizo olvidar algunas cosas, que mi corazón guardaba casi como una preocupación. Me encontraba de nuevo entre los míos, que se interesaban por mi bienestar con todas las fuerzas de su alma, y eso me llenaba de sosiego y de una dulce emoción que casi se me había tornado ajena en los últimos tiempos.

Al día siguiente, así que entré en el comedor, vi a mi padre que estaba delante de los revestimientos y los contemplaba. Ora se inclinaba más sobre ellos, ora se arrodillaba y palpaba alguna parte con la mano o la examinaba más de cerca con los ojos. El corazón me daba saltos de alegría, y los cabellos blancos, que asomaban entre los oscuros cada vez en mayor número, me parecieron doblemente venerables, y el ligero pliegue de preocupación de la frente, que se le había formado allí, en la sede de sus pensamientos, mientras trabajaba para nosotros y yo me entregaba a mis deleites y disfrutaba del mundo y de sus gentes, y mi hermana florecía como una espléndida rosa, me producía casi devoción. Llegó también mi madre, él le mostró algunas cosas, le explicó las posiciones de las figuras, el trazado y el movimiento de los tallos y las hojas y la distribución del conjunto. Por la práctica de muchos años, mi madre entendía de esas cosas mucho más que yo, y entonces vi que yo le había traído a mi padre algo mucho más hermoso de lo que creyera. Me propuse hacer más indagaciones la primavera siguiente acerca de las partes que faltaban en esos revestimientos; antes había preguntado de un modo general, ahora quería buscar minuciosamente en toda la comarca. Después de hablar un rato sobre esa obra, mi madre me llevó por todas mis habitaciones y me enseñó lo que habían cambiado durante el invierno, en mi ausencia, para hacerme más agradable la estancia. Mi hermana se unió a nosotros y, cuando mi madre se marchó, me echó los brazos al cuello, me besó y me dijo que era buenísimo y que de todas las cosas que había en el mundo yo era, después de nuestro padre y nuestra madre, lo que más y más entrañablemente quería. Al oír esas palabras casi se me saltaron las lágrimas.

Cuando después, ya solo, iba y venía por mi habitación, me quería decir siempre el corazón: «Ahora todo está bien, ahora todo está bien».

Al día siguiente me compré una gramática española, recomendada por un amigo que se dedicaba desde hacía años a esas cosas. Paralelamente a mis otros trabajos, empecé a estudiar por mi cuenta con ese libro, reservándome para más adelante, si lo consideraba necesario, tomar un profesor de español. Y no sólo continué también con la lectura de los dramas de Shakespeare sino que empleé el tiempo que me dejaban libre mis trabajos en leer otras obras literarias. Volví a sacar las obras de los antiguos griegos y romanos de las que ya tuve que leer obligatoriamente diversos fragmentos durante mis años de estudio. En aquel entonces, las creaciones de aquellos pueblos, que yo había podido abarcar con una mente fría y serena, había sido muy agradable, por eso volví ahora a ese género de libros.

Mi cítara fue una alegría para mi hermana. Yo le tocaba las cosas que ya era capaz de arrancar a aquellas cuerdas, le enseñaba los elementos básicos, y cuando llegó a casa un profesor de la ciudad para darnos clase a los dos, le presté la cítara y le prometí enviarle desde la sierra otra igual de bonita y de buena o aún más bonita y mejor, si conseguía encontrarla. Le conté que el hombre que me daba clases de cítara en la sierra tocaba mucho mejor, aunque de un modo no tan artificioso como el profesor de música de la ciudad. Dije que yo practicaría mucho en la sierra y que, cuando regresara a casa, le enseñaría a ella

lo que, entretanto, ya había hecho mío.

Con esas ocupaciones y con otras cosas ya comenzadas en otros inviernos, transcurrió la estación fría del año. Cuando soplaron brisas de primavera y la tierra empezó a secarse, emprendí mi viaje estival. Elegí una vez más como lugar de estancia la Posada de los Arces, aunque sabía que a menudo tendría que marcharme muy lejos de ella y permanecer mucho tiempo ausente. Me había habituado a ella y era para mí un lugar agradable y acogedor.

Lo primero que hice fue enviar recado a mi cazador y citarista. Como se le podía encontrar por todas partes, vino muy pronto y quedamos de acuerdo en la manera como continuaríamos nuestras prácticas de cítara. Al mismo tiempo inicié las indagaciones para dar con las partes de los revestimientos de pared que completaban los revestimientos que llevé a mi padre. Busqué en la casa donde Roland había dibujado el verano anterior, busqué en casa del leñador que me había vendido los revestimientos de los entrepaños, amplié la búsqueda a todas las zonas de la comarca circunvecina, y en especial a los hombres que suelen llegar hasta los lugares más recónditos de las casas y de otros edificios, como carpinteros y albañiles, les encargué que me mandaran recado inmediatamente si descubrían tallas de madera, yo mismo viajé a algunos lugares para inspeccionarlos; pero no encontraban nada. De lo que prácticamente no quedó duda alguna fue de que los revestimientos comprados por mí pertenecieron una vez a la casa de piedra de la extinguida familia de comerciantes, donde probablemente adornaban la parte inferior de las paredes de toda una sala. Y durante un pretendido embellecimiento de la casa, unos lejanos descendientes dispendiadores probablemente los quitaron de allí y los pusieron en manos extrañas y de allí pasaron de mano en mano. Los revestimientos de los entrepaños, que formaban una suerte de hornacinas en las que podían colocarse imágenes de santos, se conservaron, las otras partes se deterioraron o incluso fueron destrozadas o quemadas de propósito.

Ya en los primeros días de mi estancia salí con mi cazador de la Posada de los Arces y a través de la sierra del Echer llegué hasta el valle del Echer, Echertal, donde vivía el maestro artesano al que el cazador había comprado mi cítara y al que yo quería comprar otra para mi hermana. Ese hombre construía cítaras para toda la sierra circundante y también las enviaba a otros destinos. Aún le quedaban dos, iguales en todo a la mía. Escogí una de ellas, ya que ni en la factura ni en el sonido se percibía la menor diferencia. El maestro dijo que durante mucho tiempo él no había hecho cítaras tan buenas y que no volvería a hacerlas de esa calidad en mucho tiempo. Las tres eran de la misma madera, añadió, él la había buscado con mucho trabajo y encontrado con muchas dificultades.

Tal vez nunca volvería a encontrar otra madera así. Y seguramente, continuó, ya no volvería a hacer cítaras de tanto valor, pues sus clientes lejanos sólo querían mercancía de poca monta, y la gente de la sierra, que sí apreciaba la calidad, no gustaba de comprar cítaras caras.

Cuando mi cazador me enseñaba a tocar la cítara, yo hacía todas las anotaciones posibles, para llevárselas a mi hermana y que ella las estudiara y aprendiera a tocar.

Hacia la época de la floración de las rosas fui al Asperhof y encontré, ya preparadas para mí, las dos habitaciones que había ocupado el verano anterior.

Ya el primer día, Simon el jardinero, que vino a verme desde los invernaderos, me contó que el *Cereus peruvianus* estaba en el Asperhof. El amo lo había comprado al dueño del Inghof y, como yo era sin duda la causa de esa adquisición, él tenía que expresarme su agradecimiento. Yo había hablado en efecto con mi anfitrión sobre el *Cereus*, tal como le había prometido al jardinero; pero no sabía cuánta parte tenía en aquella compra y por eso dije que su agradecimiento lo aceptaba con reservas. Hube de seguir al jardinero hasta el pabellón de los cactus para contemplar el *Cereus*. Estaba plantado directamente en la tierra, habían hecho una construcción especial para él dentro del pabellón, una suerte de torrecilla, dotada de cristal doble, y, poniendo apoyos y dirigiendo los rayos de sol a ciertos puntos de la planta, se había conseguido que el *Cereus*, que en el Inghof tenía que curvarse al llegar al techo del invernadero, creciese otra vez derecho. Yo no habría pensado que la planta fuese tan grande y que así resultara tan bella.

Como mi padre hallaba tanto deleite en las cosas antiguas, como se había alegrado tanto cuando le llevé el otoño anterior los revestimientos, pedí un favor a mi anfitrión, al cabo de algún tiempo de estar yo en su casa. Mi deseo lo llevaba guardado en el pecho largo tiempo, pero ahora, ante el trato tan bondadoso y amable que me daban en la Casa de las Rosas, lo puse de manifiesto. Le pedí, pues, a mi anfitrión que me permitiese dibujar y pintar algunos de sus muebles antiguos para llevar a mi padre las reproducciones, que le darían una idea más exacta de la que podían ofrecerle mis descripciones.

Me lo permitió de muy buen grado y dijo:

—Si quiere deparar a su padre una alegría, dibuje y pinte a voluntad, no sólo no tengo nada en contra sino que me encargaré de que en las habitaciones que quiera utilizar se disponga todo para que se

encuentre cómodo. Si Eustach puede echarle una mano, sin duda lo hará con mucho gusto.

Al día siguiente, en la habitación en la que estaba el gran armario ropero, con el que yo quería empezar, habían colocado un caballete y junto a él una mesa de dibujo, por si quería usar el uno o la otra. Habían movido el armario de su sitio para llevarlo a donde le daba mejor la luz, y todas las ventanas, menos una, tenían las cortinas corridas, para dirigir una luz homogénea hacia el objeto que iba a ser dibujado. Eustach había puesto a mi disposición todas sus pinturas por si las que yo había traído no eran suficientes. Enseguida estuvo claro que, en cualquier caso, los dibujos debían ser en color, pues de lo contrario era imposible formarse una idea de los objetos, que se componían de maderas de diferentes colores.

Me puse enseguida al trabajo. Mi anfitrión también había tomado medidas para que no me molestaran.

Siempre que yo dibujaba, nadie podía entrar en la habitación en la que me hallaba, y mientras estuvieran en ella mis utensilios nadie podía utilizarla para otro fin. Tanto más creía yo entonces que debía acelerar mi trabajo.

Entretanto habían llegado al Asperhof Mathilde y Natalie, y vivían donde habían vivido el año anterior.

Yo continuaba dibujando con asiduidad. Nadie expresó deseos de ver mi trabajo, yo le había preguntado a Eustach si podría pedirle asesoramiento en alguna ocasión, a lo que él se había declarado dispuesto. Por eso lo llevaba de vez en cuando a la habitación; y él me indicaba con gran competencia cómo se podía corregir esto o aquello. Sólo en Gustav se traslucía una curiosidad por ver los dibujos; no es que se le hubiese escapado alguna palabra directa al respecto; pero como estaba tan unido a mí y su carácter era muy abierto y transparente no era difícil reconocer el deseo que acariciaba. Por eso lo invité a venir a verme a la habitación en la que dibujaba e hice por que mis horas de dibujo cayeran en su tiempo libre. Vino puntualmente, me miró hacer, planteó todo género de preguntas y finalmente dio en la idea de intentar él también algo semejante. Como mi anfitrión no se opuso a ello, le dejé mis pinturas para que las utilizara, y él se puso a lo suyo en otra mesa, copiando el mismo armario que yo. De dibujo sabía mucho, Eustach era su maestro; pero éste no había permitido hasta entonces que su pupilo empezase a utilizar los colores porque tenía como principio que antes era preciso tener soltura y seguridad en el dibujo. Sin embargo, aquel pasatiempo con el armario (pues no era sino un pasatiempo) lo toleró, por excepción.

Terminé pronto con el primer trabajo. La pintura, con los colores imitados exacta y minuciosamente, parecía tener casi más delicadeza y armonía que el propio objeto, puesto que todo estaba en proporciones más pequeñas y más finas.

Una vez terminado el dibujo, se lo presenté a mi anfitrión y a Mathilde, que dieron su aprobación y propusieron algunos pequeños cambios. Como yo vi que eran necesarios, los llevé a cabo de inmediato. Después de lo cual, tanto ellos como Eustach dieron la reproducción por concluida.

Tras el armario ropero me dediqué al escritorio de los delfines.

Como ya había adquirido cierta destreza haciendo el primer dibujo, la ejecución del segundo fue más rápida y todo se consumó con mayor facilidad y prontitud. Había terminado y presenté también esas reproducciones a Mathilde, a mi anfitrión y a Eustach. Entretanto, Gustav había concluido su dibujo del gran armario y lo presentó también. Se burlaron un poco de él y por otra parte le indicaron cosas que había de cambiar y de añadir. A mí también me propusieron cambios. Una vez que ambos terminamos con nuestros retoques, en la habitación en la que habíamos dibujado se colocaron los muebles de nuevo en su sitio y se retiraron los caballetes y nuestros avíos de pintar. De aquella habitación me había propuesto reproducir sólo esos dos muebles.

Tras de lo cual, probé también a dibujar algunos objetos más pequeños.

Entretanto habían llegado visitas a la Casa de las Rosas, por nuestra parte también fuimos a casa de algunos vecinos, dimos paseos, y pasamos varias veladas en el jardín o delante de las rosas o bajo el gran cerezo y se conversó sobre cosas diversas.

Al hablar yo un día de los muebles del Sternenhof y al comentar que a mi padre le alegraría muchísimo tener copias de ellos, Eustach me dijo que la cosa no ofrecía dificultades y que yo podía dibujar en el Sternenhof igual que en la casa del Asper. No quise continuar con el asunto porque no tenía valor para hablar de ello con Mathilde. Al día siguiente, Eustach me presentó el consentimiento de Mathilde, y ella me invitó muy amablemente y dijo que en su casa me ofrecerían todas las comodidades. Le di amablemente las gracias por su bondad y al cabo de unos días viajé al Sternenhof con los caballos de mi anfitrión, mientras Mathilde y Natalie seguían en la Casa de las Rosas.

Para mi sorpresa, en el Sternenhof encontré ya todo preparado para recibirme. Como en el palacio había cuadros, también tenían varios caballetes, que habían colocado, para que yo eligiera, en la gran pieza donde estaban los muebles antiguos. También habían transportado a la habitación una mesa de dibujo con todo lo necesario. Elegí uno de los caballetes y mandé llevar otra vez los otros a su lugar habitual. Por comodidad

dejé allí, junto al caballete, la mesa de dibujo. Ahora todo estaba casi tan bien preparado para pintar como en el Asperhof. También pude mover los muebles que me había propuesto dibujar para que les diera la luz tal como yo quería. Para estar y para dormir me habían acondicionado el mismo aposento en el que estuve la primera vez. Para comer me propusieron la sala en la que yo trabajaba o mi habitación. Elegí la última.

Examiné primero los muebles y seleccioné los que quería copiar. Acto seguido, me puse a trabajar. Pinté con mucha constancia para que durase lo menos posible el desorden que mi trabajo causaba forzosamente en la casa. Por eso me quedaba todo el día en la sala, sólo por la tarde, cuando ya anochecía, o por la mañana, antes de salir el sol, salía al jardín o al campo abierto, para dar un paseo en el aire reconfortante o para, de pie o sentado en un banco, contemplar a veces la vasta comarca que me rodeaba. A menudo, cuando había limpiado los pinceles y ordenado todos los trebejos de pintura utilizados durante el día, y cuando había colocado todo en su sitio, me sentaba en el jardín bajo los altos y añosos tilos, y me hundía en mis pensamientos hasta que el tardío arrebol vespertino atravesaba el follaje y en el suelo de arena las sombras eran tan profundas que resultaba imposible ver los objetos pequeños que había en ese suelo. Con más frecuencia aún, me instalaba en la glorieta situada tras la pared de yedra y desde la cual se podía divisar el palacio enmarcado por las grandes encinas y, al lado y detrás del palacio, la campiña y los montes. La paz envolvía la comarca cuando el sereno cielo crepuscular se posaba sobre el palacio, cuando brillaban las puntas de las veletas de sus tejados, el verdor de los campos se sumía en el descanso y era cada vez más suave el azul de los montes. Algunas veces, en días especialmente luminosos, iba también a la gruta en la que estaba la ninfa de mármol, me deleitaba con el frescor que allí reinaba, veía el fluir suave del agua y veía el mármol suave, en el que sólo a veces temblaba un destello de luz cuando un rayo tardío quedaba prendido en el agua y reverberaba sobre la figura.

En el palacio, la soledad era grande; los criados estaban en sus apartadas habitaciones, filas enteras de ventanas tenían las cortinas bajadas, y raras veces se veía una figura atravesar el patio para buscar agua en la fuente, que murmuraba, incesante y monótona, entre los grandes arces. Ese silencio hacía que yo pensara tanto más en las mujeres que lo habitaban y que ahora estaban ausentes, y que creyese poder descubrir sus huellas o encontrarme en cualquier sitio con sus figuras. Mejor era cuando salía al campo. Allí había vida en los ruidos del trabajo, allí yo veía personas alegres que trabajaban y animales diligentes que les prestaban ayuda.

Había en el palacio una especie de mayordomo que sin duda estaba encargado de ocuparse de mí, al menos él hacía cuanto consideraba necesario para que yo estuviera cómodo. Me preguntaba muchas veces lo que deseaba, mandaba servirme a la mesa más manjares y bebidas de lo que era necesario, me traía agua fresca, velas y otras cosas, ordenó llevar a mi habitación un montón de libros que habría cogido de la colección de libros del palacio y de vez en cuando pensaba que la urbanidad exigía que hablara varios minutos conmigo. Yo hacía el uso más escaso posible de todas las disposiciones tomadas en relación conmigo en el palacio y ni siquiera iba a la granja para no distraer a nadie de su trabajo por estar yo allí mirándolos hacer.

Cuando hube terminado con los objetos seleccionados, no dejé de pintar; porque de ellos salían otros trabajos, lo que se debía a que un objeto exigía el siguiente, lo que a su vez resultaba de que los muebles de esa habitación y de los aposentos contiguos formaban un todo que no era concebible dividido en partes. Pero lo que me beneficiaba era la gran práctica que iba teniendo, de manera que al final dejaba terminado en un día más que antes en tres.

Eustach vino un día a verme. Vi en ello un signo de que querían darme ocasión de usar de sus consejos. Así lo hice, me alegré de las cosas que dijo y me adherí a sus opiniones. Me contó también que Mathilde y Natalie pensaban quedarse aún mucho tiempo en el Asperhof. Dado que, como yo sabía, su estancia del año anterior en la Casa de las Rosas había sido mucho más breve, se me ocurrió pensar que tal vez seguían ese año más tiempo allí para dejarme trabajar tranquilamente en el Sternenhof. No sabía si era o no así, pero podría ser así, y por eso determiné acortar mi actividad pictórica. Al fin y al cabo un día tenía que terminar, ya que no podía copiar todos los objetos. Le dije a Eustach cuándo terminaría. Él se quedó dos días en el palacio, hizo varias mediciones, examinó algunas cosas en diversas habitaciones y regresó a la Casa de las Rosas.

Antes de que yo terminara, vinieron todos los del Asperhof y se quedaron unos días. También vino Eustach. Yo presenté lo que había hecho y ocurrió lo mismo que había ocurrido en la Casa de las Rosas. En general aprobaron el trabajo, pero llamando aquí y allá la atención sobre algo que había que corregir. Yo ya había empleado pintura al óleo para copiar los muebles del Asperhof, pues había conseguido poco a poco en su manejo mayor soltura que en el de la acuarela y además el efecto era mucho mayor. Ahora había copiado los muebles del Sternenhof con pintura al óleo, y esas copias estaban mucho más conseguidas que

las de la Casa de las Rosas. Acepté las propuestas que me hicieron y las retuve en la memoria para poder aplicarlas.

Eustach regresó del Sternenhof a la Casa de las Rosas; mi anfitrión, Mathilde, Natalie y Gustav emprendieron un breve viaje.

Yo tampoco me quedé ya mucho tiempo en el palacio. Terminé lo que aún había que terminar, corregí lo que me habían propuesto corregir y lo que yo mismo había notado durante esos días que necesitaba corrección, y esperé a que todo estuviese bien seco, antes de embalarlo y dejarlo preparado para llevárselo a mi padre. Concluido todo ello, di encarecidamente las gracias al mayordomo por todas sus atenciones, entregué regalos, comprados ya antes con esa finalidad, a todas las muchachas que habían trabajado para mí, y subí al coche que el mayordomo había puesto a mi disposición para mi viaje de regreso a la Casa de las Rosas.

Cuando llegué a la Casa de las Rosas me encontré con mi anfitrión y su compañía, ya de vuelta de su viaje. Me quedé unos días con ellos, luego me despedí y regresé a la Posada de los Arces, a continuar mis trabajos. Traté de acelerar esos trabajos; pero ahora todo era distinto y tomaba otro cariz en mi corazón.

Cuando salí de la capital en primavera siguiendo el coche que remontaba despacio un monte, me detuve una vez junto a un montón de cantos rodados que habían sacado del lecho de un río y volcado sobre el camino, y observé aquello con una suerte de veneración. En esos guijarros rojos, blancos, grises, amarillos, veteados de negro y jaspeados, que tenían todos una forma achatada y redondeada, reconocí a los mensajeros de nuestras montañas, reconocí en cada uno esa ciudad rocosa de la que se había separado y que lo había enviado fuera. Allí yacía entre compañeros cuyos lugares de nacimiento a menudo distaban muchas millas del suyo, todos habían pasado a tener la misma forma, y todos esperaban a ser desmenuzados para su empleo en la carretera.

Sobre todo me puse a pensar para qué existía todo eso, cómo había surgido, de qué manera estaba vinculado y cómo hablaba a nuestro corazón.

Una vez bajé hasta el lago y, en aquella tarde llena de sol, observé el hecho de que la belleza de las laderas montañosas suele ser mayor sobre el espejo del lago. ¿Es un hecho fortuito? ¿Son esas aguas torrenciales que se precipitan en el lago las que de un modo tan bello surcaron, excavaron, hendieron, agrietaron los montes, o esa sensación nuestra proviene del contraste entre el agua y el monte, de que aquélla forma una superficie blanda, lisa, fina, cortada por los ásperos y escarpados riscos, surcos y estrías, mientras que por debajo no se ve nada y así aumenta el enigma? Pensé en aquella ocasión: si el agua fuese transparente, sin duda no tan transparente como el aire, pero casi tanto, entonces se vería toda la cuenca por dentro, no con tanta limpidez como en el aire, sino envuelta en un velo verdoso y húmedo. Eso sería de una gran belleza. En virtud de ese pensamiento me quedé más tiempo a orillas del lago, tomé habitación en una posada e hice varias mediciones de la profundidad del agua en diversos puntos, cuya distancia de la orilla determiné con ayuda de una cinta métrica. Pensé que de ese modo se podría averiguar la forma de la cuenca del lago, se podría dibujar, se podría distinguir la cuenca interior de la exterior por el color más suave y verdoso. Decidí continuar las mediciones en otro momento.

Esos experimentos me llevaron a reflexionar sobre las singularidades de nuestras formaciones terrestres. En el fondo del lago yo veía un valle, en cuya parte más profunda, que en otros valles se llena profusamente con miles y miles de plantas y con las partes de los montes que se precipitan en ellos, presentando así una bella alternancia de plantas y piedras, no se forma una base vegetal, sino que los guijarros se multiplican lentamente, el suelo se eleva, y rellena así las fallas originarias. Se suman a ello las piezas que caen directamente de las paredes al lago, se suman a ello las colinas, que, fuera del orden habitual, son empujadas al lago por formidables desbordamientos y aplanadas después por el embate de las olas. En el curso de milenios y milenios, la cuenca se llena cada vez más, hasta que un día, hayan pasado cien milenios o más, ya no es un lago ese inmenso espesor de capas de guijarros sobre el que marcha el pie humano, verdean las plantas e incluso crecen árboles. Yo conocía varios lugares así, que un día habían sido fondos de lagos. En su curso, el río, padre del lago, había ido hundiéndose cada vez más, había hecho bajar el nivel del lago, el fondo del lago había crecido hasta que no fue otra cosa que un valle en el que las orillas son, a largos trechos, como paredes verdes, con vigorizantes hierbas, florecientes arbustos y más de un risueño asentamiento humano, mientras que lo que fuese en tiempos un potente raudal de agua atraviesa ahora la comarca como una estrecha y delgada cinta que forma brillantes serpentinas.

Desde el lago contemplé los estratos de las rocas. Lo que en los cristales es el plano de exfoliación, aquí se presenta a gran escala. En algunos puntos, la inclinación es ésta, en otros, es esta otra. ¿Cayeron en su día esos gigantescos estratos? ¿Han sido levantados, siguen siendo levantados? Dibujé varias estratificaciones en sus hermosas proporciones y en sus inclinaciones hacia la superficie horizontal. Cuando

pasaba revista a las láminas y contemplaba las formaciones, para mí era como una historia desconocida que no podía descifrar y que sin embargo presentaba sin duda puntos de partida que daban pie a las conjeturas.

Cuando examinaba las muestras de cuerpos inanimados que reunía para mis colecciones, me llamaba la atención que aquí yacían esos cuerpos, allá aquellos otros, que masas gigantescas de la misma materia se acumulaban para formar grandes cadenas montañosas y que, por otra parte, pequeñas estratificaciones alternaban entre sí a pequeñas distancias. ¿De dónde han venido? ¿Cómo se han acumulado? ¿Su disposición obedece a una ley y cómo surgió ésta? A menudo, partes de un cuerpo grande están, juntas o aisladas, en un lugar donde no está el cuerpo, donde ellas no deberían estar, donde son elementos extraños. ¿Cómo han llegado a ese lugar? ¿Cómo ha surgido en ese lugar esa materia precisa y no otra? ¿De dónde procede la forma general de los montes? ¿Existe aún en su pureza o ha sufrido cambios y sigue sufriéndolos? ¿Cómo ha surgido la forma de la tierra? ¿Cómo se arrugó su fisonomía? ¿Son grandes, son pequeñas sus brechas?

Cuando pensaba en mi mármol: ¡qué admirable es el mármol! ¿Dónde fueron a parar los animales cuyas huellas vislumbramos en esas figuras? ¿Cuánto tiempo hace que desaparecieron esos gasterópodos gigantes cuya memoria se nos transmite aquí? Una memoria que se remonta a unos tiempos remotos, que nadie ha medido, que tal vez no haya visto nadie y que han durado más que la gloria de cualquier mortal.

Un hecho me llamó la atención. Encontré bosques muertos, especie de osarios de bosques, con la diferencia de que aquí los huesos no estaban reunidos en un recinto sino que seguían erguidos, de pie en su suelo. Un gran número de árboles muertos, blancos y pelados, que daba pie a la suposición de que en ese lugar había habido un bosque. Los árboles eran pinos, alerces, abetos. Ahora, en tal lugar ya no podía crecer un árbol, sólo había arbustos rastreros en torno a los troncos muertos, y hasta ésos eran raros. Por lo general, el terreno estaba cubierto de guijarros o de piedras más grandes cubiertas de musgo amarillo. ¿Es un hecho aislado, que proviene de causas locales, aisladas? ¿Está vinculado a la grandiosa formación del universo? ¿Crecieron los montes y elevaron así los bosques que los revestían a zonas altas, deletéreas, del éter? ¿O sufrió cambios el suelo, o eran distintas las formaciones glaciares? Pero antes el hielo era más profundo; ¿cómo ha devenido todo eso?

¿Volverán a cambiar por completo muchas cosas, todas las cosas? ¿Será a un ritmo rápido? Si la montaña se desmorona incesantemente, por efecto del cielo y de sus aguas, si van cayendo al suelo los escombros, si éstos siguen desmenuzándose y, transformados en arena y en guijarros, el río los arrastra finalmente a las tierras bajas, ¿hasta dónde llegará todo ese proceso? ¿Habrá durado ya mucho tiempo? Las inconmensurables capas de guijarros de las tierras llanas lo afirman. ¿Y se mantendrá aún mucho tiempo? Mientras el aire, la luz, el calor y el agua sigan siendo los mismos, mientras siga habiendo alturas, seguirá en marcha ese proceso. ¿Llegará entonces un día en que habrán desaparecido las montañas? ¿Sólo quedarán interrumpidas las llanuras por colinas y promontorios achatados e insignificantes, e incluso éstos serán desmenuzados por las aguas? ¿Desaparecerá el calor de las húmedas depresiones y de las hondas y tórridas gargantas, lo mismo que el aire frío de las alturas no influirá en la tierra, de manera que todos los elementos de nuestras regiones estarán bañados en la misma materia tibia y cambiarán las condiciones de todos los vegetales? ¿O continúa hoy esa actividad que elevó las montañas, de forma que, en virtud de su fuerza interior, restablezcan o superen la altura que perdieron por causas externas? ¿Cesará algún día esa capacidad de elevación? ¿Sigue enfriándose la tierra al cabo de millones de años, es más gruesa su corteza, de forma que el río ardiente que fluye en su interior ya no puede expulsar a través de ella sus cristales? ¿O no deja de desmenuzar, lenta e insensiblemente, los bordes de esa corteza cuando eleva a través de ella sus guijarros? Cuando la tierra irradia calor y se enfría cada vez más, ¿no se torna más pequeña? ¿No se reducen entonces las velocidades de rotación de sus círculos? ¿No cambia eso los vientos alisios? ¿No se vuelven distintos los vientos, las nubes, la lluvia? ¿Cuántos millones de años habrán de transcurrir hasta que un instrumento humano pueda medir esos cambios?

Tales cuestiones me ponían en un estado de ánimo grave y solemne y era como si hubiera llegado a mi ser una vida más intensa. Aunque reunía y coleccionaba menos que antes, me parecía que por dentro progresaba mucho más que en tiempos pasados.

Si hay una historia que merece ser objeto de reflexión y de estudio, es la historia de la tierra, la más llena de perspectivas, la más llena de incentivos, una historia en la que la historia del hombre sólo es un inciso —y Dios sabe cuán breve—, ya que pueden tomarle el relevo otras historias de seres quizá superiores. Pero ella guarda en su interior, como en una sala de archivos, las fuentes de la historia de la tierra, fuentes que tal vez hayan quedado consignadas en millones de documentos, que sólo es necesario aprender a leer sin falsearlos por exceso de celo y deseos de tener razón. ¿Quién tendrá un día esa historia, clara y patente, ante los ojos? ¿Llegarán esos tiempos o sólo la conocerá plenamente aquel que la conoce desde toda la

eternidad?

Me refugié, huyendo de tales cuestiones, en los poetas. Cuando regresaba a la Posada de los Arces, después de largas marchas, o cuando me quedaba, lejos de Los Arces, en cualquier cubículo de un refugio alpino, leía las obras de algún hombre que no resolvía cuestiones pero ofrecía ideas y sentimientos, que estaban, a manera de solución, en una amable y delicada envoltura y se asemejaban a la felicidad. Yo poseía a muchos de esos hombres. Entre los libros también había algunos ampulosos. No presentaban la naturaleza intrínseca y extrínseca al hombre tal como es, sino que trataban de embellecerla y de producir efectos especiales. Esos libros los aparté de mí. Quien no considera sagrado lo que es, ¿cómo podrá crear algo mejor que lo que Dios mismo ha creado? En las ciencias físicas me había acostumbrado a prestar atención a los rasgos distintivos de las cosas, a amar esos rasgos y a venerar la esencia de las cosas. En los poetas de la ampulosidad no encontré ningún rasgo distintivo, y al final me resultó ridículo que quisiera crear algo quien no había aprendido nada.

Me gustaban los hombres que habían contemplado las cosas y los hechos con mirada lúcida y los presentaban, con seguridad y moderación, en el marco de su propia grandeza interior. Otros presentaban los sentimientos con una fuerza moral llena de belleza que hacían profundo efecto en mí. Es increíble qué fuerza pueden ejercer las palabras; yo amaba las palabras y amaba a esos hombres y con frecuencia anhelaba un porvenir impreciso, desconocido y venturoso.

Los antiguos a los que en otro tiempo había creído comprender, ahora me parecían distintos. Los veía más naturales, más veraces, más sencillos y más grandes que los hombres de la Edad Moderna, y me parecía que la gravedad de su ser y el respeto de sí mismos no les permitía cometer los excesos que épocas posteriores aceptaron como buenos. En casi todas mis excursiones llevaba conmigo a Homero, Esquilo, Sófocles, Tucídides. Para comprenderlos acudí a todas las obras sobre la lengua griega que me habían recomendado y me dediqué a estudiarlas. Pero lo que más me ayudaba a comprender era la propia lectura. Entre los antiguos yo gustaba de contar entre los poetas a los historiadores, me parecían estar más cercanos entre sí que los modernos.

También concebí la idea de pintar. Las montañas estaban ante mí, espléndidas en su conjunto, como jamás las había visto antes. Siempre habían formado parte de mis estudios. Ahora eran cuadros, como antes sólo habían sido objetos. Uno podía sumergirse en los cuadros, porque tenían profundidad, pero los objetos siempre estaban allí, extendidos, para ser contemplados. Así como antes había dibujado objetos de la naturaleza con fines científicos y al hacer esos dibujos había dado con el empleo de los colores y poco tiempo atrás había empezado a dibujar y a pintar muebles, así procuraba ahora dibujar sobre papel o sobre lienzo y pintar al óleo todo el panorama que contenía un encadenamiento en profundidad, bañado en el aire vaporoso y perfilándose en el cielo. Enseguida vi que eso era mucho más difícil que mis tareas anteriores, porque ahora se trataba de abarcar un espacio que no se presentaba en dimensiones precisas y con sus colores naturales, sino, por decirlo así, como el alma de un conjunto, mientras que antes yo sólo había tratado de trasladar a mi carpeta un objeto que se hallaba en unas condiciones de luz conocidas y que tenía su color específico. Los primeros intentos fracasaron por completo. Pero eso no me hacía desistir, antes bien, me estimulaba cada vez más. Lo intenté una y otra vez. Al final, no destruía esos esbozos, como hacía antes, sino que los guardaba para compararlos. La comparación me fue indicando gradualmente que los intentos mejoraban y que el dibujo se volvía más suelto y natural. Atrapar lo inefable que habitaba en las cosas que tenía ante mí era un poderoso aliciente para el corazón, y cuanto más me esforzaba por atrapar lo inefable tanto más bello se me aparecía.

Me quedé en las montañas todo el tiempo posible, hasta que el frío creciente me impidió por completo estar al aire libre.

A finales del otoño fui una vez más a la Casa de las Rosas, a ver a mi anfitrión. Era la época en que las montañas presentaban ya profusas masas de nieve en las cimas y las tierras llanas habían quedado despojadas de todos sus ornamentos. El jardín de mi amigo estaba desnudo, la colmena, envuelta en paja, en las ramas desprovistas de hojas sólo cantaban algunos carboneros comunes o algún pájaro de invierno, y sobre ellos, en el cielo gris, volaban rumbo al sur los triángulos grises de los gansos. Pasábamos las largas veladas sentados junto al fuego de la chimenea, durante el día nos dedicábamos a enfundar y a preparar para el invierno los objetos que lo necesitaban, o después del mediodía dábamos un paseo, cuando la niebla en movimiento transformaba las colinas y los valles y las llanuras.

Enseñé mis conatos de pintura paisajista a mi anfitrión, porque en cierto sentido habría considerado un engaño no hablarle del cambio que se había operado en mí. Tenía mucho miedo de presentarle esos esbozos, pero acabé haciéndolo, y además en un momento en que también estaba presente Eustach. A guisa de preámbulo expliqué de qué manera había decidido poco a poco hacer esas cosas.

—A todos los que frecuentan las montañas y tienen imaginación y cierta habilidad en las manos les ocurre lo mismo —dijo mi anfitrión—, eso no es motivo para que usted casi pida disculpas, era de esperar que no se limitara a seguir reuniendo piedras y fósiles, la naturaleza así lo pide y eso es bueno.

Los esbozos fueron examinados con mucha más seriedad y rigor de lo que merecían. Cuando tanto mi anfitrión como Eustach hubieron contemplado varias veces cada una de las láminas, hablaron conmigo sobre ellas. Su opinión unánime tendía a indicar que el aspecto naturalista estaba mucho más conseguido que el aspecto artístico. Las piedras que se hallaban en primer plano, las plantas que crecían en torno a ellas, un trozo de leña vieja que había en el suelo, grupos de guijarros situados en primer plano, incluso las aguas que estaban directamente ante los ojos: todo eso yo lo había expresado con fidelidad y con sus características propias. No había logrado reproducir las lejanías, las grandes superficies de sombras y luces en los flancos de cuerpos enteros montañosos, ni tampoco la bóveda celeste, cuando retrocede y se desvanece. Me hicieron ver que no sólo había sido demasiado preciso con los colores, y que los lugares lejanos los había pintado tal como me lo dictaba mi conciencia y no mis ojos, sino que había pintado los segundos planos demasiado grandes, mis ojos los habían visto grandes, y yo quise poner eso de manifiesto elevando las líneas. Pero mediante los dos procedimientos, la precisión de la pintura y la ampliación de las lejanías, había acercado estas últimas y les había quitado lo grandioso que poseían en la realidad. Eustach me aconsejó que untara una placa de cristal con bálsamo del Canadá, de forma que quedaran adheridos a ella los colores al volverse más áspera, sin perder por eso su transparencia, y que luego, a través de esa placa, dibujase con un pincel las lejanías junto con los objetos más cercanos que limitan con ellas, y entonces vería, me dijo, qué pequeños aparecían los montes lejanos más grandes y dilatados y qué grande lo pequeño situado más cerca. Pero ese modo de proceder sólo lo aconsejaba, añadió, para que me convenciera de las proporciones y dispusiera de un módulo, pero no para que hiciera reproducciones artísticas de paisajes, porque con tal método el artista perdía la libertad y la soltura, y éstas eran, en cuanto a la representación, la esencia y el alma del artista. Los ojos sólo debían practicar y aprender, el alma debía crear, los ojos habían de obedecerla. En cuanto al colorido de las lejanías, me aconsejó que, allí donde estuviese inseguro de si veía una cosa o si sólo sabía que estaba allí, no lo indicara y que, en el color, en general era preferible ser más bien impreciso que preciso, porque de esa manera los objetos ganaban en majestuosidad. La imprecisión los hacía volverse más lejanos y, ya sólo por este hecho, más grandes. Con líneas marcadas sobre el papel o sobre el pequeño lienzo por el lápiz de dibujar, no se podía agrandar nada. Al clarificarlos, los cuerpos se acercaban y se reducían. Y si de todos modos había que faltar a la exactitud —y nadie podía reproducir las cosas, sobre todo los paisajes, en su esencia absoluta— era preferible representar los objetos más grandes y majestuosos en su conjunto que dispersarlos mediante un exceso de detalles. El primer procedimiento, dijo, era el más artístico y el más eficaz.

Yo comprendía muy bien sus explicaciones y sabía también de dónde venían los errores que comentaban. Hasta entonces, había dibujado todos los objetos desde el punto de vista de mi ciencia y, en ella, lo principal eran los rasgos característicos. Éstos debían quedar expresados en el dibujo, y, con mayor nitidez que otros, justo aquellos que marcaban la diferencia entre esos objetos y otros afines. Incluso cuando dibujaba rostros, tenía directamente ante la vista su corporeidad, su distribución de sombras y luces. Por eso mis ojos solían ver, incluso en objetos lejanos, lo que éstos tenían realmente en sí mismos, por muy impreciso que fuera, y en cambio apenas reparaban en lo que les aportaban el aire, la luz y los vapores, y es más, mis ojos acostumbraban hacer abstracción de tales cosas en lugar de considerarlas objeto de su atención. El dictamen de mis amigos me abrió de pronto la mente y vi que debía conocer y contemplar lo que hasta entonces siempre me había parecido insustancial. Debido al aire, a la luz, a los vapores, a las nubes, a otros cuerpos situados cerca, los objetos toman otra apariencia, yo tenía que ahondar en eso, y, en la medida en que me fuera posible, había de hacer objeto de estudio de mi ciencia esas cosas determinantes lo mismo que antes habían sido para mí objeto de estudio las características que saltan inmediatamente a la vista. De esa manera era probable que consiguiera representar los cuerpos que están inmersos en un elemento y en el entorno de otros cuerpos. Dije esto a mis amigos, y ellos aprobaron mi determinación. Cuando la niebla o, en general, la estación oscura, permitían echar una mirada a la lejanía, lo que se había dicho con palabras se discutía tomando ejemplos reales, y hablábamos sobre el modo en que se presentaban los lejanos macizos montañosos o partes de ellos o los terrenos más cercanos que se separaban de la cadena principal. Es increíble cuánto aprendí en aquella breve estancia de otoño.

También hablé con mi anfitrión de los autores literarios que leía y le comenté la gran impresión que me causaban esos textos. En una ocasión fuimos a su biblioteca, él me llevó a los armarios en los que estaban los poetas y me enseñó lo que él poseía en ese ámbito. Dijo también que mientras estuviese en su casa hiciera uso a voluntad de los libros; podía utilizarlos en la sala de lectura o llevármelos a mis habitaciones.

Había obras escritas en las lenguas más antiguas, desde la India hasta Grecia e Italia, había obras de la época moderna y hasta contemporánea. Las más numerosas eran, obviamente, las escritas en alemán.

—He coleccionado esos libros —dijo— no porque los entienda todos; porque la lengua de muchos de ellos me es perfectamente desconocida; pero en el transcurso de mi vida he aprendido que los poetas, cuando lo son en el verdadero sentido de la palabra, deben ser incluidos entre los más grandes benefactores de la humanidad. Son los sacerdotes de lo bello y, dado el cambio continuo de opiniones sobre el mundo, sobre la vocación y el destino del hombre, e incluso sobre las cosas divinas, ellos nos transmiten lo que permanece siempre en nosotros y lo que procura una felicidad perenne. Nos lo dan revestido de ese encanto que nunca envejece, que se limita a estar ahí y que no quiere juzgar ni condenar. Y aunque todos los artistas aportan el elemento divino en esa forma exquisita, están ligados a una materia que ha de proporcionar esa forma: la música al sonido y al timbre, la pintura, a las líneas y al color, el arte escultórica a la piedra, al metal y cosas parejas, la arquitectura a las grandes masas de elementos telúricos, todos han de bregar más o menos con esa materia; sólo el arte de la poesía carece casi por completo de materia, su materia es el pensamiento en su más amplia acepción, la palabra no es la materia, es sólo la transmisora del pensamiento, del mismo modo que el aire lleva el sonido a nuestros oídos. Por eso, el arte de la poesía es la más pura y excelsa de las artes. Así, en el convencimiento de que es así como digo, he reunido aquí a los hombres a los que la voz de los tiempos ha declarado grandes en el arte de la poesía. He añadido autores que escribieron en lenguas que yo no comprendía, cuando sabía que gozaban fama de excelentes en la historia de su pueblo y cuando un experto me aseguraba que en ese libro yo poseía al poeta que quería tener. Tal vez sigan aquí, incomprendidos, o tal vez venga a esta sala esta o aquella persona que comprenda a alguno de ellos y lo lea. También he colocado aquí, sin duda, libros que me gustan a mí, aunque la época emita un juicio distinto o todavía no se haya pronunciado sobre ellos. Esos libros me han aportado mucha felicidad, y más aún en la vejez que en la juventud. Aunque la juventud acoja con entusiasmo y embeleso las palabras salidas de una boca de oro, aunque guarde en el pecho esas palabras con una especie de fervor nostálgico, sin embargo lo que siente es más bien la intensidad de los propios afectos, y no sabe acoger la sabiduría y grandeza ajenas en un corazón circunspecto, contemplativo y ponderado. Usted es también joven, y la profundidad y la intimidad de la poesía pueden estimularle y abrir su corazón a toda grandeza futura, un efecto que siempre suele causar ese arte puro de la poesía en los jóvenes; pero usted verá un día que el sol crepuscular de la vejez penetra con mucha más suavidad y claridad en la grandeza de un espíritu ajeno que el ardiente sol matinal de la juventud, la cual todo lo impregna de su propio brillo, del mismo modo que es un hecho que el amor entrañable, verdadero y fiel, de la esposa que ya envejece produce una felicidad más firme y duradera que la pasión ardiente de la desposada bella y radiante. La juventud ve en la poesía la propia ausencia de límites y la inmensidad inacabable del futuro, éste oculta las insuficiencias y suple los defectos. Ella introduce en la obra de arte lo que vive en el propio corazón. A eso se debe el fenómeno de que obras de valor muy diferente entusiasmen por igual a los jóvenes, y creaciones de inestimable magnitud, si no son un reflejo de la flor de la juventud, no encuentren acogida. En la vejez, incluso puntos culminantes de la juventud, que ya están muy lejos, como la nostalgia del primer amor, con su oscuridad y su falta de límites, o la dicha suave y embriagadora del amor correspondido o los sueños de futuras hazañas y de futura grandeza, la visión de una vida inacabable que aún está por venir, o los primeros balbuceos en un arte, son recogidos con más sentimiento de felicidad por el anciano, en el suave espejo de sus recuerdos, que por el adolescente que en medio del fragor de la vida no puede oírlos, y en las pestañas grises pueden brillar no pocas lágrimas, más venturosas y a veces más dolorosas, que la chispa ardiente que, en la arrolladora oleada de sentimientos, brota de los ojos del adolescente y no deja huella tras de sí. Yo leo ahora raras veces de una vez a los grandes ingenios (con los pequeños sí que lo hago porque tienen pasajes sueltos que son menos relevantes), pero nunca dejo de leerlos y sin duda seguiré leyéndolos hasta el final de mi vida. Con sus pensamientos, que son como un gran consuelo, me acompañan durante el resto de mi vida y, así lo adivino, colgarán para mí en la puerta oscura coronas que parecerán tejidas con mis propias rosas. Por eso no dejo salir de la casa ningún libro porque no sé si no lo necesitaré yo mismo en los próximos tiempos. En la casa están a disposición de todo aquel que quiera hacer uso de ellos. Sólo para Gustav se lleva a cabo una selección, porque aún es muy joven y no sabe evaluar él solo todos los libros. Sin duda, él no encontraría aquí nada realmente malo; pero no todo lo bueno lo comprendería y entonces el tiempo empleado en su lectura sería tiempo perdido; o podría entenderlo mal, y entonces el resultado sería negativo. Lo malo que se da a sí mismo el nombre de literatura es peligrosísimo para la juventud. En la ciencia lo malo se pone de manifiesto con mucha más facilidad. En las matemáticas está sólo en la exposición, porque apenas podrían darse obras en las que incluso la materia fuese defectuosa; en la ciencia física está tanto en la exposición como en la materia, manifestándose en esta

última en forma de atrevidos asertos; sólo en la llamada ciencia de la sabiduría puede estar más escondido, al igual que en la literatura, porque a menudo la filosofía está presentada en forma de literatura y obra el mismo efecto que ella; pero en las obras propiamente literarias, el mal se esconde ante el alma en flor del adolescente, éste extiende sobre él su florescencia y sus anhelos y absorbe así el veneno. Una mente lúcida, que desde la infancia se ha ejercitado en la lucidez, y un corazón bueno y puro son baluartes contra la mala calidad y la inmoralidad de las obras literarias, porque la mente lúcida aparta de sí la ampulosidad hueca y el corazón puro rechaza la inmoralidad. Pero ambas cosas sólo ocurren contra la firmeza del mal. Éste es mucho más peligroso cuando está envuelto en un ropaje atractivo y mezclado con la pureza, y entonces han de prestar ayuda consejeros y amigos paternales, para que en parte adviertan del peligro, en parte impidan desde el principio que se acerque el mal. Contra una mala representación o contra el aburrimiento no se precisan más medios que uno mismo. Usted es todavía joven; pero no ha empezado a leer a los autores literarios tan joven como la mayoría de nuestros adolescentes, y usted ha aprendido tanto en las ciencias que yo creo que se le puede hacer acceder, sin temor de que peligre, a todos los autores, incluso a aquellos que inspiran muy poca confianza en su oficio. Su espíritu se liberará de ellos y de ese modo se clarificará aún más. Cuando he hablado de la ciencia de la sabiduría, que en nuestra tierra alemana se sigue designando con el nombre griego de filosofía, es decir, amor a la sabiduría, he de decirle lo que tal vez haya percibido usted ya a través de otras palabras mías, a saber, que no la tengo en mucho aprecio cuando se presenta en su ropaje propio y característico. He estudiado con buena voluntad obras filosóficas antiguas y modernas; pero me ocupo demasiado de la naturaleza como para dar mucha importancia a simples tratados sin un fundamento dado, y hasta me producen aversión. Tal vez hablemos en otra ocasión sobre este tema. Si en mi vida he aprendido alguna sabiduría, no la he aprendido en los libros de sabiduría más específicos, en los modernos menos aún que en otros (ahora ya no leo ninguno); sino que la he tomado de los poetas o de la historia, que, al final, me parece ser la poesía más objetiva.

Cuando oí hablar así a mi anfitrión recordé que en efecto yo le había visto leer mucho. A menudo estaba sentado con un libro a la sombra de un árbol o, en la estación inclemente, en un banco soleado, a menudo se ponía a pasear con un libro, iba con frecuencia a la sala de lectura y se llevaba libros a su gabinete de trabajo. Cuando hicimos el último viaje al Sternenhof, llevaba libros, y creo haber oído decir a Gustav que en cada viaje metía libros en el equipaje.

Durante aquella estancia en la Casa de las Rosas fui con frecuencia a la biblioteca, y lo mismo que en otros tiempos estaba ante los armarios que contenían las obras científicas y me llevaba algunos libros a la sala de lectura, ahora estaba ante los armarios de los autores literarios, examinaba muchos de los libros que allí había, me llevaba algunos a la sala de lectura o, con el beneplácito de mi anfitrión, a mi cuarto, y anotaba el título de algunos en mi cuaderno de apuntes para comprarlo cuando regresara a casa.

Hacia el final de mi estancia, como todavía vinieron unos días de sol, también dibujé y pinté varias piezas de los bellos suelos entarimados que ofrecía aquella casa. Hice eso para poder llevar a mi padre reproducciones, por precarias que fuesen, de todas las cosas que había visto.

Cuando ya faltaba poco para mi partida, dijo mi anfitrión que aún había una cosa de la que quería hablar conmigo.

—Como su propia naturaleza lo ha sacado a usted en parte del círculo que ha trazado a su alrededor —dijo—, como ha añadido a sus anteriores estudios el interés por la literatura, del mismo modo que la pintura de paisaje, como transición al arte, fue ya un paso que le sacó de su círculo, permítame que, como amigo que le quiere bien, le diga unas palabras. Usted debería dar a su ser una base más amplia. Cuando las facultades de la vida en general actúan al mismo tiempo en todas o en muchas direcciones, el hombre, precisamente por estar todas las facultades en actividad, se sentirá bastante más contento y satisfecho que cuando una sola facultad apunta en una sola dirección. El ser, en su totalidad, se completa y afirma entonces con más facilidad. La tendencia en una sola dirección le pone una venda al espíritu, le impide ver lo que tiene a su lado y le lleva a la aventura. Después, cuando ya está puesto el fundamento, el hombre debe dedicarse de nuevo a una sola cosa, si de algún modo quiere hacer algo significativo. Ya no volverá a incurrir en la unilateralidad. En la juventud hay que cultivar todos los campos, para, al llegar a la edad adulta, poder cultivar uno solo. No digo que haya que sumergirse en lo más hondo de la vida y en todas las direcciones, por ejemplo en todas las ciencias, como usted mismo intentaba hacer antes, eso sería aplastante o mortal, sin ser, además, realizable; sino que se busque la vida, tal como nos rodea por doquier, que dejemos que actúen en nosotros sus fenómenos, para que marquen huellas de modo imperceptible, inconsciente, sin subordinar esos fenómenos a la ciencias. En eso consiste, a mi juicio, el saber natural del espíritu, a diferencia de su cultivo intencionado. Poco a poco, el espíritu juzga con imparcialidad los sucesos de la vida. En mi opinión, usted ha abrazado demasiado joven una sola especialidad, interrúmpala un poco;

más tarde la reanudará con más libertad y más brillantez. Contemple los fenómenos insignificantes, sí, hasta fútiles, de la vida. Vaya a la ciudad, procure ver con claridad lo que en ella ocurre, venga después aquí, al campo, viva un tiempo con nosotros en el ocio, es decir, haga lo que le inspire el instante y la afición, disfrutaremos de esta casa y del jardín, haremos una visita a Ingheim, nuestro vecino, también iremos a ver a otros vecinos más lejanos y dejaremos que las cosas sigan su curso habitual.

Le di las gracias por sus observaciones, dije que sentía en mí mismo algo parecido, que yo era sin duda algo torpe en mi forma de vivir, que mis padres y los amigos que me querían bien habían de ser indulgentes conmigo y que agradecía cualquier consejo. Añadí que me alegraba sobre todo la invitación a su casa y que la aceptaría con gran contento.

Cuando llegó el día de mi partida, metí en el equipaje los dibujos y todo lo que tenía en la Casa de las Rosas, me despedí con la mayor cordialidad del anciano, de Gustav, de Eustach, de Roland, que había venido, dije también adiós a todos los habitantes de la casa, del jardín y de la granja y regresé a la capital, con mi familia.

Lo primero que vi allí, tras la entrañable y abierta acogida, fue que, durante el verano, mi padre había hecho modificar el pabellón, en parte acristalado, en parte de madera, en el que estaban colgadas las armas antiguas, por el que trepaba la yedra y que, en realidad, venía a ser el saledizo final del ala derecha de la casa, una especie de mirador hacia el jardín. Lo había ampliado de modo considerable, pero los listones, abrazaderas y bastidores en los que estaba sujeto el cristal, los había dejado en el estilo de antes; eran nuevos en lo tocante al material y estaban provistos de bellos ornamentos y relieves de madera. Las cornisas del tejado estaban confeccionadas al estilo de la Edad Media, bellamente esculpidas y ornamentadas. La yedra había sido dirigida otra vez hacia arriba, enroscada en los listones, y en algunos lugares aparecía a través del cristal. Las ventanas ya no se abrían, como antes, hacia dentro y hacia fuera, sino que se deslizaban sobre carriles. Pero el cambio mayor era que mi padre había hecho levantar dos columnas, mientras que antes las dos paredes que daban al exterior eran de cristal. Esos dos pilares tenían las medidas exactas para que cupieran en ellas los dos revestimientos que yo le había traído el otoño anterior. Pero aún no estaban colocados los revestimientos, pues primero tenía que secarse la obra de mampostería para que, en contacto con ella, la madera no sufriera daños. Mi padre sólo me había hablado del proyecto en su conjunto y de las disposiciones que había tomado para llevarlo a cabo. Si por un lado me alegraba de que él tuviese en tanto aprecio los relieves artísticos como para haber modificado el pabellón con el solo objetivo de instalarlos en ella, por otro lado me resultaba muy doloroso que yo no hubiese sido capaz de encontrar las partes que faltaban. Le hablé a mi padre de mis esfuerzos y de mi pesadumbre por la falta de éxito. Mi madre y él me consolaron y me dijeron que todo estaba muy bien en su forma actual y que no había que obstinarse en conseguir a toda costa lo que había desaparecido y no era posible recuperar, antes bien, había que disfrutar de lo que un sino favorable nos había conservado. Ese pabellón, añadieron, sería siempre un recuerdo, y, una vez que todo estuviese perfectamente acabado, cada vez que estuvieran allí recordarían la época en la que se hicieron esos relieves y aquella otra en la que un hijo amante los trajera de las tierras altas para alegría de su padre.

No me quedó otro remedio que sosegarme. Justo entonces me parecía que habría sido muy hermoso que los revestimientos discurrieran por todo el interior del pabellón y que, sobre ellos, brillasen las pilastras, de un lado, y las ventanas, de otro.

Al cabo de unos días durante los cuales se mantuvieron las primeras conversaciones que siempre tienen lugar en el seno de una familia tras el viaje de uno de sus miembros, aunque ese viaje se repita cada año, dado que entretanto habían llegado mis maletas y mis cajones, le entregué a mi padre las reproducciones que había hecho de los muebles y suelos de la Casa de las Rosas y del Sternenhof. Tenía mucha curiosidad por ver el efecto. Había esperado hasta que fuese domingo, día en el que tenía tiempo y en el que después del almuerzo le gustaba quedarse largo rato en el círculo de su familia. Le puse delante, repartidas sobre una mesa, todas las hojas. Me pareció que, al verlas, estaba, sí, puedo decir que estaba emocionado. Contempló las hojas detenidamente, tomó en la mano cada una varias veces y durante bastante tiempo no dijo una palabra. Al cabo, su emoción se transformó en una alegría sin reservas. Dijo que yo no sabía lo que había hecho, que no sabía qué valor tenían esas cosas, que antes, con mis palabras, no había puesto en modo alguno tan de relieve la belleza y la armonía de esas cosas como ahora se hacía evidente con el dibujo y el color, aunque ambas cosas fuesen imperfectas. En un primer momento, mi padre tuvo por realmente antiguos los muebles que yo había copiado en el Sternenhof; pero cuando le puse al corriente de la situación dijo que debía de ser una persona excepcional la que diseñó esas piezas, pues no sólo estaba muy familiarizada con la antigua manera de construir y de montar muebles sino que también tenía sin lugar a dudas un extraordinario sentido de la belleza, para elegir lo que había elegido, entre la profusión de formas

transmitidas. Y los muebles estaban agrupados de manera tan armoniosa que parecían haber sido construidos en el pasado a un mismo tiempo y para un mismo fin. Y los auténticos muebles antiguos de la Casa de las Rosas eran de una belleza como él no viera jamás, aunque conocía las mejores y más célebres colecciones de la ciudad y de diversos palacios. Dos piezas tan excepcionales como el gran armario ropero y el escritorio de los delfines era casi imposible encontrarlas en otro sitio. Eran dignas de una cámara imperial.

Para caracterizar con más detalle al hombre que había diseñado los muebles del Sternenhof, le conté que en la Casa de las Rosas yo había visto muchos dibujos de edificios y otros dibujos que representaban objetos muy superiores y que también estaban ejecutados con una perfección incomparablemente mayor que la que yo habría sido capaz de lograr en mis copias. Esos trabajos, añadí, habían sido para ese hombre los conocimientos previos necesarios para poder hacer los diseños que había hecho.

Él pareció no haber prestado atención a mis palabras, sino que ponía una hoja sobre la mesa, cogía otra y la contemplaba.

—En la medida en que puedo juzgar por estas reproducciones —dijo—, los objetos antiguos que me has hecho ver de manera gráfica no sólo son de por sí de altísima calidad, sino que, como puede inferirse por el color y el dibujo, probablemente han sido restaurados de modo muy adecuado. En cambio, mis pobres efectos se tornan insignificantes, y por estas hojas veo cómo hay que hacer las cosas cuando se tiene tiempo, conocimientos y medios para ello.

Ahora me alegré mucho de haber tenido la idea de reproducir esas cosas para mi padre con el fin de darle una noción de ellas, me alegró su interés y el deleite que le causaban.

—Se pueden tomar dos caminos —dijo mi madre—: que mandes hacer, conforme a esas pinturas, las cosas que representan, para recrearte siempre en ellas, o que viajes al Asperhof y al Sternenhof y las veas en la realidad, para complacerte en ellas mientras las veas, y deleitarte en el recuerdo cuando te hayas marchado de allí.

Mi padre contestó:

—Mandar copiar los muebles aquí dibujados es improcedente; porque en primer lugar habría que conseguir el permiso del dueño y, en segundo lugar, aunque se consiguiera, los objetos reproducidos no tendrían a mi modo de ver el valor que deberían tener pues no serían sino copias, como dicen los pintores. También cabe pensar en idear, con el consentimiento del propietario, nuevas composiciones basadas en estas estampas y hacerlas ejecutar en la realidad; pero eso requiere una enorme habilidad que no sólo me creo incapaz de tener sino que no abrigo la esperanza de encontrar en los artesanos que conozco en la ciudad y que trabajan en este género de cosas. Y, en definitiva, los objetos confeccionados no dejarían de ser otra cosa que una suerte de copias. Así pues, el confeccionarlos no es aceptable. Por lo que toca a tu segunda vía, madre, sin duda caminaré por ella. Ya antes, al oír hablar de esas cosas, me propuse viajar a verlas. Pero ahora que he visto las reproducciones no sólo estoy aún más seguro de que haré ese viaje sino de que lo haré en fecha mucho más próxima de lo que lo hubiera hecho en caso contrario.

—Eso será magnífico —exclamamos casi todos al unísono.

Mi madre dijo:

—Deberías fijar pronto la fecha y deberías concertar enseguida con tu hijo que te lleve a la Casa de las Rosas, a conocer al anciano, quien a su vez te introduciría en el Sternenhof.

—Pero no me apremiéis —replicó él—, se hará y eso basta; como bien sabéis, un hombre no puede comprometerse cuando depende de su negocio y no puede saber si surgirán circunstancias que reclamen su tiempo y su actividad.

Mi madre le conocía demasiado bien para seguir insistiendo, él no cambiaría de opinión. Ella se conformó con lo ya conseguido.

Tanto ella como mi hermana me dieron las gracias por haber traído a nuestro padre aquellas estampas que le causaban tanto deleite.

—Los suelos deben de ser también magníficos —exclamó él.

—Son mucho más bellos de lo que puede insinuar esa acuarela tan poco precisa —repliqué—, mi pincel aún no puede expresar el brillo y lo brillante y sedoso de las fibras de la madera, lo que allí se tiene en tan alto aprecio que siempre hay que caminar por esos suelos con pantuflas de fieltro.

—Lo entiendo muy bien —respondió él—, lo entiendo muy bien.

Entonces hube de darle el nombre de todas las maderas que yo había indicado con colores y con las que estaban construidos los objetos reproducidos. Él ya había reconocido la mayor parte de ellas, cosa que me alegró, porque era la prueba de que yo no había empleado los colores de manera impropia. Le dije el nombre de las que él no conocía. Supe indicarle casi todas con gran precisión.

Él no salía de su asombro y trataba de imaginarse vívidamente aquellos objetos.

Mi madre y mi hermana me preguntaron si había necesitado mucho tiempo para ese trabajo y si no me había sentido agobiado e inseguro.

Respondí que había trabajado con mucha dedicación, en aras de mi objetivo, que al principio los progresos eran lentos, pero que poco a poco fui tomando práctica y empecé a avanzar a un ritmo mucho mayor de lo que yo mismo habría imaginado. Y que, por lo que tocaba al agobio y a la inseguridad, al principio me sentí inseguro, sin duda; pero que, cuando aquellas cosas surtieron efecto en mí, cuando me llené de entusiasmo y vi aquí y allá cierto resultado, sobre todo cuando el color parecía venírseme solo a la mano debido al aspecto inconfundible de muchos tipos de madera, pronto sentí gran libertad de espíritu, a la que poco a poco vino a añadirse el deleite.

Tras esas palabras, mi padre me mostró también varias faltas que yo había cometido en los trabajos, y me explicó cómo podría evitarlas si volvía a dibujar cosas parecidas. Como él tenía pinturas, como se interesaba por ellas desde hacía años, sin duda había adquirido un juicio crítico al respecto, y reconocí que tenía toda la razón en lo que decía, pero al mismo tiempo creí estar capacitado para hacerlo mejor en el futuro.

Después de las faltas, mi padre pasó a las cualidades del trabajo y dijo que, si juzgaba por las cabezas que yo había dibujado hacía algún tiempo, no habría esperado que supiera manejar con tanta pericia la pintura al óleo.

Aquella tarde de domingo me deparó unas horas altamente deleitables e íntimas.

La cordialidad de mi hermana, que ella puso de manifiesto de modo especial esa tarde, fue para mí mayor recompensa que si un experto hubiera dicho que mis láminas eran excelentes, el elogio de mi madre cuando dijo que yo había pensado en mi padre y en la casa paterna y que por amor a ambos, para dar una alegría, había emprendido un trabajo tan dificultoso, despertó en mí los sentimientos más deleitables, y cuando también mi padre me dio las gracias con algunas palabras escogidas y dijo que nunca olvidaría esa delicadeza, me costó mucho esfuerzo reprimir las lágrimas.

Le di en propiedad todas las hojas, y él las añadió a su colección de curiosidades.

Al día siguiente desembalé las cítaras, presenté ambas a mi hermana y la dejé que eligiera entre quedarse con la mía o con la que acababa de comprar. Eligió la nueva y se alegró muchísimo. Le mostré también los fragmentos que había anotado guiándome por la manera de tocar de mi profesor de las montañas y se los dejé en su cuarto para que los copiara y empezara a practicar con ellos. Le prometí ser su maestro en ese arte durante aquel invierno.

Al cabo de algún tiempo saqué también a la luz mis pinturas de paisajes de montaña. Hasta entonces no había tenido valor para hacerlo; pero al cabo, la conciencia me hacía los más amargos reproches por tener secretos con mi familia. Enseñé las hojas a mi padre también un domingo por la tarde. Le miré asombrado a la cara cuando, después de haberlas examinado, dijo lo mismo que habían dicho mi anfitrión de la Casa de las Rosas y Eustach. En estos dos últimos no me había extrañado, ya que los tenía por especialistas y además habitaban en las tierras altas. Pero mi padre, aunque poseía cuadros, era comerciante y nunca había estado largo tiempo en la montaña. Eso acrecentó en mí el respeto que le profesaba. Me mostró dónde había faltado yo a la verdad y me explicó cómo habría debido ser, y yo lo comprendí al momento. Lo que él alabó y consideró correcto después me gustó doblemente a mí mismo.

A Klotilde hube de enseñarle otra vez las láminas a solas en su habitación. Me pedía que le explicara casi todo. Nunca había estado en las tierras altas ni en las montañas primarias, quería ver cómo eran esas formaciones, que excitaban sobremanera su curiosidad. Aunque mis pinturas no eran obras de arte, como yo iba viendo cada vez con mayor claridad, tenían una ventaja que no percibí hasta más tarde y que consistía en que yo no me empeñaba, como un artista, en llegar a la perfección ni en lograr un efecto armonioso, ni en aplicar reglas de escuelas, sino que me ponía a la tarea sin haberme ejercitado previamente y trataba de representar las cosas tal como las veía. Así, lo que perdían en brillo y unidad, lo ganaban en la verdad natural de sus partes, y a quien no era especialista ni había visto nunca las montañas le daban una idea mejor de ellas que las pinturas bellas y de gran perfección artística, si no eran las de máxima perfección, pues éstas, sin duda, también eran portadoras, y en muy alto grado, de la verdad. Por esa razón me dijo Klotilde, en una especie de vislumbre inconsciente, que ahora sabía cómo eran las montañas, lo que no habría sabido contemplando muchos y buenos cuadros. También expresó el deseo de ver un día las altas cumbres y dijo que cuando nuestro padre hiciera el viaje a la Casa de las Rosas y al Sternenhof y, con tal motivo, fuese también a las montañas, le pediría que le permitiera viajar con él. Le hablé mucho de los montes, le describí su majestuosidad y su grandeza, le expliqué diversas particularidades de ellos y le especifiqué, con más profusión de detalles que otras veces, los diversos viajes que había hecho por allí y mis

investigaciones. Nunca había hablado tanto con ella de las cadenas montañosas. Tras esas palabras me pidió también que le enseñara a confeccionar ella misma reproducciones como las que tenía delante. Quería, dijo, procurarse pinturas y los demás utensilios necesarios para ello. Como de todos modos sabía dibujar bastante bien, la cosa no era tan difícil como pareció de primera intención. Le prometí mi ayuda caso de que nuestros padres se mostraran conformes.

Pasado algún tiempo preguntamos a nuestros padres. De un modo general, no tenían nada en contra, sólo mi madre exigió de modo expreso que esos trabajos no fueran sino cosas accesorias, cosas de recreo, no ocupaciones primarias; porque la obligación fundamental de la mujer era su casa. Tales cosas, añadió, podían encajar muy bien dentro de la casa; pero practicadas de modo exclusivo o incluso con apasionamiento, socavaban la casa más que contribuían a edificarla. Y Klotilde, dijo, ya estaba en edad de dedicarse a sus futuras obligaciones.

Nosotros comprendimos todo eso y prometimos que no caeríamos en la desmesura.

Se tomaron todas las disposiciones necesarias, y empezamos a trabajar a las horas permitidas.

Mi hermana también quiso aprender conmigo español. Yo seguía estudiándolo, y como estaba más adelantado que ella también fui su profesor en eso, lo que nuestra madre permitió con las mismas limitaciones que la pintura de paisajes. Por tanto, ese año hubo en nuestra casa más ocupaciones que otras veces.

Aquel otoño me produjo especial asombro que ni mi padre ni mi madre me pidiesen informaciones más precisas sobre mi anfitrión. O bien debían de tener, por lo que yo contaba, una firme confianza en él, o bien no querían, con una excesiva injerencia, poner trabas a mi libertad de acción.

Pese a todas mis actividades caseras, al acercarse el invierno empecé una vida algo distinta de la que había llevado hasta entonces, una vida un poco más variada. Antes, en la ciudad sólo había tenido contacto con los círculos a los que también tenían acceso mis padres o a los que yo acudía a través de las amistades que hacía. Esos círculos estaban constituidos en su mayor parte por personas de la misma posición social que mis padres. Ahora sentía en mí la tendencia a conocer también las costumbres y usos, así como las opiniones y puntos de vista, de personas que se movían en ambientes más fastuosos. El azar, ora aquí, ora allá, me ofrecía oportunidad para ello, y en ocasiones buscaba yo la oportunidad. Ocurría que yo trababa amistades y a veces podía seguir cultivándolas. Conocí a personas de la alta nobleza, aprendí a ver cómo se mueven, cómo se tratan entre ellas y cómo se comportan con personas que no son de su clase.

En nuestra ciudad vivía una anciana princesa viuda, cuyo esposo, muerto prematuramente, había ejercido el mando supremo en las últimas grandes guerras. Había estado muchas veces con él en el frente y allí había conocido los ejércitos, su modo de vida y sus movimientos, había estado en las grandes capitales europeas y conocido a personas que regían los destinos de este continente, había leído lo que escribieran los hombres y mujeres más señalados en obras poéticas, contemplativas y, en parte, en las ciencias a las que ella tenía acceso, y había disfrutado de todo lo bello que producen las artes. En los círculos de la nobleza, había sido en tiempos pasados una de las bellezas más señaladas, e incluso ahora apenas era posible imaginar algo más delicioso que los amables, inteligentes y entrañables rasgos de aquel rostro. Un hombre que entendía mucho de pinturas y de cómo enjuiciarlas y que se relacionaba con la princesa dijo una vez que sólo Rembrandt habría sido capaz de pintar los suaves tonos y la delicadeza artística de su rostro. Vivía entonces en el límite oriental del centro de la ciudad, para que el sol de la mañana diera de pleno en sus habitaciones y ella pudiese contemplar sin trabas el verdor de los campos y los lejanos barrios de extramuros. Hijos de brillante carrera, en altos cargos militares, iban a ver a la anciana y venerable madre siempre que sus funciones no les impedían presentarse en la ciudad y siempre que, durante esa estancia, la ocasión lo permitía. Nietos y nietas encantadores iban y venían por su casa, y de su numerosa parentela aparecían por sus salones, ora estos familiares, ora estos otros. Pero ella siempre seguía necesitando recreo o esfuerzo —depende de la interpretación— de índole espiritual. No sólo quería saber lo que se producía actualmente en el campo del espíritu, y en ese ámbito, si alguna obra alcanzaba gloria y renombre, trataba asimismo de llamar a su puerta y ver si podía pasar; sino que a menudo cogía también un libro de autores que habían coincidido con su juventud y que fueron importantes en aquel tiempo, releía la obra y trataba de averiguar si ahora volvería a hacer del mismo modo los numerosos signos y anotaciones a lápiz rojo o si los sustituiría por otros; se proponía incluso la lectura de obras del pasado más remoto, obras que la gente, a excepción de los eruditos, sólo mencionaba y no leía; quería ver lo que contenían, y, si le agradaban, volvía a echar mano de ellas pasado algún tiempo. En lo tocante a la situación política de estados y pueblos, quería estar siempre al corriente de lo que acontecía. Por eso mantenía correspondencia con muchos parientes y amigos, y sobre su mesa siempre tenía que haber ejemplares de la más destacada prensa periódica. Pero como la mucha lectura que había tomado sobre sí podría resultarle dificultosa dada su

avanzada edad, por más que sus ojos aún no estuvieran muy fatigados, tenía una lectora que se encargaba de leerle en voz alta una parte, la mayor, del material de lectura. Pero esa lectora no era una simple lectora, sino más bien una dama de compañía de la princesa que hablaba con ella sobre lo leído y que poseía tanta cultura que estaba capacitada para dar alimento al espíritu de la anciana señora, del mismo modo que ella también recibía alimento de aquel espíritu. A juicio de hombres que saben hablar de tales cosas, la dama de compañía era de extraordinario talento, era capaz de asimilar todo lo grande y de volver a reproducirlo, y sus propias creaciones, que a veces no podía dejar de elaborar, contaban entre las más notables de su tiempo. Siempre se quedó en el entorno de la princesa, aunque en verano ésta fuese a una casa de campo, situada en una lejana parte del imperio y que era su lugar favorito de residencia, o emprendiera un viaje o pasara algún tiempo en algún hermoso paraje de nuestras montañas, lo que gustaba de hacer.

En el tiempo que residía en la ciudad, la princesa reunía algunas tardes en torno a ella un pequeño círculo en el que se hacían lecturas en alta voz, o bien se hablaba de asuntos científicos, mundanos o políticos, o sobre cosas de arte. Las reuniones se celebraban con regularidad, siempre el mismo día de la semana, eran conocidas en la ciudad, se las encomiaba o ridiculizaba, dependiendo del que opinaba, se veían muy solicitadas y a veces asistían a ellas personas de gran relevancia. Yo había conseguido tener acceso a ese círculo. La princesa había coincidido conmigo varias veces, en una ocasión se habló de mi especialidad, ella sintió curiosidad y quiso enterarse de lo que se sabía sobre la historia de la morfología de la tierra y sobre las circunstancias que permitían sacar conclusiones al respecto, y entonces me invitó a su círculo. Yo escuchaba atentamente cuando estaba en su salón durante aquellas veladas, pero hablaba poco y por lo general sólo si me lo pedían. La princesa, con un vestido de seda negro o color ceniza —nunca llevaba colores más claros— estaba sentada en su mullida butaca y tenía un escabel bajo los pies. La lámpara, por la parte que daba hacia ella, llevaba una pantalla verde y arrojaba su luz sobre la zona del lector o de la lectora, cuando se estaba leyendo. Los demás se sentaban por todas partes, como les apetecía. Por lo general se formaba por sí solo una suerte de círculo. En profundo silencio se escuchaba la lectura y se participaba con máximo interés en las conversaciones que seguían a la lectura o que, cuando no se leía, ocupaban toda la velada. La princesa sabía darles un carácter animadísimo y lleno de profundidad. Parecía que lo que los hombres más destacados hablaban en presencia suya había sido impulsado por ella, y que su mayor talento consistía en hacer aflorar al exterior lo que había en otras personas. Su grácil figura descansaba con extraordinaria elegancia en su sillón, y aquella mujer de edad provecta aún emocionaba a la reunión con su delicada belleza. Cuando a veces se excitaba en su interior, se levantaba, se apoyaba en el sillón y explicaba y hablaba a los circunstantes con su clara, suave y armoniosa voz.

Conocí a diversas personas en los salones de la princesa. A veces se oía hablar allí a algún artista ilustre, a veces a un hombre público que tenía a su cargo los más importantes asuntos de nuestro país, o a alguna otra destacada personalidad, o a quienes eran los pilares y los adalides de nuestro valiente ejército. En casa de la princesa yo oía sentencias que quería retener, que anotaba por escrito y que serían para mí un patrimonio intransferible. Confieso que nunca entré sin cierta inseguridad en aquel salón de paredes pintadas de azul, de muebles azul oscuro y decorado con diversos cuadros, entre los que me atrajo muy en especial el que representaba su casa de campo, y confieso que nunca salí del salón sin sosiego y satisfacción. Sentía que aquellas veladas eran para mí de gran importancia, que eran un porvenir.

Aparte de esas personalidades de gran renombre conocí también en casa de la princesa a otras personas de la alta nobleza de nuestro imperio, algunas veces entré en contacto con sus círculos y vi su estilo, su manera de vivir y sus costumbres.

Fuera de esos sectores de la sociedad humana, frecuenté otros. En la ciudad había un lugar público al que acudían sobre todo artistas de toda índole, que allí intercambiaban opiniones, tomaban algún refrigerio, leían periódicos o se recreaban con juegos corporales. Me gustaba frecuentar aquel lugar. Había allí algún que otro actor del teatro Imperial o de la Ópera, iba por allí un pintor que gozaba en aquel entonces de gran renombre, había músicos, tanto instrumentistas como compositores, había escultores y arquitectos, pero sobre todo escritores y autores literarios, y también directores y colaboradores de periódicos. Había además entre ellos funcionarios del Estado, burgueses, comerciantes y, en general, quienes se interesaban por el arte y la ciencia y querían relacionarse con ese entorno. Aunque en realidad reinaba un ambiente alegre y desenfadado, aunque parecían predominar los juegos de movimiento corporal, aparte del juego de ajedrez, también se conversaba y, como cabía esperar de tales hombres, eran conversaciones muy animadas, y eso en el fondo era lo más importante. Allí se podía ver, en charlas amenas, el carácter profundo de uno, o ese carácter tranquilo que todo lo descompone y lo disgrega en sus partes integrantes, o aquel espíritu impulsivo que pasa por encima de todo, o el superficial, que de todo se ríe o aquel cuyas costumbres hasta dan un poco que pensar. A menudo, lo que podía dar el fundamento sobre el que edificar las conclusiones

era sólo una palabra, una ocurrencia ingeniosa. A pesar de mi timidez, que me mantenía apartado, intervine en conversaciones y conocí a algunos de los hombres que por allí iban. Ni siquiera me pareció carente de importancia el comportamiento y la actuación externa de hombres que gozaban de tanto prestigio.

Aquel invierno gusté también de acudir a lugares en los que se reunían muchas personas para su recreo, con el fin de observar, en una visión de conjunto, su aspecto, su carácter y su comportamiento. Prefería ir allí donde se reúne el pueblo propiamente dicho, como ahora suele denominársele por oposición a las llamadas gentes instruidas. La gente instruida es igual casi por todas partes; pero el pueblo es primigenio, como yo había comprobado durante mis viajes, y tiene sus usos y costumbres específicos.

Iba a las buenas representaciones musicales, continué acudiendo al teatro Imperial, iba también ahora a la ópera y asistía a algunas conferencias públicas de carácter científico, después también visitaba colecciones de arte y de libros, pero ante todo, para perfeccionar mis propios trabajos futuros, las colecciones de pintura.

Continué relacionándome con mi nuevo amigo, el hijo del joyero. Con el tiempo empezamos, en efecto, una serie de clases sobre piedras preciosas y perlas. Habíamos fijado dos días por semana, en los que yo llegaba a una hora determinada en la que él estaba disponible y yo me quedaba todo el tiempo que él podía dedicarme. Primero me hizo conocer todos los minerales que reciben el nombre de piedras preciosas y que se utilizan sobre todo en joyería. Me enseñó asimismo todos los tipos de perlas. Después me inició en el procedimiento para reconocer las joyas y distinguirlas de las falsificaciones. Sólo más tarde pasó a las características de las más nobles y menos nobles. En este aprendizaje me fueron muy provechosos mis conocimientos de ciencias naturales, yo era incluso capaz de ampliar los conocimientos de mi amigo con datos de mi especialidad, sobre todo en lo concerniente al comportamiento de las piedras preciosas frente a el paso de la luz, a la doble refracción y a la llamada polarización de la luz. Pero aún no tuve valor para hablar con él sobre el engaste usual de las piedras preciosas y sobre mis ideas al respecto.

En medio de todo eso, y además de mis trabajos propios, continuaban con regularidad las clases que daba a mi hermana. En pintura ella tenía aún mayores dificultades que yo, porque por una parte había practicado menos y por otra nunca había visto los modelos reales, sino que sólo tenía ante ella reproducciones imperfectas. Mucho mejor era tocando la cítara. Ese año me convertí en un maestro más eficiente de lo que había sido en años pretéritos y, después de lo que ya había aprendido, pude ser mejor maestro para ella que cualquier otro que hubiésemos encontrado en la ciudad, aunque esos maestros conseguían vencer dificultades cuya superación habría sido imposible para Klotilde y para mí. Pero si me atenía a las pautas que se me habían dado en la montaña, eso no era importante. Al final, aprendíamos alternativamente uno del otro y pasábamos tocando la cítara no pocas horas placenteras y ricas en delicadas emociones.

Por último, también hube de dar clases de español a Klotilde. Como yo siempre iba unos pasos por delante de ella, pude hacer de profesor suyo al menos en la fase elemental. Ya se vería cómo procederíamos según fuera evolucionando todo. Nos habituamos a una vida de actividades mutuas.

Así pasó el invierno, y aquella vez me quedé con los míos en la ciudad hasta bastante avanzada la primavera.

2. El acercamiento

Aunque casi durante todo el invierno hablamos de que mi padre me acompañaría a la montaña la primavera siguiente y de que entonces haría una visita al hombre de la Casa de las Rosas con el fin de ver sus valiosas y raras piezas, cuando llegó la primavera no le fue posible liberarse de sus negocios y hube de ponerme en viaje solo, como todos los años anteriores.

Cuando llegué a casa de mi anfitrión, lo primero fue hablarle de los revestimientos. No los había mencionado antes porque no los consideraba tan importantes. Le conté que los había encontrado y comprado en Lautertal y que constaban de figuras y ornamentos tallados en madera. Le dije que para mi padre, a quien yo se los había llevado, fueron una gran alegría, que no sólo los aceptó con gran complacencia sino que había reformado en parte un anexo de nuestra casa para poder colocar de modo adecuado los revestimientos. Eso último, añadí, me indicó qué valor daba mi padre a tales cosas, y eso me había determinado a indagar de modo más preciso si yo no podría encontrar los complementos de esos relieves; porque lo que mi padre tenía eran sólo fragmentos, a saber, dos revestimientos de pilares, y faltaba el resto. Yo había hecho ya —continué explicando— averiguaciones de la mejor manera que podía; pero quería continuar con ellas y tratar de encontrar nuevos recursos y vías para llegar a mi meta, si es que ésta existía aún, o para alcanzar el mayor grado de convicción posible de que ya no existía lo que buscaba. Recordando los revestimientos lo mejor que podía, se los describí a mi anfitrión y le expliqué dónde los había encontrado y en qué circunstancias. No le oculté que hacía todo eso para que tal vez me pudiera dar algún consejo sobre el modo de continuar las indagaciones. Se trataba, añadí, de un objeto que a mi padre le tocaba muy de cerca. Y yo no intentaba encontrar tales cosas por el solo motivo de que fueran bellas, aunque eso podría ser ya de por sí un incentivo, sino sobre todo porque mi padre se complacía muchísimo en ellas. Cuanta más edad iba teniendo, tanto más se confinaba en un reducido espacio, su despacho y su casa eran poco a poco su único universo, y allí ocupaban su interés ante todo las obras de arte y los libros, y el influjo que tales cosas ejercían en él crecía con los años. Añadí que durante los primeros días apenas pudo separarse de los relieves, que los había contemplado por todos lados y que al final los conocía tan bien como si hubiera estado presente durante su confección; y por eso yo quería proceder de manera que no tuviera que hacerme reproches por haber dejado algo sin intentar durante mis indagaciones; si bien éstas, ciertamente, no habían dado fruto hasta aquel momento.

Mi anfitrión me hizo algunas preguntas más, sobre varias partes de la obra y sobre circunstancias del hallazgo, que yo no le había referido o que no le habían quedado claras, y me hizo describir otra vez con el mayor detalle el lugar del hallazgo. Tras lo cual me pidió que enviara sin demora una carta a mi padre y le pidiera que tomara las medidas exactas de los relieves, por dentro y por fuera, y que me las enviara. Comprendí al instante la finalidad de la medición y me avergoncé de que no se me hubiera ocurrido a mí antes. Él quería por lo pronto, dijo, escribir a Roland y, una vez que hubieran llegado las medidas, enviárselas. Y también quería ordenar a los agentes de negocios que tenía en aquella región que se ocuparan del asunto. Si lo buscado se podía encontrar, Roland era el colaborador más adecuado, y los otros hombres a los que él también pediría ayuda se habían acreditado ya en los asuntos más diversos.

Di encarecidamente las gracias a mi anfitrión por su amabilidad y prometí hacerlo todo sin demora.

A la mañana siguiente, un mensajero llevaba al correo más próximo la carta a mi padre y las cartas de mi anfitrión a Roland y a los otros hombres. Mi anfitrión debió de estar escribiendo hasta muy avanzada la noche; porque era todo un paquete de cartas. Esa bondad me produjo honda emoción; porque yo no sabía cómo la había merecido.

Se comprende de por sí que en los primeros tiempos de mi estancia en la Casa de las Rosas fuera a todos los lugares que me eran queridos.

En la sala de dibujo de Eustach encontré terminada la mesa de los instrumentos de música. Hacía poco

tiempo que la había dado por concluida, por eso estaba aún en ese lugar. Yo no había imaginado que la obra que había visto al comienzo de su restauración presentaría ese aspecto una vez acabada. En los últimos tiempos había visto en grandes cantidades cuadros, obras arquitectónicas, dibujos y cosas similares, y elaborado yo mismo cosas semejantes; por eso podía permitirme tener cierto criterio en tal materia; pero si no hubiera sabido que el armazón y las patas de la mesa eran nuevos, nunca lo habría reconocido, tan bien armonizaban con el tablero en toda su factura, en el estilo y hasta en el color de la madera. La obra completa fulguraba ante mis ojos, pura y límpida. Bajo el poder de la resina, el color de las diferentes maderas en los ornamentos, en el follaje, en la fruta y en los instrumentos, resaltaba con fuerza y nitidez. Incluso la desproporción entre los distintos instrumentos taraceados, por ejemplo entre la flauta, el violín, el tambor, que en mi primera visita a la ebanistería me habían causado extrañeza, ahora me parecieron ingenuos y para mí poseían un encanto que me hacía más estimable la tabla de la mesa que si careciera por completo de faltas o estuviera confeccionada según nuevas concepciones artísticas. Pregunté a Eustach dónde acabaría colocada la mesa. No supo decírmelo. No habían indicado nada sobre si se quedaría en la casa o si sería enviada a alguna parte. De momento permanecía allí para que las diversas fases del secado se sucedieran a un ritmo lento, como conviene a todos los muebles de nueva confección para que no sufran daños. La mayoría de los muebles nuevos o restaurados se quedaban a ese fin en la sala de dibujo, si de algún modo tenían cabida allí. Observé todavía un rato la mesa y pasé después a otros objetos.

También fui a ver a los jardineros, a los operarios de la casa de labranza, a los peones del jardín, a los sirvientes de la casa y a algunos vecinos a los que antes fuimos a visitar con frecuencia y que yo había conocido más de cerca.

Aunque, después de los consejos y la invitación de mi anfitrión, había determinado dejar descansar ese año mi trabajo especializado, al menos aquella parte de mi especialidad que me había impuesto como obligación, y en lugar de ello pasar una parte del verano en la Casa de las Rosas y entregarme al instante y a mi disposición de ánimo, no tenía el designio de no hacer nada, lo que habría sido para mí la mayor tortura, sino que en mis actos quería dejarme llevar por el deleite y por lo que me brindaba la ocasión. Mi anfitrión me había asignado las dos mismas habitaciones que yo ocupara siempre hasta entonces, y se alegró al ver que yo quería seguir su consejo y mirar por fin en otra dirección y no, como siempre y de un modo tan exclusivo, en dirección a mis trabajos, y que quería acceder a una conciencia más general que aquella en la que me había recluido hasta ahora. Había traído muchos libros y escritos, tenía conmigo todos los trebejos de pintura al óleo y también, precavidamente, había metido en el equipaje algunos instrumentos de medición y cosas parejas.

Cuando, desde la Casa de las Rosas, se atraviesa en dirección norte la colina sobre la que está la casa, se llega al prado por el que corre el arroyo a cuyas orillas mi anfitrión cría los alisos que le suministran la hermosa madera que él emplea, junto con otras maderas, en sus trabajos de ebanistería. Nosotros habíamos ido muchas veces a ese arroyo y paseado por sus orillas. Salía de un bosquecillo en el que mi anfitrión había llevado a cabo algunas obras de canalización para que el prado no sufriera inundaciones y para evitar que el arroyo quedara en estado silvestre. En el interior del bosquecillo hay un estanque bastante grande, en realidad un pequeño lago, ya que no es una instalación artificial sino que en su mayor parte se ha formado por sí solo. Lo que se había añadido era mínimo, con el único fin de no dejar que se encenagaran las orillas ni hubiera inundaciones en los desagües. El agua de ese embalse natural es tan límpida que se pueden ver, incluso a bastante profundidad, todas las piedras multicolores que hay en el fondo. Pero parecen teñidas de azul turquesa, como ocurre con todas las aguas que provienen de nuestros Alpes calcáreos o que fluyen en sus entornos. Alrededor de esas aguas, el ramaje es tan espeso que apenas puede verse ni una piedra ni el borde de la orilla, sino que las ramas parecen salir del agua. Los árboles que crecen allí son en parte coníferas, que parecen mezclar su severidad con el aire risueño que envuelve las ramas, las hojas y las cimas de los árboles de hoja caduca, que son la mayoría. Hay sobre todo alisos, arces, hayas, abedules y fresnos. Entre los troncos hay abundancia de exuberante maleza. El arroyo del prado de los alisos de mi anfitrión debe su existencia al lago; pero como éste vive de los manantiales que llegan a él, el arroyo que de él sale a menudo está tan seco que se puede caminar sobre las piedras que sobresalen sin mojarse las suelas. En el punto por donde ese arroyo sale del lago hay una pequeña cabaña cuya principal finalidad es que quienes quieran bañarse en el lago puedan desvestirse en ella. El fondo del lago va tomando profundidad de modo tan suave que es posible avanzar bastante y disfrutar de las onduladas aguas sin perder pie. Esa parte es también muy apropiada para aprender a nadar porque no se pierde pie en ningún punto y se puede practicar sin mayor preocupación. Más adentro empieza la zona de quienes ya dominan por completo los brazos y los movimientos. Durante el verano Gustav iba casi cada dos días al lago, con Eustach o con otra persona, o a veces también con mi anfitrión, para nadar allí. Esa actividad, así como los otros movimientos

corporales y ejercicios fijados para él en la Casa de las Rosas, parecían gustarle mucho. Mi anfitrión daba gran importancia a los ejercicios corporales porque pensaba que eran indispensables para el desarrollo y para la salud. Encomiaba esos ejercicios en los griegos y los romanos, dos pueblos por los que él sentía la máxima veneración. Es evidente, solía decir, que, así como la enfermedad del cuerpo convierte al espíritu en algo distinto de lo que es cuando el cuerpo está sano, un cuerpo fuerte y muy desarrollado constituye la base de cuanto se considera recio y valiente. Entre los antiguos romanos hay que buscar una gran parte de sus éxitos históricos y de su temprana fortuna en el cuidado y desarrollo del cuerpo. Además, en efecto, esa fortuna duró sólo mientras duró aquella práctica razonable de los ejercicios corporales. En las escuelas modernas, añadió, se presta muy poca atención a esos ejercicios, que entre nosotros serían aún más necesarios porque el amontonamiento en salas asfixiantes y de aire enrarecido engendra muchos males que la vida al aire libre no conoce. Por eso las facultades de los escolares modernos tampoco se desarrollan como debieran y como son realmente, aunque en detrimento de su ser superior, en los niños que corren por campos y bosques. De ahí proviene una parte de la insipidez y desidia de nuestra época. Como ahora yo tenía mucho tiempo, iba asiduamente con Gustav al bosquecillo, y como tenía gran destreza en el arte de la natación, él veía en mí un modelo que imitar y aprendió los movimientos ágiles y constantes mucho mejor que los habría aprendido sin mí.

Gustav, de un modo general, iba sintiendo cada vez más afecto por mí. Contribuiría a ello en primer lugar, tal como ya pensara yo antes, la circunstancia de que no estuviera tan lejos de él por la edad. A ello podría sumarse el que yo, que en el fondo había sido educado en gran soledad y aislamiento, habría conservado un carácter infantil hasta una edad mucho más avanzada que otras personas de mis mismos años y finalmente podría influir también, en aquellos últimos tiempos, el hecho de que, al no trabajar, yo encontraba muchos más puntos en común con él que durante mis anteriores estancias en la Casa de las Rosas.

En el Asperhof, ahora escribía más cartas que otras veces. Leía obras literarias, examinaba cuanto me rodeaba, al pasear me adentraba con frecuencia en la comarca; pero esa manera de vivir me resultó pronto enojosa, y buscaba algo que me ocupase más en profundidad. Los poetas, mi más noble compañía, me movieron de nuevo a pintar. Preparé mis instrumentos de dibujo y mis utensilios de pintura y empecé de nuevo a ejercitarme en la pintura paisajística. Según mi estado de ánimo, pintaba, ora un trozo de cielo, ora una nube, ora un árbol o grupos de árboles, montañas lejanas, colinas plantadas de cereales y cosas semejantes. No prescindí, por otra parte, de las figuras humanas y esbozaba partes de ellas. Traté de reproducir sobre el lienzo el rostro de Simon, el jardinero, y el de su esposa. Ambos se complacieron mucho en aquello, y yo les entregué las pinturas para su salita de estar, después de haber encargado unos bonitos marcos y de haber hecho, mientras esperaba a que éstos llegaran, copias de las cabezas para mi carpeta. Pinté las manos o los bustos de distintas personas que se encontraban en la Casa de las Rosas o en la granja. No tuve el valor de pedir a mi anfitrión o a Eustach o a Gustav que me sirvieran de objeto de mis afanes artísticos, ya que los resultados eran aún demasiado insignificantes.

De entre todos, Gustav era quien más se interesaba por esas cosas. Del mismo modo que el año anterior había pintado muebles conmigo, ese año lo intentó también con los paisajes. Su tutor y su profesor de dibujo no pusieron ninguna objeción, porque para esa actividad sólo se empleaban horas libres, ya que sus ejercicios corporales no debían sufrir menoscabo alguno y, además, a través de ellos se afirmaba cada vez más el vínculo que nos unía a ambos, lo que mi anfitrión no parecía ver con malos ojos, puesto que al fin y al cabo el joven no tenía a nadie hacia quien canalizar el sentimiento de la amistad que tan a menudo suele surgir a su edad y que, suave e impulsivo, se dirige a un objeto. Cuando bajo su mano surgía en amables colores un árbol, una piedra, un monte, un riachuelo, sentía una alegría indecible. En el taller de Eustach había visto casi únicamente dibujos de edificios y de muebles, y Roland también había traído de sus viajes cosas similares. Lo que de paisajes contenía la colección de pinturas de su tutor, en la que él podía sin duda contemplar árboles verdes, nubes blancas, montañas azules, no lo había contemplado nunca desde la perspectiva de su proceso creativo, antes bien esas cosas estaban allí, como también estaban allí la casa, la colina de los cereales, el monte, el lejano campanario, y él no había pensado que sería capaz de reproducir tales objetos. Durante sus paseos hablaba de cómo se alzaba aquel árbol, cómo se redondeaba aquella lejana montaña, y me contaba que a menudo soñaba intensamente con la pintura.

Permitieron también al joven recorrer conmigo grandes distancias que nos alejaban mucho de la Casa de las Rosas. En esos casos organizaban sus trabajos de manera que, si habían de ser interrumpidos, no sufrieran gran menoscabo. A cambio de eso ganaba mucho en salud y fortaleza física. No era raro que nos ausentáramos varios días, y Gustav estaba siempre radiante cuando por la noche, después de una cena ligera en alguna fonda, íbamos a nuestra habitación, cuando él podía contemplar por una ventana un

paisaje desconocido, cuando colocaba sobre la mesa su morral y sus efectos de viaje y luego estiraba en la cama del albergue los fatigados miembros. Escalábamos altas montañas, caminábamos a lo largo de paredes rocosas, acompañábamos el curso de ruidosos riachuelos y surcábamos lagos. Se ponía fuerte, y eso se hacía evidente cuando volvíamos de una marcha por la montaña —porque casi siempre íbamos a la montaña—, cuando las mejillas habían cobrado un color tan oscuro que casi parecían negras, cuando los bucles sombreaban su oscura frente y los grandes ojos brillaban excitados en el rostro. No sé qué fuerza interior me atraía hacia aquel adolescente, que por su carácter no era, en fin de cuentas, sino un niño a quien yo tenía que enseñar las cosas más elementales de la práctica diaria, en especial todo lo relacionado con nuestras excursiones, y que interiormente no podía ofrecerme nada que me enriqueciera y elevara: debía de ser aquella imagen de la bondad y pureza perfectas, que cada día fui viendo, amando y venerando más en él.

Fui también algunas veces al Lautersee. El año anterior había empezado a medir la profundidad de ese lago en diferentes puntos para pintar un cuadro en el que los montes que circundaban el lago se prolongaran de modo visible por debajo de la superficie y sólo quedaran un poco velados por una tonalidad más profunda. Reapareció el atractivo que había tenido para mí aquella operación y continué las mediciones según un plan, con el fin de sondear cada vez con más precisión el fondo del lago y dar mayor autenticidad al cuadro. Gustav me acompañó varias veces y trabajaba con los hombres que yo había contratado para pilotar el barco, arrojar las sogas, instalar las poleas que iban soltando las sondas o para hacer otras cosas que resultaron necesarias.

Me alegraba sobre todo aprender a tratar cada vez mejor los matices del rostro humano, en especial —cosa que antes era tan dificultoso para mí— cuando, en las jóvenes, ese color vaporoso y ligero baña las bellas mejillas, que, suavemente torneadas, no presentan apenas cambios y son, sin embargo, tan diversas. Lo que más me agradaba era tratar de reproducir sobre el lienzo aquella gracia, entre pícara y candorosa, que ofrecían no pocas muchachas del campo o la montaña.

Una tarde en que refulgían los relámpagos casi por todo el horizonte y yo llegaba a la casa desde el jardín, encontré abierta la puerta que llevaba de la galería de mármol de ammonites a la amplia escalera de mármol y al salón de los mármoles. Un trabajador que estaba cerca me dijo que seguramente el amo había entrado por esa puerta y que estaría en la sala de piedra, a la que le gustaba ir cuando había tormentas en el cielo y que tal vez se había quedado abierta la puerta para que cuando llegara Gustav pudiera también subir hasta allí. Yo eché una ojeada a la galería de mármol, vi tras el umbral varios pares de pantuflas de fieltro y determiné subir también a la sala de piedra para reunirme con mi anfitrión. Me calcé un par de zapatillas apropiadas y recorrí la galería de mármol de ammonites. Llegué a la escalera de mármol y la subí despacio. Ese día no habían puesto sobre ella ninguna tira de paño, allí estaba, con aquel brillo suavísimo, y se iluminaba más aún cuando un relámpago atravesaba el cielo y su luz penetraba en el interior por la techumbre de cristal que había sobre la escalera. Así llegué hasta la mitad de la escalera, donde no lejos de la pared, en un ensanche que marcaba una interrupción y formaba una suerte de galería, estaba la estatua de mármol blanco. Había aún tanta luz que todos los objetos ofrecían a la vista líneas nítidas y sombras precisas. Miré la estatua y ese día me pareció muy distinta. Sobre el bajo pedestal, que más bien se asemejaba a un peldaño al que ella había subido para mirar en derredor, estaba ante mí aquella figura de muchacha joven, de formas tan bellas como puede concebirlas un artista, como puede idearlas la imaginación o vislumbrarlas un corazón muy profundo. Entonces no pude seguir mi camino y contemplé la figura con más detenimiento. Me pareció de factura pagana. La cabeza se erguía sobre la nuca como si fuera una flor abierta sobre ella. La nuca se inclinaba un poco, de modo apenas perceptible, hacia delante y presentaba esa luz especial que sólo tiene el mármol y que dejaba pasar el grueso cristal del techo de la escalera. La disposición del cabello, que caía sobre la nuca delicadamente ordenado, interrumpía ésta con una ligera sombra que prestaba aún mayor sutilidad a la luz. La frente era pura, y se comprende que una cosa así sólo pueda hacerse con el mármol. Yo no sabía que una frente humana podía ser tan bella. Me pareció estar llena de candor y ser sin embargo la sede de sublimes pensamientos. Bajo ese trono, las claras mejillas eran graves y serenas, venía luego la boca, dibujada con tanta finura que parecía poder decir palabras discretas o cantar bellas canciones y estar sin embargo llena de bondad. La barbilla, como un borde tranquilo, cerraba el conjunto. Que la figura no se moviera parecía deberse únicamente al cielo, que arriba, riguroso y cargado de presagios, con la lejana tormenta sobre el techo de cristal, invitaba a la meditación. Nobles sombras, como bellos matices, elevaban el dulce brillo del pecho, y luego los vestidos llegaban hasta los tobillos. Pensé en Nausícaa, cuando estaba ante la puerta de la sala dorada y dijo estas palabras a Ulises: «Extranjero, cuando llegues a tu tierra, acuérdate de mí». Uno de los brazos caía hacia abajo y sostenía entre los dedos una varita, el otro estaba tapado en parte por el ropaje que él levantaba un

poco. El vestido era más bien una envoltura de paños bellamente dispuestos y no una prenda confeccionada y de corte usual. Hablaba de la límpida figura que encerraba en él e imitaba la tela con tanta fidelidad que uno creía poder plegarla y meterla en un armario. La sencilla pared gris del mármol de ammonites hacía que la blanca figura resaltara con mayor nitidez y le daba más autonomía. Cuando se producía un relámpago, caía sobre ella una luz rosada, y luego retornaba el color anterior. A mí me pareció bien que no hubieran colocado esa figura en una habitación con ventanas por las que aparecen los objetos cotidianos y entran luces intranquilas, sino que la hubieran puesto en un espacio que sólo le pertenecía a ella, que recibía la luz por arriba y que la envolvía, a manera de santuario, en una luz crepuscular. Ese espacio tampoco debía ser de uso diario, y era muy adecuado que las paredes a su alrededor estuvieran revestidas de una piedra de gran valor. Yo tenía la sensación de estar junto a un ser vivo y silencioso, y casi me estremecía pensando que la joven podría moverse en cualquier momento. Contemplé la figura y vi varias veces alternar sobre ella los relámpagos rojizos y el color blanco grisáceo. Después de mirar largo tiempo, continué mi camino. Si fuese posible pisar con pantuflas de fieltro aún con más levedad de lo que de todos modos hay que pisar, lo habría hecho. Subí despacio, con pasos silenciosos, los brillantes escalones de mármol y llegué al salón de piedra. Su puerta estaba entreabierta. Entré.

Mi anfitrión se hallaba en efecto allí. Con zapatos ligeros de suelas aún más blandas que el fieltro iba y venía por las pulimentadas losas.

Cuando me vio llegar se acercó y se detuvo ante mí.

—He visto abierta la puerta de la galería de mármol —dije—, me han dicho que usted podía estar aquí arriba y he subido, para verle.

—Ha hecho usted bien —replicó.

—¿Por qué no me ha dicho usted —continué— que la estatua que está en la escalera de mármol es tan hermosa?

—¿Quién se lo ha dicho ahora? —preguntó.

—Lo he visto yo mismo —respondí.

—Así lo sabrá usted ahora de un modo mucho más cierto y estará más firmemente persuadido —replicó — que si alguien le hubiera hecho alguna aseveración al respecto.

—Estoy convencido, en efecto, de que la estatua es bellísima —respondí corrigiéndome.

—Comparto con usted el convencimiento de que la obra es de gran relevancia —dijo.

—¿Y por qué no ha hablado usted conmigo nunca de ella? —pregunté.

—Porque pensaba que al cabo de cierto tiempo usted mismo la contemplaría y percibiría su belleza — respondió.

—Si me lo hubiera dicho antes, habría sabido eso antes —repliqué.

—Decir a alguien que algo es bello —explicó— no significa siempre poner a alguien en posesión de la belleza. En muchos casos es posible que sólo lo crea. Pero sin duda alguna, de esa manera la posesión de lo bello queda muy disminuida para quien de todos modos hubiera llegado a ella por su propio impulso. En su caso, yo contaba con ello, por eso he estado esperándole con mucho gusto.

—Pero ¿qué habrá pensado usted de mí todo este tiempo en que he visto la estatua y no he dicho una palabra sobre ella? —pregunté.

—He pensado que usted es sincero —dijo— y le he profesado mayor consideración que a quienes hablan de esa obra sin convencimiento o a quienes la alaban porque se enteran de que otros la alaban.

—¿Y de dónde ha sacado usted esa maravillosa estatua? —pregunté.

—Procede de la antigua Grecia —respondió—, y su historia es singular. Estuvo muchos años en un cobertizo, en Italia, cerca de Cumas. Su parte inferior estaba tapada con maderas, porque el lugar donde se encontraba, techado sólo en parte, solía emplearse para juegos de pelota y muchas veces las pelotas venían a meterse en el cobertizo. Por eso, del pecho para abajo la habían protegido con una especie de tejadillo, por el que las pelotas rodaban tranquilamente hacia abajo, y por encima la figura aparecía como un busto. En aquel cobertizo, adosadas en parte a la construcción de madera, en parte a los trozos de mampostería de que estaba hecho, había además otras figuras, un pequeño Hércules, varias cabezas y un toro antiguo de unos tres pies de altura; pues aquel sitio se usaba también para bailar y en las partes que no tenían pared estaba circunscrito por plantas trepadoras y por vides, en otras quedaba libre y, por encima de mirtos, laureles y encinas, se divisaban los montes azules y el cielo sereno de aquel país. La habitación estaba techada sólo en parte, sobre todo donde se hallaban las estatuas. Éstas tenían tejadillos sobre ellas como esas graciosas tablillas que llevan las muchachas italianas sobre la cabeza. El resto tenía como techado la bóveda celeste. A mí me llevó una circunstancia favorable a Cumas y a ese lugar del juego de pelota, donde en aquel momento se divertía la gente joven. Al caer la tarde, cuando ya se habían marchado a casa,

inspeccioné la obra de mampostería, que pertenecía a restos de edificios artísticos antiguos, y las figuras, que eran todas de yeso, como tantas copias que en Italia reproducen insignes obras artísticas de la Antigüedad. Yo conocía sobre todo muy bien al Hércules, aunque el tamaño de aquella copia era mucho más reducido. El busto de la joven (pues por un busto tomaba yo a la figura) me resultaba desconocido; pero me gustaba mucho. Como comenté la deliciosa situación de aquel sitio, la dueña, una auténtica sibila de la antigua Roma, dijo que aquello sería pronto mucho más agradable. Su hijo, que se dedicaba al comercio y había reunido dinero, transformaría el lugar en un salón con columnas, se pondrían mesas, y llegaría gente elegante de fuera para solazarse allí. Las figuras, añadió, habría que quitarlas, porque eran desiguales y presentaban además una mezcla de seres humanos y de animales; su hijo ya había mandado hacer figuras de yeso, todas del mismo tamaño. Me llevó hasta la joven y me mostró por una ranura de las tablas que era una figura de cuerpo entero y que por tanto descollaba entre las otras. Por eso, en el borde superior de las vigas que rodeaban la figura, habían puesto un pedestal de madera pintada, del que salía la parte superior del cuerpo como un busto. De esa manera la cosa había quedado armonizada con lo demás. Pregunté cuándo llegaría su hijo y cuándo empezarían con las obras. Una vez que me lo hubo dicho, me marché. En los días en que me había indicado la anciana que empezarían las obras me fui de nuevo a aquel sitio. Encontré al hijo de la viuda (pues era viuda), y las obras ya habían comenzado. Los sugestivos trozos de mampostería antigua estaban parcialmente desmontados, y sus materiales, apilados para ser utilizados en la nueva construcción. Habían arrancado las plantas trepadoras y las vides, eliminado los arbustos que había delante del lugar, y allanaban aquel sitio para plantar césped. En el lado sur ya se construían los basamentos sobre los que estarían las columnas de ladrillo. La figura de la joven, que habían liberado de las vigas que la envolvían, yacía en una cabaña que contenía sobre todo herramientas para la construcción. Junto a ella yacían el Hércules, el toro y las cabezas, que, como vi entonces, representaban a romanos de la Antigüedad. Me gustó entonces también muchísimo el resto de la figura de la joven, que yo no había visto antes y que no había sufrido daños de importancia, y la adquirí porque aquellas cosas estaban en el cobertizo para su venta. Pero el vendedor dijo que no vendía por piezas la colección, y tuve que comprar también el toro, el Hércules y las cabezas. El precio de compra no fue bajo, porque el vendedor conocía muy bien la belleza de la figura y la hizo valer; pero lo acepté. Mandé construir cajones para transportar las cosas. Vendí en Italia por poco dinero el toro, el Hércules y las cabezas, la figura de la joven la envié, bien embalada, para que el yeso no sufriera daños, al lugar donde yo residía en aquel entonces; no le puedo decir ahora cómo se llamaba, era un pueblecito de montaña. Ya entonces me llamó la atención que el transporte de la figura había sido muy caro y que se quejaban de su peso; pero yo lo tomé por artimañas italianas con el fin de sacarme, extranjero como era, más dinero. Sin embargo, cuando hube regresado a Alemania y cuando un día la figura de yeso, para cuyo embalaje y transporte yo había buscado empresas que conocía bien, llegó al Asperhof, yo mismo comprobé el peso descomunal de la carga. Como el enrejado de listones en el que se encontraba la figura no podía ser tan pesado, Eustach, que ya estaba por entonces en el Asperhof, y yo pensamos que la figura quizá se había mojado y había sufrido daños con la humedad. Mandamos transportar la estatua a la cabaña de madera que yo había mandado construir ante la entrada del jardín, en parte para colocarla allí, en parte para limpiarle las numerosas manchas que había cogido en su antiguo emplazamiento. Cuando quedó liberada de las maderas y de todas las otras envolturas vimos que nuestro temor no se confirmaba. La estatua estaba tan seca como puede estarlo el yeso. Poco a poco pusimos en marcha los dispositivos con los que pudimos colocar la figura sobre una plataforma giratoria cercana a la pared acristalada de la cabaña para contemplarla con comodidad y poder limpiarla. Cuando estuvo colocada sobre la plataforma y nosotros nos aseguramos de que se hallaba bien asentada, pasamos a examinarla. Eustach estaba maravillado de su belleza y me llamó la atención sobre muchos detalles que me habían pasado inadvertidos en aquel lugar de Cumas donde se bailaba y jugaba a la pelota y después en la barraca de las obras. Sin duda, la figura gozaba ahora de una situación mucho más ventajosa, puesto que la luz caía sobre ella a través de la límpida pared de cristal y realzaba las ondulaciones y protuberancias de la figura. Como estábamos ya convencidos de que había llegado a la casa una obra insigne, decidimos empezar enseguida con su limpieza. Nos propusimos emplear sólo el agua y el pincel allí donde la suciedad sólo era superficial y poco consistente y cedía ante el agua pura y el pincel. Una ligera mano de pintura y un suave alisamiento darían el último toque. Contra la suciedad más profunda se decidió el uso del cuchillo y la lima; pero había que observar la máxima prudencia y era preferible dejar una pequeña impureza antes que transformar de modo visible el material. Eustach hizo unos intentos en presencia mía y yo aprobé su manera de proceder. Enseguida se puso manos a la obra y el trabajo continuó algún tiempo. Un día vino Eustach a verme y dijo que tenía que llamarme la atención sobre una circunstancia singular. En la clavícula había tocado con el cuchillo un material que no tenía el sonido sordo del yeso sino que el cuchillo resbalaba

sobre él y dejaba oír un barrunto de sonido. Si la cosa no fuese tan improbable, él diría que ese material era mármol. Bajé con él a la cabaña de madera. Me enseñó el sitio. Era un lugar en el que la figura, cuando la colocaban en posición horizontal, entraba en contacto con el suelo y que por esa circunstancia y en parte por los transportes a los que pudo haber estado sometida acusaba más desgaste que en otros puntos. Dejé que el cuchillo resbalara por esa parte, probé su resonancia y también tuve la sensación de que era mármol el material que estaba trabajando. Como la parte en que se hacían las pruebas era demasiado perceptible para poder seguir y así tal vez desfigurarla, decidimos hacer un nuevo intento en otro lugar no visible. En el talón del pie izquierdo faltaba un pequeño fragmento, allí había que aplicar yeso de todos modos, allí decidimos hacer una exploración. Girando la plataforma colocamos la figura en una posición en la que la luz del día daba sobre el hueco del talón. Se vio que en la pequeña cavidad aún había suelto un trocito de yeso que saldría al menor movimiento. Aplicamos el cuchillo, el fragmento saltó, y en el fondo que quedó al descubierto apareció un material que no era yeso. Los ojos decían que era mármol. Busqué un cristal de aumento, mediante espejos dirigimos una luz brillante sobre esa zona, miré en ella a través del cristal y ante mis ojos brillaron los finos cristales del mármol blanco. Eustach miró también por la lente, hicimos pruebas en el mismo lugar con otros medios, y quedó comprobado que la superficie examinada era mármol. Entonces, para probar definitivamente lo increíble o para refutar nuestra opinión, empezamos a examinar otras partes. Comenzamos en sitios que de todos modos estaban ya algo deteriorados y poco a poco pasamos a otros. Al final ya no observamos con tanto cuidado las precauciones que nos habíamos impuesto al principio, y llegamos a la conclusión de que en muchos puntos había mármol bajo el yeso de la figura. La conclusión era entonces lógica: en todos los puntos, incluidos los no examinados, el yeso envolvía el mármol. El gran peso de la figura no era el menor de los motivos de nuestra conjetura. Lo inexplicable para nosotros era qué azar o qué extraña iniciativa había llevado a recubrir de yeso la figura de mármol. Nos parecía lo más probable que lo hubiera hecho un día alguno de sus dueños para que un enemigo de fuera, que tal vez amenazaba su ciudad y sus obras de arte, no se llevara la figura por ser de un material sin valor. Como pese a ello el enemigo había cogido la figura o había surgido cualquier otro impedimento, no fue posible retirar la capa que la recubría, y el precioso núcleo quedó metido un número inconcebible de años en la mísera envoltura. Entonces, sobre el vértice de la cabeza, empezamos a retirar poco a poco el yeso. Se llevó a cabo, en parte (en lo más duro) con el cuchillo, en parte (eso fue hacia el final) se empleó el pincel y la virtud disolvente del agua. Así bajamos desde la cabeza por toda la figura, y todas y cada una de las partes eran de mármol. Con el yeso, el mármol había quedado protegido de la incuria de los tiempos posteriores, de manera que no hubo de absorber el agua turbia de la tierra ni otras impurezas, y era más puro que todos los mármoles antiguos que yo había visto, sí, era tan blanco que la figura parecía haber sido hecha no mucho tiempo atrás. Cuando se eliminó todo el yeso, la superficie, que estaba rugosa por las finísimas partículas que aún quedaban de la envoltura, fue alisada con suaves paños de lana hasta que apareció el mármol con todo su brillo y se hizo visible, mediante luces y sombras, la ondulación más fina y delicada. La figura era ahora mucho más bella que como se presentaba bajo la escayola, y Eustach y yo estábamos sobrecogidos de admiración. Pronto nos dimos cuenta de que no provenía de la época moderna, sino que pertenecía al antiguo pueblo de los griegos. Yo había visto muchas estatuas de los antiguos tiempos paganos y, entre ellas, las más ponderadas por su belleza, y por eso sabía diferenciar entre las obras de entonces y las de la Edad Media o Moderna. Había traído al Asperhof todas las reproducciones de la Edad Antigua que se podían adquirir, de manera que en los últimos tiempos podía hacer comparaciones, y Eustach, que no había visto tanto en la realidad, también podía formarse un juicio al respecto. Fue después de exámenes muy largos y muy detallados cuando adquirimos por fin la plena certidumbre de que la estatua procedía de la antigua Grecia. En esos exámenes, que incluso nos hicieron emprender viajes con el fin de garantizar sus resultados, logramos conocer tan bien las características de las esculturas antiguas y modernas que llegamos a la convicción de que sabíamos distinguir, ya a primera vista, las mejores obras de ambas épocas. Sin duda, es más difícil determinar la época de las obras de baja calidad. Lo curioso es que no hayan llegado hasta nosotros cosas desprovistas por completo de valor. O bien no las hubo, o bien unos tiempos de entusiasmo artístico las eliminó enseguida. En la época de nuestras investigaciones, aprendimos mucho sobre arte antiguo. Pero no pudimos averiguar de quién ni de qué periodo era nuestra estatua. Era seguro, sin embargo, que no pertenecía a la época más severa y que procedía de la otra más suave y tardía. Pero antes de sacar la estatua de la cabaña en la que estaba, antes incluso de que yo pensara en el lugar en que la instalaría, había de ocurrir otra cosa. Viajé a Italia y busqué al vendedor de mi escultura. Casi había terminado con las obras de reforma de su local. Éste era ahora una sala moderna en la que algunas personas tomaban vino tinto dulce, en la que había estatuas de yeso de nueva confección, alrededor de la cual crecía el césped y desde la que se tenía una hermosa vista. Le hablé del descubrimiento que había hecho y dije

que, basándose en él, me fijara el precio de la estatua. Añadí que, a ese fin, podía ir a verlo a Alemania o hacer que alguien lo viera. Él estimó innecesarias ambas propuestas y pidió enseguida una suma considerable que podía representar el valor de esta clase de objetos, cuyos precios cambian mucho según las épocas. Yo estaba ya entonces en posesión de la gran fortuna que había recibido por herencia y me mostré dispuesto a desembolsar la suma, pero quise obtener informaciones más precisas sobre la procedencia de la estatua y asegurarme del derecho que, dado el cambio de circunstancias, sobre la estatua tenía mi predecesor. Con mis indagaciones sólo conseguí averiguar que desde hacía muchas generaciones la estatua era propiedad de la familia de la que yo la había recibido, que en un tiempo hubo allí un edificio antiguo en ruinas, que había sido derribado poco a poco, que con agua de estanques, con basamentos de columnas y con otras cosas de piedra caliza se había obtenido cal viva y con lo que quedaba del edificio y con la cal habían construido casas en aquella zona. Entre los escombros había varias estatuas y las vendieron. Para la doncella blanca con la vara en la mano construyeron una envoltura de madera, que ocasionó un pleito sobre quién la pagaba, y el escrito que condenaba a pagar al abuelo del vendedor actual me fue mostrado en la oficina pública para que yo lo examinara y sacara copia legalizada. Después de haber hecho ante notario el contrato de compraventa de la escultura de mármol y haberme provisto de una copia del mismo, aboné la suma estipulada y regresé a casa. Allí se deliberó adonde iría la estatua, que ahora me pertenecía por derecho. No fue difícil encontrar el emplazamiento. Yo ya había construido en la escalera de mármol un descansillo, con el fin de que interrumpiera la escalinata y le prestara más elegancia y por otra parte sirviera para que un día hubiera en él una estatua que fuera su mayor ornato. Después de tomar medidas y convencernos de que la figura no era demasiado grande para ese sitio, se construyó el pequeño pedestal sobre el que está ahora, se montó un dispositivo para trasladarla a ese lugar y allí la trasladamos. A partir de entonces, estábamos a menudo delante de la estatua y la contemplábamos. El efecto, en lugar de disminuir, era cada vez mayor y más persistente, y entre todas las obras de arte que poseo, ésa es mi preferida. El gran valor de los monumentos artísticos del antiguo y sereno mundo griego (no sólo de los monumentos de las artes plásticas que han llegado a nosotros, sino de las obras literarias) consiste en que colman el espíritu con su sencillez y pureza y, en el correr de los años de la existencia humana, no lo abandonan sino que lo amplían más aún con calma y grandeza y, con discreción y equilibrio, lo llevan a sentir más admiración. En cambio, en la Edad Moderna hay a menudo un nervioso esfuerzo por surtir efecto, esfuerzo que no cautiva el espíritu sino que lo repele por falta de autenticidad. Llegaron muchos hombres para contemplar la estatua, muchas personas que conocían y amaban el arte antiguo, y el éxito fue casi siempre el mismo: una gravedad que provenía de la admiración y el respeto. Con todo ello, Eustach y yo progresamos mucho en las cosas del arte antiguo, y ambos hemos llegado al conocimiento del arte medieval a partir del antiguo. Cuando después de contemplar la inimitable pureza, limpidez, diversidad y perfección de las figuraciones antiguas, pasamos a las del medioevo, en las que hay muchos y grandes errores en estos aspectos, vimos en ellas un universo interior, un espíritu falto de afectación, pleno de fe y de intimidad, que con sus balbuceos puede emocionarnos como aquel otro nos eleva con su consumada expresión. Hoy seguimos sin poder afirmar nada preciso sobre los orígenes de nuestra estatua, tampoco sobre si llegó a Roma con otras de las muchas estatuas que había en la Hélade o si fue confeccionada bajo dominio romano por un griego; tampoco sabemos cómo llegó a ser propiedad de un romano, en aquella época romana en la que el arte griego se expandió por Italia sin ser comprendido lo suficiente, y cómo pasó a manos de una estirpe lejana y del todo distinta.

Guardó silencio tras esas palabras, y yo le miré. Mientras hablaba, habíamos paseado por el salón. Comprendí por qué iba a aquella sala cuando había tormentas al atardecer. A través de las claras ventanas entraba todo el cielo del sur, y también se veían partes del cielo oriental y occidental. Al borde del horizonte puede verse toda la cadena de nuestros Alpes. Cuando sobreviene una tormenta en ese espacio —y esas borrascas, ya formen paredes de fondo o se eleven como montañas, son de una extraordinaria belleza cuando se posan sobre lejanas cadenas montañosas o avanzan por la cresta de las mismas—, él puede contemplar cómo se despliega ante su vista en toda su amplitud. La gravedad de las paredes de mármol se une a la gravedad de las paredes de nubes, y la circunstancia de que no haya muebles en la sala aumenta más aún la soledad y la majestuosidad. Y cuando empieza a insinuarse el crepúsculo vespertino, la superficie del mármol presenta el reflejo de los relámpagos, y mientras íbamos y veníamos, el mármol, frío y puro, estaba algunas veces como en un baño de brasas, y sólo las puertas de madera aparecían oscuras en medio del fuego o mostraban su opaca estructura.

Pregunté a mi anfitrión si poseía desde hacía mucho tiempo la estatua de mármol.

—El número de años no es muy grande —respondió—, pero no puedo indicárselo con exactitud porque no lo he retenido en la memoria. Buscaré en mis libros y mañana le diré cuánto tiempo lleva la estatua en

mi casa.

—Usted permitirá —dije— que yo vea con frecuencia la figura, para que penetre en mí más y más y comprenda cada vez con mayor claridad por qué es tan hermosa y cuáles son los rasgos característicos que causan en nosotros tal efecto.

—Puede usted verla todas las veces que quiera —respondió—, le doy gustoso la llave de la puerta de la galería de mármol o también puede bajar por la escalera de mármol, desde el pasillo de las habitaciones de invitados; sólo ha de preocuparse de tener siempre pantuflas de fieltro listas para calzárselas. Ahora estoy contento de haber mandado hacer el pasillo de mármol y la escalera tal como se hicieron. En aquel entonces yo siempre pensaba que pondría en la escalera una estatua de mármol blanco, que ése sería el mejor sitio para que la luz le cayera desde arriba, y que las paredes que la circundaran así como el suelo deberían tener un color delicado y más oscuro. El blanco puro (a la suave luz crepuscular de la escalera aparece en casi toda su pureza) destaca, muy claramente, sobre el color más subido que la rodea. En cuanto a esas características por las que usted quiere comprender su belleza, no encontrará ninguna. Ésa es la esencia de las mejores obras del arte antiguo, y creo que es la esencia del arte supremo, que no se encuentran partes específicas o designios específicos de los que pueda decirse, eso es lo más bello, sino que es bello el conjunto; uno querría decir, refiriéndose a todo el conjunto, eso es lo más bello; las partes son, pura y simplemente, naturales. En ello reside también el gran poder que tales obras de arte ejercen sobre el espíritu formado en la armonía, un poder cuyo efecto sobre la persona no disminuye cuando ésta envejece, sino que aumenta, y por eso es tan fácil que perciba tales obras de arte no sólo quien tiene educación artística sino quien es del todo profano en la materia, con tal de que su espíritu esté abierto a tal estímulo. Recuerdo un ejemplo muy curioso que ilustra esta afirmación mía. Estaba una vez en una sala de estatuas antiguas, en la que había un efebo, de mármol blanco, recostado en su asiento y dormido. Llegaron a la sala unos campesinos cuya vestimenta hacía suponer que vivían en alguna recóndita comarca del país. Vestían largos blusones y sus zapatos de hebilla llevaban el polvo de una marcha a pie terminada tal vez aquella misma mañana. Cuando llegaron a las proximidades del efebo, se acercaron a él sigilosamente, de puntillas. Raras veces habrá recibido un maestro un homenaje tan hondo e inmediato. Pero quien está adscrito a una sola dirección y sólo sabe captar y disfrutar la belleza que hay en ella o quien ya se ha habituado a la atracción específica que ejercen las obras modernas, ése tiene mucha dificultad para comprender tales obras de la Antigüedad, que suelen parecerle hueras y aburridas. Usted, en realidad, se hallaba en esa situación. Aunque no estaba adscrito al arte moderno, que sólo ofrece determinados aspectos, cuando usted reproducía ciertos objetos, en especial los de sus estudios científicos, ha estado vinculado a una sola corriente durante demasiado tiempo y de modo demasiado exclusivo para que sus ojos no se hayan habituado a ella, para que su espíritu no se haya sentido inclinado a ella y no se haya resistido a acoger con el mismo amor una cosa que pertenecía a otra corriente, o mejor dicho, que no pertenecía a ninguna o pertenecía a todas. Yo nunca he puesto en duda que llegaría a esa universalidad, porque hay en usted hermosas facultades que aún no se han desviado por caminos equivocados y que aspiran a la consumación; pero no pensé que eso sucedería tan pronto, ya que se aplicaba con demasiado ímpetu a ese afán (muy loable en su estadio) por lo particular. Yo pensaba que algún sentimiento humano, grande y universal, que se apoderase de usted, lo conduciría a la situación en que ahora le veo.

Durante un tiempo bastante largo no pude responder a estas últimas palabras de mi anfitrión. Paseamos en silencio por la sala, y la quietud era aún mayor porque nuestros pies, calzados con blandas suelas, no hacían el menor ruido sobre el brillante pavimento. Los relámpagos cruzaban a veces la superficie bruñida como un espejo que teníamos debajo y alrededor de nosotros, el retumbar del trueno penetraba por las abiertas ventanas, y las nubes, al avanzar por la inmensidad del espacio que dominaban las ventanas de la sala, formaban cadenas montañosas o campos de ruinas o paisajes aéreos.

Al cabo, dije que recordaba en ese momento un frecuente comentario de mi padre: que en las obras de arte, si eran bellas, debía haber quietud en movimiento.

—Es una expresión habitual en el arte —replicó mi anfitrión—, pero también sería cierto sin ella. Por movimiento suele entenderse la movilidad. Las artes plásticas, de las que hablamos aquí, no pueden en modo alguno representar el movimiento. El arte, como en general representa seres vivientes, hombres, animales, plantas (e incluso el paisaje, con sus nubes en movimiento y con su ornamento vegetal, es para el artista, pese a la inmovilidad de las montañas, algo que respira, pues de lo contrario se vuelve rígido), ha de representar esos objetos de manera que a quien los contempla le parezca que van a moverse dentro de un instante. Quiero poner otra vez un ejemplo extraído de la Antigüedad. Todos los materiales con que se visten los hombres adoptan diferentes formas según el tipo de movimientos a que suelen entregarse los diferentes individuos. Un amigo mío reconoció una vez a un antiguo actor, excelente y muy conocido, en

una ocasión en la que sólo pudo ver un trozo de la levita del actor. Pues bien, si la configuración de los paños, que suele manifestarse en pliegues, imita la realidad, no los arreglos arbitrarios que se hacen en los maniquíes conforme a los cánones estéticos tradicionales, en esas configuraciones imitadas hay ante todo algo específico y propio que presta sensibilidad al objeto, y luego esa configuración no expresa sólo el estado en el que ella se encuentra en ese momento, sino que remite también al que hubo inmediatamente antes, cuyas formaciones aún se mantienen de modo muy leve, y al mismo tiempo permite adivinar el estado inmediatamente posterior, al que tienden esas formaciones. Eso es lo que, en los ropajes, de manera admirable para los ojos que los contemplan, da esa idea de movimiento y, por consiguiente, de algo vivo. Eso es lo que los antiguos, que tanto gustaban de trabajar en conformidad con la naturaleza, trataban en las vestiduras de modo tan magistral que, como solía decirse, no sólo representaban lo que había, sino lo que había habido antes y lo que habría después. Por eso, en los ropajes, no sólo configuran las partes principales sino también las diversas subdivisiones, y además con tal delicadeza y precisión que se llega a olvidar el material de la obra y se ve sólo el del ropaje, y uno creería que puede arrugarlo y hacerlo una pelota con la mano. Frente a esa conformación, muchos modernos disponen unos pliegues llamados nobles, los reproducen en bronce o mármol, evitan con prudente moderación detalles demasiado precisos para que no haya agitación, y el resultado es que se ven sin duda grandes masas de paños, pero en el pliegue predomina el material de la obra, no el del ropaje; que se ve el pliegue de mármol, de bronce; que el ánimo se enfría y que uno cree que el hombre que está así vestido no puede andar porque se lo impide el pliegue de bronce. Lo que ocurre con el ropaje, también ocurre con el cuerpo, que es el ropaje del alma, y sólo el alma puede ser el objeto que represente el artista mediante la imagen y la alegoría del cuerpo. En esto también se dejaron guiar los antiguos por la naturaleza, y cuando cometían pecados que la mirada analítica del naturalista, en rigor, debería criticar, no cometían ninguna falta que la mirada del arte, menos vinculada a la materia, se viera forzada a condenar. Pero la vibración de las superficies de los miembros presenta, en sus divisiones y subdivisiones, una tan perfecta ejecución que se hacen visibles los estados actuales e inmediatamente anteriores y posteriores, que los miembros, como dije antes respecto a los ropajes, dan una impresión de movimiento y de vida. Al igual que hacen con los ropajes, algunos modernos dan más amplitud a las partes del cuerpo, le dan un trazado más general, menos detallado, para que no parezcan crispados, y entonces los músculos suelen asemejarse a cuerpos de vidrio, lisos, quebradizos, rígidos, y la figura no puede moverse. Lo dicho da tal vez una idea de lo que se entiende por movimiento en el arte. Lo que se entiende por reposo podría consistir en primer lugar en que, bien pensado, todo objeto que representan las artes plásticas está siempre en reposo. El rodar del coche, el galopar del caballo, la caída de la cascada, el correr de la nube, incluso el zigzag del relámpago son, en la reproducción, algo rígido e inmóvil, y el artista sólo puede representar el movimiento, con los medios que he apuntado antes, como movilidad, como ilusión óptica, con lo cual eleva su objeto más allá de los límites de lo inmediatamente representado y le confiere una importancia mucho mayor. Pero el movimiento representado no debe ser demasiado violento, si no, esos medios no sirven, el artista fracasa y resulta ridículo. Por ejemplo, si hay caballos que se precipitan desde una roca en el vacío, no hay que pintarlos cayendo por el aire: en cualquier caso, eso sería un dibujo que satisface el intelecto más que un cuadro que cautiva todas las facultades estéticas. Por eso, la cascada, que renueva sin cesar sus configuraciones, puede ser representada con mucho menos riesgo que un líquido que sale de un recipiente, pues la imaginación se tortura con la idea de que el recipiente puede vaciarse. El buitre que reposa con sus alas en las alturas del éter es sublime en el cuadro, el que, justo ante nuestros ojos, se precipita sobre su presa puede resultar irritante. La niebla que está levantándose pegada a las montañas es agradable, el humo que sube de un cañón que ha soltado una descarga nos molesta por su perpetua permanencia. Es comprensible que no se puedan fijar con precisión los límites de lo que se puede representar en movimiento, y que los grandes ingenios puedan avanzar en este terreno más que los poco dotados. Así, he visto muchísimas veces pinturas de coches en movimiento. Los caballos, a juzgar por la posición de las patas, suelen estar en pleno galope, mientras que los radios de las ruedas del coche están, de manera clara y evidente, inmóviles y en perfecto reposo. El gran artista nos representará la niebla de los radios en su veloz giro y añadirá y combinará otras cosas para que veamos de verdad cómo avanza el coche. Aparte del concepto aquí expuesto de reposo material, con mucha más frecuencia puede entenderse por reposo el reposo estético, del que una obra de arte, ya sea imagen, literatura o música, nunca puede prescindir sin dejar de ser una obra de arte. Ese reposo es la completa armonía de todas las partes con vistas a un todo, una armonía nacida de esa serenidad que nunca debe faltar en el supremo entusiasmo estético, de ese estar por encima de la obra de arte y contemplarla para su ordenamiento, por muy violentos que sean los sentimientos o los hechos que en ella acaecen; esa armonía crea una semejanza entre la creación artística del hombre y la creación divina y nos permite ver esa medida

y ese orden que tanto nos fascinan. El movimiento estimula, el reposo da plenitud, y así surge en el alma esa conclusión que llamamos belleza. No cabe duda de que otros pueden dar a estas palabras un sentido diferente, que puede ser bueno o mejor que el mío: con estas expresiones generales suele ocurrir que cada cual pone en ellas su propia interpretación. Lo mejor es que la fuerza creadora, por regla general, no actúe conforme a esas prescripciones establecidas sino que llegue a su meta porque ella es la fuerza, y que llegue con tanta más seguridad cuanto más esté en consonancia con la naturaleza, su vía específica. Para la comprensión del arte, para quienes contemplan sus obras y hablan sobre ellas, las interpretaciones de las mismas, ese revestir la esencia con palabras, es una cosa muy útil, pero no hay que convertir las palabras en el asunto principal ni hay que aferrarse a un sentido que se les atribuya, de tal manera que se condene cuanto no esté acorde con ese sentido. Si así fuera, habría que condenar sobre todo al artista único y supremo, a Dios, que ha creado un sinnúmero de formas y cuyas obras vituperan, realmente, gentes de espíritu inferior que piensan que ellas lo habrían hecho mejor.

Mientras decía él estas palabras, Gustav entró en la sala. El crepúsculo estaba ya muy avanzado, pero seguía sin llover.

—Éste se encuentra en el estadio en el que usted se encontraba antes —dijo mi anfitrión señalando a Gustav, que se acercaba a él.

—¿A qué te refieres, padre? —preguntó el joven.

—Hablábamos de arte —respondió mi anfitrión— y yo afirmo que tú aún no estás en situación de poder percibir y apreciar las obras de arte como nuestro invitado.

—Bueno, eso lo afirmo yo mismo —dijo Gustav—, por eso también es un poco mi preceptor, y si, en cuanto a entender de arte, él trata de acercarse a ti, a Eustach, y a mi madre, yo, por mi parte, trataré de acercarme a él.

—Eso está bien —dijo mi anfitrión—, aunque no es exactamente eso de lo que hablábamos, pero no viene al caso y tampoco es nada esencial.

Con esas palabras, como si quisiera salir al paso de más preguntas se acercó a una ventana y nosotros con él.

Contemplamos un rato el espectáculo que, ante nosotros y sobre los campos cada vez más oscuros, se volvía cada vez más grandioso y después, cuando el anochecer casi se convertía en noche y había llegado la hora de la cena, bajamos al comedor por la escalera de mármol.

La tormenta estalló por la noche, llenó una parte de la misma con truenos y una parte sólo con lluvia y luego cedió el paso a una bellísima y radiante mañana.

Lo primero que hice ese día fue ir a donde la estatua de mármol. La víspera, cuando bajábamos por la escalera, ya no pude verla bien, sólo ligeramente iluminada por un relámpago. La oscuridad era ya muy grande en la escalera. Ahora, en la tranquila y diáfana claridad diurna que enviaba a la escalera el tejado de cristal, aparecía con su sencillez y falta de adornos. Nunca habría creído que la estatua fuera tan grande. Me situé frente a ella y la contemplé largo tiempo. Tenía razón mi anfitrión, yo no podía descubrir una belleza especial y propia —lo que llamamos belleza en el sentido moderno—, e incluso recordé en la escalera que había oído decir, acerca de un libro o de un espectáculo teatral o incluso de un cuadro, que estaba lleno de bellezas, y, frente a aquella estatua, percibí cuán injusta era una afirmación de ese género, o, si estaba justificada, cuán pobre era una obra que sólo tenía bellezas, aunque estuviera llena de ellas, sin ser, ella de por sí, una belleza; porque una gran obra, eso lo comprendía ahora, no tiene bellezas, tanto menos cuanto más homogénea y única es. También pensé —era en efecto una experiencia sobre la que nunca había reflexionado— que cuando se dice que este hombre, esta mujer, tiene una bella voz, unos ojos bellos, una boca hermosa, se está diciendo que lo demás no es tan bello; pues, de lo contrario, no se insistiría en los detalles. Lo que vale para una persona viviente, pensé, no vale para una obra de arte en la que todas las partes han de ser hermosas, de forma que ninguna de ellas llame la atención, de lo contrario no es una obra de arte pura y, en el sentido más estricto de la palabra, tampoco es una obra de arte. A pesar de que yo no podía descubrir bellezas particulares en la estatua, o, mejor, debido precisamente a ello, me causó otra vez —de eso tenía clara conciencia en ese momento— una impresión extraordinaria. Pero esa impresión no era como la que me producen a menudo las cosas bellas, incluidas las obras literarias, sino que era, si puedo usar esa expresión, más general, más misteriosa, más indescifrable, el efecto era más profundo y poderoso; pero su causa estaba situada en lejanías superiores, y comprendí qué cosa sublime es la belleza, cuánto más difícil es de captar y de representar que los objetos particulares que alegran a los hombres; comprendí que la belleza está en los grandes ingenios y que de ellos pasa a los otros hombres para crear y producir cosas grandes. Sentí que en esos días había habido en mí un gran progreso.

Durante los días siguientes hablé también con Eustach sobre la estatua. Le complació mucho que yo

hubiera percibido hasta ese punto su belleza y dijo que llevaba mucho tiempo deseando hablar conmigo sobre esa obra; pero que había sido imposible porque yo nunca la había mencionado, y un coloquio entre dos sólo era fructífero cuando un objeto afectaba intensamente a ambas partes. Contemplamos entonces los dos juntos la estatua y nos llamamos ambos mutuamente la atención sobre cosas que creíamos descubrir en ella. Era sobre todo Eustach, quien, aunque la estatua de mármol, con aquella sencillez y naturalidad que a diario se desplegaba ante mí de un modo cada vez más asombroso, parecía sustraerse a todo debate específico, sabía hablar sin embargo con gran conocimiento de causa acerca de sus orígenes, de la naturaleza de sus proporciones, de su armonía y del misterio del efecto que causaba. Yo escuchaba con avidez y sentía que era verdad lo que decía aunque no siempre lo entendía tan bien como a mi anfitrión, porque no sabía hablar con tanta claridad y sencillez como él. Avancé en el conocimiento de la estatua y era como si ésta, después de hablar él, se acercara cada vez más a mí.

Sacó muchos dibujos en los que había reproducciones de estatuas o de otras figuras del medioevo, talladas o creadas por otros procedimientos. Comparamos aquellas figuras con la originaria de la antigua Grecia. También trataba de aportar, para compararlas, efigies reales, de angelotes, de santos o de otros personajes que había en la Casa de las Rosas o en sus proximidades. Entonces se hizo evidente a mis ojos que era verdad lo que mi anfitrión había dicho sobre el arte griego y medieval. Me parecía que lo que emanaba de la obra de los griegos era como un espíritu juvenil y sin embargo recio y maduro, pleno de serenidad y moderación, y pleno también de una espléndida realidad. En las figuras medievales yo veía un espíritu amable, sencillo, ingenuo, que para manifestarse recurría con íntima fe a unos medios que, sin ser consciente de ello, no llegaba a dominar, y, con todo, lograba efectos que hoy siguen ejerciendo su poder sobre nosotros y nos llenan de asombro. Es el alma la que allí habla y, con su pureza y su gravedad, nos llena de admiración, mientras que los tiempos posteriores, de los que Eustach presentó numerosas reproducciones de estatuas, pese a su penetración, su esclarecimiento y su conocimiento de los recursos artísticos, sólo produjeron figuras frías como el hielo, de ademanes exagerados y envueltas en ropas flotantes, que no tienen fuego ni fervor, porque no los tenía el artista, y que ni siquiera parecen estar dotadas de alguna especie de alma, porque el artista no trabajaba con el alma, sino a partir de alguna reflexión acorde con las modas estéticas del momento, por lo que trató de sustituir el sentimiento que le faltaba con el desasosiego y la vehemencia de la obra. En lo tocante a la realidad, me pareció que la Edad Media no aspiraba a la perfección en este sentido. Junto a una cabeza que en su sencillez y objetividad era excelente e irreprochable, se encuentran también formas y composiciones que son casi imposibles. El artista no lo veía así; porque él expresaba en la obra el estado de su alma, no pretendía otra cosa y no aspiraba a la unidad de lo que perciben los sentidos, ya que, al menos en su actividad artística, eso le era ajeno y no sentía que le faltase nada. Por eso surge también en nosotros ese efecto de intimidad, aunque, a diferencia del artista medieval, nosotros percibimos los defectos sensibles de la obra. Eso habla más aún a favor de la excelencia de los trabajos de entonces. Fueron días muy hermosos los que pasé con Eustach haciendo estas comparaciones y estos estudios.

También retorné a las pinturas de tiempos antiguos y remotos. En mi primera juventud sentía aversión hacia las pinturas antiguas. Creía que reinaba en ellas una oscuridad y melancolía opuestas y muy inferiores al alegre atractivo de esos colores que aparecen en los cuadros modernos y que yo creía ver en la naturaleza. Sin duda cambié de opinión cuando empecé a pintar y fui viendo poco a poco que las cosas de la naturaleza e incluso el rostro humano no tienen los intensos colores que hay en las cajas de pinturas, pero que en cambio la naturaleza posee una fuerza de luz y sombra, que, yo al menos, era incapaz de reproducir pese a todas mis pinturas. No obstante, mi conocimiento de lo que había producido el arte pictórico en tiempos pasados no era tan completo como el asunto requería. Aunque había avanzado en puntos determinados y reconocido que muchas cosas de la pintura antigua eran muy bellas, seguía sin embargo tan intensamente vinculado a mis estudios en el campo de la naturaleza que no me era posible prestar concentrada e intensa atención a otras formas que a las de la naturaleza. Por eso, las plantas, las mariposas, los árboles, las piedras, el agua, incluso el rostro humano, me parecían dignos de ser reproducidos por el arte pictórico; pero los cuadros antiguos no me parecían reproducciones sino, hasta cierto punto, objetos de valor que están ahí y en los que hay cosas que uno está habituado a ver como elementos integrantes de un cuadro. Esa tendencia tenía para mí la ventaja de que, cuando intentaba pintar objetos de la naturaleza, no me daba por imitar a ningún maestro, sino que mis trabajos, con todas sus deficiencias, tenían algo muy concreto y fiel a la realidad; pero ello traía también consigo la desventaja de que nunca aprendí de los grandes pintores antiguos cómo trataba éste o aquél los colores y las líneas y tuve que encontrarlo todo yo mismo laboriosamente y en muchas cosas ni siquiera logré llegar a una meta. Aunque más tarde me dediqué más a contemplar pinturas medievales y durante el invierno pasaba mucho

tiempo en las galerías de pinturas de nuestra ciudad, mi antiguo estado seguía prevaleciendo, de modo más o menos inconsciente, y el arte del pincel no encontró en mí la dedicación que habría merecido. Cuando, junto con Eustach, pasaba revista ahora a los dibujos del arte medieval, cuando contemplaba con él una obra de la antigua Grecia que se me revelaba como un nuevo milagro, cuando comparaba esa obra con las menos antiguas de nuestros antepasados y aprendía a discernir las diferencias y las vinculaciones, entonces empecé también a contemplar las pinturas de mi anfitrión de una manera distinta a como las había contemplado, ésas y otras, hasta aquel momento. No sólo iba a menudo a su sala de pinturas y permanecía largo tiempo en ella, sino que pedía que me dieran la lista de los cuadros, para ir conociendo poco a poco a los pintores que había reunido, pedía que me permitiera colocar sobre el caballete este cuadro o aquel otro, según yo lo deseara, con el fin de conocerlo, a lo que me impulsaba una fuerza interior, y muchas veces pasaba varios días examinando un único cuadro. ¡Qué nuevo reino se abría ante mis ojos! Lo mismo que los poetas me revelaron un mundo del alma, ahora se extendía otro mundo ante mí, era de nuevo un mundo del alma, el sublime mundo de la poesía; pero con qué medios tan diferentes se buscaba y se alcanzaba ese mundo. Qué fuerza, qué gentileza, qué delicadeza, y qué bien imitaba al Creador esa otra creación, semejante, igual, pero creación humana al fin. Conocí las relaciones de la pintura antigua —mi amigo tenía casi exclusivamente cuadros antiguos— con la naturaleza. Comprendí que los grandes pintores antiguos imitaban la naturaleza con más fidelidad y amor que los modernos, e incluso que al estudiar los rasgos de la naturaleza tenían una constancia y una paciencia indecibles, tal vez más de la que yo sentía en mí mismo, y más quizá de lo que puedan tener muchos coetáneos, discípulos del arte. Yo no podía dar un juicio definitivo, puesto que conocía muy pocas obras contemporáneas, y muy pocas las había contemplado como contemplaba ahora cuadros antiguos; pero casi me parecía imposible penetrar de un modo más hondo en la esencia de la naturaleza. No comprendía cómo durante tanto tiempo no pude ver eso en la medida en que debería haberlo visto. Pero aunque los antiguos, tal y como yo los veía al dedicarme ahora a ellos, se aplicaban mucho a la realidad y se entregaban mucho a ella, eso no llegaba tan lejos como había llegado yo cuando copiaba mis objetos de las ciencias físicas, todos cuyos pormenores había intentado dar en la medida de lo posible. Como ahora comprendía, eso habría sido un impedimento para el arte, y en lugar de lograr una sosegada impresión de conjunto, el cuadro se habría disociado en numerosos pormenores. Los grandes maestros que mi anfitrión poseía en su colección sabían captar en líneas generales los pormenores de la naturaleza y representarlos con medios sencillos —a menudo con una sola pincelada—, de manera que uno pensaba estar mirando los detalles más ínfimos, pero vistos más de cerca se comprobaba que sólo eran el resultado de un tratamiento amplio y general. Ese tratamiento amplio, sin embargo, les aseguraba amplios efectos, de los que se ve privado quien forma las partes más pequeñas con sus elementos más pequeños. Yo veía ahora qué hermosas figuras del género humano vivían sobre el lienzo pintado, qué variado —radiante, enérgico, espiritual, suave— era su rostro, qué nobles sus vestiduras, aunque fuese la chambra de un mendigo, y qué adecuado el entorno. Veía que el color de los rostros y de otras partes del cuerpo era la luz brillante de las figuras humanas, no la sustancia colorante con la que el profano da a sus figuras un amago deplorable de rojo y blanco, veía que las sombras eran tan profundas como las presentaba la naturaleza y que el entorno tenía una profundidad aún mayor, con lo que se conseguía esa fuerza que se acerca a la que confiere la naturaleza con la luz real del sol, que nadie sabe pintar, porque no se puede sumergir en luz el pincel, una fuerza que tanto admiraba yo ahora en los cuadros antiguos. De la naturaleza no humana veía nubes luminosas, límpidas formaciones celestes, árboles elevados y frondosos, rocas inmóviles, montañas lejanas, arroyos de claras aguas, lagos cristalinos y verdes praderas, veía severos edificios, y veía la llamada naturaleza muerta, en plantas, flores, frutos, en animales grandes y pequeños. Admiré la destreza y el ingenio con que había sido concebido y creado todo ello. Descubrí cómo pintaban nuestros ancestros los paisajes y los animales. Me admiró el brillo suave con el que éste, mediante colores superpuestos, daba transparencia a sus figuras, o la fuerza con la que aquel otro aplicaba colores invisibles de manera que formasen una montaña que recoge y refleja la luz, obligando así a ésta a pintar parte de aquel cuadro, para el que no había disponible una luz en la caja de pinturas. Reconocí cómo éste daba una primera capa con colores transparentes y aplicaba sobre ellos sus colores de firme consistencia o cómo aquel otro ponía un color sobre otro con amplio pincel y con él facilitaba las transiciones y perfilaba los contornos. Me pareció lógico que los cuadros antiguos fuesen más sombríos, ya que el óleo oscurece los colores y el barniz toma un color oscuro y pardo. Los pintores moderados, más que los irreflexivos, supieron evitar ambas cosas, y mi anfitrión tenía cuadros que lucían con fastuosa belleza y con todo el esplendor de sus colores, aunque también en ellos quedaba preservada la dignidad, al presentar la fuerza del matiz más que unos colores llamativos o, menos aún, no verdaderos. Como yo ya me había dedicado mucho a los colores, a menudo me quedaba largo tiempo ante un cuadro para averiguar cómo lo habían pintado y cómo

había sido el tratamiento de los colores. En la Salita de las Rosas de Mathilde, adonde me llevaba mi anfitrión para que también viese aquellos cuadros, colgaban cuatro pequeñas pinturas, dos de las cuales eran de Tiziano, una del Domenichino y una de Guido Reni. Eran casi iguales de tamaño y tenían unos marcos idénticos. Eran los cuadros más bellos que poseía mi anfitrión. Cuanto más se los contemplaba, tanto más cautivaban el espíritu. Le pedí casi demasiadas veces que me enseñara esos cuatro cuadritos, y él no se cansaba de abrirme siempre las habitaciones de las mujeres, de conducirme al gabinete, dejarme allí contemplando los cuadros y hablar conmigo de ellos. A veces los descolgaba y colocaba sobre la mesa o sobre una butaca de forma que les diera mejor la luz. En aquel tiempo, pasé días inolvidables en la Casa de las Rosas de mi amigo. Me hallaba en una sublime, en una noble y ennoblecedora disposición de espíritu.

Una vez le pregunté de dónde procedían los cuadros.

—Han ido llegando muy poco a poco a la casa, según lo disponía el afán coleccionista y a veces también el azar —respondió—. Heredé varios de un tío paterno; pero al no ser excelentes, como los que tengo ahora, vendí una parte de ellos para comprarme otros, menos pero mejores. Ya le he dicho en una ocasión que he estado en Italia. He hecho tres viajes a ese país. Allí encontré bastante. Siempre buscaba cuadros, compré varios, volví a vender varios, compré otros, y así hubo un cambio constante hasta llegar al estado actual. Pero ahora ya no vendo ni cambio nada más, ni aunque encontrase algo extraordinario que no pudiera comprar sin desprenderme de alguno antiguo. Con los años se toma tanto apego a lo habitual que no se puede prescindir de ello, aunque empiece a deteriorarse y haya perdido la lozanía y el color. No me gusta desechar ropa antigua, y si tuviera que hacer salir de la casa alguno de los cuadros que me rodean desde hace tanto tiempo, no podría menos de sentir un gran dolor. Que se queden en el estado y en el lugar que están hasta que yo me vaya. La sola idea de que un sucesor deje y venere los cuadros tal como están aquí tiene algo muy agradable para mí, aunque es una idea descabellada y yo procuro quitármela de la cabeza; porque ésa es la vida del mundo, una aspiración, una consecución, y por tanto, un cambio, y ese cambio tendrá lugar aquí. Tampoco he comprado ya nada desde hace bastante tiempo, excepto un pequeño paisaje, muy lindo, de Ruysdael, que está colgado en el gabinete de las pinturas, junto a la puerta, y que a usted le gusta tanto mirar. Sólo compraría algo muy precioso, en la medida en que me bastan mis recursos. Con frecuencia he tenido que esperar años a un cuadro que me gustaba mucho y que deseaba tener, o bien porque el dueño era muy obstinado y, aunque quería desprenderse del cuadro, su entrega la hacía depender de unas condiciones que no podían cumplirse, o porque no quería separarse del cuadro aunque lo maltrataba y dejaba que se deteriorase. A veces, a fin de tener una reserva para hacer permutas, tuve que comprar cuadros mediocres, que por lo atractivo de los colores o por otras cualidades eran agradables a la vista. Pues hay personas que hallan deleite en los cuadros, que no quieren desprenderse de cuadros importantes, caso de que los posean, y que sin embargo no los aprecian debidamente y dejan que sufran daños con el mal trato que les dan. Prefieren una pintura que entienden mejor, que les gusta más, aunque sea de inferior valor, y están dispuestas a hacer un trueque. Eso les gusta, y cuando yo les explicaba que su pintura tenía más valor que la mía y cuando, después de un dictamen preciso, compensaba la diferencia con dinero, su complacencia era aún mayor; porque ellos seguían en la duda de si yo tal vez no tenía razón y valoraba tanto el cuadro antiguo llevado de mis preferencias, puesto que sus ojos les decían que la diferencia no era tan grande. De esa manera me hice con no pocas cosas agradables, sin faltar a mi sentido de la justicia, lo que ocurre fácilmente en las transacciones de obras de arte. La Virgen con el Niño, que le gusta tanto a usted y que yo casi consideraría una joya de mi colección, me la encontró Roland en el desván de una casa. Había subido allí con el propietario para comprar objetos antiguos de hierro, entre ellos unas espuelas medievales y una espada. El cuadro estaba sin bastidor y ni siquiera lo habían enrollado sino que estaba plegado como un paño y yacía en el polvo. Roland no pudo reconocer exactamente si tenía valor y se lo compró al hombre por un precio muy reducido. Un soldado lo había enviado en una ocasión desde Italia. Lo había utilizado como simple tela de empaquetar y había metido en él ropa y vestidos viejos que habían de remendarle en casa. Por eso el cuadro tenía grietas, allí donde había estado doblado el lienzo, y en esas grietas no había colores, pues éstos habían saltado por la fuerza del pliegue.

Además, como probablemente la superficie era muy grande para hacer de funda, le habían cortado unas tiras. Se veían muy bien los cortes, mientras que los otros bordes eran muy antiguos y presentaban aún las huellas de los clavos con los que en otro tiempo estuvieran fijados al bastidor. Además, debido a los descalabros sufridos en el transcurso del tiempo, los colores habían desaparecido en otras zonas distintas de las de los pliegues, de manera que no sólo podía verse el fondo del cuadro sino, aquí y allá, la estructura de la tela antigua. Así llegó el cuadro al Asperhof. Nosotros lo primero que hicimos fue desdoblarlo, lavarlo con agua clara y luego, para recuperar la superficie y poder contemplarlo, tuvimos que colocar pesos sobre sus cuatro esquinas. Así estaba ante nosotros, sobre el suelo de la habitación. Reconocimos que era obra de

un pintor italiano, reconocimos también que procedía de tiempos antiguos; pero, debido al estado en que se encontraba el lienzo, era imposible determinar de qué artista provenía y ni siquiera a qué época se remontaba. No obstante, las partes intactas permitían adivinar que la pintura no era de tan escaso valor. Entonces nos pusimos a construir una tabla sobre la que se pudiera pegar el cuadro. Nosotros solemos confeccionar esas tablas con madera de roble, que consta de dos piezas dispuestas una sobre otra y con sus fibras en perpendicular, y una rejilla, con el fin de impedir que la madera se abarquille, como se dice, o se deforme. Cuando la tabla estuvo terminada y las encoladuras completamente secas, se extendió sobre ella la pintura. Allí donde los bordes del cuadro habían sido cortados habíamos agrandado la superficie de la madera y pegado un lienzo adecuado en las partes nuevas, para dar a la composición, de un modo aproximativo, la forma que pudo haber tenido en un principio y en la que su apariencia fuese grata a la vista. Después se pasó a eliminar del cuadro el antiguo barniz, que aún aparecía aquí y allá, y la suciedad que tenía. El barniz se quitó fácilmente con los productos usuales, pero no fue tan fácil eliminar la suciedad, vieja de siglos, sin correr el riesgo de echar a perder los colores. La pintura, ya limpia y puesta en el bastidor, nos ofreció una belleza mucho mayor que la que nos mostrara después del primer lavado superficial; pero estaba tan deteriorada por las numerosas hendiduras, grietas y partes desnudas que aún no era posible hacer una apreciación exacta, aunque hubiéramos tenido mucha más experiencia de la que teníamos. Roland y Eustach procedieron a la restauración. No hay nada más difícil y nada puede estropear y desvalorizar tanto las pinturas. Creo que nosotros optamos por una vía no equivocada. Un color originario no debía ser recubierto. Por fortuna, el cuadro nunca había sufrido ni remiendos ni retoques, de manera que, o bien estaba allí el color originario o no había colores. En las partes desprovistas de color se insertó, a manera de espiga, el color que presentaban los bordes que había a su alrededor hasta que el hueco estuvo relleno. Tomamos colores lo más secos posibles, que quedaban tan espesos al triturarlos como lo permitía el pilón sin quedarse pegado en la piedra. Pero si después de secarse aún presentaba una cavidad, ésa se rellenaba con el mismo color y así sucesivamente hasta que ya no había desnivel. Las convexidades que aún quedaban se limaban con una fina navaja. Sobre la suciedad imposible de erradicar también se aplicó el color de su entorno. Cuando, pasado bastante tiempo, el color se había oscurecido debido al óleo que contenía y a otras causas que podrían contribuir a ello, y eso aparecía en la pintura en forma de mancha, con un color muy seco y con la punta de un fino pincel se llenaba de puntos, por decirlo así, aquella parte hasta que ya no se distinguía de su entorno. En algunas partes, ese procedimiento se repitió varias veces. Al final ya no se podían reconocer a simple vista los lugares en los que había colores nuevos. Sólo el cristal de aumento mostraba los retoques. Pasamos años procediendo de esa manera, sobre todo porque también había intervalos que habían de ser rellenados con otros trabajos y porque nuestro método requería asimismo intervalos en los que debían secarse los colores o en los que había de dárseles tiempo para mostrar los cambios que por fuerza se producirían en ellos. A cambio de eso, en la pintura terminada no se notaba que no era antigua en todas sus partes, tenía las finas grietas de los cuadros antiguos y toda la pureza y claridad del pincel que la creara originariamente. Cuando, al restaurar cuadros antiguos se los repinta y de esa manera se les da uniformidad, no pocas veces hay una película sobre las finas estrías que el tiempo hace surgir en los cuadros antiguos, y esa película no sólo muestra que el cuadro ha sido retocado sino que forma también un fino velo que, extendido sobre los colores, los torna turbios y opacos. Tales cuadros causan a menudo un efecto sombrío, desagradable y opresivo. Muchos considerarán irrelevante y de poca monta nuestro quehacer relativo a la restauración de cuadros, si se tiene sobre todo en cuenta que requiere tanto tiempo y tantos cuidados, pero para nosotros ha sido un placer grande y profundo. Usted no lo censurará, seguro, ya que empieza a interesarse mucho por las creaciones artísticas. Cuando poco a poco iba surgiendo ante nosotros la pintura de un gran maestro, no era sólo el sentimiento de estar creando algo lo que nos daba aliento, sino otro, mucho mayor, de que devolvíamos la vida a una cosa que, de no ser así, habría quedado perdida y que nosotros nunca habríamos podido crear. Cuando ya estaban concluidas algunas partes del cuadro, se vio que los colores eran más puros y más brillantes de lo que pensábamos, y que el cuadro tenía un valor superior a lo que habíamos supuesto al principio. Mientras hubo en el cuadro tantas fisuras y tantas partes desprovistas de color y aquellas feas manchas que no habíamos podido eliminar, todo ello influía también en lo no destruido e incluso en lo muy bien conservado y, en conjunto, hacían aparecer los colores como más defectuosos de lo que eran. Pero una vez que las partes antagonistas quedaron recubiertas, en una superficie bastante grande, con los colores correspondientes, y la nueva pintura, en lugar de estar en pugna con la antigua, la protegía, surgió una pureza, un brillo, una transparencia e incluso un fuego que nos llenó de asombro; porque en los cuadros muy deteriorados no se puede juzgar de la lógica de las transiciones hasta que no se los tiene delante, ya terminados. Puede que destacara aún mucho más ese fluido especial de los colores, por estar rodeado y realzado por las partes tan

poco gratas que no habían sido restauradas; pero ya se preveía que cuando estuviera terminado todo el cuadro su atmósfera tendría que producir un efecto claramente artístico. Durante el trabajo yo había puesto mucho empeño en averiguar la historia completa y los orígenes del cuadro; pero no llegué a resultado alguno. El soldado que había enviado el lienzo desde Italia llevaba muerto muchísimo tiempo, y ya no vivía nadie que tuviera una relación más directa con lo ocurrido entonces; porque había sucedido hacía muchos más años de los que yo había creído. El abuelo del último dueño del cuadro contaba a menudo que había oído decir que un soldado originario de esa casa envió una vez de Italia a su casa sus medias y sus camisas envueltas en un cuadro de Nuestra Señora. La verdad de esa historia quedó confirmada al encontrar el antiguo cuadro de la Virgen en el desván de la casa. Tampoco pude averiguar qué asunto llevó a Italia a aquel soldado alemán. Y en lo que desde luego no se podía ni pensar era en averiguar de qué región de Italia procedía el cuadro. Cuando éste, al cabo de mucho tiempo, tras muchos esfuerzos y no pocas interrupciones, estuvo ante nosotros en un bonito marco dorado de factura antigua, fue una especie de fiesta para nosotros. Llamamos a Roland, que hacia el final del trabajo había salido de viaje dejando a su hermano encargado de dar los últimos retoques. Invitamos a varios vecinos, y un amigo y experto en arte antiguo, a quien yo había puesto al corriente del asunto, llegó incluso de muy lejos para ver la restauración, y acudieron también otros, aun sin estar invitados, porque se habían enterado por casualidad de lo que ocurría y sabían que en el Asperhof no serían mal recibidos. Es verdad lo que se dice, que una mujer bella sin adornos es más bella que con ellos, pero no es verdad que una pintura, para destacar, no necesite marco. Para nuestro cuadro de la Virgen yo había encargado un marco basándome en dibujos de objetos medievales y de vez en cuando, si algún asunto o mi voluntad me llevaban a la ciudad, había vigilado su fabricación. El marco llegó al Asperhof mucho antes de que el cuadro estuviese terminado y tuvo que esperar todo ese tiempo metido en su cajón. No intentamos ni una sola vez encajar el cuadro en él antes de su terminación, para no atenuar el efecto. Sin duda, en los cuadros modernos, el marco es el que muestra que hay que añadir y que cambiar algo, y en esos cuadros aún hay mucho que hacer cuando ya se los ha visto dentro de un marco. En los cuadros antiguos que han sido restaurados, es distinto, en especial si se ha trabajado a la manera nuestra. Lo ya existente indica la vía de la restauración, no se puede pintar de modo distinto a como se pinta, y por tanto la profundidad, el fuego y el brillo de los colores están condicionados por lo que ya hay en el cuadro. El aspecto que presentará después el cuadro dentro de su marco no depende de la voluntad del restaurador y si resulta excelente o menos bueno dentro del marco, hay que atribuirlo al maestro originario, cuya obra no puede sufrir cambios. Cuando nuestra Virgen María, que ni siquiera había recibido todavía el menor barniz, apareció entre las formas antiguas del marco, que armonizaban muy bien, fue una maravillosa visión, y sólo entonces vimos qué dulzura y qué fuerza había puesto el pintor antiguo en su cuadro. Aunque el marco, trabajado en relieve, contenía flores, ornamentos y hasta partes de la figura humana, y se le habían dado aplicaciones de gran efecto de luz, el cuadro sin embargo no aparecía alterado, incluso dominaba el marco y convertía la exuberancia de éste en una placentera variedad, mientras que él se hacía valer a sí mismo por su propia fuerza y reinaba con sus nobles colores, circundado de dignos ornamentos. Un leve grito se escapó de los labios de todos los allí presentes, y yo me alegré al ver que no me había equivocado cuando, confiando en el poder del cuadro, encargué para él un marco tan exuberante. Estuvimos mucho tiempo ante él y contemplamos la belleza del colorido dado a las partes desnudas, así como a los ropajes y a los fondos, lo que, unido a la simplicidad y majestad del trazado y a la moderada disposición de las superficies, formaba un conjunto tan solemne y sagrado que no era posible reprimir una honda gravedad que era como verdadero recogimiento. Pasó tiempo hasta que empezamos a hablar, entonces comentamos esto y aquello y, como era natural, empezamos a hacer conjeturas sobre el artista. Se mencionó a Guido Reni, a Tiziano, a la escuela de Rafael. Había razones para pensar en todos ellos, y la conclusión fue la que sigue hoy en pie, que no se sabía de quién era el cuadro. Roland estaba encantado por haber presentido la calidad del lienzo, pese a su deterioro, y por haber obrado de un modo tan pertinente cuando lo compró. En aquel entonces él era jovencísimo, no tenía en absoluto la experiencia de hoy y por eso no estaba muy seguro cuando obró así. A Eustach se le notaba que, como dice la expresión popular, el corazón le saltaba de alegría en el pecho. Un agradable refrigerio para mis invitados fue después el final del día. En el tiempo que siguió buscamos un lugar donde colgar el cuadro de forma que destacara lo más posible. Roland se vio recompensado con una obra que deseaba desde hacía mucho tiempo, y para Eustach, eso yo bien lo notaba, la mayor satisfacción fue el quedar así aún más introducido en nuestros círculos artísticos. Al hombre a quien yo le había comprado el cuadro en aquel estado tan defectuoso, le di una suma con la que quedó indemnizado muy por encima de sus expectativas; porque él jamás habría podido restaurar el cuadro, ni siquiera se le habría ocurrido tal idea, y sin Roland nunca habría vendido el cuadro, que estaría cada vez más destrozado hasta que algún día se deshiciera de él. En los tiempos que siguieron,

me colocaba a menudo ante él y me deleitaba contemplándolo. Veía el rostro y las manos de la madre y veía al niño, en parte desnudo, en parte decorosamente envuelto en bellos paños. En Italia, un signo peculiar que se da con frecuencia es que el niño no está en brazos de su madre sino, inclinado con elegancia hacia ella, que lo sujeta ligera y suavemente, sobre algún objeto elevado, de pie ante ella. De ese modo, el artista no sólo ha encontrado la posibilidad de pintar al niño en una postura mucho más bella que si la madre lo hubiera tenido en el regazo, sino que logró la ventaja muy superior de mostrar al niño divino con su fuerza y su libertad, lo que produce la impresión de que nosotros ya estamos venerando el poder con el que obrará un día. Siempre me ha fascinado que los pueblos meridionales pinten al Salvador niño con una gran belleza sensual, y si en mi cuadro el santo niño se presenta más bien como un espléndido y bellísimo cuerpo del sur, eso no me desconcierta, pues los Niños Jesús y los Sanjuanitos del maravilloso Rafael tienen esa misma apariencia, y el efecto es grandioso. Que la madre, cuya boca es tan bella, eleve los ojos al cielo, no me acaba de convencer. El efecto, me parece, es un poco exagerado, y el artista pone en un gesto que él presta a la figura que está ante nosotros un significado que él no ha podido lograr que sea visible en la figura y sólo en la figura. Quien consigue un efecto con medios más simples, lo consigue mejor. Si él hubiera podido poner la santidad y la majestad, no en los ojos que miran hacia arriba, sino en la figura pura y simple, con los ojos que se limitan a mirar hacia delante, habría hecho mejor. Rafael hace que sus Vírgenes miren tranquilas y serias, y así son reinas celestiales, mientras que muchas otras no son sino unas jóvenes en oración. De esto quiero inferir que el cuadro no es de la escuela de Rafael, por mucho que esa maravillosa figura del niño haga pensar en ella. El cuadro ya no está colgado donde estuvo al principio. Hemos cambiado varias veces los cuadros de sitio, y procura un placer especial tratar de comprobar si con una disposición distinta el efecto del conjunto no sería mejor. También hemos deliberado seriamente y hecho varios experimentos sobre el color que daríamos a las paredes para que los cuadros destacasen mejor. Todos nos hemos quedado con el pardo rojizo que ve usted ahora en la sala de los cuadros. Ahora ya no cambiaré nada más. La situación actual de los cuadros se ha convertido para mí en una costumbre y le he tomado afecto y si viera las cosas cambiadas me desagradaría. Para mí es la alegría y la flor de mi vejez. La adquisición de los cuadros, que, como usted puede deducir de mis palabras anteriores, no siempre ha sido tan fácil como la del cuadro de la Virgen, presenta una línea propia en el curso de mi vida, y esa línea lleva consigo muchas cosas, que me hacen mirar hacia atrás, en parte con alegría, en parte con pesadumbre. Hemos llegado a tener muchas complicaciones, hemos conocido a muchas personas y hemos pasado mucho tiempo restaurando los cuadros recuperándonos de las decepciones, familiarizándonos con las cosas bellas, también hemos pasado no poco tiempo dibujando y diseñando marcos; porque poco a poco hemos puesto todas las pinturas en marcos nuevos diseñados por nosotros, y así, las obras están ahora a mi alrededor como antiguos y venerables amigos, que cada día merecen más veneración y que son una delicia y un placer para los días que aún me quedan.

Se comprende que con el relato de mi anfitrión aumentara mi interés por su colección de cuadros.

Dirigí entonces mi atención a los grabados en cobre de mi anfitrión. Como no estaban protegidos por un cristal y un marco, sino que se encontraban en grandes cajones de la mesa de la habitación de lectura, era posible contemplarlos con mucha más comodidad que los cuadros. Primero saqué las carpetas una tras otra y miré todos los grabados uno por uno. Pero luego pasé a contemplarlos de un modo más sistemático. Así como mi anfitrión no permitía sacar libros fuera de la casa, pero sí enviaba a la habitación del invitado los libros que éste pedía, así hacía también con los grabados en cobre, aunque siempre mandaba llevar a la habitación una carpeta entera, y difícilmente hojas sueltas. Lo hacía de este modo para su mejor cuidado y conservación. Ahora bien, como yo no quería pasar muchas horas seguidas en el gabinete de lectura mirando grabados, mi anfitrión mandó llevarme poco a poco a mis habitaciones las distintas carpetas, y pude contemplar con todo sosiego las obras que contenían, podía interrumpir esa ocupación para hacer otras cosas y, después de tener la carpeta en mis habitaciones todo el tiempo que quería, podía sustituir ésa por otra. Más tarde, cuando hube examinado detalladamente todas las carpetas y tomado nota de las obras que más me habían gustado o que habían sido calificadas de excelentes por mi anfitrión y por Eustach, ya sólo abría en alguna ocasión ésta o aquélla, para examinar este o aquel grabado a buril por el que sentía especial predilección. También consigné en mi libreta aquéllos que quería comprarme, si eran de los que aún podían encontrarse por vía comercial. En estas indagaciones conocí cómo era la factura de diversos artistas y de diversas épocas y, finalmente, supe formarme un juicio al respecto, y una vez más, como acaece asimismo con las pinturas, me pareció que también ese arte, con escasas excepciones, tenía un pasado mejor que el momento actual en que se encontraba y, además, en los grabados en cobre pude percibir eso de un modo más preciso que en las pinturas, ya que mi amigo tenía grabados antiguos y modernos, mientras que en su salón de pinturas colgaban muy pocos cuadros modernos, por tanto la

comparación era más difícil, y yo no recordaba bien los cuadros modernos que había visto en la ciudad y que había mirado seguramente con otros ojos. Conocí y apreció más y más las sutilezas, la suntuosidad, la belleza, la minuciosidad de la elaboración y, como para mí era más fácil adquirir grabados al cobre que pinturas, decidí que por lo pronto empezaría a comprar estampas que me parecieran de gran calidad para iniciar así una colección. Fue un tiempo bastante largo el que me tomó contemplar y retener en la memoria los grabados y las pinturas. Eustach venía a menudo a estar conmigo, hablábamos sobre esas cosas, y cada día que pasaba yo apreciaba más a ese hombre.

Durante aquel tiempo iba también más a menudo a la ebanistería y a otros talleres y me fijaba en lo que estaban trabajando.

En estas investigaciones me di cuenta de que mi anfitrión aún no había empezado a confeccionar nada con el mármol, bellísimo sin duda alguna, que yo le había traído, cuya belleza yo sabía ciertamente apreciar y que, por lo que pude ver, a él le había alegrado sobremanera. Tampoco pude encontrar ese mármol en la Casa de las Rosas. Había estado en la casita donde guardaban material y en la que también habían estado muchas veces mis piedras. Ahora ya no estaba allí. ¿Lo habían llevado a otro lugar más seguro, para que no sufriera ningún percance, o lo habían enviado a algún otro sitio, donde lo estaban trabajando? Esto último no era concebible, ya que mi anfitrión hacía trabajar todas las cosas de madera y de piedra en su casa, donde no sólo se disponía de los dispositivos e instrumentos necesarios, sino adonde se podía llevar en todo momento la mano de obra que todavía fuese necesaria.

Un día hice un viaje a Lautertal y me quedé algún tiempo en aquel lugar. No sólo era para dedicarme allí a mi ocupación habitual sino para ver cómo iban los trabajos que estaban llevando a cabo con mis mármoles. Cerca de la Posada de los Arces —a unas dos horas de camino— se encontraba el establecimiento en el que se cortaba y pulía el mármol y en el que se confeccionaban diversos objetos de mármol. El lugar se llamaba Rothmoor [pantano rojo], sin que yo supiera decir por qué; pues por todas partes había piedras y aguas rumorosas, pero en muchas millas a la redonda no había pantano alguno; sin embargo, así se llamaba el lugar. Tenían allí varios trozos de mármol míos, y con ellos iban a hacer algo para mi padre. La pieza más grande era de un rosa casi rojo y con ella confeccionarían una taza para una fuente del jardín. Esa taza la había diseñado yo mismo. Dada mi gran afición a las plantas, había sacado la figura del reino vegetal. Era una hoja muy parecida a la de la *Paris quadrifolia* o uva de raposa, que tiene en el centro la brillante bola negra oscura. Había modelado una hoja de cera copiándola del natural, pero había reducido los dientes de los bordes y aumentado la profundidad. Un operario que entendía mucho de modelación reprodujo la hoja de cera en escayola y en un tamaño bastante mayor, y la taza de mármol había de ser confeccionada conforme al modelo en escayola. En el hueco de la hoja debía estar la baya redonda, igual que en la hoja de la *Paris quadrifolia*, y de un tallo que se elevaba por encima de la hoja había de saltar el agua, en un fino chorro que iría a caer sobre la hoja. Ésta sería de mármol rosa, el tronco y el tallo, de otro mármol más oscuro. En Rothmoor procuré comprobar los progresos del trabajo, y, hablando con los operarios, influir en ellos para que lograran mayor ingravidez y pureza. Con otro mármol confeccionarían otras cosas. Primero el pavimento en torno a la planta. La hoja vertería su agua sobre ese pavimento, éste formaría en su superficie una suave acanaladura, por la que seguiría corriendo el agua. El color del suelo sería amarillo pálido. Yo había reunido un número considerable de piezas destinadas a ese fin. Pensando en un cenador del jardín, tenía preparada una plancha para una mesita. Fuera de eso estaban confeccionando pequeñas ménsulas, varias cornisas y unos pisapapeles. Estos objetos estaban en preparación. Hacían además un nido con dos huevos dentro, el mármol de éstos tenía un color que imitaba perfectamente el color de los huevos de avefría.

Quedé muy contento con los trabajos, en el estadio en que se encontraban. La piedra para la taza no sólo la habían cortado en su forma general sino que la hoja estaba terminada en sus contornos brutos, de manera que se podía proceder a su limado y pulimento. Dos personas trabajaban exclusivamente en ese objeto. En el prototipo de escayola mandé hacer algunos cambios. No me resultaba lo bastante grácil y no me mostraba de modo suficiente la morbidez de la vida vegetal. Fui a las montañas, busqué plantas de la uva de raposa y las traje, metidas con su tierra en macetas, para que no se ajaran tan deprisa y nos sirvieran de modelo más tiempo. Con esas plantas procuré mostrar lo que aún faltaba al prototipo. Expliqué dónde había de doblarse con más suavidad una parte de la hoja y rizarse con más morbidez un borde, para que al final, cuando estuviese terminada la escultura, no causara la impresión de haber sido confeccionada sino de haber crecido allí mismo. Como yo procuré exponer mi opinión sin herir al hombre que había elaborado el ejemplar de escayola y darle más bien la apariencia de un asesoramiento, aceptaron encantados mis consejos, y como las primeras tentativas tuvieron éxito, y la taza, al aumentar su parecido con la hoja, también ganó en belleza de modo palpable, continuaron la obra con entusiasmo, trataron de acercarse cada

vez más a la naturaleza de la planta y vivieron la gozosa experiencia de que al final la obra tenía una perfección mucho más noble que antes. Por ese procedimiento hasta tuvieron un punto de referencia para trabajos futuros y concibieron la esperanza de elevarse a otros ambientes mejores y más deleitables. El maestro de taller habló sin ambages conmigo sobre el asunto. Antes confeccionaban objetos según figuras y dibujos tradicionales, los enviaban fuera y cobraban por ellos los precios correspondientes a esas mercancías, de manera que el establecimiento podía subsistir pero no participaba en lo más granado, por fortuna y bienestar, de la sociedad. A ellos no se les había ocurrido tomar las plantas como modelos. Ahora tornaban la mirada hacia ellas y se daban cuenta de que todos los montes estaban llenos de cosas que podrían indicarles cómo habían de confeccionar y de perfeccionar sus obras.

Me quedé allí hasta que la hoja de escayola estuvo completamente terminada y hasta que conseguí tranquilizarme en cuanto a los utensilios que emplearían para medir, de manera que la figura del modelo pudiese pasar con todas sus proporciones a la reproducción.

Después de haberles encarecido que se apresurasen a terminar la obra para que yo pudiese llevarla lo antes posible al jardín de mi padre, y después de haber prometido que aquel verano haría otra visita al taller, emprendí el viaje de vuelta a la Casa de las Rosas.

Durante mi travesía de los montes subí a la cima del Eiskar, me senté sobre un bloque de piedra y a lo largo de casi toda la tarde contemplé, sumido en mis pensamientos, el paisaje que se extendía ante mí.

En la Casa de las Rosas me entregué otra vez a la contemplación de los cuadros. Tomé incluso un cristal de aumento y examiné los cuadros, para ver cómo habían pintado los diversos artistas antiguos, si éste había manejado un pincel duro y gastado, aquel otro uno largo y blando, si habían trabajado con pincel ancho o de fina punta, si habían aplicado mucho fondo o si habían empezado enseguida con los colores pesados y opacos, si habían procedido por pequeñas superficies o si primero habían esbozado el conjunto y después habían ido terminándolo poco a poco en todas sus partes.

Mi anfitrión tenía mucha experiencia en esas cosas y me asesoraba.

De los escritores me dediqué ahora a Calderón. Sabía leerlo ya en español y me adentré con gran celo en su espíritu.

Hicimos varias visitas al Inghof. Allí se organizaban veladas musicales, se tocaban instrumentos, íbamos a las zonas más hermosas de la comarca o examinábamos lo mejor que ofrecían el jardín o la granja o la casa.

Con la floración de las rosas, llegaron Mathilde y Natalie al Asperhof. Sabíamos el día de la llegada y las esperábamos. Una vez que bajaron del coche, que Mathilde y mi anfitrión se saludaron, que los labios de la madre pronunciaron algunas palabras dirigidas a Gustav, ella se volvió a mí y, con los gestos más amables y la más afectuosa mirada, me expresó su alegría por verme allí, por saber que yo llevaba ya bastante tiempo en compañía de su amigo y de su hijo, y por esperar que yo pasara toda la hermosa estación del año en el Asperhof.

Respondí que aquel año había decidido vivir todo el verano haciendo sólo lo que me apetecía, y que agradecía de todo corazón que se me permitiera quedarme en aquella casa, que era tan adecuada para formar el corazón, el entendimiento y el carácter de un joven.

Natalie estaba ante mí cuando dije eso. Ese año me pareció aún más perfecta y era de una belleza tan extraordinaria como yo nunca había visto en una criatura femenina.

No me dijo ni una sola palabra, sino que se limitó a mirarme. Fui incapaz de encontrar nada que decirle para darle la bienvenida. Me incliné en silencio y ella me devolvió la inclinación.

Después fuimos a la casa.

Los días transcurrieron como en los años anteriores. Había una sola diferencia. Poco a poco empezamos a hablar de los cuadros, hablábamos de la figura de mármol que estaba en la hermosa escalera de la casa, íbamos más a menudo a la sala de los cuadros para examinar con detalle algunos, pasábamos no pocos ratos en la claridad crepuscular de la escalera sobre la que caía el suave raudal de luz cenital y nos complacíamos en la exquisitez de la figura allí expuesta y en el esplendor de sus formas. Me di cuenta de que Mathilde era experta en enjuiciar el arte y de que lo amaba con todo su corazón. En cuanto a Natalie, vi también que no era ajena a las cosas del arte y que éstas formaban parte de sus aficiones. De ese modo comprobaba yo ahora que antes, cuando ponía menos atención en las pinturas y en otras obras de arte y éstas aún no dejaban en mí una huella tan profunda, ellos habían guardado mucha consideración conmigo, al abstenerse de hablar en presencia mía de las obras de arte que había en la casa, para no introducirme a la fuerza en una materia que en aquellos tiempos aún era casi ajena a las facultades de mi alma. Recordaba también ahora que, del mismo modo, mi padre nunca me habló de sus cuadros por propia iniciativa y que sólo entraba en esa materia cuando yo empezaba a hablar de ella y le preguntaba por esto o aquello. Por tanto,

todos habían evitado un objeto que aún no me era familiar y del que esperaban que yo dirigiera tal vez mi espíritu hacia él. Esta reflexión me avergonzó bastante, y, frente a todas las personas que ahora pasaban por mi mente, me vi tosco y torpe; pero como todos habían sido siempre tan buenos y afectuosos conmigo, deduje de esa circunstancia que no tenían un juicio negativo sobre mí y que sin duda consideraban inminente mi interés por algo que para ellos era ya de tan gran valor. Esta idea, por otra parte, me tranquilizó un poco. Pero lo que me procuró más contento fue que tomaran parte con una suerte de deleite en las conversaciones que ahora se entablaban sobre las artes plásticas, que, por tanto, no fuese del todo inadecuado lo que yo decía en ese terreno, y que les agradara encontrarse conmigo en un ámbito de la vida importante para ellos.

Un día, cuando la floración de las rosas casi había terminado, fui, sin quererlo, testigo de unas palabras que Mathilde dirigía a mi anfitrión y que sin duda estaban destinadas sólo a él. Yo dibujaba en una pieza de la planta baja la reja de una ventana. En la planta baja de la casa todas las ventanas tenían rejas. Pero éstas no eran esas rejas de gruesos barrotes que se ponen en muchas casas y también en las prisiones, sino que estaban suavemente torneadas y tenían arriba y abajo una ligera convexidad que venía a converger en el centro, como en una especie de clave de bóveda, formando una bella rosa. Esa rosa estaba trabajada con una sutilidad extraordinaria y era más fiel a su modelo que todas las obras en hierro que había visto hasta entonces. Además, la reja, en su conjunto, era una composición grácil y delicada, y las barras, además de la rosa central, tenían otros ornamentos notables. Era casi la hora del crepúsculo cuando yo me encontraba en una pieza de la planta baja, cuyas ventanas daban a las rosas, para hacer un primer esbozo de la forma completa de la reja, que por fuera estaba demasiado tapada por la rosa. Los distintos adornos, que se desplegaban sobre todo por fuera, quería dibujarlos más tarde desde el exterior. Cuando estaba inmerso en mi trabajo, se puso oscuro delante de la ventana, como si el follaje que había delante hubiera quedado cubierto por una sombra. Al mirar con más detenimiento, me di cuenta de que delante de la ventana había alguien a quien no podía reconocer por la frondosa decoración. En ese momento se oyó por la ventana abierta, clara y distinta, la voz de Mathilde, que decía: «Nuestra dicha se ha marchitado como se han marchitado estas rosas».

Le respondió la voz de mi anfitrión, que decía: «No se ha marchitado, sólo tiene otra forma».

Me levanté, me alejé de la ventana y me dirigí al centro de la sala, para no seguir oyendo la conversación. Como también pensé que no sería decoroso que mi anfitrión y Mathilde supieran más tarde que, cuando ellos mantenían aquella conversación delante de la ventana, yo estaba en el cuarto al que esa ventana pertenecía, me alejé también de ella y me fui al jardín. Cuando al cabo de un rato vi caminar en dirección al gran cerezo a mi anfitrión, a Mathilde, a Natalie y a Gustav, me dirigí otra vez a aquel cuarto y recogí los aparejos de dibujo que había dejado allí; pues había oscurecido tanto que ya no tenía luz suficiente para seguir dibujando.

Cuando hubo concluido definitivamente la floración de las rosas, decidimos pasar algún tiempo en el Sternenhof. Al subir allí por la colina, vi que habían colocado andamios en los muros, y al acercarnos más, observé que los trabajadores que había en los andamios estaban ocupados en quitar el revoque de los sillares que daban a la superficie de los muros y en limpiar esos sillares. Antes, en una parte escondida de la casa, habían hecho una prueba que se acreditó como buena y que evidenció que la casa sería más bella sin el revoque.

En el Sternenhof me trataron con la misma amabilidad que en las temporadas anteriores, incluso mejor, si puedo fiarme de mi sentimiento y si se pueden hacer distinciones tan sutiles. Mathilde me enseñó ella misma cuanto, a su entender, podía serme de algún valor, y al hacerlo me explicó cuanto, a su entender, necesitaba explicación. Durante aquella estancia me enteré también de que Mathilde había comprado aquella mansión a un aristócrata que estaba allí raras veces y que la había descuidado bastante. Antes de él había sido propiedad de una parienta suya, cuyo abuelo la había comprado. En la época anterior hubo cambio frecuente de propietarios, y la finca había quedado muy deteriorada. Mathilde empezó por exonerar para siempre de sus obligaciones, a cambio de una indemnización negociada, a los vasallos que pertenecían al palacio y que habían de tributar a éste diezmos y dádivas, y así los convirtió en propietarios de su suelo, sin restricción alguna. Lo segundo que hizo fue empezar a administrar ella misma las tierras del palacio, poner casa completa, con criados y con su propia familia, y vivir allí como en su hogar. Reorganizó la granja y, con ayuda de operarios eficientes que ella contrataba, mejoró el estado de las tierras de labranza, de los prados y de los bosques. Las hermosas hileras de árboles frutales que discurrían por los campos y que me gustaron tanto ya durante mi primera estancia, las había plantado ella misma, y cuando podía adquirir en algún sitio buenos frutales, ya bastante crecidos, no reparaba ni en tiempo ni en gastos y mandaba transportarlos y plantarlos en su terreno. Como los vecinos imitaron poco a poco ese modo de proceder, la

comarca cobró el aspecto peculiar y placentero que lo distinguía de las tierras circundantes.

Las pinturas que se hallaban en las salas de estar de Mathilde y de Natalie no tenían en su conjunto, a mi juicio, el valor de las del Asperhof, pero había entre ellas algunas que, tal como las veía entonces, parecían haber sido hechas con la mayor maestría. Le dije esto a mi anfitrión, él lo confirmó y me enseñó pinturas de Tiziano, Guido Reni, Pablo Veronés, Van Dyck y Holbein. Cuadros insignificantes o incluso mediocres, como yo —en la medida en que mis recuerdos, de modo súbito y repetido, me ponían eso ahora ante los ojos— había visto en varias colecciones a las que tuve acceso en años anteriores, no los había ni en la casa de Mathilde ni en el Asperhof. Aquí, lo mismo que en la Casa de las Rosas, hablábamos de las pinturas, y uno de los mejores momentos era cuando habían puesto un cuadro en el caballete, cuando se habían velado las ventanas que habrían podido proyectar una luz molesta, cuando había sido movido el cuadro hasta que le daba la claridad adecuada y nosotros nos encontrábamos ante él. Mathilde y mi anfitrión solían sentarse, Eustach y yo nos quedábamos de pie, junto a nosotros Natalie y no pocas veces Gustav, el cual en tales ocasiones era muy comedido y atento. A menudo hablaba del cuadro sobre todo mi anfitrión, pero a menudo también Eustach, y a ellos se sumaba Mathilde con sus palabras o sencillas opiniones. Se repetían quizá palabras dichas muchas veces, se enseñaban mutuamente cosas que ya se había visto a menudo, y se llamaba la atención sobre algo que ya se conocía de todos modos. Así se repetía el deleite y uno se adentraba en la obra de arte. Yo hablaba raras veces, todo lo más hacía preguntas y pedía que me explicaran algo. Natalie estaba al lado y nunca dijo una sola palabra.

También iba a menudo a la ninfa de la fuente que estaba en el jardín, bajo la pared de yedra. Antes yo admiraba el precioso mármol, no había visto nunca uno igual; ahora también me pareció la estatua una figura bellísima. La comparé con la que estaba en la escalera de la casa de mi anfitrión. Aunque aquélla era, a mis ojos, muy superior en majestad, dignidad y decoro, ésta me parecía también muy grácil, suave y diáfana, tenía una quietud apaciguadora, como conviene a la diosa de un manantial, y, por otra parte, ese carácter puro y, por decirlo así, ajeno, que no tiene una pintura, pero que el mármol presenta tan a menudo. Ahora tomaba una conciencia más clara de esa sensación de lo ajeno, y también me di cuenta de que ya antes se apoderaba de mí esa sensación cuando me encontraba frente a estatuas de mármol. Al efecto de aquella figura contribuía también un factor especial, relacionado con mi estudio de la geología, a saber, que el mármol fuese tan bello y casi desprovisto de manchas. Pertenecía a una variedad que en los bordes es casi translúcida, cuyo blanco casi centellea y nos hace pensar que se ven brillar los delicados cristales como agujas de hielo o como granos de azúcar. Esa pureza tenía para mí en aquella figura algo sublime. Sólo donde el agua salía del cántaro que la figura llevaba al brazo, había un resplandor verdoso en el mármol, y el escalón sobre el que descansaba el pie que bajaba más era también verde y estaba un poco sucio por la humedad que se filtraba desde abajo. El mármol de la estatua de mi amigo era desde luego excelente, era sin duda de Paros; pero ya tenía hasta cierto punto el color del mármol antiguo, mientras que la ninfa era como nueva, como si el mármol fuese de Carrara. También pensé para mí, y mis amigos lo confirmaron, que esa estatua era de origen reciente; pero, al igual que con la de mi anfitrión, tampoco allí conocían al maestro escultor.

Me gustaba mucho sentarme en la gruta junto a la estatua. Había allí un asiento de mármol blanco en una cavidad que, en posición lateral respecto a la ninfa, se metía en el edificio y desde allí se podía observar muy bien la figura. Había una suave penumbra en el mármol, y, a su vez, en esa penumbra parecía brillar el mármol. Allí se podía ver también el silencioso fluir del agua que salía del cántaro, las ondas que formaba en el estanque, su goteo hasta el suelo y, de vez en cuando, su brillo fulgurante sobre él.

Me habían dado para alojarme la misma habitación que ya tuviera las dos primeras veces que estuve en el palacio. La habían provisto de todas las comodidades imaginables y que yo en su mayor parte no necesitaba; porque en mi vida de viajero estaba acostumbrado a avenirme con lo mínimo en las cosas exteriores.

Cuando nos despedimos del Sternenhof, Mathilde me dijo adiós de la manera afectuosa y agradable con que me había recibido.

En nuestro viaje de regreso fuimos a ver a varios agricultores que gozaban de gran renombre en la comarca, y miramos detenidamente lo que habían introducido en sus predios y lo que deseaban propagar para el bien de la región. Mi anfitrión se llevó a casa esquejes de viña, surtidos de semillas y reproducciones de nueva maquinaria.

Antes de emprender el viaje de vuelta a mi casa, fui otra vez a Rothmoor para ver cuánto había progresado el trabajo de mis mármoles. Algunas de las cosas pequeñas estaban terminadas. Para la taza de la fuente y los objetos más grandes había que esperar hasta el año siguiente. Acepté tal disposición; porque prefería que la cosa quedara bien hecha a que la terminasen pronto. Empaqueté lo ya terminado para

llevármelo a casa.

Al volver a la Casa de las Rosas encontré una carta de Roland, que hablaba de los resultados de sus indagaciones sobre las partes que completaban los revestimientos de madera de mi padre. No había esperanza de encontrar esos complementos. En toda la sierra no había nada que tuviese una semejanza con los revestimientos descritos, además en las comarcas que Roland recorría a pie cada año no había revestimientos ni artesonados de ningún género, tenían que estar, pues, muy escondidos y por eso había que dejar su posible hallazgo en manos del azar, del mismo modo que se había descubierto por un azar lo que yo había llevado a mi padre. Pero en lo que concierne a los revestimientos de que se trataba en este caso, era casi seguro que habían sido destruidos. Las dimensiones, que le habían sido enviadas, de las obras que estaban en poder de mi padre, coincidían de modo exacto con un aposento de la casa de piedra de Lautertal donde se supuso desde el principio el origen de esas cosas, y ese aposento estaba ahora en ruinas. Tenía dos entrepaños en los que debían de haber estado los revestimientos que aún existían. Los relieves intermedios fueron destruidos lo mismo que lo que se encontraba en aquel palacete de piedra; porque, si no, deberían encontrarse o bien en el edificio o bien en la comarca, lo que ni lo uno ni lo otro era el caso, o bien tenían que estar en un lugar muy recóndito ya que, de lo contrario, las indagaciones que ya se llevaban a cabo y que todos conocían desde hacía dos años, tendrían que haber inducido a la gente a vender esas cosas por una buena suma. Así pues, había que hacerse a la idea de que no se encontraría nada, y si no obstante se encontraba algo había que considerarlo un favor inesperado. Mi anfitrión y yo dijimos que habíamos contado más o menos con ese resultado.

Cuando el otoño ya estaba bastante avanzado, emprendí el viaje de regreso a mi tierra. Era una luminosa mañana de domingo la que había elegido para llegar, porque sabía que ese día mi padre estaría en casa y así podría pasar la tarde en compañía de toda mi familia. No llegué en barco, como de costumbre, sino que emprendí la marcha a pie a lo largo de todo el macizo montañoso rumbo al este y después continué en coche, rumbo al norte, hasta nuestra ciudad. A mi padre lo encontré muy contento, parecía haber rejuvenecido varios años. Le brillaban los ojos como si le hubiese acontecido algo muy placentero. Los demás también parecían muy alegres y risueños.

Después del almuerzo mi padre me llevó al pabellón de cristal y me enseñó los revestimientos ya colocados en las pilastras. Era un espectáculo maravilloso, nunca habría pensado que los relieves quedaran allí tan bien. Estaban perfectamente limpios y cubiertos de un ligero barniz.

—Ya ves —dijo mi padre— que el resultado es maravilloso. El revestimiento de madera encaja como si hubiera sido hecho para estas pilastras. Y se diría que es así; si el revestimiento no fue hecho para las pilastras, las pilastras sí han sido hechas para el revestimiento. Pero lo que tiene mucho más peso es que la obra de arte en madera encaja en todo el pabellón como si originariamente hubiera estado destinada a él; y eso es lo que más me alegra. Por tanto no puedo entristecerme tanto como tú porque no se hayan podido encontrar las otras partes del revestimiento. Tendría que construir de nuevo todo el pabellón si aparecieran los complementos; pues sería difícil que encajaran aquí, y no podrían, por naturaleza, dejarse mutilar o agrandar. Por eso vamos a disfrutar de lo que tenemos y, si por un milagro, saliera a la luz el complemento, ya se verá lo que se hace. Como ves, nos hemos tomado mucho trabajo en rellenar los huecos y en dar al conjunto una cohesión natural.

Así era, en efecto. Por encima de los revestimientos se habían fijado espejos cuyos marcos prolongaban los adornos de los revestimientos y conducían a los adornos de las barras y los cruceros de las ventanas. Debajo de las ventanas se habían puesto molduras y paneles de madera, de modo que formaran una superficie más apacible entre las obras esculpidas. Le expresé mi admiración a mi padre por haber sabido dar tal configuración a la cosa.

—Pero nos ha asesorado un excelente especialista —respondió—, y, siguiendo sus consejos, hemos podido cambiar varias cosas en nuestro trabajo ya comenzado; porque de lo contrario no habría llegado a ser lo que es. Siéntate con nosotros, que te lo cuente.

Él estaba sentado con mi madre en un banco confeccionado con finos juncos; mi hermana y yo nos acomodamos frente a ellos en butacas.

—Tu anfitrión —empezó— ha dado con nosotros y, cuando tú llevabas dos semanas de ausencia, nos envió aquí sus dibujos arquitectónicos y los dibujos de muchos otros objetos, para que yo los viera. También me hizo la propuesta de que mandara copiar, para mi propio uso, los que más me gustaran, pero me pedía que le enviara antes a él todas las láminas y señalara aquellas de las que deseo una copia, él me las haría llegar para ese fin cuando tuviera ocasión. Decliné tal oferta, sólo hice dibujar someramente algunos detalles de adornos o de barras, en la medida que comprendí que me serían útiles para mis disposiciones ulteriores. Pero el mayor provecho lo sacamos mi operario y yo de la contemplación del conjunto.

Conocimos cosas nuevas, vimos que había cosas más bellas que las que tenemos nosotros, de tal manera que el proyecto y la ejecución de los trabajos de este pabellón los hicimos mucho mejor que si los hubiéramos hecho sólo nosotros dos. Los dibujos que me envió tu anfitrión, de las obras arquitectónicas, de muebles y de otras cosas, son tan bellos que quizá haya pocos comparables. En años más jóvenes, durante mis viajes y travesías a pie, he visto sin duda monumentos hermosísimos, de vez en cuando incluso más hermosos aún; pero dibujos de monumentos, nunca los he visto de tan consumada claridad y pureza. Gocé mucho mirando esas cosas, y quien está en posesión de una tan magnífica colección de muebles bellísimos, tan numerosos y diversos, nunca podrá recaer en lo insignificante, en lo huero y fútil, es más, si los utiliza de manera adecuada y si su espíritu sabe asimilar esas cosas, sólo producirá una obra noble y pura. Es un raro favor del destino que un hombre tenga tiempo, recursos y colaboradores para poder reunir tales obras. Entre mis horas más bellas se cuenta el haber podido hojear esas colecciones y abismarme en la contemplación de lo que más me interesaba. Quién sabe si el destino me depara de nuevo, más tarde, el favor de hacer uso de la oferta de ese hombre para que yo pueda llevar a cabo algo que no sea simplemente una mezquina prolongación de mis últimos días. Así pues, ¿te gusta lo que hemos mandado hacer para completar nuestros revestimientos?

—Mucho, padre —respondí—; pero ahora tengo otras cosas de que hablar; no salgo de mi asombro al ver que mi anfitrión ha enviado aquí sus dibujos que él aprecia tanto, que sin duda no aprecia menos que sus libros, y de éstos no deja salir ninguno de su casa. Me causa tal alegría ese hecho que no encuentro palabras para expresarla, ni siquiera medianamente. Padre, mis sentimientos han tomado tal amplitud en estos últimos tiempos que ni yo mismo lo comprendo, he de hablar contigo de eso, hay muchas cosas de las que quiero hablar contigo. Y a mi anfitrión, he de darle las más calurosas gracias en cuanto lo vea; al enviarte los dibujos me ha hecho el mayor favor que era capaz de hacerme.

—Entonces tengo que pedirte que vengas conmigo y veas otra cosa —dijo mi padre.

Me llevó a su gabinete de antigüedades. Mi madre y mi hermana nos acompañaron.

Junto a una pilastra adornada con un alto espejo de marco antiguo estaba la mesa de los instrumentos de música que había visto en la Casa de las Rosas, primero en restauración y, al comienzo de ese verano, ya terminada.

De asombro, no pude decir una palabra.

Mi padre, que comprendía mis sentimientos, dijo:

—La mesa es de mi propiedad. Me ha sido enviada este verano, acompañada de esta petición: que la colocara entre mis otras cosas en recuerdo de un hombre cuyo mayor placer sería causar una alegría a otro que siente inclinación por las mismas cosas que él.

—Entonces tengo que viajar inmediatamente a ver a mi amigo —exclamé.

—Yo he dado ya las gracias, sin duda —dijo mi padre—; pero si tú quieres ir y decírselo directamente, me alegro muchísimo.

Mi hermana brincaba, casi daba saltos por la habitación y exclamó:

—Ya me imaginaba yo que él haría eso, ya me lo imaginaba. ¡Qué alegría! ¡Qué alegría! ¿Partirás pronto?

—Mañana en cuanto amanezca —respondí—, hay que encargar hoy los caballos.

—Es una estación tardía, y apenas acabas de llegar, hijo mío —dijo mi madre—; pero no voy a retenerte. Esta mesa y, más aún, el modo de ser del hombre que la ha enviado han sido como un golpe de dicha para tu padre. Tienen que ser aquéllas unas personas excelentes.

—No hay nadie en el mundo comparable a ellas —exclamé.

Envié sin demora al criado a la posta con la orden de encargar dos caballos para las cuatro de la mañana del día siguiente. Luego hablamos de la mesa. Mi padre se extendió sobre sus características, nos explicó esto y aquello y me expuso después, con una prolija argumentación, por qué tenía que estar justo en el lugar en el que estaba. Sin decir nada sobre las pinturas de mi padre que yo me había alegrado mucho de volver a ver y de las que había querido hablar con él, y sin entrar en detalles sobre mi temporada de verano de aquel año, dejé pasar el resto del día y esperé la mañana con impaciencia. Sólo respondía a mi padre cuando me hacía preguntas y escuchaba cuando volvía a hablar de lo que para él había sido un acontecimiento aquel verano. Nos despedimos antes de acostarnos y me retiré a mi habitación.

A las tres de la mañana estaba hecha una ligera maleta de cuero, y media hora más tarde me hallaba preparado, con buena ropa de viaje. En el comedor en el que se había dispuesto un desayuno para mí, me esperaban mi madre y mi hermana. Padre, dijeron, aún dormía muy tranquilo. Yo había desayunado, los caballos esperaban ante la puerta de la casa, mi madre se despidió de mí, mi hermana me acompañó hasta el coche, me besó con gran cariño y alegría, subí al coche y éste partió en las espesas tinieblas que aún

reinaban en todas partes.

Nunca había viajado con caballos de postas privados porque pensaba que era derrochar el dinero. Ahora lo hacía, y aun así el viaje no me parecía lo bastante rápido, y en cada posta en la que recibía caballos de refresco y otro carruaje la parada se me hacía larguísima.

No había preguntado a mi padre por la carta que había acompañado los dibujos o la mesa, ni me había informado sobre cómo habían llegado hasta allí aquellas cosas. Mi padre, por su parte, tampoco había mencionado nada de eso. Decidí ser fiel a lo que me había propuesto y no plantear ninguna pregunta al respecto.

Después de viajar día y noche sin más interrupciones que las necesarias para tomar una frugal comida, llegué hacia el mediodía de la segunda jornada a la Casa de las Rosas. Me detuve delante de la verja, di mi maleta a un criado, que no se extrañó porque sin duda estaba acostumbrado a mis idas y venidas en esa casa, reenvié el carruaje y los caballos a la última posta, a la que pertenecían, entré en la casa y pregunté por mi amigo.

Que estaba en su gabinete de trabajo, me dijeron.

Pedí que me anunciaran y me indicaron que subiera.

Cuando entré, vino hacia mí sonriente. Le dije que parecía saber el porqué de mi venida.

—Creo que puedo imaginarlo —respondió.

—Entonces no se extrañará de que aunque ya me había despedido por este año, vuelva en un viaje apresuradísimo a su casa. Usted le ha dado a mi padre una alegría doble, usted no me ha dicho nada, mi padre tampoco me escribió nada, probablemente para que mi impresión al ver la cosa fuera mayor: tendría que ser una persona muy desleal si no viniera y no le diera las gracias por el júbilo que llena mi corazón. No sé cómo he merecido que usted haya hecho lo que ha hecho; no sé cómo está vinculado a mi padre para que le haga un regalo tan espléndido y, mediante los dibujos, piense en él con tanto afecto. Le doy mil veces mis más efusivas gracias. Le he dado las gracias en mi corazón por todas las muestras de amistad que ha tenido conmigo en esta casa, también le he dado las gracias de palabra. Pero esto es el favor más grande que he recibido de usted y le presento por ello mi ferviente gratitud, cuya mejor manera de expresarla sería que me fuese dado poder hacer, siquiera una vez, algo por usted.

—Eso quizá pueda ocurrir un día —respondió—. Pero lo mejor que un ser humano puede hacer por otro siempre es lo que él es para él. Lo más agradable para mí de este asunto es que yo no me haya equivocado y que a su padre le hayan alegrado los envíos y que la alegría de su padre también le alegre a usted. Por lo demás, todo es muy sencillo y natural. Usted me ha contado que su padre posee cosas antiguas en las que se complace, ha hablado de sus cuadros, usted le ha llevado tallas en madera para las que él remodeló expresamente un pequeño saledizo de la casa, usted ha puesto gran empeño en encontrar lo que faltaba de los revestimientos, incluso me ha pedido consejo al respecto, y era desagradable para usted abrigar el temor de que no encontraría lo buscado, pese a todos sus esfuerzos. Pensé entonces que yo podría dar una alegría a su padre con uno de mis objetos, lo consulté con Eustach y envié la mesa. El envío de los dibujos también era perfectamente lógico. El año pasado, usted hizo con mucho esfuerzo, aquí y en el Sternenhof, copias de muebles a fin de dar a su padre, sólo de un modo general, una idea de lo que hay aquí. Qué indicado era, por tanto, enviarle dibujos que contenían objetos mucho más numerosos, más vastos y más nobles, aunque sólo sean la colección de una sola persona y estén muy por debajo de las obras suntuosas que existen en otros sitios. Nosotros tenemos aquí cantidad de muebles antiguos, podemos prescindir de alguno, ya hemos dado bastantes cosas y nos gusta dar algo a un hombre que encuentra placer en ello y que sabe cuidarlo y apreciarlo.

—Me causaría muchísimo dolor que usted pensara ni remotamente que, al obrar como he obrado, yo tenía la mira puesta en un resultado parecido.

—Nunca he creído eso, mi joven amigo —respondió—, de lo contrario, en modo alguno habría enviado esas cosas. Pero se acercan las doce del mediodía. Venga conmigo al comedor. Aunque no sabíamos que iba a llegar, ya se encontrará algo para que sacie el hambre sin menoscabo para nosotros.

Con esas palabras nos fuimos al comedor.

Después de almorzar, Gustav me acompañó a mis habitaciones, que seguían muy cuidadas y limpias y que ahora temperaba agradablemente un fuego suave. Yo necesitaba descanso, y el calor moderado alivió mis miembros.

En el curso de la tarde dijo mi anfitrión:

—Nunca ha habido un otoño tardío tan hermoso como el de este año, mis registros meteorológicos no presentan ninguno así desde que llegué aquí, y por todos los signos esta situación se mantendrá aún varios días. Pero estos límpidos días de otoño en ninguna parte son tan hermosos como en nuestras tierras altas

septentrionales. Mientras que muchas veces en lo hondo yacen las nieblas matinales, e incluso el río, en su valle, arrastra consigo a diario por las mañanas la franja de niebla, el cielo sin nubes contempla las alturas de la cordillera y brilla sobre ellas un sol puro que no las abandona durante todo el día. Por eso en esta estación del año hace relativamente calor en las tierras altas y, mientras que en las comarcas bajas las ásperas nieblas ya han arrancado las hojas de los árboles, siguen brillando arriba no pocos bosques de abedul, no pocas matas de endrino, no pocos bosquecillos de hayas con su ornamento rojo y dorado. Por la tarde, suele ser entonces la vista sobre toda la llanura más clara que en ningún momento del verano. Por eso hemos decidido viajar hoy a las tierras altas, como ya he hecho a veces otros años. Las distancias no son allí tan grandes, y si vinieran indicios de que va a cambiar el tiempo, podremos emprender en todo momento el camino de vuelta y alcanzar el Asperhof sin grandes dificultades. Mañana llegarán Mathilde y Natalie, viajarán con nosotros, también nos acompañará Eustach. ¿No quiere usted hacer también ese camino y disfrutar durante unos días con nosotros de esta temporada tardía tan agradable? Si después, cuando regresemos a mi casa, empieza a nevar o a llover, podrá hacer su viaje de regreso con la silla de postas, y el mal tiempo apenas le afectará.

—Nunca puede afectarme gran cosa —repliqué—, porque estoy habituado a las inclemencias del tiempo y, por otra parte, dados mis sentimientos hacia usted, no podría ocurrirme nada más agradable que viajar algún tiempo en su compañía; pero en casa no saben nada de esto y es probable que esperen pronto mi regreso.

—Podría informarlos con una carta.

—Sí, puedo hacer eso —respondí—. Aunque haya vuelto a marcharme nada más llegar tras una ausencia de muchos meses, y aunque me esperen ya para los próximos días, comprenderán que es más que natural querer estar algún tiempo en compañía de un hombre a cuya casa he viajado por un asunto como el que nos ha ocupado. Llevarían mucho peor, dadas estas circunstancias, mi regreso a casa, que mi permanencia por unos días más en casa de usted.

—Yo le he presentado la cuestión y mi propuesta —respondió mi anfitrión—; obre usted conforme a su buen criterio. Lo que haga, estará bien.

—Voy a escribir enseguida una carta.

—Bien, y yo la daré enseguida a la posta.

Fui a mis habitaciones y escribí una carta a mi padre. Lo que hice fue seguramente lo correcto. Qué difícilmente me habrían perdonado mi padre y mi madre si yo no me hubiera sumado gozoso al corto viaje de un hombre que se había portado así con nuestra familia.

Cuando hube terminado la carta, la llevé abajo, y el criado que solía hacer todos los recados ya estaba esperándola para, junto con otros encargos, llevarla al lugar en el que sería entregada al correo.

Al día siguiente, ya en el curso de la mañana, llegaron Mathilde y Natalie. Al parecer, a todos les alegraba el motivo por el que yo había regresado a la Casa de las Rosas después de haberse despedido de mí. Me miraban con más cordialidad. Hasta Natalie, que tanto me había evitado, era distinta. Algunas veces que me daba la vuelta, sentía que tenía la mirada puesta en mí, sin embargo la apartaba tan pronto yo dirigía la mirada hacia ella. Gustav se unió a mí de todo corazón y no hacía ningún secreto de ello. Yo sabía ya que me había tomado un afecto extraordinario, y correspondía a él desde el fondo de mi alma.

Por la tarde se hicieron los preparativos del viaje, y a la mañana siguiente, antes de la salida del sol, partimos. Con Mathilde viajaban Natalie y una criada; con mi anfitrión viajábamos Eustach, Gustav y yo. En algún lugar de la región nos encontraríamos con Roland, él haría una parte del recorrido con nosotros, y se había determinado que en ese caso Gustav se instalaría en el carruaje de la madre. La peculiar conformación del paisaje de montaña originaba un peculiar plan de viaje. Habíamos decidido, en efecto, subir varias montañas escarpadas y de largo ascenso y volver a bajarlas. Eso reuniría a veces a todo el grupo, a veces lo separaría. De esa manera se podía disfrutar de varias cosas en común, de otras por separado, pero poco después podríamos contárnoslo unos a otros.

Antes de que el sol hubiese alcanzado el punto más alto de su trayectoria, ya habíamos remontado la vertiente que separa las tierras bajas de las altas, y a partir de allí nos dirigimos hacia la meta propiamente dicha de nuestro viaje.

Mi anfitrión tenía razón. En el suave y leve brillo del sol de la tarde, que aquí parecía casi más cálido que en los llanos y valles de las tierras bajas, nos acercábamos a un escenario delicioso. Hasta las circunstancias secundarias se unían para hacer agradable el viaje. Las carreteras arenosas de las tierras altas, que también estaban muy bien construidas, aparecían muy secas, sin ser polvorientas, lo que no podía decirse de los caminos de las zonas bajas, que, en parte empapados por las diarias nieblas matinales, en parte debido a su pesado suelo, estaban fríos y sucios. Así avanzábamos con comodidad, todo era límpido,

transparente y tranquilo. El sombrero de viaje de Natalie, de paja amarilla, emergía o desaparecía ante nosotros, según que su carruaje subiera una pared suave o descendiera al otro lado de ella. El sol estaba en el cielo sin nubes, pero ya bajo, hacia el sur; se diría que deseaba despedirse por aquel año. La última fuerza de sus rayos aún brillaba sobre algunas rocas y sobre los múltiples colores de los matorrales pegados a las rocas. Los campos estaban segados y labrados, los terrones aparecían desnudos a lo largo de lomas y laderas, sólo destacaban los verdes cuadriláteros de los cereales de invierno. Los animales domésticos, liberados de la carga del verano, que los había desterrado a reducidos apacentaderos, vagaban por los prados o incluso por los campos de cultivo, para regalarse con la hierba reciente. En aquella tardía época del año, los bosquecillos que coronaban las innumerables colinas todavía brillaban, en la gala aún intacta de su follaje, con colores dorados o rojizos, o, como franjas multicolores, ascendían entre el verde oscuro de los pinos que trepaban por las montañas. Y por encima de todo ello había un ligero vapor azul, que lo suavizaba y le daba un delicioso encanto. Ese color azul era sobre todo delicado y bello al acercarse a los surcos de los valles y a las depresiones. Emergiendo de ese celaje, brillaban aquí y allá lejanos campanarios o lucían blancos puntos de casas aisladas. Las tierras bajas estaban liberadas de las brumas matinales, se las veía en toda la redonda junto con las altas montañas, que ellas limitaban hacia el mediodía, y bordeaban hasta muy lejos, como una lejana leyenda, suave y silenciosa, el paisaje cerrado y ondulado por el que viajábamos. No se veían allí apenas signos de actividad humana, ni lindes de campos ni, menos aún, viviendas, sólo la cinta fulgurante del río se insinuaba, aquí y allá, a través del azul. Era indecible cuánto me gustaba aquello, me gustaba mucho más que antes, cuando por primera vez contemplé de cerca ese paisaje junto con mi anfitrión. Sumergí mi alma entera en el exquisito vapor tardío que todo lo envolvía, la hundí en los profundos tajos al borde de los cuales en ocasiones pasábamos, y la entregué, con honda consumación interior, al reposo y a la quietud que reinaba en torno a nosotros.

Una vez, cuando remontábamos una extensa montaña, cuyo camino avanzaba por un lado junto a pequeños peñascos, matorrales y prados, por el otro lado, sin embargo, se abría sobre una cañada y, más allá de ésta, sobre montes, prados, campos de labranza y lejanas franjas de bosques, cuando los coches marchaban delante y todo el grupo los seguía despacio, a menudo deteniéndose y charlando, me encontré caminando al lado de Natalie, la cual, después de guardar ambos silencio un rato, me preguntó si seguía estudiando español.

Le contesté que había empezado hacía poco, pero que desde entonces no había cesado de estudiarlo y que últimamente me había aventurado a leer a Calderón.

Dijo que su madre le había recomendado el español. Añadió que le gustaba, que no lo dejaría, en la medida en que sus facultades le bastaran, y que en el contenido de los libros españoles, sobre todo en la soledad de los romances, en las sendas de los muleros y en las gargantas y montañas, ella veía una semejanza con la tierra por la que viajábamos. Por eso le gustaba el español, porque ese paisaje nuestro le gustaba mucho. Si dependiera de ella, lo que más le gustaría sería vivir en esas montañas.

—A mí también me gusta esta tierra —repliqué—, me gusta más de lo que habría pensado. Cuando estuve por primera vez aquí, apenas me sedujo, es más, con sus cambios bruscos y, al mismo tiempo, con esa gran semejanza entre todos los valles, en lugar de atraerme, más bien me repelió. Cuando más tarde recorrí gran parte con nuestro anfitrión, fue muy distinto, me sentí inclinado hacia esta vastedad y limitación, esta angostura y majestuosidad, esta sencillez y diversidad. Sentí emoción, aunque estaba habituado a otras conformaciones muy distintas, y las amaba, las de la alta montaña. Hoy, sin embargo, me gusta cuanto nos rodea, me gusta tanto que apenas soy capaz de decirlo.

—Ya ve, siempre ocurre así —respondió—. Cuando estuve aquí por primera vez con mi padre, yo me encontraba por supuesto en la infancia, este incesante subir y bajar me resultaba tan desagradable que esperaba con ansia el momento de regresar a nuestra ciudad y a sus llanuras. Al cabo de mucho tiempo viajé por estas comarcas con mi madre y después muchas veces en la misma compañía de hoy, aparte de usted, y cada vez sentí más cariño por estas tierras y su relieve, e incluso por sus habitantes. También es singular y agradable que se pueda combinar el viajar en coche y a pie. Cuando, como hacemos ahora, se dejan los carruajes y se asciende o desciende una larga pendiente, se conoce mejor la comarca que si uno se queda siempre en el coche. Tomamos más contacto con ella. Los matorrales al borde de los caminos, las vallas de piedra que tienen aquí tanta costumbre de levantar en torno a los cultivos, un bosquecillo de abedules con las cosas ínfimas que crecen bajo sus troncos, los prados que se prolongan hasta el fondo de una garganta y las copas de los árboles asomando por las cañadas: se tiene todo eso directamente ante la vista. En las llanuras, uno pasa de largo a toda velocidad. Aquí hay una de esas gargantas que acabo de mencionar.

Nos quedamos parados un momento y miramos al fondo de la garganta. No dijimos nada ninguno de los

dos. Al cabo le pregunté de dónde sabía que yo estudiaba la lengua española.

—Lo ha dicho nuestro anfitrión —respondió—, también nos ha dicho que está leyendo usted a Calderón.

Tras esas palabras continuamos andando. El otro grupo que iba delante de nosotros se había quedado parado hablando, y lo alcanzamos. Las conversaciones se hicieron más generales y versaban sobre los objetos que se veían en inmediata proximidad o a gran distancia.

Como tan pronto se puso el sol empezó a hacer mucho frío y como la finalidad de nuestro viaje no era recorrer grandes distancias sino disfrutar lo que ofrecía el momento y el camino, cuando el sol desapareció tras la linde de los bosques hicimos un alto y nos instalamos en el albergue. El viaje se había organizado de manera que hacia esa hora llegáramos a alguna localidad relativamente grande. Aún salimos al aire libre. Con qué celeridad había cambiado en poco tiempo el escenario. El sol, que da vida y color, había desaparecido, todo tenía un aspecto monocromo, se sentía el frescor del aire, en el fondo de los prados se formaron muy pronto hilos de niebla, las cimas lejanas destacaban nítidas en el aire diáfano, mientras que las tierras bajas se desdibujaban y se cubrían de un velo. Sobre los bosques en sombra, el cielo de poniente era amarillo claro, de alguna casa subía hacia él un penacho de humo, pronto brillaba aquí y allá una estrella y los delgados cuernos de la luna se hicieron visibles por encima del festoneado del bosque de poniente, para hundirse en él.

Entramos después en una habitación que habían calentado para nosotros, cenamos allí, nos quedamos todavía un rato platicando y nos dirigimos después a nuestros dormitorios.

Al día siguiente brillaba la escarcha sobre praderas y sembrados. Los hilos de niebla de nuestro entorno habían desaparecido, todo era nítido y reluciente, pero el valle no era sino una niebla ondulante, más allá de la cual destacaban las altas montañas con sus puros y soleados neveros.

Poco después de salir el sol nos pusimos en marcha, y pronto empezaron a hacerse sentir sus suaves rayos. Notábamos su efecto en nosotros, se deshizo la escarcha, y al poco tiempo la comarca volvió a presentársenos como la víspera.

Visitamos una iglesia en la que, por encargo de mi anfitrión, estaban renovando tallas antiguas. Pero justo en ese momento no se podía ver mucho. Una parte de los objetos había sido transportada a la Casa de las Rosas, otra estaba desmontada y yacía en el suelo, lista para su embalaje. La iglesia era pequeña y muy antigua. Su construcción se remontaba a los primeros orígenes del arte gótico. Su reproducción se encontraba entre los dibujos arquitectónicos de Eustach. Cuando hubimos mirado todo con detalle, proseguimos el viaje.

Por la tarde Roland se unió a nosotros. Nos esperaba en una posada en la que dieron de comer a nuestros caballos.

En el rato que estuvimos en esa casa y después, en otra ocasión en que hicimos un trecho a pie, noté que sus miradas se posaban a veces en Natalie.

Roland tenía dibujos en un libro que llevaba consigo, y había escrito en su cuaderno de apuntes observaciones y propuestas. Nos puso un poco al tanto de todo eso, en la medida en que el viaje lo permitía, y prometió presentarnos varias cosas más por la tarde, cuando llegáramos al albergue.

Al día siguiente por la tarde llegamos a Kerberg y visitamos la iglesia y el bello retablo del altar mayor. Ahora me gustó mucho más que cuando lo vi por primera vez en compañía de mi anfitrión y de Eustach. No comprendía cómo pude estar entonces con tan poco interés delante de esa obra extraordinaria; porque me parecía extraordinaria a pesar de sus deficiencias, que, como bien veía, se encontrarían en toda obra de arte alemán medieval pero que no encontraba en la estatua que estaba en la escalera de mi amigo. Nos quedamos largo rato en la iglesia, y me habría gustado quedarme aún más tiempo. Ante la quietud, la severidad, la dignidad y la candidez de aquella obra, un profundo respeto, una suerte de temor reverencial invadió mi corazón, y la simplicidad del conjunto unida a la exuberancia del detalle apaciguaba los ojos y el espíritu. Hablamos sobre la obra, y por esa conversación comprendí ahora con toda claridad que, antaño, también ante esa obra los dos hombres tomaron en consideración mi falta de conocimientos, y se lo agradecí de corazón. Me propuse hacer en alguna ocasión una copia exacta de esas tallas y llevársela a mi padre.

Comenté de qué modo tan grande y hermoso se había manifestado el arte en otros tiempos y qué distinto me parecía ser todo ahora.

—En el arte ha habido muchos comienzos —dijo mi anfitrión—. Cuando se examinan las obras que nos han sido transmitidas desde tiempos muy antiguos, de los tiempos de las dinastías egipcias, del Imperio asirio, medo, persa, de los imperios de la India, de Asia Menor, de Grecia, de Roma (mucho de eso, que estaba enterrado, está saliendo a la luz en la actualidad, mucho aguarda el momento de su futuro descubrimiento, quién sabe si también América esconde cosas dignas de aprecio), cuando se contemplan

esas obras y cuando se leen los mejores libros que se han escrito sobre la evolución del arte, se ve que los hombres, al crear una obra que ha de ser semejante a la del creador divino (y eso es el arte, que toma partes de la creación, mayores o menores, y las imita) siempre se han quedado en los comienzos, hasta cierto punto son como niños que todo lo imitan. ¿Quién ha hecho ni siquiera un tallo de hierba con tanta fidelidad como los millones de ellos que crecen en el campo? ¿Quién ha reproducido una piedra, una nube, un manantial, una montaña, la elástica belleza de los animales, la fastuosidad del cuerpo humano, sin que el resultado quede muy por debajo de los modelos y sólo sea como su sombra? ¿Y quién ha sabido representar la infinitud del espíritu, que ya reside en la finitud de distintas cosas, en una tempestad, en la tormenta, en la fertilidad de la tierra con sus vientos, sus masas de nubes, en la misma esfera terrestre y por fin en la infinitud del universo? ¿O quién ha sabido ni siquiera abarcar ese espíritu? Algunos pueblos se tornaron más sensatos y fervientes, otros buscaron metas más dilatadas y lejanas, otros, por su parte, aceptaron esos contornos con alma cándida y pura, y otros fueron simples e ingenuos. El arte no es uno solo de esos elementos, el arte es todo ello en su conjunto, lo que hubo y lo que vendrá. También nos parecemos a los niños en que, cuando ellos han hecho con arcilla algo que tiene un lejano parecido a una casa, a una iglesia, a una montaña, sienten una alegría mucho mayor que cuando contemplan esa casa, esa iglesia o esa montaña, incomparablemente más bellas. Tenemos en nuestro ser un sentimiento más íntimo y más dulce cuando vemos un paisaje, unas flores o una persona configurados por el arte que cuando esos objetos están realmente ante nosotros. Lo que admiran los niños es el espíritu de un niño, que ha sido tan productivo en la imitación, y lo que nosotros admiramos en el arte es que el espíritu de un ser humano, objeto de nuestro amor y veneración, casi tangible y sensible para nosotros, haya creado algo, aunque de modo deficiente, imitando a quien aspiramos a abarcar con nuestro entendimiento, a quien no podemos atraer al ámbito limitado de nuestro amor y ante quien el temblor de la adoración y de la sumisión al considerar su majestad se vuelven mayores a medida que lo conocemos mejor. Por eso, el arte es una rama de la religión, y por eso, en todos los pueblos, el arte ha vivido sus mejores momentos al servicio de la religión. Nadie puede saber hasta dónde desarrollará el arte esa recreación. Cuando hubo hermosos comienzos que luego se desvanecieron, por ejemplo entre los griegos, no puede decirse que el arte desapareciera; volverán a venir otros comienzos, conformarán cosas muy distintas, aunque todos ellos se basan y se basarán en lo mismo, en lo divino; y nadie puede decir lo que habrá en diez mil, en cien mil años, en millones de años o en cientos de billones de años, puesto que nadie conoce los designios del Creador en cuanto al espíritu humano sobre la tierra. Por eso, en el arte nunca hay nada totalmente desprovisto de belleza, mientras sea una obra de arte, es decir, mientras no niegue lo divino sino que aspire a expresarlo, y por eso en él tampoco hay ninguna belleza que no pueda ser aventajada, porque entonces sería lo divino mismo, no el intento humano de expresarlo. Por la misma razón, no todas las obras de las épocas más bellas son bellas por igual ni todas las de las épocas más decadentes y toscas son feas por igual. ¿Qué sería el arte si la elevación a lo divino fuera tan fácil (prescindiendo de lo grande o pequeño que fuese el grado de esa elevación) que muchos, sin grandeza interior y sin concentración de esa grandeza, la alcanzaran hasta el signo visible? Lo divino no sería entonces tan grande, y el arte no nos causaría tanto deleite. También por eso es el arte tan grande, porque hay innumerables elevaciones a lo divino que no encuentran expresión artística: la edificación, la lealtad, la oración, la pureza de vida, todo lo cual nos deleita, es más, en ello puede alcanzar el deleite la más alta cima sin que, por otra parte, sea un sentimiento artístico. Puede ser algo superior, frente a lo infinito se convierte incluso en adoración y por eso es más grave y austero que el sentimiento artístico, pero no tiene el delicioso encanto de éste. Por eso, el arte sólo es posible dentro de ciertos límites en los que el acercamiento a lo divino está circunscrito por la esfera de los sentidos y encuentra su expresión precisamente en los sentidos. Por eso, sólo el ser humano posee el arte y, mientras exista, lo seguirá poseyendo por mucho que cambien las formas de expresión artística. Sería sobremanera deseable que, una vez finalizado lo humano, un espíritu pudiera resumir y abarcar todo el arte del género humano desde sus orígenes hasta su desaparición.

A eso respondió Mathilde sonriendo:

—Eso sería en grande lo que tú haces en pequeño, y para ello se necesitaría un tiempo eterno y un espacio infinito.

—Quién sabe lo que ocurre con esas cosas —respondió mi anfitrión—, y aquí como en todas partes será buena la dedicación, la confianza, la espera.

Eustach abrió la carpeta en la que tenía el dibujo del retablo y los dibujos de partes de la iglesia, de la propia iglesia y de objetos que había en la iglesia.

Comparamos el dibujo con el retablo, hubo observaciones, alabanzas, se hicieron propuestas para mejorar el dibujo.

Contemplamos también la iglesia, contemplamos partes de ella, vimos sepulcros y entre ellos la gran lápida roja sobre la que está representado el hombre de la hermosa frente despejada que fundó la iglesia y el retablo.

Ese día nos quedamos en Kerberg. Subimos al monte en el que estaba el antiguo castillo y vimos el castillo y el jardín, sumido en la más avanzada fase del otoño. Recorrimos los lugares por los que habían caminado las antiguas, poderosas y ricas gentes que vivieron allí en otros tiempos, y también el hombre al que debe su existencia la iglesia del valle.

—Lo que hicieron todos esos hombres —dijo mi anfitrión— estaría contenido en parte en los papeles y pergaminos que hay en los palacios y casas de esta región y a veces también en lejanas ciudades. Algunos conocen una parte de esos hechos, la mayoría los ignoran por completo, y quienes caminan siguiendo las huellas que dejaron sus ancestros muchas veces no saben quiénes fueron éstos. No sería inadecuado que, abriendo los archivos de todos los países, se redactaran las historias particulares de familias y regiones, que a menudo nos tocan más de cerca y nos son más accesibles que las grandes historias de los grandes imperios. Se va un poco por ese camino pero quizá no lo suficiente y no de la manera adecuada.

Al otro día nos dirigimos desde Kerberg a las zonas más altas de la región, cuyos bosques eran más espesos y dilatados que los de las regiones recorridas hasta entonces y desde la cual, a la media luz de la mañana, veíamos hasta muy lejos las amplias vertientes de las montañas, con la oscuridad de las coníferas y el rojo de los hayedos.

Mi anfitrión tenía razón. Cada día era más hermoso que el anterior. No había ni rastro de niebla sobre el terreno por el que viajábamos, ni rastro de nubes en el cielo abierto sobre nosotros. Un sol risueño nos acompañaba a diario, y cuando se marchaba, parecía prometer que volvería a aparecer al día siguiente tan risueño como la víspera.

Roland se quedó con nosotros tres días, luego nos dejó, después de haber metido un paquete con dibujos y otros papeles en el carruaje de mi anfitrión. Quería quedarse en aquella comarca hasta la llegada del mal tiempo y después regresar a la Casa de las Rosas.

Todo fue simpático y placentero en aquel viaje, las conversaciones fueron cordiales y agradables, y cada cosa, una iglesita antigua en la que antaño oraban los fieles, una muralla en ruinas sobre un monte, habitada antaño por gentes poderosas y altaneras, un árbol solitario sobre una loma, una casita junto al camino, iluminada por el sol, todo cobraba un encanto peculiar y suave y un sentido.

En el día octavo dirigimos nuestros carruajes rumbo al sur, y el día noveno por la noche entrábamos en el Asperhof.

Antes de emprender el regreso a casa, contemplé una vez más muchos de los magníficos cuadros de mi anfitrión, grabé en mi alma muchas de las cosas extraordinarias de aquellos libros, vi los queridos rostros de las personas que me rodeaban, y contemplé no pocas panorámicas de aquel paisaje que se preparaba para una muerte profunda.

Con el corazón henchido y exaltado, en mi espíritu parecía surgir más y más la cuestión de si un tal proceder, el arte, la literatura, la ciencia, circunscribía y consumaba la vida o si había algo aún más lejano que la abarcaba y la llenaba de una felicidad muy superior.

3. La percepción

Partí de la casa de las rosas con un tiempo muy malo, que, después de los días claros y soleados que habíamos pasado en las tierras altas, estuvo seguido de viento, lluvia y nieve. Los caballos de mi anfitrión me llevaron a la primera posta, donde ya me habían reservado un asiento en el correo que iba camino de mi tierra natal. Mathilde y Natalie se habían marchado dos días antes que yo, cuando ya se percibían en el cielo los signos de que los días benignos se acababan por ese año. Roland había regresado al Asperhof, dando por concluido su viaje a pie. Todo había indicado en la atmósfera que el cambio traería una borrasca. No sé por qué me había quedado tanto tiempo. Me daba igual, por otra parte, que el tiempo fuese bueno o malo. Por mis caminatas estaba habituado a cualquier tiempo, y mi indiferencia a este respecto era aún mayor por ir sentado en un carruaje perfectamente protegido que rodaba por una carretera bien construida.

Al tercer día de mi salida de la Casa de las Rosas, hacia el mediodía, llegué a mi casa. El segundo retorno en aquel año.

Por mi carta se habían enterado de la demora de mi llegada, habían aprobado por completo el motivo y, tal como lo había previsto, se habrían enfadado conmigo si hubiera obrado de otra manera. Conté ahora cuanto había ocurrido desde mi apresurada partida. Como, al regresar la primera vez, enseguida surgió el motivo que me hizo volver a ponerme en camino, fue ahora cuando pude contar poco a poco lo acontecido durante el verano. Mi padre mencionaba muy a menudo los dibujos que le había enviado mi anfitrión, y de sus palabras deduje cuánto apreciaba la destreza del hombre que había hecho los dibujos y en qué alta estima tenía a aquel por cuya iniciativa habían sido realizados. Me llevó de nuevo a la mesa de los instrumentos musicales, me explicó otra vez por qué la había colocado justo en aquel lugar y me preguntó una vez más si estaba de acuerdo con la elección de ese sitio. Al principio me extrañó esa pregunta, ya que él no solía pedirme consejo en tales cosas. A mi juicio, la mesa estaba muy bien junto al entrepaño de las ventanas, en aquel entorno tan adecuado del gabinete de antigüedades, eso ponía muy de relieve sus cualidades. Por eso volví a aprobar plenamente ese emplazamiento, como ya lo había expresado antes de mi partida. Pero después comprendí muy bien que lo que inducía a mi padre a repetir la pregunta sobre la pertinencia del lugar y a volver una y otra vez al sitio donde estaba la mesa era sólo su complacencia en aquella mesa. El ánimo alegre que creí haber visto expresado en toda su figura cuando regresé la primera vez, ahora me parecía que seguía aflorando en él. Hasta mi madre y mi hermana me parecieron más contentas que en otros tiempos, era, en efecto, como si todos me quisieran más que antes, tan buenos, tan amables, tan abnegados eran conmigo. No se puede expresar con palabras cómo alegra el corazón el sentimiento de verse amado por los suyos.

Le hablé a mi padre de la estatua de mármol que había en la escalera de la casa de mi anfitrión y traté de describirle aquella obra de arte. Él me miraba con mucha atención, varias veces llegó a parecerme que me miraba como perplejo. Me preguntó algunas cosas y me hizo hablar otra vez de la estatua. Parecía interesarle muchísimo. Le hablé también entonces de la figura de la fuente del Sternenhof, la comparé con la figura de la escalera de la Casa de las Rosas, procuré poner de relieve la diferencia y me esforcé por hacer evidente la gran superioridad de la figura de la escalera, aunque pertenecía a una época más antigua y la otra no era anterior al siglo pasado y aunque ésta tenía un mármol purísimo y casi deslumbrante y al mármol de la otra se le notaba la avanzada edad. Él me pidió también en este caso puntos de comparación, y vi que el asunto le interesaba mucho y que comprendía su alcance. Le hablé también de los cuadros de mi anfitrión, le di el nombre de los pintores de quienes él poseía obras, y procuré describir los cuadros que más me habían interesado. Planteó también a este respecto muchas preguntas e hizo que me extendiera sobre este objeto más de lo que me había propuesto en un principio.

A los dos días de mi llegada, cuando hablábamos una vez más de estas cosas, me cogió de la mano y me llevó a su sala de pinturas. De propósito, yo no había estado en ella desde mi llegada y había aplazado la

visita para unos días más tranquilos. Había pasado esos dos días departiendo con mis padres, también los había empleado en entregar las cosas que les había traído a ellos y a mi hermana. Entre esas cosas estaban los pequeños objetos de mármol que habían terminado de hacer en Rothmoor. El resto del tiempo se fue en deshacer paquetes, ordenar y realizar algunas visitas de cortesía. Cuando entramos en la habitación y llegamos al centro de la misma, me soltó la mano pero no dijo nada. Yo estaba lleno de asombro. Las pinturas que allí había y cuyo número era reducido, mucho más reducido que en casa de mi anfitrión e incluso que en el Sternenhof, me parecieron bellísimas, obras maestras perfectamente acordes entre sí, de una belleza sublime y armoniosa como no había visto, si me abandonaba a mi primera impresión, en casa de mi anfitrión. Descubrí enseguida que entre ellas no había ningún cuadro de la edad moderna o contemporánea, todos pertenecían a épocas más antiguas, lo más tarde, como creí advertir, al siglo XVI. Un sentimiento hondo y singular me inundó el pecho. Éste es el amor, grande e indescriptible, de mi padre. Él poseía esas joyas, esas cosas le hablaban al corazón, su hijo había pasado a su lado sin prestarles atención, y el padre no le retiró al hijo ni una partícula de su cariño, se sacrificó por él, casi le sacrificó su vida, velaba por él y ni siquiera trataba de demostrarle cuán bellas eran esas cosas. Comprendí cuánta consideración había tenido conmigo él también.

—¡Pero si son unos cuadros maravillosos! —exclamé emocionado.

—Creo que no carecen de interés —replicó en un tono que dejaba traslucir su emoción.

Luego nos acercamos para examinarlos más de cerca. Todas eran, en efecto, pinturas antiguas, y si ninguna tenía dimensiones especialmente grandes, ninguna las tenía tan reducidas que no fuesen compatibles con el arte. Le llamé la atención sobre el hecho de que no poseyera cuadros modernos.

—Las cosas se han presentado así —dijo—; algunas de estas piezas las heredé de tu abuelo, que también era amigo de este género de cosas, y otras he ido adquiriéndolas con el tiempo. El arte medieval es sin duda superior al moderno. Hay en él una mayor profusión de obras bellas que en el moderno, por eso es más fácil adquirir un cuadro antiguo libre de defectos que uno moderno. Quien es aficionado a los cuadros de nuestro tiempo no pone a la venta los que no merecen reproche en lo estético, por eso éstos no son fáciles de encontrar. Los cuadros confeccionados por principiantes o por quienes son mediocres desde una perspectiva artística se pueden comprar fácilmente, en parte a los propios artistas, en parte a través de comerciantes, como también habrá ocurrido en tiempos antiguos. A ésos nunca he podido aficionarme, de ahí que sólo posea cuadros antiguos. Era una raza fuerte y pujante la que entonces estaba en actividad. Luego llegó una época débil y degenerada. Pensó que lo hacía mejor si las formas eran más ricas y exuberantes, si el color era más intenso y las sombras menos profundas. Poco a poco empezó a menospreciar lo antiguo, por eso dejó que decayera, peor aún, la brutalidad consecuencia de la ignorancia destruyó muchas cosas, sobre todo cuando venían tiempos confusos y revueltos. Luego se cambiaba otra vez de rumbo y se volvía a apreciar de un modo más general lo antiguo: un menosprecio general no lo hubo nunca. Incluso se intentó imitarlo, no sólo en el arte pictórico sino también, y en mayor medida, en la arquitectura; sin embargo no se pudo alcanzar el modelo, ni en la unidad básica ni en la ejecución, por buenos y fieles que fueran los nuevos detalles. Paso a paso mejoró la situación, lo que se puso de manifiesto en que de nuevo se apreciaban las obras arquitectónicas antiguas (por mi parte, he conocido unos tiempos en los que tanto los viajeros como los escritores que pasaban por ser ilustrados y con derecho a emitir un juicio declaraban bárbara y obsoleta la arquitectura gótica), en que se sacaban a la luz cuadros antiguos y hasta se coleccionaban muebles antiguos, y en que en la confección de los vestidos se introducían en parte formas y hechuras antiguas. Ojalá se siga mejorando por esa vía, y lo antiguo no sea únicamente una moda carente de espíritu y amante sólo del cambio. Tú podrás conocerlo cuando venga otra vez un periodo de apogeo; porque siempre ha habido una subida de lo profundo a las alturas y una bajada de la altura a lo profundo. Si el conocimiento de la antigüedad, no sólo de la nuestra sino de la antigüedad griega, aún más bella, sigue avanzando y no decae, llegaremos a concebir obras propias presididas por la grave musa de la belleza, no por la pasión ni por la intención ni por un aliciente exterior ni por la simple vehemencia desprovista de método, unas obras que no sean imitación ni que se limiten a expresar un estilo antiguo. Si llegamos a ese punto, entonces es posible que lleguemos a estar socialmente en un estadio en el que no sólo serán poderosas de cara al extranjero partes de nuestro pueblo sino el pueblo entero, y entonces éste, a través de su vida, influirá con fuerza tranquila en la vida de otros pueblos. Siempre pienso que son felices quienes oyen cantar a las alondras de esta primavera; pero ellos no percibirán esa situación de la misma manera que quien ha vivido otras, lo mismo que el inocente no percibe su inocencia, el hombre honrado no tiene en mucho su honradez y las épocas decadentes no advierten su decadencia.

Cuando hablaba así mi padre, yo pensaba en mi anfitrión, que tenía sentimientos parecidos y que se expresaba de modo parecido. Pero no es de extrañar que hombres con aspiraciones semejantes, o sea, con

un espíritu semejante, vengan a concebir las mismas ideas, sobre todo si no se diferencian mucho por la edad.

Después examinamos los detalles.

Mi padre tenía cuadros de Tiziano, Guido Reni, Veronés, Annibale Carracci, Domenichino, Salvatore Rosa, Nicolás Poussin, Claudio de Lorena, Alberto Durero, los dos Holbein, Lucas Cranach, Van Dyck, Rembrandt, Ostade, Potter, Van der Neer, Wouwermann y Jacob van Ruysdael. Fuimos de uno a otro, los contemplamos uno por uno, pusimos alguno en el caballete, y hablamos sobre cada uno de ellos. Mi corazón exultaba de gozo. Ahora era para mí cada vez más evidente lo que a primera vista sólo había vislumbrado, que los cuadros del gabinete de pinturas de mi padre eran todos excelentes y que además armonizaban tanto en su calidad que, en su conjunto, la impresión que causaban era prodigiosa. Yo había adquirido un criterio tan seguro que, a mi parecer, ya no podía emitir un juicio demasiado equivocado. Me expresé en este sentido frente a mi padre, y él me aseguró que, en su opinión, no sólo poseía buenos pintores sino también, por la experiencia que había acumulado durante muchos años en muchas galerías de pinturas y leyendo muchos libros de arte, varias obras muy buenas de esos maestros. Me abandonaba cada vez con más fervor a los cuadros y apenas podía separarme de algunos de ellos. La cabeza de una jovencita que tomé una vez como modelo de dibujo era obra de Hans Holbein el Joven. Era tan delicada, tan amable, que me cautivaba como debió de cautivar también en aquel entonces; porque, de lo contrario, yo no la habría tomado como modelo. Allí casi no podían descubrirse los medios empleados por el artista. Un colorido tan simple y natural, con poco brillo y sin realce de colores, unas líneas anodinas de una apariencia modestísima, y sin embargo con tal gracia, tal pureza, tal modestia, que era difícil separarse del cuadro. El rubio cabello peinado hacia atrás desde la frente estaba dibujado con una sobriedad extrema, y sin embargo apenas podía haber algo más bello que esos bucles rubios. Mi padre permitió que colocara el cuadro dos veces en el caballete.

Una vez examinados los cuadros, mi padre abrió un cajón plano de un armario del gabinete de antigüedades, puso el cajón sobre una mesa cerca de la ventana y me invitó a acercarme y mirar sus piedras talladas.

Eso hice.

Mi asombro fue ahora casi mayor que con los cuadros. En aquellas piedras volví a encontrar figuras como la que estaba en la escalera de la Casa de las Rosas.

—Son todas figuras antiguas —dijo mi padre.

Eran diversas piedras de diferente valor y diferente tamaño. No había piedras preciosas, como zafiros y rubíes, que por su material tienen un gran valor según nuestros criterios actuales, pero sí otras piedras inferiores que se pueden llevar como alhajas y que, eso recordaba ahora con exactitud, llevaba también mi madre en algunas ocasiones. Había un ónice con un grupo en semirrelieve, tallado a la manera habitual: un hombre sentado en un sillón antiguo y someramente vestido; los brazos descansaban con naturalidad a los lados y su fino rostro estaba sólo un poco realzado. Era un hombre aún muy joven. De pie a los lados, menos realzados y marcados con menos fuerza, había mujeres y muchachas y muchachos jóvenes; una diosa sostenía una corona sobre la cabeza del hombre sentado. Mi padre dijo que ésa era su mejor piedra y la de mayor tamaño, y que el hombre sentado podría ser Augusto. En cualquier caso, su perfil, tal como aparece en la piedra, coincide con los perfiles de Augusto que se ven en las monedas bien conservadas de aquel hombre. La figura, los miembros, la actitud del hombre, las figuras de las jóvenes, de las mujeres y de los jóvenes, su ropaje, su actitud de calma y sencillez, la ejecución, clara y acorde con la naturaleza, de las partes pequeñas de los miembros y de las vestiduras, me causaron de nuevo ese efecto grave, profundo, extraño y como mágico que produjera en mí la estatua de la escalera de la casa de mi anfitrión cuando subí por ella el verano anterior durante la tormenta. En las otras piedras se veían hombres con cascos, rostros hermosos y jóvenes o de ancianos de barbas venerables. No había ninguno de alguien en la plenitud de la edad viril. En varias piedras se veían también cabezas de mujeres. En algunas de ellas aparecían figuras de cuerpo entero, un Hermes de pies alados, un joven en actitud de andar, o uno que toma impulso con el brazo para lanzar una piedra. Esas figuras eran tan exactas y precisas que admitían el cristal de aumento. En las piedras de mi padre sólo había representados rostros humanos. Recuerdo que en alguna parte —he olvidado dónde fue— he visto escarabajos esculpidos en piedras.

—Tengo preferencia por las piedras con figuras humanas —dijo mi padre cuando hice una observación a este respecto—, porque me parecen ser lo más directamente relacionado con el hombre. No soy lo bastante rico como para formar una gran colección de piedras talladas en las que estén representados todos los géneros, en la medida en que se tiene ocasión de comprarlos, y, como eso no he podido hacerlo, me he limitado a las figuras humanas y entre ésas, a su vez, a aquéllas cuya adquisición me era posible sin

repercusiones en mi economía doméstica; porque en esa especialidad hay obras de arte que requieren una fortuna de cuya renta podría vivir más de una pequeña familia de pocas exigencias.

Los hombres de los cascos llevaban ese tocado a la manera habitual que ya he visto en reproducciones de obras de arte en semirrelieve de los monumentos griegos y romanos. Ese modo sencillo de llevar el casco, aunque esté trabajado éste con la mayor exquisitez, no he vuelto a encontrarlo en reproducciones de tiempos posteriores, sobre todo de la Edad Media. Los rostros tenían rasgos que indicaban algo ajeno que ahora ya no se encuentra y que remite a una época remota. Los rasgos solían ser sencillos, a menudo hasta de una sencillez inconcebible, y sin embargo eran bellos, más bellos y más acertados en lo humano —al menos así me lo parecía— que los que se ven ahora. Las frentes, las narices, los labios eran más severos, menos artificiosos y parecían más cercanos al estado original de la figura humana. Ése era el caso incluso en las reproducciones de ancianos e incluso cuando se suponía que la cabeza reproducida era el retrato de una persona que vivió en la realidad. Esa configuración no podía ser inspiración del artista, pues era evidente que las piedras procedían de distintas épocas y de distintos maestros; tenía que ser, pues, propia de aquel pasado. Las cabezas de las mujeres también eran bellas, a menudo de una belleza sorprendente; pero también tenían algo peculiar que se alejaba de nuestras representaciones habituales, ya fuese en la manera de sujetarse y de lucir el cabello, ya fuese en la disposición de la frente y de la nariz, ya fuese en la nuca, en el cuello, en el nacimiento del pecho o de los brazos —cuando esas partes aún estaban en el retrato—, ya fuese en todo el conjunto, tan lejano a nosotros. Pero en general esas cabezas eran más vigorosas y tendían a la virilidad más que las de nuestras mujeres actuales. Por eso su atractivo era mayor e infundían más respeto. La factura de esas reproducciones era tan pura, tan acabada y certera, que en ninguna parte, ni siquiera en lo más pequeño, se estaría tentado de pensar que faltaba algo, antes bien, esas formas se veían como algo inevitable por su naturalidad, y al recordar obras posteriores uno no podía menos de tomarlas por los primeros intentos que hacen los niños. Los artistas tuvieron, por tanto, unos conceptos estéticos grandes y sencillos, los tomaron de la belleza de su entorno y embellecieron, a su vez, esa belleza del entorno mediante sus conceptos estéticos. Los cuadros de mi padre me gustaban muchísimo, como también me gustaban muchísimo los cuadros de mi anfitrión, pero, así como la figura de mármol de mi anfitrión ejercía en mi ánimo un efecto más grave y sublime que sus cuadros, así también las piedras talladas de mi padre actuaban sobre mi espíritu de un modo más grave y sublime que sus cuadros. Él debió de notarlo. Tras haber contemplado un rato las piedras, tras haberme abismado yo en ellas y haberlas tenido varias veces en las manos, dijo:

—Lo que los griegos han creado en el arte de esculpir es lo más bello que existe en el mundo, nada puede comparársele, en otras artes y en tiempos posteriores, en cuanto a sencillez, grandeza y precisión, excepto tal vez en la música, en la que nosotros, efectivamente, tenemos algunos movimientos y quizá obras enteras que pueden parangonarse con la simplicidad y la grandeza de los antiguos. Pero eso lo han creado personas cuya formación también ha sido sencilla y a la antigua, mencionaré sólo a Bach, a Händel, a Haydn, a Mozart. Es una lástima que de la pintura griega no hayan quedado sino fragmentos de lo que en ese arte siempre fue considerada una rama subalterna, la pintura al fresco para ornamento de las casas. Como la literatura griega es lo más sublime que hay en esa rama del arte, como su arquitectura pasa por ser un modelo de sobriedad y belleza, sobre todo en las configuraciones de su país, como sus historiadores y oradores apenas tienen quienes puedan compararse con ellos, es de suponer que su pintura también fuera de la misma calidad. En los escritos que han llegado hasta nuestros días, ellos no consideran sus obras arquitectónicas, su filosofía, su historiografía, su literatura y escultura más dignas de encomio que su pintura, e incluso no pocas veces parece que dan preferencia a ésta, por lo que también tuvo que ser de máxima importancia; porque no es concebible que unos escritores que al fin y al cabo fueron la expresión, si bien una expresión sublime, de su pueblo tuvieran un sentimiento y unos conocimientos tan sutiles en otras artes y fueran tan ciegos con los defectos de la pintura. Probablemente nos deleitaríamos con la austeridad y la redondez de su pintura y la admiraríamos como admiramos sus estatuas. Lo que no sé es si podríamos aprender de ella algo para nuestra propia pintura, como tampoco sé cuánto hemos aprendido de su escultura. Estas piedras han sido mi deleite durante muchos años. Cuando a menudo, en horas sombrías, las preocupaciones y las dudas despojaban de su atractivo a la vida y parecían desplegarla ante mí árida y estéril, venía a este gabinete, contemplaba estas figuras, me trasladaba a otra época y a otro mundo y me convertía en otro hombre.

Miré a mi padre. Si antes ya había tenido muchas veces ocasión de amarle y venerarle, y en distintos momentos había descubierto que poseía cualidades más relevantes de lo que yo habría imaginado, nunca, sin embargo, estuve en situación de juzgarle como ahora lo juzgaba. Obligado a llevar unos negocios de la naturaleza más monótona, o habiendo tal vez elegido él mismo esos negocios por propia voluntad —ya que

los dirigía con un orden, una exactitud, una constancia, con una dedicación a ellos que producía asombro —, él, que cumplía con toda modestia sus deberes de ciudadano y que, según creían muchos, se limitaba a solazarse en su casa con algunos cuadros, muebles y libros antiguos, había trazado a su alrededor un círculo más profundo y solitario de lo que yo era capaz de discernir en aquel entonces, y, modestamente, había continuado construyendo ese círculo. Sentí respeto hacia él y le pregunté si había leído en griego a esos escritores que había mencionado.

—Cómo si no podría haberlos leído y seguir leyéndolos, si es amor lo que siento por ellos —respondió—; el mundo antiguo precristiano tiene representaciones muy distintas de las nuestras, las migraciones de los bárbaros suponen una tal cesura en la historia que las obras de los pueblos que hubo antes no pueden ser traducidas porque nuestras lenguas no se corresponden en cuerpo y espíritu con las antiguas representaciones. Leyendo en su lengua sus poemas y sus historias se deviene poco a poco uno de ellos y se aprende a juzgar su manera, lo que, si no, ya nunca sería posible. En nuestras escuelas estudiamos romano y griego, y si después de la escuela nos aplicamos un poco y leemos los antiguos escritos, la cosa ocurre sin ningún esfuerzo y se tiene éxito con más facilidad que si se estudia francés, italiano o inglés, como hace ahora la mayoría de la gente.

—Pero tú también has aprendido esos idiomas.

—Como también los aprenden otros —respondió—, y como lo exigía mi posición.

—Hasta hoy no he sabido que tú leías libros en las lenguas antiguas —dije—, y lo que es más, no sabía que leías y te adentrabas en la poesía, en la historia y la filosofía de los pueblos cuyos escritos leías. Tú sabes que nunca nos hemos atrevido a indagar en los libros que lees.

—No había ningún motivo para contarte lo que yo leía —replicó—, pensé que ya lo sabrías con el tiempo. Tu madre sí lo sabía.

La reverencia ante mi padre, el cual, sin llamar la atención, era más de lo que su hijo podía suponer y que había esperado con paciencia a que el hijo se encontrase con él en el camino, no fue el único fruto de aquel día. Noté muy bien que mi padre también me tenía en mayor aprecio que antes y que le alegraba sobremanera que su hijo iniciase ahora un acercamiento a él en las cosas del arte. Yo sabía bien que coincidíamos en algunos temas científicos, ya que en los últimos tiempos habíamos hablado a veces de asuntos históricos, literarios y otros, pero no sabía hasta qué punto y por qué vías había accedido mi padre a esas cosas. Hoy mi percepción había sido más honda, pero seguía sin saber qué formación científica sistemática había tenido mi padre en sus años jóvenes y si esa formación científica era la causa de que me dejara seguir mi camino, un camino que a mí mismo a veces me había parecido aventurero. Ahora deseaba doblemente que mi padre conociera a mi anfitrión, para que hablara con él sobre temas parecidos a aquellos sobre los que hoy había departido conmigo. Porque yo no podía entrar a fondo en ellos y tampoco sabía hasta qué punto él tenía razón en sus opiniones sobre escultura, poesía y pintura griegas y sobre la música moderna. Pero mi padre seguía trabajando tan serenamente en los asuntos de su profesión, estaba tan inmerso en todos sus pormenores, ocupándose de su progreso sistemático, que no era fácil esperar que se decidiera a emprender un viaje.

Hacia el final de nuestra conversación entraron también mi madre y Klotilde. El rostro de mi madre se iluminó cuando nos vio de pie junto a las piedras, cuando vio que mi padre me las enseñaba y explicaba y cuando pareció darse cuenta de que toda la persona de mi padre dejaba traslucir su gozo y de que el acercamiento que ella había vislumbrado había tenido realmente lugar.

Fuimos también varias veces ora a la habitación de las pinturas, ora al gabinete de antigüedades, en el que aún seguía sobre la mesa el cajón de las piedras, y hablamos de diversas cosas.

—Estas obras de arte —dijo mi padre cuando hubo guardado otra vez bajo llave las piedras y nos alejamos de aquella habitación— pueden pasar a ser propiedad vuestra. Si tenéis interés y un hondo amor por ellas, después de nuestra muerte las recibiréis en un reparto que haré, según creo, de modo equitativo. Si muero antes que vuestra madre, quedarán como signo distintivo de nuestra apacible casa en el lugar en el que están ahora, y no os serán entregadas hasta que vuestra madre haya seguido mis pasos. Si Klotilde quiere cederte su parte, ya está determinada la suma que habrás de darle a cambio, y lo mismo si es a la inversa. Si después de nuestra muerte no hay en ninguno de los dos tanto amor a estos cuadros y a estas piedras que lo guardéis todo sin dispersarlo, ya ha sido dispuesto que, después de hacer vosotros la declaración correspondiente y a cambio de una indemnización que no será poco equitativa, pasen a un lugar en el que todo quede junto. Pero creo que esa afición tendrá continuidad en nuestra casa.

Nosotros no respondimos a esas palabras porque tocaban un tema que, por muy lejano que lo imaginásemos, nos afectaba dolorosamente.

Después de esa experiencia me dediqué aún con más celo a conocer las obras de las artes plásticas.

Estudié los cuadros de mi padre hasta en los menores detalles y, a ese fin, estuve muchas veces y en ocasiones largo tiempo en el gabinete de pinturas, visité todas las colecciones de cierta importancia que eran accesibles y traté de profundizar en sus cuadros, examiné todas las esculturas que tenían renombre en nuestra ciudad aspirando a obtener un conocimiento exacto de sus características, leí, finalmente, célebres libros de arte y comparé mis ideas y mis sentimientos con los que encontraba en esos libros. Hablaba mucho con mi padre sobre esas cuestiones, nos acercábamos cada vez más el uno al otro, mis sentimientos eran cada vez más hondos y sumergía mi alma en ellos. Ahora admiraba nuestra catedral en mayor medida que en todo el tiempo anterior y pasaba no pocas horas ante aquella imponente construcción. Hasta las estructuras de las matemáticas, cuando a veces tenía algo que hacer en ese campo, me parecían bellas y delicadas, lo que me ocurría sobre todo con algunos matemáticos franceses. Proseguí con la pintura de hermosas cabezas y tampoco descuidé la pintura paisajística que había comenzado el año anterior junto con mi hermana. Examinamos juntos los dibujos que ella había hecho el verano anterior durante mi ausencia, y así como mi anfitrión, Eustach y mi padre me aleccionaron sobre las faltas que encontraron en mis primeros paisajes, así también aleccioné yo a Klotilde sobre las suyas.

Desde que conocía a Mathilde, sobre todo ahora que ya la había tratado bastante y había hecho con ella y con los demás aquel viaje a las tierras altas a finales del otoño, fijaba mi atención en los rostros de las mujeres maduras o ya ancianas. Se es muy injusto, y soy consciente de que también lo he sido —y sin duda lo son asimismo otras personas jóvenes—, cuando se eliminan enseguida los rostros de mujeres, casadas o solteras, que ya tienen cierta edad, y se los tiene por algo que ya no vale la pena considerar. Ahora empecé a pensar que las cosas eran distintas. La juventud, la belleza extremada, atraen con fuerza nuestra atención y provocan hondo deleite; pero ¿por qué no vamos a contemplar también con los ojos del espíritu un rostro por el que han pasado los años? ¿No hay en éste una historia, con frecuencia una historia desconocida llena de dolores o de belleza, que se refleja en los rasgos de tal forma que podemos leerla o vislumbrarla con emoción? La juventud señala hacia el futuro, la senectud narra un pasado. ¿No tiene éste derecho a nuestro interés? Cuando vi por primera vez a Mathilde, me vino a la mente la comparación con la rosa que se marchita, una comparación que había empleado mi anfitrión refiriéndose a ella, la recordé porque me pareció muy adecuada; y cuando en ocasiones posteriores contemplaba a Mathilde, esa imagen se asociaba a mis pensamientos, luego siguieron otras y así nació toda una serie de imágenes. Una vez pensé que Mathilde era como una imagen del perdón, y eso lo pensé después repetidas veces. Su rostro fue sin duda bellísimo, quizá incluso tan bello como el de Natalie, ahora es muy distinto, pero habla en silencio de un pasado que, a nuestro parecer, deberíamos poder percibir, y que nos gustaría percibir porque nos resulta fascinante. Sin duda tuvo más de una afición y conoció no pocas alegrías, sin duda perdió más de un bien, soportó dolores y penas; pero lo ofreció todo a Dios y trató de encontrar el equilibrio interior, fue buena con las gentes, y ahora es hondamente feliz, pese a algún deseo no cumplido y a preocupaciones grandes y pequeñas que la tornan pensativa. Cuando oí decir a un hombre que la princesa en cuyas veladas yo participaba algunas veces tenía una tez tan hermosa y delicada que Rembrandt sería el único capaz de pintarla, no sólo presté más atención a la princesa, que era tan bella a su avanzada edad, sino que también contemplé con más detalle a Mathilde y conocí mejor su belleza, aunque ya hubieran pasado por ella muchos años. Empecé a contemplar a hombres y mujeres de edad avanzada y a indagar el significado de sus facciones. Pensé entonces en las cabezas de ancianos representadas en las piedras de mi padre. Contemplaba a menudo las piedras, ya que se me permitía acceder a ellas, y comparaba las cabezas que allí había con las que me salían casualmente al encuentro en la generación que ahora vivía. Ambos géneros no eran comparables entre sí, y en ellos se hacían evidentes las diferencias de las familias humanas. El rostro de la princesa me pareció mucho más bello que en tiempos pasados, pero se comprende que yo no concibiera el deseo de pintarlo y, más aún, que no expresara ese deseo. Por otra parte, en los rostros de muchos que observaba ahora con más ahínco, encontraba a menudo algo que no me gustaba, ya fuese envidia, ya fuese algún otro apetito inmoderado, ya fuese simple decadencia o vulgaridad, ya fuese otra cosa; en tales ocasiones, enseguida dejaba de observar y no abrigaba el deseo de pintar lo visto. Desde que conocía mejor a Gustav y tenía una amistad más íntima con él, me gustaba también mirar cabezas de muchachos jóvenes por si podían hacer de modelos. Aunque el rostro de Gustav tampoco igualaba a aquellos hermosos y sencillos rostros de las piedras de mi padre, cuyas imágenes, bajo los cascos, eran de una rara nobleza, estaba sin embargo más cerca de ellos que todos los demás que yo había tenido ocasión de ver, y era de una belleza como pocas veces llegará a tener la cabeza de un niño que acaba de entrar en la adolescencia. Si la expresión de los semblantes de los jóvenes de nuestra ciudad muchas veces indicaba que su espíritu tal vez había quedado deformado, si tenían cierta blandura o suficiencia o cualquier cosa que traspasaba los límites de su edad, sin que por otra parte mostraran fuerza, el rostro de Gustav era tan

vigoroso que parecía reventar de salud, era tan sencillo que no parecía expresar ningún deseo, ninguna preocupación, ningún dolor, ninguna emoción, y era por otra parte tan suave y bondadoso que, si no fuera por aquella mirada de fuego, se creería estar contemplando el rostro de una joven.

Ahora dibujaba y pintaba mis cabezas de otro modo que antes. En el pasado, sobre todo al comienzo de esa actividad mía, sólo aspiraba a que las líneas exteriores fuesen correctas, en la medida en que yo era capaz de representarlas, y, si conseguía reproducir de modo aproximado los colores, creía haber alcanzado mi objetivo; ahora, sin embargo, la meta que perseguía era la expresión, el alma —si puedo emplear esta palabra— que las líneas y los colores representan. Desde que empecé a amar la estatua de mármol de la casa de mi anfitrión y a profundizar en los cuadros que había hallado en la casa de las rosas y en casa de mi padre, todo era distinto, yo buscaba y perseguía algo interior, alguna cosa que estaba fuera del ámbito de los colores y las líneas, que era más grande que esas cosas y que, sin embargo, esas cosas debían representar. Dibujar o incluso pintar una cabeza tal como yo quería ahora era mucho más difícil que tal como deseaba hacerlo antes, era incomparablemente más difícil; pero era algo insoslayable si se quería realizar tal cosa, era componer poesías si había que entregar una obra poética. Limité más mi tarea, traté de esbozar los rasgos en un espacio reducido y, en cuanto empezaba a hablar algo interior, me contentaba con insinuar el dibujo y los colores, sin empeñarme en convertir lo comenzado en un cuadro completo, lo que no pocas veces, si lo intentaba, destruía otra vez esa calidad interior y dejaba a la pintura desprovista de alma. Mi padre era el juez, un juez inflexible ahora, mientras que antes dejaba pasar tranquilamente cuanto yo emprendía. Solía decir que ahora mi meta era de carácter artístico, que lo de antes era pasatiempo. A menudo, cuando no alcanzaba mi objetivo, me refugiaba en los cuadros y trataba de averiguar cómo habían hecho éste y aquél para conseguir la expresión allí representada. Mi padre decía que ése era el camino histórico del arte, que se podía seguir tal camino si se visitaban grandes colecciones de cuadros y en ellas estaban las obras sin grandes lagunas para poder contemplarlas. Aparte de una muy precisa observación de la naturaleza y del amor a ella, añadió, ése era el camino por el que el arte progresa y de hecho había progresado, tras los diversos comienzos que había tenido en los diversos tiempos y espacios, hasta que se hundió o fue destruido, para recomenzar una vez más e intentar avanzar de nuevo. Allí donde aparece la pura soberbia que rechaza todo lo anterior y quiere crear a partir de sí misma, allí se acaba el arte, al igual que otras cosas de este mundo, y quien así obra se arroja en la inanidad.

Aparte de aprender a dibujar continué con mi hermana los ejercicios de lengua española y la práctica de la cítara. Ella tuvo tendencia desde la infancia a imitar un poco cuanto yo hacía, y yo siempre sentí un poco el deseo de guiarla. En parte, eso continuaba ahora.

También recomenzaron y continuaron las lecciones sobre piedras preciosas que me daba mi amigo, el hijo del joyero. Como además los dos teníamos muchas horas de trato amistoso, un día, aunque me resulta siempre difícil decirle a nadie algo relacionado con su propio oficio, me armé de valor y le expuse mis ideas sobre la montura de las gemas: que, a mi parecer, no era correcto que las gemas quedasen aplastadas por la montura; pero que tampoco me parecía bien que su única montura fuese la estrictamente necesaria para que quedasen sujetas y que por eso se presentaba un camino intermedio: aumentar la belleza de la piedra con la belleza de la conformación, con lo que resultaba posible que un material tan precioso de por sí pasara a ser lo más precioso, a saber, una obra de arte. Le recordé entonces las figuraciones que cultivaba el arte medieval, en las que cabía inspirarse para seguir avanzando.

—En el fondo tienes toda la razón —replicó mi amigo—, todos lo sentimos así, con más o menos claridad, excepto quienes juzgan indiferente y accesorio cuanto no es fuente inmediata de lucro; por eso se han hecho, y siguen haciéndose, toda clase de intentos para sutilizar la montura. El resultado es mejor o peor según la calidad de los artistas que hacen los diseños. Pero esto comporta una dificultad múltiple. En primer lugar quienes trabajan con gemas y perlas raras veces son artistas, ni es fácil que lleguen a serlo, porque esa formación costaría mucho tiempo y mucha energía; y si pese a todo llegan a serlo, entonces sólo quieren ser artistas, realizan obras de arte y no trabajan con piedras preciosas, lo que sería perjudicial para su arte y sus ingresos. Y, en segundo lugar, si se piden diseños a los artistas, se da el inconveniente de que el artista entiende muy poco de joyas y por eso puede calcular mal la montura en relación con la naturaleza de las joyas, a lo que viene a añadirse también que los grandes artistas están poco dispuestos a elaborar diseños de monturas de gemas, excepto si se trata de una afición especial suya; y si lo hacen, la montura resulta carísima. Por eso hay que recurrir a artistas menores que, a su vez, entregan monturas menores. En nuestro negocio, tenemos las cosas muy claras. De cuando en cuando procuramos presentar, con perlas y piedras preciosas, una verdadera obra de arte y esperamos a que venga un entendido y se quede con ella. Porque las personas que necesitan piedras preciosas son mucho más numerosas que las que buscan objetos artísticos. La falta de un gran número de diseños de excelente calidad y la falta de compradores (pues la

venta de joyas es al fin y al cabo nuestro medio de sustento) nos impide hacer confeccionar un gran número de tales obras. Pero como nuestros clientes habituales tienen tanto gusto que una montura vulgar los ofendería, optamos por la vía más natural, hacer una montura noble en el material y sencillísima en la forma, de manera que lo predominante sea la belleza de las piedras o de las perlas por sí mismas, y que permanezca escondida el ancla a la que están fijadas. Por lo que toca a tus ideas sobre configuraciones medievales, eso no es nuevo; se han hecho intentos en esa dirección, y el barón Von Risach nos ha encargado cosas de índole parecida basadas en los dibujos traídos por él.

Me convenció bastante el asunto y no pude seguir removiéndolo. Desde ahora examinaba con aún más cuidado y precisión los trabajos que mandaba hacer mi amigo en los distintos talleres de la ciudad. Solían ser muy bellos, creo que incluso más bellos de los que se suele ver en ningún otro sitio. Y sin embargo yo no podía menos de afirmar que, con que hubiera un sentido del arte más noble y elevado, las gentes que gastaban grandes sumas en joyas también desembolsarían esas sumas, o incluso otras mayores para encargar de entrada joyas que fuesen verdaderas obras de arte. Mi amigo contestó a eso que, por muy elevado que fuese el sentido estético y por muy extendido que estuviese, siempre seguiría siendo mayor el número de quienes sólo compran joyas en calidad de joyas que el de quienes esbozan y mandan confeccionar obras de arte en alhajas, cosa que él, por otra parte, consideraba la cima suprema de su oficio. Se añadía a eso, continuó, que muchos que tenían sentido estético se dejaban atrapar por la belleza de las piedras y al final no ansiaban otra cosa que esa única belleza. En el último punto mi amigo tenía razón de modo muy especial; porque cuanto más observaba yo mismo las piedras, cuanto más estaba en contacto con ellas, tanto mayor era el poder que ejercían sobre mí, de forma que comprendí que hubiese gente que se limitara a formar una colección de piedras preciosas sin montura alguna y que se deleitase con ella. Hay algo mágico en el brillo sutil y aterciopelado del color de las piedras preciosas. Yo prefería las de color, y por mucho que refulgieran los diamantes, me atraía más el sobrio, rico y profundo resplandor de las de color.

Reanudé mi trabajo, que había dejado de lado en el verano. Casi me hacía reproches por haberlo abandonado de ese modo y por haber podido entregarme a una vida sin método. Hice lo que solía dejar para el invierno y proseguí los trabajos de los periodos anteriores. La actividad sistemática pronto ejerció su suave influencia sobre mí; porque lo doloroso que habitaba en mí, pese al alegre estado de ánimo en que me encontraba debido a mis conquistas en el arte y en la ciencia, retrocedió y tuvo que desaparecer ante la tarea tenaz, rigurosa y exigente que reclamaba la jornada, que esa tarea dividía en distintas secciones.

Como en el invierno anterior, frecuenté mis círculos, y además los lugares donde había música y arte.

Para poder conciliar todo esto, tuve que hacer una exacta repartición del tiempo y emplearlo de modo adecuado. Estaba acostumbrado a ello desde la infancia; me levantaba muy temprano y ya había terminado algunas tareas de ese día a la luz de la lámpara cuando en nuestra casa se acercaba la hora general de levantarse y nos reuníamos para desayunar. Además, no necesitaba dormir mucho y podía robarle alguna hora a la noche cuando ésta acababa de comenzar. La actividad fortalecía y, si en mí había un ímpetu y una exaltación, ese ímpetu y esa exaltación se tornaban aún más claros y firmes mediante esa actividad.

Una de mis primeras diligencias después de mi regreso fue ir a casa de la princesa para presentarme. Ella también había regresado pocos días antes de su casa de campo preferida a la ciudad y aún no estaba muy aclimatada. Me recibió con gran afabilidad como siempre y me preguntó por mis actividades del verano. No pude decirle mucho y aparte de contarle que había llevado a cabo mediciones en el Lautersee, hablé de mis estudios de arte, de mi afición al arte y de mi amor a la literatura. De mi especial relación con mi anfitrión sólo mencioné generalidades, porque me habría parecido pretencioso contar detalles de mi vida a una digna anciana, cuyas relaciones eran extensas y esenciales, sin que ella me lo pidiera. Por su parte, ella tampoco entró más a fondo en el tema, quedándose en cambio con tanto más fervor en el arte y la literatura. Me preguntó lo que había leído, cómo lo había entendido y lo que pensaba al respecto. Mostró entonces que estaba familiarizada con todas las obras que le mencionaba, pero los escritos griegos de los que le hablaba los había leído sólo en traducción. Entraba en todos los temas de modo general, y se adentraba muy intensamente en algunos. Nuestros pareceres coincidían con frecuencia, con frecuencia divergían también, y ella procuraba justificar su opinión, lo que a mí, en cualquier caso, siempre me daba nuevos puntos de vista. A propósito del arte, me pidió que le enseñara algunos dibujos y pinturas cuya selección podría hacer yo mismo si no estaba dispuesto a traerle todo. Dije que todo sería demasiado, teniendo más que nada en cuenta que en los primeros tiempos había hecho dibujos exclusivamente naturalistas y ni yo mismo podía indicar la frontera en la que los dibujos naturalistas empezaban a ser de carácter artístico. Dije que elegiría algo de cada periodo y que se lo traería. Quedó fijado un día en el que iría a su casa a primera hora de la tarde.

Llegué ese día, nadie estaba con ella excepto la lectora y se dio orden de no dejar entrar a nadie; porque mis dibujos estaban destinados sólo a ella, no a las miradas extrañas que pudieran añadirse. Ella miró todas las láminas y las aprobó todas, los dibujos naturalistas de plantas atrajeron muy en especial su atención, porque a ella siempre la había atraído mucho la botánica, aún seguía interesándose por esa ciencia y la cultivaba sobre todo durante sus temporadas en el campo. Le gustó mucho la precisión de las reproducciones y me indicó con gran exactitud cuáles se correspondían más con los originales. Después de los dibujos de plantas, los que más le agradaron fueron los de las cabezas. De los estudios paisajísticos le llamaría seguramente la atención su carácter unilateral, puesto que ella sin duda conocía muy bien la morfología del paisaje, ya que le encantaba pasar varias semanas del verano en alguno de los más bellos parajes de nuestro país. Pero no se expresó al respecto. De las cabezas dijo que de esa manera se podía formar toda una colección de personajes notables. Respondí que no había sido ésa mi intención, pues tampoco me resultaba tan fácil saber quién era un personaje notable. Como había dibujado mucho tiempo objetos de la naturaleza —añadí—, había visto con claridad que el objeto más digno de ser dibujado era el rostro humano, y fue entonces cuando traté de reproducirlo en esos bocetos. Al principio casi siempre seguí, en mi ignorancia, la vía del dibujo naturalista, hasta que se me reveló algo superior cuya representación trasciende esa vía; ese algo —le dije— era lo que daba carácter realmente humano a los rasgos y a los gestos y lo que yo pretendía representar sin saber si lo conseguiría o no.

Preguntó también por la sección de mis investigaciones científicas que yo había consignado de modo coherente por escrito y dejó traslucir el deseo de saber algo sobre ello. La historia del origen de nuestra tierra y de su desarrollo hasta el día de hoy, dijo, tenía que despertar el más vivo interés. Respondí que no estábamos tan avanzados y que no me contaba en absoluto entre quienes han aportado un material que permita sacar nuevas conclusiones, aunque también fuese grande mi empeño en conseguir para mí y, si era factible, también para los demás, el mayor progreso posible. Y si ella deseaba enterarse de eso y también de lo que habían hecho otros, sin adentrarse en las obras científicas correspondientes y sin tomar ese objeto como finalidad propia, yo encontraría de seguro el tiempo y la ocasión. Ella se mostró satisfecha y me despidió con el donaire y la bondad que le eran propios.

Desde aquel día cambió mi relación con ella. Como había estado en su casa durante el día, a partir de entonces ocurrió eso mismo a menudo, ya fuese que examinásemos obras o reproducciones para las que no habría bastado la luz de las lámparas nocturnas, ya fuese que me invitase a participar en conversaciones que tenían lugar entre ella, su dama de compañía y yo —ocurría raras veces que estuviese presente uno de sus hijos, o una nieta o alguno de sus parientes próximos— y en las que el tema solía ser la historia de la tierra o algo relativo a las ciencias físicas. Con cierta frecuencia hacía, por propia iniciativa, una breve visita para informarme de su estado de salud. Las veladas también tomaron un giro diferente en relación conmigo. Como habíamos hablado de las obras literarias en las que se centraba mi interés en los últimos tiempos, y como esas obras se remontaban a tiempos pasados que no tenían nada que ver con los acontecimientos actuales, como la princesa no se dedicaba, a su edad, a esas cosas y ya había quedado muy atrás la época en la que estaba al corriente de tales obras, se determinó acometer de nuevo ésta o aquélla, y disfrutarla en común. Eso ocurría durante las reuniones vespertinas y yo hube de hacerme cargo de la lectura en voz alta, sobre todo cuando el grupo no era numeroso, lo que solía ocurrir en aquellas veladas en las que se proponían obras poéticas. Esa obligación me incumbió cuando se procedió a la lectura de algunos romances españoles. La princesa, la dama de compañía, un hombre que estaba presente y yo, entendíamos mal la lengua española; pero se había decidido leer los romances en español. Me fue encomendada la lectura, y, que lo hiciera mejor o peor, con la ayuda de algunas explicaciones y de algún que otro diálogo en nuestra lengua materna, acabamos comprendiendo los romances. Después de aquella velada también tuve que leer a menudo en alemán, y ocurría no pocas veces que me preguntaban mi parecer sobre partes de lo leído y me pedían aclaraciones. Eso ocurrió sobre todo cuando nos aventuramos en pasajes de Cervantes y Calderón. La dama de compañía de la princesa se complacía en leer en otras lenguas, sobre todo en el italiano de Dante y Tasso. Los textos del griego antiguo —sólo se abordó la lectura de la *Ilíada* y la *Odisea*, después algo de Esquilo— tuve que leerlos yo solo, en traducción alemana. Se habló entonces mucho sobre la vida y la sociedad griega en su época más remota, sobre su Estado, su arte y sobre la configuración y la naturaleza de su tierra y de sus mares. Aquel invierno estuve invitado en casa de la princesa, para estas ocupaciones, con mucha más frecuencia que en el pasado. La primavera y la época del año en la que se suele buscar otra vez la vida del campo nos llegó demasiado pronto, acordamos lo que trataríamos el invierno siguiente, y la princesa me despidió con su cautivadora cordialidad.

Las ocupaciones en el seno de nuestra familia consistían ahora en conversaciones muy frecuentes, entre mi padre y yo, sobre arte y libros. Me contó cómo empezó a aficionarse a la pintura y a coleccionar

cuadros. En ese contexto vino a hablar de su juventud y, como estaba de un humor más alegre y animado que otras veces, me contó con detalle cómo había transcurrido ésta. Me explicó que hubo de procurarse él mismo los medios para estudiar algo y que su hermano mayor, que había sido una persona de gran talento, le pudo ayudar algo, pero en realidad poquísimo, porque también había tenido que buscárselo todo él mismo y le llevaba a él pocos años. Asesorado por personas sensatas, él había empezado a leer, y en su época de aprendiz pasó en su cuarto, con los libros, no pocos de sus días de asueto. Ya libre, trabajó, en parte en nuestra ciudad, en parte en los más destacados emporios comerciales de Europa, trabó contacto con artistas, fue a verlos a sus talleres, acumuló conocimientos sobre el modo de pintar y, con esos conocimientos, fue a las más célebres colecciones de pinturas de las grandes capitales. Le ocurrió, a este respecto, que dos veces tuvo que empezar a aprender desde cero. Así, en Roma, adonde se había dirigido procedente de Trieste para vivir allí a su gusto seis meses, vio con claridad que no sabía nada. Entonces, sin perder la paciencia, volvió a empezar, y de Roma data su amor por los cuadros antiguos. Su hermano había pasado por las escuelas estatales, y, como él le tenía mucho afecto, siguió su ejemplo y también empezó a amar las lenguas antiguas. En los empleos que tuvo, gozó de más tiempo libre que cuando era aprendiz y ese tiempo lo dedicó a sus aficiones personales. Con un viejo abad que había resignado la dirección de su monasterio y, durante el invierno, gozaba en nuestra ciudad de su digno ocio, como él lo llamaba, leyó a historiadores y a poetas antiguos. El abad era gran amigo de los escritos antiguos, detectó en él la afición a esas cosas y le asesoró con sus conocimientos. Con mucha frecuencia hubo de leer en alta voz a los llamados clásicos, en el aposento del abad. Conoció a éste en nuestra ciudad, a través de su patrón, en cuya casa se daba una o dos veces al año una fiesta en honor del abad, que había sido en tiempos pasados maestro de aquel patrón. Ese patrón, el último con el que estuvo mi padre, era un hombre de bien, que no sólo ofrecía a sus empleados la posibilidad de formarse, utilizándolos para los viajes que se emprendían y en los que conocían a los socios comerciales, las relaciones mercantiles, las vías de comunicación y cosas semejantes, sino que también les daba tiempo suficiente para que, si no poseían los medios para poner un gran negocio, pasasen gradualmente de unos comienzos modestos a operaciones de mayor envergadura y lograsen finalmente la autonomía. Así, mi padre empezó con pequeños ahorros, amplió sus negocios, y por fin, una vez concluidos los inicios bajo la égida de su amo, se convirtió en comerciante autónomo. Lo que habría podido emplear en diversiones lo ahorraba y se compraba un libro o una obra de arte o hacía un viaje para instruirse. Cuando sus relaciones comerciales iban en aumento y prometían ser cada vez más fecundas, conoció a mi madre y obtuvo su mano. Ella aportó al hogar una dote considerable, y así se pusieron en común los fundamentos para que los hijos no sólo pudiésemos vivir con libertad y autonomía con nuestros padres en su propia casa, sino que, en un futuro, dispusiéramos de ciertas reservas y para que él pudiese rodearse de muchas cosas que le ofrecía la dulce querencia de su corazón y que le servían de esparcimiento y eran para él, tras el amor de su esposa y el buen prosperar de sus hijos, el galardón de la vejez. El venerable abad murió poco después de haber casado a mi padre, su último discípulo. Éste, por su parte, fue a ver tres veces, acompañado de su joven esposa, a sus ancianos padres, que vivían de una explotación agrícola poco rentable en una lejana región boscosa, y que poco después murieron uno tras otro. Su noble amo aún nos apadrinó junto a la fuente bautismal, después se retiró de los negocios, vivió en casa de su único vástago, una hija casada con un conocido hacendado, y también murió finalmente allí. Así cambió toda la situación. Su hermano y él donaron la casa del bosque y la modesta explotación agrícola a una hermana, ésta murió sin hijos, y, como ni su hermano ni él podían administrar la casa, convinieron en que recayera en un pariente lejano. El hermano había muerto durante su minoridad, asimismo los abuelos maternos y por último un tío abuelo de esa misma línea, que nos declaró herederos, y como nuestra madre no tenía hermanos, estábamos ahora solos, y no quedaba ningún pariente por línea paterna ni materna. Él había volcado sobre nuestra madre y sobre nosotros el amor que había revertido a él por la muerte de sus familiares, a los que dedicaba un piadoso recuerdo, sobre todo al hermano; su casa era toda su alegría, y nosotros dos, mi hermana y yo, habíamos de permanecer unidos y no decaer en nuestro cariño mutuo, sobre todo cuando también nosotros nos quedásemos solos y nuestra madre y él reposaran en el camposanto.

Esa exhortación al amor no era necesaria; porque nos parecía casi imposible que mi hermana y yo nos quisiéramos más de lo que ya nos queríamos, sólo amábamos más a nuestros padres, y cuando se hacía una alusión a que un día ellos tendrían que abandonarnos, era grande nuestra tristeza, y sabíamos muy bien adónde dirigiríamos el amor que retornaría a nosotros: no lo aplicaríamos a ningún otro objeto, seguiríamos profesando ese amor a los padres difuntos, más allá de la tumba, hasta el final de nuestra vida.

Los demás sucesos que tenían lugar también en nuestra familia pero no sólo en ella sino a la vez en compañía de personas invitadas no me resultaban tan agradables como antes, incluso me parecían más bien enojosos y los tenía por una pérdida de tiempo. Consistían casi invariablemente, como en años anteriores,

en círculos vespertinos en los que se conversaba, o en reuniones en las que había un poco de música o incluso baile. A estas últimas yo no asistía nunca, y mi hermana, que, como yo notaba desde hacía bastante tiempo, compartía casi todos mis gustos, lo hacía muy pocas veces y cuando había tales *soirées* buscaba refugio en mí. Yo conocía ya muy bien a las personas que venían a nuestra casa en tales ocasiones, entre ellas en especial a la gente joven, y si antes tenía una timidez, y hasta cierto temeroso respeto en su presencia, ahora eso ya no era el caso; mediante la reflexión y la experiencia del contacto con otras personas había comprendido que aquello que más me intimidaba, a saber su seguridad y su distinción, era una cosa que se aprendía sin más cuando se asistía asiduamente al género de reuniones que había también en nuestra casa y cuando allí uno hablaba mucho y se ponía en primer plano. Y yo sabía que eso no era difícil de aprender, pues brillaban en ese terreno personas cuyas facultades intelectuales nada me inducía a estimar. Pero mis experiencias con la gente no sólo habían sido en la alta sociedad sino también en las clases bajas, y entre éstas no sólo en la ciudad sino entre los habitantes de la sierra y entre campesinos. En la alta sociedad veía, sobre todo en casa de la princesa, a personas jóvenes que no tenían esa urbanidad que por lo general me parecía tan superior a mí, sino que se comportaban con sencillez y sin deseos de sobresalir, que eran corteses y desprovistos de torpeza y que me recordaban la expresión «un joven bien educado», que había oído a menudo en mi primera juventud sin entenderla bien. En las clases bajas he conocido a más de un hombre que, cuando estaba ante quienes consideraba superiores a él, no se empeñaba en querer ser también superior en su comportamiento sino que hablaba tranquilamente como él entendía la cosa y que escuchaba tranquilamente las palabras que le respondía el otro. Ese hombre me parecía de una educación superior a la de quienes sabían muchas reglas de urbanidad y hacían gala de ellas. Un ejemplo válido lo ofrecía mi anfitrión, cuyas palabras y obras me imponían tan claro respeto y que tenía aún mayor sencillez que esos hombres que, como he dicho, había visto en casa de la princesa. Hasta su vestimenta, que al principio llamaba la atención, armonizaba con todo. También Eustach, y por supuesto Gustav, eran sin duda superiores a esas gentes de las *soirées*. Como yo los conocía ahora muy bien a todos y ya no me inspiraban mucha consideración, me aprovechaba poco estar con ellos y me parecía que podría emplear mejor ese tiempo. Pero mi padre tal vez consideraba útiles las experiencias de esa índole. Las mías sólo eran con hombres jóvenes. Sobre las chicas jóvenes no podía emitir un juicio porque hablaba muy poco con ellas y porque, en el retiro en que vivía, ninguna podía venir a verme. Entre la gente mayor, tanto hombres como mujeres, a menudo se acercaba a mí alguna persona que me inspiraba respeto; pero, lo mismo que ocurría con las muchachas jóvenes, no era capaz de buscar el contacto con la gente de edad. Entre las personas a quienes tenía más afecto se hallaba el hijo del joyero; yo era, en el sentido propio de la palabra, amigo suyo. Aparte de nuestras lecciones de joyería, pasábamos bastante tiempo juntos, departíamos sobre esto y aquello y a veces leíamos en común breves pasajes de obras que ambos apreciábamos. Sus padres eran muy distinguidos y amables. Tampoco me resultaba desagradable el joven Preborn. Seguía hablando con frecuencia de la joven Tarona y lamentaba que ella hubiese emprendido largos viajes y que por eso no hubiera venido a la ciudad, por lo que nunca pudo presentármela. Era muy raro que yo tomara parte en las diversiones propias de la gente joven. Pero si tenía mucho menos trato con hombres de mi edad y no pasaba días enteros con ellos y repetía eso una y otra vez, como es habitual entre muchos jóvenes de nuestra ciudad, se debía a mis muchas ocupaciones y a que por eso disponía de muy poco tiempo para emplearlo en otras cosas. Lo que más me gustaba era estar a solas con mi familia.

Pasado el invierno me fui al campo, ya muy avanzada la primavera. Por agradable que hubiera sido para mí el último verano, por mucho que me hubiera elevado el espíritu, me había quedado, sin embargo, cierto resquemor en el fondo de mi ser, lo que no parecía ser sino la conciencia de que no había seguido trabajando en mi profesión y me había entregado a una actividad sin orden ni sistema. Ahora quería recuperar y consagrar la mayor parte del verano a una actividad intensa y constante. Me llevé todos los instrumentos y las obras que necesitaba para continuar mis trabajos. Las horas que quedaran libres, siguiendo una distribución exacta del tiempo, quería dedicarlas a mis aficiones personales.

Llegué a la Posada de los Arces y busqué allí a los hombres que quería emplear si ellos se declaraban dispuestos a seguirme a zonas más alejadas de la sierra, adonde me llevarían ese año mis trabajos. El viejo Kaspar quería acompañarme, y dos hombres más, y eso fue suficiente. Pregunté por mi profesor de cítara: se había marchado y no se conocía su paradero. Nadie sabía nada de él. Fui al Rothmoor para comprobar cuánto habían avanzado los trabajos con los mármoles. Los terminarían ese año y en otoño podría llevármelos a casa. Cuando hube liquidado todo eso, dejé por ese año la Posada de los Arces, en la que había vivido tanto tiempo, para dirigirme a la zona de los montes que quería explorar. Salí de aquella casa con una sensación de melancolía.

En un lugar en el que la montaña se ramifica en muchas direcciones y se vuelve intrincada y difícil, sin

ser, no obstante, en absoluto tan bella como la que había dejado atrás, me instalé como en un punto central de mis investigaciones. Echaba de menos la alegre Casa de los Arces, con sus luminosas ventanas, echaba de menos todo el valle que casi había llegado a ser mi propia comarca. Alquilé una casa que estaba a la entrada de tres valles y que por eso me resultaba el lugar más apropiado. Un negro bosque de abetos miraba a mis ventanas, y, bordeando los torrentes que venían de los tres valles, descendía, junto a húmedos prados y otros lugares abiertos, hasta el fondo de los valles, para volver a escalar las montañas. La angostura del valle no permitía ver, por encima de los sombríos abetos, las cimas más altas ni los montes nevados. Esto sería el motivo de que aquella casa y las numerosas cabañas dispersas por las laderas boscosas y situadas a lo largo de los riachuelos se llamaran El Abeto. Unas paredes cubiertas de verde musgo constituían mi casa y limitaban con un huertecillo abandonado en el que apenas crecía otra cosa que cebollinos. El suelo de la calle era negro, y ese negror penetraba hasta en la hierba; porque lo único que llegaba con frecuencia a aquella posada y que se detenía allí, para que descansaran hombres y animales, eran carretas cargadas de carbón. Las carboneras estaban repartidas por toda la zona boscosa que, observada más de cerca, era de enorme extensión, y caravanas enteras de carretas negras y de carreteros negros avanzaban por la lóbrega carretera, para llevar los carbones a las llanuras desde donde se las transportaba incluso hasta nuestra ciudad. Sólo me dieron una habitación, de ventanas pequeñas con una cruz de hierro. En ella había una mesa, dos sillas, una cama y un arca pintada en la que podía meter ropa y otras cosas. Para mis cajones más grandes me cedieron un pequeño espacio cerrado en un cobertizo. Cuando estábamos en la casa, Raspar y los otros dormían en el pajar, sobre el heno. Dejé casi todo mi equipaje dentro de las maletas, colgué sólo lo más necesario de unos ganchos que había en la habitación, puse sobre la mesa mis útiles de escribir, mis libros científicos y mis autores, rellené la cuja con las cosas de cama que había traído de casa, coloqué en un rincón mis bastones de montaña y ya estaba instalado. El sol que entraba por una ventana de mi cuarto a media mañana rozaba por la tarde la otra para bañar pronto en oro las cimas de los abetos y desaparecer. Había estado en muchos albergues parecidos, estaba acostumbrado a ellos, me adapté bien y pronto había trabado relación con el posadero, la posadera y con una hija llena de energía, gentes sencillas y bondadosas de reducido horizonte mental. De vez en cuando venía al Albergue de los Abetos un cazador alpino, algún raro caminante o algún buhonero. Aparte de los carreteros del carbón, la mayor parte de los huéspedes eran leñadores, que estaban dispersos por los grandes bosques y que los sábados o las vísperas de fiestas solían salir de allí para reunirse con su familia. Entonces les gustaba quedarse un poco en la sala del albergue para tomar un refrigerio. La ocupación principal de todos los habitantes de Los Abetos era el trabajo de la madera, y su principal riqueza, las vacas y las cabras, que iban a diario a los bosques y las más jóvenes se quedaban todo el verano a la altura de los bosques y de las talas.

Así pues, desde esa casa emprendimos nuestras tareas. Nuestro martillo pasó por los largos y extensos bosques, y los hombres llevaban a Los Abetos, en forma de múltiples minerales, las muestras de las diferentes calidades de terreno en las que crecían las enormes reservas forestales. Aunque desde nuestro albergue no se podían ver los macizos rocosos ni menos aún los hielos, no por eso dejaban de estar allí. Como allí todo era más grandioso a medida que nos adentrábamos en las montañas y nos acercábamos a su macizo primitivo, también los bosques se extendían en capas más espesas, y cuando se había caminado durante una serie de horas a la oscura sombra de los húmedos abetos y pinos, al final las filas empezaban a clarear, el número de árboles disminuía, eran más frecuentes los troncos muertos o los que algún percance había destruido, aumentaba la roca seca, y cuando seguían después claros de hierba corta o de arena gruesa o de matorrales bajos, se alzaban ante la vista oscuras paredes de gigantescas proporciones, y en ellas había fulgurantes neveros, o por el hueco entre dos peñascos asomaba un monte enteramente cubierto de blanco. El mundo de la roca seguía ahora, en extensiones aún mayores, al mundo de los bosques. Nuestro proyecto nos llevaba muchas veces fuera del límite de los bosques, a la libertad de los montes desnudos. Cuando habían sido sondeados los componentes de toda una formación rocosa, cuando habían sido examinadas todas las aguas que esa formación envía a los valles, a fin de observar y registrar por escrito toda la rocalla que llevaba el torrente, cuando, tras un examen minucioso y múltiple, no salía nada nuevo, tratábamos de dominar la propia formación y de recorrer sus elementos, en la medida en que lo permitía el poder y la fuerza de la naturaleza. Así, nuestro proyecto nos llevó a los valles más apartados y salvajes, a las más escarpadas crestas, donde algún buitre asustado o un ave desconocida levantaba el vuelo ante nosotros, y donde crecía un solitario tronco que ningún ojo humano había visto a lo largo de siglos; llegamos a cimas desnudas, que ponían a nuestros pies, como un cuadro en miniatura, la masa colosal de los bosques en los que estaba nuestro albergue, y, fuera de ellos, los campos más cultivados en los que habitaban los hombres. Así como el ser humano tiene el instinto de triunfar sobre la naturaleza para adueñarse de ella, lo que ya

muestran los niños construyendo y ensamblando cosas pequeñas, pero más aún destruyéndolas, y que ponen de manifiesto los adultos no sólo convirtiendo a la tierra en su alimentadora, como dice tantas veces el poeta de Aquiles, sino transformándola de múltiples modos para su deleite, así también el habitante de las montañas trata de domesticar esos montes que ama, trata de escalarlos, de vencerlos, y trata de llegar incluso a donde no le lleva ningún designio más vasto y relevante. El relato de esas expediciones victoriosas constituye, parcialmente, la sal de la vida de las gentes de montaña. Mis hombres estaban alegres y emocionados hasta la exaltación, cuando, con el escoplo y el martillo, en parte abrían escalones en las paredes lisas, en parte hacían orificios, metían en ellos nuestro surtido de hierros, confeccionábamos de ese modo escalas y llegábamos a un lugar al que parecía imposible llegar. Con frecuencia pasaba una serie de días sin que descendiéramos a nuestro Albergue de los Abetos.

A mí también me gustaba intentar escalar cimas de altas montañas, aunque mi ocupación no me llevara hasta allí. Me hallaba de pie sobre la roca que dominaba el hielo y la nieve, a cuyos pies se encontraba la grieta helada por encima de la cual hubo que saltar o para cuya superación no pocas veces confeccionábamos escalas que portábamos sobre el hielo; me mantenía en pie sobre la superficie, a veces reducidísima, del último peñasco, por encima del cual ya no había ningún otro, y contemplaba, a mi alrededor y a mis pies, el laberinto de montes que, o bien eran más altos, señalaban al cielo con sus blancos cuernos y me vencían, o bien prolongaban mi situación en otros niveles del aire, o bien se reducían y se hundían y parecían pequeños dibujos; veía discurrir los valles, como pliegues humeantes, a través de las formaciones, veía abajo los lagos cual pequeños paneles, veía las regiones extendidas a mis pies como un difuso mapa mundi, contemplaba la comarca en la que, como inmersa en una niebla polvorienta, había de estar la ciudad en la que vivían todos mis seres queridos, mi padre, mi madre y mi hermana, miraba las alturas, que desde allí aparecían como cirros azulados y sobre las cuales debían estar el Asperhof y el Sternenhof, donde vivía mi amado anfitrión, donde residía la bondadosa y límpida Mathilde, donde estaba Eustach, donde se hallaba el alegre e impetuoso Gustav y donde miraban los ojos de Natalie.

Todo callaba a mis pies, como si se hubiera extinguido el mundo, como si el movimiento y la agitación de la vida hubiera sido un sueño. Ni siquiera se veía subir humo a las alturas, y como para tales ascensiones siempre elegíamos días buenos, también solía estar el cielo despejado y, en las tinieblas de oscuro azul, era un desierto más infinito que como se presenta en los valles y en las regiones llenas de pequeños objetos. Cuando bajábamos, cuando Kaspar, detrás de nosotros, sacaba los hierros de las rocas y los metía en el saco que llevaba colgado de los hombros con una cuerda, cuando habíamos retirado la escala de la grieta helada o, si no habíamos necesitado escala, cuando habíamos saltado por encima de la grieta, entonces, en la gravedad de los duros rasgos de Kaspar o en los rostros de los otros que nos acompañaban, se veía cierto cambio, que me hacía pensar que el lugar en el que habíamos estado les había impresionado.

Las horas o los días que yo podía robarle a mi trabajo, porque necesitaba descansar o porque el mal tiempo me lo impedía, lo empleaba para hacer someros bocetos de paisajes, y, antes de que se cerrasen los ojos, las tinieblas de la noche eran iluminadas por las grandes palabras de uno que había muerto hacía mucho tiempo y que nos las dejó, como legado, en un libro, y cuando se apagaba la vela, las palabras eran transportadas a ese reino que nos resulta tan enigmático y que anticipa un estado que nos parece aún más insondable.

Como ya me ocurría en los últimos tiempos, ahora tampoco podía contentarme con la mera recogida del material de mi ciencia, ya no podía consignar simplemente lo que había encontrado de forma que surgiera un esquema sobre cómo estaba situado todo en capas superpuestas o yuxtapuestas —aunque eso seguía haciéndolo con toda minuciosidad—, sino que también me preguntaba por las causas, por qué existía una cosa, y por el modo como había surgido. Seguía elaborando esas ideas y escribía lo que me pasaba por el alma. Tal vez eso dé algún fruto en un tiempo futuro.

En la época de la floración de las rosas hice un alto en mi tarea, quería permitirme una interrupción y viajar al Asperhof.

Pagué a mis hombres, les prometí que volvería a emplearlos en el futuro, añadí a su salario una pequeña suma para el viaje de regreso y los despedí. En Los Abetos empaqueté bien cuanto era de mi propiedad, saldé mis deudas, dije que volvería, les pedí que entretanto me guardaran bien lo que allí dejaba, y partí en un cabriolé de montaña de un solo caballo por el camino profundo que, del ruidoso riachuelo y de la Posada de Los Abetos, sube en dirección al bosque. Una vez alcanzado el camino real, despedí a mi cochero y para el resto del viaje opté por un asiento en el coche correo. El trecho desde la última posta hasta la casa de mi amigo lo recorrí a pie y me encargué de que transportaran por separado mi equipaje.

Llegué más tarde de lo que había sido mi intención. En el profundo aislamiento y en la fría altitud de Los Abetos, me había equivocado en cuanto a lo que ocurría fuera. En las tierras más abiertas había habido

una tibia primavera y un cálido comienzo de verano, cosa que yo no había podido calibrar tan exactamente en las montañas. Por eso florecían ya las rosas en alegre profusión en todos los jardines por los que pasaba. Perfectos en su belleza, los impecables follajes de mi anfitrión asomaban por encima del oscuro tejado de la casa y flanqueaban las dos hojas de la puerta del jardín, cuando yo subía por la loma. Las cortinas de las ventanas, en parte descorridas, en parte corridas del todo por el calor, me invitaban acogedoramente, y la dulzura del canto de los pájaros y algún grito aislado me saludaban como a alguien a quien conocían desde hacía tiempo.

Como conocía el dispositivo de la cancela, pulsé el mecanismo, se abrió uno de los batientes y penetré en el jardín.

Mi anfitrión estaba con las abejas. Lo supe por el jardinero, que fue el primero a quien encontré. Se hallaba ordenando algo en un parterre de geranios cerca de la entrada. Eché a andar en dirección a las abejas. Mi anfitrión estaba delante de las colmenas esperando la aparición de una joven colonia que quería enjambrar. Me dijo eso cuando me acerqué a él para saludarle. El saludo fue casi emocionado, como entre un padre y un hijo, tanto había aumentado ya mi cariño hacia él, y él, por su parte, también parecía haberme tomado afecto. Pero como, por lo visto, no podía abandonar su propósito, dije que quería saludar también a los demás y él estuvo de acuerdo. Me había contado que Mathilde y Natalie estaban en el Asperhof.

Caminé en dirección a la casa. Gustav ya se había enterado de que yo había llegado y bajó como un rayo la escalera en dirección a mí. Saludos mutuos, preguntas, respuestas, reproches por venir tan tarde y por no haberme tomado en primavera unos días para ir al Asperhof. Dijo que tenía mucho que contarme, que quería contármelo todo y que tenía que quedarme mucho tiempo.

Me llevó después a ver a su madre, que estaba junto a los arbustos, sentada ante una mesa y leyendo. Al ver que me acercaba se levantó y vino a mi encuentro. Me tendió la mano que yo, según era costumbre en nuestra ciudad, quise besar. Ella no lo permitió. Había notado ya antes, en efecto, que no aceptaba que le besaran la mano; pero en aquel momento no había pensado en ello. Dijo que me daba efusivamente la bienvenida, que me había esperado antes y que ahora tenía que conceder a mis amigos de allí una temporada no muy breve. Con estas palabras regresamos a la mesa sobre la que había puesto su libro, y me pidió que tomara asiento. Me senté en una de las sillas que allí había. Gustav permaneció de pie a nuestro lado. El rostro de Mathilde era tan sereno y risueño que pensé no haberlo visto nunca así. O tal vez era siempre así, pero eso había retrocedido en mis recuerdos. En realidad, siempre que veía a Mathilde tras una larga separación, me parecía cada vez más hermosa y atractiva, aunque fuese una mujer madura. Entre las arrugas de la edad y en las facciones, que remitían a una serie de años, habitaba una belleza que conmovía e inspiraba confianza. Y, como comprendía ahora, después de haber observado tan minuciosamente tantos rostros para reproducirlos, más que esa belleza era el alma, que aparecía en toda su bondad y excelencia, y que actuaba sobre las personas que se acercaban a ella. El blanco encaje de la cofia le ceñía la pura frente y una cintas blancas parecidas rodeaban sus delicadas manos. Sobre la mesa había una maceta con una rosa oscura, casi de color violeta. Se recostó en la silla de mimbre en la que estaba sentada, cruzó la manos sobre el regazo y dijo:

—Vamos a celebrar una pequeña fiesta en el Sternenhof. Usted sabe que hemos empezado a quitar el revoque con el que cubrieron en años pasados los grandes sillares que revisten los muros de nuestra casa, porque nuestro amigo opinaba que eso desfiguraba la casa y que ésta sería mucho más bella si lo quitaban y aparecía la piedra desnuda. Este año ha quedado terminada toda la fachada principal, ahora están desmontando los andamios y, cuando se eliminen las huellas que han quedado en el suelo por delante de la casa, cuando alisen la arena, cuando limpien y laven el césped de manera que no aparezcan manchas de cal sino la hierba pura, viajaremos todos allí para contemplar el resultado y ver si la casa ha ganado tanto como esperábamos. Vendrán también otras personas, es probable que lleguen varios vecinos, y como usted pertenece a nuestros amigos del Asperhof y como todos queremos tener en cuenta su opinión, le pido que acuda y refuerce el grupo.

—Mi opinión es sin duda de muy poco valor —respondí—, y si no es del todo rechazable y si he adquirido algunos conocimientos y cierto sentimiento estético, todo eso se lo debo al dueño de esta casa, que me ha acogido con tanta bondad y que ha sacado de mí lo que de otro modo nunca habría tenido la menor significación. Por tanto, apenas podré contribuir en el Sternenhof a comprobar la cosa, y mi parecer será con seguridad el de mi anfitrión y el de Eustach, pero como usted tiene la afabilidad de invitarme, y como para mí es un placer estar en su casa, acepto gustoso la invitación, a condición de que la fecha elegida no sea muy tardía, ya que aún tendré que regresar este verano al lugar donde ahora trabajo y querría llevar a término algunas cosas.

—La fecha está muy próxima —respondió—, de todos modos es costumbre desde hace tiempo que al acabar la floración de las rosas, para la que siempre estoy invitada en esta casa, nuestros amigos de aquí viajen por algún tiempo al Sternenhof. Este año también será así. Mientras aquí los delicados pétalos de esas flores alcanzan su pleno desarrollo para, al final, marchitarse y caer, nuestro mayordomo lo dispondrá todo en el Sternenhof a fin de que no se vea mucho desorden, nos enviará aquí una carta, y nosotros fijaremos el día de la reunión. Del dictamen, si al final se perfila uno de más peso, dependerá si se hace el gasto de limpiar las otras partes de la casa o si el estado actual, es decir, una parte liberada del revoque, pero las otras aún con él, que es ciertamente un estado menos bello que si todo hubiera quedado con el revoque, ha de seguir así o si, incluso, lo ya liberado ha de ser revocado de nuevo. Usted, sin embargo, se equivoca al tener en tan poca estima su propia opinión. Si, por estar en el entorno de nuestro amigo, algo ha prosperado antes en usted, eso es muy natural; cuanto hay en nosotros, los hombres, ha sido cultivado por otros hombres, y es el feliz privilegio de hombres relevantes que también hagan que se despliegue antes en otros lo relevante que de otro modo habría aflorado más tarde. Lo firme que ya era en usted la disposición natural para las cosas grandes y sublimes se hizo evidente cuando eligió por propia iniciativa una actividad científica que nuestros jóvenes no suelen abrazar en los años en que usted tomó esa determinación, y que su corazón estaba orientado hacia lo bello lo demuestra el hecho de que empezara ya pronto a reproducir los objetos de su ciencia, algo que no se le ocurre fácilmente a quien carece de sentido plástico, éste lo consigna más bien todo por escrito; y finalmente, en un breve espacio de tiempo, usted ha tratado de reproducir otras cosas, cabezas humanas, paisajes, y ha vuelto su atención a los autores literarios. Pero un hecho demuestra que tampoco fue desafortunado el día en el que subió por esta loma: usted ama al dueño de esta casa, y poder amar a un ser humano es un gran beneficio para quien tiene ese sentimiento.

Mientras así hablaba su madre, Gustav la miraba siempre cariñosamente.

Pero yo dije:

—Es un hombre fuera de lo común, un hombre completamente extraordinario.

Ella no replicó nada a estas palabras, sino que guardó silencio un rato. Después comenzó de nuevo:

—He puesto esta planta con una rosa sobre la mesa, en cierto sentido como mi dama de compañía durante la lectura: ¿le gusta a usted esta flor?

—Me gusta mucho —respondí—, como me gustan todas las rosas que se cultivan en esta casa.

—Es una variedad nueva —dijo—, he recibido una carta de Inglaterra, en la que una amiga hablaba con admiración de una rosa que había visto en Kiev y cuyo nombre indicaba. Como no encontré ese nombre en el catálogo de nuestras rosas, pensé que era una variedad que no tenía nuestro amigo. Escribí a la amiga si podía proporcionarme un espécimen. Con ayuda de un hombre que nos conoce a las dos conseguí la planta, y esta primavera me la enviaron de Inglaterra en una maceta empaquetada muy bien y de modo muy adecuado. La cuidé y cuando las flores ya iban a salir se la traje a nuestro amigo. Las rosas acabaron de abrirse aquí, y vimos (él sobre todo, que conoce con detalle todas las características) que esa flor aún no estaba en la colección de esta casa. Eustach la copió para conservar su imagen y para comprobar si serían iguales las que vinieran en el futuro. Mi amigo escribió a Inglaterra encargando injertos para la próxima primavera, pero esta planta se queda en la maceta y aquí la cuidarán.

Mientras así hablaba, se movieron las ramas que había junto a un angosto sendero que llevaba de los arbustos al lugar donde estábamos, y por allí apareció Natalie. Estaba acalorada y llevaba en la mano un ramo de flores silvestres. No debía de saber que había una persona extraña con su madre; porque se asustó mucho y me pareció como si le aflorase al rostro encendido una palidez que enseguida volvió a cambiar a un rojo aún más intenso. Yo casi me asusté también y me levanté.

Se había detenido en la esquina del bosquecillo de arbustos y yo dije estas palabras:

—Me alegro mucho, señorita, de verla a usted tan bien.

—Yo también me alegro de que esté usted bien —respondió.

—Hija mía, estás muy acalorada —señaló la madre—, tienes que haber ido muy lejos, se acerca el mediodía y a esa hora no deberías alejarte tanto. Siéntate un poco en uno de estos sillones, pero siéntate al sol para que no te enfríes de golpe.

Natalie aún se quedó un rato de pie, luego movió, obediente, uno de los sillones que allí había, de manera que le diera de pleno el sol y se sentó en él. Cuando salió de los arbustos llevaba en la mano el sombrero redondo de ala no muy ancha que a Mathilde y a ella les gustaba mucho llevar en sus paseos por los alrededores de la Casa de las Rosas y del Sternenhof, pero ahora que le daba el sol en la cabeza se lo puso. Depositó sobre la mesa el ramo de flores silvestres que traía y empezó a entresacar las distintas plantas y a ordenarlas de manera que formaran un ramo diferente.

—¿Dónde has estado? —preguntó la madre.

—He ido a ver varios rosales del jardín —respondió Natalie—, he caminado entre los arbustos, he pasado junto a los frutales enanos y bajo los grandes árboles, luego he llegado hasta el cerezo y he salido después al campo abierto. Allí están en caña los cereales, y entre los tallos y en la hierba florecen las flores. He caminado por el estrecho sendero que discurre a través de las espigas, he llegado al punto de descanso entre los cultivos, allí me senté un rato, después, en la colina de los cereales, he caminado sin senderos por la linde de los cultivos, he cogido estas flores y he regresado al jardín.

—¿Y te has quedado entonces mucho tiempo en el monte y has empleado todo ese tiempo en buscar y arrancar estas flores? —preguntó Mathilde.

—No sé cuánto tiempo me he quedado en el monte pero no creo que haya sido mucho —respondió Natalie—, no sólo he cogido estas flores, también he contemplado las altas montañas, y he observado el cielo e inspeccionado la comarca, con este jardín y esta casa.

—Hija mía —dijo Mathilde—, no es malo que vayas por los alrededores de esta casa; pero no es bueno que, con este sol ardiente, que ya quema mucho al mediodía, aunque aún no sea abrasador, vayas por la colina que está totalmente expuesta a él, que no tiene árboles (excepto en el punto de descanso) ni arbustos que ofrezcan una sombra. Y tampoco sabes cuánto tiempo te quedas en el calor si te abismas en la contemplación de esto y aquello o si coges flores y en esa tarea se te pasa el tiempo sin notarlo.

—No me he enfrascado en esa tarea de coger flores —replicó Natalie—, he ido arrancándolas según me topaba con ellas por el camino. El sol no me hace tanto daño como tú crees, madre querida, y me siento muy bien y muy libre en él, no me canso nada, y el calor del cuerpo más me fortalece que me agobia.

—También llevabas el sombrero al brazo —dijo la madre.

—Sí, eso sí, pero tú sabes que tengo un cabello muy espeso, y ese calor del sol sobre él produce un efecto muy agradable, más agradable que si llevara puesto el sombrero, que da tanto calor, y el aire circula por la frente y por el cabello de manera muy grata cuando se lleva la cabeza descubierta.

Yo contemplaba a Natalie cuando así hablaba. Sólo ahora me daba cuenta de por qué siempre me había parecido tan singular, me daba cuenta después de haber visto las piedras talladas de mi padre. Me parecía que Natalie se asemejaba a uno de los rostros que yo había visto en las piedras, o, más bien, en sus rasgos había lo mismo que hay en los rasgos de los rostros de las piedras grabadas. La frente, la nariz, la boca, los ojos, las mejillas, tenían exactamente lo que tenían las mujeres de esas piedras, un aire de libertad, de dignidad, de delicadeza y también, sin embargo, de fuerza, lo que apuntaba a un cuerpo perfectamente conformado, pero también a una voluntad singular y a un alma singular. Miré a Gustav, que seguía de pie junto a la mesa, por si también descubría en él algo parecido. Aún no estaba tan desarrollado para que se pusiera de manifiesto en él la esencia de la figura, los rasgos aún eran muy redondos y blandos; pero yo entreveía que dentro de pocos años su semblante sería como el de los efebos con casco tallados en las piedras y que entonces el parecido con Natalie sería aún mayor. Clavé también la mirada en Mathilde; pero sus facciones ya habían adquirido la suavidad de la vejez; yo creía sin embargo que no mucho tiempo atrás su apariencia también habría sido como la de las mujeres de más edad talladas en las piedras. Así pues, se diría que Natalie descendía de una raza que había desaparecido y era distinta y más autónoma que la actual. Contemplé mucho tiempo la figura que, al hablar, ora levantaba la vista hacia nosotros, ora la posaba de nuevo en sus flores. Que su cabeza pareciera proceder de la antigüedad clásica, para emplear la expresión que mi padre aplicaba a sus piedras, también podía deberse —al menos eso ennoblecía su apariencia— a que estaba asentada sobre un cuello perfectamente configurado y emergía de un vestido sencillísimo y sin adornos. Ningún añadido superfluo, ni telas ni collares ni adorno de ningún género, circundaba ese cuello —eso sólo torna más atractivos los rostros que sólo son atractivos—, sino que el vestido, de un color y un corte nada vistosos, ceñía el terso cuello y le caía a lo largo de la figura.

Mientras hablaba Natalie, la madre la miraba con afecto y después dijo:

—Para la juventud todo es bueno, a la juventud todo le sienta bien; también se dará cuenta de lo que necesita, como la vejez nota lo que le hace falta, descanso y silencio, y además nuestro amigo dice que hay que dejar hablar a la naturaleza; por eso puedes ir y caminar como tú sientas que lo necesitas, Natalie, no harás nada malo, cosa que nunca haces, no dejarás de observar las advertencias que te hayamos dado, y no te abismarás tanto en tus pensamientos que te olvides de tu cuerpo.

—No lo haré, madre —replicó Natalie—, pero déjame caminar, hay dentro de mí el deseo de proceder así. Lo moderaré en la medida que me sea posible; lo hago por ti, madre, para que no te inquietes. Quiero caminar por la colina de los cereales, luego por el valle y el bosque, querría también recorrer la región y examinarlo y contemplarlo todo. Y el descanso repara después a maravilla el ánimo y la voluntad.

El rostro de Natalie mostraba sin duda que se había acalorado deambulando a pleno sol antes del

mediodía. Seguía tan rojo como después de haber palidecido la primera vez, y no perdió el color sino en muy escasa medida mientras estaba sentada a la mesa, y tardó bastante. Ese arrebol brillaba como una luz suave sobre sus mejillas y la embellecía como un claro resplandor.

Natalie continuó atareada con las flores, las pasaba una tras otra del ramillete mayor al más pequeño, hasta que el ramillete pequeño pasó a ser el grande, y el grande se volvía cada vez más pequeño. No desechó ni una sola flor, no tiró ni siquiera una hierba que se había entremezclado; parecía, pues, que no quería tanto hacer una selección de las flores como darle al ramillete antiguo una nueva y más bella forma. Así era, en efecto; porque el ramillete antiguo acabó desapareciendo y el nuevo estaba él solo sobre la mesa.

Mathilde tenía todo el tiempo el libro ante ella, sobre la mesa, y no siguió leyéndolo. Quiso saber dónde había estado yo últimamente y me preguntó por mis últimos trabajos. La puse al corriente de ambos extremos.

Entretanto, Gustav se había sentado en un sillón muy cerca de mí y escuchaba con atención.

Cuando el sol alcanzó su cénit y daba de pleno sobre toda nuestra mesa, apareció Arabella para llamarnos al almuerzo.

Un hombre que trabajaba en el jardín recibió orden de llevar la maceta a la casa. Mathilde cogió el libro y una cesta de labor que estaba sobre la mesa a su lado, Natalie cogió su ramo de flores, se colgó de nuevo el sombrero al brazo, y así nos dirigimos a la casa. Las mujeres iban delante de nosotros, Gustav y yo seguíamos detrás.

Que yo tuviera que dar explicaciones a mi anfitrión, a Eustach, a Gustav e incluso al personal de la casa por haber llegado ese año tan tarde no me causó extrañeza, ya que siempre me habían acogido allí con mucha gentileza y casi se habían acostumbrado a que fuera todos los veranos a la Casa de las Rosas, lo mismo que para mí esas visitas habían pasado a ser habituales.

Mi anfitrión y yo hablamos de las empresas que yo había acometido en el curso de aquel verano, y él también me enseñó en los primeros días lo que ocurría en la Casa de las Rosas y lo que había cambiado durante mi ausencia.

Vi que la floración de las rosas ya no duraría mucho tiempo porque yo tampoco había llegado a su comienzo sino algo más tarde.

Los cuadros me causaron otra vez una dulce emoción, y la noble figura de la escalera me resultaba cada vez más familiar desde que vi las piedras grabadas y desde que sabía que entre los vivientes iba y venía algo parecido a ella. Recorría a menudo la zona, con Gustav o solo.

Una tarde estábamos en el aposento de las rosas. Mathilde hablaba apaciblemente de diversos temas, de los sucesos de la vida, de cómo había que enfrentarse a ellos y de cómo iban relevándose unos a otros en el transcurso de los años. Mi amigo le respondía. En esa ocasión vi por primera vez con qué exquisito cuidado se había decorado aquella pieza; porque las cuatro pinturas que colgaban de sus paredes, iguales en el tamaño y en los marcos, eran, pese a sus reducidas dimensiones, los cuadros más espléndidos y admirables que había en la Casa de las Rosas. Mi criterio estaba ya lo bastante formado para poder discernir tal cosa, teniendo en cuenta las grandes diferencias que allí había. Sin embargo encaminé también a mi amigo hacia ese tema, y él confirmó mi punto de vista, aunque con expresiones muy modestas porque estaba presente Mathilde. Una vez que la conversación había tomado este giro, examinamos los cuadros y nos llamamos mutuamente la atención sobre lo delicado, hermoso y noble de ellos.

También llegaban visitas, como era habitual durante la floración de las rosas; pero me mezclaba con la gente menos que en años anteriores.

Aquel verano, en efecto, como yo mismo comprobé, Natalie paseaba por el jardín y por la comarca más que en veranos anteriores, iba hasta mucho más lejos y a menudo sola. No sólo salía más veces al campo abierto pasando por el gran cerezo y caminaba entre los cultivos, sino que también bajaba directamente por la colina hasta la carretera, o iba a la granja o marchaba a lo largo de las colinas, o caminaba un trecho por el camino que llevaba al Inghof. Cuando regresaba, se sentaba en su sillón y contemplaba lo que ocurría ante ella o a su alrededor.

Un día que yo también había hecho una larga caminata, regresaba a la caída de la tarde a la Casa de las Rosas y, habiendo tomado un camino más corto para subir desde el arroyo de los alisos, caminé sobre la hierba desnuda entre los campos de cultivo, llegué a la cima e iba acercándome al lugar de descanso cuando vi una figura sentada en el banquito pequeño que allí había, bajo el fresno. No le presté mucha atención y continué mi camino, que llevaba directamente a ese árbol. Aunque estaba ya muy cerca, no podía reconocer la figura; pues no sólo me daba la espalda sino que estaba tapada por la mayor parte del tronco del árbol. El rostro miraba hacia el sur. No se movió ni volvió la cabeza. Así avancé hasta encontrarme cerquísima de ella. Tuvo que haber oído mis pasos en la hierba o el roce contra las espigas;

porque de pronto se levantó, se dio la vuelta para verme, y me encontré delante de Natalie. Estábamos apenas a dos pasos el uno del otro. El banquito nos separaba. El tronco del árbol estaba ahora un poco al lado. Nos asustamos los dos. Yo no había pensado —ni por lo más remoto— que Natalie pudiese estar sentada en aquel banco, y ella debió de asustarse por haber oído de pronto pasos a su espalda, aunque por allí no pasaba camino alguno, y por haber visto, al darse la vuelta, un hombre de pie ante ella. Tuve que suponer que no se dio cuenta enseguida de que era yo.

Por un momento permanecimos mudos el uno frente al otro, luego yo dije:

—Es usted, señorita; no había imaginado que la encontraría sentada debajo del fresno.

—Estaba fatigada —respondió— y me he sentado en el banco para descansar. Y seguramente es más tarde que la hora en que suelen verme llegar a casa.

—Si está fatigada —dije— no quiero ser la causa de que siga usted de pie, le ruego que se siente, atravesaré lo más deprisa que pueda los sembrados y el jardín y le enviaré a Gustav para que la acompañe a casa.

—No será necesario —replicó—, aún no ha oscurecido, y, aunque así fuera, no amenaza ningún peligro en toda la redonda. Ya he ido mucho más lejos yo sola, he regresado sola a casa, mi madre y nuestro anfitrión no se han inquietado por eso. Hoy he llegado hasta Raitbühel, junto a la cruz roja, y desde allí he vuelto hasta este banco.

—Eso es casi más de una hora de camino.

—No sé cuánto tiempo he andado —respondió—, he avanzado entre los sembrados, en los que hay una inmensa cantidad de cereal, he pasado por muchos arbustos que crecen en sus lindes, he pasado por muchos árboles que se alzan entre las espigas, y he llegado hasta la cruz roja que emerge en medio de las mieses.

—Si marcho a buen paso —observé— necesito una hora para ir de aquí a la cruz roja.

—No he llevado la cuenta del tiempo, como he dicho —replicó—, he ido de aquí a la cruz y he regresado de la cruz a este sitio.

Mientras así hablábamos yo había pasado de mi embarazosa posición, en la hierba y detrás del banco, a la explanada que se abría delante del árbol, Natalie había hecho un ligero movimiento y se había sentado de nuevo en el banco.

—Después de tal paseo, necesitará usted descanso —dije.

—No ha sido ésa la razón por la que he buscado este banco —respondió—. Por cansada que esté, podría muy bien hacer el camino de regreso a casa, a través de los campos y del jardín, y aún podría hacer un camino más largo; pero a este deseo físico se sumó otro distinto.

—¿Y cuál?

—En este sitio se está bien, la mirada se explaya, yo estoy sumida en mis pensamientos, no necesito interrumpirlos, lo que sí he de hacer cuando vuelvo con mi familia.

—¿Y por eso descansa usted aquí?

—Por eso descanso aquí.

—¿Le gustaba ya de pequeña caminar sola por el campo?

—No recuerdo que tuviera tal deseo —respondió ella—, como también hay otros periodos de mi infancia que no recuerdo con exactitud, y si el deseo no está presente en mi memoria tampoco lo estará el hecho, aunque es cierto que de niña me gustaban mucho los movimientos vivos.

—¿Y ahora su inclinación la lleva con frecuencia a salir al aire libre? —pregunté.

—Me encanta moverme por donde no hay trabas —respondió—, camino por los campos y entre las ondeantes mieses, subo a las suaves colinas, marcho junto a los árboles de espeso follaje y continúo andando hasta que me contempla una comarca desconocida, cuyo cielo parece un cielo distinto que alberga otras nubes. Mientras camino, pienso y medito. No me molesta el cielo con sus nubes, no me molestan las espigas, los árboles, los arbustos, la hierba, las flores. Cuando me he fatigado mucho y puedo descansar en un banquito, como aquí, o en una silla de nuestro jardín o incluso en cualquier asiento de nuestra habitación, pienso que ya no volveré a ir tan lejos. Y ¿dónde ha estado usted? —preguntó después de interrumpirse y guardar silencio un rato.

—Después del almuerzo he subido desde el arroyo de los alisos hasta el estanque —respondí—, luego he llegado a través del bosquecillo hasta lo alto de la colina del Balk, desde la que se ve la zona de Landegg y el campanario de su iglesia. Desde la colina del Balk he continuado la marcha por la zona alta hasta llegar a las casas de Rohr. Como allí estaba ya a más de dos leguas del Asperhof, emprendí el camino de vuelta. A la ida necesité mucho tiempo porque me detenía a menudo y examinaba diversas cosas, por eso he tomado al regreso un camino más corto. He marchado entre las tierras labrantías, por atajos y por múltiples caminos parroquiales hasta que, entre Dernhof y Ambach, he bajado otra vez en dirección al bosque del lago y al

arroyo de los alisos. Desde allí ya conocía yo lindes entre los cultivos que me llevaban del modo más directo a este descansadero. Aunque por ellas no discurre ningún camino, he continuado andando por la hierba que allí crece y así he llegado a donde estaba usted.

—Pues entonces debe de estar cansadísimo —dijo ella, moviéndose un poco en el banquito para hacerme sitio a su lado.

No sabía bien qué hacer, pero me senté junto a ella.

—¿No ha traído un libro para leer en este banco —pregunté—, ni ha cogido flores?

—No he traído ningún libro ni he cogido flores —respondió—, no puedo leer cuando ando, y tampoco puedo leer cuando en pleno campo me siento en un banco o sobre una piedra.

Yo no veía nada a su lado, en efecto, no tenía ni cesto ni nada de lo que las mujeres suelen llevar consigo para meter cosas; estaba sentada tranquilamente en el banco, y su sombrero de paja, que se había quitado, descansaba junto a ella sobre la hierba.

—Cojo flores —continuó al cabo de un rato— cuando a veces están al borde del camino. Por aquí hay sobre todo amapolas, que son poco apropiadas para formar ramilletes, porque se les suelen caer los pétalos, hay también acianos, claveles silvestres, campanillas, y otras. Y a menudo tampoco cojo flores, por muchas que vea delante de mí.

Yo tenía una extraña sensación, sentado a solas con Natalie bajo el fresno de aquel lugar de descanso. Las puntas de sus pies se metían en el polvo de la explanada que había ante nosotros, y el borde de su vestido rozaba también el polvo. En la copa del fresno no se movía ni una hoja; porque el aire estaba en calma. A nuestros pies, hasta muy lejos, y a derecha e izquierda de nosotros, hasta muy lejos, y también por detrás, estaban las verdes espigas esperando la maduración. En su linde más próxima a nosotros nos contemplaban las rojas amapolas y los azules acianos. El sol se acercaba al ocaso, y desde el lugar hacia el que se dirigía enviaba sobre los sembrados su luz blanca y casi incandescente; no había una sola nube, y las altas montañas se dibujaban, con sus líneas puras y precisas, en el cielo del sur.

—¿Y ha descansado un poco junto a la cruz roja? —pregunté al cabo de un rato.

—Junto a la cruz roja no he descansado —respondió—, allí no es posible descansar, está inmersa en las espigas; me apoyé con un brazo en el madero vertical y contemplé la comarca, las mieses, los frutales y las casas de los hombres, luego retrocedí y emprendí el camino de vuelta hasta este banco.

—Cuando el cielo está sereno y brilla el sol, el panorama es hermoso —dije.

—Es hermoso, en efecto —replicó—, los montes se extienden como una cadena de cimas plateadas, los bosques se despliegan, los campos portan el copioso fruto destinado a los hombres, y bajo todo ello se encuentra la casa en la que están la madre, el hermano y el amigo paternal; pero también voy en días nublados a esta colina o a lugares en los que no se ve nada con claridad. Lo mejor que aporta una salida así es la soledad, estar completamente sola, sumida en mí misma. ¿No le ocurre a usted lo mismo en sus viajes a pie? ¿Y qué le parece a usted el mundo que aspira a explorar?

—Ha sido distinto en tiempos distintos —respondí—, un día el mundo fue tan hermoso como diáfano, yo trataba de determinar algo, dibujaba mucho y consignaba mucho por escrito. Luego todo fue más difícil, las tareas científicas no eran ya tan fáciles de resolver, se complicaban y siempre remitían a nuevos problemas. Luego llegó otra época; me pareció que la ciencia ya no era la última meta, que no era importante saber o no una cosa precisa, el mundo brillaba con una suerte de belleza interior que había que abarcar de golpe, no a trozos, yo lo admiraba, lo amaba, trataba de atraerlo hacia mí y deseaba con ansia algo desconocido y grande que debía de haber en él.

Tras esas palabras, ella no dijo nada durante un rato; pero luego preguntó:

—¿Y regresará de nuevo este verano al lugar que ha elegido para trabajar?

—Volveré allí —respondí.

—¿Y pasará el invierno con su familia? —siguió preguntando.

—Lo pasaré, como todos los anteriores, en la casa de mis padres. ¿Y usted estará en invierno en el Sternenhof? —pregunté al cabo de un rato.

—Antes lo pasábamos a veces en la ciudad —respondió—, ahora ya nos hemos quedado algunas veces en el Sternenhof, y dos veces hemos hecho un viaje. ¿No tiene más hermanas, aparte de Klotilde? —preguntó después de que ambos guardamos silencio por un momento.

—No tengo más hermanas —repliqué—, sólo somos dos hijos, y no he conocido la dicha de tener un hermano.

—Y a mí nunca me cupo la suerte de tener una hermana —respondió ella.

El sol ya se había puesto, había llegado el crepúsculo y nosotros seguíamos allí sentados. Al cabo, se levantó y extendió la mano hacia el sombrero que yacía en la hierba. Yo lo cogí y se lo entregué. Ella se lo

puso y se preparó a emprender el camino. Le ofrecí el brazo. Ella enlazó su brazo con el mío, pero tan suavemente que apenas lo noté. No tomamos el camino alto que llevaba a la pequeña entrada del jardín cercana al cerezo, sino que caminamos por el sendero que, desde el punto de descanso, baja entre los cereales hacia la granja. Ahora ya no hablábamos. Yo notaba cómo se movía su vestido junto a mí, notaba sus pasos al andar. Se oía el rumor de un arroyuelo, imperceptible durante el día, y el cielo vesperal, cada vez más dorado, relucía sobre nosotros y sobre las colinas del cereal, y en torno a algún árbol que emergía casi negro. Llegamos hasta la granja. Desde allí avanzamos por el prado que lleva a la casa de mi anfitrión y tomamos el sendero que llega hasta el portillo del jardín, situado en esta dirección, en las proximidades de las colmenas. Entramos en el jardín por ese portillo, pasamos junto a las colmenas, caminamos entre las flores que allí había, entre arbustos que bordeaban el sendero, finalmente bajo los árboles, y llegamos a la casa. Entramos en el comedor, en el que ya estaban reunidos los demás. Allí sacó Natalie su brazo del mío. No nos preguntaron de dónde veníamos ni cómo nos habíamos encontrado. Pasamos enseguida a la mesa, puesto que ya había llegado la hora. Durante la comida, Natalie y yo no hablamos casi nada.

Después de separarnos en el comedor y cuando cada cual hubo regresado a su aposento, apagué enseguida las luces en el mío, me senté en una de las butacas tapizadas y contemplé los paneles luminosos que la luna, que había salido entretanto, formaba en el suelo de mis habitaciones. Me acosté muy tarde, pero ya no leí, como solía hacer cada noche, sino que permanecí tumbado en el lecho y durante mucho tiempo no pude conciliar el sueño.

En los días que siguieron a aquella tarde creí notar que Natalie me evitaba. Volví a oír las cítaras algunas noches, las tocaban muy bien, lo que yo podía percibir y juzgar ahora mejor que antes. Pero no lo comenté, y menos aún hablé de que yo no era ya tan inexperto como antes en ese instrumento. Nunca había llevado mi cítara a la Casa de las Rosas.

Se acercaba por fin el tiempo en el que iríamos al Sternenhof. Mathilde y Natalie se marcharon antes acompañadas por su doncella, para hacer los preparativos y recibir a los invitados. Nosotros las seguiríamos más tarde.

En los días que mediaron entre la marcha de Mathilde y la nuestra, mi anfitrión me pidió un favor. Consistía en que durante el invierno siguiente le confeccionara un dibujo exacto de los revestimientos que le había llevado a mi padre de Lautertal y que él había instalado en las pilastras del pabellón de cristal. Y que le trajera los dibujos el verano siguiente. Me sentí feliz de poder prestar un servicio al hombre que me inspiraba tal afecto y al que debía tanto, y prometí que haría el dibujo tan exacta y detalladamente como me permitieran mis facultades.

Uno de los días siguientes, mi anfitrión, Eustach, Roland, Gustav y yo partimos para el Sternenhof.

4. La fiesta

Lo que iba a tener lugar en el Sternenhof no era una fiesta en el sentido habitual de la palabra, sino que habían sido invitadas varias personas a hacer una visita colectiva, y esas invitaciones no se habían hecho de manera expresa y solemne, sino según se presentaba la ocasión. Por lo demás, en lo tocante al Sternenhof, así como al Asperhof, todos los amigos y conocidos tenían carta blanca para pasar por allí en cualquier momento y quedarse durante algún tiempo.

Cuando llegamos al Sternenhof a los dos días de nuestra salida —habíamos dado un pequeño rodeo—, ya habían acudido varias personas. Criados desconocidos, a veces con extrañas vestimentas, iban y venían por los alrededores del palacio o por el camino que unía el palacio y la granja, como suele ocurrir cuando se reúnen varias familias. Habían acomodado en la granja una parte de los carruajes y de los caballos. Atravesamos la puerta de entrada y nuestro coche se detuvo en el patio. Cuando subíamos por la loma y nos acercábamos al palacio, ya había echado una mirada a la fachada delantera, en la que ahora se veían las piedras desnudas desprovistas de revoque, y al momento me había formado mi opinión. La nueva configuración me gustaba muchísimo más que la anterior, de la que ahora apenas quería ya acordarme. Mis acompañantes no hicieron ningún comentario cuando nos acercábamos; yo, como es natural, tampoco dije nada. En el patio vinieron criados a nuestro encuentro, para coger el equipaje y acomodar el coche y los caballos. El mayordomo nos acompañó por la gran escalinata y nos introdujo en la sala de recibir. Ésta era una de esas habitaciones que enlazaban en serie unas con otras y que habían sido decoradas con los muebles nuevos confeccionados en el Asperhof. Las puertas de todas esas estancias estaban abiertas. Mathilde se había sentado ante una mesa y tenía a su lado a una mujer de edad. Otras mujeres y muchachas jóvenes, así como hombres mayores o jóvenes, estaban sentados en sitios diversos. En el lugar menos llamativo se hallaba Natalie. Mathilde y Natalie iban vestidas como solían ir vestidas las mujeres y las jóvenes de la buena sociedad; pero no pude menos de notar que su atuendo era mucho más sencillo, en la hechura y los adornos, que el de las otras mujeres, formando sin embargo un conjunto más armónico y de un carácter más noble que lo que se ve normalmente. Me parecía que en él se traslucía el espíritu de mi anfitrión, y cuando pensaba en los círculos elegantes de nuestra ciudad, a los que yo tenía acceso, me parecía también que justamente ésa era la forma distinguida de vestir a la que aspiraban los otros. Mathilde se levantó y nos hizo una gentil reverencia. Eso hicieron también los otros, y asimismo nosotros a Mathilde y a los demás. Luego se sentaron de nuevo, y el mayordomo y dos criados se encargaron de encontrarnos asiento. Me senté en un sitio que llamaba muy poco la atención. La costumbre de presentar mutuamente a las personas, que se observa casi en todas partes, no parece practicarse de modo riguroso en la Casa de las Rosas ni en el Sternenhof; porque yo ya sabía de varios casos en los que no hubo presentaciones, en especial cuando estaban reunidas varias personas. En aquella ocasión tampoco las hubo. Se prefería dejar a cargo de cada cual el acceder al conocimiento de una persona que le interesaba, o se confiaba a la casualidad el que trabaran conocimiento los unos con los otros, en lugar de repetirle a todo recién llegado la lista de los asistentes a la reunión. Se añadía a eso que allí la mayoría de la gente parecía conocerse. A mí es probable que no quisieran tenerme en cuenta porque, cuando llegaban personas desconocidas al Asperhof, yo nunca preguntaba quiénes eran. Gustav también se comportaba allí casi como un extraño. Después de inclinarse con mucha educación ante su madre, de haberse unido a la general inclinación de cabeza y de enviar una sonrisa a Natalie, se sentó modestamente en un lugar apartado y escuchó con atención. Mi anfitrión y Eustach, y asimismo Roland, llevaban el atuendo habitual para ir de visita, y yo también. Con sus trajes negros, aquellos hombres me resultaban más extraños y casi más insignificantes que con su habitual ropa de casa. Mi anfitrión trabó pronto conversación con diversos invitados. En general se hablaba de cosas generales y corrientes, y la conversación iba y venía, a veces entre dos personas, a veces entre varias. Yo hablaba poco y casi sólo cuando se dirigían a mí o me preguntaban algo. Contemplaba la reunión o a

algunas personas concretas o a Natalie. Roland corrió una vez su silla hacia mí y empezó a conversar sobre cosas que nos interesaban a los dos. Es probable que lo hiciera por sentirse tan solo como yo entre la gente.

Una vez consumido el té de por la tarde, para el que, de hecho, estábamos allí reunidos, y cuando casi todos se habían levantado y formado grupos entre ellos, se propuso ir al jardín y dar un paseo por él. La propuesta tuvo aprobación. Mathilde se levantó y con ella las señoras mayores. Los jóvenes se habían levantado ya antes. Un señor mayor, de buena presencia, probablemente el marido de la señora de edad que estaba sentada junto a Mathilde, ofreció el brazo a la anfitriona, para acompañarla al bajar la escalera; lo mismo hizo mi anfitrión con la señora de edad. Se formaron otras parejas de la misma manera, el resto iba sin un orden preciso. Yo me detuve y dejé que la gente pasara a mi lado, para no adelantar a nadie. Natalie pasó a mi lado con una agraciada joven y hablaba con ella cuando pasó junto a mí. Fui, con Gustav y Roland, el último que bajó la escalera. En el jardín fue como suele ser siempre en los casos en que hay un número bastante grande de invitados. Se avanzaba despacio, los grupos se detenían ora aquí, ora allá, contemplaban esto o aquello, hacían comentarios, continuaban andando, se fragmentaban y volvían a reunirse. Yo no prestaba en modo alguno atención a cuanto se hablaba. Vi a Natalie departiendo con la misma joven con la que ella había pasado por mi lado en el salón, después se les unieron otras. La veía aparecer entre las otras, luminosa en su vestido de seda color miel, luego dejaba de verla, luego volvía a verla otra vez. Después los matorrales la ocultaron del todo. Los jóvenes con que me había topado en el grupo caminaban ora con la gente mayor, ora con la gente joven. Roland y Gustav se unieron a mí, y si Gustav preguntaba cómo era la zona donde yo había trabajado en los últimos tiempos, si había montañas altas, valles amplios, y si aquello era tan ameno como el Lautersee y si quería internarme aún más y a qué montes llegaría entonces, Roland por su parte hablaba de los invitados y me decía el nombre de algunos y me contaba circunstancias y detalles de sus vidas. Debido a los viajes que él hacía por la región, a su estancia en iglesias, capillas, castillos en ruinas y en todos los lugares de cierta relevancia, él sabía mucho más de lo que podía llegar a saber ningún otro, y su carácter vivo y su buena memoria le llevaban a hacer averiguaciones y era capaz de retener lo que averiguaba. La señora de edad que habíamos visto sentada junto a Mathilde al entrar nosotros en el salón era la dueña de una gran propiedad, situada a media jornada de distancia del Sternenhof. Se apellidaba Tillburg, nombre que también llevaba su palacio. Se había rodeado de todas las comodidades y de todo los lujos. Sus invernaderos eran los más hermosos de la región, su jardín contenía todas las plantas que en aquel tiempo pasaban por ser las más exquisitas y estaba al cuidado de dos jardineros y un jardinero mayor, sin contar los muchos peones auxiliares; sus estancias presentaban muebles y telas de todas las capitales del mundo, y sus carruajes eran los más cómodos y elegantes que existían en su género. Por sus salones había repartidos cuadros, libros, revistas, pequeños objetos de decoración. Le gustaba hacer visitas en las inmediaciones y también recibirlas. En invierno está raras veces en su propiedad y siempre por poco tiempo, le gusta viajar y frecuenta sobre todo los países meridionales, de los que trae objetos de recuerdo. Fue la única hija y heredera de sus padres, un hermano que tenía murió en la más tierna edad. El hombre de agradable apariencia que llevaba del brazo a Mathilde al salir del salón era su esposo. Era también hijo único de padres ricos, la unión vino por sí sola, y así quedaron amalgamadas dos grandes fortunas. Él no compartía precisamente las inclinaciones de su esposa, pero tampoco se oponía a ellas. No tenía aficiones, era sencillo, le gustaba complacer a su mujer, a la que quería mucho, y los viajes de ella, en los que él la acompañaba, le deleitaban, en parte por sí mismos, en parte porque constituían el deleite de su mujer. Pero siempre administró sus bienes con sensatez. El palacio de Tillburg era de su patrimonio. Uno de los jóvenes que estaban en el salón, el hombre delgado de ojos vivos y oscuros, es el hijo, el único vástago de aquel matrimonio; ha recibido una buena educación y quién sabe si en Tillburg no desean anudar tiernos vínculos con el Sternenhof.

Al oír estas palabras, Gustav hizo un ligero movimiento de cabeza en dirección a Roland, lo miró pero no dijo nada.

Me acordé del castillo de Tillburg, que conocía muy bien pero en el que no había entrado nunca. Había pasado con frecuencia cerca de él; los cuatro torreones redondos de los cuatro ángulos, a los que en época reciente se revistió de un color claro, un revoque como el que ahora quieren hacer desaparecer del Sternenhof, no me habían agradado, pues formaban un duro contraste con el verdor de los cercanos árboles y con el azul de las lejanas montañas y del cielo, que casi se tornaba tenebroso.

—El hombre bajito de pelo cano que estaba sentado cerca de la ventana central y se levantaba a menudo —continuó Roland— es el dueño de Hassberg. Su padre compró la propiedad y en un principio la destinaba a un hijo más joven, porque el mayor heredaría la mansión familiar de Weissbach; pero el hijo menor y el padre murieron, y de ese modo el mayor se encontró dueño de Weissbach y de Hassberg. Al cabo de algún tiempo, él entregó a su hijo la heredad familiar y se retiró a Hassberg. Es uno de esos hombres que siempre

tienen que inventar y que edificar. En Weissbach ya han construido varios edificios. En Hassberg ha fundado una explotación modelo, ha mejorado los cultivos y los prados, rodeándolos de hermosos setos, ha criado una selecta ganadería y ha introducido en sitios protegidos el cultivo del lúpulo, que se propagó entre sus vecinos y se ha convertido en una fuente de riqueza. Ha ganado praderas al río poniéndole diques, ha asegurado con paredes los bordes del arroyo del molino, ha construido un establecimiento para el enriado del lino, además de nuevos establos, pajares, secaderos, puentes, pasarelas, pabellones de jardín, y no para de hacer reformas en el interior del palacio. Se pasa el día entero examinando y disponiendo cosas, por la noche dibuja y diseña, y si en algún lugar de la región se necesita asesoramiento sobre el trazado de una carretera o el establecimiento de un plan de explotación o construcción de un edificio, se le llama a él, que emprende gustoso los viajes a expensas propias. Su palabra tiene peso incluso ante el gobierno de la región. La mujer del vestido gris ceniza es su esposa, y las dos jóvenes que hace un momento iban con Natalie en dirección a los robles son sus hijas. La mujer y las hijas tratan de persuadirle para que se conceda un poco más de descanso, puesto que ya va haciéndose viejo, él dice siempre: «Esto es lo último que construyo»; yo creo, sin embargo, que el último proyecto de construcción lo hará en su lecho de muerte. Nuestro amigo lo admira mucho en ese terreno.

Cuando doblábamos la esquina de un soto y nos acercábamos a los robles que hay junto al muro de yedra, vimos de nuevo ante nosotros un grupo de personas. Roland, que estaba en su elemento, dijo:

—El hombre del elegante traje negro, delante del cual va su esposa con un vestido de seda color clavo de especia, es el barón Von Wachten, cuyo hijo está también aquí, un hombre de altura mediana, que en el salón ha estado mucho tiempo de pie junto a la ventana de la esquina, un joven de muchas y agradables prendas, pero que viene con demasiada frecuencia al Sternenhof como para que se deba a la pura casualidad. El barón administra bien su hacienda, no tiene especiales preferencias, mantiene en adecuado orden todas y cada una de sus propiedades y es cada vez más rico. Como tiene ese único hijo y no tiene hijas, la futura esposa de su hijo será una mujer muy respetada y muy rica. En invierno, la familia vive a menudo en la ciudad. Las fincas están algo dispersas. Thondorf, con los bonitos prados y la gran arboleda, debe de conocerlo usted.

—Lo conozco —respondí.

—En el Randeck —prosiguió Roland— tiene un palacio medio en ruinas, en el que hay unas puertas maravillosas que deben de remontarse al siglo dieciséis. El administrador le aconseja que no se desprenda de esas puertas, y así van desmoronándose más y más. Están en nuestra colección de dibujos y embellecerían muchísimo las estancias construidas y decoradas en el estilo de aquella época. Podrían hacer incluso de mesas o de otras cosas, si no fuera posible utilizarlas como puertas. En la capilla de Randeck, muy en ruinas, también he dibujado unas ménsulas bellísimas. El barón suele vivir en verano en Wahlstein, ya muy en el interior de la sierra, en la zona donde nace el Elm.

—Conozco el lugar —respondí—, y conozco también un poco a la familia.

—Aquel hombre de cabellos blancos como la nieve —siguió hablando Roland— se llama Sandung, y mejora la cría de ovejas, y uno de los dos hombres que están a su lado es el dueño de la finca llamada Berghof, un hombre que goza de la estima general, y el otro es un alto funcionario de Landegg. Todavía faltan los del Inghof, luego hay varios representantes de las gentes de estos alrededores. Cuando mi afición me lleva a viajar por la región, los divido en grupos según sus aficiones, y se podría dibujar en colores un mapa de la región, guiándose por tales aficiones, lo mismo que usted dibuja los macizos montañosos con colores, para indicar la existencia de diversas rocas.

Al meternos por un recodo, muy cerca del lado derecho de la pared de yedra, nos salió al encuentro, por un camino lateral, Mathilde con la señora Von Tillburg. Se detuvo delante de nosotros y me dijo:

—Usted no ha prestado tanta atención como debiera a mi ninfa de la fuente; da demasiada preferencia a la figura de la escalera de nuestro amigo. Ella lo merece sin duda; pero debería contemplar usted un poco más detalladamente ésta de aquí y confirmarme un poco su belleza.

—Ya he ponderado su belleza —repliqué—, y si mi insignificante opinión tiene alguna relevancia, no le faltará mi admiración.

—En cualquier caso, todos vamos a hacer una visita a la gruta —respondió ella.

Tras esas palabras, marchó delante con su compañera por el camino principal en dirección a la pared de hiedra; nosotros la seguimos. Los demás también fueron llegando desde distintas direcciones, y fuimos a ver la estatua de mármol que estaba en la galería de la fuente.

Algunos pasaron al interior, otros se quedaron junto a la entrada, y todos hablaban de la estatua. Ésta reposaba en su lugar, y la fuente seguía fluyendo de modo suave y continuo. Sobre la estatua sólo se decían generalidades. Tuve una sensación de extrañeza al ver a esas gentes tan ataviadas, con su vestimenta

multicolor, delante del mármol blanco y puro. Roland y yo no dijimos nada.

Nos alejamos del mármol, caminamos despacio junto a la pared de yedra y subimos las gradas del mirador. Allí permanecimos un rato y luego se tomó el camino de los tilos. Después de contemplar los tilos y la hermosa explanada bajo ellos, la comitiva inició el camino de vuelta al palacio. A Eustach casi no lo vi en todo el tiempo.

Junto con nosotros llegaron al palacio varios carruajes en los que venían los de Ingheim y algunos invitados más. Una vez que se les dio la bienvenida y que los recién llegados se desembarazaron de la superflua ropa de viaje, se formaron, como suele ocurrir en tales ocasiones, diversos grupos, algunos de los cuales estaban de pie delante de la casa y charlaban, otros iban y venían por los caminos de arena en la hierba y otros paseaban en dirección a la granja. Cuando el arrebol vespertino apareció detrás de los árboles que, al oeste del palacio, bordeaban los campos de labranza en bonitas hileras, y cuando su resplandor palideció más y más y cedió el paso al amarillo del atardecer, la gente volvió a reunirse. Unos volvían de su paseo, otros de su conversación, aquellos otros de contemplar diversos objetos, y se inició la entrada en el comedor. Allí empezó entonces una de esas veladas que en el campo, donde son mucho menos frecuentes las ocasiones de tratar con sus semejantes, cuentan entre las más placenteras. Eso he podido observarlo con frecuencia, ya que en verano he estado siempre lejos de la ciudad. Como en el campo es mucho más raro que en la ciudad ver a personas que compartan las propias ideas y opiniones, como no hay esa falta de espacio de la ciudad, en la que cada familia ha de gastar mucho para cubrir sus necesidades y las de sus parientes más próximos, como en el campo se suelen obtener los alimentos de fuente primaria y directa y tampoco se tienen exigencias muy estrictas en ese terreno, se es en el campo mucho más hospitalario que en la ciudad, y las ocasiones en que la gente se reúne en una habitación o en torno a una mesa se celebran de modo menos formal y también más cordial, porque se está contento de volver a verse, porque se quiere preguntar por cuanto ha ocurrido en los diferentes lugares de donde vienen los otros, porque se quiere comunicar a los demás las propias experiencias y porque se quiere intercambiar opiniones.

La mesa estaba ya puesta, el mayordomo mostró a cada uno su sitio, que, para evitar sin embargo posibles confusiones, él había indicado en cartulinas escritas de su puño y letra, y se tomó asiento. El hombre había procurado que quienes se conocían bien estuviesen cerca unos de otros. Sin embargo, con la confianza que se tiene en el campo y entre viejos conocidos, se procedió a trastocar las cartulinas y a sentarse juntos contra el orden prescrito. Del techo de la habitación colgaba una lámpara de suaves luces y, aparte de ésta, la mesa estaba iluminada por brillantes bujías repartidas por ella. Mathilde tomó asiento en el centro y trataba con amabilidad y sosiego a todos los que estaban en su zona, y hasta procuraba dirigir su atención a los sitios más alejados. Los invitados más conocidos y de más edad eran los más próximos a ella, los más jóvenes estaban más alejados. Julie, la hija de serenos ojos castaños de los Ingheim, estaba sentada casi enfrente de mí, su hermana Apollonia, de ojos azules, un poco más lejos. Estaban vestidas con mucho gusto, las joyas que llevaban, en mi opinión, podrían haber sido menos profusas. Junto a ambas se hallaban los jóvenes Tillburg y Wachten. Natalie estaba sentada entre Eustach y Roland. Yo no sabía si había sido dispuesto así o si ella había elegido ese sitio. Se sirvió una cena sencilla, animada por alegres conversaciones. Se hablaba de las cosas que habían ocurrido en la comarca, se bromeaba sobre asuntos sin importancia, se contaban experiencias que se habían vivido en el propio distrito, se hablaba de libros nuevos que había en la comarca y se opinaba sobre ellos, se enumeraban las nuevas adquisiciones en el campo de las propias preferencias, se contaban los viajes que se habían hecho y los que se proyectaban hacer. También se abordó la historia de la región, su administración, las mejoras que habría que hacer y los recursos que aún estaban sin explotar. Tampoco quedaron sin tratar la ciencia y el arte. Hubo chanzas que divirtieron a la concurrencia y todos parecían pasarlo muy bien por estar reunidos en un círculo en el que se enteraban de cosas nuevas y en el que podían recordar animadamente las antiguas.

Tras unas horas que transcurrieron con gran rapidez, todos se levantaron, encendieron las bujías para dirigirse a los distintos dormitorios y poco a poco se entregaron al descanso.

A la mañana siguiente, como después del desayuno el sol, ya bastante alto, había secado la hierba, se salió al exterior para emitir el juicio sobre los trabajos efectuados en la fachada principal de la casa. No faltó nadie a la cita. Incluso los criados estaban allí cerca, a los lados, como si supieran lo que ocurría —y seguramente lo sabían— y como si también fueran a participar. El grupo se separó unos cien pasos de la fachada principal, se dio luego la vuelta, se quedó de pie en el césped y contempló la pared liberada del revoque. Después se describió una amplia curva en torno a una esquina de la casa para ver también una pared que aún conservaba el revoque. Después de haber examinado ambas, se tomó una posición que permitía ver las dos fachadas.

Poco a poco fueron emitiéndose opiniones. Primero se preguntó a los invitados de más edad y de mayor

ascendiente. Casi todos ellos dieron su opinión de modo impreciso y con gran prudencia. Ambas soluciones tenían su parte buena —dijeron—, en ambas habría algo que criticar, y todo dependía del gusto y de las preferencias. Cuando la conversación se hizo más general, se precisaron ya algunas opiniones más firmes. Unos dijeron que dejar desnudas las piedras de una pared era algo especial que no se hacía en todas partes; y si los costes no eran un impedimento, se podía hacer lo mismo en todo el palacio y entonces se tenía algo muy singular. Otros opinaron que en todas partes era costumbre enlucir las paredes de una casa, incluidas las exteriores, un edificio revocado de blanco era muy risueño, por eso lo habían hecho los propietarios anteriores de esa casa, para que su apariencia se adaptara a los nuevos gustos. A eso dijeron entonces otros que los pensamientos de los hombres variaban mucho, que primero se habían dejado desnudos y a la vista los grandes sillares de que constaba la parte exterior de esos muros, que después se los había blanqueado, y que ahora habían llegado unos tiempos en los que se sentía veneración por lo antiguo y se volvía a ello, por tanto se podían dejar otra vez desnudas las piedras. Mi anfitrión escuchó las opiniones y respondió con palabras imprecisas, que no se referían a un solo punto de vista, ya que cuanto se decía se movía más o menos en el mismo círculo. Mathilde sólo dijo cosas sin importancia y Eustach y Roland guardaron silencio. Eso me extrañó sobre todo en este último, dada su naturaleza apasionada. Inferí de ese hecho que mis amigos, o bien se habían formado ya una opinión o bien querían de momento guardársela para ellos. Así pues, esa inspección que acabábamos de hacer me pareció una cosa general, sin importancia, una suerte de cortesía entre vecinos, de oportunidad para reunirse, para estar juntos y para hablar como se habla también en otras ocasiones.

Para mí lo más natural, sin ninguna duda, era que dejaran libres los sillares. Como había aprendido ya poco a poco, en los monumentos el material no es indiferente —y cuanto más grandes y venerables, tanto más es así—, y entonces no se lo puede mezclar con elementos ajenos. Un arco de triunfo, aunque esté bajo techo, puede ser de mármol, pero en menor medida de ladrillos o de madera, y no puede ser en absoluto de hierro forjado o de cartón piedra. Una estatua puede ser de mármol, de metal o de madera, y en menor medida de piedra tosca, y no puede ser en absoluto de diversos elementos ensamblados. Nuestras casas nuevas, que sólo están destinadas a acoger personas para darles cobijo, no tienen nada de monumental, ya sea un monumento a la gloria de una familia, ya sea un monumento de un espacio habitado, cerrado y acogedor, a un linaje cualquiera. Por eso se construyen con ladrillos, conforme a la técnica del oficio, y se cubren con una capa de yeso, igual que se hace con los muebles lacados o como se pintan las piedras artificiales. Las casas construidas sólo con madera en nuestras regiones montañosas para servir de morada a un linaje (no para adorno de los jardines) tienen algo de monumental, más aún los palacios hechos con piedras labradas, los arcos de entrada, los pilares, los puentes y más aún las iglesias edificadas en piedra. De eso deduje sin sombra de duda que tenían razón quienes construyeron ese palacio de manera que la cara exterior de las paredes fuesen sillares firmemente ensamblados y sin revocar, y que quienes revocaron los sillares estaban equivocados y que quienes los habían dejado otra vez al descubierto estaban de nuevo en lo cierto. Vi que en todas las piedras se había renovado la superficie con afilados martillos, ya que de otra manera no se habría podido eliminar la capa de cal. Eso dio seguramente a los sillares un grisor más claro que el de las antiguas cornisas y ménsulas que no habían sido revocadas; sólo la intemperie y el paso del tiempo volverían a oscurecer las superficies renovadas.

Después de haber conversado algún tiempo, todos regresaron a la casa, aunque no se había emitido un juicio propiamente dicho, y también los criados que habían estado mirando se separaron, como si el asunto estuviese concluido.

Una vez en la casa, los invitados se dispersaron, unos se fueron a las habitaciones, otros salieron al exterior.

En mi dormitorio —me habían asignado el mismo aposento en el que me alojé otras veces— cogí un sombrero ligero y una levita más cómoda y me fui también al jardín. Caminé a solas por un oscuro sendero entre la floresta, contento de estar solo. Me metí por los caminos apartados, poco transitables y también menos cuidados, a fin de no toparme con nadie y de que nadie se uniera a mí. Y no había ni un alma, en efecto, por aquellos corredores, sólo veía pajarillos que saltaban por ellos sin recelo y picoteaban en la tierra. Evité la explanada de los tilos y salí de la maleza por detrás de ella. Desde allí, dando un gran rodeo, me dirigí a la pared de yedra y tenía la intención de entrar en la gruta de la ninfa si no había nadie en ella. Cuando ya me acercaba a la gruta y podía contemplarla de soslayo vi que Natalie estaba sentada en el banquito de mármol que se hallaba a un lado de la estatua de la ninfa. Estaba sentada en el extremo del banco que miraba más al interior. Su vestido de seda gris pálido brillaba en la oscuridad de la caverna. Un brazo descansaba sobre el cuerpo, el otro lo tenía apoyado en el respaldo del banco y ocultaba la frente con la mano. Me detuve sin saber qué hacer. Para mí estaba claro que no iba a entrar en la gruta; pero el menor

movimiento que hiciera podía producir un ruido y molestarla. Mas sin que yo hiciera el menor ruido, ella levantó los ojos y me vio. Se levantó, salió de la gruta, caminó a paso rápido a lo largo de la pared de yedra y se alejó entre los matorrales. Poco después vi cómo desaparecía el brillo de su vestido. Seguí parado unos instantes, luego penetré en la gruta. Me senté en el mismo banco de mármol en el que había estado ella, y contemplé el delgado chorro de agua, contemplé la solitaria taza de alabastro que había junto a la fuente y contemplé el mármol apacible y brillante. Estuve sentado allí mucho rato. Al acercarse unas voces, supuse que venía gente a ver la estatua de la fuente y me levanté; salí de la gruta, penetré en la maleza y por los mismos caminos por los que había venido regresé al palacio.

La hora del mediodía reunió de nuevo a los invitados en torno a la mesa del almuerzo. Varios de ellos habían decidido partir inmediatamente después, para llegar a sus casas antes del anochecer. Hubo un alegre brindis por la bella configuración del palacio y unas palabras de agradecimiento por la cordial hospitalidad. Se devolvió el brindis deseando prosperidad para todos los invitados y un pronto reencuentro. El risueño sol estival iluminaba la estancia, y las flores del jardín la decoraban.

Tras el almuerzo partieron varios invitados, y en el transcurso de la tarde se marcharon todos.

Los que íbamos al Asperhof habíamos decidido partir a la mañana siguiente.

Durante la cena la conversación giró en torno a las obras de la casa. Vi que los que allí quedábamos estábamos de acuerdo. Ahora habló mi anfitrión, hablaron Eustach y Roland. Todos eran de mi parecer. Me pidieron que diera yo también mi opinión. La expuse con arreglo a lo que sentía. Todos parecían haber esperado ese punto de vista. Mi anfitrión habló con Mathilde en especial sobre los gastos para cubrir los costes futuros. La limpieza de las piedras con los afilados martillos había ocasionado mayores desembolsos de lo que se había calculado al principio. Por eso mi anfitrión aconsejó repartir el trabajo entre varios periodos más extensos, de manera que los gastos fueran menos perceptibles y de ese modo, como la creación de lo bello es lo que procura placer, el placer se prolongaría. La propuesta quedó aprobada y ya se disfrutó pensando en el futuro y progresivo embellecimiento y también se disfrutó de antemano el momento en que la casa ofrecería una apariencia digna y se tuviese entonces el alivio de que así sería entregada al futuro propietario.

Al amanecer del día siguiente, mi anfitrión, Eustach, Roland, Gustav y yo nos pusimos en camino rumbo a la Casa de las Rosas.

Cuando, recordando los días recién transcurridos, dije algo sobre la vida del campo y mencioné sus ventajas y departimos un rato sobre ese tema, dijo mi anfitrión:

—La vida social de las ciudades, si se la toma en el sentido de que siempre se está con personas ajenas, en cuya casa uno está de visita con otros, o bien están ellas en la nuestra junto con otros, no es ventajosa. Es la misma uniformidad de la vida que también hay en lugares cercanos a las grandes ciudades. Uno desea pasar a otra uniformidad; porque la vida y la expresión de una comarca es siempre uniforme, y el ir de una uniformidad a otra siempre constituye una satisfacción. Pero también existe una uniformidad tan sublime que invade con su plenitud el alma entera y abarca con su sencillez el universo. Son seres selectos los que la alcanzan y pueden engastar su vida en ella.

—En la historia universal ocurre algo parecido —dije.

—Ocurre en la historia universal —respondió—, cuando una persona, mediante un gran hecho que colma su existencia, puede dar a esa existencia una forma sencilla, liberada de todo lo mezquino: tanto en la ciencia, en la que se extiende ante el hombre un campo grandioso de metas sublimes, como en la claridad sosegada de ciertas formas de entender la vida que acaban reduciéndolo todo a unas líneas dilatadas, pero sencillas y fundamentales. No obstante, también en esto hay medidas y gradaciones como en todas las cosas de la vida.

—De las dos principales épocas que han concernido al género humano —respondí—, la llamada edad antigua y la época actual, sin duda es el periodo grecorromano el que presenta la mayor parte de lo mencionado.

—No sabemos, en último término, qué periodos ha habido en la historia —respondió—. Los griegos y los romanos son los más cercanos a nuestro tiempo, provenimos de ellos y también son ellos sobre quienes más sabemos. Quién sabe cuántos periodos ha habido en los pueblos y cuántas fuentes históricas desconocidas siguen aún ocultas. Si un día salen a la luz ciclos completos de culturas tales como la helenidad y la latinidad, entonces quizá sea posible decir algo sobre nuestra cuestión. ¿O esos ciclos sólo habrán existido y luego habrán sido olvidados? ¿Y ocurrirá entonces que se olvidan los fragmentos remotos de la historia universal cuando aparecen otros nuevos que marchan con apresuramiento hacia su evolución? ¿Quién hablará dentro de diez mil años de los griegos o de nosotros? Vendrán ideas muy diferentes, los hombres tendrán palabras muy diferentes, hablarán con ellas frases muy diferentes, y nosotros no las entenderíamos,

como no entenderíamos, siquiera dominando su lengua, algo que se dijo diez mil años antes de nosotros y que ahora tenemos ante la vista. ¿Qué es entonces la gloria? Pero si volvemos a nuestro tema y dejamos a los egipcios, los asirios, los indios, los medos, los hebreos y los persas, pueblos de los que han llegado noticias hasta nosotros, y sólo nos comparamos con el mundo grecorromano, parece haber en él, en efecto, más sencillez y grandeza de vida que en el nuestro. Muchas veces que estoy en situación de decidir a qué he de dar la palma, a los hechos de César o a los escritos de César, me quedo extrañado de hasta qué punto estoy dudoso y no sé cómo decidirme. Tanto éstos como aquéllos son tan límpidos, tan fuertes, tan impávidos, que seguramente tenemos pocas cosas semejantes.

—Pero, a mi modo de ver, en la Antigüedad la situación en cuanto al obrar y al pensar era menos complicada que la nuestra —dije.

—No tenían un escenario tan dilatado como nosotros —replicó—, aunque el lugar de las hazañas de César (Bretaña, Galias, Italia, Asia, África) o de Alejandro (Grecia y el Oriente) tampoco era tan pequeño. Por eso, sus relaciones con el exterior resultaban más fáciles; pero en el interior, dado el gran número de personas que intervenían en los asuntos del Estado, la mayoría de ellas con voto y fuerza de decisión, no debió de ser tan fácil, y la capacidad de convencer y de guiar esos diversos temperamentos mediante la palabra, la presencia y la acción, fue sin duda de difícil adquisición y confirió sin duda al carácter de un hombre esa firmeza y seguridad que tantas veces admiramos en él. Nuestro tiempo es muy diferente. Ha seguido al hundimiento de aquel otro y a mí me parece una época de transición, tras la cual vendrá otra que superará con mucho a la antigüedad grecorromana. Estamos elaborando una pesa especial del reloj universal aún poco conocida entre los antiguos, cuyo interés se extendía sobre todo a la política, al derecho y en ocasiones al arte: las ciencias físicas. Ahora aún no podemos vislumbrar qué influencia tendrá el empleo de esa pesa en la transformación del mundo y de la vida. En parte, aún tenemos los elementos de esas ciencias, como bienes muertos, en los libros o en las salas de estudio, en parte los hemos aplicado a la industria, al comercio, a la construcción de caminos y a cosas parecidas, aún estamos demasiado en la efervescencia de ese comienzo para poder evaluar los resultados, en realidad estamos muy al comienzo del comienzo. ¿Cómo será cuando podamos difundir noticias por toda la tierra con la rapidez del rayo, cuando podamos llegar nosotros mismos, a gran velocidad y en poco tiempo, a los diversos lugares de la tierra y cuando podamos transportar con esa misma celeridad grandes cargamentos? Y con la facilidad del intercambio, ¿no se harán comunes los bienes de la tierra de forma que todos tengan acceso a todo? Ahora una pequeña ciudad de provincias y sus alrededores puede aislarse con lo que ella tiene, con lo que es, con lo que sabe; pero pronto ya no será así y se verá forzada a insertarse en el comercio general. Entonces lo que habrá de saber y de llevar a cabo el más humilde será mucho más que ahora, a fin de cumplir con esos contactos generalizados. Los Estados que sean los primeros en adquirir ese saber mediante el desarrollo de la cultura y de la inteligencia irán por delante en riqueza, poder y gloria y hasta podrán causar dificultades a los demás. Pero ¿qué transformaciones sufrirá también el espíritu en todas sus facetas? Ese efecto es, con mucho, el más importante. El combate en esa dirección se prolongará; surgió porque se dieron nuevas condiciones de vida entre los hombres, la efervescencia que he mencionado será aún más fuerte, no puedo decir cuánto durará, qué males surgirán; pero seguirá una clarificación, el poder superior de la materia pasará a ser, frente al espíritu, que acabará siendo el vencedor, un simple poder que éste utiliza y, como ha conseguido un nuevo logro para el hombre, vendrá una era de grandeza como no habrá habido otra en la historia. Creo que así se irá subiendo un peldaño tras otro en el curso de los milenios. Hasta dónde se llegará, cómo será la evolución y el final, eso no alcanza a saberlo una mente humana. Sólo esto me parece seguro: que vendrán otros tiempos y otras concepciones de la vida, aunque permanezca lo que, como causa última, habita el espíritu y el cuerpo del hombre.

Durante el viaje entramos en diversos detalles de esa materia, los comentamos y tratamos de especificar las posibles consecuencias. Se mencionaron sobre todo las ramas de las ciencias que habían avanzado especialmente y parecían tener cada vez más influencia, como la química y otras. Roland era decidido partidario de la innovación, aunque ésta lo derribara todo, mi anfitrión y Eustach acariciaban el deseo de que lo nuevo que hubiese de quedar por ser bueno —porque cuántas cosas nuevas no son buenas— encontrara su lugar sólo de modo paulatino y se generalizase sin demasiados trastornos. De esa manera, la transición sería más larga, pero más sosegada, y sus resultados más duraderos.

Tras el almuerzo, la conversación versó sobre la ninfa de la fuente del Sternenhof, y mi anfitrión me contó cómo la habían adquirido. Un hombre, pariente lejano de Mathilde, había incrementado su gran fortuna con herencias. Se dedicó a coleccionar. Tenía monedas, tenía sellos, tenía antigüedades celtas y romanas, instrumentos de música, tulipanes y dalias, libros, pinturas y estatuas. En su jardín, junto a la casa que estaba situada a cierta altura, construyó una gran plataforma que pavimentó de piedras y de la cual

bajaban hacia el jardín, en varias direcciones, unos peldaños de artísticas piedras. Sobre los parapetos de esa plataforma y sobre la balaustrada de las escaleras se colocaron estatuas. Uno de los mayores deleites de aquel hombre era pasear por esa plataforma. Eso lo hacía a menudo, incluso cuando en el cielo brillaba el sol más ardiente y el pavimento le quemaba en las plantas del pie. Tenía, además, otras estatuas en las escaleras de la casa y en las habitaciones. La ninfa que ahora posee Mathilde la tenía en el jardín, en un templete con fuente. La había heredado de su tío abuelo. Al parecer había sido hecha, en la juventud de éste, por un escultor italiano para un príncipe, cuya inesperada muerte impidió que la estatua llegara a su destino. Así, después de una serie de casualidades, llegó a manos del tío abuelo, que tenía vinculaciones con el artista. Se dice que esa estatua fue el comienzo de la afición a las estatuas del primo de Mathilde. Cuando murió se encontró escrita su última voluntad, a saber, que todas las obras de arte se vendieran a entendidos o a amantes del arte, pero no a mercaderes, y que el dinero obtenido y las otras cosas que él dejase al morir, estas últimas según su valor aproximativo, se repartiesen entre sus parientes lejanos; porque no tenía hijos ni parientes próximos. Como la ninfa era con mucho la obra de arte más bella que poseía, como Mathilde siempre la había admirado, como ella ya poseía el Sternenhof y había metido en él excelentes pinturas, no le fue difícil acreditarse como persona amante de las artes y comprar la estatua. Se aceptó de buen grado que fuese a parar a ella y no a un extraño, porque de ese modo la obra de arte quedaba hasta cierto punto en la familia y además ella pagó a la comunidad de herederos más de lo que habría pagado un extraño. Mathilde llevó entonces al Sternenhof la tan apreciada estatua y la colocó en un salón. Fue mucho tiempo después cuando, gracias a los esfuerzos de Eustach y de mi anfitrión, se construyó entre los robles, que ya existían, el muro de la hiedra y la gruta de la fuente y se dio así a la figura un emplazamiento digno y de mayor realce, ya que para el salón siempre había sido demasiado grande y poco adecuada por su actitud y su ocupación. El cántaro del que salía el agua ya lo tenía ella, el estanque y el banco se hicieron nuevos, la taza de alabastro era propiedad de Mathilde.

Llegamos a la Casa de las Rosas al final de la tarde. Al día siguiente pedí a mi anfitrión que me permitiera hacer una copia del dibujo que él poseía del retablo de Kerberg para que yo llevara de regalo ese dibujo a mi padre. Lo permitió con mucho gusto. El dibujo había sido mejorado por Roland, a partir del boceto hecho durante el viaje a las tierras altas, y así me fue entregado.

Me encerré en mi aposento y trabajé con aplicación varios días de sol a sol, hasta que terminé el dibujo. Lo empaqueté muy bien y devolví el original a mi anfitrión.

Ahora ya no me quedé mucho tiempo en el Asperhof y me apresuré a viajar a Los Abetos.

Allí subí a las montañas, trabajé intensamente, toqué mucho la cítara y me entregué a la lectura de mis libros.

Un día, a finales del verano, puse fin a todo eso. Llené mis cajones, metí en cajas y maletas los instrumentos y los libros relativos a mis trabajos, rotulé los cajones, tomé disposiciones para su envío y me dirigí después a Lautertal. Allí sólo tomé al viejo Kaspar y, de los jóvenes, a uno al que había tomado especial afecto, y decidí llevar a término la medición del Lautersee.

Tomé una habitación en la fonda del lago, preparé todos los instrumentos que necesitaba para mi proyecto, mandé construir los que aún no poseía y puse manos a la obra. Trabajé con mucha aplicación. Mientras había luz del día estábamos sobre el agua. Por las noches —salvo las pocas horas de sueño— estaba con mis papeles, en parte haciendo cálculos, en parte escribiendo, en parte incluso dibujando. Repetí algunas mediciones que había hecho en ocasiones anteriores para convencerme de la estabilidad o variabilidad del nivel del agua o del fondo del lago. Como no es imaginable un nivel de agua siempre idéntico, puse como referencia para mis mediciones un nivel medio y planteé siempre la pregunta de a qué profundidad, por debajo de ese nivel, se hallaban determinados puntos del fondo del lago. Ese nivel medio, que fue calculado partiendo del que regía la mayor parte del año, en mi reproducción era también la superficie del agua. Fue el que tomé como base para las mediciones suplementarias de control. En sitios bastante alejados de la orilla, el fondo del lago no había cambiado desde que comencé con las mediciones, o, si había cambiado, era tan poco que no podía percibirse con nuestros instrumentos. En las orillas o cerca de las orillas donde reinaban grandes profundidades y se alzaban altas y silenciosas rocas cortadas a pico, en las que cuando caía un aguacero escurrían, todo lo más, hilos de agua o charcos de poco fondo, tampoco había cambios. Pero en zonas poco profundas de las orillas planas, donde la lluvia introduce rocalla y otras cosas, se comprobó, en efecto, que había habido alteraciones. Pero los mayores y más numerosos cambios ocurrían donde se abría frente al agua una barranca de la que salía un torrente de montaña, el cual, según que siguiera corriendo o, si había aguaceros, creciera con fuerza, arrastraba con él al lago grandes masas de rocalla y las depositaba allí. Después de repetir esas antiguas mediciones procedí a efectuar las nuevas, que necesitaba para completar los conocimientos que me había propuesto como meta. Continué asimismo

dibujando asiduamente las formaciones que se encontraban fuera del agua y configuraban la orilla.

Dos veces interrumpí el trabajo. Fui a Rothmoor para ver cuánto habían avanzado las cosas que iban a elaborar con mis mármoles y si las hacían bien. Los progresos eran encomiables. Me dijeron —y yo mismo lo vi como muy posible— que acabarían todo en ese verano. Pero en lo tocante a la calidad tenía objeciones que poner. Con ruegos, críticas y promesas, dispuse que eso que indicaba se llevara a cabo con la precisión y la pulcritud que deseaba.

Cuando venían días de lluvia, de forma que las nubes quedaban adosadas a los montes y apenas se los distinguía ni tampoco la forma del lago, me quedaba en casa y dibujaba y pintaba en mi hoja principal lo que había esbozado al aire libre en muchas hojas secundarias. Así, la empresa se acercaba cada vez más a su consumación.

Por fin se terminaron los trabajos exteriores y sólo quedaba consignar sobre el dibujo las muchas indicaciones que andaban dispersas por mis papeles, tarea que no había podido abordar hasta entonces, a fin de comparar con el dibujo principal, en orden a la exactitud, los bocetos que había hecho sobre hojas sueltas y, para completar además ese dibujo donde fuese necesario. También había que colorear diversas partes.

Después de un trabajo asiduo y de muchas dificultades que hube de superar para lograr gran exactitud, quedó concluida la tarea de una jornada, y el dibujo completo, circundado de una lóbrega melancolía y de una belleza que yo mismo no habría imaginado, estaba ante mí. Durante un rato contemplé la reproducción solo, ya que no había nadie que compartiera conmigo esa contemplación, enrollé después la lámina en un cilindro, acomodé éste bien en una maleta, me despedí del lago y de todos los habitantes del Albergue del Lago y me puse en camino, rumbo a Los Arces.

Allí me instalé. Iba a diario al Rothmoor, me quedaba allí todo el día y regresaba al atardecer, de forma que llegaba a la Posada de los Arces con el crepúsculo. En el Rothmoor veía cómo los hombres trabajaban mis mármoles, los veía cortar, limar, frotar, afilar y pulir. Indicaba también cómo había que tratar algunas cosas y cómo se conseguía una mayor perfección, pero sobre todo una mayor exactitud.

La fuente de mi padre quedó terminada poco a poco, y también se remataron las cosas pequeñas que había que hacer. El sol entraba en el taller y hacía brillar la taza, límpida y pura. Mandé construir con fuertes vigas unos cajones. Se metieron en ellos, con ayuda de tornos, palancas y sogas, los elementos de la fuente y quedaron listos para el transporte. Hubo que preparar los coches de manera especial para que los cajones pasaran al río. Esos dispositivos quedaron por fin terminados. Se llevó a cabo la operación de carga y los coches partieron. Yo fui con ellos hasta el río y no los dejé un instante para prevenir un posible accidente. En el río, los cajones pasaron a un barco y prosiguió el transporte. Desde el desembarcadero de nuestra ciudad fueron llevados por fin, en robustos carruajes, a nuestro jardín.

Se procedió entonces a terminar la obra hidráulica en aquel otoño. Basándose en mis cartas y en las medidas que yo le envié, mi padre ya había hecho trabajos preliminares. Ahora se contrató a más obreros y a un ingeniero hidráulico que dirigía los trabajos. Yo estaba todo el día en la obra y ayudaba en los trabajos. Mi padre sacaba también todo el tiempo posible para estar presente y poder mirar. Se colocaron las tuberías, se encajaron los tubos de ascensión, se puso sobre ella el tallo, asegurado y soldado con los hierros necesarios, y se fijó en él la hoja. Se quitó el tapón que había mantenido cerrado el tallo que terminaba en la hoja, y el limpio chorro cayó sobre la uva de raposa, llenó la taza y cuando ésta estuvo llena, el agua resbaló sobre el pavimento de suave mármol amarillo y siguió circulando por su acanaladura. Los colores armonizaban muy bien entre ellos, los tonos oscuros del tallo formaban un hermoso contraste con el rojo de la hoja, y el suelo amarillo daba al rojo un color más bello y un brillo más delicado. Para la inauguración, se invitó a varias personas y éstas, así como mi padre, mi madre y mi hermana, disfrutaron con el éxito de la obra.

Para corresponder a mi regalo, mi padre me entregó, en hermosa encuadernación y con relieves en las tapas, el *Cantar de los Nibelungos*. Le di calurosamente las gracias.

Se decidió hacer para el invierno una estructura de madera que recubriera la obra hidráulica para que ésta quedara bien preservada del frío. Para la primavera se hicieron planes sobre cómo configurar la zona del jardín que rodeaba la fuente, a fin de ennoblecer y embellecer el conjunto. Se esperaba disponer de los proyectos definitivos antes de la llegada del buen tiempo para poder empezar entonces.

Además de la pila entregué los otros objetos de mármol confeccionados en Rothmoor. Entre ellos había columnas y cornisas que se colocarían en un sitio al final del jardín, que ofrecía una panorámica de los montes y de la comarca y en el que mi padre tenía la intención de construir algo que fuese digno de esas vistas y permitiera disfrutarlas mejor. Yo opiné que se podría levantar una bonita balaustrada que circundara la plataforma, que tuviera además una ancha superficie, de modo que fuese posible apoyarse

sobre ella y colocar cosas, y asientos junto a ella en los que se pudiera descansar. Si hubiese una mesa cerca de esa balaustrada, sería aún mejor. Yo había traído, además, platos para uso diverso, anillas para sujetar una cortina, tableros de mesa, ornamentos para pilastras, piedras de distintos colores, talladas en forma cuadrangular y que se podían poner en fila sobre papel o algo parecido, y otras cosas semejantes.

Enseñé a mi padre la reproducción del retablo de Kerberg y dije que lo había hecho expresamente para él y que se lo entregaba. Se alegró mucho y me dio las gracias. El retablo no era nuevo para él, lo había visto en el pasado, antes de su restauración, y el dibujo del retablo restaurado estaba entre los que mi anfitrión enviara el año anterior a mi padre. Pero de todos modos le resultaba muy agradable poseer el dibujo y poder contemplarlo siempre que quisiera. Mi padre me llamó la atención sobre diversas cosas que había descubierto después de contemplarlo repetidas veces. Primero comprobó que el retablo era mucho más rico y diverso que cuando él lo vio en la realidad, todavía sin reformar, muchos años atrás; luego me hizo notar que esa obra ya tenía las líneas redondeadas, que los pináculos, hechos de barras torneadas, tenían forma de pirámide y que las figuras humanas ya estaban muy elaboradas, todo lo cual apuntaba a que la obra no pertenecía a la época del gótico puro sino a aquella en la que ese estilo ya había empezado a transformarse. También me mostró que, con el paso del tiempo, varias piezas de los ornamentos habían sido colocadas en sitios distintos a los suyos originarios, que los bustos no se encontraban en el sitio correcto y que debían de haberse perdido figuras humanas. Fue a su biblioteca y sacó libros provistos de ilustraciones y con ellas me demostró la verdad de lo que afirmaba. Le dije que mi anfitrión y Eustach eran de la misma opinión, pero que las restauraciones que se habían hecho en el retablo no eran restauraciones en el sentido estricto de la palabra, sino que tenían como objetivo inmediato conservar el material y reservar para el futuro, caso de que se encontraran los medios para ello, otros cambios y restituciones más considerables. Sólo se habían hecho restituciones donde la figura del objeto era claramente reconocible.

Los libros de mi padre aumentaron mi interés por el asunto del que trataban; le pedí que me dejara llevármelos a mis apartamentos y empecé a examinarlos, y ellos me indujeron a querer conocer desde el principio, y con más detalle, la arquitectura y su historia, y a que comprara, siguiendo el consejo de mi padre y de otros, todos los libros que se necesitaban para ello.

5. El pacto

El invierno transcurrió como de costumbre. Puse en orden las cosas que había traído y recuperé ante el escritorio lo que había quedado retrasado en verano por la actividad al aire libre y por el tiempo perdido en otras cosas. Lo que prefería era el trato con los míos en el círculo íntimo de la familia, eso era mi mayor esparcimiento, mi mayor deleite. Mi padre me profesaba cada día mayor consideración. Amor, no podía profesarme más, porque siempre me había dado pruebas de él en la mayor medida; pero así como antes, a la vez que se ocupaba con gran ternura de mi bienestar y a la vez que me procuraba cuanto era necesario para mi sustento y para mi formación, me dejaba seguir mi camino con plena libertad, y siempre era amable y cariñoso y no pretendía llevarme en otras direcciones que fueran más cómodas para él, ahora seguía siendo así, sin duda alguna; pero me preguntaba mucho más por mis investigaciones y hacía que le expusiera detalladamente las cosas relacionadas con ellas, me pedía consejo o quería saber mi parecer en los asuntos de sus colecciones y de la casa y obraba de acuerdo con lo que yo le decía, hablaba conmigo, más a menudo que antes, sobre obras literarias, historiográficas, sobre obras de arte. Pasaba bastante tiempo, acompañado de mí, con sus pinturas, con sus libros y con sus otras cosas y gustaba de reunirnos a todos en el pabellón de cristal, cuya cálida atmósfera envolvía las armas antiguas, los relieves antiguos y los revestimientos de las pilastras. Él hablaba de cosas diversas y parecía sentirse a gusto pasando la velada en el círculo reducido de su familia. A mí me parecía que en aquella época no sólo regresaba de su oficina antes que otras veces, sino que pasaba dentro de los muros de la casa más tiempo que en años anteriores. Mi madre estaba contentísima por el alegre estado de ánimo de mi padre, le gustaba mucho adherirse a sus proyectos y hacer todo lo posible para que se cumplieran. Ella parecía querernos a los hijos más que en todos los tiempos pasados. Klotilde estaba cada vez más unida a mí, se diría que era mi hermano, que yo era su amigo, su consejero, su acompañante. Parecía no percibir otra cosa que nuestra casa. Los dos seguimos practicando el español, la cítara, el dibujo y la pintura. A pesar de todo eso colaboraba con mucho celo en el gobierno de la casa para obedecer a la madre y merecer su aprobación. Cuando, en ese campo, le salía especialmente bien algo que exigía mucho esmero y pericia y así lo reconocían los demás, su satisfacción era mayor que si se hubiera llevado el premio en un importante y serio certamen y en presencia de una respetable asamblea.

En las reuniones que se celebraban en nuestra casa —en un círculo más amplio o más restringido, pero con menos frecuencia que en años anteriores—, también se conversaba ahora más que cuando éramos más jóvenes. Se analizaban cuestiones serias, asuntos relacionados con la política, empresas o fenómenos de interés público que atraían la atención general. Se hablaba también de las ocupaciones de cada uno, de las aficiones o de las cosas habituales de cada día, como el teatro o como los hechos que acontecen en el entorno inmediato. Y también se recurría a las diversiones conocidas de todos, la música, el baile, el canto. Entre la gente joven se trababan nuevas amistades, las personas mayores seguían cultivando las relaciones ya existentes.

Yo iba a ver a mis amigos, departía con ellos y les contaba de un modo general a qué me dedicaba en la actualidad. Ellos me hablaban de sus propias experiencias y me llamaban la atención sobre ciertas personalidades.

Continué pintando, proseguí el estudio de las piedras preciosas e iba con frecuencia al teatro. La lectura de los libros de arquitectura me resultaba muy grata, y me abría un campo nuevo que prometía ser fructífero y sugestivo.

Las veladas en casa de la princesa adquirían para mí cada vez más importancia. Poco a poco se había formado un grupo cuyos miembros se congregaban con frecuencia y de buen grado en el salón de la princesa. Se departía sobre las más interesantes materias, y nadie se asustaba cuando alguien encauzaba la conversación hacia las cuestiones filosóficas de última hora. La gente se adaptaba a esos temas lo mejor que

podía, trasladaban al lenguaje común el singular modo de hablar de los llamados especialistas y aplicaba a todo ello su sentido común. Lo que el grupo podía sacar en limpio con esos métodos, eso quedaba para siempre, y si el grupo consideraba que había sido de provecho, uno lo retenía en calidad de tal. Pero si parecía tratarse sólo de palabras de las que no se podía extraer un sentido manifiesto, se dejaba el tema sin continuar con él y sin querer opinar al respecto. La literatura y la lengua españolas seguían siendo parte esencial de nuestras reuniones.

Cuando los días eran muy claros y un sol radiante llenaba de luz las habitaciones, me trasladaba al pabellón de cristal y me dedicaba a hacer para mi anfitrión las reproducciones de los revestimientos de las pilastras. Quería hacerlas lo mejor posible para dejar contento, o incluso para dar una alegría, al hombre a quien yo debía tanto y a quien profesaba tan alta estima. Primero quería dibujar los revestimientos y, a partir de esos bocetos, ejecutar pinturas al óleo. Hice los dibujos sobre papel sepia, acentué las sombras con negro, aumenté la luz con un ocre claro y apliqué el blanco a los puntos de máxima luz. Cuando hube terminado los dibujos en esa factura, y, tras mucho comparar y medir, me convencí de que eran correctos en todas las proporciones, añadí la escala conforme a la que habían sido ejecutados. Procedí entonces a la confección de los cuadros. Los hice algo más pequeños que los bocetos, pero en exacta proporción con ellos. Para pintar empleé siempre las mismas horas de la mañana a fin de captar con la misma precisión los puntos brillantes, las luces y las sombras y también para reproducir con fidelidad el color del conjunto.

Al hacerlo vi confirmado una vez más lo que ya me había llamado la atención otras veces. Los objetos del entorno influían de tal manera en los relieves de madera cubiertos de un fino barniz, que las espadas, las estrellas matutinas, los ropajes escarlata, las líneas de las paredes, del suelo, los cortinajes de las ventanas y el techo se reflejaban en ellos en dimensiones imprecisas y contornos confusos. Me di cuenta enseguida de que, si había que incorporar todas esas cosas al color de las reproducciones, los objetos representados serían más profusos y sugestivos pero menos inteligibles, a no ser que se pintara también la habitación con todo su contenido y se aportara así la explicación. Como eso no sabía hacerlo y tampoco era necesario para lo que yo perseguía, retiré de la habitación todo lo accidental y de fuerte influencia y pinté después los relieves tal como se me presentaban junto con los influjos restantes; obrando así quería, por una parte, ser veraz y, por otra, no caer en el error de eliminar del entorno cualquier influencia, sustituirlo por algo prácticamente irreal y dejar así desprovisto de vida al objeto, puesto que entonces éste quedaría aislado de todo entorno, no tendría espacio vital ni, por tanto, vida alguna. Por lo que concernía al color real que tenían los relieves en aquel lugar, el conjunto ya aportaría una solución y debería de inferirse a partir de él. Puse mucho empeño en el trabajo y procuré llevarlo a cabo con tanta exactitud como me era posible dadas mis facultades y mis conocimientos. Avivé y oscurecí los colores una y otra vez, buscando el matiz exacto y la luz adecuada, hasta que el cuadro, colocado al lado de los objetos, visto de lejos no podía distinguirse de ellos. El dibujo del cuadro tenía que ser exacto porque lo había hecho ateniéndome con perfecta exactitud al boceto primitivo, que había confeccionado con arreglo a las leyes de las matemáticas. Cuando, en mi opinión, la cosa estuvo terminada, se la enseñé a mi padre, que la dio por buena, si se exceptúan los pocos reparos que puso. Eliminé, a su satisfacción, lo que daba origen a tales reparos. A continuación se metió todo en cajas adecuadas y quedó dispuesto para su transporte.

Casi habían llegado los días precursores de la primavera cuando terminé con aquel trabajo. Eso se debía sobre todo a que había podido aprovechar los claros días de final del invierno en mayor medida que los oscuros del comienzo.

En la primavera emprendí de nuevo mi viaje.

Primero hice una visita a mi anfitrión, le llevé las cajas que contenían las reproducciones de los revestimientos, y le entregué tanto el boceto como también la pintura en color de los relieves. Él llamó a Eustach a su despacho, donde fueron desempaquetadas las cosas. Ambos hicieron comentarios muy favorables sobre el trabajo, sin duda más favorables que sobre todos los trabajos anteriores que les había enseñado. Eso me alegró mucho. Eustach dijo que se podían distinguir muy bien los colores locales de los que habían surgido por influencias externas y que por estos últimos se podía adivinar la disposición del entorno. Colocaron el cuadro a la distancia necesaria y lo examinaron con delectación. Eustach tuvo sobre todo elogios para la exactitud y utilidad del boceto desprovisto de colores.

Tras la breve estancia en la Casa de las Rosas viajé a la comarca de Los Abetos, me quedé allí también poco tiempo y me interné más en las montañas, para encontrar un lugar intermedio desde el cual pudiese emprender mis nuevos trabajos. Una vez encontrado uno, me fui al Lautertal y, desde allí, a la Posada de los Arces, para contratar para ese año a mi buen Kaspar y a los otros que me habían ayudado el año anterior. Concluido esto, a mi parecer de modo satisfactorio para ambas partes, me quedé algunos días más en la Posada de los Arces, en parte para que mis hombres pudiesen equiparse para el viaje, en parte para

disfrutar un poco de la casa y el valle, a los que había tomado cariño, y de aquel paisaje. En esa ocasión fui varias veces a Rothmoor, para mirar allí qué objetos de mármol estaban haciendo en esos días. Me pareció que desde el año anterior el establecimiento había progresado mucho. Hablé allí también de los trabajos que efectuarían para mí caso de que encontrase el mármol que se necesitaba para ello. Las pesquisas para encontrar alguna pista de los complementos de los revestimientos de mi padre, que yo había comprado en aquella región, resultaron tan infructuosas como las del año anterior.

En Lautertal ocurrió un hecho que me causó gran contento. Mi profesor de cítara, que durante un tiempo había desaparecido, estaba de nuevo allí. Se alegró mucho de verme y dijo que quería acompañarme al pueblecito de Kargrat, que ahora era el centro de mis trabajos y estaba situado en alturas cubiertas de hierba, pero sin árboles ni arbustos, muy cerca de las nieves perpetuas, con habitantes pobres y un cura frugal, tal vez más pobre aún. Dijo que, si le pagaba un salario, haría para mí los trabajos que le pidiera, y en el tiempo libre tocaríamos la cítara. Añadió que no había tenido nunca un alumno con el que él hubiera disfrutado tanto tocando la cítara.

Decidí hacer el intento, y acordamos las condiciones del contrato.

Cuando todo estuvo dispuesto, salimos de la Posada de los Arces hacia Kargrat. Caminé con los hombres por senderos apartados que llevaban con más celeridad a la meta. Sólo una vez tuvimos un trecho con un camino bien aplanado para el que alquilé dos carruajes. En Kargrat encontré un cuartito. Para mis hombres se habilitó un pajar, y para guardar mis cosas se construyó expresamente un cobertizo de madera. Ya estábamos cerca de los picos más altos. Mi ventanuco daba a los tres picos nevados de los Leiterköpfe, detrás de los que se alzaba la aguja escarpada, esbelta y cegadoramente blanca, del Karspitze y junto a los que se extendían los bancos de los glaciares del Simmi, brillantes como piedras preciosas. En torno a la torre puntiaguda del campanario de la aldea soplaba el aire áspero y casi duro de la montaña y se posaba sobre nuestras cabezas y nuestros rostros. Más lejos, orientados hacia el valle, estaban los otros montes y las regiones más densamente pobladas.

Cuando mi recuperado profesor tocaba la cítara, yo disfrutaba de verdad. Durante el tiempo en que no le había visto casi había olvidado qué maravillosamente tocaba. Cuanto yo había oído desde entonces palidecía hasta la insignificancia frente a su virtuosismo, para el que he de emplear la expresión «esplendor supremo». Él también parece emocionado y dominado por ese instrumento musical que es el suyo; cuando toca es una persona distinta y penetra en las profundidades —en las buenas, se entiende— suyas y de otros. En aquellas alturas su hermoso estilo era aún más hermoso, más conmovedor y solitario.

Si el año anterior estábamos encerrados entre bosques y paredes montañosas y muy pocos lugares nos permitían mirar libremente en torno a nosotros, este otro año nos movíamos casi siempre por alturas libres de obstáculos, y sólo en casos excepcionales nos rodeaban paredes o bosques. El acompañante más asiduo de nuestras exploraciones era el hielo.

Cuando el calendario indicó que la floración de las rosas casi debía de haber pasado, determiné ir a ver a mis amigos. Dispuse todo en Kargrat para mi ausencia y mi regreso y me puse en camino.

Cuando llegué al Asperhof, el jardinero y los criados me dijeron que Mathilde, Natalie, mi anfitrión, Eustach, Roland y Gustav estaban en el Sternenhof. Las rosas se habían marchitado, y ya nadie esperaba mi llegada. Mi anfitrión había dicho que, como en la primavera le había explicado que ese año iba a estar muy cerca del glaciar del Simmi, probablemente no había querido emprender en verano un viaje tan largo y en otoño abreviaría mi trabajo, eso pensaba él, y pasaría algún tiempo en casa de mis amigos. Pero si llegaba a presentarme, los criados tenían orden de decirme que continuara hasta el Sternenhof.

Cuando llegué a los entornos de éste, vi que algunas rosas florecían llenas de frescor en cercas y jardines, aunque en el Asperhof no se veía ninguna ni en la cerca ni en el jardín, salvo alguna flor marchita y arrugada que habían olvidado arrancar. Y en la colina que llevaba hasta el palacio, también había capullos, aún sin abrir, en los rosales que crecían a orillas del césped de modo esporádico, ya que en el Sternenhof no se daba preferencia a las rosas sino que se las cultivaba a la manera habitual, como bello ornamento de jardines. Eso puede deberse a que el Sternenhof se halla más próximo a las montañas y está situado a más altura que la Casa de las Rosas de mi amigo.

En el patio de la casa, los criados se hicieron cargo de mi equipaje y de los caballos y me condujeron a la gran escalinata. Una vez que me anunciaron, me llevaron al aposento de Mathilde, donde estaba ella sola. Vino a mi encuentro casi hasta la puerta y me recibió con la misma franca cordialidad y la misma simpatía que la caracterizaba. Me llevó a la mesa, que estaba junto a una ventana adornada de flores, un lugar donde le gustaba sentarse, y me señaló una silla frente a ella, junto a la mesa. Cuando nos sentamos, dijo:

—Me alegro mucho de que haya venido, creíamos que este año no haría un viaje tan largo.

—Cuando se me acoge con tanta amistad —respondí— y cuando se me trata con tanta bondad, hago

gustoso el viaje, lo hago cada año, por largo que sea y aunque tenga que interrumpir mi trabajo.

—Y ahora nos encuentra usted a mí y a Natalie solas en esta casa —respondió—; los hombres, al ver que, pasada la floración de las rosas, aún no había llegado usted, creyeron que ya no vendría en este verano y han emprendido un pequeño viaje, y Gustav se ha unido a ellos, porque gusta mucho de viajar. Van a un solitario valle de montaña, a visitar una iglesita cuyo dibujo trajo Roland. La iglesia les pareció muy bella en el dibujo, y a verla se han ido, capitaneados por Roland. No sé adónde irán después de visitarla; pero sí sé que sólo estarán ausentes unos días y que regresarán al Sternenhof. Usted ha de esperarlos aquí, se llevarán una alegría al verle, y yo me esforzaré por tomar las disposiciones necesarias para que usted encuentre aquí la mayor comodidad posible.

—No estoy acostumbrado a las comodidades —respondí— y tampoco las aprecio mucho. Pero no quisiera causar trastornos en su casa, ahora solitaria. Lo más precioso que podía esperar ya lo he recibido, su amable acogida.

—Aunque una acogida amistosa es lo más precioso y aunque usted no desee comodidades —respondió —, la amabilidad en el semblante cuando se recibe a un invitado no es suficiente, por mucho que se la aprecie, sino que debe manifestarse también en las obras, y se nos ha de permitir cumplir un deber que nos agrada y ofrecer al invitado el mayor bienestar posible, quiera o no hacer uso de él.

—No deseo discutir sobre lo que usted considera un deber —respondí—, ni voy a impedir que lo cumpla, mi único deseo es que eso represente para usted el menor sacrificio posible.

—No será grande —dijo ella—, se trata de preocuparse un poco de que los criados trabajen con esmero y buena voluntad, y eso habrá usted de permitírmelo.

Al decir esto tiró del cordón de una campana e indicó al criado que se presentó que llamara al mayordomo.

Cuando llegó éste, le dijo con palabras muy claras y concisas que yo me quedaría por algún tiempo en la casa y que era preciso que se me atendiera lo mejor posible. Cuando él iba a marcharse, le ordenó también que por lo pronto dijera a la señorita quién había llegado, que ella también se lo diría después, y que a la hora de cenar nos reuniríamos en el comedor.

El mayordomo se marchó, y Mathilde dijo que lo principal ya estaba hecho, y que después sólo quedaba informarse con detalle de cómo se había cumplido el encargo.

Pasamos a otras conversaciones. Mathilde me preguntó por mi salud y, en general, por las actividades a las que me había entregado aquel verano.

Le respondí que mi estado físico seguía siendo bueno. Me habían educado desde muy pequeño —dije— a vivir con moderación y eso, unido a tantas temporadas al aire libre, me había dado una salud firme y serena. Mi estado psíquico dependía de mis ocupaciones. Yo trataba de organizarlas a mi buen saber y entender, y si transcurrían de un modo ordenado y, en mi opinión, con perspectivas de éxito, entonces me daban sosiego y estabilidad. Pero durante los últimos años, en lo tocante a la orientación principal esas ocupaciones habían sido casi siempre las mismas, sólo cambiaba el escenario. Por otra parte, las orientaciones secundarias sí eran ahora diferentes, y eso, sin duda, continuaría así mientras durase la vida.

A continuación pregunté por la salud de todos nuestros amigos.

Mathilde respondió que se podía estar muy satisfecho al respecto. Mi anfitrión continuaba viviendo con sencillez, aspiraba a que su pequeño trozo de tierra cumpliera lo mejor posible con la obligación de perdurar que incumbía a toda propiedad rural; hacía mucho bien a los vecinos y a otras personas, lo hacía sin ostentación y procuraba ante todo pasar inadvertido, embellecía su existencia con el arte, con la ciencia y con otras cosas que pertenecían en parte a ese campo y en parte al de las aficiones personales, y, por último, trataba de colmar su existencia con la tranquila adoración del poder supremo que ordena todo lo existente. Lo que, en último término, contribuye también a la felicidad, el afecto de los hombres, eso lo tenía a manos llenas. Eustach y Roland, este último un ser muy independiente, en parte se habían asociado a ese conjunto de actividades, en parte se dejaban guiar por sus propios impulsos y circunstancias. Gustav aún avanzaba por la escala de su juventud, y ella creía que avanzaba de un modo correcto. Si eso era así, habría que apoyar el último travesaño sobre cada nivel de la vida por el que estará destinado a caminar. En cuanto a Natalie y a ella misma, la vida de las mujeres siempre era dependiente y complementaria, y de ese modo se sentían en calma y seguras. Ellas dos habían perdido ese sostén de familia y parientes próximos que por naturaleza les correspondía para su estabilidad, vivían inseguras en sus tierras, tenían que tomar la iniciativa en muchas cosas como un hombre y sólo gozaban de sus derechos femeninos en el reflejo de la vida de sus amigos, a la que el transcurso de los años las había vinculado. Ésa era la situación, concluyó, ése era su transcurso natural y así avanzaba a su consumación.

Esa exposición de Mathilde casi me había puesto melancólico. El ambiente se relajó otra vez cuando

empezamos a contar cosas que habían ocurrido aquel verano. Mathilde habló de la floración de las rosas, de las visitas durante ese periodo, de su vida en el Sternenhof y de la buena evolución de cuanto iba a ser cosechado aquel año. Le describí un poco mi actual lugar de residencia, le expliqué lo que pretendía y le conté por qué vías y con qué medios tratábamos de conseguirlo.

Después de haber conversado de esta suerte algún tiempo, me despedí y fui a mi aposento.

Me habían asignado y preparado las mismas habitaciones en que me alojé cada vez que estuve en el Sternenhof. Un criado me llevó a ellas desde la antesala de Mathilde. Tenían casi exactamente el mismo aspecto que cuando habité en aquella casa. Ni siquiera se habían olvidado de los libros que me traía siempre el mayordomo para que me distrajese. Después de haberme quedado solo un rato, entró ese mayordomo y preguntó si todo estaba bien en las habitaciones y si tenía algún deseo. Cuando le hube asegurado que todo era excelente y muy superior a mis necesidades, y una vez que le di las gracias por su trabajo y su esmero, volvió a marcharse.

Me entregué un tiempo al descanso, paseé luego un rato por los aposentos, miré, ora por una ventana, ora por la otra, los objetos conocidos, los cercanos campos de labranza y las lejanas montañas y me vestí para la cena.

Como había llegado al palacio ya muy avanzado el día, me llamaron pronto a la cena.

Me dirigí al comedor y ya estaban allí esperando Mathilde y Natalie. Mathilde se había puesto un atuendo distinto al que tenía cuando la vi en su habitación después de mi llegada. En cuanto a Natalie, no lo sabía; pero como llevaba un vestido parecido al de Mathilde, así lo supuse y estaba seguro de que le habían anunciado mi llegada. Cambiamos un breve saludo y nos sentamos a la mesa.

Yo tenía una sensación insólita, de suma extrañeza, cuando me vi cenando a solas con Mathilde y Natalie en su casa.

Las conversaciones versaron sobre cosas habituales.

Después de cenar, me marché pronto para no molestar a las señoras y me retiré a mis habitaciones.

Allí me dediqué algún tiempo a los papeles y libros que había sacado de mi maleta, me sumí después en pensamientos y elucubraciones y finalmente me entregué al descanso.

El día siguiente lo empleé en dar un solitario paseo matinal, luego desayunamos juntos, luego salimos al jardín, luego me dediqué a los cuadros de las habitaciones. La tarde la empleé en recorrer varias secciones de la granja agrícola y en caminar por las tierras de labranza, y el final de la tarde fue como la víspera.

Como Natalie vivía ahora sola con su madre en el palacio, me sentía más ajeno a ella que cuando estábamos rodeados de mucha gente.

Ese día no hablamos mucho el uno con el otro y sólo de las cosas más comunes.

El segundo día transcurrió como el primero. Contemplé de nuevo los cuadros, estuve en las estancias de los muebles antiguos e hice una visita a las galerías, a los aposentos y a las reproducciones del piso superior.

Al tercer día de mi estancia en el Sternenhof, a primera hora de la tarde, después de haber leído un rato los versos de Homero, quise dejar mis habitaciones, en las que me encontraba, y salir al jardín. Puse sobre la mesa las palabras de Homero, me dirigí a la antesala, cerré la puerta de mis habitaciones y salí al jardín por la escalera pequeña de la parte posterior de la casa. Hacía un día hermosísimo, no había una sola nube en el cielo, un sol ardiente daba de pleno sobre las flores, por eso no se oía a los obreros y ni siquiera el canto de los pájaros. Yo caminaba junto a arbustos y flores tardías en dirección a una sombra que se veía en un sendero de arena orlado de setos bastante altos. El sendero de arena me llevó hasta los tilos, y desde éstos continué por una senda umbrosa en dirección a la pared de la yedra. Caminé junto a ella y entré en la gruta de la fuente. Entré por el lado izquierdo de la pared, desde donde, al entrar, se tiene la perspectiva más bella de la ninfa, pero en cambio no se advierte el banquito que está colocado en la gruta, frente a la ninfa. Cuando entré, vi a Natalie sentada en el banquito. Se asustó mucho y se levantó. Yo también me asusté; sin embargo la miré a la cara; en ésta oscilaban, indecisos, el rojo y la falta de color, y sus ojos estaban clavados en mí.

Dije:

—Señorita, créame si le digo que he venido por el pasillo cubierto de follaje junto a la parte izquierda de esta pared en dirección a la gruta y que no podía verla, si no, no habría entrado y no la habría molestado.

Ella no respondió y continuó mirándome.

Yo hablé de nuevo:

—Como la he perturbado, si bien de modo involuntario, tendrá la bondad de perdonarme, y me marcharé al momento.

—Oh no, no —dijo ella.

Como yo vacilaba y no captaba el sentido de sus palabras, pregunté:

—¿Está enojada conmigo, Natalie?

—No, no estoy enojada —respondió levantando otra vez hacia mí la mirada que acababa de bajar.

—Usted ha venido a este lugar para estar sola —dije—, por tanto tengo que dejarla.

—Si usted no me evita de modo intencionado, no es una necesidad que me deje —respondió.

—Si no es una obligación que la deje —repliqué— debe volver a sentarse en el sitio del que la he arrojado. Hágalo, Natalie, siéntese donde estaba antes.

Se sentó en el banquito, delante, hacia la salida, y se apoyó en el respaldo de mármol.

De ese modo me encontré allí de pie entre la estatua y ella. Como eso me parecía inoportuno, me retiré un poco hacia el fondo. Pero ahora estaba otra vez de pie ante la parte vacía del banco en aquel recinto de techo no muy elevado, y como eso me pareció asimismo más inadecuado que adecuado, me senté en la otra parte del banco y dije:

—¿Le gusta, al parecer, este sitio más que otros?

—Me gusta —respondió— porque es un lugar apartado y porque la estatua es bella. ¿A usted también le gusta?

—La estatua me ha ido gustando cada vez más, conforme he ido conociéndola mejor —respondí.

—¿Venía usted ya antes mucho por aquí? —preguntó.

—Cuando, por la bondad de su madre, yo dibujaba algunos muebles en el Sternenhof y vivía en él casi solo, he venido a menudo a este recinto —repliqué—. Y también después, cada vez que se me invitaba amablemente a venir, nunca he dejado de acudir a este lugar.

—Yo le he visto a usted aquí —dijo ella.

—Este conjunto está hecho para colmar el corazón y la mente —respondí—, la verde pared de la yedra es un cierre tranquilo, los dos robles están como montando guardia, y el blanco de la piedra contrasta suavemente con la oscuridad de las hojas y del jardín.

—Todo ha ido surgiendo poco a poco, según cuenta mi madre —replicó ella—; se sujetó la yedra, y se elevó y prolongó la pared haciéndola llegar hasta los robles. Incluso el recinto interior era distinto antes. No había banco. Pero como eran tantas las personas que contemplaban el mármol y se quedaban de pie ante él o incluso a su lado, dentro del recinto, mi madre, que también se deleitaba contemplando largo tiempo la estatua, mandó construir este banco con el mismo material de que está hecha la ninfa y lo proveyó de este artístico respaldo, ejecutado en un estilo precristiano, para que por una parte armonizase con la obra que ya existía y, por otra, la contemplación de la obra fuese algo reposado y agradable. Con el tiempo vino también la taza de alabastro.

—La gente se siente atraída por estas obras —respondí—, y el placer de mirar viene por sí solo.

—Yo he mirado esta estatua desde muy pequeña y me he habituado a ella —dijo—, ¿no le parece a usted preciosa ya la misma piedra?

—A mí me parece de una belleza extraordinaria —repliqué.

—Cuando la contemplo mucho tiempo —dijo— siempre me causa una impresión de profundidad, como si se pudiera penetrar en ella y como si fuese transparente, cosa que no es. Ofrece a la vista una superficie pura, tan delicada que apenas opone resistencia y sólo se descubre en ella, como puntos de referencia, el fulgor del gran número de finísimos fragmentos.

—Esa piedra es transparente, en efecto —afirmé—, sólo hay que disponer de una única y fina capa por la que se quiera mirar. Si se mira entonces a través de esa capa, el mundo parece como de oro. Si están superpuestas varias de esas capas, entonces vistas desde fuera son blancas, del mismo modo que la nieve, formada por minúsculas agujas de hielo transparentes, se vuelve blanca cuando se acumulan unas sobre otras millones de esas agujas.

—Así que mi sensación no era equivocada —dijo.

—No —respondí—, usted tenía razón.

—Si las piedras preciosas no se aprecian por lo que cuestan —dijo ella— sino por su calidad de piedras preciosas, es seguro que el mármol es una de ellas.

—Es una de ellas, sin duda alguna, es una de ellas —respondí—. Aunque el material no tenga por sí mismo un precio tan alto como las piedras muy buscadas que sólo aparecen en trozos pequeños, es sin embargo tan exquisito y maravilloso, que es muy apreciado no sólo en el color blanco sino también en cualquier otro, se hacen con él las cosas más diversas y lo más sublime que los hombres son capaces de representar en las artes plásticas se lleva a cabo en la pureza del mármol blanco.

—Eso es lo que siempre me ha impresionado cuando me sentaba aquí a observar —dijo ella—, que lo blando y redondo de la figura esté expresado en la piedra dura y que para representar lo más bello del

mundo se tome el material que no tiene mácula. Eso lo veo siempre incluso en la figura de la escalera de nuestro amigo, que es aún más bella y venerable que esta estatua, aunque el material haya perdido su pureza en el transcurso de los años que ya lleva durando.

—Sin duda no carece de significación —repliqué— que los hombres de los pueblos más nobles e incluso a veces más antiguos hayan recurrido a este material cuando querían representar la excelencia divina y humana, mientras que los ornamentos vegetales, las cornisas, las columnas, las figuras de animales y hasta las estatuas de hombres y de divinidades inferiores los construían en mármol de color, en piedra caliza, en madera, en arcilla, en oro y plata. Habría sido un material más accesible, más fácil de tratar: madera, tierra, piedra blanda, ciertos metales; ellos, sin embargo, sacaban mármol blanco de la tierra y lo modelaban. Pero también las otras piedras preciosas con las que se hacen cosas diversas, piedras talladas, toda suerte de figuras, composiciones florales y ornamentales, y también, finalmente, las que reciben el nombre específico de piedras preciosas y son utilizadas para adornar la figura humana y los objetos nobles tienen en su material algo que atrae y que lleva el espíritu humano hacia ellas, no es sólo por su rareza y su brillo por lo que son tan valiosas.

—¿Ha tratado usted también de conocer las piedras preciosas? —preguntó.

—Un amigo me ha enseñado y aclarado muchas cosas de ellas —respondí.

—Para los hombres son desde luego muy extrañas.

—Hay en ellas algo profundo que nos emociona —señalé—, se diría que habita en ellas un espíritu que nos habla, por ejemplo, en la quietud de la esmeralda, cuyo brillo no se puede comparar con ningún verdor de la naturaleza, salvo, quizá, con el plumaje de algún pájaro, como el colibrí, o con los élitros de los coleópteros, o en la profusión del rubí, la más noble de las piedras de color, que parece levantar hacia nosotros su luminosa mirada de terciopelo rosa, como en el enigma del opal, que es insondable, y como en la fuerza del diamante, que, por su gran poder de refracción de la luz, arroja con la velocidad del rayo destellos irisados que no igualan el centelleo de la nieve ni el vapor finísimo de las cascadas. Todo lo que imita a las piedras preciosas es el cuerpo sin ese espíritu, es el brillo áspero y carente de contenido en lugar de esa profundidad y suavidad opulentas.

—No ha hablado usted de la perla.

—La perla no es una piedra preciosa, pero en su empleo se une a ella. En su aspecto exterior, es seguramente la más modesta; sin embargo, con su brillo sedoso y tan suavemente velado, nada adorna de un modo más bello la belleza humana que la perla. La considero lo más digno y noble incluso en el atuendo masculino, cuando sujeta la lazada de la corbata o el pliegue de la pechera.

—¿Y le gusta la piedra preciosa como adorno? —preguntó.

—Si se eligen las piedras más bellas de su género —respondí—, si están engastadas según las verdaderas reglas del arte, y si el engaste cumple una finalidad en el lugar en que está, es decir, si resulta necesario, entonces seguramente no habrá adorno del cuerpo humano más solemne que el de las piedras preciosas.

Tras esas palabras guardamos silencio, y sólo entonces pude observar un poco a Natalie. Tenía puesto un vestido de seda mate gris claro, como los que solía llevar. El vestido le llegaba, como siempre, hasta el cuello y hasta los nudillos. No lucía alhajas ni adornos de ningún género, aunque su cuerpo fuese tan adecuado para las piedras preciosas. Ni Mathilde, desde que yo la conocía, ni Natalie habían llevado nunca esos pendientes que llevaban entonces todas las mujeres y las muchachas jóvenes.

Mientras guardábamos silencio, como si hubiéramos convenido en ello, teníamos puesta la mirada en la suave corriente de agua.

Al cabo, dijo ella:

—Hemos hablado de lo agradable de este lugar y hemos pasado de la noble piedra que es el mármol a las piedras preciosas; pero habría que hacer mención de otra cosa que caracteriza este lugar de modo muy especial.

—¿Qué cosa?

—El agua. No es sólo que esta agua a muchos que yo conozco les sirve bien para calmar la sed; es que su retozar y su fluir tienen, justamente en este lugar y mediante este dispositivo, algo que calma, y algo que atrae la atención.

—Yo tengo el mismo sentimiento que usted —respondí—, y cuántas veces he estado mirando aquí el hermoso brillo y la umbrosa oscuridad de ese cuerpo vivo y fugitivo, un cuerpo que, al igual que el aire, sería sin duda mucho más digno de admiración de lo que los hombres parecen percibir.

—También considero admirables el agua y el aire —replicó—, pero los hombres prestan tan poca atención a ambos elementos porque están rodeados de ellos por todas partes. Para mí, el agua es la vida animada del cuerpo terrestre, y el aire, su formidable aliento.

—Qué acertadas son sus palabras —dije—, y también ha habido gentes que tuvieron el agua en gran aprecio; qué veneración profesaban los griegos a su mar, y qué obras inmensas llevaron a cabo los romanos para que llegara hasta ellos la confortación de un agua buena. Por otra parte, ellos sólo tomaban el cuerpo en consideración y, así como los griegos contemplaban la belleza de su mar, ellos no pensaban en la belleza del agua, sino que sólo pretendían conseguir de la mejor manera posible ese tesoro para la salud. ¿Y hay por ventura, fuera del aire, algo que ennoblezca nuestro ser en mayor medida que el agua? ¿No ha de unirse con nosotros tan sólo lo más puro y noble? ¿Y no debería ocurrir esto precisamente en las ciudades, tan nocivas para la salud, donde sin embargo sólo hay que perforar la tierra y beber el agua que sale de ella? He estado en montes, valles y llanuras, he estado en la gran ciudad, y he conocido en medio del calor, de la sed, del movimiento, el precioso cristal del agua y sus diferencias. ¡Cómo vivifica el manantial en las montañas e incluso en las colinas, sobre todo cuando surge purísimo de la pureza del granito, y qué hermoso, Natalie, es además el manantial!

Tal vez porque Natalie ya hubiese tenido antes sed y ésta hubiese orientado sus palabras hacia el agua, o porque la conversación hubiese provocado en ella una ligera sed, se levantó, cogió la taza de alabastro, la llenó en el suave chorro, la llevó a sus hermosos labios, bebió una parte del agua, vertió el resto en la taza inferior, volvió a poner la taza vacía en su sitio y se sentó de nuevo en el banco, a mi lado.

Yo tenía el corazón un poco oprimido, y dije:

—Aunque ambos hemos contemplado la belleza de este lugar y hemos conversado agradablemente sobre él y sobre otras cosas que nos ha hecho recordar, hay sin embargo algo doloroso para mí.

—¿Qué puede causarle dolor en este lugar? —preguntó.

—Natalie —respondí—, hace ahora un año que usted me evitó de modo deliberado en este recinto. Estaba sentada en el mismo banco en el que ahora está sentada, yo venía por el jardín, usted salió de aquí y se alejó de mí a toda prisa para meterse en la maleza.

Ella volvió el rostro hacia mí, me miró con los oscuros ojos y dijo:

—¿Se acuerda de eso y le causa dolor?

—Me causa dolor ahora, al recordarlo, y me lo causó entonces —respondí.

—Pero usted también me evitó —dijo.

—Yo me mantuve a distancia para no dar la impresión de que quería importunarla con mi presencia —respondí.

—¿Significaba yo entonces algo para usted? —preguntó.

—Natalie —respondí—, tengo una hermana a la que quiero muchísimo, he conocido a muchas jóvenes en nuestra ciudad y en el campo; pero a ninguna, ni siquiera a mi hermana, tengo en tanto aprecio como a usted, ninguna está siempre tan presente en mí y colma todo mi ser como usted.

Al oír estas palabras se le llenaron los ojos de lágrimas, que le resbalaron por las mejillas.

Me llené de asombro, la miré y dije:

—Si hablan esas hermosas gotas, Natalie, ¿dicen que usted también me aprecia un poco?

—Como a mi vida —respondió.

Me asombré aún más y dije:

—Cómo puede ser eso, yo no lo habría creído.

—Yo tampoco lo podía creer de usted —replicó ella.

—Usted podía haberlo sabido fácilmente —dije—. Es tan buena, tan pura, tan sencilla… Así la veía yo, para mí era transparente como el azul del cielo, y su alma me parecía tan profunda como profundo es el azul del cielo. La conozco desde hace varios años, siempre ha estado para mí por encima de la magnífica figura de su madre y de la de su venerable amigo, usted ha sido hoy como fue ayer, y mañana como hoy, y así la he reunido en mi alma con los que amo, con mi padre, mi madre, mi hermana… no, Natalie, es algo más profundo, más profundo…

Al decir yo estas palabras, me miró llena de amistad, las lágrimas fluían aún más profusas, y me tendió la mano.

Le cogí la mano, no pude decir nada y sólo la miré.

Tras unos instantes, solté su mano y dije:

—Natalie, es para mí inconcebible, ¿cómo es posible que yo goce de su estima, yo, que no soy nada y que no significo nada?

—Usted no sabe quién es —respondió—. Ha ocurrido como tenía que ocurrir. Nosotras hemos pasado mucho tiempo en la ciudad, a menudo hemos estado en ella todo el invierno, hemos viajado, hemos visto diversos países y ciudades, hemos estado en Londres, en París y en Roma. He conocido a muchos jóvenes. Hubo entre ellos algunos importantes e ilustres. He visto que no pocos se interesaban por mí; pero eso me

intimidaba, y cuando alguno me lo daba a entender por miradas que hablan o por otros signos, nacía un recelo en mí, y tenía que mantenerme aún más alejada. Regresábamos a nuestra tierra. Y he aquí que usted llegó un verano al Asperhof y yo le vi. Volvió en el verano siguiente. No era pretencioso, vi que usted amaba las cosas de la naturaleza, que se interesaba mucho por ellas, que las cultivaba en su rama de la ciencia; vi cómo veneraba a mi madre, qué respeto y estima profesaba a nuestro amigo, qué especie de amor sentía por Gustav, el adolescente, vi que sólo hablaba con reverencia de su padre, de su madre, de su hermana, y entonces…, entonces…

—¿Entonces, Natalie?

—Entonces le amé, por ser tan sencillo, tan bueno y sin embargo tan serio.

—Y yo la amaba más de lo que nunca he amado nada en este mundo.

—He tenido no poca pesadumbre por causa suya, cuando paseaba por los campos.

—Yo no lo sabía, Natalie, y como no lo sabía tuve que esconder mi interior y guardar silencio ante todo el mundo, ante mi padre, mi madre, mi hermana e incluso ante mí mismo. Continué haciendo lo que consideraba mi deber, subía a las montañas, consignaba su composición, reunía minerales y medía lagos; por consejo de su amigo estuve un verano inactivo en el Asperhof, regresé de nuevo a las soledades y subí hasta la frontera del hielo. Sólo podía sentir un amor cada vez más vivo por su madre, su amigo y su hermano, pero, Natalie, cuando estaba en la cima de los montes, veía su imagen en el cielo sereno que se extendía sobre mí; cuando contemplaba las rocas firmes y rígidas, la veía también en la bruma que flotaba ante ellas; cuando miraba a la lejanía, a las tierras habitadas, estaba en el silencio que reposaba sobre el mundo, y cuando, en casa, observaba los rasgos de los míos, también aparecía en ellos.

—Y ahora todo se ha resuelto de modo propicio.

—Todo se ha resuelto bien, mi querida, querida Natalie.

—¡Mi entrañable amigo!

A estas palabras, nos tendimos de nuevo las manos y guardamos silencio.

Cómo había cambiado todo mi entorno desde hacía unos instantes, qué apariencia tan distinta de la suya habían adquirido las cosas. Los ojos de Natalie, en los que ahora me sumergía, tenían un brillo que no había visto en ellos desde que la conocía. El agua que fluía sin descanso, la taza de alabastro, el mármol, estaban rejuvenecidos; los blancos destellos de la estatua y las luces, que destacaban maravillosamente en la sombra, eran distintos; el agua corría, murmuraba, o sonaba de un modo diferente cada vez; la vegetación exterior, inundada de sol, miraba amistosamente al interior, y hasta el martilleo con el que arrancaban el revoque de los muros de la casa tenía ahora en la gruta un sonido muy distinto del que había percibido cuando salí de la casa.

Al cabo de un largo silencio dijo Natalie:

—Y de la tarde en el teatro Imperial no ha hablado usted nunca.

—¿De qué tarde, Natalie?

—Cuando representaron *El rey Lear*.

—¿No sería usted la joven del palco?

—Era yo.

—No, usted es como una rosa floreciente, y aquella joven estaba blanca como una azucena.

—El dolor, sin duda, me quitó el color. Yo fui como una niña, y entonces me hizo bien ver en los ojos de usted, sólo de usted entre todos los que rodeaban el palco, que a usted le embargaban los mismos sentimientos que a mí. Esa emoción mía aumentó con su compasión hasta que ya fue casi demasiado fuerte; pero me hizo bien. Nunca he asistido a una representación tan conmovedora. Me pareció un azar venturoso que sus ojos, que estaban anegados en lágrimas por los sufrimientos del anciano rey, al salir del teatro se acercasen tanto a los míos. Consideré mi deber darles con la mirada las gracias por haberme comprendido en un momento en que, de lo contrario, me habría sentido sola. ¿No lo advirtió usted?

—Lo advertí y pensé que la mirada de la joven reflejaba simpatía y que podía significar un entendimiento mutuo por haber sentido ambos lo mismo durante la representación.

—¿Y después no volvió a reconocerme?

—No, Natalie.

—Yo le reconocí al momento, cuando le vi en el Asperhof.

—Es para mí muy grato que hayan sido sus ojos los que me dieron las gracias; ese agradecimiento penetró muy hondo en mi espíritu. Pero cómo podía ser de otro modo, si sus ojos son para mí lo más dulce y amable que tiene la tierra.

—Ya entonces le tuve en mi corazón muy por encima de los otros, aunque usted era un extraño y pensaba que seguiría siendo un extraño para mí durante toda mi vida.

—Natalie, lo que hoy me ha ocurrido constituye un cambio radical en mi vida y es un acontecimiento tan hondo que apenas puedo concebirlo. Tengo que buscar, que hacerme una composición de lugar y habituarme a pensar en el futuro.

—Es una felicidad que nos ha caído del cielo sin merecimientos propios, porque es más grande que cualquier merecimiento.

—Aceptémosla por eso agradecidos.

—Y guardémosla perpetuamente.

—Qué bueno ha sido, Natalie, que hoy no haya podido acoger en mi corazón las palabras de Homero que leía esta tarde, que dejara el libro, fuese al jardín y que el destino guiase mis pasos hasta el mármol de la fuente.

—Si nuestras almas propendían la una hacia la otra, aunque ambas lo ignoraban, habrían acabado reuniéndose donde fuese y cuando fuese, eso lo sé con toda seguridad.

—Pero diga, ¿por qué me evitaba entonces, Natalie?

—Yo no le evitaba, lo que no podía era hablar con usted de lo que sentía en mi interior, y tampoco podía comportarme como si usted fuese un extraño. Sin embargo me era muy grata su presencia. Pero ¿por qué guardaba usted también siempre las distancias conmigo?

—Me ocurría como a usted. Como estaba tan lejos de mí, no podía acercarme. Su presencia me enaltecía cuanto nos rodeaba, pero la oscura dicha futura me parecía inalcanzable.

—Ahora se ha cumplido todo lo que se preparaba.

—Sí, se ha cumplido.

—Usted ha dicho, Natalie, que hemos de conservar eternamente esta felicidad que nos ha caído del cielo —continué tras un breve silencio—. Hemos de conservarla, en efecto. Hagamos el pacto de amarnos mientras dure la vida y de guardarnos fidelidad venga lo que venga y traiga lo que traiga el futuro, ya nos reserve el destino que gocemos unidos del sol y del cielo, o que cada uno, a solas, levante la vista hacia ellos y recuerde al otro con aflicción.

—Sí, amigo mío, amor, amor inalterable mientras dure la vida, y fidelidad, ya nos traiga el futuro venturas o infortunios.

—¡Oh, Natalie, mi corazón exulta de gozo! No imaginaba que era tan delicioso el poseerla, a usted, que me parecía tan imposible de alcanzar.

—Yo tampoco habría pensado que usted apartaría su corazón de las grandes cosas a las que estaba entregado y que lo volvería hacia mí.

—¡Oh mi querida, mi preciada Natalie, que me pertenece por la eternidad!

—¡Mi único, mi inolvidable amigo!

Estaba embargado por la emoción, la atraje hacia mí e incliné mi rostro sobre el suyo. Ella volvió la cabeza hacia mí y dio bondadosamente sus hermosos labios a mi boca, para recibir el beso que yo le ofrecía.

—Para ti sola, eternamente —dije.

—Para ti solo, eternamente —repuso con voz queda.

Ya cuando sentí los dulces labios sobre los míos, me pareció que había en ella un temblor y que en ella fluían de nuevo las lágrimas.

Cuando separé la cabeza y la miré a la cara, vi las lágrimas en sus ojos.

También sentí que en los míos brotaba el llanto que ya no podía contener. Atraje de nuevo a Natalie hacia mí, puse su rostro contra mi pecho, recliné la mejilla sobre sus hermosos cabellos, coloqué una mano sobre su cabeza y así la mantuve, suavemente abrazada y estrechándola contra mi pecho. Ella no se movió y yo sentía su llanto. Cuando se deshizo esa posición, cuando me miró a la cara, sellé otra vez sus labios con un beso ardiente, en señal de unión eterna y de amor infinito. Ella me lanzó también los brazos al cuello y devolvió el beso en señal, igualmente, de unidad y de amor. Sentí en ese instante que Natalie se había entregado a mi fidelidad y bondad, que era una existencia unida a mi existencia. Me juré, con todo lo que hay en mí de grande, bueno, bello y fuerte, que aspiraría a embellecer su futuro y a hacerla tan feliz como estuviera en mi poder y fuese realizable.

Ahora estábamos sentados en silencio, no podíamos hablar y sólo nos apretábamos las manos como confirmación del pacto recién hecho y de nuestra honda compenetración.

Pasado algún tiempo, dijo por fin Natalie:

—Amigo mío, nos hemos afirmado la constancia y la permanencia de nuestro afecto, y ese afecto durará; pero lo que ahora suceda y el modo en que todo quede configurado depende de nuestras familias, de mi madre y de sus padres.

—Verán nuestra dicha con buenos ojos.

—Yo también lo espero; sin embargo, si tuviera plenísimo derecho a determinar lo que hago, jamás organizaría ni tan siquiera un fragmento minúsculo de mi vida de una forma que no agradase a mi madre; eso no sería mi felicidad. Obraré así mientras estemos las dos juntas en la tierra. Usted hace lo mismo, sin duda.

—Hago lo mismo; porque quiero a mis padres y porque una alegría sólo es tal cuando también es la de ellos.

—Y también hay que preguntar a otra persona.

—¿A quién?

—A nuestro noble amigo. Es tan bueno, tan sabio, tan generoso… Él dio sostén a nuestra vida cuando estábamos sin amparo, nos ayudó cuando necesitábamos ayuda, y ahora se ha convertido en el segundo padre de Gustav.

—Sí, Natalie, debemos y tenemos que preguntarle; pero dígame, ¿y si alguno de ellos dice que no?

—Si alguno dice que no y no podemos persuadirle, tendrá razón, y entonces nos querremos mientras vivamos, nos seremos fieles en este mundo y en el otro; pero entonces no podremos volver a vernos.

—Si les hemos dado la capacidad de decidir sobre nosotros, así sería, por fuerza; pero es seguro, es seguro que eso no ocurrirá.

—Creo firmemente que no ocurrirá.

—Mi padre se alegrará cuando le diga cómo es usted, le tomará cariño cuando la vea, mi madre será una segunda madre para usted, y Klotilde se aplicará a usted con toda su alma.

—Yo respeto a sus padres y amo a Klotilde desde hace mucho tiempo, desde que le oí a usted hablar y contar cosas de ellos. Con mi madre hablaré hoy mismo, no podría dejar caer la noche sobre nuestro secreto. Cuando viaje usted a casa de sus padres, dígales lo que ha ocurrido y envíenos pronto noticias.

—Sí, Natalie.

—¿Volverá desde aquí otra vez a las montañas?

—Ésa era mi intención; pero ahora ha ocurrido algo más importante y he de regresar enseguida a ver a mis padres. Sólo retornaré a toda prisa y por poco tiempo al lugar donde estoy instalado actualmente, a fin de suspender los trabajos, despedir a los peones y poner todo en orden.

—Tendrá que ser así.

—La respuesta de mis padres no la traerá un correo sino yo mismo.

—Eso es más grato aún. Con nuestro amigo hablaremos aquí, seguramente.

—Natalie, entonces tendrá usted una hermana en Klotilde y yo un hermano en Gustav.

—Usted lo ha querido siempre mucho. Todo es tan hermoso…, casi demasiado hermoso.

Luego hablamos del regreso de los hombres, de lo que dirían y de cómo tomaría nuestro anfitrión el súbito giro de los acontecimientos.

Al cabo, cuando los ánimos ya habían recobrado la calma y la serenidad, nos levantamos para ir a la casa. Ofrecí el brazo a Natalie, ella lo aceptó. La llevé a lo largo de la pared de yedra, la llevé por una hermosa alameda del jardín y llegamos después a lugares más abiertos, con una vista más despejada.

Cuando habíamos avanzado un trecho vimos a Mathilde fuera del jardín, caminando en dirección a la granja. El portillo del jardín por el que se salía hacia la granja estaba cerca y había quedado abierto.

—Voy detrás de mi madre y hablo enseguida con ella —dijo Natalie.

—Si a usted le parece bien, hágalo —repliqué.

—Sí, voy a hacerlo, amigo mío. Adiós.

—Adiós.

Soltó su brazo del mío, nos dimos las manos, las estrechamos, y Natalie se encaminó hacia el portillo.

La seguí con la vista, ella volvió otra vez la cabeza, atravesó después el portillo, y el vestido de seda gris desapareció entre los verdes setos del terreno.

Yo fui a la casa y me dirigí a mis habitaciones.

Allí estaba el libro con las palabras de Homero que aquel día habían perdido su poder sobre mi corazón; allí estaba, tal como lo había dejado. ¿Qué había sucedido entretanto? Había estrechado contra mi pecho a la más hermosa doncella de la tierra. Pero ¿qué quiere decir eso? El alma más noble, más amorosa y perfecta es mía, su amor y su inclinación me pertenecen. ¿Cómo he merecido eso? ¿Cómo puedo merecerlo?

Me senté y dirigí la mirada hacia el exterior, hacia la quietud del aire sereno.

Aquel día ya no salí de la casa. Hacia el atardecer me fui al pasillo que discurre por el lado norte de la casa y miré hacia el jardín. En un terreno despejado, con un sendero blanco que atraviesa el verde prado, vi a Mathilde paseando con Natalie.

Regresé a mi aposento.

Al anochecer, me llamaron para cenar.

Cuando Mathilde y Natalie entraron en el comedor, Mathilde, con una suave sonrisa y con la cordialidad propia de ella, me invitó a tomar asiento a su lado.

TOMO III

1. La realización

Nos habíamos reunido para la cena en la misma sala en la que desde que yo estaba en el palacio comíamos por la mañana, al mediodía y por la noche, según lo pedía la hora del día; la mesa estaba cubierta con el límpido, blanco y fino mantel de hilo en el que, a manera de plata entretejida en plata, había flores más bellas y antiguas que las que hoy son usuales; el criado estaba detrás de nosotros con los guantes blancos, el mayordomo iba y venía por la sala, y contra la pared estaba el aparador con los compartimentos en los que se hallaban las múltiples cosas que siempre se necesitan en un comedor. Pero hoy todo era para mí como un mundo mágico. Mathilde llevaba un vestido de seda violeta con rayas oscuras, y en torno a los hombros una tela de encaje negro. Cuando había invitados se cambiaba cada vez de ropa para las comidas, hasta entonces lo venía haciendo también conmigo y tampoco se había abstenido de hacerlo aquella noche. Con su rostro fino, amable y cordial, que la seda oscura hacía casi más fino y bello, se acomodó en su sillón entre nosotros dos. Natalie estaba a la derecha, yo a la izquierda. A Natalie no le había dado tiempo a cambiarse, tenía puesto el mismo vestido de seda gris clara que llevaba por la tarde y que yo ahora prefería entre todos. Casi no me atrevía a mirarla, y ella, por su parte, casi no desviaba de su madre los grandes ojos, bellos e indeciblemente nobles. Así pasaron varios instantes. Se dijo la oración, que Mathilde siempre pronunciaba en silencio, sentada en su sillón y con las manos juntas, y que por eso también los demás recitaban en silencio y sentados. Concluida la oración, se abrieron las puertas de doble hoja, como era costumbre en aquella casa, entró un criado con una sopera, la puso sobre la mesa, el mayordomo levantó la tapadera y dijo, como decía siempre:

—Les deseo una agradable cena.

Mathilde extendió el brazo envuelto en la oscura seda del vestido, cogió el cucharón de plata y —un ritual que nunca se privaba de realizar ella misma— nos iba poniendo sopa en los platos que el sirviente le presentaba. El mayordomo, cuando vio que todo estaba bien, abandonó la sala según su costumbre. La cena transcurrió como todos los días. Mathilde habló animada y amablemente de diversos temas que iban surgiendo y no olvidó mencionar a los amigos ausentes y aludir al placer que causaría su regreso. Habló de la siega, de la abundante cosecha que había aquel año por doquier, y de que cuanto hay sobre la tierra acaba tomando el sesgo adecuado. Pasada la hora de la cena, se levantó, y cada cual se dispuso a volver a sus habitaciones. Con la misma apacible bondad con la que me saludó antes de la cena, se despidió ahora, nos deseamos mutuamente un feliz descanso y nos separamos.

Llegado a mi habitación, me acerqué a la ventana, en la noche de aquel día que para mí había sido el más memorable de toda mi vida, y miré al cielo. No había luna ni nubes, pero en la plácida noche ardían tantas estrellas que parecían cubrir por entero el cielo y tocarse unas a otras con las puntas. Aquella solemnidad me elevó más el espíritu y el esplendor del cielo penetró en mí con más fuerza que otras veces, aunque ya lo había contemplado con toda atención. Por lo pronto, tenía que instalarme en ese mundo nuevo. Con hondísima emoción levanté la mirada a la bóveda cubierta de estrellas. Mi estado de espíritu era grave como no lo había sido en toda mi vida. Ante mí se extendía un país lejano y desconocido. Fui a la candela que ardía sobre mi mesa, y puse ante ella la pantalla opaca, de modo que la claridad iluminara sólo la parte posterior del aposento y no me perturbara el resplandor del cielo estrellado. Fui después a la ventana y permanecí ante ella. Pasó el tiempo, pero la ceremonia nocturna continuaba. ¡Qué extraño, pensé, que en el tiempo en que desaparecen las pequeñas pero diversas e innumerables bellezas de la tierra y en un esplendor de luces lejanas y silenciosas se abre la belleza inconmensurable del espacio infinito, el ser humano y la mayor parte de las otras criaturas hayan de entregarse al sueño! ¿Será ésa la causa de que sólo por breves instantes y sólo en el espacio enigmático del mundo de los sueños nos sea dado levantar la mirada a esas magnitudes que presentimos y que tal vez podamos contemplar un día más y más cerca? ¿No tendremos jamás aquí abajo sino un presentimiento? ¿O le estará permitido a la mayoría de los hombres

mirar el cielo estrellado sólo en breves instantes de vigilia a fin de que su magnificencia no se nos vuelva habitual y no se pierda por eso su grandeza? Pero yo he viajado repetidas veces, solo y durante noches enteras, y las constelaciones se movían suavemente en el cielo, fijaba en ellas la mirada, se hundían en la negrura informe de los bosques o de los barrancos, otras aparecían por oriente, y así continuaba, las posiciones cambiaban con suavidad, y el resplandor seguía sonriendo hasta que el cielo se iluminaba al acercarse el sol, la aurora aparecía por oriente y las estrellas se apagaban como un castillo de fuego que se extingue. Mis ojos, ardientes por la vigilia nocturna, ¿no estimaban esa callada y ya desaparecida solemnidad más noble que la claridad del día, que todo lo hace inteligible? Quién sabe cómo es eso. ¿Qué sentirán esas criaturas a las que sólo les ha sido asignada la noche y que no conocen el día? ¿Esas grandes y maravillosas flores de países remotos, que abren los ojos cuando se ha puesto el sol y que dejan caer, mustio y marchito, su vestido casi siempre blanco, cuando sale de nuevo el sol? ¿O los animales cuyo día es la noche? En mí, todo veneraba y bendecía lo infinito.

Soñando antes de dormir, busqué mi lecho después de haber apagado la luz y de haber descorrido, de propósito, las cortinas de las ventanas para ver brillar las estrellas.

A la mañana siguiente me concentré para tomar conciencia de lo sucedido y de las graves obligaciones que había contraído. Me vestí para salir al exterior y exponer el rostro y el cuerpo al frío aire de la mañana.

Cuando salí de mi aposento traté de llegar a un pasillo que discurre en sentido longitudinal por la parte sur del palacio. Sus ventanas dan al patio y en él hay puertas que llevan a las habitaciones, orientadas al mediodía, de Mathilde y Natalie. Esas puertas, destinadas tal vez en otra época al uso de los invitados, ahora solían estar cerradas porque se había establecido una comunicación interior. Había buscado ese pasillo porque, por la parte occidental del palacio, lleva a una pequeña escalera que baja y termina en un portillo que era costumbre abrir por las mañanas y por el que, llamando menos la atención que a través de la puerta principal, se podía llegar directamente a los campos de cultivo por caminos anchos y secos que dirigen al caminante hacia el campo abierto. Yo pensaba que no molestaría a las moradoras de los aposentos que daban al pasillo porque el enlosado del pasillo estaba cubierto todo él por una tupida alfombra que amortiguaba los pasos. Además, el sol había avanzado ya tanto en su recorrido matinal que probablemente todos los habitantes del palacio se habían levantado hacía tiempo.

Cuando llegué al final del pasillo y a las proximidades de la escalera vi abierta una puerta que suponía que llevaba a los aposentos de las mujeres. ¿Estaba abierta porque querían salir o porque acababan de llegar? ¿O, con la prisa, la había dejado abierta alguna sirvienta o había alguna otra razón? Vacilé, sin saber si debía pasar por allí; pero como sabía que esa puerta sólo daba a una antesala y como ya estaba tan cerca la escalera que me llevaría al exterior, decidí pasar y apresurar la marcha. Continué avanzando por la blanda alfombra y apoyaba el pie aún con más cuidado. Al llegar junto a la puerta, miré dentro. Lo que había supuesto se confirmó, la puerta daba a una antesala. Ésta era pequeña y provista de muebles ordinarios. Pero no sólo podía ver la antesala, sino también otra habitación que comunicaba con la antesala a través de una gran puerta acristalada, la cual, además, estaba entreabierta. Y en esa habitación estaba Natalie. A su espalda, en las paredes, se alzaban nobles armarios medievales. Estaba casi en el centro de la pieza, delante de una mesa sobre la que había dos cítaras y que se hallaba cubierta con un lujoso tapiz antiguo. Estaba completamente vestida, como para salir, sólo le faltaba el sombrero. Sus hermosos bucles estaban ordenados en la nuca y sujetos por una cinta o algo parecido. El vestido le llegaba, como de costumbre, hasta el cuello y allí se cerraba sin ningún aditamento exterior. Era otra vez de seda gris clara pero tenía finísimas rayas de un rojo fuerte. Quedaba muy ceñido a las caderas y luego caía en abundantes pliegues hasta el suelo. Las mangas eran estrechas, llegaban hasta la muñeca y tenían en ésta, así como en la parte superior del brazo, rayas transversales oscuras, que la cerraban como una pulsera. Natalie estaba de pie, muy erguida, o incluso con la parte superior del cuerpo un poco inclinada hacia atrás. El brazo izquierdo estaba extendido y se apoyaba en la mesa, con ayuda de un libro en posición vertical, sobre el que ponía la mano. La mano derecha descansaba levemente sobre el antebrazo izquierdo. El rostro, de indescriptible belleza, denotaba serenidad, como si hubiese bajado los ojos, tapados ahora por los párpados, y meditara. En sus rasgos había una espiritualidad pura y exquisita como nunca le había visto, aunque ella siempre expresaba lo más hondo de su alma. También percibía lo que hablaba aquella figura, se me antojaba estar oyendo sus palabras interiores: «¡Ahora ha ocurrido!». No me había oído acercarme, porque la alfombra cubría el suelo del pasillo, y no podía verme, porque el rostro miraba hacia el sur. Observé sólo unos instantes su postura meditativa y luego seguí adelante y bajé la escalera. Me encontraba inmerso, por decirlo así, en un océano de felicidad, pues había visto a Natalie animada por el mismo sentimiento que yo tenía, el sentimiento de afirmar ese bien precioso, recién adquirido y apenas esperado, de tomar conciencia de lo que se había recibido y de aquel cambio súbito, de importancia inmensa, que se había producido en

nuestras vidas. Apenas podía concebir que fuese yo quien causaba ese sentimiento de honda reflexión en una figura que representaba lo más hermoso que conociera jamás, una figura que bien podía ser tachada de orgullosa y que hasta entonces se había abstenido de toda inclinación. Pensé que, mientras yo viviese, y aunque mi vida llegara hasta el límite extremo de la edad humana o aún más allá, la amaría con cada gota de mi sangre, con cada fibra de mi corazón, ya estuviese viva o muerta, y que la llevaría siempre, por toda la eternidad, en el alma más recóndita de mi alma. Consideré el más dulce sentimiento poder amarla siempre, no sólo en esta vida sino en mil vidas que siguieran a mil muertes. Cuántas cosas había visto yo en el mundo, cuánto las había disfrutado, cuánto me había recreado en ellas, y ahora todo quedaba reducido a nada, y la dicha suprema era ser dueño, ser el único dueño, de un alma humana pura, bella y profunda.

Salí por el portillo, que sólo estaba entornado, y avancé por el camino que pasa delante de esa fachada del palacio y luego desemboca en los campos de cultivo. Es ancho, cubierto de fina arena y, por ser tan seco, muy adecuado para pasear por la mañana temprano. Fue construido por el anterior dueño del palacio y mejorado por Mathilde. Sale del portillo en dos direcciones, norte y sur, y continúa hasta bastante lejos, formando de esa manera una línea tangencial con el palacio. Por eso Roland lo llamaba siempre, chanceándose, el camino tangencial. Mathilde había transplantado allí, ya crecidos, los abundantes frutales que ahora lo bordeaban. Antiguamente, todo ese camino había sido una avenida de álamos, pero como ésta atravesaba el paisaje en línea totalmente recta y estaba orlada de esos árboles tan derechos, producía una impresión fea y poco adecuada para el camino de recreo que debería ser. Después de consultarlo con sus amigos, Mathilde fue eliminando poco a poco los álamos, que, además, eran muy perjudiciales para los cultivos. Así que fueron talados y arrancadas sus raíces. Cuando se colocaron árboles frutales en su lugar, se evitó intencionadamente plantar frutales en todos los puntos en los que habían estado los álamos, para que la avenida de álamos no se convirtiera en una de frutales, lo que, sin ser tan feo como antes, aún no habría sido bonito. Hechas esas interrupciones en la plantación, el camino, cuyo trazado en línea recta habría sido difícil de suprimir y era además demasiado peculiar para modificarlo, a no ser que se hiciera una reforma completa según una concepción totalmente nueva, obtuvo la necesaria variación. Saliendo del palacio en dirección norte, el camino lleva, a lo largo de matorrales, por prados y campos de cultivo, asciende luego hasta un bosque y penetra un poco en su interior. Por el sur, discurre por campos de labranza, allí está orlado de espléndidos manzanos, forma una suave curva en la parte alta de los cultivos, y brinda desde allí una hermosa vista de las montañas.

Tomé la dirección sur, pues al comienzo de un paseo me gusta caminar de manera que vea fácilmente el mediodía, que tenga la luz por delante y pueda contemplar el hermoso brillo y el suave colorido de las nubes. El cielo estaba sereno, como la víspera, el sol se hallaba en su parte oriental y comenzaba a absorber las gotas que pendían de todas las hierbas y de las hojas de los árboles. Aún no se había disipado el frescor de la mañana, aunque cada vez se hacía más perceptible la influencia del sol. Miraba con ojos nuevos todas las cosas que me rodeaban, parecía que habían rejuvenecido y que tenía que habituarme poco a poco a su aspecto. Llegué a lo alto de la loma y contemplé la larga cadena montañosa. Las cimas azules me miraban en lontananza y los numerosos neveros me mostraban su suave resplandor. Vi también las crestas de los montes de Kargrat, donde había trabajado últimamente. Se me antojaba que habían pasado muchos años desde que estuve en aquellas extensiones heladas y en aquellos neveros. Mientras lo observaba todo, dejé que actuara sobre mí el aire suave, el brillo del sol y el esplendor de las cosas. En otras ocasiones yo llevaba algún libro en el bolsillo siempre que quería vagabundear por la comarca; aquel día no lo había hecho. No era mi estado de ánimo el adecuado para leer libro alguno. Al cabo de un rato caminé de nuevo junto a los árboles, de los que pendían ya manzanas muy diversas, que cada árbol producía según su especie y que ya empezaban a tomar, aquí y allá, su color específico. Seguí avanzando a la altura de la loma de los cultivos hasta que ésta empezó a descender suavemente, declive que también sigue el camino para terminar en el valle, en la linde de una finca ajena, o más bien para convertirse en otro camino con todas las características de esas sendas que atraviesan nuestro país en innumerables direcciones, y en cuyo buen estado, en su mejoramiento o embellecimiento, no piensa nadie. Cuando el camino empezó a descender, ya no continué por él porque no quería llegar al valle donde el panorama se hace más angosto.

Me di la vuelta y allí delante tenía la vista del palacio que ahora había adquirido tal relevancia para mí. Las ventanas relucían iluminadas por el sol, el gris del muro meridional, liberado del revoque, miraba suavemente hacia mí, el tejado oscuro se destacaba contra el azul del aire septentrional, y un tenue humo subía de algunas de sus chimeneas.

Volví despacio sobre mis pasos, a lo largo de la loma y junto a los árboles frutales, hasta que el camino empezó a descender suavemente en dirección al palacio.

En ese lugar vi entonces que una figura, que antes debió de estar tapada por las copas de los árboles,

venía hacia mí: era la figura de Natalie. Así que ambos nos descubrimos, caminamos más deprisa para reunirnos antes. Cuando al fin nos encontramos, Natalie me miró amistosamente con sus ojos grandes y oscuros y me tendió la mano. Yo la cogí, la estreché efusivamente y la saludé con ternura.

—Qué bien —dijo— que hagamos al mismo tiempo un camino que yo quería hacer hoy en algún momento y que ahora hago por fin.

—¿Cómo ha pasado la noche, Natalie? —pregunté.

—Durante mucho tiempo no he conciliado el sueño —respondió—, pero luego éste llegó de manera muy ligera y fugaz. Me desperté pronto y me levanté. Esta mañana he querido salir temprano a este camino y continuar por él a lo largo de la loma; pero me había puesto un vestido que no era apropiado para andar fuera de casa. Por eso tuve que cambiarme de ropa y ahora he salido para gozar del aire de la mañana.

Vi, en efecto, que ya no llevaba puesto el vestido gris perla de las finas rayas rojas, sino otro más sencillo y más corto, en un tono beige. Aquel vestido no habría sido, desde luego, apropiado para un paseo matinal, porque caía en abundantes pliegues casi hasta el suelo. Ahora llevaba en la cabeza el ligero sombrero de paja que siempre se ponía para sus paseos por la campiña. Le pregunté si creía que aún quedaba tiempo suficiente para caminar hasta más allá de la colina y regresar al palacio antes del desayuno.

—Seguro que queda tiempo —replicó—, de lo contrario no habría salido, pues no quiero alterar las costumbres de la casa.

—Entonces, me permitirá que la acompañe —dije.

—Con el mayor placer —respondió.

Me puse a su lado, y volvimos a recorrer el camino por el que yo había venido.

Me hubiera gustado mucho ofrecerle el brazo; pero me faltó el valor.

Caminamos despacio por la avenida de fina arena, avanzando entre los troncos de las orillas y las sombras que proyectaban los árboles sobre el camino y las luces que el sol introducía entre ellas, iban quedando atrás. Al principio no hablamos nada, pero después Natalie dijo:

—¿Y ha pasado usted una noche buena y tranquila?

—He podido dormir muy poco; pero no me ha parecido desagradable —repliqué—, las ventanas de la habitación que su madre ha sido tan amable de instalar para mí, dan al campo, y una gran parte del cielo estrellado miraba a mi aposento. He contemplado mucho tiempo las estrellas. Esta mañana me levanté temprano, y como pensaba que ya no molestaba a nadie en el palacio, salí al exterior para disfrutar del aire tibio.

—Respirar el aire puro del agradable verano es un placer y un alivio muy peculiar —replicó.

—Es el alimento más excelso que nos ha dado el cielo —afirmé—. Eso lo sé cuando estoy en la cima de una elevada montaña, y la vastedad del aire me rodea como un mar inconmensurable. Pero no sólo reconforta el aire estival, sino también el invernal, reconfortan todos los que son puros y no contienen elementos contrarios a nuestra naturaleza.

—En días apacibles del invierno, tomo a menudo con mi madre este camino por el que paseamos ahora. Es ancho y bien aplanado por los carruajes, porque en invierno los habitantes de Erlthal y los de las casas circunvecinas se apartan de sus caminos situados más abajo y dan un pequeño rodeo por los campos de cultivo y luego viajan a todo lo largo de nuestra avenida. Entonces, a menudo es precioso ver cómo las ramas cuelgan de los árboles, llenas de cristales, y cómo, cuando hay escarcha, llevan una fina rejilla sobre sus troncos y ramas. Muchas veces se creería incluso que la escarcha está en el aire y que lo satura. Flota en él un fino vapor, hasta tal punto que las cosas más próximas aparecen como envueltas en humo. Otras veces la atmósfera es tan diáfana que se distingue todo con nitidez. El cielo azul oscuro se despliega sobre la campiña, que brilla al sol, y cuando coronamos la loma de los cultivos, podemos ver desde allí toda la cadena montañosa. En invierno, la comarca está sumergida en el silencio, porque la gente se queda en sus casas todo lo que puede, porque las aves canoras se han despedido, porque los venados se han retirado al interior de los bosques y porque cuando pasan carruajes ni siquiera se oye el golpeteo de las herraduras ni el rodar de las ruedas, sino que sólo el humilde sonido de las campanillas que llevan aquí los caballos anuncia que en alguna parte alguien está viajando a través del silencio invernal. Nosotras avanzamos por el claro camino, mi madre orienta la conversación hacia diversos temas, y la meta de nuestro paseo suele ser el lugar donde el camino comienza a descender hacia el valle. En la ciudad usted no tiene los hermosos paseos que a nosotras nos brinda el campo.

—No, Natalie, no los tenemos, en efecto. De las características que convierten el invierno en invierno no tenemos sino el frío; porque en la ciudad incluso se elimina la nieve —repliqué—, y no sólo en invierno, tampoco en verano tiene la ciudad nada que se pueda comparar ni por lo más remoto con la libertad y la amplitud del campo abierto. En la ciudad hay un mayor fomento de las artes y las ciencias, un contacto

social más intenso y el gobierno del género humano, y esas cosas definen sin duda lo que se busca en la ciudad. Pero en el campo también se puede cultivar parcialmente la ciencia y el arte, y no sé, por tener poco conocimiento de la materia, si también se podrían instalar en el campo secciones de la moderación general de los asuntos humanos en mayor medida de lo que ocurre ahora. Llevo ya tiempo rumiando la idea de ir una vez en invierno a la alta montaña y pasar allí algún tiempo para acumular experiencias. Es singular e incita a seguir el ejemplo lo que nos relatan los libros escritos por personas que han viajado en invierno a regiones altas o que incluso han coronado las cimas de importantes montañas.

—Si no corren peligro la vida ni la salud, debería hacerlo —respondió—. Es sin duda una prerrogativa masculina osar y emprender cosas mayores. Cuando nosotras hemos estado a veces en invierno en grandes urbes y hemos observado allí la vida de diversas gentes, nos ha gustado retornar al Sternenhof. Nosotras hemos disfrutado aquí, y en periodos prolongados, de todas las estaciones del año y hemos vivido en el campo abierto el paso de una a otra. Estamos vinculadas a amigos, cuyo trato nos ennoblece y nos eleva, y a quienes vamos a ver haciendo breves viajes. Hemos traído hasta nuestra soledad algunos frutos del arte y, en cierto modo, también de la ciencia, en la medida en que eso conviene a las mujeres.

—El Sternenhof es una noble y digna morada —repliqué—, ha reunido una hermosa parte del acervo humano sin tener que aceptar al mismo tiempo la parte desagradable de aquél. Pero fue necesaria la conjunción de muchas circunstancias para que pasara a ser lo que es.

—Eso dice también mi madre —afirmó—, y dice que ha de dar gracias a la providencia por haber apoyado y dirigido sus aspiraciones, ya que de lo contrario sería muy poco lo que habría logrado.

En el curso de esta conversación alcanzamos poco a poco el punto más alto del camino. Allí empezaba el descenso. Nos detuvimos un rato.

—Dígame, por favor —dijo Natalie, retomando la conversación—, ¿dónde está situado el Kargrat, en el que ha pasado usted esta parte del verano? Tiene que poder verse desde aquí.

—Claro que puede verse —respondí—, está casi en el extremo occidental del segmento montañoso que se ve desde aquí. Si usted va a la derecha de esos neveros que están también a la derecha de la cima azul celeste, visible justo por encima del roble situado en el límite de los trigales de su propiedad, neveros que forman dos triángulos casi iguales, con el vértice hacia arriba, verá usted, a la media luz grisácea de la sierra, unos puntos claros, que forman una línea casi totalmente horizontal: ésos son los glaciares del Kargrat.

—Los veo muy bien —replicó—, veo también los picos que se alzan sobre el hielo. ¿Y en esos hielos ha estado usted?

—En sus márgenes, que lo rodean en todas las direcciones —respondí—, y en el propio hielo.

—Entonces habrá tenido usted una vista muy clara de todo esto —dijo.

—Las formaciones montañosas del Kargrat, que estamos viendo —repliqué—, son tan grandes que desde aquí podemos distinguir bien sus partes; pero las divisiones de esta comarca son tan pequeñas que no es posible descubrir sus parcelas. El campo yace a los pies como una simple superficie envuelta en neblinas. Con el catalejo pude buscar algunos puntos conocidos, y por eso busqué las formaciones de las colinas y de los bosques del Sternenhof.

—Oh, nómbreme algunas de las cimas que podemos ver desde aquí —pidió.

—La más alta que usted ve, elevándose sobre el glaciar, es el Kargratspitze —respondí—, y a la derecha está el Glommspitze y después el Ethern y el Krummhorn. A la izquierda sólo hay dos, el Aschkogel y el Sente.

—Los veo —dijo—, los veo.

—Y luego hay elevaciones menores —continué—, que dan a las vertientes más lejanas que no tienen nombre y que desde aquí no se ven.

Después de estar otro rato de pie, observando los montes y hablando, nos dimos la vuelta y caminamos hacia el palacio.

—Es extraño —dijo Natalie— que los montes no contengan mármol blanco, teniendo tanto mármol de diversos colores.

—En eso está siendo un poco injusta con nuestros montes —respondí—, pues tienen yacimientos de mármol blanco, de los que ya se han extraído bloques para diversos fines, y en sus ramificaciones habrá sin duda estratos en los que puede hallarse el más fino y puro mármol blanco.

—Me gustaría que me hicieran objetos de ese mármol —dijo ella.

—Eso es perfectamente posible —repliqué—, no hay material más apropiado para ello.

—Pero mis posibilidades sólo me permitirían encargar pequeños objetos de decoración y cosas así —dijo —, si consiguiera las piezas adecuadas y si mis amigos me ayudaran con su asesoramiento.

—Usted puede conseguirlas —afirmé—, y yo mismo podría prestarle ayuda, si lo desea.

—Me gustaría mucho —replicó—, nuestro amigo ha mandado confeccionar en su casa piezas exquisitas de mármol de color, y usted también ha encargado en ese material cosas muy bellas para sus padres.

—Sí, y sigo tratando de comprar buenos bloques de mármol para emplearlos en obras futuras, en su momento —indiqué.

—Mi predilección por el mármol blanco proviene sin duda de los bellos, suntuosos y soberbios objetos —respondió— que he visto en Italia confeccionados en ese material. Serán sobre todo inolvidables para mí Florencia y Roma. Son objetos que nos producen la más profunda admiración, y sin embargo, pensaba siempre, es la mente humana y el espíritu humano el que los ha concebido y realizado. En su vida al aire libre usted también habrá tenido delante objetos que cautivan el espíritu.

—Las obras de arte atraen hacia ellas la mirada, y con razón —respondí—; pues llenan de admiración y de amor. Las cosas de la naturaleza provienen de otra mano y si se las contempla del modo adecuado también producen el mayor asombro.

—Ése ha sido siempre mi sentir —afirmó ella.

—En el transcurso de mi vida he contemplado durante muchos años obras de la Creación —expliqué— y también he trabado conocimiento, en la medida de lo posible, con obras de arte, y ambas han embelesado mi alma.

Con estas conversaciones fuimos acercándonos al palacio y ahora estábamos ante el portillo.

Allí se detuvo Natalie y dijo estas palabras:

—Ayer hablé mucho tiempo con mi madre, por su parte no pone objeciones a nuestro pacto.

Un leve rubor cubrió sus finas facciones cuando pronunció estas palabras. Quiso entrar enseguida por el portillo, pero la retuve y dije:

—Señorita, no me parecería correcto ocultarle nada. Hoy la he visto antes de nuestro encuentro. Cuando esta mañana quería salir al exterior por el pasillo que comunica con sus habitaciones, estaban abiertas las puertas que daban a una antesala y a un aposento, y en este último la vi a usted de pie, junto a una mesita cubierta por un tapiz antiguo, la mano apoyada sobre un libro.

—Pensaba en mi nuevo destino —dijo.

—Yo lo sabía, yo lo sabía —respondí—, y quieran los poderes celestiales conformarlo de un modo tan favorable como corresponde a la voluntad de quienes la quieren bien.

Le tendí ambas manos, ella las cogió y las estrechamos.

Después atravesó el portillo y subió por la escalera.

Yo esperé un rato aún.

Cuando llegó arriba y cerró la puerta tras de sí, también subí la escalera.

Todo el ser de Natalie me pareció aquella mañana más espléndido que nunca y entré en mi habitación con el corazón henchido de emoción.

Allí me cambié de ropa lo justo para eliminar las huellas del paseo matinal y tener una apariencia decorosa, luego, como se acercaba la hora del desayuno, entré en el comedor.

No había nadie. La mesa ya estaba puesta y todo preparado para el desayuno. Después de haber esperado un rato, llegaron Mathilde y Natalie al mismo tiempo. Natalie se había cambiado, ahora llevaba un vestido más de cumplido, porque, al igual que Mathilde, cuando había un invitado a la mesa, se vestían mejor en muestra de respeto. Con la calma y la serenidad de siempre, pero con una afabilidad casi mayor aún de lo habitual, Mathilde me saludó y me indicó mi sitio. Nos sentamos. Desayunamos como veníamos haciéndolo durante aquellos días. Había las mismas cosas sobre la mesa y todo transcurrió como siempre. Aunque la criada se marchaba de vez en cuando y estábamos solos en esos intervalos, durante los cuales Mathilde, según su costumbre, llevaba a cabo ella misma en la mesa las operaciones que exige el desayuno, no se habló tampoco entonces de nuestros asuntos privados. Las cosas ordinarias que depara la vida cotidiana formaron el contenido de la conversación. Se departió sobre arte, sobre los hermosos días de aquella estación del año y sobre una fase de la estancia en el Asperhof durante la época de las rosas. Luego nos levantamos y nos separamos.

Y así, durante todo el día, no se habló en absoluto de la relación que había contraído con Natalie.

En el transcurso de la mañana volvimos a encontrarnos en el jardín. Mathilde me enseñó algunos cambios que había llevado a cabo. Varios setos podados y trazados en líneas demasiado rectas, que se hallaban en una parte retirada del jardín, habían sido eliminados y sustituidos por una composición más ligera y amena. Se habían trazado parterres de flores, y habían sido dispuestas en grupo varias plantas recién descubiertas, muy apreciadas por mi anfitrión y entre las cuales había algunas de extraordinaria belleza. Mathilde indicó los nombres, Natalie escuchaba con atención. Por la tarde se dio un paseo. Primero

fuimos a ver a los operarios ocupados en arrancar el revoque de los sillares de la fachada de la casa, y estuvimos observándolos algún tiempo. Mathilde hizo varias preguntas y discutió con ellos diversos puntos relativos a este asunto. Luego, describiendo una amplia curva, caminamos por las laderas de los montes que dominan parcialmente el valle en el que está situado el palacio. Pasamos por la orilla de un pequeño bosque, desde el que se podía ver el palacio, el jardín y los edificios anejos, y finalmente, por el segmento septentrional del mismo camino, retornamos al palacio, cuya parte meridional yo había recorrido aquella mañana con Natalie.

Hacia el atardecer llegó el coche con los excursionistas.

Mi anfitrión bajó el primero, luego siguieron casi al mismo tiempo los jóvenes. Todos me saludaron y me reprendieron por haber llegado tan tarde. Fuimos todos primero al gran salón y se departió allí un rato antes de retirarse a las habitaciones destinadas a cada uno.

Mi anfitrión me preguntó dónde había estado aquel año y qué partes de la sierra había recorrido. Le respondí que ya le había dicho que iría a la zona del glaciar del Simmi, pero que había tomado albergue en el Kargrat, en la aldea que lleva el nombre del macizo montañoso. Desde allí había hecho mis correrías. Le enumeré las distintas incursiones, porque él conocía muy bien la región de los montes Simmi. Eustach habló de los bellos cuadros naturales que surgen en aquellas formaciones. Roland dijo que yo debería ir también algún día a la iglesia de Klam en la que ellos habían estado; los dibujos me los enseñaría enseguida Eustach para que por lo pronto tuviera una idea de conjunto. Gustav me saludó con su afecto y amistad, como siempre había hecho. Cuando mi anfitrión me preguntó si pensaba quedarme mucho tiempo en compañía de mis amigos, respondí que tal vez me alejaría muy pronto de allí un asunto importante.

Tras esas conversaciones de carácter general, los viajeros se retiraron a sus habitaciones para eliminar las huellas del viaje, quitarse los vestidos llenos de polvo, asearse un poco o poner en orden lo que habían traído.

Volvimos a vernos a la hora de la cena.

Ésta fue tan grata y alegre como había sido siempre.

A la mañana siguiente, después del desayuno, mi anfitrión fue a pasear al jardín un rato con Mathilde, luego vino a mi cuarto y me dijo:

—Tiene usted razón, y hace muy bien en decir también a sus padres y familiares lo que es bueno y grato para sus amigos de aquí.

Yo no respondí, enrojecí y me incliné respetuosamente.

En el curso de la mañana declaré que partiría lo más presto posible. Pusieron caballos a mi disposición hasta la primera posta, y después de haber ordenado mi pequeño equipaje decidí emprender el viaje antes del mediodía. Me lo permitieron. Me despedí. Los ojos límpidos y serenos de mi anfitrión me acompañaron cuando me marché de su lado. Mathilde fue suave y bondadosa. Natalie estaba de pie, en el nicho de una ventana, fui hacia ella y dije en voz baja:

—¡Querida, querida Natalie, adiós!

—Mi querido y preciado amigo, adiós —respondió también en voz baja, y nos dimos las manos.

Un momento después me despedí también de los otros, que, como sabían que me marchaba, se habían reunido en la sala de recibir. Estreché las manos de Eustach y Roland y recibí el beso de Gustav, un modo más afectuoso de saludarnos al llegar y al partir que se había vuelto habitual entre nosotros hacía ya bastante tiempo y que aquel día tuvo para mí especial importancia.

Después bajé la escalera y subí al carruaje.

Los caballos de Mathilde me llevaron a la posta más próxima. Allí los mandé de regreso y tomé otros, rumbo al Kargrat. Me permití poco descanso. Una vez llegado allí, expliqué a mis hombres que habían surgido unas circunstancias que no permitían proseguir ese año los trabajos. Los despedí, por tanto, pero les entregué el salario que habrían recibido si hubieran estado a mi servicio el tiempo acordado. Quedaron contentos con eso. El cazador y citarista ya se había marchado antes de mi llegada. Los hombres no sabían adónde había ido. Lo más importante para mí, en mi lugar de trabajo, era poner en orden mi relación con los trabajadores; ése fue el motivo de mi viaje hasta allí. Antes de marcharme al Asperhof les había dicho que regresaría pronto, les había dado trabajo para el tiempo de mi ausencia y les había prometido trabajo para después de mi retorno. Esto último había que modificarlo. Concluido este negocio, dejé a buen recaudo mis cosas en el Kargrat y volví a partir enseguida. Había conservado los caballos que me habían traído al Kargrat desde el último pueblo un poco más grande y ahora partí de nuevo con ellos. En la primera posta pedí caballos para mi uso propio y tomé la dirección de la casa paterna.

Cuando llegué, mi inesperada aparición produjo casi asombro. Todos los acontecimientos se habían sucedido con tal rapidez que, una vez decidido el viaje, la carta que les pusiera al corriente de mi llegada

probablemente no les habría llegado antes que yo mismo. Por eso no podían explicarse por qué, sin informarles antes, llegaba en verano y no en otoño. A sus preguntas les dije que mi retorno tenía sin duda un motivo, pero en absoluto desagradable, que la impaciencia me había empujado a salir con ese apresuramiento y que no había podido hacerles llegar antes la noticia de que iba a llegar. Entonces se tranquilizaron, y, como era su costumbre, ya no me preguntaron cuál era el motivo.

A la mañana siguiente, antes de que mi padre se marchase a la ciudad, fui a verle a la biblioteca y le dije que desde hacía tiempo sentía inclinación por Natalie, la hija de la amiga de mi anfitrión, que esa inclinación había quedado guardada dentro de mí y que mi propósito había sido reprimirla si carecía de perspectivas, sin decir nada a nadie sobre ella. Pero he aquí —continué— que Natalie tampoco me consideraba indigno de su interés, yo lo ignoraba hasta que una casualidad, cuando hablábamos de otras cosas muy remotas, puso de manifiesto los sentimientos mutuos que ambos desconocíamos. Entonces hicimos un pacto: que preservaríamos nuestra inclinación mientras viviésemos y que jamás se la daríamos de ese modo a ninguna otra persona. Natalie había deseado, y mi ánimo se acordaba por completo con tal deseo, que comunicásemos este hecho a nuestra familia, para que gozáramos de nuestro bien gracias a su aprobación o, si una de las partes negaba su consentimiento, mantuviésemos intacta la inclinación, pero renunciásemos a toda relación personal. Como la familia de Natalie no había puesto ninguna objeción, yo estaba allí para informar a mis padres, y primero se lo decía a él; a mi madre se lo contaría después.

—Hijo mío —respondió—, eres mayor de edad, tienes el derecho de realizar contratos y éste es sobremanera importante. Como te conozco muy bien, como desde hace algún tiempo tengo la posibilidad de conocerte mejor aún de lo que te conocía antes, sé que tu elección ha recaído sobre un objeto que, aun teniendo faltas como todos los seres humanos, será el adecuado en valor y bondad. Probablemente poseerá ambas cosas en mayor medida que toda esa gente con la que uno se tropieza hoy en todas partes. Esta opinión la veo confirmada por varias circunstancias. Vuestra inclinación no ha surgido de un modo precipitado, sino que ha ido preparándose, tú quisiste vencerla, no dijiste nada, nos has hablado poco de Natalie, por tanto no es un deseo brusco y arrebatado lo que se ha apoderado de ti sino un afecto basado en el respeto y la consideración. A Natalie debe de ocurrirle lo mismo porque, como has dicho, esa inclinación ya existía en ella antes de que tú la descubrieras. Además, en casa de tu anfitrión, el conjunto de tu personalidad ha recibido un estímulo tan decisivo, después de estar con él has traído rasgos tan excelentes que ha de tener una gran bondad y una gran cultura, que transmite a su entorno. No tengo nada que objetar.

Aunque había supuesto que mi padre no pondría obstáculos a nuestro pacto, durante esta conversación no me abandonó la seriedad y la angustia, y la actitud de mi padre dejaba traslucir asimismo una profunda emoción. Pero ahora que había terminado de hablar, invadió mi corazón una alegría que delataban sin duda mis ojos y mis gestos. Mi padre me miró con bondad y simpatía y dijo:

—No te será muy fácil hablar con tu madre de este asunto, yo te representaré en esa función y le hablaré del pacto que has hecho, para que superes deprisa esa nueva confidencia. Deja pasar la mañana, después del almuerzo invitaré a tu madre a venir a este cuarto. Klotilde se enterará también en algún momento del paso que has dado.

Entonces salimos de la biblioteca. Mi padre hizo los preparativos para ir a la ciudad, a su oficina, como cada mañana. Cuando estuvo dispuesto, se despidió de mi madre y se marchó. La mañana transcurrió como solía transcurrir el tiempo cuando yo volvía a casa. Mi madre y Klotilde no preguntaron el porqué de mi inusitado retorno y se dedicaron a sus quehaceres. Cuando terminó el almuerzo, mi padre se llevó a mi madre a la biblioteca y permaneció allí con ella algún tiempo. Cuando se reunieron de nuevo con Klotilde y conmigo, ella me miró con simpatía, pero no dijo nada.

Se sentaron de nuevo con nosotros y continuamos un rato sentados a la mesa.

Cuando nos levantamos fuimos al jardín, que yo no había visto en verano desde hacía una serie de años. Las rosas, diseminadas un poco por doquier, no igualaban a las de mi anfitrión, pero no eran peores que las del Sternenhof. El jardín, para mí tan entrañable y familiar cuando era niño, me pareció ahora pequeño e insignificante, aunque sus flores, pujantes en aquella estación del año, sus frutales, sus hortalizas, sus viñas y sus melocotoneros en espaldera no estaban entre los más modestos de la ciudad. Pero se ponía de manifiesto la diferencia entre un jardín urbano y el jardín de un rico hacendado. Me llevaron a cuanto consideraban importante y me llamaron la atención sobre todos los cambios. Parecían alegrarse de tenerme por una vez allí al comienzo de la estación cálida, mientras que yo siempre llegaba al comienzo de la fría, cuando caían las hojas y el jardín perdía su ornato. Al atardecer, mi padre fue otra vez a la ciudad. Nosotros nos quedamos en el jardín. En un momento en que mi hermana estaba ocupada sujetando una rama de vid y yo me hallé solo con mi madre junto a la fuente de mármol de la uva de raposa, en la que caía suave y

deliciosamente el agua cristalina, ella me dijo:

—Que toda la dicha y toda la bendición del cielo te acompañe en ese paso tan importante que has dado, hijo mío. Aunque has elegido con cuidado y aunque se dan todas las condiciones para que todo vaya bien, ese paso sigue siendo difícil e importante; os espera todavía la vida en común y la mutua adaptación.

—Que Dios nos conceda lo que nosotros creemos que podemos esperar —respondí—; yo, por mi parte, no he querido poner los fundamentos de nuestra dicha sin consultar a mis padres y sin que su voluntad coincida con la mía. Lo primero, sin duda, era cerciorarse de que las inclinaciones habían convergido. Una vez comprobado esto, había que sondear el parecer y la aprobación de la familia, y por eso estoy aquí.

—Tu padre dice —replicó ella— que todo está bien, que el camino se allanará y que esas cosas que en toda unión, y por tanto también en ésta, son difíciles al principio, en tu caso quedarán resueltas antes que en ningún otro. Pero aunque no lo hubiera dicho, yo lo sabría. Has convivido con personas excelentes, por eso tu elección nunca habría sido indigna y si ahora has elegido, es bueno tu espíritu y en breve se acomodará al corazón de una mujer, como ella acomodará su vida a la tuya. No todas, no muchas uniones de este género son felices; conozco a una gran parte de la ciudad y he observado una no muy pequeña parte de la vida. Tú, en el fondo, sólo has visto nuestro matrimonio; que el tuyo sea tan feliz como lo es el mío con tu venerable padre.

No respondí, los ojos se me humedecieron.

—Ahora Klotilde se sentirá sola —continuó mi madre— no tiene otra inclinación que nuestra casa, que su padre, su madre y tú.

—Madre —repliqué—, cuando conozcas ahora a Natalie, cuando veas cuánta es su sencillez, su sentido de la justicia, cómo su espíritu aspira a lo auténtico y sublime, con qué naturalidad se comporta ante todos nosotros y cuánto mejor es que yo, no hablarás de soledad, sino de unión; Klotilde tendrá una persona más y padre y tú tendréis una persona más. Pero también Mathilde, mi anfitrión y ese círculo de personas excelentes, entrará en relación con vosotros, vosotros entraréis en relación con ellos, y lo que hasta ahora estaba separado, quedará unido.

—Es lo que yo pensaba, hijo mío —respondió mi madre—, y creo que así será; pero Klotilde habrá de modificar el género de inclinación que siente por ti, y ojalá todo pase como un cáliz suave.

Al término de estas palabras se sumó a nosotros Klotilde. Me traía una rosa y dijo con rostro alegre que sólo me la traía como pequeña indemnización por todas las rosas que había dejado de ver en el Asperhof debido a mi retorno a casa.

Al decir ella esto, caí en la cuenta de que en el jardín de mi padre florecían las rosas, mientras que en el Asperhof, situado a más altura y expuesto a un aire más frío, ya habían perdido su lozanía. Se lo dije. Se encontró enseguida el porqué. Las rosas del Asperhof estaban expuestas al sol todo el día, también recibían quizá mejores cuidados y tenían mejor suelo, mientras que en nuestro jardín, en parte por los árboles que hubo que plantar a menos distancia debido a la escasez de espacio, en parte por las paredes de las casas más o menos cercanas, daba la sombra en muchos puntos.

Cogí la rosa y dije que Klotilde haría un mal servicio a mi anfitrión si le cortara una rosa de su jardín.

—Allí yo no tendría el valor de hacerlo —respondió.

Nos quedamos un rato junto a la fuente de mármol. Klotilde me enseñó lo que nuestro padre había mandado hacer en primavera, en parte para asegurar aún más el suministro de agua, en parte para embellecer el conjunto. Vi de qué modo tan preciso y útil había dispuesto las cosas y cuánto podía aprender de él. Me alegré pensando en que ya no podía estar muy lejos el momento en que mi padre conocería a mi anfitrión.

Cuando nos alejamos de la fuente, Klotilde me llevó al lugar desde el que se tiene una vista de la comarca y donde se había decidido construir un parapeto. El parapeto ya estaba terminado en parte. Habían levantado la pared, que se hallaba cubierta con las placas de mármol traídas por mí, y, por los lados, revestida del mármol que mi padre había logrado comprar. También habían encontrado empleo para mis cornisas y ménsulas. Vi sin embargo que aún faltaba mucho mármol y prometí que trataría de conseguir que se construyera todo el parapeto con piezas iguales y de la misma factura.

—Como ves, también pensamos en ti cuando estás lejos y procuramos prepararte algo agradable —dijo Klotilde.

—Nunca lo he puesto en duda —respondí—; y yo también pienso en vosotros, como lo demuestran mis cartas.

—Alguna vez tendrías que volver a quedarte aquí un verano entero —dijo.

—Quién sabe lo que ocurrirá —repliqué.

Cuando la oscuridad empezaba ya a vencer el día, regresó mi padre de la ciudad, y cenamos en el

pabellón de las armas. Como los días eran muy largos y cuando cerraba la noche era ya bastante tarde, después de la cena no podíamos quedarnos en el pabellón de cristal a la plácida luz de las lámparas tanto tiempo como en otoño, cuando yo retornaba a casa tras el largo periodo de trabajo estival. Además, en aquella noche templada, habían dejado abiertos varios paneles de cristal, la corriente de aire hacía susurrar la yedra, y la llama de la lámpara oscilaba de modo desagradable. Nos separamos y buscamos el descanso.

A la mañana siguiente, muy temprano, vino Klotilde a verme. Cuando le abrí la puerta, que ella golpeaba con los nudillos, y entró, su semblante anunciaba que nuestra madre había hablado con ella sobre mi asunto. Me miró, se acercó, me echó los brazos al cuello y rompió a llorar a lágrima viva. La dejé desahogarse un rato y dije después suavemente:

—Klotilde, ¿cómo te encuentras?

—Bien y mal —respondió mientras la llevaba a un sitio donde sentarse y donde me acomodé a su lado.

—¿De modo que lo sabes todo?

—Lo sé todo. Pero ¿por qué no me lo has dicho antes?

—Tenía que hablar antes con nuestros padres, y después, Klotilde, contigo me falta el valor más que con nadie.

—¿Y por qué en veranos anteriores no dijiste nada?

—Porque no había nada que decir. Ha sido ahora cuando los dos lo hemos sabido, y entonces he venido a toda prisa para confiarme a los míos. Cuando ese sentimiento era sólo mío y un velo envolvía aún el futuro, no podía hablar porque no me parecía viril y porque no debía aumentar mediante la palabra una afección que tal vez pronto habría que arrancar de raíz.

—Yo lo he sospechado siempre —dijo Klotilde—, y siempre te he deseado la mayor ventura. Ella debe de ser un dechado de bondad, de donaire, de fidelidad. Sólo deseo que te ame tanto como yo.

—Klotilde —respondí—, tú la verás, la conocerás, la amarás; y si no me ama con el amor de hermana basado en el nacimiento, me ama con un amor distinto, que también aumentará mi dicha, tu dicha, la dicha de nuestros padres.

—Cuando hablabas de ella, aunque decías poco, y precisamente porque decías poco —continuó—, pensaba a menudo que podría tal vez formarse un vínculo, que sería muy de desear que te ganaras su afecto y que esa armonía sería mejor que la surgida de la alianza con una joven de nuestra ciudad o con cualquier otra.

—Y eso es lo que ha ocurrido —repliqué.

—¿Por qué no la has dibujado nunca? —preguntó.

—Porque si no os he pedido eso ni a ti, ni a nuestros padres, aún menos podía pedírselo a ella. No he tenido valor para hacerlo —respondí.

—Que la felicidad y el gozo te acompañen, pues, hasta la edad más avanzada y que nunca te arrepientas, ni un poquito siquiera, del paso que has dado —dijo.

—Creo que nunca me arrepentiré, y te agradezco mucho tus buenos deseos, mi querida, mi apreciada Klotilde —repliqué.

Se enjugó las lágrimas con el pañuelo, todo su ser recobró, por decirlo así, la normalidad y me miró amistosamente.

—¿Quién dibujará ahora conmigo, quién leerá libros españoles y tocará la cítara conmigo, a quién le diré todo lo que esconde mi corazón? —preguntó al cabo de un rato.

—A mí, Klotilde —repliqué—, seguiré siendo todo lo que he sido hasta ahora para ti. Leer, dibujar, tocar la cítara: eso lo harás con Natalie; también hablarás abiertamente con ella, y con ella llevarás a cabo cuanto hasta ahora has llevado a cabo conmigo. Te bastará conocerla para ver que es verdad lo que digo.

—Me gustaría verla muy pronto —dijo.

—La verás pronto —respondí—, ahora nuestra familia ha de empezar a relacionarse con las personas en cuya casa he estado tantas veces; yo mismo deseo que la veas pronto, muy pronto.

—Pero hasta entonces tienes que contarme muchas cosas de ella, y si es posible, traerme un retrato suyo.

—Sí, te hablaré de ella —respondí—, ahora que hemos abordado la cuestión, lo haré con mucho gusto, me será más fácil hablar contigo de nuestro pacto que con ella misma. En cuanto al retrato, no sé si podré traerte o enviarte uno; si es posible, lo haré. Pero eso sólo ocurrirá si ya existe un retrato suyo y me lo dejan, o una copia de él. Quédate entonces con él hasta que la veas en la realidad y vivamos en amigable relación unos con otros. Pero al final, Klotilde…

—¿Al final?

—Al final llegará el día en el que tú te separes de nosotros, no con el espíritu, pero sí con una parte de

tus relaciones, cuando tú también contraigas vínculos más profundos.

—Nunca, nunca haré eso —exclamó casi con violencia—, no, yo guardaría rencor a quien se llevara de aquí mi corazón. Sólo quiero a padre, a madre y a ti. Amo esta casa silenciosa y a todos los que entran en ella por derecho, amo lo que contiene, y las cosas que van configurándose poco a poco en ella, amaré a Natalie y a su familia, pero nunca a un extraño que quiera apartarme de vosotros.

—Sin embargo, te apartará de nosotros, Klotilde, y pese a ello te quedarás aquí, él entrará aquí por derecho, él será algo que se va configurando poco a poco en la casa, y tú quizá no tengas que dejar a padre y a madre, pero de seguro no estarás obligada a quererlos menos a ellos o a mí.

—No, no, no me hables de esas cosas —replicó—, me tortura y me rompe el corazón, que he querido traerte lleno de cariño tan de mañana.

—Bueno, entonces no hablemos más de ello, Klotilde —dije—, cálmate y quédate conmigo.

—Sí, me quedo contigo —respondió— y háblame como amigo.

Había borrado del rostro la última huella de las lágrimas, se acomodó aún mejor a mi lado y tuve que hablar con ella. Me preguntó otra vez por Natalie, cómo era su apariencia física, lo que hacía, cómo se comportaba con su madre, con su hermano y con mi anfitrión. Hube de contarle cuándo la vi por primera vez, cuándo estuve yo en el Sternenhof, cuándo había ido ella al Asperhof, cuándo entró en mi corazón un primer presentimiento, cómo éste había ido creciendo, qué lucha sostuve conmigo mismo, qué ocurrió después y qué circunstancias nos llevaron a encontrar por fin las palabras.

Yo era feliz contándole cosas, y cada vez me resultaba más fácil, y en la medida en que iba desahogando el corazón, era más grato mi sentimiento. Nunca habría creído que podría hablar con nadie de esta parte, la más íntima de mi ser; pero el alma de Klotilde era el relicario, único y bienamado, en el que podía depositar ese bien precioso.

Permanecimos sentados largo tiempo, Klotilde no se cansaba de preguntarme por cosas antiguas y, luego otra vez, por cosas nuevas. Entonces llegó mi madre a mi cuarto. Cuando nos vio sentados en íntima conversación, se sentó también junto a la mesa que estaba delante de Klotilde y de mí y dijo, al cabo de un rato, que había venido a buscarnos para desayunar; añadió que, como no vio a Klotilde por ninguna parte, pensó que sin duda estaría conmigo a esa hora temprana.

—Mis queridos hijos —continuó—, preservad vuestro cariño mutuo, no dejéis que vuestros corazones se vuelvan extraños el uno al otro y seguid unidos los dos como seguís unidos a vuestros padres; entonces tendréis un tesoro que es uno de los más hermosos de la vida pero que a menudo es muy ignorado. Unidos seréis moralmente fuertes, constituiréis la alegría de vuestro padre y para mí os convertiréis en la dicha de mi ancianidad.

No respondimos a estas palabras porque expresaban algo evidente para nosotros, y salimos de la habitación detrás de nuestra madre.

Mi padre nos esperaba ya en el comedor, y como ahora todos conocían la razón de mi inesperado regreso y nadie había objetado nada, hablamos abiertamente del asunto. Mis padres alimentaban grandes esperanzas en relación con el nuevo vínculo y se alegraban de la armonía que existía entre mi hermana y yo. Después, tal como había hecho con Klotilde, tuve que contarles diversas cosas de Natalie, cómo era, qué hacía, hacia dónde orientaba su formación y cómo había pasado su juventud. Asimismo hube de recordar no pocas cosas relativas a Mathilde y al Sternenhof, como también al Asperhof y a mi anfitrión, a fin de completar la imagen que mi familia se había formado de la vida en aquellos lugares. Les dije también que un destino favorable dirigía todo este asunto, pues Natalie era precisamente aquella joven que una vez, sentada en un palco cerca de mí, sintió vivísima emoción en una representación de *El rey Lear*, haciéndome sentir un hondo interés por ella y, como yo había compartido su dolor durante el drama, al salir me miró amistosamente como dándome las gracias. Había sido en esos últimos días, añadí, cuando aquello quedó aclarado.

Mi padre dijo que las familias que habían estado unidas mucho tiempo por una suerte de vínculo invisible, por el vínculo de la evolución espiritual del hijo y del contacto de éste con ambas partes, en la realidad también se acercarían, se conocerían y establecerían una relación.

Mi madre replicó que ahora la iniciativa más urgente, y no sólo como obligación social sino también familiar, era que nuestro padre, el cual, cuanto más avanzaba en edad con tanta mayor constancia se encadenaba de un modo inconcebible a su trabajo, se liberase por fin de sus negocios e hiciese un viaje en el que se ocupase sólo de cosas gratas y bellas.

—El viaje lo haré no sólo yo —respondió él—, sino también Klotilde y tú. Haremos una visita a las personas que han acogido con tanta amabilidad a mi hijo. Pero también ellos harán un viaje; porque también ellos vendrán a vernos a la ciudad y se alojarán en estos aposentos. Pero ahora todavía no es

posible precisar cuándo tendrán lugar esos viajes. En cualquier caso, nuestro hijo debe viajar allí otra vez él solo y llevarles el consentimiento de su familia. El posterior desarrollo de los acontecimientos dependerá de su buen parecer y sobre todo de los consejos de su amigo de más edad. Por otra parte, ese viaje de nuestro hijo ha de tener lugar enseguida; porque así lo reclama la nueva obligación que ha contraído. Nosotros esperaremos a que él nos envíe noticias a su llegada al Sternenhof o a que nos diga a su regreso lo que allí opinan.

—Ese viaje, padre —respondí—, me gustaría emprenderlo cuanto antes, a ser posible incluso mañana o, si es inevitable demorarlo, pasado mañana.

—Viajar pasado mañana no será un retraso, ya que aún pueden surgir algunas cosas de las que sea preciso hablar —respondió.

Klotilde manifestó su alegría porque al fin todos iban a hacer un viaje.

—Y vuestro buen padre podría tener desde ahora más a menudo una ocasión —dijo mi madre— de salir al campo y ver horizontes más amplios, de respirar aire puro y contemplar montes, bosques y prados.

—Algún día, querida Therese, cerraré mi libro —replicó mi padre—, y llegará para mí el cese de los negocios. Éstos pueden pasar a otras manos o disolverse por completo. Entonces habrá llegado el momento de alquilar o construir una casa con vistas a montes, bosques y prados, para que vivamos allí en verano y aquí en invierno, a no ser que prefiramos incluso quedarnos allá también algunos inviernos.

—Así has hablado a menudo —respondió mi madre—, pero no ha ocurrido nada.

—Se hará cuando el tiempo y el lugar sean apropiados para ello —replicó.

—Si para entonces tu salud y tu disposición de ánimo sacan de ello el deseado provecho —dijo mi madre—, alabaré todos los inviernos que pasemos en cualquier sitio en pleno campo.

—Sucederán muchas cosas en las que no pensamos ahora —respondió mi padre.

Dejamos la mesa del desayuno y cada uno se fue a sus quehaceres.

En el curso de la mañana, mi madre envió recado de que fuese otra vez a verla y me preguntó si ya había pensado dónde viviría con Natalie. En la casa había sitio suficiente, dijo, pero había que prepararlo todo. También había que tomar disposiciones en muchas otras cosas, en mi vestimenta sobre todo, respecto a la cual yo debía tener ahora otra actitud. Ella quería saber mi parecer, a fin de empezar con tiempo para acabar puntualmente con todo.

Dije que, en efecto, no había pensado en ese asunto, que teníamos tiempo para reflexionar sobre ello y que ante todo deberíamos pedir consejo a mi padre.

Ella se mostró de acuerdo.

Cuando después del almuerzo consultamos a mi padre, él opinaba como yo, que aún era prematuro pensar en esas cosas. Llegado el momento, dijo, ya se pondría en orden todo lo necesario. Ahora había otras cosas en que pensar y de que hablar. Cuando llegara el momento, nuestra madre vería que tenía tiempo de tomar todas sus medidas.

Ella se dio por satisfecha con esta respuesta.

Por la tarde pasé en la ciudad por la casa de la princesa y me enteré de que casualmente estaba allí esos días. Me dijeron que se proponía viajar a Riva y pasar allí varias semanas a orillas de las aguas azules del lago de Garda. Ahora estaba ocupada con los preparativos de ese viaje. Pedí que le preguntaran cuándo podía hablar con ella, y recibí una cita para el día siguiente a las doce.

A esa hora tomé una carpeta con algunos de mis trabajos y me dirigí a su casa. Tras las amables palabras de bienvenida, expresó su extrañeza por verme allí en esas fechas. Yo manifesté la misma extrañeza, aplicada a su persona. Ella dio como explicación el proyectado viaje, y yo dije que unos asuntos sobrevenidos inesperadamente habían interrumpido mi temporada estival y me habían traído a la ciudad.

Me preguntó por los trabajos que había llevado a cabo durante mi ausencia.

Se los expliqué. Cuando hablé del glaciar del Simmi, le interesó muchísimo porque conocía de tiempos pasados ese macizo montañoso. Tuve que describírselo con detalle y enseñarle dónde habíamos estado y en qué habíamos trabajado allí. Saqué de mi carpeta los dibujos que había hecho de los glaciares, de sus bordes, de su escotadura, de su pendiente y de su nacimiento por la parte superior, y los desplegué delante de ella. Me hizo describir y explicar hasta el más pequeño detalle de esos dibujos. Hube también de prometerle que en la primera ocasión favorable le presentaría mi dibujo del fondo del lago Lautersee y se lo describiría con la mayor precisión. Su deseo tenía ahora un doble motivo, añadió, ya que ella también viajaba ahora a un lago que era uno de los más singulares de la vertiente meridional de los Alpes. Después me preguntó por mis otras ocupaciones en el campo de las artes plásticas, a lo que repliqué que ese año, fuera de los dibujos de los glaciares, que eran además de carácter casi exclusivamente científico, no había podido hacer nada, ni en paisajes ni en retratos del natural.

—Si quiere usted reproducir un rostro bellísimo y juvenil —dijo— ha de procurar reproducir el de la joven Tarona. Yo soy una anciana, he vivido muchas cosas, he visto y contemplado a muchas personas, pero pocas cosas he conocido más nobles, más seductoras y más amables que las facciones de la joven Tarona.

Al oír esas palabras enrojecí intensamente.

Ella levantó hacia mí los claros ojos llenos de bondad, y esbozando su fina sonrisa dijo:

—¿Acaso hay ya alguna a la que usted considera la más bella?

No respondí, y ella no pareció tampoco esperar respuesta. Yo no podía decir nada de Natalie, pues la cosa no estaba tan avanzada para anunciarla a otros.

Terminamos la conversación, me despedí enseguida, me tendió bondadosamente la mano, que yo besé, y me invitó a regresar pronto de la sierra el invierno siguiente, puesto que ella también pensaba volver muy pronto a la ciudad.

Respondí que desde ahora no estaba en circunstancias de poder disponer de ese periodo de tiempo.

La mañana del segundo día me encontraba en mi habitación listo para partir. El carruaje que había encargado estaba delante de la casa. No había podido menos de viajar en un coche especial que me llevara lo antes posible al Sternenhof. Mi padre, mi madre y mi hermana estaban en el comedor para despedirse de mí. Allí me dirigí yo también y tomamos un parco desayuno. Concluido éste, les dije adiós.

—Dios te bendiga, hijo mío —habló mi madre—, Dios te bendiga en tu camino, es el decisivo, nunca has tomado uno tan importante. Si mi oración y mis deseos pueden algo, no te arrepentirás.

Me besó en la boca y me hizo el signo de la cruz sobre la frente.

Mi padre dijo:

—Desde tu primera juventud has visto que no me inmiscuyo en tus asuntos; obra con independencia y responde de las consecuencias. Si me consultas, como has hecho ahora, siempre te ayudaré en la medida en que pueda hacerlo gracias a mi mayor experiencia. Pero en este importante asunto sí quiero darte un consejo, mejor dicho, no quiero darte un consejo sino dirigir tu atención a una circunstancia en la que, dado tu desconcierto de estos días, tal vez no hayas pensado. Antes de contraer ese solemne vínculo, necesitas diversas cosas que fortalezcan y afirmen tu espíritu y tu ánimo. Un método muy bueno para ello es hacer un viaje a las principales ciudades europeas y a los pueblos más representativos. Tú tienes esa posibilidad, el estado de tu fortuna ha mejorado mucho, y yo, por mi parte, también añadiré algo, pues de todos modos he de arreglar cuentas contigo.

Estaba muy emocionado y no pude hablar. Sólo tomé la mano de mi padre y le di las gracias en silencio.

Klotilde se despidió con lágrimas y dijo en voz baja cuando la estreché contra mí:

—Vete con Dios, ya saldrá bien lo que haces, porque eres bueno y discreto.

Yo expresé mi esperanza de volver pronto y bajé la escalera.

Mi viaje fue muy rápido porque los caballos estaban encargados en todas partes, porque no dormí en ningún sitio y para comer empleé poquísimo tiempo.

Cuando, en el Sternenhof, entré en la habitación de Mathilde, ella vino a mi encuentro y dijo:

—Bienvenido sea, todo es como yo había pensado; porque de lo contrario, no habría venido usted a mi casa sino a la de nuestro amigo.

—Los miembros de mi familia presentan sus respetos a usted, así como a nuestro amigo, y creen en nuestra dicha y en nuestro futuro —respondí.

—Sea bienvenida, Natalie —dije cuando ésta, mandada a buscar, entró en el aposento—, traigo amistosos saludos de los míos.

—Sea bienvenido —respondió ella—, siempre he tenido la esperanza de que así ocurriese y de que su ausencia fuese así de breve.

—Yo tenía idéntica esperanza —respondí—, pero ahora todo está claro y reina la calma.

Nos quedamos con Mathilde y departimos algún tiempo.

A los dos días de mi llegada viajé a casa de mi anfitrión. Mathilde me había dado un coche y caballos.

Cuando entré en la ebanistería, donde se encontraba mi anfitrión a mi llegada, me tendió la mano y dijo:

—Ya estoy enterado de su regreso; me escribieron del Sternenhof nada más llegar usted allí.

Eustach me miró de un modo extraño, de forma que supuse que ya estaba al corriente de lo que ocurría.

Entramos en la casa, y me abrieron mis habitaciones habituales. Gustav subió a verme al cabo de un rato y apenas podía poner fin a su alborozo porque todo era como era. Mi anfitrión acababa de comunicarle ese mismo día lo que había ocurrido. Decía sin rebozo que prefería con mucho que las cosas fueran así a que Tillburg, cuya voluntad siempre había ido en esa dirección, hubiera sacado a su hermana de la casa.

2. La confianza

Permanecí algún tiempo en casa de mi anfitrión, en parte porque me lo pidió él mismo, en parte para recobrar la serenidad que yo tenía de ordinario y que necesitaba para ver claro en mis aspiraciones y ordenarlas, una vez examinadas.

La servidumbre me miraba sin comprender o con extrañeza. Probablemente había cundido la noticia del vínculo que había contraído con personas que eran amigas de la casa y que solían venir a ella como invitadas. Pero en ningún sitio tuve la impresión de que alguien me envidiara por esa relación y me mirase con malos ojos. Al contrario, las gentes subalternas eran casi más amables y serviciales que antes. Llegué a la casa de Simon, el jardinero. Éste me salió al encuentro con una actitud como de respeto y llamó a su esposa, Clara, para decirle que yo estaba allí y pedirle que me saludara con una reverencia. Eso nunca lo había hecho hasta entonces. Cuando terminó esa especie de saludo, me llevó al jardín, como él denominaba, de manera abreviada, a sus invernaderos. Volvió a mostrarme sus plantas, me explicó lo que habían adquirido en los últimos tiempos, lo que había prosperado especialmente bien y lo que había permanecido en buen estado; me contó también las pérdidas que habían sufrido, cómo esas plantas habían prosperado magníficamente y a qué circunstancias especiales había que atribuir su pérdida. Durante todo ese tiempo él no pensaba que mis pensamientos pudiesen estar en otra parte, como tampoco había sospechado que mi ánimo se hallaba ausente en una ocasión anterior en la que también, muy animado y con todo detalle, me presentó sus plantas. Con especial entusiasmo exponía las excelencias y bellezas de la rosa que la señora del Sternenhof había encargado en Inglaterra para el señor de la casa. Me llevó a donde estaba y me mostró todas sus maravillas. Después tuve que ir con él al pabellón de los cactus, donde enseguida me señaló el *Cereus peruvianus*, que había llegado al Asperhof gracias a mi bondad, según su expresión. Ya crecía, explicó, completamente derecho en su envoltura de vidrio, lo que se había conseguido con mucho esfuerzo y mucha habilidad. El color amarillento que tenía en el Inghof había pasado a ser entre azul oscuro y verde, la planta estaba como envuelta en un velo de vapor que era testimonio de su buena salud. Si continuaba evolucionando así, aquella casa podría conocer la maravilla de esas fabulosas flores blancas en la columna viviente. Luego me llevó hasta algunas formaciones de cactus que estaban en plena floración. Cerca había una lente condensadora bastante grande, para poder observar, con la máxima luz solar, las flores y a la vez las armas y la configuración de los cuerpos vegetales. Me pidió que hiciera uso de la lente. Era acromática y, debido a su forma esférica, la desviación quedaba reducida a un mínimo. En su conjunto resultó ser excelente. El jardinero me contó que el señor había mandado confeccionar el cristal de aumento con la finalidad expresa de observar los cactus, la había hecho engastar en aquel hermoso marfil y meter en un estuche de terciopelo puro. Ese mismo día acababa de estar en el pabellón de los cactus y había mirado con la lupa las flores y muchas espinas. Sirviéndome de la lupa, examiné el interior de los cálices amarillos, blancos o rosados —según como florecían en aquel momento—, orlados de pétalos sedosos. Yo sabía sin duda que el brillo de esos colores era bellísimo, mucho más bello que el de la más fina seda y el de casi todas las flores, pero tuve que contemplarlo todo guiado por el jardinero Simon, que tampoco omitió mencionar la bella profundidad del cáliz, de suaves tonalidades verdes, rosadas o cárdenas, de la que subían los pujantes y finos estambres, tan delicados como en ninguna otra flor. Las flores de los cactus eran, dijo, las más bellas del mundo, excepto las de algunas plantas parásitas y muy pocas otras flores aisladas. También me llamó la atención sobre el hecho, que yo no conocía o no había observado, de que en algunos cactus esféricos las flores siempre salían de tubérculos espinosos nuevos, casi siempre sobre pedúnculos muy cortos, mientras que en otros se levantaban, sobre un tallo más o menos largo, a partir de tubérculos del año anterior o aún más antiguos. Dijo que eso serviría alguna vez de criterio para hacer una nueva clasificación de esa variedad de cactus. Me mostró esa diferencia en plantas que allí había, y yo tuve que percibirla. Dijo que eso no era casual y que él llevaba observando aquel fenómeno treinta años. Entonces,

cuando era joven, apenas se conocían algunas de esas variedades, ahora aumentaba sensiblemente el conocimiento de ellas, desde que la gente había percibido su belleza y personas que viajaban a América enviaban plantas desde allí, como aquel viajero que partiendo de tierras alemanas había dado casi la vuelta al mundo. Sólo la irreflexión o la superficialidad o la miopía podía considerar informe esa especie, puesto que nada era más regular y diverso y al mismo tiempo más placentero que ella. Bastaba una primera observación y comparación precisas de ellas y demorarse por muy poco tiempo en tal observación para que los adversarios de esa planta se convirtieran en ardientes admiradores: salvo quien no amase las plantas, un género de personas que tal vez no existiera en el mundo. Cuando salí del pabellón de los cactus, me acompañó hasta el final de los invernaderos, y su esposa, a su vez, también franqueó la puerta de su casa para despedirse de mí.

En el jardín de recreo y en la sección hortícola, los peones se pararon delante de mí, se quitaron el sombrero y me saludaron cortésmente.

Eustach estuvo apacible y amable, como de costumbre; pero fue mucho más cordial que en tiempos pasados. La aprobación por parte de esas personas me alegraba sobremanera. Me enseñó todos los trabajos en curso y las cosas reales, los dibujos, las informaciones que en los últimos tiempos se habían sumado a lo que ya había antes. Dijo que mi anfitrión visitaría en los días próximos una iglesia bastante lejana que estaban restaurando a expensas suyas y que quería invitarme a ese viaje. Entre todos los objetos y las telas que allí había no vi el bellísimo mármol que yo había traído de regalo a mi anfitrión y tampoco había llegado a mi conocimiento que hubieran confeccionado nada con él. Nadie hablaba de ello y yo tampoco pregunté. A ratos iba a observar los trabajos que se llevaban a cabo en la ebanistería.

Roland, como de costumbre, no estaba en el Asperhof durante el verano.

Con Eustach también fui a ver los cuadros de mi anfitrión, sus grabados al cobre, sus tallas y sus muebles. Hablamos de aquellas cosas y traté de penetrar cada vez más en su valor e importancia. También iba a la biblioteca, a la sala de los mármoles y a la escalinata de mi anfitrión. Qué sublime, noble y pura era la estatua de la escalera comparada con la ninfa de la gruta, en el jardín del Sternenhof, que en los últimos tiempos era tan querida para mí. Mi amigo accedió a abrirme los aposentos en los que Mathilde y Natalie se alojaban durante su estancia en el Asperhof. En la última salita de la puerta tapizada, a la que yo llamaba «la rosa», permanecí más tiempo que en las otras piezas. Me envolvía la serenidad y limpidez, propias de la personalidad de Mathilde, que aparecían en los colores y figuras de esa habitación y en los cuadros incomparables allí colgados.

Fuimos también a la granja. Los encargados me saludaron con respeto, me enseñaron todas las dependencias y mostraron cuanto había en ellas, en qué se trabajaba, para qué servía cada cosa y lo que había cambiado en los últimos tiempos. El colono se complacía sobre todo en la nueva cría de potros, mejorada por él mismo, y en las múltiples variedades de pollos introducidas por mi anfitrión. Cuando nos alejábamos de la granja y del jardín de la casa llegó hasta nosotros el canto polifónico de los pájaros, vi al volver la cabeza que en la puerta cochera se había reunido y nos seguía con la vista un grupo de sirvientas con sus delantales azules y blusas blancas.

Aunque me daba cuenta de que era yo el objeto de la atención, a nadie se le escapaba una palabra que hubiese insinuado el motivo de esa atención.

Gustav, el cual al principio me expresó su alegría porque todo fuese como era y porque ninguno de los que estaban empeñados en ello se había llevado a su hermana, ya no hablaba del asunto y se limitaba a mostrarme aún más, si eso era posible, su afección.

Mi anfitrión me habló por fin del viaje a la iglesia que me había anunciado Eustach y me invitó a acompañarle. Acepté la invitación.

Una mañana, mi anfitrión, Eustach, Gustav y yo salimos del Asperhof. Según me dijo mi anfitrión, él llevaba a Gustav a todos los viajes cortos. Cuando no era posible por tratarse de viajes más largos, lo dejaba en casa de su madre, en el Sternenhof. Llegamos al lugar de la iglesia al segundo día. Roland, que estaba informado de nuestra llegada, nos esperaba allí. La iglesia era un edificio de estilo gótico alemán. Según afirmaron mis amigos, databa del siglo XIV. El municipio no era ni grande ni especialmente rico. Los últimos siglos habían causado gran daño a esa iglesia. Se habían tapiado ventanas, del todo o en parte, habían sacado de los nichos de las columnas las estatuas de piedra y puesto en su lugar otras de madera, doradas y pintadas. Pero como éstas eran más grandes que sus predecesoras, en muchos casos destrozaron las hornacinas donde había que ponerlas y quitaron a golpes las cornisas con sus ornamentos. También pintaron el interior de la iglesia con múltiples y variados colores. Cuando con el correr de los años todo aquello también se fue deteriorando y era forzoso hacer trabajos de restauración en la iglesia, se puso de manifiesto que sería difícil reunir los medios necesarios. La amplitud de los trabajos que había que efectuar

estuvo a punto de ocasionar graves disensiones en el municipio. Al parecer en tiempos pasados hubo ricos y poderosos mecenas que fundaron y mantuvieron la iglesia. En las proximidades de ésta aún se ven las ruinas de los castillos en los que residieron aquellas acaudaladas familias. Ahora la iglesia es el único monumento de aquellos tiempos que aún permanece en pie arriba en la colina, rodeada de algunas casas de construcción moderna; el municipio se extiende en torno a ella, en los caseríos diseminados por el ondulado terreno. Los propietarios de los palacios derruidos viven en comarcas lejanas y, como pertenecen a linajes muy distintos, nunca sintieron amor por aquella iglesia solitaria, o lo perdieron. El párroco, un hombre sencillo y piadoso que carecía sin duda de hondos conocimientos artísticos pero que llevaba años viendo el deterioro de su iglesia y, cuando ésta empezó a amenazar ruina, habría querido verla de nuevo en el mejor estado posible, recurrió a todos los medios que le venían a las mientes para alcanzar esa meta. También pedía donativos. En un último intento acudió a mi anfitrión. Éste se interesó por la iglesia, que él tenía entre sus dibujos, viajó personalmente hasta allí y la inspeccionó. Prometió que, si se aprobaba y aceptaba su proyecto de restauración de la iglesia, se haría cargo de los costes superiores a las reservas disponibles y llevaría a término los trabajos en un número determinado de años. Se elaboró el proyecto y quedó aprobado por todos los que tenían algo que decir en aquel asunto, una vez que el párroco, ya antes, sin haber visto el proyecto, diera efusivamente las gracias y abogara con entusiasmo en todas partes a favor de su aceptación. Enseguida se procedió a su ejecución, y en esa ejecución se encontraba en aquellos momentos mi anfitrión. Se rompieron con gran cuidado las paredes de relleno de las ventanas, para no dañar ninguno de los ornamentos enterrados bajo el ladrillo y la argamasa, y después se insertaron en los huecos vidrieras del mismo estilo de las que todavía quedaban. Se sacaron de la iglesia las imágenes de santos talladas en madera, las hornacinas volvieron a su estado originario. Dondequiera que aparecían las antiguas y esbeltas figuras de santos, ya fuese bajo el techo de la iglesia, ya fuese en otros lugares, si estaban deterioradas, se restauraban y volvían a colocarse en lo que se suponía que eran los lugares de origen. Las hornacinas para las que no se encontraron estatuas quedaron vacías. Se pensó que era preferible dejarlas en ese estado a poner en ellas alguna de las estatuas de madera que no armonizaban con el estilo de la iglesia. Lo adecuado habría sido, sin duda, esculpir nuevas estatuas; pero eso no estaba incluido en el proyecto porque sobrepasaba los recursos de que disponía mi anfitrión para esa obra. Pero todos los nichos deteriorados, incluso los vacíos, se rehicieron y quedaron en buen estado. Las cornisas que los remataban se reconstruyeron con todos sus ornamentos. Sobre el revoque del interior de la iglesia se había elaborado un plan según el cual el color de las partes que no eran de piedra quedaría tan indeterminado que su apariencia sería lo más parecido a un simple material de base. Las nervaduras de la bóveda, cuya piedra no estaba revestida de pintura, así como todas las partes en piedra, no se tocaron y su efecto sólo vendría dado por su superficie natural. Los andamios para el revoque ya estaban colocados allí donde no se podía acceder con escaleras de mano. Sin duda alguna se podrían mejorar muchas más cosas en la iglesia. Habían revestido el antiguo coro y levantado paredes completamente nuevas hasta una tribuna alta, habían añadido una capillita lateral de estilo moderno y quitado una parte del muro de la nave lateral para construir un ensanche donde erigieron una nueva capilla lateral. Ninguno de esos defectos pudo ser eliminado debido a la falta de medios. El retablo del altar mayor, de estilo gótico alemán, seguía allí. Roland dijo que había sido una suerte que en el siglo pasado ya no se tuviera tanto dinero como en la época en que se edificó la iglesia, pues de lo contrario habrían quitado, sin duda alguna, el retablo originario y en su lugar habrían puesto otro del horrendo estilo del siglo pasado. Mi anfitrión inspeccionó todos los trabajos y se reunió en consejo con Eustach y Roland, reunión en la que también se me incluyó, para determinar si se había seguido fielmente el proyecto aprobado y si, empleando una suma módica, se podría añadir a lo previsto en un principio algunas cosas que necesitaba la iglesia y que serían un ornamento para ella. Muy pronto hubo convergencia de pareceres porque los hombres estaban orientados en la misma dirección y porque sus formaciones a este respecto se influyeron mutuamente para llegar al mismo resultado. Aunque me hacían preguntas, yo pude decir muy poco, puesto que, por una parte, estaba muy poco familiarizado con las bases de todo aquel proyecto y, por otra, mis conocimientos en la rama del arte de que allí se trataba no podían compararse con los de mis amigos. El párroco nos había acogido con gran cordialidad y quería alojarnos a todos en su pequeña casa. Mi anfitrión declinó el ofrecimiento y nos acomodamos como pudimos en la posada. Pero el modesto párroco no ponía fin a sus muestras de reverencia y gratitud para con mi anfitrión. Llegó también una delegación del ayuntamiento, cuyos miembros, como ellos dijeron, querían ofrecer sus respetos y testimoniar su gratitud. Y en efecto, cuando se contemplaban las formas nobles y esbeltas de la iglesia, que se erguía solitaria sobre su colina en una remota comarca del país en la que nadie la buscaría, y cuando se veían las mejoras ya realizadas, que otra vez realzaban y acentuaban sus gráciles elementos, uno no podía menos de alegrarse de que el éter puro y azul envolviera otra vez el edificio puro y sencillo, como

lo hiciera cuando salió, concebido por la mente del maestro muerto hacía tiempo, de las manos de los artesanos. Y también, en efecto, era de agradecer que hubiera un hombre como mi anfitrión, que por amor a las cosas bellas, y habré de añadir, por amor a la humanidad, sacrificara una parte de su fortuna, de su tiempo y de su discernimiento, para salvar cosas nobles de la ruina y presentar a la mirada de los hombres formas armoniosas y excelsas, que, si ellos disponían de la capacidad y la voluntad necesarias, los elevasen y edificasen.

Nada de esto sabían sin embargo los miembros de la delegación, ellos daban las gracias sólo porque pensaban que era su deber.

Después que mi anfitrión diera el visto bueno al edificio y junto con Eustach impartiera instrucciones detalladas al maestro de obras y una vez que Roland asegurase que, conforme al deseo de mi anfitrión, pasaría con frecuencia a mirar las obras y enviaría informes, nos dispusimos a seguir nuestros distintos caminos. Roland quería regresar a las montañas vecinas, de donde había salido para visitar la iglesia, y nosotros teníamos que emprender el viaje al Asperhof. Roland fue el primero que partió. Nosotros aún fuimos a ver al propietario de una cercana fábrica de vidrios que tenía gran renombre y después nos pusimos en camino hacia la casa de mi amigo.

Durante el viaje de regreso hablamos sobre la creación de lo bello, dijimos que era bueno que aparecieran personas que lo representaran y que esa suave luz iluminara también a sus congéneres y los llevase a una claridad cada vez mayor; pero también era bueno, dijimos, que hubiera personas aptas para asimilar lo bello y transmitirlo a otros en su trato con ellos, en especial si, como mi anfitrión, buscan lo bello por doquier, lo conservan, y tratan de restablecerlo con trabajo y esfuerzo cuando ha sufrido daños. Era algo muy singular esa aptitud y ese afán.

—Ya hemos hablado una vez de algo parecido —dijo mi anfitrión—, mis experiencias a lo largo de la vida me han enseñado que la gente nace con aptitudes muy determinadas para cosas muy determinadas. Esas aptitudes sólo se diferencian en su amplitud, en la posibilidad de manifestarse y en la oportunidad de causar un efecto duradero. De esa manera Dios parece querer conciliar la diversidad de las acciones con su éxito evidente, como es necesario en la tierra. Siempre me ha parecido singular, cuando he tenido oportunidad de observarlo, que en las personas destinadas a realizar cosas extraordinarias en una dirección, su aptitud se exprese hasta en las más finas fibras de su objeto y lo empuje hacia él, mientras que en otras cosas pueden ser ignorantes como un niño. Uno que pese a todas las enseñanzas, pese a su comercio con obras de arte sublimes y a su trato diario con ellas año tras año, no sabía decir más que despropósitos sobre cosas de arte era un estadista que captaba los más finos matices de su materia, que adivinaba los pensamientos de los pueblos y las intenciones de los hombres y de los gobiernos con los que trataba y que sabía poner todas las cosas al servicio de sus fines, de manera que a los demás les parecía ser la obra mágica de una mente lo que era una especie de ley de la naturaleza. En mi juventud conocí a un hombre que, con un discernimiento que nos causaba admiración incontenible, penetraba en las profundidades de una creación artística que él quería comentar y exponía pensamientos de los que no comprendíamos cómo habían podido llegar al corazón de un hombre que, sin embargo, no percibía las opiniones e intenciones de personas completamente normales, personas, además, que estaban muy por debajo de él, y no veía la marcha necesaria de los Estados porque le faltaba el ojo para ello o porque no se preocupaba de tales cosas, metido como estaba de pleno en sus propios asuntos. Podría aducir varios ejemplos más: el general nato metido a juez en litigios sobre la propiedad, o el promotor de las ciencias puesto a formar un ejército. Así, Dios ha dado a algunos el dedicarse y consagrarse a lo bello como a un sol del que no pueden apartarse. Pero entre ellos siempre hay sólo un número determinado cuya aptitud específica se caracteriza por tener gran poder de irradiación. No son muchos, y junto a ellos nacen aquellos que no disponen de una orientación determinada, que hacen lo cotidiano y cuya aptitud específica consiste en que no tienen una aptitud sobresaliente para un objeto sobresaliente. De ésos es necesario que haya un gran número, para que el mundo permanezca en su eje, para que haya un fomento de lo material y para que se manejen todos los recursos. Pero muy a menudo todo depende, por desgracia, de si a la aptitud adecuada se le proporciona el objeto adecuado, lo que no ocurre con tanta frecuencia.

—¿No podría buscar la aptitud el objeto? ¿Y no lo busca a menudo, de hecho? —preguntó Eustach.

—Cuando la aptitud es de gran pujanza y fuerza, lo busca —replicó mi anfitrión—, pero a veces perece en la búsqueda.

—Es triste eso, pues entonces yerra su objetivo —respondió Eustach.

—Yo no creo que yerre del todo su objetivo —dijo mi anfitrión—; ese objetivo consistía en buscar y en lo que la aptitud fomenta con ese buscar y en lo que genera en sí misma y en otras. Hay que ascender, en efecto, por diferentes peldaños, diferentes en altura y en calidad. Si a toda aptitud se le proporcionase su

objeto a ciegas y ella se adueñara de él y lo agotara, moriría una flor mucho más hermosa y exuberante, la libertad del alma: ésta puede dirigir su aptitud a un objeto o puede mantenerse alejada de él, puede divisar su paraíso, apartarse de él y luego lamentar haberse apartado de él, o por fin entrar en el paraíso y sentirse feliz por haber entrado en él.

—Dado que el arte tiene tanta influencia en las personas —dije—, según he tenido ocasión de observar, si bien brevemente, en mí mismo, me he preguntado ya muchas veces si el artista, al proyectar su obra, tiene en cuenta a sus congéneres y piensa qué ha de hacer para influir en ellos como desea.

—No abrigo la menor duda de que no es así —replicó mi anfitrión—, si el hombre no conoce en absoluto su aptitud innata, aunque ésta sea muy significativa; y si tiene que llevar a cabo múltiples actos antes de que su entorno se la haga ver, o la perciba él por sí mismo, si, en último término, siguiendo su libre albedrío, puede entregarse a esa su aptitud o apartarse de ella, seguramente, al desarrollar esa aptitud, no estará en circunstancias de llevar a cabo los cálculos necesarios para que ella incida en un punto determinado; antes bien, en mi opinión, cuanto mayor es la capacidad, tanto mayor efecto causa con arreglo a las leyes que le son propias, y la grandeza inherente al ser humano busca su meta, prescindiendo de circunstancias accesorias, y logra un efecto tanto más poderoso cuanto mayor es la serenidad y convicción con que se dirige a ella. Lo divino siempre parece caer del cielo. Sin duda ha habido personas que han calculado el efecto que causaba una producción suya en sus congéneres, y ese efecto se ha producido realmente; a menudo fue considerable, pero le faltaba profundidad y arte; lo que consiguieron esas personas fue algo diferente, algo salido del azar y de la contingencia, algo no compartido por las generaciones posteriores que no comprendían cómo aquello pudo ejercer influencia en quienes les precedieron. Tales personas construyeron obras efímeras y no eran artistas, mientras que lo creado por el poder auténtico del arte, al ser la genuina flor de la humanidad, obra a través de los tiempos y cautiva a los hombres, siempre y cuando éstos no se hayan despojado de su bien más precioso, la humanidad.

—Una vez plantearon en la ciudad la cuestión siguiente —dije—: si un artista supiera que la obra proyectada por él sería una inigualable obra maestra, pero que no la comprenderían ni sus contemporáneos ni las generaciones posteriores, ¿la llevaría a cabo o no? Unos pensaban que sería un signo de grandeza el hacerlo sólo para él, pues él era su público coetáneo y futuro. Otros dijeron que era un insensato si creaba una obra de la que él sabía que sus coetáneos no la comprenderían y que esa insensatez era mucho mayor si creaba tal obra sabiendo que tampoco la entendería la posteridad.

—Ese caso es casi imposible que se dé —dijo mi anfitrión—. El artista crea su obra como florece la flor, ésta florece aunque esté en el desierto y jamás alcance a posarse sobre ella la mirada humana. El verdadero artista no se plantea la pregunta de si su obra será comprendida o no. Él tiene, claro y hermoso ante la vista, lo que está formando: ¿cómo va a pensar que unos ojos puros e indemnes no lo ven también? Lo que es rojo, ¿no es rojo para todos? Lo que incluso el hombre vulgar considera bello, ¿no va a ser bello para todos? Y el artista, ¿no va a considerar bello para los iniciados lo realmente bello? ¿De dónde vendría si no el fenómeno de que alguien haga una obra maravillosa que no emociona a sus coetáneos? Él se asombra, porque pensaba de un modo distinto. Ésos son los más grandes, los que van por delante de su pueblo y están a una altura de sentimientos e ideas a la que ellos habrán de conducir a sus contemporáneos con ayuda de sus propias obras. Al cabo de los decenios se piensa y se siente como esos artistas, y no se concibe cómo pudieron no ser entendidos. Pero fue a través de esos artistas como se aprendió a pensar y a sentir. De ahí viene el fenómeno de que los más grandes hombres son los más ingenuos. Pero si fuese posible el caso antes aducido, si hubiera un verdadero artista que supiese de cierto que la obra proyectada nunca sería comprendida, ese artista la haría, y si dejase de hacerla, ya no es un artista sino un hombre que depende de cosas extrínsecas al arte. De eso forma parte ese conmovedor fenómeno, tan acerbamente criticado por muchos, de la persona que, disponiendo de vías muy accesibles para comer mucho y bien, e incluso para llegar a una posición holgada, prefiere vivir en la pobreza, en la necesidad, con privaciones, hambre y miseria, y seguir con sus actividades artísticas que no le aportan éxito exterior y que a menudo son, en efecto, producciones carentes del mínimo valor artístico. Al final muere en un asilo, o mendigando, o en una casa donde le mantienen por caridad.

Nosotros opinábamos como nuestro amigo. Eustach de todos modos, pues él consideraba las cosas artísticas como lo más excelso de la vida terrenal, y para él la aspiración artística era ya algo noble en su calidad de mera aspiración, como también solía decir que lo bueno es bueno porque es bueno. Yo estaba de acuerdo porque lo que decía mi anfitrión me convencía, y Gustav lo creía sin duda —experiencia no tenía ninguna— porque para él era verdad cuanto decía su padre adoptivo.

De una aspiración que hasta cierto punto es su propia finalidad, de la honda dedicación con la que se consagra una persona a un objeto, sin alcanzar en apariencia ningún éxito exterior, pero renunciando a todo

lo demás en aras de ese objeto, pasamos a diferentes cosas por las que el hombre siente apego, cosas que le llenan el corazón, y que circunscriben su existencia o partes de su existencia. Después de haber pasado revista a gran número de cosas —un número mayor de lo que habría pensado— que pueden relacionarse con el hombre del modo aducido por nosotros, mi anfitrión habló en los siguientes términos:

—Si excluimos aquí todas las cosas que sólo conciernen y satisfacen al cuerpo o a la naturaleza animal del hombre y cuyo permanente anhelo, que prescinde de todo lo demás, nosotros designamos con el nombre de pasión, por lo que no puede haber nada más equivocado que hablar de pasiones nobles, y si sólo designamos como objeto de suprema aspiración lo más noble del ser humano, entonces todo el impulso hacia tales objetos podría recibir, no sin razón, un sólo nombre: amor. El amor, esa absoluta estima con absoluta inclinación, sólo puede tener como objeto lo divino o, en realidad, sólo a Dios; pero como Dios es demasiado inaccesible a nuestros sentimientos terrenales, el amor a él sólo puede ser adoración, y él nos ha dado, para el amor aquí en la tierra, partes de lo divino bajo formas diferentes a las que podemos orientar nuestra inclinación: como el amor de los padres a los hijos, el amor del padre a la madre, de la madre al padre, el amor de los hermanos, el amor del esposo a la esposa, de la esposa al esposo, del amigo al amigo, el amor a la patria, al arte, a la ciencia, a la naturaleza, y finalmente, a manera de pequeños riachuelos que se separan del gran río, la dedicación a objetos particulares, nimios en apariencia, a los que, a la manera de un niño, muchas veces se entrega el hombre en el otoño de su vida: cultivar flores, criar un solo tipo de planta o una sola especie animal, etcétera, lo que hoy llamamos aficiones. Aquel a quien han abandonado los grandes objetos del amor o quien no los ha tenido jamás y también, por último, quien carece de toda afición, ése apenas vive y apenas adora a Dios, ése se limita a existir. Así se resume, a mi entender, lo que llamamos orientación de grandes capacidades hacia grandes metas, y ésa es su justificación.

Al cabo de un rato, dijo:

—Aquella época en que se edificaban iglesias como la que acabamos de visitar fue en este sentido mucho más grande que la nuestra, su aspiración era más alta, era la glorificación de Dios en sus templos, mientras que nosotros tenemos la mirada puesta en el comercio material, en la producción y el empleo del material, lo que en sí mismo no es ni siquiera una aspiración válida sino que lo es sólo en la medida en que puede apoyarse en una idea superior. La aspiración de nuestros antepasados más lejanos también era sobre todo superior porque siempre iba acompañada de éxitos: la creación de algo verdaderamente bello. Aquellos templos eran la admiración de su tiempo, siglos contribuyeron a su construcción, también los amaban, y esos templos, inacabados o en ruinas, son otra vez la admiración de un tiempo que despierta, que se ha liberado de su ofuscación, pero que aún no ha avanzado hacia una acción conjunta. Incluso el esfuerzo de nuestros antepasados inmediatos, que edificaron muchas iglesias según su concepto de belleza, pero que desfiguraron aún más iglesias añadiéndoles un sin fin de construcciones anejas, colocando altares, haciendo cambios, y que nos han dejado un número muy grande de tales monumentos, es superior a nuestro esfuerzo, pues ellos se dedicaban a edificar templos divinos, a configurar algo bello y sagrado, aunque, en la esencia de lo bello, se alejasen de los modelos de los siglos anteriores. Si nuestro tiempo, como parece que está ocurriendo, se eleva otra vez por encima de lo material, no podremos realizar lo bello de inmediato en los objetos arquitectónicos. Al principio nos conformaremos con imitar lo bello de tiempos pasados que hoy está acreditado como tal, luego se darán algunas incongruencias debidas a la obstinación de los involucrados directamente en ello, hasta que poco a poco aumente el número de los dotados de buen criterio y se actúe con arreglo a una visión más general y fundamentada, y de los antiguos estilos arquitectónicos surjan otros nuevos, propios de nuestro tiempo.

—La iglesia que acabamos de ver —dije— posee, en mi opinión, una belleza específica, y no se concibe que haya habido una época que no viera tal cosa y que llegara a ponerle unos aditamentos que, de por sí, pueden ser bellos o no, pero que, eso es seguro, no casan en absoluto con ella.

—Vinieron unos tiempos atroces para nuestra patria —replicó él—, tiempos que sólo conocían la lucha y la devastación y que exterminaron las tendencias profundas del alma humana. Cuando pasaron esos tiempos, se había perdido la idea de lo bello, en su lugar sólo quedó la tendencia de la propia época, que solamente se consideraba bella a sí misma y por eso se imponía por doquier, fuera o no adecuada. Así llegó a ocurrir que se colocaran cornisas romanas o corintias sobre columnas góticas alemanas.

—Pero si puedo juzgar por las iglesias que he visto, entre las iglesias góticas alemanas ésta que acabamos de visitar es una de las más bellas y nobles —dije.

—Es pequeña —replicó mi anfitrión— pero superior a muchas otras grandes. Se alza, esbelta como espigas cimbreantes, y también se asemeja a las espigas en que sus arcos surgen con la naturalidad y facilidad de las mieses que se doblan. Los rosetones de los arcos de las ventanas, los ornamentos de los capiteles de las columnas, de las nervaduras de la bóveda, así como el rosetón de la aguja, son tan ligeros

como las diversas plantas que crecen en los campos de cereales.

—Por eso me vino de nuevo la idea —respondí—, que ya he tenido muchas veces, de que habría que engastar las piedras preciosas conforme al espíritu de la arquitectura gótica alemana y de esa manera se lograrían composiciones más bellas.

—Si esa idea de usted —replicó— viene a significar que quienes engastan piedras preciosas deberían formarse en el espíritu de los antiguos arquitectos, que representaban cosas dignas y hermosas de manera sencilla y solemne, creo que tendría usted razón. Pero si opina que las figuras que aparecen en edificios medievales pueden utilizarse sin más como joyas, reducidas a pequeña escala, creo que se equivoca.

—Ésa era mi idea —dije.

—Ya hemos hablado en una ocasión sobre eso —replicó—, y yo mismo remití al arte antiguo como base para piezas de joyería; pero con ello no me refería sólo a la arquitectura, sino a todas las artes, como la del mobiliario, la de los objetos sagrados y profanos, como el arte de la pintura, el arte de la escultura, de las tallas en madera y cosas parecidas. Tampoco aconsejaba yo la imitación directa de las figuras, sino que se captara el espíritu que habita en esas figuras, que se impregnara el ánimo de ese espíritu y después, con ese saber y esa plenitud, se iniciara la labor creadora. Hay también un impedimento material para traspasar las formas arquitectónicas a la joyería. Los edificios en los que se puso especialmente de manifiesto el sentido de lo bello fueron siempre objetos más o menos serios: iglesias, palacios, puentes y, en la Antigüedad, columnas y arcos. En la Edad Media lo predominante son, con mucho, las iglesias; quedémonos, pues, con ellas. Para representar la seriedad y dignidad de la iglesia, no es indiferente el material con el que se construye. Se elegía la piedra, por ser el material de que consta la eminencia más grandiosa e imponente, la cadena montañosa. Allí donde ésta no se encuentra revestida de bosque o de hierba, sino que se presenta desnuda, la piedra le confiere un aspecto majestuoso. Por eso confiere también a la iglesia esa impresión de poder. Es necesario, empero, que ese efecto lo produzca la sencillez de su superficie y que no esté pintada ni revocada. Lo más próximo a la montaña, entre lo que se yergue hacia lo alto, es el bosque. El árbol ejerce el mayor poder después de la roca. Por eso, una iglesia de apariencia solemne y de gran calidad artística también es concebible en madera, con tal que no esté pintada ni revocada. Una iglesia de hierro o incluso de plata no puede producir sino rechazo, sería pura y cruda suntuosidad, y una iglesia de papel, suponiendo que se pudiera dar a los muros resistencia duradera contra la intemperie y a los ornamentos las más bellas figuras por el procedimiento de prensar el papel o por otros semejantes, no sugiere al corazón sino rechazo y desdén. La forma está vinculada a la materia. La piedra es grave, tiende hacia lo alto y no se deja alabear en figuras muy blandas y finas y retorcidas. Me refiero a la piedra para edificios, no al mármol. Por eso, las estatuas de piedra de las iglesias buscan la altura, son sencillas y fuertes y, cuando hay inflexiones, éstas se han realizado con moderación y con cierta nobleza y no recargan los muros ni las otras figuras. En la época en que empezaron a predominar, se terminó también la austera belleza de las iglesias, y empezó el estilo artificioso. Para los engarces de nuestras joyas tomamos metal, oro por lo general. Pero el metal tiene propiedades muy distintas a las de la piedra. Es más pesado, por tanto, para evitar que nos agobie, no debemos utilizarlo en grandes piezas, sino distribuirlo en formas delicadas. No obstante, entre todos los materiales es el más flexible y maleable, por eso lo creemos capaz de las mayores torsiones y circunvoluciones y es lo que exigimos de él. Por eso, las figuras —en especial los ornamentos de oro— no pueden ser exactamente las mismas que las de piedra, si ambas han de ser bellas. Pero, en mi opinión, a partir del espíritu íntimo del uno se puede, y se debe, conocer muy bien el espíritu íntimo del otro, y de ello podría resultar algo perfecto.

No pude objetar nada esencial a este punto de vista. Eustach lo desarrolló con más precisión aduciendo ejemplos tomados de conocidas estatuas de piedra de las iglesias. Mostró cómo una figura de piedra, ágil y ligera, se vuelve enseguida pesada, torpe e inerte, si se hace en oro, y mostró también cómo hay que transformar poco a poco la estatua de piedra para adaptarla al oro de manera que posea vida y un sello específico. Me prometió que, cuando volviéramos a casa, me enseñaría dibujos sobre este asunto. De todo ello deduje cuánto habían reflexionado mis amigos sobre este tema y cómo se habían adentrado en él.

—Pero en nuestra iglesia no son sólo bellísimas las cosas exteriores —continuó mi anfitrión—, sino que las imágenes del altar y de las hornacinas tienen una belleza superior a la que nos suelen ofrecer las imágenes de la época en que fue construida la iglesia. Cuando dije que las estatuas griegas poseen una belleza sensual mayor que la de las medievales, esto admite excepciones. Hay también estatuas medievales de gran encanto, y si el dibujo no es defectuoso y si hay sensualidad suelen ser más cálidas que las griegas. En esta pequeña iglesia hay algo parecido, por eso ha sido para mí un placer encargarme de su restauración, por eso lamento que mis recursos no sean tan abundantes que me permitan restaurarla por completo y por eso he fomentado tanto la búsqueda de las estatuas que faltan en los nichos, a fin de poblar lo más posible

la iglesia, aunque cabe pensar que tal vez no se llevaron a término todas las imágenes ni quedaron ocupados todos los emplazamientos. Quizá surja un día una capacidad superior y más universal que restablezca en su pureza esta iglesia y otras más importantes.

Llegamos al Asperhof el segundo día y dije que ya no podía quedarme mucho tiempo. Mi anfitrión respondió que él viajaría al Sternenhof al cabo de unos días, que me invitaba a acompañarle y que hasta entonces tuviera a bien quedarme en su casa.

Precisé que unos días de diferencia no me significaban mucho pero que deseaba volver pronto con mis padres.

Así llegó la víspera del viaje al Sternenhof, y mi anfitrión me dijo por la noche en un momento oportuno:

—Usted va a trabar ahora íntima relación con una persona muy cercana a mí; es conveniente que sepa todo lo concerniente al Sternenhof y cuáles son mis relaciones con él. Le daré una completa explicación. Pero a fin de que usted disponga de mucha más tranquilidad y entienda bien lo que voy a contarle, hablaré con usted cuando regrese al Asperhof. Ahora irá a casa de sus padres, para informarles, como dice, de la acogida que se le ha hecho y de la situación en general. Cuando tenga a bien venir otra vez a mi casa, sea cuando fuere, será siempre bienvenido y se le acogerá con mucho gusto.

A la mañana siguiente me acomodé en el coche con él y con Gustav y viajamos al Sternenhof.

Allí se nos dispensó la amable y placentera acogida de siempre, o incluso aún más amable y placentera que otras veces. Los aposentos en los que nos alojábamos siempre estaban dispuestos como para personas de la familia. Natalie, de pie junto a su madre, nos miraba con expresión cautivadora. Saludé con reverencia a la madre, y casi con la misma reverencia a la hija. Gustav estaba algo más tímido que de costumbre y nos miraba, ora a mí, ora a Natalie. Nos hicimos los saludos de rigor y hablamos de cosas sin importancia. Luego nos dirigimos a nuestras habitaciones.

Ese mismo día y al día siguiente mi anfitrión inspeccionó diversas cosas relativas a la administración de la finca, departió sobre ello con Mathilde, visitó personalmente lugares bastante alejados y tomó disposiciones en nombre de Mathilde. También inspeccionó los trabajos de eliminación del revoque de la fachada del palacio. Subió a los andamios, examinó la precisión del raspado de la dura capa y la pureza de las piedras. Comprobó cuánto trabajo se había llevado a cabo en un tiempo determinado e impartió órdenes para el futuro. En la mayoría de esas actividades, nosotros estuvimos presentes todos juntos. El trato que se me daba era excelente. Mathilde era tan suave, tan serena y apacible como siempre. Quien no prestase mucha atención, no percibiría una diferencia entre antes y ahora. Ella siempre fue bondadosa y por eso no podía serlo más. Pero yo advertí una diferencia. Me dirigía la palabra con la misma franqueza que antes; empero, ahora era distinto. A menudo, cuando se trataba de cosas relativas al palacio, al jardín, a los cultivos, a la administración, me consultaba como a alguien que está en su derecho y que es casi como un propietario. No me consultaba, sin duda, para saber a fondo mi parecer, pues mi anfitrión emitía las mejores opiniones sobre todos esos asuntos, sino porque yo era uno de los suyos. Pero no subrayaba esas preguntas ni insistía en ellas como hubiera hecho quien obra así expresamente, sino que sentía nuestra sustancial comunidad y expresaba de ese modo tal sentir. Ese trato era como bálsamo para mi alma. Mi anfitrión apenas era distinto; pues su personalidad fue siempre de una pieza, sin variaciones; pero incluso él parecía más cordial que de costumbre. Gustav perdió su timidez inicial. Aunque seguía sin decir una palabra que aludiera a nuestra relación —tampoco lo hacían los demás, y él había recibido una educación demasiado buena para ser en ello una excepción, por joven que fuera—, a veces venía de pronto a mi lado, me cogía del brazo, lo oprimía o me tomaba la mano y la estrechaba contra la suya. Sólo la relación con Natalie era muy distinta. Éramos casi más recatados y ajenos que antes de aquel despuntar de los sentimientos en la gruta de la ninfa de la fuente. Yo podía darle el brazo, podíamos hablar entre nosotros; pero cuando esto ocurría, hablábamos de cosas indiferentes, muy ajenas a nuestras relaciones actuales. Y sin embargo, cuando iba a su lado, sentía una dicha que no habría podido expresar con palabras. Todo, las nubes, los árboles, los campos, estaba bañado en un resplandor, y hasta las personas de su madre y de su anciano amigo estaban como transfiguradas. Sabía, sin que ella lo dijera, que a Natalie le sucedía algo parecido.

Cuando pasábamos junto al portón del granero de la granja, o junto a cualquier otra puerta o junto a unos cultivos o por cualquier otro lugar en el que se trabajaba, las gentes formaban corrillos y nos seguían con la vista y nos dirigían las mismas miradas significativas que en el Asperhof. Vi entonces con claridad que allí también sabían qué relación había contraído yo con la hija de la casa. También habría podido inferirlo del mayor respeto de los criados, si no lo hubiera tenido claro de todos modos. Pero allí, al igual que en el Asperhof, me llamaba la atención que lo que reflejaban los rostros de la servidumbre era algo

amable, algo semejante a la alegría. Por tanto, también debían de estar contentos con lo que se preparaba. Aquello me complació sobremanera; porque, sea cual fuere el estado de desarrollo en que se halle la servidumbre, cierto es, como muy bien sé por haber tratado a mucha gente, que los inferiores a menudo juzgan con gran acierto a los superiores; y sobre todo cuando se anudan vínculos, ya sean amistades o matrimonios, distinguen con buen criterio lo que armoniza y lo que no. Así pues, que me viesen como persona adecuada para Natalie me colmaba de un gozo íntimo y duradero. No pude discernir lo que Natalie pensaba de esas manifestaciones.

Al cabo de tres días, después de visitar todos juntos los diferentes lugares del palacio, del jardín, de los cultivos y de los bosques, después de haber pasado no pocos momentos en las salas de pinturas y en las de muebles antiguos y de habernos deleitado con distintas cosas, después de que, finalmente, Mathilde y mi anfitrión discutieron y ordenaron todos los asuntos de la propiedad que había que discutir y que ordenar, se fijó el viaje para el día siguiente. Nos despedimos de modo parecido a como nos habíamos saludado al llegar, el carruaje estaba delante de la puerta, y tomamos la dirección contraria a la que habíamos traído cuatro días antes.

Viajé con mi anfitrión sólo hasta el camino real y, desde allí, hasta la primera posta. Allí nos separamos. Él se dirigió al Asperhof por caminos secundarios, porque por mi causa se había desviado de su ruta, yo, por mi parte, tomé la dirección del Kargrat con caballos de postas. Estaba decidido a suspender por ahora mis actividades en el Kargrat y, por tanto, a mandar transportar todos los efectos que aún tenía allí. Cuando llegué a la pequeña localidad, puse en orden mis asuntos, mandé embalar todas mis cosas y las facturé. Me despedí del párroco, al que conocía, me despedí también de los dueños del albergue y de otros conocidos, dije que no sabía cuándo retornaría al Kargrat para proseguir mis trabajos, que había tenido que interrumpir debido a una circunstancia imprevista, y me puse en camino.

Pasé después por Lautertal. Era un pequeño desvío del camino a mi tierra natal, y quería volver a ver aquel valle al que había tomado tanto afecto. Pero también iba allí con una finalidad concreta. Aunque tenía poca esperanza de que hubiese tenido éxito el encargo que había dado de seguir buscando lo que faltaba de los revestimientos de mi padre, no quería viajar a casa sin haber preguntado otra vez por ello. Las partes buscadas no habían aparecido, en efecto, y tampoco se encontró el menor vestigio de ellas; pero pude ver a varias personas que yo apreciaba en tiempos pasados, contemplé objetos entre los que había vivido en años anteriores, con gran deleite por mi parte, y mantuve breves coloquios que me causaron no poco solaz a mí y a las personas con quienes conversé.

Fui también a Rothmoor. Comprobé que los trabajos habían prosperado y avanzado en comparación con la última vez que estuve allí. Habían llegado encargos de diferentes lugares, se habían recibido cartas incluso de nuestra ciudad, donde la fuente con la taza de la uva de raposa ya era conocida y admirada. A veces llegaban forasteros a esa remota comarca, hacían compras y dejaban encargos. Vi, pues, que allí habían mejorado algunas cosas, observé los trabajos y encargué algunos objetos más, pues me quedaban varios hermosos trozos de mármol con los que se podía hacer algo y también porque en el jardín de mi padre seguían faltando figuras para la balaustrada o para otros sitios. Los hombres me recibieron con gran amabilidad y gentileza, me enseñaron los trabajos en curso, las mejoras que habían llevado a cabo y las que tenían proyectadas. Tampoco omitieron mencionar que yo siempre había sido afecto a su pequeño establecimiento y que había contribuido a esas mejoras con mis advertencias y consejos. Expresé mi alegría por todo ello y prometí que, cuando pasara por las inmediaciones, siempre me gustaría mucho hacer una breve visita a Rothmoor.

Tras esa corta estancia en Lautertal y en Rothmoor, proseguí sin más dilación mi viaje a casa de mis padres.

3. La confidencia

En casa no me esperaban aún, porque en mi carta les había anunciado que haría un breve viaje con mi anfitrión a una iglesia antigua. Pensaron también que iría otra vez a mi lugar de estancia en la alta montaña y que, en el viaje de regreso, me quedaría algún tiempo en el Sternenhof. Pero se equivocaban; porque aunque estuve en ambos sitios, no me quedé en ellos mucho tiempo y mi corazón anhelaba hacer partícipe de mis asuntos a mi familia. Cuando lo hice al fin, su emoción fue mucho menor de lo que había esperado. Se alegraron, sí, pero, según dijeron, ya sabían que sería así, e incluso presentían desde hacía años que las cosas evolucionarían de esa manera. En la Casa de las Rosas y en el Sternenhof, dijeron, no me habrían tratado tan amable y bondadosamente si no hubieran sentido afecto por mí y si a ellos no les hubiera parecido agradable lo que ahora había ocurrido, algo cuyos primeros indicios ellos tuvieron que descubrir sin lugar a dudas. Por mucho que me agradara esa opinión, ya que expresaba los sentimientos de los míos hacia mí, no pude menos de pensar que sólo mi familia, por ser mi familia, veía así las cosas, y que por eso mismo me consideraban digno de lo que había recibido. Pero yo lo sabía mejor, pues conocía a Natalie y a su entorno y sabía lo que valía. Lo que me acontecía sólo podía considerarlo como una ventura que un destino favorable me había otorgado y que yo debía esforzarme por merecer más y más.

Mi padre dijo que todo estaba bien, mi madre, en un estado de ánimo entre alegre y melancólico, comentaba de vez en cuando que nada estaba preparado para unas relaciones tan importantes, mi hermana me contemplaba a menudo con mirada pensativa.

Pedí a mis padres que me ayudaran a hacer de la manera más conveniente lo que había que hacer en tal situación, y expresé también el deseo de emprender un largo viaje, conforme a los consejos de mi padre.

—Son necesarias varias cosas —dijo mi padre—. En primer lugar, creo que ellos esperan que tus padres sean quienes se acerquen a ellos; porque no es pertinente que los familiares de la novia den el primer paso y se presenten a los familiares del novio. Además, tu anfitrión se ha mostrado muy generoso conmigo, y yo aún no he podido mostrar mi agradecimiento. Aparte de eso, tu anfitrión quiere hacerte confidencias que considera necesarias; y finalmente, en efecto, deberías emprender, tal como lo deseas, un largo viaje, para conocer más de cerca, al menos de un modo general, el mundo y los hombres. Lo que haga la otra parte es asunto de ellos, a nosotros sólo nos cabe esperar. Nuestra obligación ahora es hacer lo que nos incumbe de manera que ni nos excedamos en nuestro acercamiento ni ocurra nada que induzca a pensar que estimamos en poco lo que esta unión nos ofrece. Creo que el orden más natural sería el siguiente: tú tienes que escuchar primero las confidencias de tu amigo, porque te las ha ofrecido sin condiciones previas. Luego yo haré con tu madre una visita a la madre de tu novia y, en esa misma ocasión, iré a ver a tu anfitrión. Finalmente, tú puedes indicarles que deseas hacer un viaje para completar tu formación. Pero como tu propio anfitrión ha dicho que debes alcanzar una mayor serenidad antes de que él te haga esas confidencias, y como, por otra parte, sería indecoroso apremiar demasiado, no puedes ir ahora enseguida a su casa y pedirle que te lo cuente todo sino que debes dejar pasar un tiempo e ir a verle más tarde, tal vez en invierno. De ese modo él ve que no eres importuno, pero también, por otra parte, que, al ir a verle en una época del año poco habitual, le estás indicando tu deseo de llevar adelante tu asunto. Y para que alcances con más seguridad esa serenidad, te propongo que me acompañes en un breve viaje, que haremos pronto, a mi tierra natal. Cuando vayas a ver a tu anfitrión en invierno, puedes transmitirle nuestros saludos y decirle que iremos allí al comienzo de la primavera y le pediremos para ti la mano de la hija de su amiga.

Todos estuvieron totalmente conformes con esa propuesta. Mi madre, sobre todo, se mostró muy contenta cuando oyó que mi padre, por propia iniciativa, había decidido emprender un viaje, cuya meta ella nunca habría adivinado.

—Tengo que ejercitarme —replicó él—, si quiero hacer en primavera un viaje a las tierras altas, al pie mismo de los macizos montañosos, un viaje que nos llevará a la Casa de las Rosas y quién sabe adonde más;

porque cuando la gente que siempre se ha quedado en su casa toma afición a los viajes, no encuentra el momento de dejarlos y recorre una comarca tras otra.

Pero dije entonces:

—Como Klotilde nunca ha visto las montañas, como en todo este asunto es ella quien queda postergada, como siempre le he prometido llevarla a las montañas y como el cumplimiento de esa promesa podría quedar diferido a causa de mi gran viaje, le propongo pasar una parte del otoño en la alta montaña, cuando yo haya regresado de mi breve viaje con nuestro padre. En la montaña, el otoño, incluido el otoño tardío, suele ser muy hermoso, y en ese aire transparente se abarca el horizonte mejor que en la atmósfera pesada y borrascosa de los meses de junio y julio.

Klotilde aceptó gozosa la propuesta, y yo le prometí que en los días que aún faltaban para el viaje con nuestro padre le indicaría cuanto necesitaba, de vestimenta y de otras cosas, para viajar a la montaña, y así ella podría disponerlo todo durante mi ausencia.

—Si he de lograr una mayor serenidad para escuchar las confidencias de mi amigo —agregué— esos viajes serán el mejor método.

Padre y madre estuvieron muy de acuerdo con mi propuesta. Mi madre sólo dijo que ayudaría a Klotilde en los preparativos y que sobre todo procuraría que ella dispusiera de todo lo necesario para resguardar la salud.

Repliqué que eso estaba muy bien y que durante el viaje yo también tomaría todas las medidas para que no sufriera menoscabo la salud de Klotilde.

Al día siguiente empezamos, en efecto, a discutir las cosas que Klotilde necesitaba para el viaje. Ella procedió a proveerse afanosamente de todo. Confeccioné una lista de lo necesario, que fui completando poco a poco. Pasado algún tiempo creí haberla perfeccionado de manera que ya no era fácil dejar olvidado nada esencial.

Entretanto se aproximaba el día en que saldría de viaje con mi padre.

En la madrugada de ese día nos montamos en el coche ligero que mi padre siempre utilizaba cuando tenía que recorrer grandes distancias. Ahora, ese carruaje llevaba mucho tiempo sin salir de la cochera. Por orden de mi madre, había sido examinado a fondo por expertos unos días antes, por si tenía vicios ocultos que implicasen un riesgo para nosotros. Cuando ellos lo negaron de modo unánime, se dio por satisfecha. Teníamos caballos de postas, los cambiábamos en los lugares previstos, donde nos quedábamos todo el tiempo que nos parecía bien. Cada día, a la caída de la tarde, pero aún con luz del día, mi padre mandaba parar, buscábamos alojamiento para la noche, y dábamos un paseo antes de la cena. En aquellos días durante los cuales pasé con mi padre tantas horas seguidas como nunca me fuera dado pasar antes, hablé también con él más que nunca. Conversamos sobre cosas de arte; él me habló de sus cuadros, me contó detalles que yo no conocía relativos a su adquisición, y se extendió en explicaciones sobre su valor artístico, pasó a hablar de sus piedras y me especificó muchas cosas; nos explayamos comentando libros que ambos conocíamos, analizamos su valor, literario o científico, y nos recordamos mutuamente partes de su contenido; hablamos también de los acontecimientos contemporáneos y de la situación de nuestro Estado. Me habló, finalmente, de su casa de comercio y me puso al corriente de sus fundamentos y contingencias. Me mostró parajes de la comarca por la que viajábamos y me informó sobre la suerte que habían corrido algunas familias que vivían en esta o en aquella zona de la región. Así departiendo, al cuarto día llegamos a nuestro destino. La comarca me era perfectamente desconocida, porque mis andanzas nunca me habían llevado por allí.

En la linde del bosque que limita con el norte de nuestro país, discurría un valle que en tiempos fue bosque y que ahora cobijaba en su ámbito casas dispersas, diversos campos de cultivo, prados, rocas, gargantas y aguas vivas. Una de las casas, construida mitad con madera y mitad con ladrillos, era la casa natal de mi padre. Estaba a orillas de un bosquecillo, residuo de los extensos bosques que en tiempos pasados poblaran todas aquellas comarcas. Hacia poniente quedaba protegida por un grupo muy compacto y frondoso de enormes hayas, de manera que los vientos de aquella parte apenas la afectaban, hacia saliente se hallaba al abrigo de una roca, hacia el norte la resguardaba la gran franja de bosque y por el sur daba a sus no poco considerables prados y campos de labranza, cuya cosecha era escasa en cereal, pero extraordinaria en forrajes, por lo que su mayor riqueza eran los rebaños. Fuimos a la fonda del valle, mandamos descargar nuestro equipaje, pedimos alojamiento para varios días y fuimos a ver a los lejanos parientes que habitaban ahora la casa de los antepasados de mi padre. Era hacia el mediodía. Cuando nos dimos a conocer nos acogieron con mucha cordialidad e insistieron en que mandáramos buscar nuestro equipaje y nos alojásemos allí. Sólo cedieron cuando mi padre objetó una y otra vez que les privaríamos a ellos de sus comodidades sin que las ganáramos nosotros, y entonces sólo exigieron que nos quedásemos

con ellos al almuerzo, que empezaría enseguida, lo que nosotros aceptamos.

Cuando estábamos sentados en la gran sala de estar, mi padre me enseñó la espaciosa mesa de arce, en la que comían él y sus hermanos. A la mesa se le notaban los años, pero mi padre dijo que estaba aún en la misma esquina, que iluminaban dos ventanas por las que entraba la claridad del sol. Me enseñó lo que fuera su pequeño dormitorio, junto a la sala. Luego salimos, me mostró la escalera que llevaba al corredor de madera que rodeaba el patio y la fuente que seguía vertiendo agua clara en la pila de granito que ya mandara construir su bisabuelo, me enseñó el establo, el pajar y, detrás de éste, el sendero del bosque por el que él, todavía casi un niño, abandonó su tierra con un cayado en la mano, para probar suerte en tierra extraña. Salimos también al campo abierto y caminamos por él. Mi padre se quedaba parado a menudo y recordaba los distintos frutos que había en diversos puntos cuando él, con una pizarra sobre la que había letras rojas y negras, se dirigía a la casa de madera, a un cuarto de hora de camino, que estaba en la carretera, rodeada de hayas, y era la única escuela para todos los niños del valle. Dijo que todo seguía siendo como en su niñez, las mismas vallas, los mismos senderos y los mismos remansos y riachuelos. Tenía la sensación, dijo, de que aún había en el prado las mismas flores de árnica que él veía de niño, y cuando me condujo al montículo de piedras que había al borde de los cultivos, sobresalían las ramas de frambuesos, se enroscaban en torno a las piedras las espinosas zarzamoras y proliferaban las hojas de los fresales, semejantes a las que él cogía de niño. Del montículo de piedras pasamos al frugal almuerzo que tomamos con nuestros parientes. Después fuimos a ver con el actual propietario todas las dependencias. Mi padre decía que allí su padre había arado, rastrillado, cavado, que allá su madre había hecho heno con su hermana, la sirvienta y los jornaleros, que por aquel otro lugar las vacas y las cabras subían hacia el bosque, como iban ahora, y que su familia era en su conjunto como los trabajadores de ahora.

Una vez de vuelta nos despedimos, mi padre dio las gracias por la invitación y dijo que volvería a la casa al anochecer.

En la habitación de nuestro albergue, mi padre abrió su maleta y sacó de ella muchas cosas que había traído de regalo para los moradores de la casa en la que habíamos almorzado. Nunca me había informado de qué personas encontraríamos en su casa paterna, seguramente él tampoco lo sabía antes con exactitud. Por eso, yo no me había provisto de regalos. Pero mi padre también había pensado en ello y me dio varias cosas, sobre todo telas, pequeños adornos y cosas parecidas, para que los repartiera cuando fuéramos a verlos por la noche. Él no había querido llevar los regalos enseguida porque, aunque esas gentes eran sólo los habitantes ordinarios del valle de aquella comarca, no le había parecido decoroso entrar en la casa cargado de presentes como si quisiera decirles: «Creo que esto es para vosotros lo más importante». Pero ahora estaba ya en deuda con ellos y podía agradecerles la buena acogida.

Cuando terminamos de repartir los regalos en la casa, recibiendo a cambio las muestras de contento y de gratitud de los destinatarios, que se componían de dos matrimonios de mediana edad, sus dos hijos varones, una hija y una abuela anciana —sin contar el mozo de labranza y las dos criadas—, había caído la noche y regresamos a nuestro albergue.

Nos quedamos cuatro días más en la comarca. Mi padre visitó, acompañado por mí, muchos lugares por los que sintió predilección en el pasado, un pequeño lago, un peñasco desde el que había una hermosa vista, los jardines de una suerte de casa señorial no muy lejana, la escuela de madera y sobre todo, a media hora de camino, la iglesia, que era el único templo del valle y a cuyo alrededor estaba el cementerio en el que descansaban su padre y su madre. Una lápida de mármol blanco, que habían mandado colocar su hermano y él, honraba su memoria. Aparte de eso, mi padre caminaba casi a todas las horas del día por los senderos del bosque y de los sembrados.

El quinto día emprendimos el viaje de regreso a nuestra casa.

Por la mañana temprano fuimos una vez más a ver a nuestros parientes. Como es usual en tales casos entre las gentes del campo, se habían vestido mejor que de costumbre y estaban esperándonos. Nos despedimos con toda cordialidad. Les prometí que, acostumbrado como estaba a viajar y a recorrer muchas comarcas, volvería por allí y aparecería a menudo por aquella casita. Mi padre dijo que él tal vez volviera también, o tal vez no, según dispusiera la edad. Había que aceptar los designios divinos. La familia nos acompañó al albergue y esperaron allí hasta que montamos en el carruaje. Por sus palabras de despedida y sus muestras de agradecimiento colegí que mi padre tenía que haberles dado también una suma de dinero. Nos siguieron largo tiempo con la vista.

Durante el camino, mi padre estuvo al principio serio y silencioso, sin duda tenía el corazón oprimido. Después fue surgiendo poco a poco la conversación, como en el viaje de ida.

Por la tarde del tercer día de viaje estábamos de nuevo en la ciudad, en la casa paterna.

Mi madre se alegró mucho de que esa estancia de once días en el campo hubiese tenido tan beneficiosas

consecuencias para mi padre. Sus mejillas no sólo habían tomado un agradable color sino que también estaban más llenas, y su mirada era mucho más diáfana que si hubiese estado dirigida siempre a los papeles de su oficina.

—Esto es sólo el efecto inicial y una consecuencia de la excitación que el cambio ejerce sobre el organismo —dijo mi padre—; con el paso del tiempo, la sangre, los músculos y los nervios se acostumbran al aire libre y al movimiento, y aquélla ya no toma un color tan vivo y éstos se abultan y tensan. Pero una estancia prolongada en la naturaleza, acompañada de mucho movimiento y con ausencia de preocupaciones, produce un efecto mucho más favorable en la salud que el estar siempre sentado en la oficina y sumido en pensamientos sobre el futuro. Nosotros también disfrutaremos de esa dicha y será grande nuestro gozo, quién sabe si ya no estará próximo el día.

—Nos alegraremos de ello si tú lo disfrutas —replicó mi madre—, tú te privas de ello más que nadie y eres quien más lo necesita. Los demás podemos movernos por nuestro jardín y por los alrededores de la ciudad, tú siempre te quedas en ese lóbrego despacho. Pero como lo has dicho tantas veces, algún día será realidad.

—Será realidad, madre —respondió mi padre—, será realidad.

Ella se volvió a nosotros para que confirmásemos que nuestro padre nunca había tenido un aspecto tan saludable como después de ese breve viaje.

Nosotros convinimos en ello.

Pero ahora había que pensar en otro viaje, pues aquel verano era el verano de los viajes, y teníamos que llevarlo a cabo: la escapada de Klotilde y mía a las montañas. El otoño ya estaba allí, como yo había podido ver en las hojas de las hayas que rodeaban la casa natal de mi padre, las cuales estaban a punto de tomar el color rojo que precede a su caída del árbol. No había tiempo que perder.

Klotilde había concluido los preparativos, yo no necesitaba hacerlos, porque siempre estaba dispuesto a partir, y así pudimos empezar sin demora el viaje acordado.

Mi madre me pidió encarecidamente que cuidara de mi hermana, mi padre dijo que disfrutásemos de ese recreo como mejor nos pareciera, y así, a la salida de un claro sol de otoño, cruzábamos la puerta de nuestra casa.

Como mi hermana hacía su primer viaje largo no quise exponerla, en un carruaje público, al contacto con otras personas, ya que no se podía prever cómo eran éstas y cómo se comportaban; por eso preferí viajar con caballos de posta todo el tiempo que me pareciese bien, y después determinar, según la situación, el modo de avanzar por la zona montañosa. Esa manera de viajar contaba además con la ventaja de poder detenerme donde quisiera y explicar diversas cosas a mi hermana sin tener que tomar en consideración a quien estuviese presente como testigo. También, en nuestras conversaciones de hermanos, podíamos hablar con libertad sobre nuestra familia, nuestra casa y sobre otras cosas, guiándonos sólo por nuestra disposición de ánimo. De ese modo viajamos dos días. Yo hacía muchas paradas pensando en ella, que no estaba acostumbrada a viajar de un modo continuo, y terminaba cada etapa mucho antes del anochecer. Siempre veíamos las montañas, a una distancia de pocas millas y avanzando, por decirlo así, junto con nuestro coche; pero sus secciones eran poco importantes ahora. Me parecía delicioso tener a mi hermana junto a mí en el coche, ver su bello rostro y sentir su respiración. Su conversación de hermana y esa espontaneidad con que acogía en el alma perfectamente límpida cuanto era nuevo para ella me producían un efecto indeciblemente beneficioso.

Por la mañana del tercer día la dejé descansar. Alquilé un coche para aquella tarde y, separándonos del camino real, nos dirigimos directamente a la montaña. Una serena y agradable disposición de espíritu acompañaba nuestro viaje, y departíamos a más y mejor sobre muy diversos temas. Cuando los montes azules aparecieron ante nosotros en el aire transparente, que tenían un fulgor verde lechoso, el brillo de sus ojos era cada vez más grato. Así llegamos por fin al lugar que yo había elegido para pernoctar. Por allí pasaban ruidosamente las aguas torrenciales del verde Afel, cuyo estrépito acrecía un dique que cruzaba en oblicuo el lecho del río. Pronto empezaron a surgir largas laderas boscosas, y por encima de la oscura linde de un altísimo hayedo sobresalía ya la roja cima de una montaña que resplandecía en el crepúsculo y en la que ya se distinguían superficies nevadas.

Al día siguiente alquilé un carricoche especial, de los que se usan para avanzar mejor por senderos de montaña y cuyos caballos están habituados a los accidentes del terreno y a la naturaleza de sus caminos, siendo, por eso, los más seguros. Acomodamos como pudimos nuestras cosas en él, y avanzamos hacia el brillante Afel, internándonos cada vez más en los montes. Yo designaba por sus nombres los montes más importantes, llamaba la atención sobre sus formaciones y trataba de describir los colores, las luces y las sombras. Por doquier comenzaban a teñirse de rojo y amarillo los bosques de fronda, lo que hacía aún más

deleitoso el hálito que flotaba sobre todo el paisaje.

Después de adentrarme bastante en el macizo montañoso, cambié de dirección y avancé sólo en sentido longitudinal. Transcurridos dos días, e inclinándose el tercero a su ocaso, nos contemplaron desde lo hondo del valle las aguas del Lautersee. Rodeamos la ladera de un ancho y frondoso monte, y los puntos brillantes eran cada vez más numerosos. Por fin, la mayor parte del espejo yacía a nuestros pies, bajo el ramaje de abetos, hayas y arces. Con nuestro carricoche descendimos más y más por el estrecho sendero, hasta que al cabo de dos horas llegamos a la orilla del lago y habríamos podido contar los guijarros de sus suaves ensenadas. Viajamos por la orilla, rodeando una pequeña sección del lago y llegamos al Albergue del Lago. Allí pagué a nuestro cochero y tomé alojamiento para varios días. Klotilde se quedó en la habitación que yo había ocupado durante la época de mis mediciones en el Lautersee. Yo me conformé con un cuartito cerca de ella. La gente contemplaba con admiración a la bella y —como ellos se expresaban— elegante joven, y mi prestigio aumentó de modo evidente por tener tal hermana. Todos los que sabían manejar el remo o eran expertos en colocar crampones o en usar el bastón de montaña vinieron a ofrecernos sus servicios. Dije que los llamaría si los necesitábamos y que entonces nos alegraríamos de estar en su compañía.

Primero ayudé a Klotilde a habituarse a su pequeño aposento. Le enseñé sitios importantes que podía ver desde sus ventanas y le dije sus nombres. Le mostré las distintas direcciones en que yo había navegado por el lago para medir su profundidad y cómo habíamos tenido que situarnos, ora en este lugar del agua, ora en este otro. Ella se proveyó de pinturas y de utensilios de dibujo para ver si, por la observación directa, sabía pasar al papel algunas de las formaciones que podía ver desde varios puntos de su habitación.

Los días siguientes los pasamos dando paseos por los entornos del Albergue del Lago, para que Klotilde se habituara un poco a ese paisaje. El buen tiempo anunciado había llegado y seguía manteniéndose, y así podíamos entregarnos al gozo y al deleite que nos ofrecían esos paseos, sobre todo porque nuestro estado de salud era excelente, y no se confirmaban los temores que mi madre, y en parte yo también, abrigara en relación con Klotilde. Desde allí enviamos cartas a casa.

Durante los días siguientes navegué con ella por el lago. La llevé a los diversos parajes que eran hermosos e interesantes de por sí o que ofrecían bellas y curiosas perspectivas. Yo le prestaba ayuda con toda la experiencia que había acumulado en mis múltiples estancias en la alta montaña. Ella lo retenía todo con un alma profunda, y con mi ayuda se libró de muchos rodeos que han de dar, antes de abrirse a la grandeza y majestuosidad de las montañas, quienes van por primera vez a las tierras altas. En la navegación nos asistían dos jóvenes marineros que habían sido mis asiduos acompañantes durante las mediciones. También subíamos a los montes. Había mandado hacer para Klotilde un calzado que era blando por dentro, pero fuerte por fuera y que ofrecía resistencia a la dureza de las piedras. Sobre la cabeza llevaba un cómodo sombrero de anchas alas y en la mano un bastón hecho expresamente para ella. Cuando llegábamos a las cimas, nos deleitábamos contemplando el panorama. Klotilde también procuraba dibujar y pintar directamente del natural; pero los resultados eran aún más deficientes que los míos, ya que aportaba a esos intentos una suma de experiencias más escasa que la mía.

Pasada una semana, llevé a Klotilde, sirviéndome del mismo género de vehículo que habíamos usado en la montaña, a Lautertal y a la Posada de los Arces. Allí encontramos mejor alojamiento que en el Albergue del Lago, y nos asignaron dos aposentos contiguos, amplios y agradables, cuyas ventanas daban a los arces de delante de la casa y, a través de su amarillo follaje, a las cimas envueltas en neblina azul situadas al sur de la casa. Presenté a mi hermana a la posadera, se la presenté al viejo Kaspar, que al enterarse de mi llegada había venido enseguida a verme, y se la mostré a los otros, que también habían acudido en gran número. El júbilo que allí reinaba era aún mayor que en el Albergue del Lago, les alegraba que llegara a las montañas una doncella así y que fuese, además, mi hermana. Le ofrecieron servicios y se acercaron con cierta timidez. Klotilde contemplaba divertida a todas esas personas que le presenté como mis acompañantes y auxiliares en mis trabajos, hablaba con ellos y escuchaba lo que decían. Ella se habituó más y más a la manera de ser de esos hombres. Pregunté por mi profesor de cítara porque quería presentárselo a Klotilde y porque deseaba también que ella oyera con sus propios oídos esa música maravillosa. A tal fin habíamos metido en nuestro equipaje las dos cítaras. Pero me dijeron que nadie en los valles, ni en los cercanos ni en los lejanos, había vuelto a saber nada de él desde que yo les conté que ese hombre había dejado de trabajar conmigo. Dije, pues, a Klotilde, que sólo podría escuchar a los citaristas ordinarios de la comarca que ya había oído tocar y que le habían parecido más atractivos que los citaristas de escuela de la ciudad y que yo mismo, que era probablemente un producto híbrido entre un citarista de escuela y uno de montaña. Nos instalamos en nuestra habitación y empezamos a vivir más o menos como habíamos vivido en los alrededores del Albergue del Lago.

Llevé a Klotilde al valle del Echer, a ver al maestro que había construido nuestras cítaras. Aún seguía en

su poder la tercera cítara, que era idéntica a la mía y a la de Klotilde. Según dijo, habían pasado por allí compradores de cítaras que la habían ponderado; pero eran, añadió, gentes de montaña que no tenían mucho dinero para comprarse una cítara de esa calidad. Los otros, los que tenían medios suficientes, viajeros por lo general, preferían cítaras con bellos adornos aunque fuesen más caras, y dejaban allí otras cuyas virtudes no sabían apreciar. Él la tocó un poco, lo hacía con gran destreza. Pero de aquella manera suave e indómita como tocaba mi cazador errante y que casaba tan bien con aquel instrumento musical, ni tocaba él ni yo había oído nunca tocar a nadie. Dije al anciano que la joven era mi hermana y que también poseía una de las tres cítaras que, como él mismo había afirmado, eran las mejores que había hecho en su vida. Él se alegró mucho, le dio a Klotilde un manojo de cuerdas y dijo:

—Son mis mejores cítaras y seguramente seguirán siendo las mejores.

Recorrimos los valles y algunos montes en el entorno de la Posada de los Arces, y Kaspar u otros eran nuestros acompañantes y cargadores.

Llevé también a Klotilde a la casita donde había comprado los revestimientos para nuestro padre, la llevé al palacio de piedra en el que seguramente estuvieron en su origen, y también la llevé a Rothmoor, donde pudo observar cómo trabajaban el mármol.

Nos quedamos en la Posada de los Arces más tiempo que en el Albergue del Lago, y toda la gente fue en aquélla más amable, familiar y afectuosa que en ésta. La dueña era incansable ofreciendo sus servicios a mi hermana. Al final de nuestra estancia hubo días fríos y lluviosos. Los pasamos muy tranquilos en aquella casa risueña y cómoda. Pero por el estado de las hojas de los árboles y por el aspecto de las plantas otoñales de los prados, por el comportamiento de los animales y el estado de su piel supe que aún no había llegado definitivamente la estación fría y desagradable y que aún vendrían días cálidos y límpidos. Por eso, cuando el tiempo aclaró, dejé con Klotilde la Posada de los Arces, y me encaminé al Kargrat.

No me había equivocado en mis conjeturas. Después de dos días bastante despejados y fríos que pasamos viajando, se instaló de nuevo sobre las cumbres nevadas un día completamente despejado, frío por la mañana, pero más y más templado según avanzaba, y a éste siguió una serie de días hermosos y tibios que derritieron la nieve de las cimas y la que había cubierto el hielo de los glaciares, haciéndolo tan visible como durante todo aquel verano. El segundo de esos días de buen tiempo llegamos al Kargrat. El viaje duró tanto tiempo porque hicimos jornadas cortas y subimos y bajamos los montes muy despacio. Nos instalamos en nuestra modestísima vivienda, que debido a la majestuosidad y soledad de la comarca que la rodeaba aún parecía más humilde. A los dos días de nuestra llegada, cuando todo estuvo preparado, Klotilde me siguió al glaciar del Simmi. Iban también guías, cargadores de víveres y de cuanto puede ser necesario o útil en una excursión de esa índole y finalmente otros que portaban una silla de mano. El primer día llegamos hasta el refugio del Kar. Allí pernoctamos en la cabaña construida con bloques de madera para quienes escalan el Karspitze, hicimos fuego con leña llevada por nosotros y nos preparamos la cena. Al amanecer del día siguiente continuamos caminando y, en el esplendor de la mañana, llegamos a la cúpula del glaciar. Era evidente que no se podía pensar en escalar el Karspitze. Nos limitamos a contemplar todo el panorama y, cuando el frío ya quería penetrar en los miembros, iniciamos el camino de retorno. En el refugio se prepararon de nuevo comidas y después emprendimos definitivamente el descenso. Cuando llegamos, Klotilde, casi exhausta, se derrumbó sobre mi pecho.

Al día siguiente presenté a Klotilde varios dibujos que yo había hecho de glaciares, de sus bordes, convexidades, fisuras, junturas y cosas semejantes, para que pudiese comparar, con el recuerdo reciente, lo visto y lo reproducido. Hice que viera muchas cosas, que recordara otras y no omití comentar, por ser ése el lugar más adecuado, cuán inferior a la realidad era la copia. Durante los dos días siguientes fuimos a diferentes lugares desde los que pudimos observar el hielo y las formaciones nevadas de esos montes. También enseñé a Klotilde un torrente que caía por una escarpada pared. Después de eso empecé a pensar en nuestro regreso a la casa paterna. El tiempo había ido pasando de manera que una estancia en lugares situados a esas alturas ya no era agradable, en especial para una joven habituada a la ciudad. Propuse por eso a Klotilde dirigirnos a nuestra tierra por el camino más próximo, a través de las tierras llanas. Estuvo de acuerdo. Desde la localidad más próxima encargamos un carruaje que nos llevaría a la primera posta. Nos despedimos de la dueña del albergue y de su marido, así como de nuestros cargadores y guías, que habían venido a recibir un pequeño regalo, nos despedimos del cura, que nos había hecho alguna visita y nos había mostrado bellezas desde su pequeño horizonte y, en nuestro carricoche tirado por un solo caballo, descendimos del Kargrat por el estrecho sendero. Lo último que vimos de aquella aldea fue la pared cubierta de ripias de la rectoría y la pared asimismo cubierta de ripias de la fachada estrecha de la iglesia. Dije a Klotilde que tales revestimientos eran necesarios para impedir que el muro de mampostería sufriera los duros efectos de la lluvia y la nieve, muy violentas en esas regiones altas. Sólo pudimos echar una

ojeada a ambos edificios, luego se interpuso un monte entre nuestros ojos y ellos. Descendimos muy deprisa con nuestro vehículo, agrestes barrancas nos rodeaban, y finalmente nos acogió el bosque, que buscaba las tierras bajas, avanzaba por ellas y ya era más suave y cálido. Acompañados por el balanceo y el chirriar de nuestro carruaje, descendimos más y más; los caminos para el arrastre de maderas, que cortaban el bosque, venían a desembocar en nuestra carretera, ésta se volvió más firme y ancha, y viajamos ya por terreno llano y cómodo.

Cuando alcanzamos el lugar donde se hallaba la posta siguiente, pagué al cochero de mi pequeño vehículo, lo despedí y tomé caballos de posta. Salimos de las tierras altas, continuamos en dirección a las tierras llanas por el camino más corto, en línea recta, para alcanzar el camino real que llevaba a nuestra tierra. Los montes iban desapareciendo a nuestras espaldas, el suave sol de otoño que los iluminaba se teñía de un azul cada vez más intenso, las elevaciones que ahora encontrábamos eran cada vez más pequeñas, hasta que llegamos a la comarca cuyos campos sólo contenían tierra productiva para el hombre. Allí alcanzamos la carretera principal. Hasta entonces habíamos viajado hacia el norte, ahora cambiamos de dirección y nos encaminamos hacia levante. También teníamos mejores carruajes.

Cuando habíamos viajado una jornada por esa carretera, di orden de parar en un pueblo y decidí quedarme un día en él; la tarde y la noche las dedicamos al descanso. Al día siguiente, hacia mediodía, llevé a mi hermana a un promontorio no muy alto. Era un hermoso día de otoño, el velo que por la mañana envolvía delicadamente colinas y valles había dado paso a una perfecta limpidez. Fijé con tornillos mi anteojo al tronco de una encina y lo enfoqué. Luego pedí a Klotilde que mirara por él y le pregunté lo que veía.

—Un tejado alto y oscuro —dijo—, del que sobresalen varias poderosas chimeneas. Bajo el tejado hay un muro también de color oscuro con grandes ventanas separadas por entrepaños regulares. El edificio parece un cuadrilátero.

—¿Y qué más ves si diriges el anteojo al entorno del edificio? —pregunté.

—Árboles detrás de la casa, una especie de jardín —respondió—. Las paredes del edificio son claras, como las de nuestras casas. Luego veo cultivos, y árboles otra vez en ellos, aquí y allá una casa y por fin cimas semejantes a nubes, que son como la sierra que acabamos de dejar.

—Es la sierra —respondí.

—¿No será quizá…? —preguntó separando la cabeza de la lente y mirándome.

—Sí, Klotilde, el edificio es el Sternenhof —respondí.

—¿Donde vive Natalie?

—Donde vive Natalie, donde habita la noble Mathilde, donde salen y entran personas excelentes, adonde vuela mi mente y mi corazón, donde se pueden admirar delicados objetos artísticos y donde una deliciosa comarca circunda esos muros —respondí.

—¡Eso es el Sternenhof! —dijo Klotilde, la cual volvió a mirar por el anteojo y permaneció así mucho tiempo.

—Me ha gustado traerte a esta colina, Klotilde —dije— para mostrarte el lugar en el que late mi ardiente corazón y donde habita una profunda parte de mi ser.

—Ay, hermano querido —respondió—, ¡cuántas veces van mis pensamientos a ese lugar, y cuántas veces mi espíritu permanece entre sus aún desconocidos muros!

—Pero tú comprendes —dije— que ahora no podamos ir allí y que las cosas han de seguir su evolución natural.

—Lo comprendo —respondió.

—La verás, la guardarás en el corazón y la amarás —dije.

Klotilde volvió a mirar por el catalejo, miró mucho tiempo por él y lo contempló todo con detalle. Yo dirigí su mirada a las zonas que me parecían importantes, iba explicándoselo todo y le hablaba del palacio y de quienes lo habitaban.

Entretanto había llegado el mediodía, guardamos el catalejo y nos dirigimos despacio a nuestro alojamiento.

—¿No se puede ver también desde aquí la Casa de las Rosas de tu amigo? —preguntó en el camino.

—Aquí no —repliqué—, desde aquí ni siquiera es posible distinguir la parte más alta de la comarca de la Casa de las Rosas, porque la oculta el bosque de Kronwald, que ves por el norte. Cuando prosigamos el viaje llegaremos a un promontorio desde el que puedo mostrarte la colina en la que está situada la casa y desde la que, con el catalejo, puedes ver la casa.

Fuimos a nuestro alojamiento y al día siguiente proseguimos el viaje. Cuando llegamos al lugar desde el que se podía ver la colina del Asperhof, mandé parar, nos apeamos, enseñé a Klotilde el cerro en el que está

la casa de mi anfitrión, enfoqué el anteojo e hice que viera la casa mirando por él. Pero estábamos tan lejos del Asperhof que incluso con el cristal de aumento sólo se veía la casa como una estrellita blanca. Después de mirarla, proseguimos nuestro camino.

Al final del tercer día a partir de ése, hacia el anochecer, entrábamos por la puerta cochera de la casa de nuestros padres.

—¡Madre —exclamé cuando nos salieron al encuentro ella y mi padre, que estaba al corriente de nuestra llegada y por eso se había quedado en casa—, te la devuelvo en floreciente estado de salud!

En efecto, Klotilde, igual que le ocurriera a nuestro padre en su corto viaje, con el aire y el movimiento se había puesto más fuerte y risueña y con más color en el rostro que nunca antes en la ciudad.

Saltó del coche a los brazos de nuestra madre y saludó a ésta y luego a nuestro padre, llena de alegría; pues era la primera vez que se había separado de los padres y permanecido largo tiempo bastante lejos de ellos. Ellos la acompañaron por la escalera y luego a su cuarto. Allí tuvo que contar, y le gustaba contar, y se interrumpía a menudo cuando abría el equipaje, que le habían subido entretanto, y sacaba las diversas cosas que había comprado en distintos lugares en calidad de regalos y recuerdos o que había ido cogiendo en sitios por donde caminaba. También fui con ella a su cuarto, y después de quedarnos allí bastante rato, nos marchamos y la dejamos entregarse al necesario descanso.

Siguió entonces para Klotilde una época casi de aturdimiento; describía, contaba, se sentaba delante de dibujos, pasaba las hojas o dibujaba ella misma y trataba de reproducir de memoria lo que había visto.

Pero también para mí no estuvo exento de éxito aquel viaje. Lo que yo había dicho medio en broma medio en serio, a saber, que con ese viaje lograría un mayor sosiego, ocurrió efectivamente. Klotilde, que había visto con nuevos ojos todos los objetos que yo conocía desde hacía tiempo, que lo había acogido todo en su espíritu con tanta espontaneidad, limpidez y profundidad, había orientado mis propios pensamientos hacia ella, me había dado también algo de su espontaneidad y naturalidad y me había hecho alegrarme de su alegría, de manera que, sintiéndome más firme y seguro, podía reflexionar sobre mis relaciones y, por decirlo así, ordenarlas ante mí mismo.

No había acordado con Natalie mantener correspondencia, no había pensado en eso, ella sin duda tampoco. Consideraba tan excelsa nuestra relación que me habría parecido más pequeña si hubiéramos intercambiado cartas. Teníamos que descansar en la firmeza de la convicción amorosa del otro, no teníamos que reducirnos por la impaciencia y debíamos aguardar hasta ver cómo se desarrollaba todo. Así, yo podía estar lejos de Natalie con una sensación de felicidad, podía alegrarme de que todo fuera como era, y podía esperar a que mis padres y la familia de Natalie quisieran tomar la iniciativa.

Traté de ayudar a Klotilde, que quería dar a los montes, al aire, a los lagos y los bosques el color que ella había visto, y le hice ver dónde fallaba y cómo podía ir haciéndolo mejor. Ahora sabíamos que no era posible representar esa delicada fuerza que nos sale al encuentro en la naturaleza de la montaña, y que el arte del gran pintor consiste en acercarse a ella lo más posible. También traté de ayudarla en su intento de imitar el modo de tocar la cítara en la montaña, y los peculiares sonidos que allí había percibido. Ninguno de los dos pudimos alcanzar del todo a nuestros modelos pero nos gustaba intentarlo. Fui a ver de vez en cuando a algún amigo.

Así llegó el invierno. Como había decidido, según los consejos de mi padre, ir a ver en invierno a mi anfitrión, determiné al mismo tiempo ir por una vez en invierno a las montañas y, si fuese posible, escalar una cumbre elevada y permanecer sobre los hielos de un glaciar. Elegí para ello el mes de enero, el más constante y por lo general también el más claro del invierno. Nada más empezar el mes, salí de la casa de mis padres y, entre el centelleo de la nieve y a través de la capa cegadora que cubría todos los campos, me dirigí en trineo a la comarca en que vivían mis amigos. Desde hacía diez días, el tiempo era constante y moderadamente frío, había nieve abundante, y por la pista los vehículos avanzaban como por el aire. Dado que yo no viajaba nunca sino en coche descubierto, esta vez, provisto de buenas pieles, también iba en trineo descubierto y me deleitaba en la blanda capa que envolvía mi cuerpo y también en la que yacía extendida por toda la redonda, me deleitaban los bosques silenciosos cubiertos de escarcha, los frutales en reposo que desplegaban el blanco entramado de sus ramas, las casas de las que subía el humo acogedor, y la profusión de estrellas, que por la noche, en el cielo frío y tenebroso, despedían un fulgor más intenso que en cualquier noche de verano. Mi intención era ir primero a los macizos montañosos y después a casa de mi anfitrión.

Viajé hasta las proximidades de Lautertal. Como tenía que apartarme de la carretera, alquilé un trineo de un solo caballo, porque, en los caminos secundarios por los que se viaja en invierno con un caballo, la pista es muy estrecha para que caminen sin peligro una pareja de caballos, y me dirigí al valle y a la Posada de los Arces. Los arces extendían en la atmósfera invernal unos brazos inmensos, con formas fantásticas y

desnudos de hojas, de los que colgaban las delgadas barbas de su fino ramaje; la posada con sus numerosas ventanas, por el contraste con la capa de nieve del tejado y con la nieve que cubría todo lo que alcanzaba la vista, tenía un color más pardo que de ordinario, y las mesas de madera de picea que solía haber delante de la casa habían sido retiradas y guardadas. La dueña, al verme llegar en esa estación del año, me recibió con asombro y alegría y me prometió firmemente que mi habitación estaría tan caldeada y agradable como si no entrara en ella el menor soplo de aire, y tan luminosa como si el sol, caso de aparecer, sólo diera sobre mis ventanas. Mandé traer al cuarto mis instrumentos y pronto ardía un alegre fuego en la estufa, que excepcionalmente, porque eso no ocurre casi nunca en las comarcas montañosas, se podía alimentar desde dentro de la habitación. La dueña lo había organizado así porque el acceso a la estufa desde fuera era muy difícil. Cuando me calenté un poco y puse en orden mis cosas más importantes bajé a la sala común. Había en ella distintas personas, que iban de camino o que querían distraerse y conversar un poco. Por las numerosas ventanas, apenas separadas unas de otras, penetraba abundante luz, de manera que los rayos de sol de aquel día invernal jugueteaban en torno a las mesas, y su efecto bienhechor era aún mayor gracias al agradable calor que hacía en la sala, procedente de los leños que ardían en la gran estufa. Volví a preguntar por mi citarista, nadie sabía nada de él. Pregunté por el anciano Kaspar: disfrutaba de buena salud y, a instancias mías, fueron a buscarle. Dije que venía con ánimo de subir desde el Lautersee a los glaciares del Echer. Al principio me había apetecido —continué— ir al glaciar del Simmi, en el Karspitze; pero en invierno el acceso al Kargrat me resultaba muy desagradable, y aunque los montes del Echer son algo más bajos que los montes del Simmi, eran sin embargo más hermosos y la configuración de los peñascos que los rodeaban no tenía parangón. Todos quisieron disuadirme de mi propósito, en invierno aquello era infranqueable, y en las montañas hacía tanto frío que ningún ser humano podía soportarlo. Refuté por lo pronto esas objeciones diciendo que, en efecto, nadie había estado en invierno en los montes del Echer, según afirmaban ellos mismos, y que por eso no podía saberse nada con certeza.

—Pero uno se lo puede imaginar —replicaron.

—La experiencia es mejor —repuse.

Entretanto llegó el viejo Kaspar. Los allí presentes le pusieron enseguida al corriente del asunto, y él también se opuso de modo terminante a la empresa. Dije que muchos exploradores de la naturaleza habían estado en invierno en los más altos macizos, más altos aún que los montes del Echer, que habían pasado allí noches enteras y en ocasiones incluso una serie de días y de noches. Siempre replicaban que eran otras montañas, y que en las de allí eso era imposible. Finalmente, el viejo Kaspar se prestó él solo a acompañarme si mi empeño era tan grande. Pero teníamos que elegir cuidadosamente, dijo, el tiempo adecuado para la empresa. Le respondí que llevaba conmigo instrumentos que me indicaban la inminencia del buen tiempo, que también sabía interpretar un poco los signos celestes y que a mí tampoco me gustaba demasiado dejarme sorprender en las alturas por una tormenta de nieve o por una persistente niebla. Todos los demás hombres que en otras ocasiones me habían ayudado en mis tareas de montaña y que había hecho venir también al albergue se negaron terminantemente a acompañarme en invierno a la montaña. Le dije a Kaspar que se preparase, y que yo tenía allí diversas cosas entre las que él podía buscarse las que, en su opinión, querría llevar en nuestra expedición. Le diría después, añadí, el día en que bajaríamos al lago. En medio de los excitados comentarios de los allí presentes, retorné a mi habitación y pasé la tarde en ella. Sabía que hablarían sobre aquello hasta bien entrada la noche y que durante los días siguientes la empresa daría materia de conversación a todo el valle.

Y en efecto, no se presentó nadie más para acompañarnos a Kaspar y a mí.

El tiempo que faltaba para el comienzo de nuestra empresa lo pasé caminando por los alrededores. Contemplaba los bosques, en su tranquilo esplendor, contemplaba los montes, con sus inmensas masas de nieve, contemplaba la pared del Echer, de la que pendían pesados témpanos, muchos de los cuales, espesos como troncos de árboles, a veces se desprendían y caían sobre la nieve con un estruendo metálico; coronaba un monte y fijaba la vista en el aire inmóvil y como condensado, y en todos los relieves blancos, cortados por bosques oscuros, por peñascos y por el suave azul de las lejanas cadenas montañosas.

Hacia mediados de enero, época en que el tiempo suele ser más constante, aparecieron los signos de que haría buen tiempo varios días seguidos. La corriente de aire bastante suave de los días anteriores había desaparecido, la capa gris del cielo se había difuminado, y a los desdibujados cirros siguió un azul profundo. El aire venía de levante, el frío aumentaba, la nieve refulgía, y al caer de la tarde surgió en los valles el tenue y azulado vapor que prometía mañanas diáfanas y un frío cada vez más intenso. Mis instrumentos indicaban alta presión atmosférica y gran sequía.

Dije al viejo Kaspar que había llegado el momento de emprender la marcha. De bastones, crampones, cuerdas, raquetas, mantas, vestimenta, tomamos lo que nos pareció necesario, además de una pala, un

hacha, utensilios de cocina y víveres para varios días. Con esa carga nos dirigimos al lago. Allí repartimos nuestras cosas en dos cómodos fardos, de forma que cada cual caminara con los suyos con la mayor facilidad posible, y esperamos a la mañana siguiente.

Al despuntar el día nos pusimos en marcha y, calzados con nuestras altísimas botas, que yo había mandado confeccionar expresamente para ese fin, empezamos a avanzar por la nieve profunda de los senderos que llevaban a las cimas a las que queríamos ir, pero que, como sólo se transitaba por ellos en verano, ahora no presentaban ninguna huella, por lo que solamente los encontrábamos gracias a nuestro buen conocimiento de la región. Marchamos varias horas por esa nieve profunda, luego vinieron bosques en los que la nieve era menos espesa y por eso se podía avanzar con más facilidad. Mucha rocalla y paredes escarpadas que venían después presentaban asimismo menos nieve que las partes hondas, y me pareció que era más fácil caminar por ellas en invierno que en verano, ya que las desigualdades del terreno y los pequeños y afilados escollos y piedras estaban revestidos de una capa de nieve. Cuando hubimos remontado los primeros contrafuertes y llegamos a la altiplanicie del Echer, desde la que otra vez podía verse allá abajo, hondo y oscuro en el entorno blanco, el lago azul, hicimos un pequeño descanso. La superficie del Echer o la altiplanicie, como también suele llamársela, no es en absoluto una planicie, lo es sólo en comparación con las escarpadas vertientes que forman sus paredes laterales por la parte del lago. Consta de un gran número de cimas que, muy cercanas entre sí en sentido profundo y longitudinal, son diferentes en tamaño y forma, están separadas por hondas gargantas y ora se elevan en pico, ora presentan extensas superficies. Éstas están cubiertas de hierba baja y, aquí y allá, de pino albar, y sobresalen entre ellas innumerables peñascos. Ése es el lugar más difícil de atravesar. Incluso en verano se encuentra con dificultad la buena dirección, porque las formaciones son muy semejantes y, como es lógico, no hay un sendero visible; cuánto mayor es la dificultad en invierno, cuando las formas están cubiertas y desfiguradas por la envoltura de nieve e incluso allí donde sobresalen tienen un aspecto extraño e insólito. En esas alturas hay diseminados varios refugios de montaña, y en verano hay rebaños, que sin embargo, por muy numerosos que sean, desaparecen en esas grandes extensiones y a menudo no se ven unos a otros durante meses. Nosotros queríamos atravesar esas configuraciones con luz del día y, para mantener la dirección, nos habíamos propuesto ayudarnos mutuamente con nuestro conocimiento de los riscos y de las irregularidades del terreno, y decirnos y describirnos el uno al otro el nombre de las formaciones importantes. En el extremo superior de la altiplanicie, donde empiezan de nuevo las grandes formaciones rocosas y la posibilidad de extraviarse es mucho menor, hay, en una zona de grandes bloques calcáreos, una cabaña de pastores, llamada «aprisco de las cabras», que era la meta de nuestra etapa de aquel día. Nos sentamos al borde del contrafuerte y al comienzo de la altiplanicie en la que nos encontrábamos ahora. Hay allí una gran piedra casi completamente negra. Es curiosa no sólo por el color sino sobre todo porque, justo debido a su color, a su tamaño y a su extraña forma, se ve desde lejos y sirve de señal a quienes desde el aprisco de las cabras están bajando por la altiplanicie y, una vez llegados allí, les confirma que han ido por el camino correcto. Como esa piedra es un lugar de reunión para muchos que están en la altiplanicie, pastores, montañeros, cazadores, ya hay desde ella un sendero claramente visible y no es fácil perder la dirección de descenso al lago. La forma de las rocas, que están inclinadas hacia levante, también es apropiada para proteger de la lluvia y de los fuertes vientos de poniente. Cuando llegamos a la piedra, lógicamente no vimos la menor huella humana en derredor; porque la nieve virgen tocaba sus paredes, y su negrura resaltaba aún más en aquel entorno. Pero en piedras más pequeñas, que había bajo el saliente que formaba y a las que no había llegado la nieve, encontramos sitio para sentarnos y aceptamos gustosos esa invitación, pues ya notábamos el cansancio. Kaspar deshizo el bulto de las mantas y sacó dos pieles ligeras, pero de mucho abrigo, y otras prendas de piel que yo había preparado para evitar que durante los descansos se nos enfriaran el cuerpo y los pies, que durante la marcha se calientan mucho. Una vez envueltos en aquellas pieles, nos dispusimos a recuperarnos comiendo y bebiendo. Un poco de pan y de vino bastó para ello. Terminado nuestro refrigerio, consulté el termómetro que, nada más llegar, había colgado de mi bastón en un sitio descubierto, y le mostré a mi acompañante Kaspar que allí arriba la temperatura era más alta que abajo, en la explanada del lago, la víspera a la misma hora. El sol daba de lleno sobre la nieve, no soplaba la menor brisa, en el cielo verdiazul sólo había, inmóviles, unas delgadísimas franjas blanquecinas. Además, si uno se situaba en el saliente de la piedra, desde donde se divisaba el lago, se podía percibir casi con claridad que abajo el aire no sólo era más espeso sino también más frío. Pues, por muy claro y límpido que se divisara el lago, por sus paredes blancas o salpicadas de blanco flotaba un sutil vapor, matizado de azul, un signo de que allí el aire cálido de nuestra zona superior limitaba con el aire más frío que desde hacía tiempo gravitaba sobre el lago y formaba un vaho suave. Consulté también el higrómetro y el barómetro, luego Kaspar guardó nuestras mantas y pieles, yo mis instrumentos, y reanudamos el camino.

Con gran cuidado tratábamos de determinar la dirección que necesitábamos. En cada punto que ofrecía una mejor panorámica nos deteníamos un rato y procurábamos percibir la forma del entorno y comprobar bien cómo era el espacio en que nos encontrábamos. Para más seguridad yo consultaba la aguja magnética. En las hondonadas y depresiones que había entre un pico y otro teníamos que utilizar las raquetas; antes de caer la tarde, surgieron de la nieve, ante nosotros, las crestas altas y oscuras del Echer. Cuando la distancia que separaba el sol de la línea del horizonte ya era sólo la de su propio diámetro, llegamos al aprisco de las cabras. Allí tuvimos un panorama singular. Hay en aquel lugar un punto desde el que ya no puede verse el lago o su entorno, en cambio por el lado de poniente se abre la vista sobre la hondonada del Lautertal y, sobre todo, del Echertal, donde vive el hombre que había construido mi cítara y la de Klotilde. Yo quería echar una mirada a esas lontananzas antes de entrar en la cabaña. Pero no pude ver los valles. El efecto que producía el choque del aire superior, más caliente, con el inferior, más frío, efecto que había percibido ya junto a la piedra negra, era aún más fuerte, y a mis pies se extendía, gris lechosa, la sencilla superficie horizontal de un mar de bruma. Se me antojaba inmenso y pensaba estar flotando encima, en el éter. Negros bloques rocosos sobresalían aquí y allá, luego el mar de niebla se prolongaba en la lejanía; una línea azulada de lejanas montañas orlaba su borde, y después el cielo purísimo impregnado de amarillo dorado, en el que brillaba un sol deslumbrante, casi sin rayos, que se disponía a desaparecer. El cuadro era de una grandeza indescriptible. Kaspar, que estaba junto a mí, dijo:

—Señor, el invierno puede ser también hermoso.

—Sí, Kaspar, es hermoso, es hermosísimo.

Permanecimos de pie hasta que se puso el sol. El color del cielo se tornó por un instante más intenso y llameante, luego todo empezó a palidecer poco a poco y terminó fundiéndose en un conjunto desprovisto de color. Sólo las colosales elevaciones orientadas a mediodía, que contenían los hielos a los que nos dirigíamos, seguían brillando con una luz indecisa, mientras aparecía alguna estrella sobre ellos. Entonces, en el terreno ya casi en tinieblas y bastante impracticable, fuimos al refugio, a fin de disponerlo todo para pasar la noche. La cabaña, vacía siempre en invierno, no estaba atrancada. Un cerrojo de madera, muy fácil de descorrer, mantenía cerrada la puerta. Entramos, colocamos velas en nuestras palmatorias y las encendimos. Buscamos el aposento de las pastoras y allí nos instalamos. Las yacijas tenían un poco de paja, había una tosca mesa de tablas en el centro de la pieza, un banco corrido fijado a la pared y otro, portátil, junto a la mesa. Nuestro propósito era preparar allí nuestra comida caliente del día. Pero, algo con lo que no habíamos contado, por ninguna parte aparecía la menor provisión de leña. Para ese caso, yo llevaba conmigo espíritu de vino a fin de poder freír en una sartén plana unas lonchas de carne asada; pero, pensando en mantener caliente el cuerpo, preferimos prender fuego a un trozo de banco e indemnizar al dueño. Kaspar se puso a trabajar con el hacha, y pronto ardía en el hogar una alegre fogata. Preparamos la cena, como lo habíamos hecho muchas veces cuando trabajábamos en la montaña; con el heno de las yacijas, con las mantas y las pieles, se prepararon las camas, y después que hube consultado mis aparatos de medición, que estaban colgados fuera, delante de la cabaña, nos entregamos al descanso. Incluso ahora, ya entrada la noche y con un cielo sereno y estrellado, hacía a esas alturas mucho menos frío de lo que yo había calculado.

Antes de despuntar el día nos levantamos, encendimos las velas, nos vestimos de pies a cabeza, reunimos todos nuestros avíos, preparamos un desayuno, que consumimos entero, y nos pusimos en marcha. El Echernspitze, casi negro, estaba al sur, podíamos ver con claridad cómo se elevaba en el pálido éter, por encima del Haustein, que aún nos tapaba la vista de nuestros glaciares. El cielo seguía perfectamente despejado. Aunque aún no había claridad, no teníamos miedo de extraviarnos, porque había que subir bastante tiempo entre rocas que limitaban nuestra marcha por ambos lados sin permitir que nos desviáramos. Como la nieve se había acumulado en ese pasillo, nos colocamos nuestras raquetas y avanzamos en el incierto crepúsculo. Tras una hora larga de camino llegamos a la cima, donde de nuevo se abre el paisaje, y por el este se divisan amplias extensiones de nieve, que después de ascender hasta bastante altura, doblan una roca al sur y dejan entrever el macizo glaciar al que queríamos ir. Éste ejerce una presión formidable de sur a norte y el Echernspitze lo limita por el sur. Cuando terminamos de remontar los neveros, ya había amanecido; sólo los montes que deberíamos ver a nuestros pies y hasta muy lejos, en el extremo oriental de esos neveros, eran aún invisibles; en cambio, en los bordes de esas superficies cubiertas de nieve, se prolongaba casi hasta el infinito un color que sólo era un poco distinto del color de la nieve, el de la niebla. Desde la víspera, ésta había aumentado aún más y circunscribía nuestro macizo convirtiéndolo en isla. Kaspar se asustó. Pero le hice ver que el cielo estaba completamente sereno, que esa niebla era muy distinta de la que envuelve primero las cimas de las montañas en forma de nubes, cuando empieza la época de las lluvias y las nieves, desciende después cada vez más, a menudo hasta a

media altura de la montaña, e inspira mucho temor a los montañeros; nuestra niebla, le dije, no es niebla alta sino una niebla baja que deja libre las cimas, donde es tan horrible extraviarse, y que desaparece según avanza el sol en su carrera. En el peor de los casos, si persistiera, era sólo una capa horizontal que no estaba a más altura que la piedra negra. Pero desde allí, el camino lo conocíamos bien, encontraríamos nuestras propias pisadas y podríamos bajar guiándonos por ellas. Kaspar, que estaba muy familiarizado con la vida en la montaña, entendió las razones que le daba y se tranquilizó.

Mientras estábamos de pie hablando, la niebla empezó a aclararse por levante, los neveros se tiñeron de un color más bello y delicado que el gris plomo que los había cubierto hasta entonces, y allí donde se aclaraba la niebla empezó a brillar un punto que se hizo cada vez más grande, y finalmente alcanzó el tamaño de un plato de color rojo opaco, pero con el fuego interior del más ardiente rubí. Era el sol, que había superado los montes bajos y disolvía la niebla. La nieve se tornó cada vez más rosada y más visible, sus sombras eran casi verdosas, los altos peñascos a nuestra derecha, situados al oeste, también percibieron la lumbrera que se acercaba y se volvieron rojos. Fuera de eso no se veía sino allá en lo alto, sobre nosotros, la inmensidad de un cielo oscuro y purísimo, y, en la superficie grande y sencilla que allí había colocado la naturaleza, estaban aquellos dos hombres, que debían parecer minúsculos. Finalmente, en su límite extremo, la niebla empezó a brillar como metal fundido, el cielo se aclaró, y el sol salió de su envoltura cual refulgente metal. Las luces saltaron de pronto a la nieve a nuestros pies y se posaron en las rocas. Había llegado el risueño día.

Nos atamos la cuerda en torno al cuerpo y dejamos un trozo bastante largo entre la cintura de uno y de otro, para que si uno de los dos resbalase, ya que ahora íbamos a atravesar una superficie muy inclinada, quedase sujeto por el otro. En verano, ese terreno estaba cubierto de muchas piedras pequeñas y afiladas, por eso era mucho más fácil caminar por ellas. En invierno no se reconocía el suelo, y la nieve podía ser resbaladiza. Sin recurrir a las raquetas, que podían ser peligrosas porque entorpecían la marcha, pero avanzando con mucha prudencia, llegamos felizmente al otro lado, nos desanudamos la cuerda y, tras una marcha de varias horas, rodeamos los peñascos y estábamos en el glaciar, sobre las nieves perpetuas.

En el hielo, por donde avanzábamos en direcciones que conocíamos muy bien, no descubrimos casi ningún cambio en relación con el verano. Como en verano casi todas las lluvias del valle, o no afectan a las cumbres o sobre éstas se convierten en nieve, ahora el glaciar estaba como en verano, y nosotros marchábamos por terreno conocido. Donde las masas de hielo habían reventado y estaban fragmentadas, la nieve había recubierto la superficie; las superficies laterales sobresalían, con una irisación verdosa o azulada, entre la blancura general; y la bóveda pura del glaciar, que aparecía más arriba, estaba cubierta de nieve. La única diferencia consistía en que ahora no quedaba al descubierto ni una sola superficie helada, ancha o alargada, con su color verdoso, como ocurre a veces en verano. Permanecimos algún tiempo sobre el hielo y también tomamos allí el pan y el vino de nuestro almuerzo. Entretanto, a nuestros pies se había operado un cambio. La niebla había desaparecido poco a poco, los montes lejanos o cercanos se habían hecho sucesivamente visibles, invisibles, de nuevo visibles, y al final todo estaba bañado por el sol, sin el menor atisbo de niebla, que parecía haberse evaporado, todo reposaba inmóvil y en un silencio profundo, en el suave azul o en una suerte de fulgor dorado o, allá a lo lejos, en el brillo mate de la plata. El sol resplandecía solitario en el firmamento, sin ninguna nube que lo acompañara. El frío tampoco era grande allí, menor que en el valle y no mucho más intenso que el que también hace en verano en esas cumbres.

Después de habernos quedado bastante tiempo en el hielo, iniciamos el camino de regreso. Llegamos con facilidad a la salida habitual del glaciar, desde la que comienza el descenso por los montes. Encontramos nuestras huellas, que eran claramente reconocibles en la superficie intacta de la nieve, puesto que raras veces llegan animales hasta allí, y caminamos guiándonos por ellas. Superamos felizmente el plano inclinado y a la caída de la tarde llegábamos al aprisco de las cabras. Allí había ya mucha oscuridad para poder ver nada del entorno. Volvimos a tomar en la cabaña nuestra cena preparada al fuego, nos calentamos con lo que quedaba del banco y nos entregamos al sueño reparador. La mañana siguiente era otra vez límpida, en los valles yacía de nuevo la niebla. Como durante la noche tampoco había soplado una brizna de aire, ahora no teníamos que preocuparnos por nuestro regreso a través de la altiplanicie. Nuestras huellas seguían perfectamente intactas, y en ellas podíamos confiar. Incluso en los lugares donde habíamos deliberado, con el bastón clavado en la nieve a un lado de donde estábamos parados, se veía muy bien su huella. Llegamos a la piedra negra antes de lo que habíamos calculado. Allí almorzamos y después iniciamos el abrupto descenso de los montes, en medio de la niebla que se disipaba poco a poco pero que allí ya no era para nosotros mayor obstáculo. El termómetro consultado al pie de los montes indicaba en efecto un frío mayor del que habíamos tenido en las alturas.

Por la tarde estábamos de regreso en el Albergue del Lago.

Al día siguiente fuimos a la Posada de los Arces, en Lautertal. Todos nos rodearon, deseosos de saber cómo nos había ido. Se asombraron de que la empresa hubiera sido tan fácil, pero sobre todo de que el frío, tan intenso en verano comparado con la suave temperatura de los valles, no hubiera sido tan terrible. Kaspar se había convertido en un hombre importante.

Por mi parte, lo que había visto y descubierto en las alturas colmaba mi espíritu. Esa honda sensación que siempre habitaba mi corazón y que me había impulsado a buscar en invierno las cimas de los montes no me había engañado. Un sentimiento sublime, casi tan sublime como mi amor por Natalie, había penetrado en mi alma. Más aún, el amor quedaba elevado y ennoblecido por ese sentimiento, y cuando descansé por primera vez en mi cama, en la acogedora habitación de la Posada de los Arces, me dormí con el pensamiento puesto en Dios, nuestro Señor, que había creado tanta belleza y nos había hecho tan felices.

Nunca me he arrepentido de haber tomado sobre mí esa empresa sagrada antes de ir a casa de mi anfitrión para hacerle mi visita invernal.

Sólo me quedé en Lautertal el tiempo necesario para ver engalanados de invierno los parajes más significativos y para tomar las disposiciones dirigidas a indemnizar al dueño del aprisco de las cabras por el banco que habíamos quemado. Luego partí en trineo para el Asperhof. Kaspar se despidió afectuosamente de mí, aquella expedición había estrechado la amistad que ya nos unía antes.

El mayor calor en las partes superiores de la atmósfera, que sólo había sido un anuncio del incipiente viento del sur, ahora se había impuesto del todo, las nubes envolvían las montañas, avanzaban por los campos y dejaban caer una lluvia que llegaba abajo en forma de bolitas de hielo y me golpeaba la cabeza y las mejillas cuando llegué al Asperhof.

Los caballos y el trineo fueron transportados a la granja, yo fui a ver a mi anfitrión. Estaba en su despacho ordenando pergaminos que tenía apilados delante de él. Lo saludé, y él me recibió con la misma afabilidad de siempre.

Le dije que desde mi última estancia en el Asperhof casi no había hecho otra cosa que viajar: primero había ido al Kargrat, porque tenía que poner allí cosas en orden, luego a casa de mis padres, después había hecho con mi padre una visita a su tierra natal, a continuación, para procurarle un placer a mi hermana, había viajado por algún tiempo con ella a la alta montaña, llegado a continuación el invierno, había subido al glaciar del Echer y ahora estaba allí.

—A usted siempre se le acogerá aquí con toda cordialidad —dijo—, quédese con nosotros cuanto le plazca y vea en nuestra casa la de sus padres.

—Se lo agradezco, se lo agradezco mucho —repliqué.

Tiró de la campanilla a sus pies, y apareció la anciana Katharina. Le ordenó encender el fuego en mis habitaciones para que pronto pudiera utilizarlas.

—Ya está encendido —respondió ella—. Cuando vimos entrar por la puerta cochera al joven señor, pedí a Ludmilla que se encargara de ello, ya arde el fuego en la chimenea; pero aún hay que ventilar un poco, hay que hacer la cama y que limpiar el polvo; todavía ha de tener usted un poco de paciencia.

—Muy bien, de acuerdo —dijo mi amigo—, procura ante todo que las habitaciones queden cómodas.

—Así se hará, sin duda —respondió Katharina y salió del cuarto.

—Si quiere usted —me dijo entonces—, hasta que estén arregladas su habitaciones puede venir conmigo al taller de Eustach y ver en lo que se trabaja allí. Al salir podemos llamar a la puerta de Gustav y decirle que ha llegado usted.

Acepté la propuesta. Él se puso una especie de gabán sobre su vestimenta, que era casi la misma que en verano, y salimos de la habitación. Fuimos al aposento de Gustav y lo saludé. Me abrazó con fuerza y su padre adoptivo le dijo que podía acompañarnos a la ebanistería. No se puso encima una prenda más sino que se limitó a cambiar su chaqueta de interior por otra un poco más abrigada y ya estaba dispuesto a seguirnos. Descendimos por la escalera común y cuando llegamos abajo vi que mi anfitrión, incluso aquel día de invierno tan desapacible, iba destocado. Gustav llevaba puesta una gorra muy ligera. Atravesamos la explanada de arena en dirección a la floresta. Las bolitas de hielo, blancas, ásperas y cubiertas de escarcha, se mezclaban con los blancos cabellos de mi amigo y caían sobre el gabán, que no era ligero, pero tampoco adecuado para el crudo frío invernal. Los árboles del jardín que había cerca de nosotros gemían con el viento que, desde las cumbres, bajaba más y más a los valles y ganaba en fuerza con el paso de las horas. Así llegamos a la ebanistería. Como antaño en mi primera visita, también ahora salía de allí un humo tenue; sin embargo, éste no se elevaba como entonces formando una columna recta y sutil sino que, al salir de entre las paredes de la chimenea, caía en poder del viento, que lo transformaba, lo zarandeaba y lanzaba los fragmentos en mil direcciones. Tampoco estaban las verdes copas de los árboles que entonces circundaban su ascensión, sino que las ramas desnudas, con las finas ramitas tiesas como varas, se erguían en el aire y

con el viento se inclinaban sobre la casa, cuyo tejado estaba cubierto de nieve. Al acercarnos, no podíamos oír ningún ruido interior, porque allí fuera nos envolvía el fragor del viento.

Cuando entramos, Eustach nos salió al encuentro y me saludó aún con más afecto y cordialidad de lo que acostumbraba. Noté que en el taller había dos operarios más. Por tanto, habría mucho trabajo o trabajo urgente. El calor que nos acogió en la casa contrastaba agradablemente con el viento de fuera. Eustach nos condujo por el taller a su cuarto. Le dije que había venido para quedarme en el Asperhof una pequeña parte del invierno, estación que nunca había visto allí sino que casi siempre había pasado en la ciudad, donde se pierde su carácter por el gran número de casas y por las muchas disposiciones que se toman para neutralizarlo.

—Aquí lo verá usted en toda su plenitud —dijo Eustach—, y es siempre hermoso, incluso cuando desmiente su carácter hasta el punto de presentarse en la comarca desprovista de nieve con vientos templados, masas de nubes azules y ráfagas de lluvia. Aquí no se olvida tanto de sí mismo que llegue a transformarse, como a veces en países meridionales, en un remedo del verano y presente calurosas jornadas estivales y abundante vegetación. En ese caso, en efecto, no sería soportable.

Le hablé de mi ascensión al glaciar del Echer y dije que yo también había pasado unos hermosos y agitados días de invierno en plena naturaleza y lejos de la gran urbe.

Después me mostró dibujos que se habían sumado a los antiguos, y plantas y alzados de las obras en que estaban trabajando. Entre los dibujos había algunos que reproducían objetos de la iglesia de Klamm, y, entre los planos, muchos relacionados con las mejoras que mi anfitrión estaba llevando a cabo en la iglesia que visité con él.

Al cabo de un rato entramos en el taller y pasamos revista a las cosas que allí hacían. Casi todas eran objetos destinados a la iglesia para la que trabajaban. Luego vi una obra de ebanistería de delicadas tablas de roble y de alerce, que parecían ser una estructura de fondo para tallas de revestimientos, vi también cornisas que podrían pertenecer a esos revestimientos. De muebles, estaban confeccionando una especie de escritorio o bargueño que había de constar de muy diversas maderas, incluso de las muy raras que no suelen emplearse en ebanistería. Me parecía que acabaría siendo muy grande; pero por lo que se veía en esa etapa inicial no pude adivinar su finalidad ni su forma. Tampoco hice preguntas y ellos no me dieron ninguna información.

Después de haber permanecido algún tiempo en la ebanistería y de haber platicado también sobre otros objetos que no estaban allí o que no tenían relación con los de allí, nos marchamos, y mi amigo y Gustav me acompañaron al edificio principal y allí a mis habitaciones. Ya estaban caldeadas, por los ruidos que salían de la estufa debía de arder en ella un buen fuego, todo estaba barrido y limpio, las ventanas, vestidas con blancas cortinas, y el edredón de la cama y los muebles correspondientes tenían blancas y limpísimas fundas, y también estaba allí todo el equipaje que había traído en el trineo. Mi anfitrión dijo que me instalara y me acomodara y luego se marchó con Gustav.

Saqué de mis maletas los objetos que había traído en ellas y los distribuí de manera que prestaran a los dos aposentos de que disponía un acogedor ambiente invernal, a lo que también invitaba el calor que había en las habitaciones. Quería hacerlo así, ya me quedara en esos aposentos un periodo de tiempo largo o corto, lo que dependía de circunstancias que no podía prever. En especial, coloqué mis libros, mis aparejos de escribir y también lo que necesitaba por si tal vez dibujaba, de manera que todo ello, tal como lo veía entonces, correspondiese lo mejor posible a mis deseos. Cuando terminé con todo, me vestí, cambiando la ropa de viaje por otra más cómoda para estar en casa.

Después di un paseo. En el jardín hice mi trayecto habitual hasta el gran cerezo. Por la nieve aplastada del sendero vi que se recorría a menudo aquel camino y que el jardín no quedaba huérfano en invierno, como ocurre con muchos jardines, pero sin duda tampoco en el de mis padres, para quienes el jardín seguía siendo un amigo en invierno. Hasta en los senderos secundarios se veía muy apelmazada la nieve y en algunos sitios comprobé que, cuando había nevado de modo persistente, se había hecho uso de la pala. Las plantas y los arbustos más delicados estaban cubiertos de paja, todas las plantas de invernadero quedaban bien encerradas bajo los cristales provistos de una protección adicional contra el frío, y todos los parterres y espacios que estaban envueltos en una funda de nieve quedaban como enmarcados y ordenados por los caminos trazados en torno a ellos. Las ramas de los árboles estaban liberadas de su escarcha, la nieve que caía con fuerza en pequeñas bolitas no podía adherirse a ellas y destacaban oscuras, casi negras, en medio de la nieve que las rodeaba. Se doblaban con el viento y crujían cuando eran formidables conjuntos que formaban parte de un gran árbol y, con su densidad, se diría que formaban una masa compacta. En las ramas sin hojas pude ver más distintamente y con más frecuencia los receptáculos para nidos colgados de los árboles. Pero nada se oía ni se veía de los alados habitantes del jardín. ¿Había pocos o ninguno? ¿La

fuerza del viento impedía percibir su presencia o se habían metido en algún rincón escondido, en sus casitas sobre todo? En las ramas del gran cerezo mandaba el viento. Me puse bajo el árbol, junto al banco pegado a su tronco, y miré hacia el sur. A mis pies se extendía el oscuro entramado de los árboles, dibujado sobre la nieve como un tejido oscuro e irregular, más allá estaba la casa con su blanco tejado, y después no había nada; porque el paisaje más lejano era apenas visible. Se vislumbraban puntos pálidos o fajas oscuras, según los ojos se posaran en la superficie nevada o en los bosques, pero no se percibía nada con claridad, y en largas cintas, como en hilos de niebla destinados a formar un tejido, colgaba del cielo la nieve que caía. Desde el cerezo yo no podía salir al campo abierto; porque el portillo estaba cerrado. Así, me di media vuelta y regresé a la casa por otro camino.

Ese mismo día me enteré de que Roland estaba allí. Mi anfitrión vino a buscarme para acompañarme a verlo. Le habían preparado una gran sala en el edificio principal. Estaba pintando un paisaje al óleo. Cuando llegamos, le vimos de pie ante su caballete, que no estaba en el centro de la habitación, sino más alejado de la ventana de lo que solía estar en esos casos. La segunda ventana quedaba tapada por una cortina. Roland llevaba puesto un blusón de lino y sujetaba la paleta y el pincel. Cuando nos vio, colocó ambos objetos sobre la cercana mesa y vino a nuestro encuentro. Mi anfitrión dijo que era él quien me había propuesto ir a verlo y que Roland no tendría seguramente nada que objetar.

—Esta visita me alegra mucho —dijo—, pero a mi cuadro podrán ponérsele muchos reparos.

—¿Quién puede saberlo aún? —dijo mi anfitrión.

—Yo pongo muchos reparos —respondió Roland—, y quien esté versado en la materia, también tendrá mucho que censurar.

Mientras él hablaba, nosotros nos habíamos acercado al cuadro.

Yo nunca había visto nada parecido. No es que el cuadro me pareciese excelente, aún no se podía emitir un juicio de esa índole, puesto que mucho se hallaba en los comienzos, y también creí notar que allí había muchos obstáculos casi insuperables. Pero por su concepción y disposición, el cuadro me pareció singular. Era de gran tamaño, de un tamaño como no se ve normalmente en composiciones paisajísticas, y sin que lo enrollaran no podría salir de la habitación en la que estaba elaborándose. En aquel espacio despoblado no había representadas ni montañas ni masas de agua ni llanuras ni bosques ni el mar tranquilo con hermosas embarcaciones, sino rígidas rocas, que no se presentaban en una composición ordenada sino como surgida al azar, bloques dispersos, y algunos de ellos incrustados transversalmente en la tierra; se diría que eran elementos ajenos, que, como antaño los normandos, se habían asentado en el suelo de una isla que no les pertenecía. Pero el terreno no era como el de aquella isla, o, mejor dicho, lo era allí donde no estaba revestido de los campos de trigo, famosos en la Antigüedad, ni poblado de oscuros árboles cargados de frutos, sino donde, desgarrado y multiforme, sin árboles ni arbustos, quedaba expuesto al sol abrasador con sus hierbas secas, con sus surcos de brillo blanquecino, en los que se amontonaba un cuarzo compuesto de innumerables piedras, y con sus guijarros y escombros diseminados por doquier. Así era el terreno de Roland, así llenaba la inmensa superficie, y así estaba organizado en secciones vastas y sencillas, y sobre él había nubes, que, dispersas y abundantes, brillaban y proyectaban sombras, permaneciendo inmóviles en un cielo meridional, profundo y tórrido.

Nos quedamos un rato delante del cuadro y lo contemplamos. Roland estaba detrás de nosotros, y cuando me di la vuelta vi que contemplaba el lienzo con ojos brillantes. Hablamos poco o casi nada.

—Se ha propuesto pintar un objeto que no ha visto nunca —dijo mi anfitrión—, lo contempla sólo con los ojos de la imaginación. Veremos hasta qué punto consigue su objetivo. Yo sí he visto esas cosas, o más bien cosas parecidas, en zonas muy meridionales.

—No he querido reproducir nada concreto —respondió Roland— sino que he plasmado formaciones como las que uno siente en su propio interior. También deseo probar con pinturas al óleo, que siempre me han atraído más que mis acuarelas y con las que tiene que ser posible representar la fuerza y el ardor.

Cuando vi de cerca sus utensilios, noté que los pinceles tenían unos mangos larguísimos, que, por tanto, se veía obligado a trabajar a mucha distancia, cosa que era seguramente inevitable dada la gran superficie del lienzo, y además también lo deduje por el tratamiento. Sus pinceles eran bastante grandes, y también vi unas varas finas y largas, en cuyo extremo había fijado carboncillos de dibujar, con los que seguramente había hecho el boceto. En la paleta había amasijos de pinturas.

—El dueño de esta casa es tan bondadoso —dijo Roland— que me permite campar aquí por mis respetos, cuando yo debería estar haciendo dibujos que necesitamos en estos momentos y trabajar también en bocetos indispensables para los trabajos en curso.

—Ya se solucionará todo —respondió mi anfitrión—, usted ya me ha hecho bocetos que me gustan. Trabaje y elija lo que prefiere, su espíritu le guiará.

Para no seguir molestando a Roland, que estaba allí delante de su obra, y cuyo entorno, tal como podía comprobarse en la habitación, estaba todo él orientado a la ejecución de esa obra, y dado que las jornadas invernales eran de todos modos muy cortas, nos marchamos de allí.

Cuando caminábamos por el pasillo, dijo mi anfitrión:

—Roland debería viajar.

Ya anochecido, nos reunimos en el gabinete de trabajo de mi anfitrión junto a la estufa bien caliente. Estábamos Eustach, Roland, Gustav y yo. Se habló de los asuntos más diversos, pero sobre todo de arte y de los objetos que estaban en vías de ejecución. Probablemente se hacía mención de muchas cosas que Gustav no comprendía, él hablaba muy poco; pero la conversación también debía de ser para él un estímulo en muchos aspectos, y hasta lo que no comprendía podía despertar intuiciones que le hicieran avanzar o que quedaran en reserva, y en el futuro contribuirían a dar entrada a firmes configuraciones que encontrarían su lugar. Yo sabía eso muy bien por mi propia adolescencia e incluso por la época actual.

De nuevo en mi alcoba, me pareció muy agradable que la leña procedente del hayedo de mi anfitrión, que era una parte del bosque del Aliz, ardiera en la estufa. Todavía seguí ocupado algún tiempo, entregado a la lectura y en parte también a la escritura.

A la mañana siguiente llovía. El agua caía a raudales de unas nubes uniformes y azuladas que cruzaban velozmente el cielo. El viento había alcanzado una enorme violencia y bramaba en torno a la casa. Como venía del suroeste, la lluvia golpeaba contra mis ventanas y bajaba por los cristales formando cortinas de agua. Pero como la casa estaba muy bien construida, la lluvia y el viento sólo hacían sentirse seguro y a salvo en el cobijo de la habitación. Tampoco hay que negar que la tempestad, cuando alcanza cierta intensidad, tiene algo de sublime y puede fortalecer el espíritu. Había pasado las primeras horas de la mañana escribiendo, en la habitación caldeada y a la luz de una vela, una carta a mi padre y a mi madre en la que les comunicaba que había estado en el glaciar del Echer, que había procedido con gran prudencia en la ascensión y el descenso, que no habíamos tenido el menor percance y que desde la víspera me encontraba en casa de mi amigo, en la Casa de las Rosas. Adjunté una hoja separada para Klotilde, en la que, partiendo del conocimiento parcial de las montañas que ella había adquirido en el viaje conmigo, le hacía una pequeña relación de la excursión invernal por la alta montaña. Cuando se hizo de día y llegó la hora del desayuno, bajé al comedor. Allí supe que en invierno era costumbre que Eustach y Roland, cuya presencia durante la cena de la víspera me había parecido casual, se sentaran a la mesa con mi anfitrión y con Gustav. En verano también debería ser así; empero, como en esa estación del año en la ebanistería se levantan a menudo mucho tiempo antes del amanecer y empiezan a trabajar, quedan alteradas las horas en las que es necesario restaurar el cuerpo, y el propio Eustach había pedido que le dejaran a él elegir cuándo y cómo quería tomar las comidas. En cuanto a Roland, de todos modos solía ausentarse de la casa en esa estación del año. Yo nunca había estado en la Casa de las Rosas en un estadio tan avanzado del invierno y por eso no conocía tal costumbre. Mi anfitrión, Eustach, Roland, Gustav y yo estábamos, pues, sentados a la mesa del desayuno. El principal tema de conversación era la borrasca que se había producido de súbito, y se discutía el cómo y el porqué, se comentaba que era un fenómeno completamente natural, que en todas las familias había que contar con esas jornadas invernales y que, cuando llegaban, había que llevar con paciencia lo que ocurriese, y que hasta se podía ver en todo ello una no desagradable variación. Tras el desayuno cada cual se marchó a su trabajo. Mi anfitrión se fue a su habitación para continuar la tarea ya empezada de ordenar los pergaminos, Eustach se fue a la ebanistería, Roland, que, aun con aquel tiempo gris, a esa hora del día ya disponía de suficiente claridad para pintar, se dirigió a su cuadro, Gustav continuó estudiando, y yo retorné a mis habitaciones.

Después de haberme dedicado un rato a leer y a escribir, como la borrasca en lugar de calmarse había arreciado durante las horas de la mañana, determiné, como era mi costumbre, salir algún tiempo al campo abierto. Elegí un calzado adecuado, cogí mi abrigo encerado, provisto de una capucha encerada con la que podía cubrirme la cabeza, y bajé por la escalera común. Salí por la puerta que daba a la explanada de arena de delante de la casa. Allí, el viento del suroeste me azotaba furiosamente y lanzaba con violencia contra mi impermeable, contra el rostro, los ojos y las manos unos goterones enormes para una lluvia de invierno. Me detuve un rato en la explanada y contemplé las rosas que crecían junto a la fachada de la casa. Muchos arbolitos estaban empajados, en algunos, la tierra que cubría sus raíces estaba parcialmente revestida de una manta protectora, otros estaban simplemente bien sujetos, pero en todos vi que no se habían empleado medidas extraordinarias de protección y que sólo quedaban a salvo de los embates de la violencia exterior. La nieve podía envolverlos —aún veía sus huellas—, la lluvia podía empaparlos —lo estaba comprobando aquel mismo día—, pero en ningún momento podría el viento arrancar un arbolito o una rama y juguetear con ella o zarandearla. Por lo demás, la fachada entera estaba intacta, y la lluvia que la golpeaba no le

causaba el menor daño. De la explanada de arena continué mi camino bajando por la colina. La nieve ya acusaba la violencia de la lluvia, que era bastante tibia. Había perdido su aspecto blando, suave y plumoso, tenía algo liso y resbaladizo, y aquí y allá sobresalían una suerte de residuos helados, irregulares, como corroídos. El agua se filtraba por los surcos que había abierto en la nieve, y en superficies despejadas, en las que no quedaba absorbida por la consistencia porosa de la nieve, se deslizaba por la hierba. Yo avanzaba por la nieve húmeda sin buscar caminos. Al fondo del valle torcí hacia levante. Avancé un trecho, atravesé los prados y dejé que el espectáculo hiciera efecto en mí. Era casi grandioso ver cómo el viento, que ya no podía levantar la nieve, lanzaba la lluvia contra ella, cómo estaban ya al descubierto algunas zonas, cómo aquellos velos grises descendían a manera de cintas y cómo las nubes oscuras, sin preocuparse de los hombres ni de las obras de los hombres, avanzaban por los pálidos campos.

Llegado a lo hondo de los prados, orienté mi camino hacia el norte, en dirección a la granja. Cuando llegué a ella, me enteré de que el amo, como llamaban allí sin más circunloquios a mi anfitrión, había pasado por la granja ese día, pero ya se había marchado. Había inspeccionado varias cosas y tomado diversas disposiciones. Pregunté si también iba destocado en un día como aquél, y la contestación fue afirmativa. Cuando hube visitado la granja y recorrido diversas dependencias de la misma, vi con más claridad que nunca lo que era una casa bien organizada. La lluvia caía sobre ella como sobre una piedra en la que no puede penetrar y de la que, por fuera, sólo podría quizá deshacer algo en el transcurso de los siglos. No había rendijas que permitieran la entrada del agua, y ninguna mínima parte del revoque parecía que fuera a desprenderse. En el interior se seguía trabajando como todos los días. Los mozos de labranza limpiaban el grano con el molino harinero, lo apartaban a los lados con la pala y lo metían en sacos para su transporte al granero. El colono, que participaba en los trabajos, daba instrucciones y controlaba la pureza del grano. Varias sirvientas trabajaban en los establos, otras preparaban los piensos sobre los comederos, otras hilaban, y la mujer del colono trabajaba en la lechería. Hablé con todos y ellos parecían contentos porque yo hubiese ido allí incluso en esa estación del año.

De la granja crucé al jardín atravesando el espacio plantado de frutales. El portillo no se cerraba por aquel lado ni siquiera en invierno. Entré y me dirigí a la casa del jardinero. Allí me quité el abrigo impermeable, por cuyos pliegues escurría el agua, y me senté en el banco corrido, blanco y limpio, que había delante de la estufa. El anciano y su mujer me recibieron con mucha amabilidad. Había algo en su manera de ser que denotaba sinceridad y honradez. Desde hacía bastante tiempo aquel anciano matrimonio tenía conmigo una actitud un poco paternal. Clara, la mujer del jardinero, a veces me miraba de reojo, como a hurtadillas. Seguramente pensaba en Natalie. El viejo Simon me preguntó si no quería ir a los invernaderos y echar también en invierno una ojeada a las plantas.

Ésa había sido mi segunda intención, aparte de la visita que había querido hacerle a su esposa y a él, le respondí.

Se cambió de chaqueta y me acompañó a los invernaderos contiguos a su casa. A mí, en efecto, las plantas me interesaban sobremanera, puesto que antes me había dedicado mucho a ellas, y me interesaba por su estado. Recorrimos todas las habitaciones del invernadero frío, de dimensiones no poco considerables, y pasamos después al invernadero caliente. No me limité a observar a mi gusto las plantas, sino que me tomé también el tiempo de escuchar amablemente lo que decía mi acompañante sobre cada una, y prestaba atención cuando se explayaba hablando de sus favoritas. El que yo le escuchara con fervor y me interesara por el objeto de sus cuidados, como venía demostrándole desde el principio, junto con la función que él siempre me atribuía en la adquisición del *Cereus peruvianus*, podría ser la causa de que sintiera cierto afecto por mí. Cuando estábamos en la puerta de salida de los invernaderos, situada frente a su casa, me preguntó si también quería ir al pabellón de los cactus, él iría entonces a buscar mi abrigo encerado, puesto que había que cruzar un espacio descubierto. Pero le dije que no era necesario, ya que él también iba desprotegido, que mi anfitrión ya había estado ese día en la granja con la cabeza descubierta y que no me haría daño caminar un corto trecho bajo la lluvia y destocado.

—Sí, el amo está habituado a todo —respondió él.

—Yo no estoy habituado a todo, pero sí a mucho —repliqué—, y por eso nos vamos ahora allí.

Por fin pude disuadirle de su propósito y nos dirigimos al pabellón de los cactus. Me enseñó todas las plantas de esa especie, ante todo el *peruvianus*, que se había convertido, efectivamente, en una planta espléndida; habló largo y tendido sobre cómo había que tratar esas plantas en invierno, dijo que algunas ya florecían en febrero, que no todas aguantaban un frío moderado, sino que habían de estar en la sección más templada del edificio, eso lo necesitaban sobre todo muchas variedades del *Cereus*; pasó luego a las instalaciones propiamente dichas, y llamó la atención sobre un dispositivo excelente: para los lugares en los que los cristales estaban superpuestos, el amo había encontrado un aglomerante de gran calidad que

impedía que se filtrara el agua por las junturas de los cristales, imposibilitando así el goteo de agua, tan nocivo para esas plantas. Ello permitía que en días de lluvia o de deshielo no hubiera que recubrir la casa con tablas, lo que la oscurecía y era perjudicial para las plantas. Yo mismo podía comprobar ese día, añadió, que, a pesar de la lluvia tan violenta, no se filtraba una sola gota, ni siquiera soplando el viento con tanta fuerza. Ese pabellón no se recubría nunca con tablas. Un cristal muy grueso y el armazón lo protegían del granizo, y cuando se anunciaban noches frías, se ponía una cobertura de paja, y se quitaba la nieve con una escoba. Para mí, en efecto, era de singular importancia el hecho de que allí no goteara la techumbre de vidrio, cosa tan desagradable para mi padre. Me propuse pedir a mi anfitrión que me indicara el método empleado, para decírselo a mi padre. Cuando, en el camino de vuelta, pasamos por los otros invernaderos, vi que en ellos tampoco se filtraba el agua, y mi acompañante lo confirmó.

Después de quedarme un ratito en casa del jardinero y de charlar con su esposa, me dispuse a volver a casa. Mientras yo estaba con su marido en los invernaderos, ella había eliminado toda el agua de la superficie exterior de mi impermeable, haciendo de él otra vez una prenda agradable y cómoda. Le di las gracias, comenté que sin duda pronto se arrugaría de nuevo, me despedí cordialmente, ellos me despidieron con la misma cordialidad y me fui a mis habitaciones.

Allí me vestí cuidadosamente y fui a ver a mi anfitrión. Estaba trabajando con Gustav, que le rendía cuentas de sus deberes de la mañana. Pregunté si se me permitía ir a la sala de los cuadros o a otras parecidas.

—La habitación de lectura y la de los cuadros, así como la de los grabados están bien caldeadas —respondió mi anfitrión—; la biblioteca, el salón de los mármoles y la escalera de mármol estarán sólo lo justo. Cerrada no está ninguna de las habitaciones. Sírvase de todas ellas como lo haría en su casa.

Di las gracias y me marché. Según mi conocimiento de sus horarios, sabía que continuaba dedicado a Gustav.

Me fui primero a la escalera de mármol. Traté de acercarme a ella por arriba. Una vez que hube accedido, por el pasillo común, a la parte superior del pasillo de mármol, me calcé, según estaba prescrito, las pantuflas de fieltro, que siempre estaban allí dispuestas, y bajé por la hermosa y brillante escalera. Cuando llegué a la mitad de la misma, donde se encuentra el amplio rellano, me detuve; porque ésa era la meta de mi excursión. Quería contemplar la antigua estatua de mármol. Incluso aquel día, a la luz plomiza que penetraba, se diría que perezosamente, por la bóveda acristalada, empañada ésta además por el agua que corría sobre ella, la aparición era poderosa y sublime. La augusta doncella, tan dulce y excelsa hasta entonces, se encontraba en aquel momento, oscurecida pero suave, envuelta en los húmedos velos de la sombría luz, y la gravedad del día se transmitía también a la gracia inefable de sus miembros. Examiné la figura largo tiempo, y, como siempre que volvía a mirarla, me pareció nueva. Si la estatua de la ninfa del Sternenhof, con su blancura deslumbrante, había grabado en mi alma, tras el pasado reciente, su imagen entrañable, ésta era sin embargo una imagen de nuestro tiempo, accesible a nuestras facultades: ahora, la Antigüedad se presentaba en su grandeza y su esplendor. Qué es el hombre, y qué magnitud llega a alcanzar cuando le ha sido dado vivir en ese entorno, en un entorno de tal plenitud.

Subí de nuevo despacio la escalera y entré en la sala de los mármoles. Su amplitud, su vacuidad, el oscuro brillo, si se me permite la expresión, que, procedente de aquel día oscuro y cambiante con sus luces inciertas y ambiguas, se había posado, indeciso, sobre sus paredes, era soportable tras la contemplación de la estatua griega. En aquel día sombrío, el salón me pareció incluso más grande y solemne que otras veces, y me agradó estar en él, casi tanto como aquella velada en que lo recorrí una y otra vez, en compañía de mi anfitrión, bajo los suaves fulgores de una noche de tormenta. Ahora también iba y venía por él y dejé que actuara en mí la tormenta exterior con sus turbias luces, las paredes interiores con su brillo mate y el recuerdo de la figura recién contemplada.

Al cabo de algún tiempo atravesé la puerta que llevaba a la sala de los cuadros. Los cuadros pendían de las paredes en el sombrío brillo de aquel día e incluso allí donde el artista había aplicado con máxima intensidad las luces y las sombras, éstas no surtían pleno efecto porque faltaba lo que es indispensable para pintar un cuadro, la fuerza de un día soleado y risueño. Ni siquiera cuando me acerqué a algunos de mis cuadros predilectos, ni siquiera cuando me senté, para contemplarlo, ante un Guido Reni puesto en el caballete que habían acercado a la ventana y recibía así la mejor luz, ni siquiera entonces pudo germinar en mí el sentimiento que esas obras solían causarme. Pronto conocí la razón de ello, a saber, que mi espíritu ya estaba ocupado por otro sentimiento mucho más sublime que había hecho surgir en mí la estatua clásica. Las pinturas me parecían casi pequeñas. Fui a la biblioteca, saqué de un armario *La Odisea*, me dirigí al salón de lectura, en el que, tras la pantalla de una chimenea, ardía alegremente la llama acogedora, la amiga del hombre, que le da luz en las tinieblas y calor en el invierno boreal, y en el que todo estaba en un

orden perfecto, me senté a cierta distancia de la ventana en un mullido asiento y, bajo el golpeteo de la lluvia contra las ventanas, empecé a leer desde el primer verso. Las palabras extranjeras, que eran vivas en los tiempos lejanos en que fueron pronunciadas, las figuras, que, con todos los atributos que entonces las caracterizaban, mediante esas palabras pasaron a formar parte de nuestro tiempo, se sumaron a la doncella que había visto en la escalera. Cuando llegó Nausícaa me sucedió lo que ya me ocurriera cuando contemplé por primera vez de verdad la estatua de mármol: los paños del duro material se aflojaron con suavidad, los miembros empezaron a moverse, el rostro cobró vida y animación, y la figura se acercó a mí con la apariencia de Nausícaa. Fue también el recuerdo de aquella tarde el que ahora, después de haber accedido por la escalera a la sala de los mármoles y a la habitación de los cuadros y haber comprobado que éstos no me satisfacían, guió mi mano hasta las palabras de Homero en *La Odisea*. Cuando los héroes habían celebrado el banquete en la sala, cuando llamaron al vate, cuando se oyeron las palabras de aquel canto cuya fama llegaba entonces hasta el cielo, cuando Ulises veló su cabeza para que no vieran las lágrimas que brotaban de sus ojos, cuando finalmente, entre las columnas del pórtico de la sala, sencilla y grave, apareció Nausícaa, la bella imagen de Natalie se acercó a mí sonriente; era la Nausícaa de ahora, tan veraz, tan sencilla, sin hacer ostentación de sus sentimientos pero sin ocultarlos. Ambas figuras se amalgamaron, y yo leía y pensaba a la vez, y ora leía, y ora pensaba, y cuando, al cabo, sólo había pensado largo tiempo, tomé de nuevo el libro que estaba ante mí, sobre la mesa, lo llevé a su sitio de la biblioteca, y atravesando la sala de los mármoles y el pasillo de las habitaciones de invitados, regresé a mis aposentos.

La actividad matinal había terminado.

Ante la mesa del almuerzo se reunieron las mismas personas que ya habían estado juntas en el desayuno. Tras consumir una comida frugal, pero muy adecuada para el crecimiento y la salud, como era de rigor en la Casa de las Rosas, tras conversar amigable y alegremente, nos levantamos para volver a las actividades, que para cada cual eran serias e importantes, ya consistieran en la adquisición de conocimientos, como era casi exclusivamente el caso de Gustav, o en progresar en el arte o en el campo científico o en organizar mejor la propia existencia.

Se había reservado para aquella tarde un asunto especial, en el que también debía intervenir Roland, que por ese motivo tenía que interrumpir la pintura del cuadro. Había llegado una colección de grabados al cobre destinados a la venta, para cuyo examen se había fijado la tarde de aquel día. Mi anfitrión me invitó a unirme a ellos. Los grabados estaban en dos carpetas, en el despacho de mi anfitrión. Subimos a su habitación por la escalera destinada a la servidumbre, y acercamos a una ventana la mesa sobre la que estaban las carpetas, para poder contemplar mejor las estampas. Se abrieron las carpetas y pronto se vio que el coleccionista de las piezas contenidas en ellas no había sido una persona que entendiera de la profundidad del arte, de su seriedad y de su significado para la vida humana. Había sido un coleccionista común, que tenía en cuenta la cantidad y la variedad de las piezas. Ahora yacía en la tumba, y sus herederos, al parecer, no eran sensibles a la importancia del arte para la vida humana ni tenían interés en coleccionar nada, por eso ofrecían en venta todos los cuadernos a mi anfitrión, que, como ellos habían oído decir, buscaba tales curiosidades. Junto a productos desprovistos por completo de valor, grabados al buril a la manera banal de hoy en día, de esos que aparecen, con fines lucrativos, en libros y en obras ilustradas, junto a litografías a la pluma y al lápiz, había también obras bastante buenas actuales y en especial algunas piezas más antiguas de gran valor. Mi anfitrión y sus dos ayudantes conversaron en ese contexto sobre los grabados al cobre, lo que era nuevo para mí y me permitió apreciar mejor que antes la importancia de esa rama del arte. Como ésta puede servir de transmisora de las obras de los grandes maestros de todos los tiempos, como multiplica una imagen que sólo existe una vez, que se encuentra en lugares muy lejanos adonde mucha gente no puede llegar o que, siendo propiedad de una sola persona, ni siquiera es accesible a todos aquellos que habitan en ese mismo lugar, y como puede hacer que esa imagen sea contemplada en muchos lugares y en tiempos lejanos, habría que prestarle la mayor atención. Si esa rama del arte no se adhiere a un determinado estilo que se puso de moda en ciertas épocas, sino que pretende reproducir el alma del maestro, tal como aparece en el cuadro, si no se limita a representar los materiales que se encuentran en el cuadro, empezando por la delicadeza del rostro humano y de las manos humanas, pasando por el brillo de la seda y la lisura del metal y llegando hasta la aspereza de las rocas y de los tapices, sino que también muestra los colores que aplicó el pintor, sirviéndose de líneas diferentes pero siempre claras, de trazado ligero y de bellas curvas, que nunca deben ser banales, ni llamar la atención por sus caprichosas formas, ni formar nunca una simple mancha y que ella puede reinventar para hacerse con un nuevo objeto: entonces aún no podrá compararse con el arte de la pintura en el efecto de conjunto que produce en sus espectadores, pero sí podrá parangonarse con ella en cuanto a su efecto estético, ya que alcanza a un gran número de personas y, en quienes no pueden ver las pinturas imitadas, produce un efecto estético tanto más

hondo y noble cuanto más honda y noble es ella misma. Esto lo aprendí con mi amigo y anfitrión, cada vez más a fondo, durante el tiempo que lo traté, y eso lo vi con especial claridad cuando fueron examinadas las estampas y se habló de su valor y de los métodos, vías y efectos del arte del grabado en general. Una vez examinadas con todo detalle las buenas estampas y hecha una cuidadosa evaluación de sus ventajas y de sus defectos, se decidió comprar toda la colección a causa de las piezas de valor, si su precio no sobrepasaba una determinada suma que se podía ofrecer conforme a criterios de justicia y equidad. Las estampas sin valor se destruirían después, porque con su sola presencia no sólo no causaban buen efecto, sino que en lugar de elevar el sentimiento de quien no ve cosas mejores, lo desvía en una dirección más tosca y perniciosa que la que habría tomado si sólo dispusiera de los objetos que le ofrece la naturaleza. El arte falso, decían aquellos hombres, corrompe el espíritu humano más que la ausencia absoluta de contacto con cualquier género de arte. Como ya oscurecía, se guardaron de nuevo las estampas, se llevó la mesa a su sitio y nos separamos.

La tormenta más bien había arreciado que amainado, y la lluvia caía a cántaros contra las ventanas.

Por la noche nos reunimos de nuevo en el despacho de mi anfitrión, sólo faltaba Gustav, que seguía ocupado en su habitación con las tareas de la jornada. Antes de ir a cenar, mi anfitrión anotó en sus libros el estado de los instrumentos científicos que se referían a la presión atmosférica, la humedad, el calor, la electricidad y cosas parecidas, y luego recorrió toda la casa e inspeccionó el estado de cosas en ella, los trabajos que habían llevado a cabo los sirvientes, su actividad en aquel momento y la eventual influencia de la actual borrasca.

Durante la cena, después de haber calmado en breve tiempo la necesidad de alimento y de haber mantenido amenas conversaciones, se leyeron en voz alta pasajes de un libro que era nuevo entonces. Trataba, en su mayor parte, de la sericultura y de la industria de la seda y se analizó sobre todo el capítulo que explicaba cómo llegó esa industria desde el Lejano Oriente a Siria, Arabia, Egipto, Bizancio, al Peloponeso, Sicilia, España, Italia y Francia. Hablando de la confección de esas telas suntuosas de seda y de oro o plata, mi anfitrión afirmaba que en lo concerniente a la finura y delicadeza del tejido, a su ductilidad, unida a un suave brillo, frente al cual quedaban muy por debajo las sedas actuales con su rigidez y su áspero brillo, y por último, en lo concerniente al movimiento, a la finura y delicadeza y a la exuberante fantasía de los dibujos, había que dar absoluta preferencia, frente a las épocas posteriores y sobre todo frente a la nuestra, a los siglos XIII y XIV. Él, por su parte, había empezado muy tarde a consagrar su atención a esa rama de la Antigüedad, que es casi una rama del arte. Una colección de esas telas sería algo singular, pero él ya no podía tomar eso a su cargo pues presuponía viajar por toda Europa, e incluso por extensas zonas de Asia y África, y probablemente superaba la capacidad de un solo individuo. Eran las sociedades, el Estado —continuó— quienes podrían crear tales colecciones, a fin de comparar, de instruir, e incluso de enriquecer la propia historia. En ricas abadías, en las arcas de ornamentos litúrgicos de célebres iglesias antiguas, en cámaras del tesoro y en otros depósitos de castillos reales y de grandes palacios, es probable que haya muchas cosas de las que se podría prescindir allí y que en una colección cobrarían nombre y significado. Cuántas cosas no habrán llegado del Oriente a Europa después de las Cruzadas, ya que hasta los simples caballeros regresaron a la patria con un botín, allí obtenido, de oro y de telas preciosas, y el fasto ya no era exclusivo de las ceremonias religiosas, de las coronaciones, desfiles, torneos, sino que acompañaba también la vida ordinaria en mucho mayor grado que en tiempos anteriores. Esa rama arrojaría no poca luz sobre la época de su florecimiento, época en la que fueron edificadas esas memorables iglesias cuyos nobles restos aún hoy nos causan admiración; también procuraría una vinculación con el arte ornamental de aquel tiempo, con la talla de la piedra, del marfil y de la madera, y hasta con los orígenes de las grandes escuelas pictóricas, que florecerían más tarde en el norte y en el sur de Europa, y llevaría incluso a reflexionar sobre la visión del mundo que tenían los pueblos, sobre sus conexiones y sus rutas comerciales. Eso mismo hacen las monedas —añadió—, eso mismo hacen los sellos y otras cosas subordinadas a ellos. Roland dijo que él iba a tratar de coleccionar esas telas.

Aquella noche nos separamos más tarde que de costumbre.

A la mañana siguiente, cuando me levanté y la incipiente luz me permitió mirar por las ventanas, vi que la nieve cubría toda la comarca, y aún seguía cayendo del cielo en espesos copos, que revoloteaban en torno al cristal de las ventanas. El viento había amainado un poco, el frío debía de haber aumentado.

Ese día dimos todos juntos un paseo bastante largo. Se recorrió el jardín, por si había algo que hacer en él, se hizo una visita a los invernaderos, se inspeccionó la granja, y por la noche continuó la lectura del libro sobre la sericultura. La nevada continuó hasta el crepúsculo, luego aparecieron en el cielo espacios despejados.

Varios días transcurrieron como esos dos, y mi anfitrión no empezaba con las confidencias que había

prometido. Aparte del tiempo que cada cual pasaba trabajando en sus habitaciones, dimos no pocos paseos por la comarca, lo que fue muy agradable porque, a los días borrascosos que siguieron a mi llegada, sucedió un tiempo soleado, apacible y frío. Estuve en varias ocasiones en compañía de mi anfitrión, le observaba cuando daba de comer a los pájaros delante de la ventana o cuando se encargaba de alimentar a las liebres, fuera de los límites de su jardín, lo que era doblemente necesario por la altura que había alcanzado la nieve; hicimos largos viajes en trineo para ir a ver a los vecinos, para comentar diversas cosas o para gozar del aire puro y del movimiento; una vez viajé con mi anfitrión hasta un puente que él debía inspeccionar con varios hombres, porque estaba previsto restaurarlo en la primavera —a mi anfitrión no le dejaban en paz y le habían conferido cargos comunales—; estuvimos varias veces en diversos parajes de los bosques durante la tala de árboles, para ver qué maderas había que emplear en la construcción y en los trabajos de ebanistería, tala que tenía que hacerse en esa estación del año; estuvimos también una vez en el Inghof y allí recorrimos los invernaderos. El mayordomo y el jardinero nos lo enseñaron todo con prontitud y buena disposición. El dueño de la finca estaba en la ciudad con su familia.

Un día vino mi anfitrión a mis habitaciones, lo que hacía a menudo, en parte porque quería pasar a verme, en parte para ver si necesitaba algo. Después de conversar algún tiempo sobre temas diversos, dijo:

—Usted sabrá seguramente que soy el barón Von Risach.

—Durante mucho tiempo no lo he sabido —respondí—, ahora ya lo sé hace bastante tiempo.

—¿Nunca preguntó?

—Después de la primera noche que pasé en su casa, pregunté a un campesino, que me dio como respuesta que usted era el colono del Asper. Ese mismo día también hice indagaciones en una zona más alejada, sin llegar a saber nada preciso. Después ya no pregunté.

—¿Y por qué no preguntó nunca?

—Usted nunca me dio su nombre; deduje de ello que no consideraba necesario decirme cómo se llamaba, y de eso saqué la conclusión de que no debía preguntarle, y si no debía hacerle preguntas a usted, tampoco debía hacérselas a los demás.

—En toda esta comarca me llaman el señor del Asper —respondió—, porque aquí hay costumbre de dar al dueño de una finca el nombre de la finca, no el de su familia. Aquél se transmite en el pueblo de una generación a otra y se aplica a todos los propietarios, éste cambia al cambiar de dueño la propiedad, y entonces el pueblo tendría que aprender cada vez un nombre nuevo, y para eso es demasiado tenaz. Algunos campesinos me conocen también por «el colono del Asper», lo que sí era mi antecesor.

—En una ocasión oí decir por casualidad su verdadero nombre —dije.

—Entonces sabrá también que estuve sirviendo al Estado —replicó.

—Lo sé —dije.

—Yo no era adecuado para esas funciones —respondió.

—Entonces afirma usted algo contrario a lo que dice toda la gente a la que he oído hablar de usted. Todos ellos alaban su labor en la administración pública —repliqué.

—Tal vez tienen en cuenta algunos resultados aislados —observó—, pero no saben con qué sufrimiento se gestaron y salieron de mi corazón. Tampoco pueden saber cómo habrían sido los resultados si los hubiera obtenido otra persona de igual capacidad, pero de espíritu más proclive a servir al Estado, o incluso alguien de mayor capacidad.

—Eso puede decirse de cualquier otra cosa —repliqué yo.

—Sin duda —respondió—, pero entonces no hay que alabar enseguida lo que no ha sido un fracaso evidente. Escúcheme. El servicio del Estado o el servicio de la cosa pública, tal como se ha desarrollado hasta hoy en día, abarca a un gran número de personas. Para tal servicio las leyes exigen, y deben exigir, una determinada formación y un recorrido de diversas etapas en el transcurso de esa formación. Según sea la esperanza de encontrar ocupación en el servicio del Estado nada más terminar esa formación preliminar con sus diversas etapas y de ascender en un tiempo adecuado a puestos superiores que garanticen a una familia un nivel de vida decoroso, se consagran un número mayor o menor de jóvenes a la carrera administrativa. El Estado elige a sus funcionarios, y ha de hacerlo así en general entre aquellos que han recorrido con éxito la vía prescrita. No cabe duda de que también hay fuera de ese círculo hombres capacitados para el servicio del Estado, hombres de mucho talento, de extraordinario talento incluso; pero, salvo casos insólitos en los que ese talento se pone de manifiesto por algún extraño azar y surge una relación recíproca entre esos hombres y el Estado, éste no puede elegirlos, porque no los conoce y porque el elegirlos sin conocerlos bien y sin la garantía que ofrece la formación prescrita supondría un peligro y podría aportar confusión y mala gestión de los negocios. Ahora bien, cualesquiera que sean las aptitudes de quienes han aprobado esos años preparatorios, el Estado ha de aceptarlos. Entre ellos, a menudo hay

grandes talentos, y en número considerable, a menudo los hay en menor número, a menudo el término medio es la mediocridad. Así pues, el Estado ha de basar la organización de su servicio en esos condicionamientos de su personal. La sustancia material de ese servicio tenía que recibir una estructura que permitiera continuar los negocios necesarios para alcanzar los objetivos del Estado sin que se interrumpieran ni, en lo esencial, sufrieran menoscabo cuando gentes de mayor o menor capacidad llegaran alternativamente a los distintos puestos en que se desarrolla su actividad. Podría dar un ejemplo y decir que el mejor reloj sería aquel que estuviese construido de manera que siguiera funcionando bien aunque se cambiaran las piezas y se sustituyeran las mejores por las peores y a la inversa. Pero un reloj así es difícilmente concebible. Sin embargo, el servicio del Estado tuvo que ser concebido de esa manera, o de lo contrario, después del desarrollo que ha alcanzado hoy, habría renunciado a sí mismo. Es evidente, pues, que la estructura de ese servicio ha de ser rígida, y que no es posible que un individuo pretenda dar a los contenidos del servicio una estructura distinta a la prescrita, y que, incluso, en aras de la cohesión del conjunto, algunas cosas hayan de ser realizadas peor de lo que sería posible si se las tuviera en cuenta a ellas por separado. La adecuada disposición de espíritu para el servicio del Estado, prescindiendo de las otras facultades, consiste entonces esencialmente en que, o bien se es capaz de hacer con dedicación una cosa precisa, sin conocer su relación con el conjunto, o bien se tiene la perspicacia suficiente para percibir la conexión de la parte con el todo, en bien y provecho de la generalidad, y para después llevar a cabo esa parte con alegría y entusiasmo. Esto último lo hace el verdadero hombre de Estado, aquello otro, el que podría denominarse buen servidor del Estado. Yo no he sido ni lo uno ni lo otro. Tenía desde mi infancia, por supuesto sin saberlo ni entonces ni en mis años de adolescencia, dos facultades diametralmente opuestas a lo que acabo de decir. En primer lugar, me gustaba ser dueño de mis actos. Me gustaba esbozar yo mismo la imagen de lo que iba a hacer y llevarla a la realidad sólo con mis propios medios. De ahí que, ya de niño al decir de mi madre, prefiriese coger yo mismo un manjar, un juguete y cosas similares a que me lo dieran, que fuera reacio a toda ayuda, que en la infancia y la adolescencia me tuvieran por desobediente y terco y que, llegado a la edad adulta, me tacharan de intransigente. Pero eso no impedía que cuando se me encomendaba una tarea ajena, que venía acompañada de una explicación racional y de elevados estímulos, la aceptara como mía y la llevara a cabo con el mayor entusiasmo. Eso fue lo que hice una vez en mi vida, contra mi más viva inclinación, para satisfacer el honor y el deber. Se lo contaré más tarde. De eso se sigue que yo no fuera terco en el sentido que se da habitualmente a esa palabra y que sin duda tampoco lo sea en la vejez, en la que de todos modos se es cada vez más indulgente. Una segunda cualidad mía era que me gustaba mucho tener ante mí los éxitos de mis actos, disociados de todo elemento ajeno, para poder apreciar con claridad la relación entre lo pretendido y lo alcanzado y ajustar así mi quehacer futuro. Una acción que sólo está establecida para cumplir una prescripción o para completar una estructura podía ser un tormento para mí. Se seguía de eso que era poco proclive a realizar actos cuya última finalidad estuviese lejos o no me resultase clara, mientras que otras acciones, cuya meta se alcanzaba con dificultad y sólo a través de muchas etapas intermedias, las llevaba sin embargo a término celosa y placenteramente tan pronto como veía con claridad y hacía mías la finalidad principal y las finalidades intermedias. En el primer caso sólo lograba hacer un gran esfuerzo y poner manos a la obra con toda energía, si me imaginaba que la finalidad, aunque oscura, era sin embargo noble, aunque siempre tendía a apresurarme, por lo que me tachaban de impaciente; en el segundo caso, mis energías se aplicaban por sí solas a la tarea, que llevaba a término con el mayor tesón y apurando todo el tiempo de que disponía, por lo que también se me tenía por obstinado. En esta casa usted habrá visto cosas que le habrán llevado a la conclusión de que también dispongo de paciencia cuando persigo objetivos. Es un hecho singular y más significativo de lo que se cree que con el paso de los años aumente la amplitud de los proyectos, se piense en cosas que están mucho más allá del horizonte vital, lo que no ocurre en la juventud, y que la senectud plante más árboles y construya más casas que la juventud. Usted ve que me faltan dos elementos fundamentales para ser un servidor del Estado, la disposición a la obediencia, que es condición esencial en toda organización de personas y cosas, y la disposición a integrarme activamente en un conjunto y a trabajar con energía para unos objetivos situados fuera de mi horizonte, lo que es asimismo condición esencial de toda organización. Siempre quería cambiar los fundamentos y mejorar los pilares; en lugar de actuar lo mejor posible dentro de unos límites dados, quería definir yo solo las metas, y hacer cada cosa lo mejor posible si se pensaba en la cosa misma, pero no en el conjunto, y sin considerar si, debido a mi proceder, surgiría en cualquier otro lugar una laguna cuyo efecto nocivo sería mayor que las ventajas aportadas por mi éxito. Apenas había salido de la infancia cuando me hicieron abrazar esa carrera, que no conocía y que no me conocía, y, en la medida de lo posible, continué por ese camino puesto que ya estaba en él y me hubiera sentido avergonzado de no cumplir con mi deber. Si mi intervención aportó algo bueno,

se debió a que, por una parte, en consideración a mi cargo y a las obligaciones inherentes a él, me esforcé por desarrollar una actividad, y a que, por otra parte, los acontecimientos proporcionaban tareas para las que podía trazar y desarrollar los planes de acción. Pero hasta qué punto sufría todo mi ser cuando me veía involucrado en modos de acción contrarios a él, apenas podría expresarlo ahora, ni tampoco habría sido capaz de hacerlo entonces. En aquel tiempo, siempre y de modo inevitable, me venía a las mientes la comparación con algo que tiene aletas y ha de volar, y con algo que tiene alas y ha de nadar. Por eso, al llegar a cierta edad, renuncié a mis cargos. Si usted pregunta si por ventura es necesario que en la administración del Estado haya tan gran número de personas, y si una parte de los asuntos generales, tal como son ahora, no podrían pasar a ser asuntos especializados y quedar confiados a entidades o a personas especializadas a las que particularmente incumben, con lo que el servicio del Estado sería más transparente y con lo que sería posible que personas altamente capacitadas desplegasen más sus facultades trazando y desarrollando planes para el bien común, respondo lo siguiente: la pregunta es importante y su adecuada respuesta, de la mayor relevancia; pero una respuesta adecuada en todos sus pormenores es sin duda una de las tareas más difíciles, y no me atrevo a decir que yo sería capaz de dar esa adecuada respuesta. Además, ese tema está muy alejado de nuestra conversación de hoy, y en otra ocasión podremos hablar de él, en la medida en que nos hayamos formado una opinión al respecto. Una cosa es cierta: aunque fuese necesario hacer cambios en el servicio actual del Estado y aunque esos cambios tuviesen lugar en el sentido antes indicado, la situación actual tiene su razón de ser dentro de las mutaciones generales a las que está sometido el Estado al igual que todas las cosas humanas y que la propia Tierra; es un eslabón de la cadena y cederá el terreno a la situación siguiente, lo mismo que ella salió de la precedente. Hemos hablado ya en muchas ocasiones del camino que se ha de seguir en la vida, y comentado qué difícil es conocer las propias capacidades en una época en la que hay que indicarles la dirección, es decir, en la que hay que elegir una trayectoria vital. En nuestras conversaciones, teníamos la mira puesta sobre todo en el arte, pero eso es aplicable a cualquier otra actividad. Raras veces son las facultades tan sobresalientes que salten a la vista y que lleven a los familiares de un joven a elegir para él el objeto adecuado o que ellas mismas elijan impetuosamente su objeto. Aparte de esas cualidades de mi espíritu que acabo de exponerle, tenía otra específica, cuya índole no descubrí hasta más tarde. Desde la infancia sentía el impulso de producir cosas que pudiesen aprehenderse con los sentidos. Las meras relaciones y proporciones, así como las deducciones conceptuales apenas significaban nada para mí, no podía integrarlas en el conjunto de realidades que poblaban mi mente. Cuando aún era pequeño, ponía toda clase de cosas unas junto a otras y a lo que así surgía le daba el nombre de algún lugar que por casualidad había oído nombrar varias veces, o doblaba una hierba, el tallo de una flor y cosas parecidas, para darle una forma, y a eso le ponía nombre, o un trocito de tela quedaba convertido en el primo, en la tía; incluso a esos conceptos deducidos y a esas proporciones de que he hablado les daba una forma y así podía retenerlos en la memoria. Recuerdo, por ejemplo, que de niño oía a menudo la palabra «alistamiento». En aquel entonces adquirimos una mesa de madera de arce cuyas tablas quedaban ensambladas mediante cuñas de madera de color oscuro. La sección transversal de esas cuñas aparecía a través de la juntura como una forma oscura, adherida a la espesa tabla, y a esa forma le daba el nombre de alistamiento. Ese movimiento sensorial, que suelen tener todos los niños, fue cada día más fuerte y más claro a medida que iba creciendo. Me deleitaba cuanto aparecía de forma perceptible, los gérmenes de la primera hierbecilla, los botones de los arbustos, el florecer de las plantas, la primera madurez, el primer copo de nieve, el silbido del viento, el rumor de la lluvia, y hasta el rayo y el trueno, aunque tenía miedo de ambos. Me iba a mirar cuando los carpinteros desbastaban la madera, cuando construían una cabaña o clavaban una tabla, y hasta las palabras que designaban un objeto de modo perceptible a los sentidos me eran mucho más caras que las que sólo lo indicaban de modo general. Así, por ejemplo, me impactaba mucho más que alguien dijese: «El conde cabalga el caballo pinto» que si dijera: «Cabalga en un caballo». Dibujaba con un lápiz rojo ciervos, jinetes, perros, flores, pero ante todo ciudades, a las que prestaba formas maravillosas. Con barro húmedo hacía palacios, con la corteza de los árboles, retablos e iglesias. Denomino ese instinto «placer de crear». Existe en mayor o menor medida en muchas personas. Pero muchas más tienen el «placer de guardar», un placer del que la tacañería es una fea modalidad. Ese placer de crear no disminuyó con la edad. Cuando me instalé a vivir a orillas de nuestro hermoso río y, durante el primer invierno, vi por primera vez los hielos flotantes, no me cansaba de mirar cómo surgían éstos y cómo aquellos témpanos más o menos redondos chocaban y rozaban unos con otros. Y también en los inviernos siguientes pasaba mucho tiempo junto a la orilla contemplando las figuras que formaba el hielo, en especial cómo surgían los bancos de hielo. Lo que para muchos es tan desagradable, dejar una casa e instalarse en otra, a mí me complacía. Me gustaba hacer maletas, deshacerlas, amueblar las nuevas habitaciones. En los años jóvenes apareció un aspecto nuevo de ese instinto. No sólo amaba las

formas sino las formas bellas. Eso ya existía seguramente en aquel impulso infantil. Me sentía atraído, más que los demás, por los colores rojos, por objetos estrellados o entrelazados. Pero de esa cualidad era entonces menos consciente. De joven amaba las formas, como las de los cuerpos configurados en la escultura y la arquitectura, las de las superficies, líneas y colores en el arte pictórico, como las derivadas de los sentimientos en la música, de los estados de la vida moral y de las curiosidades de la vida de la tierra, en la literatura. Me entregaba a esos sentimientos con fervor y buscaba, en la vida, formas parecidas a ellos. Amaba las rocas, los montes, las nubes, los árboles que se asemejaban a ellos, desdeñaba las formas contrarias. Me atraían los hombres, las acciones y situaciones humanas acordes con ellos, lo otro me repugnaba. Era en el fondo, así lo reconocí ya tarde, la naturaleza artística que se revelaba en mí y que deseaba ansiosamente realizarse. No sé si habría sido un artista bueno o mediocre. Un gran artista probablemente no, porque en ese caso, según todas las previsiones, mis dotes se habrían abierto paso y no habrían dejado escapar su objeto. Tal vez me equivoque también en esto, y lo que se revelaba era tan sólo la capacidad para entender el arte y no la capacidad creadora. Como quiera que sea: en cualquier caso, las facultades que se concretaban en mi interior, obstaculizaban, más que fomentaban, la actividad de un servidor del Estado. Exigían formas y se movían en torno a las formas. Pero, del mismo modo que el Estado es el orden de las relaciones sociales de los hombres, por tanto, no una forma, sino una estructura, los resultados de los trabajos de los hombres de Estado suelen abarcar relaciones y proporciones de los miembros del Estado o de los Estados, por tanto ofrecen estructuras, no formas. Así como, de niño, había de prestar una forma a los conceptos abstractos para poder retenerlas, así muchas veces, en mi madurez al servicio del Estado, cuando se trataba de relaciones oficiales, de exigencias de otros Estados a nosotros o de nuestro Estado a otros, me imaginaba los Estados como un cuerpo y una forma y asociaba entonces sus relaciones con sus formas. Tampoco he sido nunca capaz de considerar las meras relaciones propias o los intereses de nuestro Estado como la ley suprema y la norma de mis actos. El respeto a las cosas, tal como ellas son, era en mí tan grande que, en caso de complicaciones, de reivindicaciones y litigios, o cuando había necesidad de poner orden en ciertos asuntos, no tenía en cuenta nuestros intereses, sino lo que las cosas reclamaban de por sí y lo que estaba acorde con su naturaleza, a fin de que volvieran a ser lo que fueron y recobraran lo que se les había quitado, sin lo cual no podían ser lo que son. Esa cualidad mía me ha deparado no pocos disgustos, me ha acarreado las mayores críticas, pero también me ha valido respeto y reconocimiento. Si mi punto de vista encontraba aceptación y se llevaba a la práctica, el nuevo orden de cosas, al estar basado en lo esencial de su naturaleza, era estable y consistente, y, como quedábamos protegidos contra nuevos desórdenes, es decir, contra nuevos desgastes de energías, era más provechoso para nuestro Estado que si hubiéramos buscado, como antes, nuestro solo provecho, y obtuve condecoraciones, elogios y ascensos. Cuando en aquellos días de duro trabajo tenía algún asueto y durante un breve viaje veía las nobles formas de una montaña, o la serie de colinas que dibujaba un grupo de nubes, o los ojos azules y risueños de una joven campesina o el cuerpo esbelto de un adolescente sobre un hermoso caballo, o, simplemente, cuando estaba en mi aposento delante de mis cuadros, que ya entonces había empezado a coleccionar, o delante de una pequeña estatua: entonces mi alma se llenaba de quietud y bienestar, como si hubiera recuperado su orden. Si había en mí alguna capacidad de creación artística, era la de un arquitecto o un escultor o también la de un pintor, pero nunca la de un poeta ni, menos aún, de un compositor. Aquellos objetos me atraían cada vez más, éstos me eran más ajenos. Pero si lo que se manifestaba en mí era más bien un amor al arte, no una capacidad creativa, seguía siendo siempre una disposición para las artes plásticas, aunque limitada a la receptividad de las formas. Si esa especie de singularidad, en un primer momento, hace feliz a quien la posee, puesto que toda facultad, incluida la facultad creadora, existe primero en virtud de quien la posee, también se refiere, sin embargo, a otras personas, del mismo modo que en segundo lugar toda facultad, hasta la más exclusiva de una persona, no puede quedar encerrada en ella, sino que se transmite a otras. Es una afirmación completamente equivocada, pero que se oye a menudo, que toda gran obra de arte ha de tener gran repercusión en su época, que, además, la obra que tiene gran repercusión es también una gran obra de arte y que si es una obra sin repercusión no puede hablarse de arte. Si una parte de la humanidad es un pueblo puro y sano de cuerpo y alma, si sus facultades se han desarrollado de manera equilibrada y no están repartidas ni actúan de modo unilateral en una sola dirección, ese pueblo acoge fervorosa y sinceramente en su corazón una obra de arte pura y verdadera, y para ello no necesita erudición sino sólo sus propios medios, que acogen y conservan esa obra como algo de su misma naturaleza. Pero si las cualidades de un pueblo, por altas que sean, avanzan y se despliegan en una sola dirección, si hasta buscan el solo placer de los sentidos o el vicio, las obras que han de tener gran repercusión han de apuntar en la dirección en la que esas facultades actúan de preferencia, o han de representar el placer de los sentidos y el vicio. Las obras puras son algo ajeno a un

pueblo de esa índole, ese pueblo se aleja de ellas. De ahí viene el fenómeno de que nobles obras de arte puedan emocionar y entusiasmar a una época y luego venga un pueblo al que ya no dicen nada tales obras. Éstas velan entonces su cabeza y esperan a que pasen junto a ellas otras generaciones con pureza de sentimientos que levanten los ojos para mirarlas. Ellas les sonríen, y entonces se ven transportadas a templos, como objetos sacros que han sido salvados. En muy raras ocasiones surge en pueblos degenerados, cual solitario rayo de sol, una obra pura que pasa inadvertida, y en épocas posteriores, semejante a aquel justo de Sodoma, es descubierta por un antropólogo. Pero para que el servicio del arte se conserve con más facilidad, en cada época hay personas dotadas de un hondo sentido para las obras de arte, que ven con claridad sus elementos, las acogen con fervor y alegría en su corazón, y así se las entregan a sus semejantes. Si los creadores merecen el nombre de dioses, ellos son los sacerdotes de esos dioses. Ellos demoran la marcha hacia la ruina cuando el servicio del arte empieza a decaer y, cuando tras las tinieblas ha de volver la claridad, ellos son quienes portan la antorcha. Si yo era una persona así, si, contemplando las nobles formas del arte y de la creación que siempre me han saludado y mirado con amistad, estaba destinado a llenar de gozo mi corazón y a transmitir a mis semejantes el gozo, el conocimiento y la veneración que me inspiran tales formas, mi carrera al servicio del Estado ha sido otra vez una gran traba para esa vocación, y las escasas flores tardías no pueden sustituir el verano, cuyos soles ardientes y vigorosas brisas pasaron inútilmente de largo y se perdieron. Es triste que no se pueda elegir con tanta facilidad el camino que sería el mejor en la vida de cada uno. Repito lo que hemos dicho muchas veces y con lo que también está de acuerdo su señor padre: que el hombre ha de elegir su camino con la mira puesta en sí mismo y en el completo despliegue de sus facultades. Ésa es su mejor manera de servir a la sociedad. Sería el más grave pecado elegir el camino exclusivamente, como se dice con tanta frecuencia, para ser útil a la humanidad. Uno renunciaría entonces a sí mismo y en la mayoría de los casos enterraría su talento, en el sentido propio de la palabra. Pero ¿qué es eso de elegir? Nuestras condiciones sociales han evolucionado de manera que la satisfacción de nuestras necesidades materiales exige un elevado consumo. Por eso los jóvenes, antes de que tomen conciencia de ello, se ven empujados hacia unas profesiones que les garanticen la adquisición de lo que necesitan para satisfacer esas necesidades. De vocación, no se habla. Eso es malo, malísimo, y la humanidad se convierte así, cada vez más, en un rebaño. Cuando aún hay lugar para una elección, porque no se está obligado a eso que llaman «ganarse el pan», habría que tener clara conciencia de las propias facultades antes de asignarles un campo de acción. Pero ¿no hay que elegir en la juventud, pues de lo contrario es demasiado tarde? ¿Y se puede ser consciente siempre en la juventud de las propias facultades? Es difícil, y ojalá velen las partes interesadas por que se proceda con menos ligereza. Dejémoslo ahora aquí. Quería decirle lo que le he dicho antes de contarle cuál es mi relación con la familia de su futura esposa. Se lo digo a fin de que pueda apreciar, hasta cierto punto, la situación en que ahora me encuentro. Para la continuación fijaremos otro momento.

Tras estas palabras, la conversación derivó hacia otros temas, y también dimos un paseo al que se unió Gustav.

4. La mirada retrospectiva

Sin que yo se lo pidiera ni se lo recordara directa o indirectamente, al cabo de un día mi anfitrión continuó con sus confidencias. Me preguntó si podía quedarse un rato en mi habitación, y, como es natural, le dije que sí. Estábamos sentados junto a un agradable y silencioso fuego, alimentado por grandes y compactos leños de haya; él se recostó en su butaca y dijo:

—Si usted lo desea, quisiera llevar hoy a término mis confidencias. Me he preocupado de que no nos molesten, sólo tiene que decir si quiere escucharme.

—Usted sabe que no sólo es mi deseo sino también mi deber —respondí.

—En primer lugar tengo que hablarle de mí —empezó—, me parece necesario. Nací en Dallkreuz, un pueblecito del llamado Hinterwald, «Tras-los-Bosques». Usted sabe que el nombre de Tras-los-Bosques ya no significa tanto como expresa. En otro tiempo esos bosques abarcaban toda la comarca de ondulado relieve que se extiende desde nuestro río hacia el norte, y también la comarca de Dallkreuz. Dallkreuz no existía entonces, y seguramente se formó a partir de unas cabañas de leñadores. Ahora todo ese paisaje de colinas está cubierto de sembrados, prados y pastizales, y también contemplan esas tierras algunos vestigios de los antiguos bosques. La casa de mi padre estaba fuera del pueblo, cerca de algunas otras, pero eso no era obstáculo para que desde ella se pudieran contemplar prados, sembrados, jardines y, al sur, una hermosa franja azulada de bosque. Cuando era un niño de diez años, conocía por sus nombres todos los árboles y arbustos de la comarca, conocía las plantas y piedras más sobresalientes, conocía todos los caminos, sabía adónde llevaban, y ya había estado en todos los pueblos vecinos por los que pasaban. Conocía todos los perros de Dallkreuz, sabía qué pelajes tenían, cómo se llamaban y a quién pertenecían. Amaba profundamente los prados, los campos de labranza, los arbustos, nuestra casa, y las campanas de nuestra iglesia se me antojaban lo más amable y placentero que podía haber en el mundo. Mis padres vivían en paz y concordia, yo tenía también una hermana que participaba conmigo en mis correrías infantiles. Anejos a nuestra casa, que era de una sola planta pero blanca como la nieve y resplandecía en medio del verdor que la rodeaba, había prados, cultivos y floresta. Pero mi padre había puesto la administración de esos terrenos en manos de criados; él se dedicaba a comerciar con cáñamo y lino y por ello viajaba mucho. Cuando yo era niño estaba destinado a heredar todo aquello, pero antes había de recibir la necesaria formación en un centro docente. Mi padre, tras la muerte de sus padres, a los que apenas conocí, no tenía más parientes. Mi madre, a la que mi padre trajo de muy lejos, tenía un hermano, pero cuando ella, que pertenecía a una acaudalada familia, se casó con un hombre de condición inferior —así se expresaba el hermano—, él rompió las relaciones y nunca quiso reconciliarse. Nosotros no sabíamos nada de él, se evitaba mencionarlo, y a menudo nadie pronunciaba su nombre durante un año entero. Pero los negocios de mi padre florecían, y era una de las personalidades más conspicuas de la comarca. En el año al término del cual yo había de marcharme al centro de enseñanza, ocurrieron varias desgracias. El granizo devastó los cultivos, ardió una parte de la casa, y cuando todo ello había sido reparado y encauzado de nuevo, murió mi padre de muerte súbita. Un tutor negligente, socios alevosos que presentaron dudosas reclamaciones y un desafortunado pleito a que eso dio lugar, pusieron a mi madre en una situación que la hacía debatirse con las preocupaciones que le causaba nuestro porvenir. Cuando por fin todo se hubo calmado, ella se encontró en extrema necesidad. Aquel otoño tuve que abandonar cuanto quería: la casa, el valle y la familia. Pobremente equipado, recorrí a pie, de la mano de un escolar mayor que yo, el largo camino que me separaba del internado. Allí yo era uno de los más necesitados. Pero mi madre enviaba lo que podía con tanto esmero y puntualidad que yo nunca tenía mucho, pero sí lo necesario para subsistir. En aquel establecimiento había costumbre de que los escolares de los cursos superiores dieran clases particulares a los de cursos inferiores, recibiendo a cambio de ello una remuneración. Como yo era uno de los mejores alumnos, ya en mi cuarto curso me fueron asignados algunos chicos para que les diera clase, y así pude

reducir los gastos que causaba a mi madre. Dos años después ya ganaba tanto que podía costearme todo el sustento. Las vacaciones anuales las pasaba siempre con mi madre y mi hermana en la casa blanca. Ahora ya no había ni que pensar en recibir la casa en herencia. Pensé que con mis conocimientos encontraría un empleo y podría dejar la casa y las tierras como fondo de reserva a mi hermana. Así llegó el tiempo en el que había de decidirme por una profesión. La escuela preparatoria que se hacía entonces y que yo acababa de terminar sólo procuraba algunos empleos y más bien inhabilitaba para los demás. Me decidí por el servicio al Estado, porque los otros grados a los que podía ascender desde los conocimientos de que disponía me atraían aún menos. Mi madre no podía ayudarme con ningún consejo. Ahorrando cuanto podía, yo había reunido una pequeña suma. Provisto de ella y de mil bendiciones de mi madre y bañado en las lágrimas de despedida de mi querida hermana, me encaminé a la ciudad. Salí a pie de nuestro valle y, con toda clase de razonamientos, trataba de ahogar las lágrimas que siempre querían asomarme a los ojos. Cuando había dejado atrás nuestros bosques, cuando el sol de otoño brillaba ya sobre otros campos muy distintos, cuando pude mirar más allá de mis años infantiles, mi ánimo se serenó y ya no tuve miedo de que todo el que me viera pudiese notar que estaba a punto de llorar. La determinación que me había impulsado a ir a la capital y allí probar fortuna trabajando al servicio del Estado me hacía caminar cada vez más rápido y seguro y hacer mil maravillosos castillos en el aire. Cuando hube llegado al límite desde el cual nuestras tierras altas descienden en grandes plataformas hacia el río y empieza un relieve muy distinto, volví una vez más la cabeza, bendije el corazón maternal que ya distaba de mí una jornada entera, acaricié con los dedos, mentalmente, los bellos párpados de largas pestañas de mi hermana, que siempre estaba un poco pálida, bendije nuestra casa blanca de tejado rojo, bendije todos los sembrados y bosquecillos que había recorrido y dejado atrás, y, con los ojos realmente inundados de lágrimas, descendí el hondo camino que, coronado a todo lo largo por un espeso techo de follaje, venía a ser uno de los pasos que unían las escabrosas tierras altas con las tierras bajas bañadas por el río. Ahora, después de haber dado tres pasos más, ya no pude ver el relieve de mi tierra natal, sus estribaciones era cuanto abarcaba mi vista y lo que me acompañaría aún largo tiempo. Ante mí se extendían unas formaciones muy distintas. Pensé en volver atrás para poder echar una última mirada a mi tierra. Pero no lo hice porque me avergonzaba ante mí mismo y, apresurando la marcha, bajé más y más por aquel camino. Y tampoco podía demorarme si quería, antes de que cayera la noche, llegar al río por el que a la mañana siguiente proseguiría en barco mi viaje. Al oeste, el sol de otoño jugueteaba entre las ramas, algún pato carbonero gritaba del mismo modo que siempre habían gritado los que aún seguían poblando los bosques de mis montañas natales, me crucé con algunos cocheros, con algunos caminantes, avanzaba sumido en graves pensamientos y cuando se había puesto el sol oí el rumor del río que desde entonces sería tan importante para mí, y vi el brillo de un crepúsculo dorado. Estoy divagando —se interrumpió mi anfitrión— y le cuento cosas que no son importantes; pero hay recuerdos que, por insignificantes que sean para otros, tienen tanta fuerza para su dueño en el ocaso de la edad como si en ellos estuviera contenida la suprema belleza del pasado.

—Se lo ruego —repliqué—, prosiga del mismo modo y no me prive de las imágenes que conserva de tiempos pasados, ellas hablan al corazón y asocian lo que ha de ser asociado con más facilidad que si se quisiera dar una pálida vislumbre de la vida animada. Y si el tiempo de que usted dispone no está distribuido con más rigor, el mío no es obstáculo para que usted me escatime nada.

—Mi tiempo —respondió— está calculado de manera que o bien no debería hacer otra cosa que esperar mi final o bien pueda disponer de él como quiera; porque ¿qué cosa de especial relevancia puede hacer un hombre tan viejo? En las pocas horas que le quedan puede cultivar flores como le parezca bien. En el fondo, aquí, en esta propiedad, no hago otra cosa. Y también puede que no sea del todo irrelevante para usted lo que quiero decirle, como sin duda se hará evidente en lo que sigue. Por eso voy a proseguir con las palabras que vaya pidiendo el relato.

»Por la noche dormí un sueño reparador, y la primera mañana me vio en una de esas pequeñas embarcaciones primitivas que en aquel entonces, cargadas con diversas mercancías, navegaban río abajo y llevaban también pasajeros. Varios jóvenes que aspiraban conmigo a igual o parecido oficio estaban sobre cubierta y a veces incluso echaban una mano a los remeros cuando nuestra embarcación descendía por el río, y la pequeña ciudad que nos había dado albergue nocturno, liberándose poco a poco de la bruma matinal, se desvanecía ante nuestros ojos. Las canciones, las palabras que provenían del grupo de acompañantes, no dejaron de influir en mí transmitiéndome mayor fortaleza y decisión.

»Cuando en la tarde del segundo día de nuestra navegación la esbelta y elevada torre de la ciudad donde habitaría desde ahora se hizo visible, como envuelta en un vapor azulado, entre los matorrales de la orilla, cuando nos llamamos unos a otros y apareció el emblema de la ciudad, que alcanzaríamos en poco más de una hora, el corazón quería otra vez latirme con fuerza en el pecho. Este signo de pasadas generaciones,

pensé, que había visto tantos y tan poderosos destinos humanos, contemplará también desde ahora tu modesto sino, ya sea su curso bueno o malo, y cuando haga mucho tiempo que éste haya tocado a su fin, dirigirá la mirada hacia otros. Avanzamos con más rapidez, porque todos remaban llenos de esperanza, los más decididos entonaban canciones, y no había pasado una hora cuando nuestro barco atracaba en el dique de piedra del río, frente a grandes edificios. Un estudiante de más edad, que ya llevaba dos años en la ciudad y volvía ahora de las vacaciones pasadas con sus padres, se ofreció a mostrarme una fonda donde alojarme y a ayudarme al día siguiente a encontrar una pequeña habitación donde vivir. Lo acepté agradecido. Se despidió de mí ante la puerta cochera de la fonda a la que me había llevado y prometió venir a verme al amanecer del día siguiente.

Mantuvo su palabra; antes de que me hubiera vestido, ya estaba él en mi aposento, y antes de que el sol alcanzara su cénit, ya estaban instaladas mis cosas en un cuarto de alquiler que habíamos encontrado. Se despidió y se marchó a reunirse con sus amigos. Desde entonces le vi muy raras veces, porque sólo nos había acercado el viaje en barco, y su camino profesional era muy distinto del mío. Cuando salí de mi cuartito para ver la ciudad, me sobrevino de nuevo una infinita angustia. Esa inmensa selva de paredes y tejados, ese enorme hervidero de gentes que no se conocen y que pasan deprisa unas junto a otras, la imposibilidad de orientarme cuando había recorrido algunas calles, y la necesidad de preguntar a cada paso cuando quise regresar a mi cuarto, me abatió profundamente, dado que yo siempre había vivido en familia y en todo momento había estado en lugares en los que conocía todas las casas y a todas las personas. Me dirigí al presidente de la escuela de jurisprudencia para matricularme en el año de estudios preparatorios para el servicio del Estado. Me acogió muy bien debido a mis excelentes notas y me conminó a no cejar en mi aplicación bajo la influencia de la capital. Dios mío, la capital, dados mis escasos recursos, no era sino un bosque cuyos árboles no tenían ninguna relación conmigo, y con su carácter tan ajeno más me impulsaba a aplicarme que a relajar mi aplicación. El día de la apertura del curso, como ya conocía algunos itinerarios que me concernían, fui a la facultad. Aquello era un hervidero de gente. Se impartían todas las asignaturas, y para todas ellas había estudiantes. La mayoría de ellos parecían muy inteligentes, cultos y de mente ágil, de forma que una vez más, convencido de mis escasas dotes, empecé a dudar de que pudiera guardar el paso con ellos. Me dirigí al aula que me tocaba y me senté en uno de los asientos centrales. La clase empezó y pasó, como empezarían y pasarían muchas desde entonces. La ciudad y ellas seguían teniendo algo inusual para mí. Lo que prefería era estar sentado en mi cuartito, pensar en el pasado y escribir cartas larguísimas a mi madre.

»Transcurrido algún tiempo, mi corazón cobró más coraje y fuerza. Nuestro profesor, un digno miembro del consejo escolar, enseñaba preguntando. Yo escribía fielmente sus enseñanzas en mis cuadernos. Cuando ya había preguntado a muchos de mis condiscípulos y por fin me llegó el turno a mí, me di cuenta de que, en nuestra materia, no estaba por debajo de muchos que eran superiores a mí por el atuendo y la manera de comportarse en sociedad, antes bien, los superaba con mucho. Por ese camino fui conociendo poco a poco el ambiente de la ciudad, que hasta entonces me había sido ajeno y a partir de entonces me resultó cada vez más familiar. A algunos estudiantes los conocía ya de años anteriores, porque habían dejado antes que yo, para pasar a este otro centro, aquel mismo colegio en el que había estado; a otros los conocí después. Cuando mi peculio, que administraba con el mayor rigor, disminuía ya visiblemente, uno de mis condiscípulos, que era mi compañero de pupitre y me había oído decir que ya había dado clases antes, me pidió que fuera preceptor de sus dos hermanas pequeñas. Por el contacto diario habíamos trabado cierta amistad y sentíamos una inclinación mutua. Por eso, cuando oyó decir en su casa que buscaban un profesor para las dos niñas, me propuso y me habló también del asunto. Los padres querían verme, él me presentó a ellos, y ellos me aceptaron. Las gestiones que yo había hecho, según mi apreciación de las cosas, para ganar un poco dando clases, habían tenido éxito. No fue un éxito relevante, con eso no había contado, pero éxito al fin y al cabo. Así se había cumplido lo que perseguía cuando me trasladé a la metrópoli. Ahora vivía sin angustias económicas; en la casa de mi amigo, a la que se me invitaba con frecuencia, tenía una suerte de familia, y podía dedicarme con ahínco a mis estudios.

»En las primeras vacaciones fui a ver a mi madre y a mi hermana; llevaba en la maleta las mejores notas y pude hablarles de éxitos que eran evidentes también en otros aspectos; porque hacia finales del año escolar, mi situación había mejorado mucho. Acabadas las vacaciones, dejé la casa de mi madre con un ánimo muy distinto al del año anterior y emprendí el viaje a la ciudad.

»Después del segundo año, ya no pude ir a ver a los míos. Ya era conocido en la ciudad, mi manera de enseñar a los niños correspondía al deseo de muchas familias, me buscaban y también me pagaban mejor. Así mis ingresos eran mayores, siempre ahorraba algo para disponer de una reserva y, lleno de contento por esos progresos, tenía suficiente energía para estudiar, además de mis materias, las ciencias que prefería: las

matemáticas y la física. Lo único molesto era que las familias en las que era preceptor no veían con buenos ojos que interrumpiera las clases por un viaje. Esa exigencia era comprensible; mantuve con mi familia un contacto epistolar más intenso que antes y convine con mi madre y mi hermana en que no iría a verlas antes de terminar los estudios, pero que después me quedaría en casa varios meses.

Eso también fue una decisión satisfactoria para quienes me habían puesto a su servicio.

»La ciudad que al principio me produjera tanto rechazo me resultaba cada vez más agradable. Me acostumbré a ver siempre gente extraña por calles y plazas y a tropezarme muy raras veces entre ellas a alguien conocido; eso me parecía cosmopolita y, del mismo modo que antes me abatía el ánimo, ahora lo fortalecía. Influían mucho en mí los grandes recursos científicos y artísticos que poseía la ciudad. Frecuentaba las bibliotecas, visitaba las galerías de pinturas, me gustaba ir al teatro y oír buena música. Siempre hubo en mí un gran interés por la ciencia y ahora, con la bonanza de mi situación, podía alimentarlo. Lo que necesitaba y no habría podido adquirir con mis propios recursos, lo encontraba en las colecciones. Como no buscaba eso que la gente llama esparcimientos sino que me divertía con mis investigaciones, tenía tiempo suficiente, y como era saludable y fuerte, daba también abasto con mis energías. Hallaba el mayor contento en algunos bellos edificios, sobre todo iglesias, luego estatuas y pinturas. Pasaba no pocos días sumido en la contemplación de los más pequeños elementos de esas cosas. Había conocido también algunas familias que me recibían en su casa, y poco a poco fui aprendiendo a comportarme en sociedad.

»Cuando estaba en el segundo año de estudios, se casó mi hermana. Yo conocía ya de antes a su esposo. Era un hombre muy bueno, no tenía pasiones ni malas costumbres, era amante del hogar, y también una persona activa, tenía una apariencia física agradable, pero eso era todo. Ese matrimonio no me alegró ni me contristó.

Como yo quería tanto a mi hermana, siempre pensé que su marido tendría que ser el hombre más maravilloso del mundo. Y eso fue el caso, sin duda. Mi madre me escribió que mi cuñado amaba mucho a su esposa, que le había hecho fielmente la corte largo tiempo y que por fin había ganado su corazón. Vivían en nuestra casa y desde allí llevaba él, silencioso e incansable, el pequeño negocio que les daba de comer. Escribí en respuesta una carta en la que deseaba dicha y prosperidad a los recién casados y pedía a mi cuñado que amara, cuidara y respetara mucho a su esposa; porque, a mi juicio, ella lo merecía. Las respuestas prometían todo eso, y las cartas que siguieron siempre llevaban el sello de una tranquila paz doméstica.

»En esa situación llegó el tiempo en el que, con mis últimos exámenes, terminé los años preparatorios. Cuando hacía el equipaje para, según habíamos convenido, ver de nuevo a mi familia después de tan larga separación, llegó una carta escrita de la mano de mi hermana, cuyo interior presentaba abundantes vestigios de lágrimas y que me decía que nuestra madre había muerto. Había caído enferma hacía algún tiempo, no se consideró peligroso el mal, y como sabían que estaba preparando los últimos exámenes, para no molestarme no quisieron comunicarme que estaba enferma. Ese estado se prolongó diez días, después empeoró rápidamente y, antes de que se dieran cuenta, había abocado en la muerte. Sólo pudieron anunciarme ésta. Reuní al instante cuanto parecía necesario para un viaje, escribí dos líneas a un amigo en las que le pedía que comunicara lo ocurrido a los conocidos que le indicaba y que me disculpara por partir sin despedirme. Tras lo cual me fui a la estación de postas y pedí que me asentaran en la lista de viajeros. Dos horas más tarde ya estaba en el carruaje, y aunque viajábamos día y noche, aunque desde la última posta, en la que el camino se desviaba hacia mi tierra natal, tomé caballos sólo para mí y cambiando éstos continué sin hacer pausa, llegué tarde para poder ver los restos mortales de mi madre. Reposaba ya en la tumba. Sólo percibí huellas de su existencia en sus vestidos, en utensilios, en instrumentos de trabajo que habían quedado sobre su mesita. Me arrojé sobre un diván ahogado por el llanto. Era la primera gran pérdida que sufría. Cuando murió mi padre yo era muy pequeño para poder sentir todo su peso. Aunque aquel primer dolor había sido indeciblemente agudo y creí que no lo sobreviviría, fue disminuyendo, a pesar mío, de día en día hasta que se convirtió en una sombra y, transcurridos algunos años, ya no podía representarme a mi padre. Ahora era distinto. Me había habituado a ver en mi madre la imagen misma de la pulcritud en el hogar, la imagen de la paciencia, la dulzura, el orden y la constancia. Se había convertido así en el centro de nuestros pensamientos, y ni siquiera se me había pasado por la cabeza que algún día pudiera haber un cambio. Ahora veía cuánto la queríamos. Ella, que nunca había pedido nada, que nunca había pensado en sí misma, que siempre había dado en silencio, que había aceptado cada golpe del destino como algo que el cielo le enviaba y que, con fe tranquila, había entregado a sus hijos en manos del futuro, ya no existía. Bajo el manto de la tierra dormía su corazón, que allí dormía tal vez tan resignado y conforme como había dormido en su alcoba bajo las blancas sábanas. Mi hermana era como una sombra, quería

consolarme y yo no sabía si estaba más necesitada de consuelo que yo. El marido de mi hermana tenía cierta resignación, guardaba silencio y se dedicaba a su trabajo. Al cabo de algún tiempo pedí que me enseñaran la tumba de mi madre, lloré allí desde lo más hondo de mi alma y recé allí al Señor de los cielos. Cuando regresé a la casa, recorrí todas las habitaciones en las que ella había estado en los últimos tiempos, en especial su pequeña alcoba, donde habían dejado todo tal como estaba cuando cayó enferma. Mi cuñado y mi hermana me ofrecieron y me pidieron que me quedase algún tiempo con ellos. Acepté. En la parte posterior de la casa, que era la que siempre había preferido, había ya antes de la enfermedad de mi madre una habitación para mí, preparada casi enteramente por ella. Me instalé en ese cuarto y allí deshice mi maleta. Sus dos ventanas daban al jardín, las blancas cortinas estaban como las había dejado mi madre y las blancas sábanas aún habían sido alisadas cuidadosamente por sus dedos. Casi no me atrevía a tocar nada, para no destruirlo. Me quedé mucho tiempo inmóvil, sentado en la habitación. Luego recorrí otra vez toda la casa. No me parecía ser la misma en la que había vivido mis días infantiles. Me parecía grandísima y extraña. La vivienda que mi hermana y su marido instalaran en la casa para ellos no existía antes, en cambio había desaparecido la alcoba de mi padre y de mi madre, que había seguido allí después de que él muriera; tampoco encontré el cuarto que habíamos tenido de niños y que, cuando yo volvía de vacaciones a casa, siempre había visto en su estado originario. Evidentemente, era un hogar distinto el que habían instalado allí. Llegado al desván, vi que habían reparado las partes deterioradas del tejado, que habían colocado tejas nuevas y que en los ángulos, donde antes se hallaban las tejas redondeadas, se había empleado la nueva manera de pegar con argamasa. Todo eso me dolía, aunque era natural y en otro tiempo apenas lo habría advertido. Pero ahora mi ánimo estaba exacerbado por el dolor y se me antojaba que habían arrojado fuera de la casa todo lo de antes, incluida a mi madre.

»Desde entonces viví retraído en mi cuarto, leía, escribía, iba cada día a la tumba de mi madre, recorría sembrados y florestas, pero me mantenía alejado de las gentes, porque siempre hablaban de mi pérdida y con sus palabras no cesaban de ahondar en la herida. La casa también estaba muy silenciosa. Los recién casados aún no tenían hijos, mi cuñado, de natural apacible y sencillo, se encontraba casi siempre fuera de casa, mi hermana se ocupaba de los quehaceres domésticos con la única sirvienta que tenía, y cuando venía el crepúsculo, se cerraba por dentro con barras de hierro la puerta que daba a la calle y sólo quedaba abierta la que llevaba al jardín, hasta que llegaba la hora de acostarse y entonces mi hermana cerraba también esta última con sus propias manos. La felicidad doméstica de los esposos parecía asentada sobre firmes fundamentos, eso era bálsamo para mi herida, y perdoné al cuñado que no fuese un hombre que por sus altas dotes y su espíritu dinámico pudiera llevar a mi hermana al séptimo cielo.

»Así transcurrieron varias semanas. Antes de partir fui a nuestra administración judicial, renuncié allí, a favor de mi hermana, a la parte que me correspondía de la herencia recibida de nuestros padres y cedí todos mis derechos a mi hermana. Así ambos esposos tenían asegurada la existencia todo el tiempo que el cielo les concediera; yo había recibido en herencia mis estudios y esperaba que, con los conocimientos que ellos me habían aportado y los que todavía pensaba adquirir, podría ganarme la vida. Después, acompañado por la gratitud y por los mejores y más fervientes deseos de mi hermana y de mi cuñado, partí de nuevo rumbo a la ciudad.

»Allí empecé ahora a llevar una vida muy recoleta. Había ahorrado tanto que sólo tenía que emplear una pequeña parte de mi tiempo en dar clases. El resto me lo guardé para mí y me dediqué a la física, a la historia y a las ciencias políticas. Mi oficio propiamente dicho lo descuidé un poco. Las ciencias y el arte, a cuyos placeres nunca había renunciado, me colmaban por completo. Menos que nunca buscaba la compañía de los hombres. La necesidad de emplear bien el tiempo para prepararme a la profesión y asegurarme al mismo tiempo la subsistencia ya me había hecho llevar en años anteriores una vida bastante solitaria, y ahora continué viviendo de la misma manera.

»Pero esa forma de vida no duró mucho tiempo. A los seis meses de haber dejado la tumba de mi madre, me llegó la noticia a través de mi cuñado, de que a las dos tumbas de mi padre y mi madre había venido a añadirse en el panteón familiar una tercera, la de mi hermana. Desde la muerte de nuestra madre no se había recuperado del todo, y un enfriamiento imprevisto acabó con su vida. El cuñado, sinceramente afligido, como pude ver, me escribió que estaba desamparado, que ya nada le causaba deleite, que deseaba vivir en soledad, que la difunta le había nombrado heredero, pero que él querría gustoso compartir la herencia conmigo, pues no tenía hijos, su única alegría yacía en la tumba, él ya tenía poco interés en poseer nada y, para el tiempo que aún había de pasar aquí hasta poder reunirse con Kornelia, ya encontraría el pedazo de pan, que para su vida sencilla podía ser bien pequeño. Como aquel hombre había amado a mi hermana, como sus cartas siempre hablaban de su felicidad, le concedí la pequeña propiedad y le escribí que yo no reivindicaba nada para mí y que podía disfrutar de la herencia sin compartirla. Me dio las

gracias, pero inferí de su carta que el regalo no le causaba especial alegría.

»Ahora me retiré aún más, y mi vida era muy triste. Dibujaba mucho, a veces también modelaba con barro y hasta trataba de representar algo con colores. Al cabo de algún tiempo me vino la propuesta, a través de un amigo, de vivir en casa de una familia acaudalada y culta, de tomar a mi cargo una parte de las clases de un niño de esa familia, en condiciones favorables, entre las que se hallaba el estar poco sujeto, poder ausentarme con frecuencia y en parte incluso hacer pequeños viajes. En la soledad en que vivía, la perspectiva de vivir en familia me atraía hasta cierto punto, y acepté la oferta con la condición de tener la libertad de poder cancelar el compromiso en todo momento. Se me concedió lo que pedía, hice mis maletas y a los tres días viajaba en dirección a la propiedad de la familia. Era una agradable mansión, y en sus cercanías había grandes explotaciones agrícolas que pertenecían a un conde. Estaba a casi dos jornadas de viaje de la ciudad, era muy espaciosa y soleada, tenía deliciosos terrenos cubiertos de césped en torno a ella y comunicaba con un gran jardín en el que se cultivaban hortalizas, pero también frutales y flores. El dueño de la casa era un hombre que vivía de sus abundantes rentas pero que fuera de eso no tenía ningún cargo ni ninguna otra ocupación lucrativa. Así me lo habían descrito, y me dijeron además que era un hombre muy bueno con quien todo el mundo se entendía, que tenía una mujer excelente y hacendosa y que, aparte del niño, había una hija adolescente. Tales cosas fueron en esencia las que me animaron a aceptar. Esa familia había oído decir mi nombre en una casa a la que estaba vinculada por una íntima amistad, y allí me habían recomendado mucho. En la última estación de postas me enviaron un coche para recogerme. Era una hermosa tarde cuando yo entraba en Heinbach, ése era el nombre de la mansión. Nos detuvimos delante de una gran puerta cochera, dos criados bajaron la escalera para hacerse cargo de mis cosas y enseñarme mi habitación. Cuando estaba aún en el coche sacando unos libros y otras menudencias, bajó también el dueño de la casa, que me saludó amablemente y me llevó él mismo a mi alojamiento, que constaba de dos acogedoras habitaciones. Dijo que me instalara allí, que lo hiciera pensando sólo en mi comodidad, que había encargado a un sirviente que se pusiera a mis órdenes y que cuando hubiese terminado y deseara, quizá ese mismo día, hablar con su esposa, tocara la campanilla y el criado me conduciría hasta ella. Acto seguido, se despidió con toda cortesía y se marchó. Aquel hombre me gustó mucho. Me despojé de mi ropa cubierta de polvo, me aseé, ordené en mi habitación sólo lo más necesario, me vestí de modo adecuado para una visita y mandé preguntar a la señora de la casa si podía presentarme a ella. Me envió una respuesta afirmativa. Me guiaron por una galería en la que colgaban diversos cuadros, entramos en una antesala y, desde allí, en el aposento de la señora. Era una gran pieza con tres ventanas, que comunicaba con un delicioso gabinete. En esa habitación había muebles alegres, algunos cuadros, y el sol de la tarde quedaba mitigado por suaves cortinas. La mujer estaba sentada ante una gran mesa, a sus pies jugaba un niño, y al lado, ante una mesita, estaba sentada una niña que tenía un libro delante de ella. Daba la impresión de haber estado leyendo en voz alta. La mujer se levantó y vino a mi encuentro. Era muy bella, bastante joven aún, y lo que más me llamó la atención fue que tenía un precioso cabello castaño pero unos ojos profundamente oscuros, grandes y negros. Me asusté un momento, pero no sabía por qué. Con una amabilidad que ganó mi confianza me pidió que tomara asiento y, así que lo hice, se dirigió a mí por mi nombre y apellido, me dio la bienvenida casi con afecto y añadió que ella había deseado vivamente tenerme bajo su techo.

»—Alfred —dijo—, ven y bésale la mano a este señor.

»El niño que había jugado hasta entonces junto a ella se levantó, se acercó a mí, me besó la mano y dijo: “Te doy la bienvenida”.

»—Y yo a ti también —repliqué estrechando un poco la manita del niño. Tenía una tez sonrosada, el cabello castaño como la madre, pero los ojos eran de un azul profundo, como me pareció haberlos visto en el padre.

»—Éste es el niño por el que tanto he deseado que venga usted a nuestra casa —dijo ella—. Su tarea consistirá menos en darle clase, para eso hay preceptores que vienen a casa; lo que le pedimos es que viva aquí con nosotros, que procure estar mucho con el niño a fin de que tenga trato, además de con su padre, con un hombre joven, lo cual influirá sin duda en él. En realidad, la educación no es otra cosa que estos contactos, un niño, por pequeño que sea, no ha de limitarse a estar en contacto con su madre o con otros niños. Enseñar es mucho más fácil que educar. Para ello sólo hay que tener ciertos conocimientos y saber transmitirlos, para educar hay que ser algo. Pero cuando alguien es algo, entonces, en mi opinión, educa también con facilidad. Mi amiga Adele, la esposa del comerciante cuyo almacén está enfrente de la fachada de la catedral, me ha hablado de usted. Si a usted le parece bien dar también clase de algo al niño, dejo a su buen criterio cómo y hasta qué punto quiere usted hacerlo.

»No pude responder nada a esas palabras; me había sonrojado mucho.

»—Mathilde —dijo la mujer—, saluda también a este señor, desde ahora vivirá en nuestra casa.

»La niña, que había permanecido sentada frente a su libro abierto, se levantó y se acercó a mí. Me asombré de que fuese ya tan alta, me la había imaginado más pequeña. Había estado sentada en una silla más baja. Cuando se aproximó a mí, me levanté, nos hicimos una inclinación mutua, Mathilde volvió a su sitio, y yo al mío. La mujer, sin duda, había procedido a esas presentaciones para que yo me recuperase de mi confusión. Y en efecto, me recuperé en gran parte. Probablemente tampoco esperaba una respuesta a las palabras que me había dirigido. Ahora me hizo varias preguntas sobre cosas indiferentes y yo respondí a ellas. No quiso saber nada sobre mi vida privada ni sobre mi familia. La conversación duró bastante tiempo y después me despidió, dijo que descansara un poco del viaje y que volveríamos a vernos para la cena. El niño me había tenido cogida la mano todo el tiempo, se había quedado de pie a mi lado, levantando a menudo la vista hacia mí. Me desprendí ahora de su mano, me incliné ante la madre y salí de la habitación.

»Llegado a mis habitaciones, me senté en una de las bonitas sillas. Ahora sabía por qué me habían puesto condiciones tan favorables y cuán grande era la dificultad de mi tarea. Tuve miedo. El comportamiento de la mujer me había gustado mucho, por eso mi miedo era aún mayor. Cuando llevaba ya un rato sentado en la silla, me levanté y recordé que también debía ir a ver al dueño de la casa. Toqué la campanilla y cuando llegó el criado le pedí que me condujera a presencia de su amo. El criado respondió que el amo había ido al bosque y que no regresaría hasta la noche. Había dado orden de que me dijeran que deshiciera el equipaje, que descansara y no me sintiera obligado a nada frente a él, ya seguiríamos hablando al día siguiente. Por eso me quité la ropa que me había puesto para ir a ver a la señora, me puse otro atuendo y ordené mis cosas en las habitaciones. En esa ocupación se me fue poco a poco cuanto me quedaba del día. Cuando terminé, estaba oscureciendo. Después de asearme y de haberme vestido para la cena, me dijo mi sirviente que el amo ya había regresado y me anunciaba su visita. Dije que sí, el señor llegó y preguntó si en mis habitaciones todo estaba debidamente preparado y si no me faltaba nada. Respondí que todo era superior a lo que esperaba y que por eso expresar además otros deseos sería inmodesto en exceso. Dijo que pedía la bendición divina para mi entrada en su casa, que deseaba que mi estancia en ella fuese agradable y que no la abandonase un día con arrepentimiento y dolor. Tras lo cual me invitó a cenar. Fuimos a un comedor muy alegre en el que tomamos una sencilla cena entre sencillas conversaciones. Asistimos a ella el señor, la esposa, los dos hijos y yo.

»A la mañana siguiente mandé preguntar si podía hacer una visita al señor. Me invitaron a hacerla y mi sirviente me llevó a presencia suya. Yo estaba vestido con la misma ropa de visita que la víspera, cuando me presenté a su mujer. El señor estaba sentado rodeado de papeles y escritos, se levantó al verme llegar, salió a mi encuentro, me saludó con la más exquisita educación y me condujo hasta una mesa. Estaba ya vestido, y con la mayor elegancia, de pies a cabeza. Cuando hubimos tomado asiento, dijo:

»—Sea de nuevo bienvenido a mi casa. Nos ha sido recomendado usted de tal manera que nos consideramos felices de que haya venido a nuestra casa, de que quiera vivir algún tiempo entre nosotros y permita que mi querido hijo, al que deseo un futuro feliz, disfrute de su compañía. Creo que quizá vea usted dentro de algún tiempo que somos amigos suyos, y puede que entonces nos brinde su amistad. Organice sus actividades como quiera, dedíquese a lo que exija su futura profesión, y considere en todos los aspectos que está usted en su propia casa, sin duda habrá de habituarse a una vida austera. Aquí y en la ciudad recibimos pocas visitas y nosotros también hacemos pocas. A Mathilde la educa directamente mi mujer. Con las institutrices no hemos tenido suerte. Por eso hemos renunciado a buscar para Mathilde una señorita de compañía. Ella está con su madre, en ocasiones se ve con otras muchachas de su edad, y algunas veces toma parte en las conversaciones y los paseos de dos jóvenes, buenas y encantadoras, de más edad. Por otra parte continúa instruyéndose y dedica tiempo a estudiar. En cuanto al niño, usted mismo verá cómo es. Nos han dicho que en la ciudad llevaba usted una vida muy retirada, por eso creemos que en nuestra casa no echará demasiado de menos la sociedad de los hombres. Me intereso por algunas cuestiones científicas, y si no le desagrada conversar sobre ello, caso de que coincidamos en las materias, considéreme como su hermano mayor, y no sólo en eso, sino también en todas las otras cosas.

»—Su bondad me llena de confusión —respondí— y ahora veo qué grande es la tarea que tengo en su casa. No sé si sabré cumplirla, ni siquiera en pequeña medida.

»—Tal vez no sea difícil cumplirla —replicó.

»—¿Y si así no fuese, a pesar de todo?

»—Entonces seríamos sinceros y se lo diríamos, para poder obrar en consecuencia —respondió.

»—Eso me quita un peso de encima —repliqué—; porque de ese modo nunca habrá desconfianza. Hasta ahora sólo he vivido en dos familias, en la de mi madre (porque mi padre murió en mi primera juventud), y en la de un venerable funcionario de avanzada edad, en cuya casa recibí alojamiento y comida durante los

años de la escuela preparatoria. La primera familia es inolvidable, como para toda la gente, y la segunda también lo es para mí.

»—Quizá lo sea también la nuestra —dijo—; y ahora, que le enseñen la casa y sus dependencias para que conozca el lugar que usted habitará durante algún tiempo. Pero si quiere hacer otra cosa, hágala. Siempre podrá venir a verme, no necesita anunciarse ni llamar a la puerta.

»Con estas palabras concluyó nuestra conversación, nos levantamos, nos despedimos, él me dio amablemente la mano, y salí del cuarto.

»Me vestí entonces con mi ropa habitual y mandé preguntar si Alfred tenía tiempo para acompañarme y enseñarme algo de la casa y del jardín. Me respondieron que Alfred vendría enseguida y que tenía tiempo suficiente. La madre, personalmente, me trajo al niño y también vino acompañada de un criado que llevaba un manojo de llaves y tenía órdenes de mostrarme las habitaciones de la casa. El criado era un hombre mayor y parecía estar encargado de supervisar a los otros sirvientes. La madre se marchó enseguida. Yo hablé unas palabras amables con el niño, que parecía tener unos siete años, él replicó con naturalidad y, en mi opinión, con confianza. Luego fuimos a recorrer las habitaciones de la casa. Ésta no era antigua, no era un palacio y podía haber sido edificada en el siglo diecisiete. Constaba de dos alas que formaban un ángulo recto y encerraban un espacio cubierto de arena. El acceso era, sin embargo, por el lado opuesto, de ahí que el espacio arenoso, que tenía macizos de flores, se asemejara más a un jardín y a un campo de juegos infantiles que a una entrada para coches. También había en ese espacio, fijados a las paredes de la casa, unos toldos de lino que se extendían para resguardar del sol. La casa tenía una planta baja y un piso alto. Una amplia galería, por la que se accedía a las habitaciones, recorría ambos niveles. Las paredes del pasillo eran blancas como la nieve, tenían ornamentos de estuco, ventanas de hermosas rejas, y las puertas de los aposentos eran de madera marrón, muy bien encerada. En muchos puntos de las galerías colgaban cuadros. No eran de primera calidad, pero ni mucho menos tan malos como suelen ser esas pinturas de pasillos y escaleras. Los objetos representados en ellos abarcaban un ámbito restringido: paisajes con vistas de la comarca circundante o de edificios conocidos, animales (sobre todo perros entre aparejos de caza), utensilios de cocina o interiores de aposentos o de otras piezas. El viejo servidor abría algunas estancias que estaban fuera de uso; porque la casa tenía más de las que utilizaban sus moradores. Había un gran salón, magníficamente amueblado, en el que, llegado el caso, se daban recepciones, había también otras piezas para usos diferentes, entre ellas una enorme sala para libros, y los cuartos de invitados. Todo estaba muy bien amueblado y limpio y ordenado. Cuando terminamos de ver la casa, dijo Alfred que ya no necesitábamos a Raimund, el viejo sirviente, que el jardín me lo enseñaría él solo. Estuve de acuerdo, despedí al criado y salí al exterior con Alfred. Dejamos sin visitar la planta baja, en la que estaban los cuartos para el servicio, la cocina y otras dependencias. Las caballerizas y las cocheras se hallaban fuera de la casa, en edificios separados. Cuando salimos al exterior, apareció ante la vista un espacio cubierto de magnífico césped, por el que discurrían múltiples caminos de artificioso trazado. En ese prado había árboles altísimos muy separados entre sí. A cada uno de ellos llevaba un camino y casi al pie de cada uno había un banquito o cualquier otro asiento. Alfred me llevó a la mayor parte de ellos y me dijo sus nombres. Me alegró esa señal de buena memoria y de atención. Me contó también lo que habían hecho ora bajo aquel árbol, ora bajo aquel otro, y a lo que habían jugado. Los árboles eran encinas, tilos, olmos y un gran número de perales muy grandes. Ese género de bosque tenía un atractivo especial.

»—Al estanque no me dejan ir solo —dijo Alfred— porque me podría caer, y claro que no voy; pero como hoy estás conmigo, podemos ir a verlo. Ven conmigo, tengo pan para dárselo a los patos y a los peces.

»Me cogió de la mano y me dejé llevar por él. A través de unos pequeños matorrales, me condujo a un estanque de medianas dimensiones, que tenía la singularidad de que habían construido sobre él, a pequeños intervalos, unas cabañitas de madera destinadas a que anidaran en ellas los patos salvajes. Una finalidad que se cumplía, en efecto, a gran escala. El verano aún no estaba muy avanzado, y todavía vimos a muchas madres nadando en el agua con sus crías, ya casi adultas, pero todavía incapaces de alzar el vuelo. A la orilla, en diversos lugares, había unos comederos sobre tablas. En el agua se movía también un gran número de pesadas carpas. Alfred sacó del bolsillo un trozo de pan blanco, lo partió en trocitos, los arrojó uno a uno al agua, y se alegraba muchísimo cuando los patos, y a veces la torpe boca de una carpa, trataban de atraparlos. Parecía que me había llevado al estanque con esa finalidad. Cuando hubo terminado con el pan, seguimos nuestro camino. Alfred dijo:

»—Si quieres ver también el jardín, te llevaré a él.

»—Sí, claro que quiero verlo —respondí.

»Me llevó de nuevo a través de los matorrales y nos dirigimos al lado opuesto de la casa. Allí había un gran jardín rodeado de una verja, y entramos en él por la cancela. Flores, hortalizas, frutales enanos y

cultivados en espaldera nos dieron la bienvenida. A lo lejos vi los árboles frutales de mayor tamaño, probablemente de frutas nobles. No le dije a Alfred, y él seguramente tampoco quería saberlo, que el jardín me gustaba mucho más que el estanque. Había allí las flores que suelen cultivarse en los jardines, muy bien cuidadas y bellamente dispuestas. No sólo estaban en los lugares apropiados para ellas sino reunidas en un hermoso conjunto. En cuanto a las hortalizas, me pareció ver las mejores variedades que sólo se encuentran en las tiendas especializadas de la ciudad. Entre ellas estaban los frutales enanos. Los invernaderos albergaban flores, pero también frutas. Un larguísimo corredor, con un techo de viñas, nos condujo al vergel. Los árboles estaban a bastante distancia unos de otros, muy bien cuidados, tenían debajo suelo de hierba, y también allí había senderos que iban de uno a otro. Por la derecha, esa parte del jardín tenía como límite unos espesos avellanos. Un camino nos condujo a través de ellos. Al otro lado nos topamos con un espacio abierto en el que se alzaba un pabellón bastante grande. Tenía paredes de mampostería, altas ventanas, techumbre de tejas, y su forma era hexagonal. La parte exterior de esa casa estaba completamente cubierta de rosas. En las paredes se habían fijado espalderas y en ellas se sujetaban las ramas de los rosales. Éstos estaban plantados en la tierra de delante de la casa, eran de diferente tamaño y se hallaban enlazados entre ellos de tal manera que cubrían por completo la pared. Como era la época de la floración de las rosas, y esas rosas florecían de modo exuberante, era como si se alzase allí un templo de rosas, y las ventanas estuviesen insertas en él. Allí había todos los colores, desde el rojo púrpura más oscuro, casi violeta, pasando por el rosa y el amarillo, hasta el blanco. El perfume llegaba hasta muy lejos. Me quedé mucho tiempo parado delante de esa casa, y Alfred estaba a mi lado.

Además de las rosas del pabellón, había dispersos por toda la explanada macizos formados por rosales grandes y pequeños. Ese orden obedecía a un plan muy pensado, se veía enseguida. Todas las plantas portaban etiquetas con sus nombres.

»—Ésta es la rosaleda —dijo Alfred—, hay muchas rosas, pero no se puede coger ninguna.

»—¿Quién planta esas rosas y quién las cuida? —pregunté.

»—Mi padre y mi madre —respondió Alfred—, y el jardinero tiene que ayudarles.

»Me acerqué a todos los parterres de rosas y luego di una vuelta en torno a la casa. Cuando lo hube contemplado todo, entramos también en la casa. El pavimento era de mármol, y sobre él había finas esteras de junco. En el centro se alzaba una mesa y en las paredes había banquitos, con los asientos de juncos trenzados. En la casa había un agradable frescor, porque las ventanas por las que podía entrar el sol estaban protegidas por maderas articuladas. Cuando salimos del interior de ese pabellón fuimos otra vez al huerto de frutas y lo recorrimos hasta el final. Llegados a la verja dijo Alfred:

»—Aquí se acaba el jardín y tenemos que dar la vuelta.

»—Eso fue lo que hicimos, retornamos a la cancela de entrada, la atravesamos, nos dirigimos a la casa y llevé a Alfred a donde estaba su madre.

»Ésa era la casa y ése era el jardín de Heinbach, la propiedad del señor y la señora Makloden.

»El primer día transcurrió muy bien, y asimismo el segundo, el tercero y algunos más. Me habitué a mis dos habitaciones y, en mi disposición de espíritu, el silencio del campo me hizo bien. En cuanto a las estudios de Alfred, se había tomado la siguiente medida: el conde, cuyas granjas estaban cercanas a Heinbach, y el señor de Heinbach, como también llamaban a Makloden, donaron una suma que venía a aumentar el sueldo del maestro del municipio de Heinbach, con la condición de que ocupara siempre ese puesto un hombre versado en determinadas materias, al que ellos siempre tuvieran el derecho de proponer y que se obligara a dar clase en sus casas a los niños de Heinbach y a los del administrador de las granjas, tarea por la que recibiría una retribución especial. La escuela y la iglesia de Heinbach estaban a media legua escasa de la casa señorial. El maestro llegaba todas las tardes y se quedaba algún tiempo con Alfred. A Mathilde le daba menos clases. Yo estaba encargado de organizarle las clases a Alfred, lo que hacía de común acuerdo con el maestro, un joven muy modesto y no carente de cultura. La enseñanza de algunas materias, sobre todo los idiomas, me la reservaba para mí. Así se puso el plan en marcha y así continuamos con él.

»La vida en Heinbach era en efecto muy sencilla. Nos levantábamos con el sol de la mañana, nos reuníamos en el comedor para desayunar, seguía un poco de conversación, y después iba cada uno a sus tareas. Los niños habían de hacer sus deberes, que sobre todo a Mathilde le imponía su madre en muchos campos. El padre iba a su despacho, leía, escribía, o inspeccionaba el jardín o las pocas tierras que pertenecían a la casa. Yo en parte me quedaba en mis habitaciones, ocupado con los trabajos que había empezado en la ciudad y que proseguía allí, en parte iba al cuarto de Alfred y supervisaba y dirigía lo que él hacía. La madre me asistía en eso, pues consideraba su deber estar con Alfred aún más tiempo que yo.

El almuerzo nos reunía de nuevo en el comedor, por la tarde tenían lugar las clases, y el resto del día se

empleaba en conversar, pasear, estar en el jardín o, sobre todo cuando llovía, en leer en común algún libro. Lo que se podía hacer al aire libre, se prefería llevarlo a cabo fuera de la casa y no en las habitaciones. Para ello era muy apropiado el espacio contiguo a la casa, bajo los toldos de lino, un sitio que le gustaba mucho a la madre. Ella pasaba horas enteras en ese lugar, ocupada en alguna tarea femenina, y también los niños con sus avíos de escribir y con libros. Eso ocurría sobre todo cuando el sol matinal vivificaba el aire y sin embargo aún no tenía fuerza para calentar tanto las paredes que ya no se sintiera uno a gusto junto a ellas. También se utilizaban los múltiples banquitos que había sobre el césped, ante los que se instalaban mesitas, y el interior de la casa de las rosas. En ocasiones se concertaban largos paseos. Esos días no había clases, se fijaba la hora en la que había que salir, todos habían de estar preparados, y con el toque de campana se emprendía la marcha. A veces íbamos a un monte, a un bosque o caminábamos por hermosos y amenos valles. En algunas ocasiones nuestra meta era un pueblo. En torno a la casa había, a escasa distancia, propiedades de familias con las que se relacionaban los señores de Heinbach. A veces llegaba un carruaje ante nuestra casa, a veces iba el nuestro a un lugar vecino. Los niños se juntaban para sus propios entretenimientos, y los mayores se reunían. La madre de Alfred veía con buenos ojos, según me dijo, que una amiga de Mathilde se quedara algún tiempo con ella, pero ella no podía decidirse a dejar a su hija en casa de otras familias. No quería separarse de ella. Además, en su opinión, Mathilde no se sentiría bien lejos de ella. En cuanto a las artes, en las mutuas visitas se practicaba sobre todo la música. Se cantaba, se tocaba el piano y, en cuartetos, el violín. El padre de Alfred me pareció un violinista consumado. Nosotros asistíamos a esos recitales. Pero a quienes sólo éramos espectadores también nos gustaba mirar a los niños cuando saltaban y se divertían con sus juegos en la explanada del césped. Con todo esto, la madre de Alfred desplegaba una gran actividad como ama de casa. Indicaba a criados y sirvientas lo que necesitaba la casa, se ocupaba de que todo se llevara a cabo como era debido, dirigía las compras y repartía las tareas. La vestimenta del señor, de su esposa y de los hijos era muy distinguida pero también muy sencilla y natural. Después de cenar aún se conversaba bastante tiempo sin levantarse de la mesa y después cada uno se dirigía a su aposento.

»Así pasó algún tiempo y así llegó poco a poco el otoño. Yo me habituaba cada vez más a aquella casa y cada día me sentía más a gusto en ella. Me trataban con gran afabilidad. Lo que necesitaba estaba siempre allí antes de que formulara expresamente esa necesidad. Pero no sólo me proporcionaban lo que necesitaba sino también lo que contribuía a alegrar la vida. Ponían en mis habitaciones macetas con flores que me gustaban, de vez en cuando encontraba allí un libro, un nuevo utensilio de pintura, y cuando una vez me ausenté varios días, a mi regreso vi mis habitaciones revestidas de colores que yo había ponderado mucho un día que visitamos un palacio vecino. En los paseos, al padre de Alfred le gustaba unirse a mí, caminábamos separados de los demás y sosteníamos conversaciones que, en lo que él decía, me parecían muy sustanciales. La madre de Alfred tampoco parecía poco inclinada a departir conmigo. Cuando yo estaba en el cuarto de Alfred, contiguo al suyo, le gustaba entrar y hablar conmigo, o también me hacía entrar en su cuarto, me invitaba a sentarme y charlaba conmigo. Poco a poco la había puesto al corriente de mi situación familiar, ella había escuchado con interés y dicho algunas palabras muy bienhechoras para mi alma. Alfred me tomó afecto desde los primeros días y esa inclinación iba en aumento. Su naturaleza no estaba deformada. Era muy sano de cuerpo, y eso repercutía también en su espíritu, que, además, estaba rodeado por la moderación y ecuanimidad de los suyos. Estudiaba muy a fondo y tenía facilidad para aprender, era obediente y sincero. Pronto le tomé afecto. Antes de que llegara el invierno, pidió vivir cerca de mí y no de su madre, dijo que ya no era un niño pequeño que necesitara siempre a la madre y que por eso pronto habría de vivir junto a los hombres. Se lo concedieron a instancias mías, obtuvo una habitación junto a las mías, y el criado que hasta entonces, además de otras tareas, se encargaba de mi servicio personal, ahora nos fue asignado a los dos. Su cuerpo también se desarrollaba con bastante celeridad, había crecido durante el verano, la cabeza era más regular y su mirada más intensa.

»Así terminó el otoño, y cuando ya la escarcha cubría los prados por las mañanas, nos trasladamos a la ciudad. Allí hubo algunos cambios. Alfred y yo seguíamos viviendo en habitaciones contiguas; pero en lugar del cielo y de las montañas y de los verdes árboles, se veían por nuestras ventanas casas y paredes. Yo estaba habituado a ello por haber vivido antes en la ciudad, y Alfred no prestaba atención a esas cosas. Se tomaron más preceptores en más asignaturas, y el horario de clases era más apretado que en el campo. También teníamos contacto con mayor número de gente, y aumentaron los factores que ejercían su influencia. Pero allí no se me trató menos bien que en el campo. Poco a poco fui considerado uno de la familia, y cuanto concernía a la comunidad de la familia era también de mi competencia. La madre de Alfred se encargaba de mi bienestar material y sólo era asunto mío la compra de vestimenta, de libros y cosas parecidas.

»Apenas llegaron las primeras brisas de la primavera, nos trasladamos de nuevo a Heinbach. Mathilde, Alfred y yo íbamos en un carruaje, el padre y la madre, en otro. Alfred no quería separarse de mí, quería sentarse a mi lado. Hubo que organizarlo, entonces, de manera que Mathilde se sentara enfrente de nosotros. Cuando entré en la casa, ella aún no había cumplido catorce años. Ahora se acercaba a los quince. Durante el año transcurrido había crecido mucho, de modo que era tan alta como una joven ya desarrollada. Su cuerpo era sumamente delgado, pero de hermosas proporciones. La solían vestir con ropa oscura, que le sentaba muy bien. Cuando iba de azul turquí o del color del clavel o de la violeta y aquel blanco delicioso bordeaba por arriba el vestido, se ponía de manifiesto una gracia y una armonía que venían a decir que todo era como debía ser. Sus mejillas saludables, suavemente sonrosadas, iban tomando ahora una forma alargada, su boca era de un rojo profundo, los grandes ojos, negros y brillantes, y el cabello castaño y puro dejaba la suave frente al descubierto. La madre la quería mucho, casi no la dejaba de su lado, hablaba con ella, iba con ella a pasear, le daba clase en el campo y en la ciudad, asistía a todas las clases que le impartía el preceptor. El verano anterior, sólo la había dejado pasear muchas veces conmigo y con Alfred por el césped, por el jardín y hasta por la comarca circundante. Yo caminaba entonces con los dos niños, les hacía preguntas, les contaba cosas, y ellos también me contaban y preguntaban. Alfred me tenía cogida la mano casi todo el tiempo o trataba de engancharse a mí de algún modo, aunque fuese con una horquilla que cortaba de algún matorral. Mathilde marchaba a nuestro lado. Yo sólo velaba por que no hiciese movimientos violentos, que no convienen a una joven y podrían perjudicar su salud, ni se metiera en terrenos cenagosos o sucios, que podrían mancharle los vestidos o los zapatos; porque la educaban en la mayor pulcritud. Sus vestidos debían ser inmaculados, su dentadura, sus manos, tenían que estar limpísimas, y la cabeza y el cabello recibían a diario tan excelentes cuidados que era imposible encontrar nada censurable en ellos. Yo enseñaba a los niños las montañas que se veían desde allí y les decía cómo se llamaban, les mostraba los árboles, los arbustos e incluso algunas plantas de los prados, recogía para ellos guijarros, conchas de caracol y de moluscos y les hablaba del modo de vida de los animales, incluso de los que son grandes y fuertes y viven en bosques lejanos o aun en desiertos. Alfred se interesaba mucho por el comportamiento y la actividad de las aves, sobre todo por su canto. Le alegraba reconocer un pájaro por el vuelo, y cuando se oían las voces en la floresta o en el bosque, sabía enumerar todos los cantores que las proferían. Se lo enseñaba también un poco a Mathilde y le preguntaba de dónde provenía este o aquel sonido. Nunca infringí las órdenes de la madre, y la belleza y la salud de Mathilde aumentó con esos paseos. Así como la madre había permitido en el verano y el otoño que paseara con nosotros, ahora le permitió que viajara con nosotros. Durante dos días estuvo sentada frente a nosotros. Por la mañana y por la noche seguía haciendo bastante frío. Yo llevaba puesto un gabán, y Alfred un abrigado capote bien abotonado. Mathilde llevaba sobre su vestido oscuro de lana, por el que ni siquiera asomaban las puntas de los zapatos, una capellina que cubría la parte superior del cuerpo hasta la barbilla; sobre la cabeza tenía un abrigado sombrero muy bien forrado, cuyas anchas alas se doblaban suavemente de manera que casi sólo dejaban ver las mejillas, que con el aire de marzo eran aún más encarnadas, y los brillantes ojos. Conversábamos sobre lo que haríamos el verano siguiente. Pero el contenido principal de nuestra conversación era observar cuanto nos salía al encuentro por el camino o por sus aledaños, decir su nombre y hablar sobre ello. Así llegamos por fin a Heinbach, con un tiempo de marzo despejado y sereno. Los árboles que se veían por las ventanas aún no tenían follaje, el jardín estaba triste, y los cultivos aún no verdeaban, excepto allí donde había simientes de invierno.

»Aunque el exterior, si se prescinde del cielo tan azul y risueño, era sumamente inhóspito, en la casa el ambiente era muy acogedor. Todo estaba limpísimo y preparado para recibir a los habitantes. Los aposentos brillaban, las ventanas resplandecían, por las cortinas entraba un claro sol de marzo, y en las chimeneas ardía un agradable fuego. Mis dos habitaciones se habían visto aumentadas por una preciosa salita de esquina, y habían colocado en ellas muebles mejores y más cómodos. Ahora tomé la medida de dejar siempre abierta la puerta que comunicaba mis apartamentos con el cuarto de Alfred, para que ambas unidades formaran una sola y yo viviera como junto a un hermano menor. Si tenía algún trabajo que se podía ver obstaculizado por una interrupción, me iba a la salita de esquina.

»En la casa de campo comenzaba ahora la misma vida que el verano precedente. Aunque todavía no había follaje en los árboles, aunque aún era escaso el verde de los prados y en los campos de labranza sólo se veía la tierra desnuda allí donde se había sembrado para el verano, nosotros dábamos muchos paseos. Alfred y yo salíamos a diario, aunque el tiempo fuera gris; sólo dejábamos de hacerlo si caía una tromba de agua. Cuando un claro amanecer, en el que aún habíamos visto la tierra y los tejados cubiertos de blanco, iba seguido de un día sereno y los caminos estaban secos, Mathilde venía con nosotros, y la llevábamos por montes o por sembrados donde poco antes habíamos oído los más bellos trinos de las alondras. Esas aves

canoras eran las únicas que ya poblaban con nosotros la comarca.

»Poco a poco, el blanco en los campos y los prados se hizo menos frecuente, el sol brilló con más fuerza, el fuego de la chimenea ya no era necesario, el verde de los prados ganó en intensidad, los árboles echaron brotes y en los melocotoneros del jardín las ramas adosadas al espaldar fueron cubriéndose de flores. Aparecieron los alados cantores, en sus diversos coloridos y figuras. Si yo encontraba en alguna parte violetas u otras flores de primavera que Mathilde no había podido coger con nosotros, se las llevaba a casa en un ramillete para el florero de su mesita. Para corresponder a estas atenciones, el día de mi cumpleaños, que caía en los primeros días de la primavera, recibí un mantelito redondo, bordado de su mano, destinado a colocar sobre él un candelabro de plata que me dio la madre de Mathilde.

»Por fin llegó la primavera en todo su esplendor. El año anterior no la había visto en esa comarca porque llegué más tarde. Además, debido a mi prolongada estancia en la ciudad, hacía mucho tiempo que no había contemplado una primavera completa en plena campiña. Me había limitado a pasar alguna jornada de primavera, o a estar al acecho de algún rayo de sol, en los límites del campo, es decir, donde éste linda con la ciudad. Pero eso se comparte con muchos que salen de la ciudad, y hay que disfrutarlo entre el polvo y la masa de gente. En Heinbach había soledad y silencio, el aire azul parecía inconmensurable, y los árboles se mostraban como abrumados por el peso de las flores. Cada mañana entraban nuevos perfumes por las ventanas abiertas. En Heinbach se daban cuenta de cuánto me sorprendía y alegraba esa exuberancia, tan nueva para mí, y trataban por todos los medios de aumentar ese deleite y hacérmelo sentir aún con más intensidad. Cada día cambiaban las flores de mis aposentos por otras recién cogidas de los invernaderos. Cuando en el valle aparecía algo nuevo, ya fuese un arbusto o una flor, me llamaban la atención sobre ello, pasábamos la mayor parte del tiempo al aire libre y los paseos eran más frecuentes y más largos de lo habitual. Cuando Mathilde oía el canto de un pájaro o veía mariposas que pasaban volando o cuando se abría una cúpula en una floresta, me lo contaba todo, y a veces hasta me traía flores para que las guardara en mis habitaciones.

»Así transcurrió la primavera, y se acercó el verano. Si el año anterior la vida con aquella familia había sido agradable para mí, en este año lo fue más aún. Nos acostumbrábamos cada vez más los unos a los otros y en ocasiones se me antojaba que tenía de nuevo un hogar indeleble. El señor de la casa me tenía en gran estima, venía a verme a menudo a mi cuarto y hablaba conmigo largo y tendido, me invitaba a ir a su despacho, me enseñaba sus colecciones, sus trabajos, y hablaba de temas que demostraban que me apreciaba. La madre de Mathilde era afable, cordial y bondadosa. Se ocupaba de mí como antes; pero lo hacía con más sencillez y casi como algo obvio. Con frecuencia nos reuníamos todos en su habitación y nos entregábamos a algún juego infantil o a la música. Alfred ya me había tomado desde el principio mucho afecto, ese afecto creció más y más hasta ser ya incondicional. Era un niño excelente, abierto, sincero, sencillo, bondadoso, vivaz pero sin dejarse llevar nunca por una cólera violenta, risueño, candoroso y obediente. Tenía ahora unos nueve años, era de carácter cada vez más alegre y seguía desarrollándose en cuerpo y espíritu. Mathilde era cada vez más maravillosa, superaba en belleza y primor a las rosas que tanto gustábamos de contemplar en el pabellón del jardín. Yo amaba de modo indecible a ambos niños. Cuando Alfred tenía clase, yo estaba presente y la dirigía y supervisaba, supervisaba también lo que estudiaba y le tomaba las lecciones para que no quedara mal ante el maestro. Multipliqué sensiblemente las materias que yo acometía con él, ponía gran empeño en enseñárselas, y él las aprendía mejor que antes con otros maestros. El padre y la madre estaban muchas veces presentes durante la clase y se cercioraban de los progresos. En cuanto a Mathilde, no sólo me gustaba mucho, sino mucho más que antes, asociarla a nuestros paseos. Hablaba con ella, le contaba cosas, le enseñaba objetos que había por el camino, escuchaba sus preguntas, sus relatos, y le daba respuesta. En caminos escabrosos o cuando era de temer que estuvieran húmedos, le enseñaba los sitios mejores o por los que se podía caminar sin mojarse los pies. En casa me interesaba por sus estudios. Contemplaba a menudo sus dibujos y cuando me lo pedía, le daba consejos que ella ponía en práctica. Se alegraba mucho cuando, después de corregir algo, veía que era mucho mejor. Estaba presente cuando tocaba el piano, y me quedaba escuchando todo el tiempo que sus dedos trataban de arrancar sonidos a las cuerdas. Le copiaba muy cuidadosamente en cuadernos pautados alguna canción que ella había oído en algún sitio y transcrito de memoria. Eso ocurría sobre todo con la cítara, que estaba aprendiendo a tocar, que le gustaba muchísimo y en la que hacía notables progresos. A menudo la madre de Mathilde escuchaba con atención cuando ella arrancaba deliciosas melodías a las cuerdas metálicas, y Alfred y yo permanecíamos silenciosos e inmóviles. Les leía sus libros en alta voz a la madre y a ella y marcaba los pasajes más hermosos con señales que metía dentro. También le llevaba flores, frutas silvestres y cosas semejantes cuando pensaba que eso podía alegrarla.

»El verano casi había terminado, y el otoño era inminente. Habíamos hecho tantas cosas que el tiempo

nos parecía corto. Además nos bastábamos a nosotros mismos para llenar las horas. Cuando había niños forasteros, cuando se organizaban juegos y todos corrían y saltaban sobre el risueño césped, Mathilde estaba de pie, a un lado, y miraba sin interés. Tampoco viajábamos con tanta frecuencia como el año anterior a las casas del entorno y tampoco lo solicitábamos.

»Una tarde nos hallábamos los tres en el tramo final del largo corredor verde cubierto de parras que llevaba al huerto de frutales. Mathilde y yo estábamos completamente solos a la salida del pasillo. Alfred había estado bajo los árboles ocupado en limpiar algunos de los pequeños rótulos que colgaban de los troncos y que se habían ensuciado, y después se dedicó a recoger del suelo fruta casi madura, y a ponerla en montoncitos, separando las mejores de las peores. Yo le dije a Mathilde que pronto se habría terminado el verano, que los días eran cada vez más cortos, que pronto refrescaría mucho por las tardes, que entonces ese follaje se teñiría de amarillo, se podrían recolectar las uvas y finalmente retornaríamos a la ciudad.

»Ella me preguntó si no me gustaba ir a la ciudad.

»Dije que no me gustaba, que en el campo se estaba muy bien y que se me antojaba que en la ciudad todo sería distinto.

»—Se está muy bien, es verdad —respondió ella—; aquí nos reunimos todos con mucha más frecuencia, en la ciudad se inmiscuye gente ajena, que nos separa, y es como si una se marchara a otra localidad. Sin duda, querer mucho a alguien es la mayor ventura.

»—Yo ya no tengo padre ni madre ni hermanos —repliqué—, y por ese motivo no sé lo que es eso.

»—Se quiere al padre, a la madre, a los hermanos —dijo ella—, y a otras personas.

»—Mathilde ¿me quieres por ventura también a mí? —repliqué.

»Nunca le había hablado de tú, no sé cómo me vinieron esas palabras a la boca, fue como si una fuerza extraña me las hubiera dictado. Apenas las hube dicho, exclamó:

»—Gustav, Gustav, tantísimo que es imposible expresarlo.

»Las lágrimas más violentas me asomaron a los ojos.

»Ella entonces se lanzó a mí, oprimió sus dulces labios contra mi boca y sus jóvenes brazos enlazaron mi nuca. Yo la abracé también y estreché con tal fuerza la esbelta figura contra mi pecho que creí que ya no podría soltarla. Ella temblaba en mis brazos y suspiraba.

»Desde entonces, nada en el mundo fue más preciado para mí que aquella dulce niña.

»Cuando nos desprendimos el uno del otro, y ella estaba ante mí ardiéndole las mejillas y con una vergüenza indecible, acariciada por las luces y las sombras de las hojas de la viña, y cuando su pecho palpitaba suavemente al respirar, estaba como embrujado, ante mí no había una niña sino una consumada doncella a la que yo debía respeto. Me sentí acongojado.

»Al cabo, dije:

»—Querida, querida Mathilde.

»—Querido, mi querido Gustav —respondió ella.

Le di la mano y dije:

»—Para siempre, Mathilde.

»—Eternamente —respondió ella, asiendo mi mano.

»En ese momento se acercó Alfred a nosotros. No notó nada. Caminamos en silencio a su lado por el pasillo verde. Nos contó que a menudo la gente ensuciaba mucho los nombres de los árboles, escritos en rótulos blancos de metal que colgaban, sujetos con un alambre, de la rama inferior de cada árbol, que había que limpiarlos todos y que su padre debía dar orden de que todo el que lavara o limpiara un árbol o llevara a cabo cualquier otro trabajo con él, tuviese mucho cuidado de no salpicar el rótulo ni mancharlo de cualquier otro modo. Después nos contó que había encontrado unas hermosas manzanas de Borsdorf que, por la picadura de un insecto, habían madurado casi del todo antes de tiempo. Las había apilado junto al tronco del árbol y quería pedir a su padre que las examinara por si quizá fuesen aprovechables. Luego había muchas otras que caían prematuramente porque ese año los árboles estaban sobrecargados de fruta y sus fuerzas no bastaban para hacerlas madurar a todas. Ésas también las había reunido, todas las que pudo encontrar en la primera fila de árboles. Seguramente ninguna sería aprovechable. Añadió que se alegraba de que viniese el otoño, porque entonces ya se podía coger todo eso de los árboles y se arrancarían además de las parras las hermosas uvas rojas, negras y doradas. Ya no faltaba mucho.

»Nosotros no dijimos nada y dimos con él varios paseos bajo el emparrado.

»Nuestra excitación se había calmado un poco, y entramos en la casa. Pero no fui con Mathilde a ver a su madre, como siempre había hecho hasta entonces, sino que, después de enviar a Alfred a su cuarto, vagué por la floresta y volví una y otra vez al lugar desde el que podía ver las ventanas tras las que se hallaba el ser que yo más quería. Se me antojaba que mi intenso deseo podría hacerla venir hacia mí. No

había pasado un instante desde que nos separamos y ya me parecía tanto tiempo. Pensaba que no podría existir sin ella, pensaba que todo el tiempo en el que no estrechara contra mi corazón a la esbelta y encantadora muchacha sería un bien que me arrebataban. Antes yo nunca había tomado de la mano a ninguna joven, excepto a mi hermana, nunca había hablado unas palabras amables con ninguna, ni intercambiado una mirada amistosa. Ese sentimiento me asaltó de pronto, como un huracán. Pensaba que tendría que poder verla en su habitación, a través de los muros, con el largo vestido azul aciano, con los deslumbrantes ojos y los espléndidos labios rojos. Se movieron las cortinas, pero ella no estaba allí; en el cristal hubo un reflejo, como de un rostro sonrosado, pero sólo era el arrebol vespertino, cuyo incipiente brillo entraba en oblicuo. Atravesé de nuevo la floresta, caminé por el paseo con el techado de viñas hasta el huerto de los frutales, aquel pasillo verde era ahora para mí una cosa ajena y extraña, como un palacio del Lejano Oriente. Atravesé el bosquecillo de avellanos y llegué a la casa de las rosas, era como si toda ella estuviera envuelta en brillantes y florecientes rosales, aunque sólo se veían las verdes hojas y los zarcillos. Regresé a nuestra casa y me dirigí al lugar desde el que vería las ventanas de Mathilde. Estaba asomada a la ventana y buscaba con los ojos. Cuando me descubrió, retrocedió asustada. Yo también sentí como la descarga de un rayo cuando vi la deliciosa figura. Volví a la floresta. En esa zona había lilas que bordeaban una parte del césped y tenían en el centro un banco para poder descansar a la sombra. A ese banco retornaba yo una y otra vez. Luego me puse de nuevo sobre un trocito de césped y miré hacia las ventanas. Ella se asomaba de nuevo. Eso lo repetimos infinitas veces hasta que las lilas flotaban en el arrebol y las ventanas refulgían como rubíes. Parecía cosa de encanto compartir un dulce secreto, ser consciente de él y guardarlo como una brasa en el corazón. Me lo llevé, embelesado, a mis habitaciones.

»Cuando nos reunimos para cenar, me preguntó la madre de Mathilde:

»—¿Por qué hoy no ha venido a verme cuando regresó del jardín con los otros?

»No supe responder una sola palabra a esa pregunta; pero mi silencio no llamó la atención.

»Apenas dormí unos instantes durante toda la noche. Me alegraba pensando en la mañana siguiente, en la que volvería a verla. Nos encontramos todos en el comedor, para desayunar. Una mirada, un ligero rubor lo dijeron todo, decían que nos pertenecíamos y que lo sabíamos. Pasé la mañana entera estudiando afanosamente con Alfred. Hacia el mediodía, cuando la hierba y las hojas estaban ya secas, fuimos al jardín. Mathilde salió al momento de la casa, con un libro que había estado leyendo, vino corriendo hacia nosotros y ambos intercambiamos una mirada de connivencia. Me miró con ternura y noté que mis ojos delataban mis sentimientos. Atravesamos el jardín y el huerto y nos dirigimos hacia el pasillo verde. Era como si hubiéramos acordado ir allí. Mathilde y yo hablábamos de cosas normales, y en esas cosas normales había un sentido que nosotros entendíamos. Ella me dio una hoja de viña y yo guardé esa hoja junto a mi corazón. Yo le entregué una florecilla y ella escondió esa florecilla en el pecho. Yo le cogí la tira de papel que estaba metida en su libro como señal, y me quedé con ella. Quiso recuperarla, no se la di, sonrió y me la dejó. Nos metimos en el bosquecillo de avellanos, lo atravesamos y llegamos ante las rosas del pabellón del jardín. Cogió algunas hojas marchitas y así dejó limpia la rama. Hice lo mismo con la rama vecina. Me dio una hoja verde del rosal, partí una rama tierna, lo que en el fondo no estaba permitido, y se la entregué. Se dio media vuelta un momento, y cuando volvió de nuevo el rostro hacia nosotros, había escondido la rama entre su ropa. Entramos en el pabellón, se detuvo junto a la mesa y se apoyó con la mano en el tablero. Puse también la mano sobre el tablero, y al cabo de unos instantes, nuestros dedos se tocaban. Ella permanecía de pie, como una llama ardiente, y todo mi ser temblaba. En el verano anterior le había dado muchas veces la mano, para ayudarla a pasar un sitio difícil, para prestarle apoyo al cruzar una pasarela insegura o para guiarla por un estrecho sendero. Ahora temíamos darnos la mano, y el mero roce causaba un efecto enorme. Es imposible decir de dónde viene el que la tierra, el cielo, las estrellas, el sol, el universo entero desaparezcan ante un corazón, y ante el corazón de un ser que no es sino una muchacha a la que otros aún consideran una niña. Pero ella era como el tallo de un lirio celeste, llena de encanto y de gracia, llena de misterio.

»Fuimos a la casa, y, antes de que nos llamaran a almorzar, a ver a su madre. Con la madre estuvimos, más de lo habitual, silenciosos y parcos en palabras. Mathilde buscó una tira de papel y la metió otra vez en la página del libro del que yo le había sacado la señal. Luego se sentó al piano y arrancó sonidos aislados a las cuerdas. Alfred contó lo que habíamos hecho en el jardín e informó a la madre de que habíamos quitado de las ramas de rosal sujetas a los espaldares del pabellón las hojas secas e inútiles. Entonces nos llamaron a comer. Por la tarde no hubo paseo. Los padres no salieron, y yo no propuse nada a Alfred ni a Mathilde. Cogí un libro de un poeta favorito, leí mucho tiempo, y mis ojos se llenaron una y otra vez de lágrimas ardientes como gotas de fuego.

Después me senté en el banco del bosquecillo de lilas y, a través de las ramas, miraba de vez en cuando

a las habitaciones de Mathilde. Allí apareció varias veces en la ventana la joven que era tan bella como un ángel. Al anochecer, Mathilde tocó el piano en el aposento de su madre, y la ejecución fue primorosa, llena de gravedad y sensibilidad. Luego tomó la cítara y la pulsó también. Las cuerdas tuvieron que emocionarla hasta tal punto que no podía terminar. Tocaba y tocaba y el tañido era cada vez más conmovedor, y la combinación de sonidos cada vez más natural. La madre la alabó mucho. El padre, que había estado por asuntos de negocios en la pequeña ciudad de las proximidades, vino por fin también a la habitación de la madre y allí nos quedamos hasta que nos llamaron para la cena. El padre cogió del brazo a Mathilde y la llevó cariñosamente al comedor.

»Empezó entonces un tiempo extraño. En mi vida y en la de Mathilde había habido un punto de inflexión. No habíamos acordado mantener secretos nuestros sentimientos; sin embargo, los manteníamos en secreto, guardábamos el secreto ante el padre, ante la madre, ante Alfred y ante todo el mundo. Sólo nos los manifestábamos mutuamente mediante signos que surgían por sí solos, y con palabras que sólo entendíamos nosotros y que nos venían por sí solas a los labios. Había mil hilos por los que nuestras almas podían acercarse mutuamente, y cuando ya poseíamos esos mil hilos, surgían otros mil, que seguían multiplicándose. Las brisas, las hierbas, las flores tardías de los prados otoñales, los frutos, el grito de los pájaros, las palabras de un libro, la música de las cuerdas, incluso el silencio eran nuestros mensajeros. Y cuanto más oculto había de permanecer ese sentimiento, tanto mayor era su violencia, con tanta más fuerza ardía en lo hondo. Ahora salíamos menos de paseo los tres, Mathilde, Alfred y yo, era como si temiéramos avivar los sentimientos. La madre tendía a menudo el sombrero que protegía del sol y nos animaba. Era entonces una dicha inmensa, indecible. El mundo entero flotaba ante nuestros ojos, caminábamos uno junto al otro, nuestras almas estaban unidas, el cielo, las nubes, los montes nos sonreían, podíamos oír nuestras palabras, y cuando no hablábamos, oíamos nuestros pasos, y cuando tampoco los oíamos o cuando estábamos de pie en silencio, sabíamos que nos pertenecíamos, ese bien que poseíamos era inmenso, y cuando llegábamos a casa era como si hubiera aumentado de modo inexpresable. Cuando estábamos en casa, uno tendía un libro en el que estaban nuestros sentimientos, y el otro identificaba esos sentimientos, o elegíamos motivos musicales expresivos, o colocábamos en las ventanas flores que hablaban de nuestro pasado, tan corto y sin embargo tan largo. Cuando caminábamos por el jardín, cuando Alfred se metía por unos arbustos, cuando corría delante de nosotros por el pasillo cubierto, cuando salía antes que nosotros del bosque de avellanos, cuando nos dejaba solos en el pabellón del jardín, podíamos tocarnos con los dedos, podíamos darnos la mano o hasta podíamos volar el uno hacia el otro para abrazarnos durante un instante, unir con fuerza nuestros labios ardientes y balbucir las palabras:

»—¡Mathilde, tuyo para siempre y por toda la eternidad, sólo tuyo, tuyo y nada más que tuyo!

»—¡Eternamente tuya, Gustav, sólo tuya, por siempre tuya y de nadie más!

»Esos instantes eran los más venturosos.

»Estábamos ya a mediados del otoño. Durante el resto del verano no habíamos echado de menos el mundo exterior. Mathilde y Alfred pedían cada vez menos viajar a las casas vecinas, y, al cabo, los padres también viajaban menos y recibíamos menos visitas de personas ajenas. Pero cuando las teníamos, cuando Alfred tomaba parte en los juegos y diversiones de los niños, Mathilde estaba más ausente que nunca. Se mantenía alejada, como quien era ajena a todo aquello. También su cuerpo había experimentado un gran cambio en ese breve espacio de tiempo. Era más robusta, la púrpura de sus mejillas era más intensa, los ojos más brillantes. Alfred me quería mucho. Puede que, fuera de sus padres y su hermana, no amase a nadie tanto como a mí, y yo le correspondía con toda mi alma.

»El otoño tardío cedió finalmente el paso al comienzo del invierno. Así como nos habíamos trasladado muy pronto de la ciudad al campo, así también nos quedamos en él hasta muy avanzada la estación inclemente. Las expectativas de Alfred se habían cumplido. Se había recogido la fruta y las uvas. En las ramas de los árboles no quedaban hojas, y la niebla y el hielo cubrían el fondo del valle. Entonces nos fuimos a la ciudad. Allí Mathilde tenía más obligaciones. Cayeron sobre ella preceptores, clases de urbanidad y de cultura, deberes. Pero todo su ser traslucía más entusiasmo y más mesura, y yo me consideraba más rico, mucho más rico que los dueños de todas aquellas casas, de aquellos palacios y del esplendor de la inmensa ciudad. Podíamos hablarnos con menos frecuencia; pero cuando me encontraba con ella por un pasillo, cuando podía decirme algunas palabras en el gabinete de la madre, cuando el destino nos ponía al uno junto al otro en medio de la muchedumbre, o cuando la suerte nos deparaba cualquier otro instante favorable, entonces me decían sus bellos ojos, me decían algunas palabras, cuánto nos amábamos, qué invariable era ese amor y cuán ilimitado el poder que nuestras almas ejercían una sobre otra. Mathilde también atraía ahora la atención de otras personas, y los jóvenes dirigían la mirada hacia ella. Pero cuando se acercaban, cuando le rendían homenaje, cuando la agasajaban en alguna familia, ella

conservaba su tranquilidad frente a todo ello, no se daba por enterada, y su ser angelical me decía, lo decía para que sólo yo lo entendiera, que ella, con su maravillosa figura, con el fervor de su alma y la flor de su juventud, sólo me hacía feliz a mí, y que todo su deleite era poder hacerme feliz. Cuando, tras diversas gestiones en la ciudad, regresaba a la casa en la que vivíamos, a menudo me detenía y contemplaba el edificio. Ésta destacaba entre los demás, estaba como a resguardo de las casas de la ciudad, y yo miraba emocionado los muros dentro de los cuales habitaba el ser llegado de espacios celestes para dar plenitud a mi alma. Mathilde veía la idolatría que le profesaba, la veía por las mismas vías secretas por las que yo descubría su amor, y su frente irradiaba la alegría que ello le causaba y que sólo yo percibía. Los padres de Mathilde empezaron también a vestirla con tejidos más selectos que los que usara hasta entonces, y cuando estaba ante mí, ataviada con exquisitos ropajes, me parecía estar más lejos y más cerca, ser más extraña y más familiar que nunca.

»Un día, cuando bajaba por la escalera de nuestra casa, en la que sólo habitaba nuestra familia, para ir a ver a un amigo, me encontré con Mathilde. Se había acercado en coche a la casa con su madre, la madre se había quedado dentro del carruaje, pero ella subía a la casa para buscar alguna cosa. Iba vestida de seda negra, una capellina de seda le cubría los hombros, y bajo la gasa verde del sombrero aparecía el rostro resplandeciente, estimulado por el frío. Cuando nos encontramos tras un recodo de la escalera, su semblante se tornó escarlata. Yo me asusté, pero dije:

»—¡Oh Mathilde, Mathilde, ángel del cielo, todos aspiran a ti!, ¿cómo va a terminar esto, oh, cómo va a terminar?

»—Gustav, Gustav —replicó ella—, tú eres entre todos el mejor, tú eres su rey, eres el único, todo es maravilloso, y millones de fuerzas no podrán destruirlo.

»Le tomé la mano, un beso ardiente, dado por sólo un instante pero con toda la fuerza de nuestros labios, corroboró las palabras. Oí el rumor de su seda subiendo la escalera, pero yo bajé los peldaños. Cuando abrí abajo la puerta vidriera que separaba la escalera del portal, vi el coche abierto. Tras las ventanillas estaba sentada con gesto amable la madre de Mathilde, que me miró. Yo la saludé respetuosamente y me marché. Pero ya no fui a casa del amigo al que había querido hacer una visita.

»En cuanto a Alfred, me dedicaba cada vez con más celo a dirigir sus estudios, me preocupaba cada vez más de que lo aprendiera todo bien, y, siempre que podía, le ayudaba como antes y aun en mayor medida. Asimismo trataba de influir, con todos los medios de que disponía, en su formación general. Hablaba y tenía mucho trato con él. Como él sabía bien que le quería, me tenía cada vez más afición y, finalmente, ese afecto fue total y casi exclusivo. En la ciudad vivía también, lo mismo que en el campo, puerta con puerta conmigo.

»Al comienzo de la primavera nos trasladamos de nuevo, como en el año precedente, a Heinbach. De nuevo se había organizado el viaje de manera que Mathilde, Alfred y yo fuésemos en un coche. Alfred iba de nuevo en el asiento contiguo, pegado a mí. Mathilde iba enfrente. Y así durante dos días pudimos mirarnos sin obstáculos con los ojos del amor y pudimos hablar uno con otro. Y aunque hablábamos de cosas indiferentes, oíamos nuestra voz, y en las cosas corrientes temblaba lo más íntimo del corazón. Aquellos dos días fueron los más venturosos de mi vida.

»En el campo comenzó otra vez una vida como la del año anterior. Éramos libres y podíamos unir nuestras almas con más facilidad. Teníamos más libertad en el aposento de la madre y en el del padre, podíamos recorrer el jardín, podíamos caminar bajo los árboles del césped y podíamos salir a pasear. Nuestro lugar preferido era el pasillo cubierto de vides. Se había convertido en un santuario, sus ramas nos miraban con familiaridad, sus hojas pasaron a ser nuestros testigos, y entre sus espesuras temblaban no pocas palabras y se escondían no pocos suspiros de la felicidad más insondable. Casi la misma preferencia teníamos por el pabellón del jardín. Sus muros protectores encubrían más de un rapto de felicidad, y nos rodeaba como un templo silencioso cuando entrábamos los tres y dos almas palpitaban. Íbamos con frecuencia a esos dos lugares. Los hilos de unión aumentaban por millares. Mathilde era cada vez más espléndida, era deseada por otros con cada vez mayor afán, pero su alma se unía con más firmeza aún a la mía.

»Yo daba ahora largos paseos a solas. Cuando me había alejado tanto que ya no podía ver la casa, y cuando me detenía y contemplaba las blancas nubes que debían de estar sobre la casa, y cuando miraba al bosque, tras el que se encontraba la casa, me sobrevenía una honda emoción. Y cuando después caminaba deprisa hacia la casa, penetraba en su interior, veía a Mathilde y me daba cuenta de su alegría al verme, era como si el corazón diera saltos de alegría en el pecho por el inmenso bien que poseía.

»Empero, había algo que, como un mal, perturbaba mi felicidad. Me corroía la idea de que estábamos engañando a los padres de Mathilde. Ellos no sospechaban lo que había, y nosotros no se lo decíamos. La

sensación era cada vez más opresiva, y la carga que pesaba sobre mi alma, cada vez más angustiosa. Era como la desdicha entre los antiguos, que aumenta cuando se la toca.

»Un día —había empezado la floración de las rosas— dije a Mathilde que quería ir a hablar con su madre, ponerla al corriente de todo y pedirle que intercediera en nuestro favor ante el padre. Mathilde respondió que eso sería bueno, que ella lo deseaba y que de ese modo nuestra felicidad se clarificaría y afirmaría.

»Me fui entonces a hablar con la madre de Mathilde y se lo dije todo, con palabras sencillas pero con voz vacilante.

»—No esperaba eso de usted, ni tampoco lo sospechaba —replicó—, tampoco puedo decirle nada de momento. He de hablar antes con mi esposo. Venga dentro de una hora a mi aposento y le daré una respuesta.

»Me incliné, salí de la habitación y me fui a mi gabinete.

»Transcurrida una hora fui a la sala de visitas de la madre de Mathilde. Me esperaba. Estaba sentada ante la mesita en torno a la cual nos habíamos reunido tantas veces. Me ofreció una silla. Cuando me hube sentado, dijo:

»—Mi esposo es del mismo parecer que yo. Le hemos dado a usted nuestra confianza, que ha sido tan grande que no podemos responder de ella. Fue usted quien nos dio motivos para esa confianza. Sobre eso no vamos a disputar. Pero hay que decir una cosa. El vínculo contraído entre ambos carece de perspectiva, al menos por ahora no se puede vislumbrar una perspectiva. Puede que a los dos les incumba la misma responsabilidad en la determinación de sellar esta alianza. Pero seguramente no han pensado en sus consecuencias, de lo contrario difícilmente podríamos perdonarles. Sólo se han dejado llevar por su sentimiento. Lo comprendo. Lo que no puedo explicarme es por qué no lo he comprendido antes. Mi confianza en usted era grande, inmensa. Pero ahora escúcheme. Mathilde es todavía una niña, ha de transcurrir una serie de años en los que debe aprender lo que necesita saber para sus futuras tareas, ha de transcurrir una serie de años hasta que comprenda siquiera lo que es esa alianza que acaba de sellar. Ella es apasionada, ha dejado que se apodere de su alma un sentimiento que es agradable para ella y que probablemente llena por completo su alma. ¿Vamos a dejar que ese sentimiento siga dominándola durante todo el tiempo en el que ha de hacer los importantes preparativos para su vida futura, o habrá de estar más serena para poder llevar a cabo esos preparativos de modo adecuado? ¿Ha de persistir ese sentimiento, ha de continuar hasta que podamos decir que puede prometerse en matrimonio? Y si persiste, ¿no traerá consigo horas torturantes, porque no podrá llegar pronto a su consumación natural, teniendo como consecuencia dudas, impaciencia, movimientos impulsivos, despecho y dolor? ¿No consumirá todo ello esos días hermosos, nobles, alegres y tranquilos, que son el lote de las muchachas en flor, antes de que entrelace en sus cabellos la corona de la desposada? Y las inclinaciones precoces, orientadas hacia metas lejanas, ¿no destruyen a menudo la felicidad de toda una vida? Si usted ama a Mathilde, si el amor que siente por ella viene de lo hondo del corazón, ¿podrá exponerla a tal peligro? El profundo anhelo, el sentimiento arrebatado, ¿no socava al hilo de los años todas las fuerzas del hombre? ¿Y si se esfuma la inclinación del uno, y el otro permanece inconsolable? ¿O si se apaga en ambos y deja un vacío tras de sí? Ustedes dirán ambos que eso es imposible. Sé que ahora es ése su sentir, sé que tal vez, en efecto, eso sea imposible en ustedes. Pero he visto muchas veces que las inclinaciones cesaban y se modificaban, que hasta los más intensos sentimientos que desafiaban a todas las fuerzas, cuando ya no encontraban más resistencia que el tiempo pertinaz, insistente, extenuante, se rendían ante esa fuerza silenciosa y gris. ¿Ha de estar expuesta Mathilde (hablo de su Mathilde) a esa posibilidad? ¿No le va a ser dado disfrutar de esa vida que su tierna juventud tiene por delante? Es un amor más grande no pensar en la propia felicidad, no pensar ni siquiera en la felicidad actual del objeto amado, pero en cambio sentar las bases de una dicha tranquila, firme y duradera. Ése, en mi opinión, es su deber y el de Mathilde. Usted no puede replicarme que una unión realizada de inmediato puede poner las bases de esa dicha. Aunque la fortuna de Mathilde fuera tan grande que pudiera constituir la base económica de una familia, aunque usted fuese capaz de vivir, al menos durante algún tiempo, de la fortuna de su esposa, lo que dudo, con eso de todos modos no se habría ganado nada, puesto que Mathilde, como he dicho, aún no posee en absoluto la mayoría de las virtudes que ha de poseer quien es esposa y madre, y además, según los criterios que nosotros nos hemos impuesto respecto a la salud corporal de nuestros hijos, ella no puede contraer matrimonio hasta dentro de seis o siete años y, por tanto, aun admitiendo esa réplica de usted, la inseguridad y el peligro que antes he mencionado seguirían existiendo para ella y para usted. Como los hijos en la edad de Mathilde han de obedecer a los padres de modo incondicional y como los buenos hijos, entre los que cuento a Mathilde, obedecen de buena gana aunque ello les cause un hondo dolor, porque confían en el amor y en el mejor criterio de los padres,

yo habría podido decirle simplemente que mi esposo y yo hemos visto que, por el bien de Mathilde, el vínculo que ella ha contraído no puede durar y que por ello debe romperlo; pero le he expuesto las razones de nuestro punto de vista porque le tengo en gran aprecio y porque también he visto que usted me estima, como lo prueba su confesión, que, por otra parte, habría podido hacer un poco antes. Permítame que ahora hable también un poco de usted. Aunque de más edad que Mathilde, es todavía tan joven que apenas podrá tener capacidad para juzgar la situación en la que se encuentra. Mi esposo y yo opinamos, en la medida en que le conocemos, que por sus sentimientos, nobles y cálidos, usted ha sucumbido a la inclinación por Mathilde, a quien nosotros, aun siendo sus padres, tenemos que conceder cierto encanto; que ese sentimiento se le ha presentado como algo noble y sublime que además le hacía inmensamente feliz, y que por eso no ha pensado en oponer una resistencia que usted veía sin duda como infidelidad frente a Mathilde. Pero su situación, así considerada, no puede ser calificada de legítima. Es usted muy joven, se halla al comienzo de su carrera y ahora ha de continuarla o, si no está convencido, empezar otra. Un hombre de su talento y de su carácter no puede dejar de elegir una. Ahora tiene usted por delante un tiempo muy largo, que ha de emplear en adquirir esa firme posición necesaria en la vida, y en lograr la independencia exterior que necesita para, sobre esa doble base, poder fundar una sólida vida familiar. ¡Qué inseguridad en sus aspiraciones si usted introduce en ellas una inclinación prematura, y qué peligros para su carácter y su corazón en esa inclinación que le domina! Les causará dolor a ambos deshacer el vínculo contraído, o al menos aplazarlo, nosotros lo sabemos, sentimos ese dolor, compadecemos a ambos, y nos hacemos reproches por no haber sabido impedir esta situación; pero los dos recobrarán la calma, Mathilde podrá terminar su formación, usted se afirmará en su posición futura, y entonces se podrá hablar otra vez. Aun sin esa inclinación, usted no habría podido permanecer ya mucho tiempo en su posición actual. Nosotros le debemos mucho. Nuestro Alfred, y también Mathilde, han adquirido madurez con su ayuda. Pero justamente por eso no habríamos podido, en conciencia, seguir manteniéndole apartado de su porvenir, en provecho nuestro, y mi esposo se había propuesto hablar con usted al respecto. Reflexione sobre lo que le he dicho. No pido hoy una respuesta; pero démela en estos días. Tengo otro deseo, le conozco a usted, y por eso quiero confiárselo. Usted tiene un gran ascendiente sobre Mathilde, como nosotros hemos visto siempre, aunque sin percibirlo en toda su amplitud; si mis palabras han causado algún efecto en usted, emplee su ascendiente para convencerla de lo que acabo de decirle y para calmar a la pobre niña. Si lo consigue, créame que así hará patente su gran amor por Mathilde, pero también por usted mismo y por nosotros. Entréguese después, con el celo, con el talento y la perseverancia de que ha dado pruebas en nuestra casa, a su actividad profesional. Todos le hemos apreciado mucho, usted volverá a encontrar inclinación y afecto, recobrará la serenidad, y todo habrá sido para bien.

»Había acabado de hablar, puso afablemente su bella mano sobre la mesa y me miró.

»—Está blanco como la pared —dijo al cabo de un rato.

»—Los ojos se me llenaron de lágrimas, y respondí: Ahora estoy completamente solo. Mi padre, mi madre, mi hermana han muerto.

»Más no pude decir, los labios me temblaban por el indecible dolor.

»Se levantó, me puso la mano sobre la nuca y dijo llorando, con su dulce voz:

»—¡Gustav, hijo mío! Siempre lo has sido, y no puedo desear otro hijo mejor. Proseguid ahora los dos vuestra formación, y si después, habiendo madurado en vuestro interior, decís lo mismo que ahora dice vuestro impetuoso corazón, venid los dos, recibiréis nuestra bendición. Pero no entorpezcáis con fantasías, con arrebatos y tal vez con la deformación de vuestros impetuosos sentimientos actuales, el último desarrollo, tan necesario para vosotros.

»Fue la primera vez que me habló de tú.

»Se apartó de mí y dio unos pasos por la habitación.

»—Señora —dije al cabo de un rato—, no es necesario que le responda mañana o uno de estos días; puedo hacerlo enseguida. Las razones que me ha expuesto son seguramente importantes, creo que es realmente como usted dice; pero todo mi ser se rebela contra ello, y por muy verdadero que sea lo que ha dicho, no soy capaz de comprenderlo. Permita que transcurra algún tiempo y que después yo reflexione sobre lo que ahora no puedo ni imaginar. Pero hay una cosa que sí comprendo. Un hijo no puede desobedecer a sus padres si no quiere romper con ellos para siempre, si no quiere renegar de sus padres o de sí mismo. Mathilde no puede renegar de sus buenos padres, y también es tan buena que no puede renegar de sí misma. Sus padres exigen que deshaga ahora el vínculo contraído, y ella obedecerá. Yo no quiero, con mis ruegos, tratar de cambiar el mandato de los padres. Las razones que usted me ha expuesto, y que no quieren penetrar en mi ser, estarán sólidamente asentadas en el suyo, de lo contrario no me las habría expuesto con tanta firmeza, no me las habría presentado con tanta bondad y al final con tantas

lágrimas. Usted no podrá cambiar de idea. Nosotros no podíamos imaginarnos que lo que para nosotros era una inmensa dicha para los padres sería una desventura. Usted me lo ha dicho con íntimo convencimiento. Aunque estuviese equivocada, aunque nuestros ruegos llegasen a ablandarla, nuestra alianza no contaría con su gozosa voluntad, con su corazón y su bendición, y una alianza sin la alegría de los padres, una alianza con la tristeza del padre y la madre, sería también por fuerza una alianza en la tristeza, sería un eterno aguijón, y su semblante serio o apenado sería un reproche inextinguible. Por eso esta alianza, aunque estuviese por completo justificada, queda invalidada, y así será mientras los padres no den su consentimiento. Desobediente, su hija no se vería amada con el amor indecible que ahora le profeso, obediente, la honraré y la amaré con toda mi alma, por muy lejos que me encuentre, mientras yo tenga vida. Por tanto, romperemos el vínculo, por muy dolorosa que sea la ruptura. ¡Oh, madre, madre! (permítame que le dé ese nombre por primera y quizá por última vez), el dolor es tan grande que no hay lengua que pueda expresarlo y no podía imaginar que fuera tan intenso.

»—Me doy cuenta de ello —respondió—, y por eso es tan grande la pena que sentimos mi esposo y yo por no poder evitarle a nuestra querida hija y a usted, a quien también amamos, esa herida del alma.

»—Mañana le diré a Mathilde —repliqué— que debe obedecer a su padre y a su madre. Hoy permítame, señora, que ordene un poco mis pensamientos…, y que también ordene otras cosas que son urgentes.

»De nuevo se me habían llenado los ojos de lágrimas.

»—Serénese, querido Gustav —dijo ella—, y haga lo que le parezca bien; hable con Mathilde o no hable, yo no le doy órdenes. Vendrá un tiempo en el que comprenderá que no soy tan injusta con usted como quizá le parezca en estos momentos.

»Le besé la mano, que ella me tendió afablemente, y salí del aposento.

»Al día siguiente pedí a Mathilde que viniera conmigo al jardín. Recorrimos la primera parte del mismo, y a través del pasillo de las parras, llegamos al pabellón en el que florecían las rosas. Mientras caminábamos, no dijimos apenas una palabra, excepto algún comentario sobre cuánto nos gustaba esta o aquella flor, qué hermosas estaban las vides y qué despejado se había quedado el día.

Esperábamos con demasiada expectación lo que iba a venir: Mathilde lo que iba a comunicarle, y yo, la manera como ella lo acogería. Cerca del pabellón había un banco al que daba sombra un rosal. La invité a tomar asiento conmigo en el banco. Así lo hizo. Era la primera vez que íbamos al jardín completamente solos y que estábamos sentados los dos juntos, a solas, en un banco. Era la señal de que eso se nos iba a permitir sin reservas en el futuro o de que era la última vez y por eso nos daban su confianza. Vi que Mathilde así lo sentía; porque todo su ser dejaba traslucir la máxima expectación. No obstante no provocó con palabra alguna el comienzo de mis confidencias. Tal vez la intimidaba mi aspecto; porque aunque durante la noche yo había preparado infinitas veces las palabras con las que quería dirigirme a ella, ahora sin embargo no podía hablar, y aunque trataba de dominar mis sentimientos, sin duda mi semblante delataba el dolor. Cuando ya llevábamos un rato sentados, mirándonos las puntas de los pies y, lo que era extraño, sin cogernos de la mano, empecé a decir, con voz temblorosa y entrecortada, lo que pensaban sus padres y que ellos deseaban que, al menos de momento, rompiéramos nuestro vínculo. No entré en la razones que había dado la madre y me limité a indicar a Mathilde que era su deber obedecer y que nuestra alianza no se conciliaba con la desobediencia.

»Cuando hube terminado, su asombro no tenía límites.

»—Por favor, repite muy brevemente lo que has dicho y lo que hemos de hacer —dijo.

»—Tienes que cumplir la voluntad de tus padres y deshacer el vínculo que te une a mí —respondí.

»—¿Y eres tú quien propone eso? ¿Y eso es lo que has prometido a mi madre que vas a conseguir de mí? —preguntó.

»—Mathilde, no se trata de conseguir —respondí—, tenemos que obedecer; porque la voluntad de los padres es la ley de los hijos.

»—Tengo que obedecer —exclamó levantándose de un salto— y obedeceré, en efecto; pero tú no tienes que obedecer, ellos no son tus padres. Tú no tenías por qué aceptar la orden de venir aquí a deshacer conmigo el vínculo amoroso que hemos contraído. Habrías tenido que decir: Señora, su hija le prestará obediencia, dígale cuál es su voluntad; pero yo no estoy obligado a cumplir sus órdenes, yo amaré a su hija mientras corra sangre por mis venas, y trataré con todas mis fuerzas de llegar a poseerla un día. Y como ella le obedece a usted, no hablará más conmigo, no volverá a mirarme, me iré lejos de aquí; pero amarla, la amaré en esta vida y en la vida futura, jamás ofreceré a otra ni un átomo de mi afecto y jamás renunciaré a ella. Así tenías que haber hablado, y cuando hubieras abandonado nuestro palacio, yo habría sabido que tú habías hablado así, y no me habrían separado de ti mil millones de cadenas, y gozosa hubiera cumplido un día lo que te había prometido este apasionado corazón. Has roto el vínculo antes de haber venido aquí

conmigo, antes de haberme traído hasta este banco, y yo te seguí de buen grado porque no sabía lo que habías hecho. Aunque ahora vinieran mi padre y mi madre y dijeran: Podéis tomaros el uno al otro, os pertenecéis por toda la eternidad, todo habría acabado. Has roto la palabra que yo creía más firme que las columnas del universo y las estrellas del firmamento.

»—Mathilde —dije—, lo que hago ahora es infinitamente más difícil que lo que tú exigías.

»—Difícil o no, de eso no se trata ahora —respondió—, se trata de lo que tiene que ser, de algo cuyo contrario yo no habría considerado posible. Gustav, Gustav, Gustav, ¿cómo has podido hacer eso?

»Se alejó de mí unos pasos, se arrodilló en la hierba frente a las rosas que revestían el pabellón del jardín, juntó las manos y exclamó mientras derramaba un río de lágrimas:

»—¡Oídlo, flores miles, que le habéis visto besar estos labios, óyelo, verde viña, que percibiste sus palabras cuando me juraba en secreto eterna fidelidad! Le he amado como ninguna lengua puede expresarlo en ningún lenguaje. Este corazón es joven en años, pero rico en generosidad; cuanto en él vivía se lo entregué al amado, en mí no había otro pensamiento que él, toda mi vida futura, que aún podía abarcar muchos años, la hubiera sacrificado, como un soplo, por él; hubiera dejado fluir lentamente de las venas cada gota de sangre y cada fibra habría dejado arrancar de mi cuerpo: y además, exultante de gozo. Pensaba que él lo sabía porque pensaba que él también lo haría. Y he aquí que me trae hasta este lugar para decirme lo que me ha dicho. Si hubieran venido de fuera todo género de dolores, toda suerte de combates, penalidades y sufrimientos, los habría soportado: pero es él…, él. Él hace imposible para siempre que pueda pertenecerle, porque ha destruido el encanto que todo lo mantenía unido, el encanto que aseguraba una pertenencia mutua para los años futuros y para la eternidad.

»Me acerqué a ella, para levantarla del suelo. Le tomé la mano. Su mano era como una brasa. Se levantó, se desasió de mi mano, y se acercó al pabellón en el que florecían las rosas.

»—Mathilde —dije—, no se trata de romper la promesa de fidelidad, la fidelidad no ha sido violada. No confundas las cosas. Hemos sido injustos con tus padres al ocultarles lo que hemos hecho, y al persistir en esa actitud. Temen por nosotros. No exigen la destrucción de nuestros sentimientos, sólo la interrupción, temporal y externa, de nuestro vínculo.

»—¿Puedes tú no ser tú durante un tiempo? —replicó—. ¿Puedes hacer que tu corazón deje de latir durante un tiempo? Lo externo, lo interno, todo es una misma cosa, y todo es el amor. Tú nunca has amado, porque no lo sabes.

»—Mathilde, siempre has sido tan buena, has sido tan noble, pura, maravillosa, que te acogí en mi alma con todas mis fuerzas; hoy eres injusta por primera vez. Mi amor es infinito, es indestructible, y el dolor por tener que dejarte es indecible, yo no sabía que hubiera en la tierra un dolor tan grande; sólo es mayor el de no ser comprendido por ti. No hago distinciones sobre quién habría debido comunicarte la decisión de tus padres, eso es indiferente, ellos son los padres, el deber es el deber, y lo más sagrado en nosotros dice que es nuestro deber honrar a los padres, que el vínculo entre los padres y la hija no puede destruirse aunque ello parta el corazón. Así lo sentí yo, así obré, y quería decirte lo necesario con la mayor suavidad y dulzura, por eso acepté la misión; creía que nadie podría decirte lo amargo con tanta dulzura y suavidad como yo, por eso he venido. He venido por bondad, por compasión. El deber me ha guiado, en el deber se me parte el corazón, y en ese corazón que se rompe estás tú.

»—Sí, sí, ésas son las palabras —dijo ella, sollozando cada vez con más fuerza y de modo casi convulsivo —, ésas son las palabras que tanto me gustaba escuchar, que penetraban con tanta dulzura en mi alma, que ya eran dulces cuando tú aún no lo sabías, las palabras a las que yo prestaba crédito como a la verdad eterna. Tú no tendrías que haber aceptado la misión de inducirme a destruir nuestro amor, eso no puede ser posible para ti, aunque fuese cien veces tu deber. Por eso ya no puedo darte crédito, tu amor no es el que yo creía, no es mi amor. Si hubieses dicho un día que el cielo no es el cielo, que la tierra no es la tierra, lo habría creído. Ahora no sé si he de creer lo que dices. No puedo evitarlo, no lo sé y no puedo hacer que lo sepa. ¡Oh Dios! ¡Que las cosas hayan llegado a este extremo y que sea destructible lo que yo consideraba eterno! ¿Cómo podré soportarlo?

»Escondió el rostro en las rosas que tenía delante, y su ardiente mejilla era, también ahora, más bella que las rosas. Oprimió el rostro contra las flores y lloró de tal manera que yo creía sentir el temblor de su cuerpo, o pensaba que un desvanecimiento agotaría su dolor. Quería hablar, lo intenté varias veces; pero no pude, mi pecho estaba oprimido, y los instrumentos del lenguaje, privados de poder. Quise tocar su cuerpo, pero ella retrocedió convulsivamente cuando sintió el contacto. Entonces permanecí de pie, inmóvil, a su lado. Agarré con la mano desnuda las ramas del rosal, apreté las espinas en la mano, para sentir alivio, y dejé correr por ella la sangre.

»Pasado algún tiempo, cuando su llanto se hubo calmado un poco, alzó el rostro, enjugó las lágrimas con

el pañuelo que sacó del bolsillo y dijo:

»—Todo ha terminado. No hay motivos para seguir aquí más tiempo, volvamos a casa y dejemos que las cosas sigan su curso. Quien se tropiece con nosotros no debe notar que he llorado tanto.

»Volvió a enjugarse los ojos con el pañuelo, no permitió que brotaran de nuevo las lágrimas, se puso de pie, se ordenó un poco los cabellos y dijo:

»—Vamos a casa.

»Al decir estas palabras se dirigió hacia el camino verde cubierto por la parra, y yo caminaba a su lado. Ella no podía verme la sangre de la mano. Desistí de consolarla, veía que en su disposición de ánimo era inútil. Noté también que, en su furia contra mí, soportaba su dolor mejor que si no tuviera esa furia. Caminamos en silencio a la casa. Allí fuimos al aposento de la madre. Mathilde se arrojó contra el pecho de su madre. Yo besé la mano a la señora y me marché.

»Todo el resto del día lo pasé haciendo el equipaje para abandonar al día siguiente aquella casa. El padre de Mathilde vino a verme y dijo:

»—No se atormente demasiado, tal vez todo acabará arreglándose.

»Por lo demás, sus motivos, que expuso con amabilidad y suaves palabras, eran los mismos que los de su esposa. La madre de Mathilde vino también a mi cuarto, sonrió con pesadumbre al ver mi actividad y me dio la mano. Mi horizonte era más negro de lo que parecía ser el de esas dos personas. Mathilde había perdido la fe en mí. Cuando hube declarado mi intención de partir al día siguiente y ya no me pusieron objeciones, cosa que sí hicieron al principio, llamé a Alfred y le dije que no tenía la intención de emprender un largo viaje, como él podría creer, sino que dejaba aquella casa para mucho tiempo, tal vez para siempre. Se me arrojó al cuello entre sollozos; no podía calmarlo, antes bien, casi empecé a sollozar yo también. Después fueron a buscarlo y le llevaron con su madre y su padre, que estaban en el despacho de éste, para que lo consolaran. Aquel día, durmió en otro cuarto, bajo los cuidados de un sirviente. Cuando se lo llevaron allí, fui a ver a los padres y les di las gracias por todo lo bueno que me había sido deparado en su casa. Ellos me dieron también las gracias y me hicieron concebir esperanzas. Se acordó que me llevarían a la posta más cercana con los caballos de la casa. Mathilde no apareció para cenar.

»A la mañana siguiente se transportó el equipaje al coche. Me preparé para partir. Me habían permitido despedirme de Mathilde. Pero ella se negó a verme. Me fui entonces a mis habitaciones, le di la mano al viejo Raimund y dije:

»—¡Adiós, Raimund!

»—Vaya usted con Dios, señorito —respondió—, y que sea muy feliz.

»—¡Tú no sabes, Raimund!

»—Sí que sé, sí que sé, señorito…, puede que todo se arregle.

»—Adiós.

»Bajé la escalera, él me acompañó. Abajo, junto al carruaje, estaban el señor y la señora de la casa y varios sirvientes. También había llegado gente de la granja. Alfred, que había cogido tarde el sueño, seguía dormido; los dueños de la casa se despidieron de mí con toda cortesía, los que estaban alrededor se despidieron también, me desearon suerte y un alegre retorno. Me monté en el coche y partí de Heinbach.

»El dueño de aquella casa me había dicho una vez: «Tal vez no abandone usted esta casa con arrepentimiento y dolor.

»No la abandoné con arrepentimiento, pero sí con dolor.

»También había expresado él la suposición de que su familia tal vez fuera inolvidable para mí. Fue inolvidable.

»En la estación de postas despedí el coche de Heinbach, el último vestigio de aquel lugar, y me apunté para viajar a la ciudad donde había vivido tanto tiempo, donde había terminado mis estudios, la ciudad desde la que salí para Heinbach y donde se encontraba la casa de los padres de Mathilde. Pero no me quedé en esa ciudad.

»En los bosques que rodean mi tierra natal hay una cima rocosa desde la que se divisa un amplio panorama. Por su parte norte desciende suavemente y está cubierta de abetos muy oscuros. Hacia el sur desciende de un modo abrupto, es alta y escarpada y contempla un bosque poco denso, entre cuyos troncos hay pastizales. Más allá del bosque se divisan prados y cultivos, después un terreno pantanoso azulado, luego una franja de bosque azul oscuro y por encima de éste, a lo lejos, las altas cimas. Me trasladé de la ciudad a mi tierra natal y de allí a esa cima rocosa. Me senté en ella y lloré amargamente. Ahora estaba tan solo como nunca lo estuviera antes. Miré el oscuro fondo de los barrancos y pregunté si no debería arrojarme por ellos. La imagen de mi difunta madre vino a mezclarse con esa confusa y atroz representación y pasó a ser algo querido, algo que yo amaba y en lo que no podía dejar de pensar. Iba cada día a esa cima

y me quedaba allí sentado durante horas. No sé por qué la buscaba. De niño iba a menudo allí y nos divertíamos tirando por ella piedras bastante grandes, para ver el polvo rocoso que se levantaba cuando la piedra arrojada chocaba contra los riscos y para oír el rebote en esos riscos y el ruido al caer sobre la rocalla que había al pie del peñasco. Desde aquella cima no se podían ver las tierras en las que estaba la casa de Mathilde, ni siquiera se podían divisar cadenas montañosas que limitaran con ella. Poco a poco fui recorriendo otros parajes de los alrededores de mi pueblo natal. Mi cuñado era un hombre tranquilo y callado, y a menudo, durante todo el día no cruzábamos en mi casa paterna sino unas palabras.

»Al cabo de algún tiempo, pensé que debía marcharme y retornar a las tareas profesionales que tenía tan olvidadas y en las que, de haber quedado retenido en la casa de Heinbach, tal vez seguiría sin pensar.

»Retorné a la ciudad, en la que había dejado mis cosas y me dediqué en serio a la carrera para la que había estado estudiando en las escuelas preparatorias. Solicité entrar al servicio del Estado, fui admitido y trabajé entonces con mucha dedicación en el nivel de funcionario subalterno en el que me hallaba. Hacía una vida aún más retirada que antes. Mi modesto sueldo y lo que rentaban mis ahorros bastaba para cubrir mis necesidades. Vivía en un barrio de extramuros muy alejado de la casa de los padres de Mathilde. En invierno casi me limitaba exclusivamente a ir de mi casa a la oficina, un camino sin duda muy largo, y de la oficina a mi casa. Las comidas las tomaba en una pequeña fonda que había por el camino. Hacía pocas visitas a amigos y compañeros, había perdido el gusto por la sociedad de los hombres. Me servía de recreo el estudio de la historia y de la ciencia política, y también de las ciencias naturales. Un paseo sobre la muralla exterior de la ciudad o una excursión por algún paraje solitario de los alrededores de la ciudad me procuraban aire y movimiento. Una vez vi a Mathilde. Viajaba con su madre en un coche abierto, por una de las amplias carreteras de los barrios de extramuros, en una zona donde nunca habría imaginado encontrarla. La miré, la reconocí y creí que iba a desplomarme. No sé si ella me vio. Fui después a mi oficina, a mi mesa de trabajo. En los primeros tiempos, mis superiores no me prestaron mucha atención. Yo trabajaba con extraordinaria aplicación, el trabajo era una medicina para mi herida, y me refugiaba gustoso en esa medicina. Mientras tuviera la cabeza llena de los asuntos relacionados con mis tareas, no cabían más cosas en ella. Dolorosos eran sólo los intervalos. Las ciencias tampoco eran un remedio tan seguro. Mi aplicación acabó llamando la atención, y me ascendieron. Al principio avancé despacio, luego más deprisa. Al cabo de varios años estaba en uno de los cargos más preciados de la administración, cargos que permitían tratar con los sectores más cultos de la ciudad, y yo tenía razones para pensar que podía seguir ascendiendo. Es en esas circunstancias cuando suelen concertarse los matrimonios con muchachas de familias acomodadas, matrimonios que llevan después a una vida familiar honorable y feliz. Mathilde debía de tener entonces entre veintiuno y veintidós años. No había habido el menor acercamiento a mí por parte de sus padres, tampoco pude encontrar, por muy incansable que fuese mi búsqueda, el menor indicio de que ella hubiese intentado saber algo de mí. Por tanto no podía dar ningún paso para acercarme directamente a ella. Así pues, hice gestiones indirectas que la convencieran del modo más seguro de la constancia de mi inclinación. Recibí entonces las pruebas más inequívocas de que Mathilde me despreciaba. Por otra parte, aunque por su fortuna y su indescriptible belleza era solicitada por los jóvenes de las mejores familias, nadie podía persuadirla de que contrajera matrimonio. Con profunda gravedad extendí entonces la mortaja sobre los sentimientos más sagrados de mi vida.

»No quiero molestarle contándole cómo continuó mi carrera de funcionario estatal. Ahora no viene a cuento y seguramente usted está al corriente de ello en lo esencial. Estallaron las guerras, me destinaron a diferentes puestos que comportaban grandes y vastos trabajos, viajes, informes, propuestas, fui enviado en misiones diplomáticas, entré en contacto con muy diferentes personas, y el emperador, esto puedo decirlo, casi llegó a ser mi amigo. Cuando fui elevado al rango de barón, mi anciano tío Ferdinand vino a mí de muy lejos a fin de, eso fue lo que dijo, ofrecerme sus respetos. Aunque no se había ocupado de mi madre y, tras la muerte de mi padre, con su actitud reservada casi había sido duro con ella, yo le acogí amigablemente, porque, en mi desolada situación, era al fin y al cabo la única familia que me quedaba. Desde aquel tiempo seguimos en contacto epistolar. Hubo sin duda muchas personas que se relacionaron conmigo, y conocí muchos aspectos de la sociedad; pero en parte esas relaciones eran de carácter profesional, en parte la gente acudía a mí porque esperaba ascender con mi ayuda, en parte tales contactos eran por completo indiferentes. Pero ya le he contado a usted qué pesadas se me hacían mis tareas, qué poco apropiado para ellas era en el fondo. Poco a poco casi me había convertido en un anciano. Como me ausentaba a menudo, se me escapaban no pocas cosas que ocurrían en la capital. Mathilde se había casado a una edad ya algo avanzada. La paz se volvió duradera, me quedé de nuevo de modo permanente en la capital, y allí hice una cosa que me reprocharé hasta el final de mis días, porque no corresponde a las puras leyes de la naturaleza aunque ocurre miles y miles de veces en el mundo. Me casé sin amor ni inclinación. No había aversión, pero

tampoco inclinación. El respeto mutuo era grande. Me habían dicho a menudo que era mi deber fundar un hogar, que en la vejez debería estar rodeado de familiares que me amaran, cuidaran y protegieran y a quienes transmitiera mi apellido y mis dignidades. Que era también un deber frente a la humanidad y al Estado. Cuando replicaba que no sentía inclinación por ninguna mujer, decían que la inclinación daba lugar muchas veces a uniones desdichadas, y que el conocimiento del mutuo carácter y el respeto recíproco eran los fundamentos de una felicidad duradera. Pese a la madurez de mis años seguía entendiendo muy poco de esas cosas. Mi amor de juventud, que había sido tan apasionado y casi desenfrenado, no me había aportado felicidad. Me casé, pues, con una muchacha ya no muy joven, de maneras agradables y de intachable conducta, que me profesaba hondo respeto. Como en mi casa se vivía con gran desahogo, dijeron que me había casado con una mujer rica; pero la realidad era distinta. Mi esposa aportó una dote importante, pero yo habría podido añadir una cantidad superior. Como, dado la moderación de mi género de vida, apenas necesitaba nada, había hecho considerables ahorros sobre todo desde que ocupaba un puesto elevado. Invertí esos ahorros en valores del Estado, y como éstos subieron de modo considerable una vez terminada la guerra, era un hombre casi rico. Vivimos dos años así casados, y supe así lo que no sabía antes de contraer matrimonio: que no hay que casarse sin inclinación. Vivimos en concordia, vivimos con gran respeto de las virtudes mutuas, vivimos en mutua confianza y entre mutuas atenciones, se nos tenía por un matrimonio modelo; pero nos limitábamos a no vivir en la desdicha. Para ser dichosos hace falta algo más que la pura negación; la dicha es la quintaesencia de la gracia y el encanto de otro ser hacia el que tienden, gozosas y de modo exclusivo, todas nuestras facultades. Cuando Julie murió al cabo de dos años, mi duelo fue sincero; pero la imagen de Mathilde había quedado intacta en mi corazón. De nuevo estaba solo. Nadie consiguió convencerme de que me casara otra vez. Ahora sabía lo que no había sabido antes. El amor y la inclinación, pensaba, es algo que ya había pasado por mi corazón.

»Un año después de la muerte de Julie, murió mi tío y me nombró heredero de su considerable fortuna.

»Mis tareas, entretanto, se me tornaban cada vez más difíciles. Si ya en tiempos pasados había pensado que el servicio del Estado no se acordaba con mi manera de ser y que haría mejor abandonándolo, ese pensamiento, cuando lo meditaba más a fondo y me examinaba a mí mismo con más rigor, aumentaba hasta convertirse en certidumbre, y decidí renunciar a mis cargos. Mis amigos trataron de impedirlo, algunos que yo había tenido ocasión de ver como firmes soportes del Estado y con los que había atravesado en tiempos difíciles por duras horas de servicio me conminaron a no deponer mi actividad.

Pero permanecí inquebrantable. Presenté mi dimisión. El emperador la aceptó con benevolencia y me concedió honores. Yo tenía la intención de instalarme los últimos días de mi vida en una casa de campo y entregarme allí a algunos trabajos científicos, a disfrutar del arte, en la medida en que tenía capacidad para ello, a cultivar mis campos y jardines y, aquí y allá, a tomar alguna medida de provecho e interés para el entorno. De vez en cuando podría ir a la ciudad a ver a mis antiguos amigos, y en alguna ocasión podría emprender un viaje a países lejanos. Viajé a mi tierra natal. Allí me encontré con que mi cuñado llevaba ya cuatro años muerto, y la casa en manos ajenas y completamente reformada. Me marché enseguida. Tras varias tentativas fallidas encontré este lugar en el que vivo ahora y me establecí en él. Compré el Asperhof, construí la casa de la colina y poco a poco di a la propiedad la forma en la que usted la ve ahora. Me había gustado la comarca, me había gustado esta situación llena de encanto; compré más prados, más bosques y tierras de labor, recorrí todos los rincones de la comarca, me encariñé con este género de trabajo e hice varios viajes a los países más importantes de Europa. Así encanecían mis cabellos, y parecía que poco a poco iba alcanzando alegría y contento.

»Cuando ya llevaba aquí bastante tiempo, me anunciaron un día que una señora había subido la colina en su carruaje y que estaba con un niño ante las rosas que revestían las paredes de la casa. Salí, vi el coche y vi también a la mujer con el niño, de pie ante las rosas. Me acerqué a ella. Era Mathilde, que, con un niño de la mano y anegada en un río de lágrimas, contemplaba las rosas. Su rostro había envejecido, y su figura era la de una mujer por la que han pasado los años.

»—¡Gustav, Gustav! —exclamó nada más verme—, no puedo sino hablarte de tú. He venido a pedirte perdón por la grave injusticia que cometí contigo. Acógeme por un momento en tu casa.

»—Mathilde —dije—, bienvenida seas, mil veces bienvenida a este suelo y considera tuya esta casa.

»Al decir estas palabras me había acercado a ella, le cogí la mano y la besé en la boca.

»Ella no soltó mi mano, la estrechó con fuerza, y sus sollozos fueron tan violentos que pensé que su pecho, para mí aún tan amado, iba a saltar.

»—Mathilde —dije—, cálmate.

»—Llévame a tu casa —dijo en un susurro.

»Con la campanilla que siempre llevo conmigo llamé primero a mi mayordomo y le ordené que se

ocupara del coche y de los caballos. Luego cogí del brazo a Mathilde y la conduje a la casa. Llegados al comedor, dije al niño:

»—Siéntate aquí y espera hasta que haya hablado con tu madre y le calme el llanto que ahora tanto la hace sufrir.

»El niño me miró con ojos confiados y obedeció. Llevé a Mathilde a la antesala y le ofrecí un asiento. Cuando se hubo recostado en los blandos cojines, tomé asiento en una butaca frente a ella. Continuaba llorando; pero sus lágrimas se fueron suavizando poco a poco. Yo no decía nada. Pasado algún tiempo, fue cesando el llanto y, al cabo, el pañuelo enjugó la últimas lágrimas. Ahora estábamos sentados en silencio y nos mirábamos. Ella miraba sin duda mi cabello cano, y yo contemplaba su rostro, ya marchito; pero en las mejillas y en torno a la boca aparecía el suave encanto y la dulce melancolía que son tan conmovedores en las mujeres que, perdida ya su lozanía, se diría que han dejado tras ellas como el firmamento de una belleza pasada que aún permite ver sus reflejos. En sus rasgos reconocí la radiante juventud de antaño.

»—Gustav —dijo—, así nos volvemos a ver. Yo no podía soportar más la injusticia que he cometido contra ti.

»—No ha ocurrido ninguna injusticia, Mathilde —dije.

»—Sí, tú siempre has sido bueno —respondió—, yo lo sabía, por eso he venido. También eres bueno ahora, lo dicen tus amables ojos, que aún son tan bellos como entonces, cuando eran mi embeleso. Oh, te lo ruego, Gustav, perdóname.

»—Querida Mathilde, no tengo nada que perdonarte, o tú me has perdonado también —respondí—. La explicación está en que tú no podías ver lo que había que ver, y en que yo no pude entonces explicártelo todo con tanta claridad como habría debido hacerlo. Todo radica en el amor. Tu dolorosa cólera era amor y mi dolorosa reserva era también amor. En él está nuestra falta y en él está nuestra recompensa.

»—Sí, en el amor —replicó— que no hemos podido extirpar; Gustav, pese a todo te he sido fiel y sólo te he amado a ti. Muchos me han pretendido, los rechacé a todos; me dieron un esposo, que era bueno pero que vivía a mi lado como un extraño, yo sólo te conocía a ti, la flor de mi juventud que nunca se marchitó. Y tú me amabas también, eso lo dicen los miles de rosas que revisten las paredes de esta casa, y es para mí un castigo haber venido justo cuando están en floración.

»—No hables de castigos, Mathilde —repliqué—, y como todo lo demás es como es, deja estar el pasado y di cuál es ahora tu situación. ¿Puedo ayudarte en algo?

»—No, Gustav —replicó ella—, la mayor ayuda es que tú seas tú. Mi situación es bien sencilla. Mi padre y mi madre murieron hace mucho tiempo, el esposo murió asimismo hace años, y Alfred…, tú le querías mucho…

»—Como habría querido a un hijo —repliqué.

»—También ha muerto —dijo—, no ha dejado mujer ni hijos, la casa de Heinbach y la de la ciudad las vendió todavía en vida. Yo poseo la fortuna de la familia y vivo sola con mis hijos. Querido Gustav, te he traído al niño; ¿cómo has sabido que es mi hijo?

»—He visto en él tus ojos negros y tus rizos castaños —respondí.

»—Te he traído al niño —dijo— para que veas que es como tu Alfred, casi su vivo retrato, pero no tiene a nadie que lo trate con tanta bondad como tú tratabas a Alfred, que le quiera tanto como tú querías a Alfred, y al que él, por su parte, pueda querer como Alfred te quería a ti.

»—¿Cómo se llama el chiquillo?

»—Gustav, como tú —respondió.

»No pude contener las lágrimas.

»—Mathilde —dije—, no tengo mujer, ni hijos, ni deudos. Tú has sido lo único que he poseído y conservado a lo largo de toda mi vida. Déjame al muchacho, déjalo conmigo, seré su maestro, su educador.

»—Oh, Gustav mío —exclamó con la voz embargada de dolorosa emoción—, qué verdadero fue el sentimiento que me llevó a ti, el mejor de todos los hombres, cuando aún era una niña, y que ha permanecido en mí a lo largo de toda mi vida.

»Se había levantado, había reclinado la cabeza en mi hombro y lloraba con honda emoción. No pude ya contenerme y me deshice en lágrimas, le eché los brazos al cuello y la estreché contra mi pecho. Y no sé si el beso ardiente del amor de juventud ha penetrado alguna vez más profundamente en el alma y ha elevado a alturas más sublimes que aquel tardío abrazo de ancianos en el que temblaban dos corazones inundados del más hondo amor. Lo que es puro y maravilloso en el hombre permanece inalterable y es un tesoro eterno.

»Cuando nos separamos, la acompañé a su asiento, yo volví también al mío y pregunté:

»—¿Tienes más hijos?

»—Una niña, que es unos años mayor que el chico —replicó, te la traeré asimismo un día, tiene también los mismos ojos negros y el mismo cabello castaño que yo. Con la niña me quedo yo, al niño, como eres tan bondadoso, lo dejo vivir contigo todo el tiempo que quieras. Ojalá llegue a ser como tú. Oh, nunca habría imaginado que las cosas tomaran este sesgo.

»—Mathilde, ahora tranquilízate —dije—, voy a buscar al niño, hablaremos amistosamente con él.

»Así hice, entré con el niño de la mano, y hablamos con él y también entre nosotros bastante tiempo. Después enseñé a Mathilde la casa, el jardín, la granja y todo lo demás. Al atardecer se marchó para pasar la noche en Rohrberg. Al niño se lo llevaría de nuevo, conforme a lo acordado, para equiparlo y prepararlo y volver a traerlo cuando ella lo considerase conveniente. Desde aquel momento quedamos en contacto epistolar, y pasado algún tiempo, me trajo a Gustav, que aún sigue conmigo; me trajo también a Natalie, que entonces estaba en la primera adolescencia. Imposible imaginar un mayor parecido que el de esa niña con la niña Mathilde. Me asusté cuando vi a aquella muchachita. Lo que no puedo decir es si Mathilde también era como ella a la edad que tiene ahora Natalie; porque entonces yo ya estaba separado de Mathilde.

»Empezó entonces una época deliciosa. Mathilde venía muchas veces a vernos con Natalie. En los primeros días le propuse eliminar de la casa las rosas, si despertaban en ella recuerdos dolorosos. Pero no lo permitió, dijo que era para ella lo más preciado y la gala de esta casa. Había alcanzado ya esa calma y esa dulzura que usted conoce en ella, y ese rasgo de su carácter se afianzaba cada vez más, a medida que su existencia exterior iba siendo más equilibrada y a medida que en su interior, me atrevería a afirmarlo, se sentía feliz. Se había establecido una relación de amistad; Gustav se había acostumbrado a mí, yo a él, y de la costumbre nació el cariño. Mathilde me asesoraba en el gobierno de la casa, yo a ella en la gestión de sus asuntos. A menudo considerábamos juntos la educación de Natalie y adoptábamos medidas que habíamos decidido de mutuo acuerdo. Y en la mutua ayuda se fortalecía la inclinación mutua que nunca había desaparecido, que se había convertido en un sentimiento noble, hondo, amigable, y que ahora podía existir abiertamente y con pleno derecho. Yo volvía a tener a alguien a quien me estaba permitido amar, y Mathilde podía, sin reservas, consagrar su corazón, que siempre me había pertenecido, a mi bienestar y a mi persona. Al cabo de algún tiempo pusieron en venta el Sternenhof. Propuse a Mathilde que lo comprara. Ella fue a ver la finca. Debido a la vecindad conmigo y aunque sólo fuese por los tilos que le recordaban los grandes árboles que había delante de la casa de Heinbach, en la explanada de césped, determinó comprarlo. Además el Sternenhof tenía un gran parecido con la casa de Heinbach, era en sí misma una propiedad muy grata, le daba a Mathilde, para el resto de su vida, un centro de gravedad y consolidaba hasta cierto punto su situación. Así pues, lo compró. Por la misma época instalé dentro de mi casa las habitaciones particulares de Mathilde y Natalie. En el Sternenhof hubo mucho que trabajar hasta que se convirtió en una residencia cómoda y agradable. E incluso después hubo cambios y reformas constantes, hasta que la casa pasó a ser lo que ahora es. Y tanto allí como aquí, como usted sabe, ahora también se construye, se refuerza, se embellece, y seguramente siempre seguirá siendo así. Las rosas, ese signo de nuestra separación y de nuestra unión, se quedarán de preferencia en el Asperhof, porque a Mathilde le agradaba haberlas encontrado aquí. El tiempo de la floración de las rosas lo ha pasado siempre en mi casa, ella amaba sobremanera esas flores, las cuidaba y se alegraba cada vez que podía traerme una variedad que yo aún no tenía. Yo, por mi parte, hacía construir para ella en su palacio los muebles que tanto la complacían. Gustav era cada día un muchacho más valioso y prometía convertirse en un hombre que sólo daría alegrías a quienes le tratasen. Natalie era no sólo bella y espléndida sino también, por el contacto con su madre, tan pura y noble como pocas. Había heredado los hondos sentimientos de su madre; pero en parte por su carácter, en parte por una muy esmerada educación, en su existencia ha habido más serenidad y constancia. Mathilde y yo hemos mantenido una relación singular. Hay un amor conyugal que, pasado el fuego y la pasión del amor que empuja al hombre hacia la mujer, aparece como una amistad callada, dulce y perfectamente sincera, más allá de toda alabanza y todo reproche, un amor que tal vez sea lo más límpido que puedan ofrecer las relaciones humanas. Ese amor ha sido el nuestro. Es un amor acendrado, pero no egoísta, se alegra de estar con el otro, trata de embellecer y prolongar sus días, es tierno y al mismo tiempo se diría que no tiene su origen en la tierra. Mathilde participa en todo lo que yo emprendo. Va conmigo por todas las estancias de mi casa, está conmigo en el jardín, contempla las flores o los productos de la huerta, está en la granja y examina lo que produce, va a la ebanistería y observa lo que estamos haciendo, y se interesa por nuestro arte e incluso por nuestras investigaciones científicas. Yo administro los asuntos de su casa, examino lo que ocurre en el palacio, en la granja, en los campos, participo de sus deseos y opiniones y me he empeñado personalmente en la educación y el porvenir de sus hijos. Así vivimos, en la felicidad y la constancia, una suerte de verano tardío que no conoce la plenitud del verano que le precedió. Mis

colecciones se completan, las edificaciones van terminándose, tengo gente a mi alrededor, he aprendido aquí más que en toda mi vida, todos estos pasatiempos siguen su curso, y además soy aún de alguna utilidad.

Guardó silencio un rato tras estas palabras, y yo también. Luego prosiguió:

—He tenido que decirle todo esto para que usted comprenda de qué modo estoy vinculado a la familia del Sternenhof, y para que tenga una clara visión del círculo en el que usted va a entrar ahora. Los hijos conocen la situación de un modo general, saber los detalles no ha sido para ellos tan necesario como para usted. No deseo que tenga usted secretos con su futura esposa, puede contar a Natalie lo que le he dicho; yo, como usted comprenderá, no he podido hacerlo. He hablado a menudo con Mathilde sobre el futuro de Natalie. A nuestro modo de ver, había de contraer matrimonio con un hombre por el que sintiera honda inclinación. Y había de existir el máximo respeto entre ambos. De esa manera encontraría la dicha que no les fue dado hallar a su madre ni a su paternal amigo. Mathilde hizo en compañía del anciano Raimund, que después murió, grandes viajes. En ellos buscó y encontró una serenidad duradera. La encontró contemplando las más sublimes obras de arte del género humano y observando el modo de vida de diversos pueblos. Todo eso ha contribuido a consolidar, ennoblecer y pulir a Natalie. Ésta ha conocido a no pocos jóvenes pero nunca dio señales de sentir inclinación por ninguno de ellos. De ese modo ha dejado pasar en varias ocasiones eso que suele llamarse un excelente partido. Yo también habría tenido grandes problemas si me hubiera visto obligado a elegir entre nuestros jóvenes. Cuando usted apareció por primera vez ante la verja de mi jardín y le vi, pensé: «Éste es quizá el esposo para Natalie». No sé por qué pensé eso. Posteriormente volví a pensarlo, pero ya sabía por qué. Natalie lo vio a usted y lo amó, lo mismo que usted a ella. Nosotros sabíamos cómo germina una inclinación mutua. En Natalie, eso se manifestó al principio en una exaltación de todo su ser, más tarde en una cierta dolorosa inquietud. En usted, en una apertura de su espíritu a un temprano florecimiento del arte y en un ahondar en los tesoros más profundos de la ciencia. Nosotros aguardábamos la maduración. Para mayor seguridad y para examinar la constancia de sus sentimientos, expresamente no la llevamos durante dos inviernos a la ciudad, para que estuviera separada de usted, es más, su madre se la llevó de nuevo con ella a largos viajes y la hizo frecuentar amplios círculos sociales. Pero sus sentimientos perduraron y llegó la maduración. Le entregamos con alegría a la joven para que la ame y la proteja, usted la hará feliz y ella a usted; porque usted no cambiará y ella tampoco. Gustav heredará un día el Sternenhof y todas sus dependencias; porque Mathilde ha tomado tanto apego a esa casa que desea dejarla en manos de su familia y que las generaciones futuras aprecien lo que la primera propietaria puso en ella. Gustav lo hará, eso ya lo sabemos, y sin duda aspirará a inculcar en sus descendientes ese mismo modo de pensar. Natalie hereda de mí el Asperhof con cuanto hay en él, además de todo lo que poseo en efectivo. Usted y ella no mancillarán mi memoria.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, cuando así habló, y le tendí la mano. Él la tomó y la estrechó con afecto.

—Podrán vivir aquí, en el Asperhof, o en el Sternenhof o en casa de sus padres de usted. Por doquier habrá sitio para los dos. También podrán residir alternativamente entre esta casa y aquélla, eso será con toda probabilidad lo que ocurra hasta que hayamos adaptado nuestras condiciones de vida a este acontecimiento. Los documentos relativos a la transmisión de mi fortuna a Natalie le serán entregados personalmente después de la ceremonia de la boda. Mientras yo viva, recibirá una parte, el resto después de mi muerte. Su padre de usted le instruirá mejor que nadie sobre cómo administrar lo que ella recibe ahora. Él hablará seguramente conmigo al respecto. Después de su boda, Natalie recibirá también la parte que le corresponde de la herencia de Tarona, su padre.

—¿Es Tarona el apellido de Natalie? —pregunté.

—¿No lo sabía usted? —preguntó él a su vez.

—Siempre he oído llamar a Mathilde la señora del Sternenhof —respondí—, nunca he estado con Mathilde y Natalie en otro sitio que en el Sternenhof, en el Asperhof y en el Inghof, y allí se las llamaba por su nombre de pila. Y más investigaciones no he hecho.

—Mathilde permitió que le dieran el nombre del Sternenhof, que le gustaba más. A eso se deberá que usted no haya oído ningún otro. En cuanto a Gustav, se va a solicitar el permiso de que también lo llamen así.

—Pero según me dijeron, la hija de Tarona no estaba en la ciudad precisamente en aquel invierno en el que vi a Natalie en el palco —dije pensando en Preborn, que me había indicado esa circunstancia.

—Y era cierto —replicó mi anfitrión—, sólo fuimos allí para ver la representación de *El rey Lear*. Yo estaba en el palco detrás de Natalie, pero no lo vi a usted.

—Ni yo tampoco a usted —respondí.

—Natalie nos habló del joven en el que se fijó estando en el teatro —replicó él—, pero pasó mucho tiempo hasta que nos reveló que se trataba de usted.

—¿No le vi yo a usted, en coche y con todas sus condecoraciones, por la ciudad, en invierno, después del restablecimiento del emperador? —pregunté.

—Eso es posible —respondió—, en aquel tiempo yo estaba en la ciudad y en la corte.

Al cabo de un rato dijo:

—Bueno, mi muy querido y joven amigo, le he contado mi vida, porque se va a convertir en uno de nosotros, le he hablado desde el fondo de mi corazón, y ahora pongamos fin a esta conversación.

—Le estoy profundamente agradecido pero lo que acabo de escuchar es todo tan impresionante y tan nuevo para mí que no encuentro las palabras. Una sola cosa me afecta casi dolorosamente, que no haya contraído un vínculo más íntimo con Mathilde después del reencuentro.

El anciano enrojeció al oír estas palabras, enrojeció de un modo vivo y, al mismo tiempo, tan bello como nunca lo había visto en él.

—Ya no era el momento —respondió—, la relación ya no habría sido tan hermosa, y Mathilde seguramente tampoco lo ha deseado nunca.

Ya se había levantado antes, ahora me tendió la mano, oprimió afectuosamente la mía y salió del aposento.

Permanecí en pie largo rato y traté de coordinar mis pensamientos. Nunca se me habría pasado por la mente, cuando subí por primera vez a aquella casa y al día siguiente vi lo que contenía, que las cosas tomarían ese giro y que todo estaba destinado a ser de mi propiedad. Ahora comprendí también por qué, cuando él hablaba de sus bienes, casi siempre empleaba la palabra «nuestro». Se refería ya a Mathilde y a sus hijos.

5. El desenlace

Al día siguiente, en el transcurso de la mañana y a una hora en la que, por lo que yo sabía, mi anfitrión estaba menos ocupado, me vestí con todo esmero, fui a su despacho y le di efusivamente las gracias por la confianza que me había dispensado y por la estima que me mostraba al considerarme digno de ser el esposo de Natalie.

—Por lo que toca a la confianza —replicó—, es natural que no se inicie en nuestros asuntos más íntimos a quien es ajeno a nosotros; pero igual de natural es que quien en el futuro será, por así decirlo, parte de nuestra familia, sepa cuanto concierne a esa familia. Le he dicho a usted lo esencial; detalles secundarios, que no siempre están presentes en la memoria, no cambian seguramente nada de la situación general. En cuanto a la alta estima que implica el hecho de que yo le considere el esposo adecuado para Natalie, usted tiene, frente a todos los hombres del mundo, la inmensa ventaja de que Natalie lo ama y lo desea a usted y a ningún otro; pero, pese a esa ventaja, Mathilde y yo (pues se me ha concedido un derecho en este asunto) nunca habríamos dado nuestro consentimiento si su modo de ser no nos hubiera inspirado la confianza de que con usted era posible establecer un duradero y feliz vínculo familiar. Por lo que toca a la alta estima que le profeso y que es independiente de este asunto, creo que ya le he dado las pruebas de ello. Aunque pensé en efecto que usted podía ser el futuro esposo de Natalie, el advenimiento de tal contingencia era tan inseguro, puesto que dependía de que surgiera una inclinación mutua, que esa idea no podía influir en mi comportamiento con usted, es más, con el transcurso del tiempo, esa idea fue más bien el resultado de mi opinión sobre usted.

—Me ha dado usted en efecto tantas pruebas de su benevolencia y de su consideración, que no sé cómo lo he merecido; porque en mí no hay perfecciones de ningún género.

—Hay que dejar siempre a los otros el opinar sobre el porqué de que surja estima e inclinación o menosprecio y aversión; porque aunque uno acabe sabiendo de un modo general lo que se sabe y se rinde en un campo determinado, aunque se sea consciente de la propia buena voluntad en el comportamiento, uno no conoce todos los matices de su carácter en la medida en que están orientados hacia otros, sólo se los conoce en la orientación hacia uno mismo, y esas dos orientaciones son muy distintas. Por lo demás, querido hijo mío, aunque corresponde por completo a las conveniencias que, en la sociedad de los hombres, se guarde cierto decoro y ciertas formas en la vestimenta y en todo el comportamiento, eso sería una carga en la propia familia. Por tanto, de ahora en adelante ven a verme en tu ropa de diario. Y aunque no sea miembro de la familia de tu prometida, considérame como tal, como una suerte de padre adoptivo. Todo se hará, todo irá por buen camino.

Con estas palabras me puso la mano sobre la cabeza y me miró: había lágrimas en sus ojos.

En su trato conmigo, nunca había visto humedecerse los ojos de aquel anciano; por eso mi emoción fue grande y dije:

—En esta hora solemne, permítame entonces que le exprese mi gratitud por el cambio que ha operado en mí esta casa; porque, si algo soy, lo soy desde que estoy aquí, y en esta hora concédame también un favor que me importa mucho: permítame que bese su venerable mano.

—Bueno, sólo por esta vez —replicó— o quizá otra vez más cuando vengas del altar con Natalie, que es un tesoro de mi corazón.

Tomé su mano y la oprimí contra mis labios; pero él me puso la otra sobre la nuca y me oprimió contra su pecho. La emoción no me dejó hablar.

—Quédate un poco más en esta casa —dijo después—, luego vete con los tuyos y hazles compañía. Tu padre también está necesitado de tu persona.

—¿Puedo contar a los míos sus confidencias? —pregunté.

—E incluso es su deber hacerlo —respondió—, porque sus padres tienen derecho a saber en qué

sociedad entra su hijo al contraer un sagrado vínculo, y tienen también derecho a desear que su hijo no tenga secretos para ellos. Por lo demás, yo mismo hablaré con su padre sobre este y sobre muchos otros asuntos.

Nos despedimos entonces y salí de la habitación.

Pasé el resto de la mañana redactando una carta para mis padres.

Por la tarde fui a ver a Gustav, que recibió permiso para hacer conmigo un recorrido más largo por la comarca. Regresamos con el crepúsculo, y tuvo que recuperar a la luz de la lámpara el tiempo que había perdido de día.

Hasta mediado el mes de febrero, pasé el tiempo trabajando con mis papeles, en los que trataba de poner cierto orden, conversando con mi anfitrión, que me otorgaba afablemente mucha parte de su tiempo, haciendo frecuentes visitas a la ebanistería, donde Eustach estaba muy ocupado, o acompañando a su hermano Roland, que aprovechaba cualquier instante luminoso del día para pintar, y, finalmente, dando grandes paseos por los alrededores, puesto que era el primer invierno que pasaba tan en el corazón de la naturaleza. Me despedí al cabo, envié mis cosas a la posta de Rohrberg y me trasladé a pie al mismo pueblo, esperé allí la llegada del coche de postas que venía del oeste, encontré asiento en él cuando llegó y viajé camino de mi tierra.

Mi familia me recibió con alegría, como siempre, y tuve que contarles cómo había sido mi viaje de invierno por la alta montaña. Lo expliqué todo y también les puse al corriente en los primeros días de lo que me había contado mi anfitrión. Ellos no estaban enterados de nada, hasta entonces.

—He oído muchas veces hablar de Risach —dijo mi padre— y siempre se mencionaba su nombre con el mayor respeto. De la familia que era dueña de Heinbach sólo conocí de pasada a Alfred. Con Tarona tuve una vez relaciones de negocios.

La relación que había tenido mi anfitrión con Mathilde en su juventud se mantuvo sin duda muy en secreto, ya que ni mi padre ni nadie de su círculo de conocidos había oído nunca hablar de ella, aunque los asuntos de esa índole suelen dar abundante materia de conversación. Se comprende que mis confidencias, después del anuncio de los esponsales con Natalie, causaran viva impresión en mi familia. Aparte de eso, había traído a mi padre una cosa que le alegró mucho. En los últimos días de mi estancia en la Casa de las Rosas fui a casa del jardinero y le pedí que me proporcionara la receta para preparar el aglomerante que impide que entre el agua por las junturas de los cristales de invernadero y que gotee en el interior. Él no tenía la receta, pero fue a hablar con mi anfitrión y la conseguí a través de éste. Le hablé a mi padre del asunto y le entregué las instrucciones para la elaboración.

—Así pues, esto impedirá ese goteo del agua del invierno, tan dañino para las plantas, en nuestro invernadero —dijo—, pero aún más me alegra poder aplicarlo en los nuevos invernaderos que estarán junto a la casa de campo que voy a construir.

Mi madre sonrió.

—Preparaos entretanto para el viaje al Sternenhof y a la Casa de las Rosas —dijo mi padre—, todo lo demás ya ha tenido lugar, el paso que ahora hay que dar es asunto nuestro. Viajaremos allí en los primeros días de la primavera, y haré la petición de mano en nombre de mi hijo. A las mujeres os gusta prepararos para esas cosas, hacedlo y sin demora, no disponéis de mucho tiempo, dos meses y un poco más. Lo que a mí me incumbe hacer, no puede esperar.

Ni que decir tiene que esta medida tuvo aceptación; pero el tiempo para los preparativos pareció un poco escaso. Mi padre dijo que no había que añadir a ello ni un solo día, pues en ese caso se lo quitarían al propio acontecimiento. Eso fue convincente.

Empezó entonces un tiempo de trabajos, de encargos, no pasaba un día que no tuviera asignada su tarea. Mi madre hizo también preparativos para el caso de que los nuevos esposos fueran a vivir a su casa. Aunque mi padre le dijo que antes de la boda tendría lugar mi gran viaje, ella le contradijo comentando que nunca es malo que las cosas estén terminadas antes de la fecha. Él cedió al momento, ante aquella actitud de madre y de ama de casa.

A finales de marzo, mi padre trajo a casa un carruaje magnífico. Era un coche de viaje para cuatro personas. Había mandado hacerlo según sus propias indicaciones.

—Tenemos que hacer los honores a nuestros amigos —dijo— y hacer honor a nuestra propia casa, y quién sabe si no necesitaremos el coche con cierta frecuencia.

Exigió que lo inspeccionáramos a fondo y que lo examinásemos sobre todo en cuanto a su comodidad para los objetos que las mujeres llevan de viaje. Así se hizo y hubo alabanzas para el equipamiento del coche. Era sólido y al mismo tiempo ligero, y combinaba una apariencia agradable con el espacio suficiente para todas las cosas necesarias.

—Por mí, he terminado —dijo—, encargaos vosotras de que vuestros preparativos no lleven demasiado tiempo.

Pero las mujeres también estuvieron dispuestas a tiempo. Mi padre había decidido viajar cuando empezaran a florecer los árboles y a brotar las hojas, y en esos días, en efecto, emprendimos el viaje.

Y he aquí que yo viajaba ahora con toda mi familia por un camino que había recorrido tantas veces en coche, solo o con extraños. Viajábamos con caballos, que cambiábamos en cada estación de postas; pero viajábamos pensando en la comodidad de mi madre y de Klotilde, por lo que con frecuencia nos quedábamos bastante tiempo en un lugar y hacíamos etapas breves. Nos acompañaban un tiempo hermosísimo y una profusión de flores blancas y de un suave color rojo.

El cuarto día por la mañana llegamos al Sternenhof. Mathilde estaba al corriente de nuestra llegada. Habíamos retirado la capota del coche, y todas las miradas de mi familia estaban clavadas ya desde muy lejos en el cerro cuajado de flores sobre el que se levantaba el palacio; después se dirigieron hacia los contornos del edificio, finalmente, hacia el rótulo con las estrellas colocado sobre la puerta, hacia la bóveda de la entrada de coches y, por último, hacia Mathilde y Natalie, que estaban allí para recibirnos. Nos apeamos. Natalie palidecía y enrojecía alternativamente. No hubo ceremonias en los saludos. Klotilde y Natalie se echaron los brazos al cuello y lloraban. Mathilde abrazó y estrechó contra su pecho a mi venerable madre. Luego saludó, afable y gentil, a mi padre, le tendió ambas manos y le miró cariñosamente con sus ojos, que seguían siendo bellísimos. Natalie había asido, y besado, entretanto, la mano de mi madre. Ésta devolvió el beso sobre la frente de la hermosa muchacha. Mi padre seguramente quería decir algo alegre o incluso chistoso a Natalie; pero cuando la contempló más de cerca, se puso muy serio y parecía casi tímido; la saludó con urbanidad y finura. Probablemente su belleza le había sorprendido, o le recordaba, como también me ocurría a mí, la magnificencia de sus piedras talladas. Mathilde también estrechó a Klotilde contra su pecho. En mí no pensó casi nadie. Nadie preguntó si aquel recibimiento correspondía a las rigurosas normas de cortesía o a algún orden jerárquico. Subimos la escalera en grupo informal y nos llevaron a la sala de recibir de Mathilde. Allí los saludos fueron con palabras más animadas, y a la vez se trató de proceder con más orden.

—Hace tanto tiempo que nos conocemos y hasta ahora no hemos podido vernos —dijo Mathilde a mis padres, cuando los hubo invitado a tomar asiento.

—Llevamos muchos años —replicó mi padre— deseando ver a las personas que han tratado tan bien a mi hijo y que han ennoblecido tanto su carácter.

—Ésta es Natalie, mi querida Klotilde —dije presentando a las dos jóvenes—, ésta es Natalie, a quien tanto amo, tanto como a ti misma.

—No, más que a mí, y eso es lo que debe ser —replicó Klotilde.

—Sé mi hermana —dijo Natalie—, te querré como a una hermana, te querré con todo mi corazón.

—También voy a hablarte de tú —replicó Klotilde—, quiero a mi hermano como a mi propio corazón y también te querré a ti de ese modo.

Las dos muchachas se abrazaron y se besaron de nuevo.

Cuando nos hubimos sentado en torno a la mesa, dije a Natalie:

—Y a mí casi ni me saluda usted.

—Porque usted ya sabe —replicó ella mirándome con amistad.

La conversación continuó, de un modo más general, sobre el mismo tema.

Las dos mujeres no se cansaban de mirarse y se cogían una y otra vez de las manos.

Cuando se pasó finalmente a otros asuntos y se habló del viaje y de sus lados agradables y desagradables, mi padre dijo que todos estábamos aún en ropa de viaje, que debíamos despedirnos, y preguntó cuándo podía tener el honor de presentarse de nuevo ante Mathilde.

—Nada de presentarse —replicó ella—, pasar a verme siempre que usted quiera.

—Entonces, dentro de dos horas —dijo mi padre.

Fuimos a nuestros aposentos, y mi padre nos ordenó que nos vistiéramos de etiqueta. Dos horas después se fue él solo con mi madre, ambos ataviados como para una gran solemnidad, a ver a Mathilde, solicitando hablar con ella. Mathilde los recibió en el gran salón, y mi padre pidió en mi nombre la mano de Natalie.

Unos momentos más tarde, nos llamaron a Natalie, a Klotilde y a mí, y Mathilde dijo:

—El señor y la señora Drendorf han pedido tu mano, Natalie, para su hijo Heinrich.

Natalie, que estaba vestida con un traje tan de ceremonia que casi me resultó extraña, me miró con lágrimas en los ojos. Me acerqué a ella, la tomé de la mano, la llevé ante su madre y dijimos unas palabras de agradecimiento. Ella contestó con mucha gentileza. Luego fuimos hacia mis padres, les dimos asimismo las gracias, y ellos respondieron también con gentileza. Klotilde estaba muy encogida en su vestido de gala,

y eso les ocurría también casi a todos los demás. Mi padre relajó el ambiente acercándose a una mesa sobre la que había colocado un pequeño estuche. Tomó el estuche, se acercó a Natalie y dijo:

—Querida novia y futura hija, traigo aquí un pequeño presente; pero va vinculado a una condición. Usted ve que hay un hilo en torno a la cerradura y que el hilo lleva un sello. No corte ese hilo hasta después de la ceremonia de la boda. Entonces verá también el motivo de mi ruego. ¿Tendrá usted la amabilidad de cumplirlo?

—Le estoy muy agradecida por su bondad —respondió Natalie—, y cumpliré la condición.

Tomó el estuche que le entregaba mi padre. Mi madre y Klotilde también le dieron sus regalos, y asimismo Mathilde y Natalie fueron a las piezas contiguas a buscar los objetos que regalaban a mi madre, a Klotilde y a mi padre. Natalie y yo no nos dimos nada. Luego nos sentamos en torno a una mesa, y se conversó afablemente. Al final dijo Mathilde:

—Así, la alianza que han sellado los corazones de nuestros hijos queda confirmada por el consentimiento de los padres. El día de la eterna unión será fijado conforme a sus deseos y a nuestro buen criterio. No vamos a hablar ahora de ello, sino que se someterá a deliberación y se llegará a un acuerdo.

Tras esas palabras nos separamos y nos dirigimos a nuestras habitaciones.

Nos despojamos de los trajes de ceremonia y empezaron las visitas, como suele ocurrir en semejantes ocasiones, y en especial cuando se han contraído vínculos tan estrechos. Mathilde llevó poco a poco a mi padre y a mi madre a todas las secciones del palacio, del jardín, de la granja, de las tierras labrantías, de los prados y los bosques. Les enseñó todas las piezas de la casa: sus aposentos de estar, las salas de los muebles antiguos, les enseñó los cuadros y cuanto había en el palacio. Fue con ellos al jardín: a los tilos, a todos los árboles frutales, a los macizos de flores, a la gruta con la ninfa de la fuente, a la pared de yedra y a todas las instalaciones del jardín. También fue inspeccionado con el mayor detenimiento todo lo relacionado con la agricultura. Al atardecer, cuando los rayos del sol iluminaban suavemente la tierra floreciente, se dio un paseo en común por una parte de la comarca. Recorrimos una y otra vez a todo lo largo el camino tangencial, y mis padres le tomaron gusto a esa avenida que permitía de un modo agradable moverse con libertad y rapidez en días grises y también en invierno. Mi padre no se cansaba de alabar y de mostrar su complacencia con todo aquello. Mathilde y mi madre hablaban mucho entre ellas, largo tiempo y siempre con amistad, sin duda intercambiaban pareceres sobre cómo gobernar la casa y administrar las dependencias. Natalie y Klotilde eran casi inseparables, se hicieron íntimas y no dejaban de mostrar el hondo afecto que se profesaban, y a menudo, cuando todos habíamos regresado al palacio, seguían paseando por algún camino solitario del jardín o por algún sendero del campo de cultivo más próximo.

—Lo ves, Klotilde —dije—, no pude enseñarte retratos de Natalie, porque no tenía ninguno, ahora la tienes en persona.

—Cuánto mejor que cualquier retrato —respondió—, pero de todos modos hay que hacer un retrato suyo, para que se sepa más tarde cómo era en estos años.

Ocho días nos retuvo Mathilde en el Sternenhof, y cada día encontró una agradable ocupación. El día noveno se hicieron los preparativos para viajar todos a la Casa de las Rosas. Mathilde y mis padres viajaron en nuestro coche, Natalie, Klotilde y yo, en el coche de Mathilde.

Cuando remontábamos la colina, mi padre no pudo dominar su curiosidad. Yo le veía levantarse una y otra vez dentro del coche y mirar alrededor. Era un día claro, a pesar de las nubes, lluvias locales caían en los bosques más alejados, retazos de sol recortaban imágenes doradas sobre las colinas y los llanos, y, arriba, en el promontorio, la casa de mi anfitrión contemplaba suavemente el valle. Aunque, cuando nosotros salimos de la ciudad, allí ya estaba todo en flor, y con el viaje y la estancia en casa de Mathilde habían pasado los días, en el entorno de la Casa de las Rosas la floración de los árboles aún no había terminado, antes bien, se hallaba en su plenitud. Porque aquellas tierras estaban a mucha más altura que la ciudad. Una parte de los cereales de invierno ya había crecido profusamente sobre la colina, otra parte estaba creciendo, los cereales de verano despuntaban aquí y allá, y aquí y allá aún se veía la tierra parda.

Mi anfitrión había sido informado por Mathilde de nuestra llegada. Cuando nos detuvimos ante la verja, él estaba en la explanada de arena, delante de la cancela, para recibirnos, junto con Gustav, Eustach, Roland, con el ama de llaves Katharina, con el mayordomo, el jardinero y otros sirvientes. Descendimos del coche y allí estaban, frente por frente, mi padre y mi amigo y anfitrión. Éste tenía los cabellos blancos como la nieve, mi padre un poco menos blancos, pero ambos hombres eran dignos de amor y respeto. Se tendieron la mano, se miraron un instante, y se estrecharon después la mano derecha.

—Sea bienvenido, mil veces bienvenido al umbral de mi casa —dijo mi anfitrión—, pocas veces ha entrado aquí nadie tan esperado como usted y pocas veces he deseado tanto la llegada de alguien como he deseado la de usted. Llevamos ya en contacto mucho tiempo, y hace mucho tiempo que le amo a través del

amor de su hijo.

—Y yo a usted a través del amor de su joven amigo —replicó mi padre—; es uno de mis días más queridos este que me trae bajo su techo. Vengo a la casa del hombre al que conozco a través de mi hijo, aunque también profeso el mayor respeto al hombre de Estado. Vengo agobiado por el peso de una deuda de gratitud. Usted me distinguió antes de que yo hubiese contraído el menor mérito con usted.

—Deje eso ahora, lo hice con mucho gusto —replicó mi anfitrión—, pero ya ve cómo se cometen faltas, cuando se está a merced de una pasión, en especial cuando se juntan dos viejos amantes de la Antigüedad. He omitido saludar en primer lugar a su señora esposa, como habría sido mi deber. Pero, querida señora, aunque usted no lo disculpe del todo, será más indulgente que otras y lo considerará una leve omisión, ya que conoce a su esposo y sabe hasta qué punto está vinculado a sus tesoros. Sea bienvenida y si le digo que he deseado su presencia aquí no menos que la de su esposo, sólo digo la verdad, y su propio hijo dará testimonio de ello si usted dudase de mis palabras. Me alegra poder hacerla entrar en mi casa, permítame que la tome de la mano. Mathilde, Natalie, Heinrich, hoy tenéis que estar en segundo plano, y esta señorita, en la que creo reconocer a Klotilde, permitirá que también la quiera un poco y que le pida que me corresponda. Gustav, ofrece el brazo a la señorita.

—Concédame el favor de ofrecerle el brazo —dijo Gustav a Klotilde.

Ella miró dulcemente a Gustav y dijo:

—Se lo pido por favor.

—Antes de ponernos en marcha —dijo mi anfitrión—, aquí están mis dos excelentes artistas Eustach y Roland, que viven conmigo en nuestra propiedad, a la que yo pondría por nombre «Sin-Preocupaciones», si no estuviera tan lleno de ellas. Ellos quieren saludarlos delante de la casa. Y aquí está también mi buena Katharina, que mantiene en pie esta casa, y luego mi mayordomo y mi jardinero y otros que no querían privarse del placer de darles la bienvenida.

Mi padre dio la mano a cada uno de ellos, y mi madre y Klotilde se inclinaron con la mayor cortesía.

Acto seguido, mi anfitrión tomó del brazo a mi madre, mi padre a Mathilde, yo a Natalie, Gustav a Klotilde, y así cruzamos la puerta de la verja y pasamos al jardín y a la casa. Los coches continuaron hasta la granja. Una vez en la casa, nos llevaron enseguida a nuestras habitaciones. Mathilde y Natalie fueron a sus aposentos de siempre. Para mi padre y para mi madre había sido instalado expresamente un conjunto de tres aposentos. Tenían muy bellos revestimientos en las paredes y excelentes muebles. Se había pensado en todas las comodidades. Klotilde tenía al lado un delicioso cuartito azul pálido. Yo pasé de la vivienda de mis padres a mis apartamentos, que eran los habituales. Gustav vino a verme allí enseguida y me abrazó lleno de cariño y alegría.

—Ahora todo está seguro y garantizado —dijo.

—Seguro y garantizado, si Dios lo lleva a término. Ahora tú eres, en efecto, mi hermano apreciado y queridísimo, aunque no lo seas de hecho hasta dentro de algún tiempo.

—¿Puedo también hablarte de tú? —preguntó.

—De todo corazón —repliqué.

—Así pues: mi hermano querido, mi hermano queridísimo —dijo.

—Para siempre, mientras vivamos, y con independencia de los contratiempos que puedan sobrevenir —dije yo.

—Para siempre —respondió—, pero ahora cámbiate enseguida de ropa para que no se te haga tarde. En la sala de visitas de la planta baja habrá una pequeña recepción antes de ir a almorzar. Yo también tengo que arreglarme.

Era como había dicho Gustav, y habían invitado a todos. Él se marchó y yo me cambié de ropa.

Nos reunimos en la sala de recibir de la planta baja en la que, cuando estuve por primera vez en aquella casa, esperé a solas, mientras mi anfitrión iba a pedir que me trajeran algo de almorzar. Aquel día oí desde la habitación el canto de los pájaros. El suelo de marquetería estaba hoy completamente cubierto con una preciosa alfombra. Eustach y Roland también habían sido invitados a la reunión.

Cuando ya habían llegado todos, mi amigo y anfitrión, que estaba vestido tan de etiqueta como nosotros, se levantó y dijo:

—Dirijo otra vez, a todos los que han venido, el saludo de acogida dentro de los muros de esta casa. Es un hermoso día. Aunque no estén aquí algunos buenos amigos y, en cierto sentido, compañeros de combate que aún tengo, hay que aceptar que no siempre pueden estar reunidos todos los que uno ama. La parte esencial está aquí, está aquí por un amable motivo del que para algunos puede surgir un día aún más hermoso. Usted, querida señora, la madre del joven que ha habitado en repetidas ocasiones bajo este techo, sea bienvenida a esta casa, que ha oído mencionar a menudo su nombre y sus virtudes; y aunque el ruido de

las palabras parecía, también a menudo, proclamar otra cosa muy distinta, las virtudes de usted se desprendían de ellas por sí solas, se concentraban aquí y generaban respeto y amor, si permite esta palabra a un anciano. Usted, mi noble amigo (déjeme pronunciar este nombre que tanto me complace darle), de cabellos grises como los míos, pero más venerable en la veneración de sus hijos y por eso también en la de otras personas, usted ha habitado de modo invisible con su esposa esta casa y ahora la honra al poder verle en persona por sus estancias. Usted, Klotilde, ha llegado hasta aquí junto con sus padres y está, sin embargo, en su propiedad. Ahora te hablo a ti, Mathilde, después de haber hablado a los otros que no han franqueado tan a menudo como tú el umbral de esta casa. Tú nos traes hoy a todos algo que será hermoso para todos. Por eso, no te saludo ni te doy la bienvenida más de lo que siempre te saludo y te doy la bienvenida. Sé bienvenida, Natalie, y recibe mis saludos, Heinrich. Eustach, Roland, Gustav, están aquí como testigos de lo que ocurre.

Mi madre respondió a ello:

—Siempre he pensado que en esta casa seríamos cordialmente recibidos, así es, y doy sinceramente las gracias.

—Yo también doy las gracias, y ojalá esa buena opinión que tiene de nosotros se vea confirmada —dijo mi padre.

Klotilde se limitó a hacer una inclinación.

Mathilde dijo:

—Muchas gracias por tu saludo, Gustav; y si dices que traigo algo que será hermoso para todos, doy a conocer que Heinrich Drendorf y Natalie se prometieron en matrimonio hace nueve días en el Sternenhof. Hemos viajado a tu casa con el fin de solicitar tu consentimiento para este designio. Tú has sido siempre un padre para Natalie. Lo que ella es, lo es en su mayor parte debido a ti. Por eso no podría hacerla feliz un vínculo que no recibiera tu plena bendición.

—Natalie es una excelente joven —replicó mi anfitrión— y ha llegado a ser lo que es, por su ser íntimo y por su educación. Yo puedo haber aportado un poco, como aportan siempre algo bueno a nuestro carácter todas las personas sin maldad con quienes tratamos. Tú sabes que la alianza sellada tiene mi aprobación y que le deseo toda la felicidad. Pero como me das el nombre de padre, has de permitir que actúe también como padre. Natalie recibirá en herencia el Asperhof con todas sus dependencias y con todo lo que éstas contienen, recibirá también, puesto que no tengo parientes, todo el resto de mi haber. La realización práctica será de la siguiente manera: una parte de los bienes los recibirá el día de su boda, junto con los papeles que le adjudican el derecho al resto, que revertirá a ella el día de mi muerte. Los papeles contendrán algunos regalos a amigos y servidores que ella tendrá a bien entregar. Como soy padre, también me encargaré del ajuar de mi querida hija, de su madre sólo podrá recibir regalos. Y habéis de permitirme un capricho cuyo rechazo por vuestra parte me dolería mucho. La boda se celebrará en el Asperhof. Aquí llegó el novio por primera vez hace varios años, aquí lo habéis conocido, aquí ha germinado tal vez la inclinación, y aquí, por último, habita quien acaba de recibir el nombre de padre. Desde el día de la boda estará preparada en el Asperhof una vivienda para los jóvenes esposos, pero no se les pedirá que la utilicen. Que ellos residan donde les parezca mejor: en el Asperhof, en el Sternenhof o en la ciudad, o también pueden alternar, si lo prefieren.

Durante esta alocución, Mathilde había estado sentada en su butaca, con dignidad y decoro, mientras todos los allí reunidos guardaban una actitud grave y solemne. Mathilde trataba de mantenerse serena; pero no podía contener las lágrimas y su boca temblaba de intensa emoción. Se levantó y quiso hablar; pero no pudo, y sólo tendió la mano a Risach. Éste rodeó la mesa —pues los separaba una esquina de ésta—, volvió a sentar suavemente a Mathilde en su butaca, la besó con ternura en la frente y le pasó la mano por el cabello, liso y dividido sobre la delicada frente.

Cuando Risach regresó de nuevo a su asiento, mi padre tomó la palabra y dijo:

—Hay aquí otro padre, que también quiere decir unas palabras y poner algunas condiciones. Ante todo, barón Von Risach, reciba de mi parte, en nombre de mi familia, las más expresivas gracias por haber considerado a un miembro de mi familia digno de pasar a formar parte de la suya. A nuestra familia le ha sido dispensado un honor, y mi hijo Heinrich se empeñará sin duda alguna en adquirir todas las cualidades que necesita para cumplir sus nuevos deberes y para encarnar esa dignidad humana sin la que no se puede pertenecer a la parte mejor de la humana sociedad. Espero poder ser garante de mi hijo a este respecto, y usted también lo espera, puesto que lo ha acogido y colocado en la posición en que está. Lo que mi hijo aportará al nuevo hogar no debe ser tenido en poco. En mi casa de la ciudad habrá siempre preparada una vivienda decorosa para los recién casados, y si alguna vez yo prefiriese vivir en el campo, también habrá sitio para ellos en mi nueva morada. Su domicilio permanente pueden instalarlo a voluntad. A mi juicio, es

justo que la boda sea en el Asperhof, y creo que nadie se opondrá a esa medida. Y ahora tengo una petición, barón Von Risach: acoja de buen grado a este anciano y a su anciana esposa, junto con nuestra hija, en su círculo familiar. Somos simples burgueses y como tales hemos vivido, pero en todo momento hemos procurado salvaguardar nuestro honor y nuestro buen nombre.

—Le conozco a usted hace ya tiempo —respondió Risach—, aunque no personalmente, y hace tiempo que le tengo el mayor aprecio. Aún más le he estimado y amado desde que conocí a su hijo. Su hijo puede decirle, y el tiempo venidero se lo mostrará, cuánto me alegra contraer un vínculo más estrecho con usted. Por lo que toca a la burguesía, he pertenecido también a ella. Unos actos efímeros, a los que se da el nombre de méritos, me apartaron temporalmente de esa clase, pero a través de mi hija adoptiva retorno a ella, la única adecuada para mí. Hombre digno y honorable, de constante actividad y con una sólida vida familiar: si me considera digno de estima, a mí, que no tengo ni lo uno ni lo otro, déjeme estrecharle contra mi pecho y recorramos juntos, con amistad, la última etapa de nuestra vida.

Los dos hombres abandonaron sus sitios, se encontraron a medio camino, se tendieron los brazos y permanecieron un instante abrazados. El silencio religioso que reinaba en la sala y las lágrimas que brillaban en algunos ojos indicaban hasta qué punto todos estaban conmovidos.

Cuando Risach se separó de Mathilde, mi madre fue hacia ella, se sentó a su lado y le cogió ambas manos. Las dos mujeres se besaron y continuaron después casi abrazadas.

Natalie y yo nos acercamos entonces a Risach y dijimos que le estábamos hondamente agradecidos por su amor y bondad y que sólo aspirábamos a ser cada día más dignos de la buena opinión que tenía de nosotros.

—Sois buenos y amables y sinceros —dijo él— y todo será para bien.

Regresamos a nuestro sitio, y Eustach, Klotilde, Roland, Gustav e incluso nuestros padres nos desearon dicha y prosperidad.

La conversación tomó entonces un giro distinto y versó sobre cosas más simples y comunes. Todos se levantaban más a menudo y se mezclaban unos con otros. Mi madre iba engalanada con algunas de las más bellas piedras talladas de mi padre. Mi anfitrión había dirigido ya varias miradas en esa dirección; pero ahora Eustach y él ya no pudieron resistir más, se acercaron a mi madre, contemplaron asombrados las piedras y hablaron sobre ellas. Roland se sumó después a ellos. A mi padre le brillaban los ojos de alegría.

Al cabo de un rato de conversación, nos separamos y nos citamos para un paseo que tendría lugar antes del almuerzo. El punto de reunión era la explanada de arena, junto a la espaldera de las rosas adosada a la pared de la casa.

Nos cambiamos de ropa y nos reunimos ante la casa.

Mi padre, que probablemente tenía mucha curiosidad por ver todo lo de aquella casa, se situó junto a Risach; estaban delante de los rosales, y mi anfitrión se lo explicaba todo a mi padre. Mathilde iba junto a mi madre, Klotilde y Natalie caminaban cogidas del brazo, y Gustav y yo, así como a intervalos Eustach y Roland, seguíamos de cerca a los dos hombres mayores. Fuimos de la explanada de arena al jardín, para que mi familia viera éste primero. Mi anfitrión era el guía de mi padre, y le enseñaba y le explicaba todo. Cuando mi madre y Klotilde se interesaban por lo que veían, sus acompañantes se lo aclaraban.

—Pero ahí veo mariposas —dijo mi padre cuando habíamos avanzado un buen trecho por el jardín.

—No sería apenas concebible que mis pájaros exterminaran todos los gérmenes —respondió mi anfitrión —, ellos sólo impiden que proliferen de manera desmesurada. Pero siempre queda algo que proporciona alimento para el año siguiente. Además también llegan mariposas de sitios lejanos. Serían sin duda el más bello ornamento de un jardín si sus orugas no fueran tan nocivas para nuestras necesidades humanas.

—Pero ¿no causan también daños los pájaros en diversas frutas? —preguntó mi padre.

—Sí, causan daños —replicó mi anfitrión—, sobre todo en las distintas variedades de cerezas y en otras frutas blandas; pero en comparación con el beneficio que me aportan los pájaros, el daño es muy reducido: que disfruten ellos también de una parte de la abundancia que me procuran, y en último término, como además de su alimento natural les doy también raciones suplementarias y a veces algún que otro bocado exquisito, tienen menos motivo para caer sobre mi fruta.

Recorrimos todo el jardín. Todo se examinó a fondo: los macizos de flores, las flores raras, una por una, cada árbol, cada bancal de hortalizas, el paseo de los tilos, la colmena, los invernaderos. El día se había quedado casi radiante y la profusión de flores lo llenaba todo con su perfume. Subimos hasta el gran cerezo y desde allí dirigimos la mirada hacia el jardín. Mi padre se sentía completamente feliz por poder ver y contemplar todo aquello. Por lo que toca a mi madre, ella seguramente no quería fijarse tanto en el entorno como mi padre, prefería hablar con Mathilde sobre la felicidad y el porvenir de sus hijos. Y tampoco las conversaciones entre Klotilde y Natalie versarían en su mayor parte sobre el jardín. Seguramente disponían

de otros temas comunes de que hablar.

Al llegar al gran cerezo hubo que regresar a la casa, porque ya quedaba poco tiempo para el almuerzo. Todos se retiraron por unos momentos a sus habitaciones y después se reunieron en el comedor.

Se dedicó la tarde a visitar la granja, los prados y los cultivos. Salimos desde el gran cerezo al cerro de los cereales y, una vez allí, continuamos hasta el descansadero. Recorrimos el mismo camino que recorriera con mi anfitrión la tarde en que llegué por primera vez al Asperhof. Desde el descansadero miramos un poco los alrededores. El fresno acababa de echar las primeras hojitas y trataba de desplegarlas. No pudimos sentarnos porque el banco era muy pequeño. Del punto de descanso fuimos a la granja. Tomamos el camino por el que había paseado a solas una vez con Natalie. Tras la visita de la granja, en la que mi anfitrión enseñó a mi padre hasta el último detalle y le explicó cómo estaba todo antes, qué reformas se habían hecho y cuáles quedaban aún por hacer, atravesamos los prados de la granja, los cultivos de la ladera de la colina de la Casa de las Rosas, luego rodeamos la colina, por último llegamos al bosquecillo del estanque y desde allí retrocedimos por la orilla del arroyo de los alisos, de forma que llegamos de nuevo al gran cerezo y desde allí a la casa. Entretanto, había llegado el crepúsculo. Todo había excitado la admiración de mi padre.

El día siguiente se destinó a explorar el interior de la casa, sus tesoros artísticos y todo lo demás que en ella había. Mi anfitrión enseñó primero a mi padre todas las piezas de la planta baja, luego, a través del corredor de los mármoles, lo llevó por la escalinata hasta la estatua de mármol. Íbamos todos con ellos, excepto Eustach y Roland. Nos quedamos mucho tiempo junto a la estatua de mármol. Desde allí fuimos a la sala de los mármoles, en la que mi anfitrión dio a mi padre el nombre de todas las variedades de mármoles y le indicó los lugares de procedencia. Luego visitamos por orden los aposentos de mi anfitrión, las salas de los cuadros, de los libros, de los grabados, el gabinete de lectura, la habitación de esquina con los comederos para los pájaros, y por último los cuartos para invitados y las habitaciones particulares de Mathilde. También entramos en el aposento de Roland, donde, sobre un caballete, estaba el cuadro casi terminado. Cerró el recorrido la visita de la ebanistería y de sus instalaciones y de todos los trabajos en curso. Si mi padre ya estuvo la víspera lleno de admiración, hoy su entusiasmo se desbordaba. Su complacencia en la figura de mármol era tal que, según dijo, no recordaba haber visto en sus viajes muchas obras antiguas mejores que esa figura. La miró y la remiró, y comentó esa parte y aquella otra y el conjunto. Él no poseía, ni remotamente, nada semejante, sólo algunas de sus piedras antiguas talladas podrían resistir tal vez el parangón con esa estatua. La sala de los mármoles le gustó mucho, y la idea de construir tal habitación le pareció sumamente feliz. Ponderó la paciencia de mi anfitrión en su búsqueda de mármoles y alabó a quienes habían concebido la composición de manera que resultara algo tan puro y magnífico. Los muebles antiguos, los cuadros, los libros, los grabados interesaron vivamente a mi padre; lo miraba todo con detalle y hablaba de mucho de ello como aficionado y también como experto. Mi anfitrión no tuvo dificultad en entenderse con él, sus pareceres coincidían a menudo y se completaban a menudo, en la medida en que era posible emitir opiniones en un grupo en el que había que ser breve. Mi madre se alegraba profundamente de la alegría de mi padre. Pues por fin se cumplía lo que ella tanto había deseado, que mi padre conociera la casa de mi anfitrión, y se cumplía de una manera que ella, a buen seguro, nunca habría siquiera imaginado. Mi padre contempló con mucha atención el cuadro de Roland, le pareció una obra notable, habló con Risach sobre diversos aspectos de ella y opinó que a juzgar por esa pintura, Roland tenía ante él un porvenir esperanzador. Se comprende que a mi anfitrión le complaciese sobremanera que sus creaciones fueran tan apreciadas por un hombre de cuyas palabras se desprendía que opinaba con fundamento. Los dos hombres se acercaban cada vez más el uno al otro y en ocasiones se olvidaban un poco del resto del grupo. En la ebanistería, en la que Eustach se encargó de enseñarlo todo, no sólo se examinaron todos los dibujos y planos, sino el taller completo, y tanto el modo de trabajar como la totalidad de los instrumentos fueron objeto de una minuciosa observación. Mi padre daba su completa aprobación a todo. La visita de esas cosas había requerido el día entero.

Al día siguiente hubo una excursión en coche al bosque del Aliz para que mi anfitrión enseñase a mis padres la parte de monte que pertenecía al Asperhof.

En los días siguientes hubo ya menos cohesión en el grupo. Todos se dispersaban y buscaban lo que más les atraía. Todos los moradores de la Casa de las Rosas y de la granja vinieron poco a poco a vernos a Natalie y a mí para desearnos dicha y bienestar en nuestro próximo enlace. Fue ahora, una vez celebrada la petición de mano, cuando tuvieron certeza de ello, pero antes ya lo habían conjeturado y deducido de lo que ellos veían. Mi padre volvió a inspeccionar con detalle lo que había visto en su conjunto, iba a un sitio y a otro y pasaba mucho tiempo con el dueño de la casa. Las mujeres se interesaban por todo lo relacionado con el gobierno de la casa y se reunían a menudo con Katharina. Los jóvenes pasábamos mucho tiempo en

el jardín, íbamos a ver este o aquel lugar y paseábamos. Estuvimos varias veces en casa del jardinero, una vez nos quedamos mucho tiempo sentados a su mesa y otra vez visitamos nosotros dos con detalle los invernaderos, y el jardinero nos explicó lo que allí había. Un día fuimos todos al Inghof, y otro día, los habitantes del Inghof estuvieron a su vez en el Asperhof. El párroco de Rohrberg y varios de los más conspicuos habitantes de la comarca vinieron, de lejos y de cerca, para dar sus parabienes por el acontecimiento que había llegado a sus oídos. Incluso campesinos de la vecindad y otros que nos conocían a Natalie y a mí vinieron con ese mismo fin.

Tuvimos que pasar doce días en el Asperhof, pero luego metimos nuestro equipaje en el coche y emprendimos el viaje de regreso a nuestra ciudad natal.

Nada más llegar a casa, empezamos a acondicionar habitaciones para recibir con decoro a los invitados, cuando ellos vinieran a devolvernos la visita. Entretanto me preparaba para algo que había de ocurrir antes de mi enlace con Natalie: mi gran viaje. Traté de organizarlo de manera que tuviera la sensación de no haber omitido nada esencial. La necesidad de adquirir mediante ese viaje muchas cosas que me faltaban, para de esa manera no quedar muy detrás de Natalie, me parecía evidente, e igual de evidente era para mí que hubiese de hacer un gran viaje antes de emprender en el futuro cualquier viaje con Natalie. Tenía, en efecto, la intención de partir en cuanto se marcharan nuestros invitados.

La devolución de la visita tuvo lugar tres semanas después de nuestro regreso a la ciudad. Una carta la había anunciado. Mathilde, Risach, Natalie y Gustav llegaron en un hermoso carruaje. Se los condujo a las habitaciones preparadas para ellos. Así que se cambiaron de vestimenta, nos reunimos en nuestra salón para darles la bienvenida. La acogida en nuestra casa fue tan afectuosa y cordial como lo fuera en el Sternenhof y en casa de mi anfitrión. Había alegría en todos los semblantes, y todas las palabras continuaban la relación iniciada y la amistad que había empezado a surgir. La grata sensación se contagió incluso a la servidumbre. De algunas palabras sueltas y de los rostros risueños se infería cuánto les gustaba la bellísima novia. Se proporcionó a los invitados todo lo agradable que nuestra casa y la ciudad podían ofrecer. Lo mismo que en ambas propiedades rurales, allí también se pasó revista a todo lo que contenía la casa. Los invitados fueron guiados a través de la casa, miraron cuadros, libros, armarios antiguos y piedras talladas. Fueron al pabellón de cristal y a todas las secciones del jardín. En cuanto a los cuadros de mi padre, mi anfitrión opinó que el conjunto de la colección era más valioso que el suyo, aunque él poseyera piezas sueltas que podían parangonarse con las mejores de la colección de mi padre. Mi padre se alegró al oírlo y dijo que él hubiera emitido seguramente el mismo juicio. Las piedras talladas, dijo mi anfitrión, eran exquisitas, y él no tenía nada que pudiera compararse con ellas, a excepción de la estatua de mármol.

—Así es, en efecto, ésa es la pieza más perfecta de ambas colecciones —replicó mi padre.

Los relieves en los revestimientos del pabellón de cristal los conocía mi anfitrión por mis reproducciones. Sin embargo los examinó con todo detalle y les dedicó no pocos elogios en atención a la época de su origen. En el jardín, también mereció elogios mi uva de raposa de mármol. Mi padre gozaba muchísimo al oír alabar sus tesoros a un hombre como Risach, y, a mi juicio, desde que había reunido todas aquellas cosas nunca tuvo horas más gratas que los días en que Risach estuvo en su casa. Ni siquiera creo que diera preferencia al momento en que mis ojos se abrieron por primera vez al valor de lo que poseía. Entonces, yo expresé un sentimiento, Risach emitía ahora una opinión autorizada.

Dos salidas al teatro, tres visitas en común a colecciones de arte y varias excursiones a los alrededores fueron los esparcimientos que hubo fuera de la casa.

También se habló en aquel encuentro de la fecha de la boda. Yo tenía que llevar a cabo el viaje anunciado, y a mi regreso ya no debería haber más dilaciones. Entonces se fijaría la fecha. Tras haber convenido en eso, tuvo lugar la despedida, que fue muy dura esta vez, porque la separación era más larga y porque durante esa ausencia no era imposible cualquier percance imprevisto. Pero no perdimos la entereza; ante testigos, aunque fuesen personas tan queridas, no nos atrevimos a manifestar nuestro dolor, y nos separamos con la mutua promesa de escribirnos.

Cuando se marcharon nuestros invitados, anunciamos por carta nuestra promesa de matrimonio a algunas familias muy amigas nuestras. A casa de la princesa fui personalmente para ponerla al corriente de mi compromiso. Ella sonrió afectuosamente y dijo que había notado muy bien que me ruboricé intensamente cuando ella mencionó en una ocasión el nombre de Tarona.

Respondí que enrojecí entonces sólo porque ella vino a ponerme el dedo en una honda inclinación, y le dije que en aquel entonces yo no sabía aún que Tarona era el apellido de Natalie. Hablé también de mi viaje, ella alabó mucho esa determinación y me contó sus recuerdos de diversas capitales en las que había residido por algún tiempo en años anteriores. Refirió brevemente algunos detalles sobre la apariencia externa de esos países, ya que ella era gran amante de las bellezas paisajísticas. En aquel momento tenía la

intención de volver al lago de Garda, adonde ya había viajado repetidas veces. Ésa era también la razón de que aún siguiera en la ciudad estando ya tan avanzada la primavera. Me pidió que cuando yo regresara pasara otra vez un ratito por su casa. Se lo prometí.

Ahora mi viaje ya no sufrió un instante de dilación. Me despedí de mi familia y un buen día salía por la puerta de nuestra ciudad.

A través de Suiza, fui primero a Italia, a Venecia, Florencia, Roma, Nápoles, Siracusa, Palermo, Malta. En Malta me embarqué rumbo a España, que recorrí de sur a norte con múltiples desvíos. Estuve en Gibraltar, Granada, Sevilla, Córdoba, Toledo, Madrid y en muchas otras ciudades menores. De España pasé a Francia, de allí a Inglaterra, Irlanda y Escocia y desde allí, a través de Holanda y Alemania, regresé a mi país natal. Había estado ausente dos años menos un mes y medio. Era de nuevo primavera cuando regresé; el poderoso universo de los Alpes, de los montes de fuego de Nápoles y Sicilia, de los montes nevados de la España meridional y de los Pirineos, y de los montes envueltos en niebla de Escocia, habían hecho su efecto en mí. Mi alma se saturó de mar, acaso lo más grandioso que posea la tierra. Estuve rodeado de una infinidad de cosas bellas, admirables. Vi pueblos y aprendí a comprenderlos en su propia tierra y, a menudo, a amarlos. Vi personas muy diversas, con sus esperanzas, sus deseos y necesidades, vi muchas cosas relacionadas con el funcionamiento del comercio, y en ciudades importantes me quedé largo tiempo aplicándome a sus centros artísticos, a sus tesoros bibliográficos, a su comercio, a su vida social y científica y a las cartas llenas de afecto que llegaban del país natal y a las que salían para allá.

En mi viaje de regreso llegué antes a las comarcas del Asperhof y del Sternenhof que a mi tierra natal. Por eso me detuve en ambos lugares. Todos estaban muy bien y con buena salud y me encontraron muy moreno. Me enteré también de un cambio de situación de mi padre que nadie me había comunicado en las cartas, para que fuese una sorpresa. Él había insinuado a menudo que se jubilaría cualquier día, cuando nadie lo esperase, que en un abrir y cerrar de ojos se hallaría viviendo en el campo, que iban a ocurrir muchas cosas entonces impensables, que tal vez necesitaría a menudo el coche de viaje: y todo ello se había cumplido. Había traspasado su negocio y comprado el Gusterhof, una finca situada en un delicioso paraje entre el Asperhof y el Sternenhof y que ahora estaba renovando y amueblando para él. Todos se alegraban ante la perspectiva de que estableciera su residencia en esa nueva propiedad. No tuve tiempo de visitar esa finca, que conocía por fuera, pues no quería tener a Natalie, que me había sido devuelta como un precioso bien, lejos de mí inútilmente por más tiempo. Tras el recibimiento y la despedida llenos de cariño, viajé a casa de mis padres, y viajé día y noche, para llegar pronto. Estaban al corriente de mi llegada y me recibieron con alegría. Enseguida me instalé en mis habitaciones. Era una sensación extraña y bienhechora ver a mi padre siempre en casa, siempre rodeado de planos, proyectos, diseños. Durante mi ausencia había estado cinco veces en el Gusterhof y, con tal motivo, también en casa de Mathilde o de Risach. Mi madre y Klotilde lo habían acompañado dos veces. En esos dos años había rejuvenecido mucho. Los moradores del Sternenhof y del Asperhof también habían estado invitados en casa de mis padres una vez en invierno. Los lazos se habían estrechado de modo aún más grato y amable.

Ya el primer día de mi estancia en la casa paterna, mi madre me llevó a las habitaciones instaladas como vivienda, para que Natalie y yo residiéramos en ellas cuando quisiéramos estar en la ciudad. No habría creído que hubiera tanto sitio en la casa, tan espaciosa era la vivienda. Su disposición era tan hermosa y noble a la vez, que mi gozo fue grande. Hablé, con tal ocasión, de la fecha de la boda, y mi madre respondió que, a juicio de mi padre, ya no había por qué aplazarla más, y que nosotros, por ser la parte del novio, debíamos tomar la iniciativa. Pedí que lo acelerasen y al día siguiente salían ya nuestras cartas al Sternenhof y a la casa de Risach. Al poco tiempo llegó la respuesta, y el día fue fijado con arreglo a nuestra propuesta. El lugar de la celebración sería el Asperhof.

Fiel a mi palabra, me presenté también en casa de la princesa. Ya se había marchado a su quinta. Por eso le escribí unas líneas diciendo que había regresado y le anuncié la fecha de mi casamiento. Al poco tiempo llegó la respuesta junto con un paquetito, que contenía un presente suyo como recuerdo de mi boda. No podía entregármelo personalmente, añadía, porque llevaba varias semanas delicada de salud y por eso había tenido que trasladarse prematuramente al campo. Tenía preparado ese recuerdo desde hacía tiempo. Abrí el paquete. Contenía una perla, una sola, pero grandísima y bellísima. Casi no tenía engarce. Sólo llevaba adosado un apéndice y un disco de oro para poder fijarla como botón. Me alegré sobremanera de los sentimientos de la noble princesa, de su gusto seguro y de su hondo sentido; porque, para mí, era una perla el regalo que yo iba a fijar en mi pecho. Le escribí dándole las más efusivas gracias.

Pronto habíamos terminado con nuestros preparativos y nos pusimos en camino.

—De todos modos podemos ultimar detalles en mi casa de campo —dijo mi padre con alegre sonrisa.

Viajamos al Gusterhof. Nos recibió una vivienda pequeña, pero agradable, que mi padre había hecho

instalar de momento para tales ocasiones. Era una grata sensación estar en una casa de campo que nos pertenecía por derecho. Era sobre todo mi padre quien parecía recrearse más en esa sensación, lo que a mi madre la alegraba sobremanera. Nos quedamos allí, ultimando los preparativos, para poder llegar al Asperhof dos días antes de la boda. Mathilde y Natalie estaban ya allí cuando llegamos nosotros. Nos saludamos cariñosamente. Todos estaban con cierta tensión en medio de los preparativos. A menudo yo sólo podía ver a Natalie por unos instantes. Klotilde también se vio metida pronto en el trajín. Recados que iban y venían, invitados y testigos de boda que iban llegando. Por mi parte, me hallaba en cierto estado de ansiedad.

El primer día por la tarde me encontré con Mathilde, con mi anfitrión y con Gustav, que paseaban por el camino de los tilos. Me uní a ellos. Gustav nos dejó pronto.

—Hablábamos precisamente de que mi hijo pronto tendrá que marcharse de aquí y salir al mundo —dijo Mathilde—, ¿no lo ha encontrado también usted cambiado al regreso de su viaje?

—Es ya un joven hecho y derecho —repliqué—, en mis viajes no he visto a nadie comparable a él. Ha sido un niño lleno de vigor y ahora es un joven de las mismas características, pero, en mi opinión, más dulce y suave. Incluso en sus ojos, que son aún más brillantes, me parece haber algo semejante a lo que es la languidez en una joven.

—Me alegra que también haya reparado usted en ello —dijo mi anfitrión—, es así, y es bueno, aunque peligroso, que así sea. Precisamente en jóvenes muy vigorosos, a quienes el mal aún no ha empañado el corazón, aparece con los años una languidez que ofrece aún más encanto que en las muchachas en flor. No es debilidad sino un exceso de fuerza revestida de gracia, que asoma por los ojos casi siempre oscuros y suavemente luminosos y que aflora como una joya en las inocentes pestañas. Pero en días aciagos esos jóvenes saben sufrir y resistir con un temple merecedor de la corona del martirio y, cuando la patria exige sacrificios, ponen con sobriedad y sencillez su joven vida sobre el altar. Pero también se pueden ver manipulados y empujados a entusiasmos equívocos y, cuando la mirada de un joven de esa índole se cruza en el momento adecuado con la mirada adecuada de una joven, surge la llama del amor más súbito y ardiente pero con frecuencia también más desventurado, porque el joven, que no conoce la doblez, la acoge en su corazón como en una fortaleza inexpugnable. Cuando haya pasado el asunto que ahora nos ocupa, seguiremos hablando de lo que será menester hacer.

—También veo lo bueno, pero asimismo el peligro —dijo Mathilde.

Al poco rato regresamos a la casa.

—Ha de conocer la dureza del mundo, eso le fortalecerá —dijo mi amigo y anfitrión durante el camino de vuelta.

Por fin amaneció el día de la boda. La ceremonia religiosa tendría lugar por la mañana en la iglesia parroquial de Rohrberg, a la que pertenecía el Asperhof. El lugar de reunión era la sala de los mármoles, cuyo suelo había sido cubierto, a ese fin, con una delicada alfombra verde. La misma clase de tejido recubría todas las escaleras. Me vestí en mis habitaciones, dirigí una oración a Dios y fui conducido por uno de mis testigos a la sala de los mármoles. De nuestra familia sólo se hallaban presentes los hombres. Habían llegado los testigos y la mayor parte de los invitados. Risach llevaba traje de etiqueta y todas sus condecoraciones. Se abrió entonces la puerta que daba al pasillo y entró Natalie con su madre y la mía, con Klotilde y con otras señoras y muchachas jóvenes. Estaba suntuosamente vestida y se diría que cubierta de piedras preciosas; pero estaba muy pálida. Las piedras preciosas llevaban engastes medievales, eso yo lo veía; pero no estaba en disposición de reparar en ello un solo instante. Le salí al encuentro y le tendí suavemente la mano para saludarla. Ella temblaba mucho.

Mi anfitrión dijo a mis padres:

—El tema favorito de conversación de su hijo han sido hasta ahora sus padres y su hermana; quien es tan buen hijo será también un buen esposo.

—Las buenas cualidades que ofrecen una garantía de futuro —dijo mi padre— las ha adquirido con usted, nosotros lo hemos visto y por eso le hemos querido cada vez más, usted lo ha perfeccionado y ennoblecido.

—He de responder como en el caso de Natalie —replicó mi anfitrión—; su propio ser se ha desarrollado, y todas las personas con quienes le ha sido dado tratar, ustedes sobre todo, han ayudado.

Yo quería decir algo, pero la emoción me lo impidió.

Gustav, que estaba cerca de las mujeres, me miró, y yo a él. Estaba también muy pálido.

Entretanto se habían reunido poco a poco todos los que asistirían a la ceremonia religiosa, era la hora de ponerse en marcha, y el mayordomo anunció que todo estaba preparado.

Mathilde hizo a Natalie el signo de la cruz en la frente, la boca y el pecho, y ella inclinó los labios sobre

la mano de su madre. Luego, las jóvenes cogieron el velo, que, cual plateada niebla, le llegaba a Natalie de la cabeza a los pies, la envolvieron en él, y Natalie, rodeada de sus damas de honor y guiada por las mujeres, bajó la escalera en la que estaba la estatua de mármol. Nosotros seguíamos detrás. Conmigo iban mis testigos y Risach y mi padre. La primera parte de la fila de coches la ocuparon las mujeres, la novia y las damas de honor, la última los hombres y yo. Subimos, el cortejo se puso en marcha. Había llegado mucha gente a ver el cortejo nupcial. Entre ella distinguí a mi profesor de cítara, que me saludó con un sombrero verde ornado de plumas. Los habitantes de la granja y los criados de la casa se habían adelantado ya en su mayor parte y nos esperaban en la iglesia. Algunos iban también en los coches. El cortejo descendió lentamente la colina.

En la iglesia nos esperaba el párroco de Rohrberg, nos situamos ante el altar, y se celebró el casamiento.

En el viaje de vuelta, Natalie y yo íbamos solos en un carruaje. Ella no decía nada, el velo estaba retirado y las lágrimas fluían sin cesar de sus ojos.

De nuevo en la sala de los mármoles, Risach y mi padre pusieron sobre la mesa que aquel día habían colocado allí, rodeada de muchas sillas, los papeles relativos a nuestro casamiento y a nuestros bienes. Pero yo tomé de la mano a Natalie y, atravesando la sala de los cuadros y el gabinete de lectura, la llevé a la biblioteca, en la que estábamos solos. Allí me puse frente a ella y abrí los brazos. Ella se arrojó contra mi pecho. Nos abrazamos con fuerza y los dos lloramos casi de modo audible.

—¡Mi querida, mi única Natalie! —dije.

—Mi amado esposo —respondió—, este corazón es eternamente tuyo, sé indulgente con sus defectos y debilidades.

—Amada esposa mía —repliqué—, te respetaré y amaré siempre, como te amo y te respeto hoy. Ten tú también paciencia conmigo.

—Oh, Heinrich, eres tan bueno…

—Natalie, trataré de deshacerme de todas mis faltas por amor a ti —repliqué—, y hasta entonces esconderé cada una de ellas para no herirte.

—Y yo procuraré no ofenderte —respondió.

—Todo será para bien —dije.

—Todo será para bien, como ha dicho nuestro segundo padre —replicó ella.

La llevé más cerca de la ventana, y allí nos quedamos cogidos de la mano. Entraba el sol de primavera, y junto a los diamantes brillaban las lágrimas que habían caído sobre su hermoso vestido.

—Natalie, ¿eres feliz? —pregunté al cabo de un rato.

—Lo soy inmensamente —respondió—, ojalá lo seas tú también.

—Tú eres mi tesoro y mi mayor bien en este mundo —repliqué—, aún me parece un sueño haberlo conseguido, y quiero conservarlo mientras viva.

La besé en la boca, que me ofrecía con dulzura. El color había vuelto a sus delicadas mejillas.

En ese momento oímos pasos en la pieza contigua, y entraron Mathilde, mi madre, Risach, mi padre y Klotilde, que andaban buscándonos.

—Madre, querida madre —dije a Mathilde, saliendo al encuentro de todos ellos, tomando la mano de Mathilde y haciendo ademán de besarla. Mathilde nunca se había dejado besar la mano por nadie. Esta vez permitió que yo lo hiciera y dijo suavemente:

—Sólo por esta vez. —Luego me besó en la frente y dijo—: Sé tan feliz, hijo mío, como lo has merecido y como lo desea la que hoy te ha dado la mitad de su vida.

Risach me dijo:

—Hijo mío (desde ahora te hablaré de tú, y tú has de dirigirte a mí, como lo haces con tu primer padre, también con esa palabra), hijo mío, después de lo que hoy ha tenido lugar, tu primera obligación es fundar una noble, pura y bien ordenada vida de familia. Tienes ante ti el ejemplo de tus padres, sé como ellos. La familia es lo que necesita nuestro tiempo, la familia es más necesaria que el arte y la ciencia, más que el comercio y el tráfico, más que el auge y el progreso, y comoquiera que se llame todo lo que se considera deseable. En la familia descansa el arte, la ciencia, el progreso humano, el Estado. Si los matrimonios no abocan en una venturosa vida familiar, de nada sirve tu alto rendimiento en la ciencia y en el arte, lo entregas a una generación que decae en lo moral, que no saca partido alguno de tu dádiva y que acaba por dejar de producir tales bienes. Si tienes como fundamento a la familia (aunque muchos no contraen matrimonio y sin embargo llevan a cabo grandes logros), si tienes a la familia como fundamento, sólo serás un ser humano si te apoyas en ella de manera completa y definitiva. Trabaja entonces en pro de la ciencia y del arte, y si te señalas entonces por tus extraordinarios logros, serás alabado con razón; sé útil después a tus vecinos en asuntos comunes y responde a la llamada del Estado, cuando éste te necesite. Entonces

habrás vivido para ti y para todos los tiempos. Sigue el camino de tu corazón como hasta ahora, y todo evolucionará de manera positiva.

Le tendí la mano, él me atrajo hacia sí y me besó en la boca.

Natalie había estado entretanto en los brazos de mi madre, de mi padre y de Klotilde.

—Seguirá siendo el mismo de hoy, seguro —dijo ella, probablemente reaccionando a un deseo suyo para el futuro.

—No, hija querida —dijo mi madre—, él no seguirá siendo el mismo, eso tú no lo sabes todavía: él será más y tú serás más. El amor será otro, dentro de muchos años será por completo distinto; pero cada año será mayor, y cuando digas, ahora nos amamos más que nunca, al cabo de poco tiempo eso ya no será verdad, y cuando un día tengas ante ti, no al joven en la flor de la edad sino a un anciano caduco, lo amarás de un modo distinto a como amaste al joven; pero lo amarás muchísimo más, tu amor será más fiel, más grave y más indestructible.

Mi padre se dio media vuelta y se frotó los ojos con la mano.

Mi madre besó de nuevo a Natalie y dijo:

—¡Mi buena y querida hija!

Natalie devolvió el beso y echó los brazos al cuello de mi madre.

—Hijos, ahora hemos de reunirnos con los otros —dijo Risach.

Fuimos a la sala. Allí, Risach entregó papeles a Natalie. Ella me los entregó a mí. Mi padre también me dio papeles. Todos los presentes nos desearon felicidad, sobre todo Gustav, al que no había visto en los últimos tiempos. Le echó a su hermana los brazos al cuello y también me abrazó a mí. En sus hermosos ojos brillaban las lágrimas. Luego nos dieron sus parabienes Eustach, Roland, los del Inghof, el párroco de Rohrberg, que me recordó nuestro primer encuentro en esa casa aquella tarde de tormenta, y todos los demás.

Risach dijo que ahora todos disponían de dos horas y que luego se reunirían en la sala de los mármoles para un refrigerio.

Natalie fue conducida por sus damas de honor a los aposentos de su madre, para quitarse el traje de novia. Yo me fui a mis habitaciones, me cambié de ropa y guardé bajo llave los documentos sin mirarlos. Al cabo de un buen rato fui a la antesala de los aposentos de Mathilde y pregunté si Natalie estaba ya preparada, pues quería pedirle que diera conmigo un corto paseo por el jardín. Apareció en un bonito pero sencillísimo vestido de seda y bajó conmigo la escalera. Me dio el brazo y caminamos algún tiempo bajo los grandes tilos y por otros senderos del jardín.

Pasadas las dos horas, la campana llamó a la comida. Todos se dirigieron al gran salón y a cada uno le fue indicado su sitio. La comida, como era habitual en casa de Risach, fue sencilla pero excelente. Para los entendidos y aficionados había magníficos vinos. En aquella sala nunca se había ofrecido una comida, y la gravedad del mármol, observó mi antiguo anfitrión, sólo podía reflejarse en la gravedad del caldo más noble. Se pronunciaron brindis y hasta se recitaron versos que deseaban eterna felicidad.

—¿No lo he hecho bien, Natta —dijo quien fuera mi anfitrión—, buscándote el marido adecuado? Tú has pensado siempre que yo no entendía de esas cosas, pero lo reconocí nada más verlo. No sólo el amor es tan rápido como el rayo, sino también el ojo clínico.

—Nada de eso, padre —dijo Natalie ruborizándose—, nunca hemos discutido sobre eso, y nunca te he negado esa capacidad.

—Pues entonces lo habrás pensado, seguro —replicó él—, pero mi criterio fue sin duda certero: él siempre ha sido muy modesto, nunca ha pretendido llamar la atención ni ponerse en primer plano, y será con toda seguridad un afectuoso marido.

Al cabo de un rato dijo:

—Y tú, Heinrich, no te llenes de orgullo por eso. ¿Pues no me lo debes todo a mí, al fin y al cabo? Cuando estuviste por primera vez en esta casa, dijiste en una ocasión en la ebanistería que hay caminos muy distintos y que no podía saberse si el que te había traído hasta aquí, a causa de una tormenta, no era un camino muy bueno, a lo que yo repliqué que habías dicho la verdad y que eso no acabarías de comprenderlo hasta que pasaran los años; porque en esa edad, pensé entonces, no se ven bien los caminos, como yo no veía los míos. Pero ¿quién habría pensado entonces que mis palabras revestirían la importancia que hoy tienen? Y todo vino porque tú te obstinabas en afirmar que venía una tormenta y no dabas crédito a mis argumentos contrarios.

—Por tanto, padre, ha sido obra del destino, y la providencia misma me ha conducido a la felicidad —dije.

—La anciana que, en aquella casa oscura de la ciudad, era nuestra vecina y a veces nuestra invitada —

dijo mi padre—, te profetizó que ibas a llegar muy lejos en la vida; y ahora, como tú mismo dices, sólo has llegado hasta la felicidad.

—Lo otro vendrá aún —exclamaron varias voces.

—Aparte de sus otras virtudes he descubierto una buena cualidad en tu esposa —continuó mi padre—: que no es curiosa; ¿o has abierto ya, hija querida, el estuche que te he dado?

—No, padre, esperaba una indicación tuya —respondió Natalie.

—Entonces, di que te traigan el estuche —replicó mi padre.

Así se hizo. Se cortaron los hilos y el sello, se abrió el estuche, y apareció, sobre terciopelo blanco, un dije de esmeraldas de extraordinaria belleza. Se oyó una exclamación colectiva de asombro. No sólo las piedras eran bellísimas por sí mismas, aunque no fuesen de las más grandes, sino que la montura no sobrecargaba las piedras y era tan ligera y hermosa que el conjunto parecía una obra unitaria, homogénea, una verdadera obra de arte. Incluso Eustach y Roland expresaron su admiración y, con el mayor entusiasmo, Risach. Todos aseguraron que no habían visto un trabajo moderno comparable a ése.

—Tu amigo, Heinrich, es quien ha hecho confeccionar esta joya —dijo mi padre—. Hemos elegido esmeraldas porque él las tenía muy bellas y en número suficiente, porque las esmeraldas, entre todas las piedras de color, son las que más delicadamente ponen de relieve las tonalidades del cuello y del rostro de la mujer y porque a ti te gustan mucho las esmeraldas puras y de colorido profundo. Hemos procurado engarzar las piedras de acuerdo con tus principios. Se han dibujado muchos modelos, se los ha elegido, rechazado y otra vez elegido. Ha sido seguramente el mejor dibujante de nuestra ciudad quien, finalmente, compuso la obra que aquí ves. Desde entonces se ha trabajado casi día y noche para terminarla a tiempo. Pero el estuche no había que abrirlo, no fuese que mi hija, sólo por agradarme a mí, eligiese esa joya para el día de su boda y, muy a su pesar, dejase de ponerse otra más bella y valiosa que pudiese poseer.

—No posee otra más bella —replicó Risach—; la que ha llevado hoy la hemos mandado hacer también en el taller del amigo de Heinrich, según unos bocetos que hemos copiado libremente de objetos medievales. Mathilde, manda traer esa joya para que comparemos las dos.

Mathilde entregó a Natalie una llavecita, y ella misma fue a buscar la caja en la que estaba la joya. Era una combinación de diamantes y rubíes. Presentaba la suavidad, la pureza y la nobleza de una obra de arte medieval revestida de colores. Era un verdadero prodigio aquella íntima unión del brillo del agua y el rojo de la rosa repartida por aquellas delicadas formas que sólo habían podido nacer en la mente de nuestros antepasados. Y sin embargo, todos opinaron por unanimidad que el aderezo de esmeraldas no era en modo alguno inferior. Se rindió honor al artista contemporáneo.

—Pero seguramente no haya otro en nuestra ciudad, ni tal vez en un ámbito aún más amplio, que sepa dibujar así —dijo mi padre—, él no rinde tributo a la moda, sino a la esencia de las cosas y tiene una hondísima sensibilidad de la que afloran una gravedad y belleza sublimes. A menudo sus figuras me hacían pensar en los nibelungos o en la historia de los otones. Si ese hombre no fuera tan modesto y en lugar de hacer los trabajos con los que le agobian hiciera grandes pinturas, hoy por hoy no tendría parangón y sólo se le podría comparar con los grandes pintores del pasado.

—Una joya metida en su estuche —dijo una voz— es como una pintura sin marco, o, mejor aún, como un marco sin pintura.

—Sin duda es así —replicó Risach—, sólo se puede juzgar una cosa en su lugar, y como mi amigo ha resultado ser mi rival, no hay por qué rechazar que… Natta, ¿eres mi hija querida?

—¡Padre, y con qué gozo! —respondió ella.

Se levantó de su silla, se marchó y vino otra vez vestida de manera que se le pudiera colocar una preciosa alhaja. Primero fueron los diamantes y los rubíes. Qué maravillosa estaba Natalie, y cuán cierto resultaba que la joya era el marco. Por la mañana, presa de sentimientos opresivos y profundos, no pude prestar atención a la joya. Ahora veía las hermosas formas como rodeadas de una suave aureola. En el centro de todas las miradas, la joven se sonrojó, y las rosas de su tez dieron alma a los rubíes y la recibieron a su vez de ellos. Las expresiones de admiración fueron unánimes. A continuación le colocaron el aderezo de esmeraldas. Pero también éste era perfecto. La piedra oscura y profunda daba a la piel de Natalie algo serio, solemne, de una extraña belleza. Si el aderezo de diamantes parecía piadoso, el de esmeraldas era heroico. Ninguno se llevó la palma. Risach y mi padre también convinieron en ello. Natalie se despojó de ellos, ambas joyas volvieron a sus cajas, Natalie se las llevó y al cabo de algún tiempo apareció en su atuendo anterior.

Con el aderezo de esmeraldas ocurrió algo curioso. Los pendientes se quedaron en la caja. El aderezo de diamantes no tenía pendientes. Mathilde y Natalie no llevaban pendientes porque, según ellas, las joyas han de prestar servicio al cuerpo. Pero si el cuerpo recibe una herida para colgar de ella una joya, se pone al

servicio de la joya.

Cuando todavía se hablaba de las piedras preciosas, de su empleo y de qué distinta era su apariencia en el cuerpo y en el joyero, Eustach dijo una cosa que me pareció muy cierta.

—Nadie, en mi opinión, puede saber cuál es la finalidad propiamente dicha de las piedras preciosas. Para el ser humano, su más bello empleo es el adorno del cuerpo: en primer lugar, de las partes desnudas, pero después de sus vestidos y de cuanto está en contacto con él, como las coronas reales y las armas. En simples objetos, por importante que éstos sean, las piedras preciosas parecen muertas, y en los animales quedan degradadas.

Se siguió hablando de ese asunto, que se especificó con ejemplos.

—Como en nuestro certamen no ha habido vencedor —dijo Risach a mi padre—, vamos a ver ahora quién, con menos gastos, puede convertir su residencia en una mayor obra de arte, tú el Drenhof, o si prefieres llamarlo Gusterhof, o yo, el Asperhof.

—Tú me llevas ya la delantera —replicó mi padre—, y cuentas con buenos dibujantes; yo no he hecho más que empezar, y es probable que mi dibujante ya no me entregue más dibujos.

—Cuando nos falte trabajo en el Asperhof, prestaremos nuestros servicios al Drenhof —dijo Eustach.

—Y aunque tengamos trabajo aquí —intervino Risach—, suministraré armas al enemigo.

La tarde estaba bastante avanzada y no faltaba mucho para el anochecer. El almuerzo había terminado hacía tiempo, y, como ocurre a menudo, sólo departíamos sentados en torno a la mesa.

Me llamaba la atención hacía rato la actitud de Simón, el jardinero; pues tanto él como los servidores más destacados de la casa y de la granja estaban invitados a la comida. A los otros se les había ofrecido una comida en la granja. Aquella mañana, en recuerdo del día, le había regalado una cajita de plata con mi nombre grabado en la tapa. Él tenía esa cajita a su lado, sobre la mesa, y la manejaba inquieto. A veces decía algo en voz baja a su mujer, que estaba a su lado, y muchas veces se marchaba y regresaba de nuevo. En aquel momento entraba una vez más en la sala, después de haber salido. No tomó asiento y parecía luchar consigo mismo. Al cabo, se acercó a mí y dijo:

—Toda buena acción recibe su premio, y hoy va a tener usted otra gran alegría.

Le miré sin entender.

—Usted salvó de la ruina al *Cereus peruvianus* —continuó—, en cualquier caso habría podido sucumbir fácilmente, y a usted se debe que haya venido a parar a esta casa, y hoy mismo florecerá. He procurado detener el proceso mediante el frío, aun a riesgo de que perdiera el capullo, para que no floreciese antes de hoy. Todo ha salido bien. Un capullo está a punto de desplegarse. Dentro de pocos minutos puede estar abierto. Si los señores quisieran hacer el honor al invernadero…

—Sí, Simón, sí, ya vamos —dijo mi anfitrión.

Al punto nos levantamos de la mesa y nos dispusimos a salir en dirección a los invernaderos. Simon había apartado cuanto rodeaba el *peruvianus*, que se erguía en un pabellón acristalado propio, y había dejado sitio libre para contemplar la planta. Cuando llegamos, la flor ya se había abierto. Una gran flor, blanca, fastuosa, extraña. El elogio de todos fue unánime.

—Aunque muchos posean el *peruvianus* —dijo Simon—, porque tan raro no es, y aunque logren que su tronco sea fuerte y de gran altura, rarísimas veces consiguen que florezca. En Europa, pocas personas han visto esta flor blanca. Ahora se abre; mañana, al despuntar el día, habrá muerto. Su presencia es preciosa de por sí. Yo he logrado hacerlo florecer: y precisamente hoy. Es una gran dicha, que ha de causar la alegría más verdadera.

Nos quedamos allí bastante tiempo, esperando que se abriese por completo.

—Tampoco brotan muchas flores, como en las plantas comunes —prosiguió Simon—, sino siempre una sola, más tarde saldrá seguramente otra.

Mi anfitrión parecía disfrutar realmente mucho con la flor, asimismo Mathilde. Natalie y yo dimos gracias especiales a Simon por aquel gran obsequio y dijimos que nunca olvidaríamos esa sorpresa. El anciano tenía los ojos llenos de lágrimas. En torno a la flor había dispuesto lámparas que serían encendidas a la llegada del crepúsculo por si alguien quería contemplar de noche la flor.

Cuanto más la mirábamos, más nos gustaba aquella flor. En nuestros jardines había seguramente muy pocas que la igualaran en singularidad, elegancia y belleza. De los allí presentes, nadie la había visto nunca. Por fin nos marchamos, y algunos prometieron pasar otra vez por allí después del anochecer.

Cuando al regresar pasábamos junto a la floresta cercana a la senda de los tilos, sonó en el bosquecillo, muy cerca del camino, el tañido de una cítara. Risach, que llevaba del brazo a mi madre, se detuvo, asimismo mi padre y Mathilde y luego todos los demás que estaban junto a nosotros. Yo me acerqué con Natalie al bosquecillo, porque había reconocido al momento el modo de tocar de mi profesor de cítara.

Tocaba una melodía propia, después hacía una pausa, luego volvía a tocar y así sucesivamente. Eran melodías creadas por él o tal vez improvisadas en aquel momento. Tocaba con toda la intensidad y con todo el arte que había admirado tantas veces en él, y hasta parecía tocar ahora mejor que nunca. Era como si no amara en el mundo otra cosa que su cítara. Todos los que se hallaban próximos a él escuchaban inmóviles, y ni siquiera hubo un barrunto de aplauso. Sólo Mathilde dirigió una mirada a Natalie, que venía a significar: eso ni lo hemos oído nunca, ni nunca seremos capaces de producirlo. La cítara era un ser vivo, que hablaba un lenguaje que nadie conocía pero todos entendían. Cuando por fin parecía que la música ya no empezaría otra vez, penetré con Natalie en la floresta, y allí estaba sentado en una mesita mi citarista y tenía delante su cítara. Su traje era de paño gris y muy raído, su sombrero verde estaba sobre la mesa, junto a la cítara.

—Joseph, ¿estás otra vez en la comarca? —le pregunté.

—No del todo —replicó—, he venido con la idea de tocar para usted el día de su boda.

—Es lo que has hecho y nadie sabe hacerlo como tú —dije—, y en agradecimiento voy a procurarte una cosa que te alegrará más que ninguna otra. Lo que voy a darte no podrá estar en mejores manos que en las tuyas. Hay que reunir lo que empareja. De todos modos estoy contigo en deuda de gratitud por el celo con que me enseñaste y por acompañarme en la montaña.

—Ya me pagó por ello, y lo de hoy lo he hecho por propia voluntad —dijo.

—Espera aquí unos días, y recibirás lo que te digo —repliqué.

—Esperaré con mucho gusto —respondió.

—Recibirás el mejor trato —dije.

Entretanto se habían acercado todos los demás y cubrieron al hombre de elogios. Risach lo invitó a quedarse algún tiempo en su casa. Él tocó algunas melodías más, casi se olvidó de que lo estaban escuchando, se sumergió en su música y cesó finalmente sin tener en cuenta a los circunstantes, como era habitual en él. Entonces, nos marchamos nosotros.

Llamé enseguida al mayordomo y le dije que me procurase un mensajero que estuviese dispuesto a partir inmediatamente al Echertal. El mayordomo lo prometió. Escribí unas líneas al constructor de cítaras, adjunté el dinero necesario, prometí enviar más si fuese menester, y pedí que entregara, bien embalada en un cajón, la tercera cítara, la misma que teníamos mi hermana y yo, al mensajero que le llevaba la carta. Llegó el mensajero, le di la misiva y las instrucciones pertinentes, y él prometió recurrir incluso a la ayuda de aquella misma noche y estar de vuelta lo antes posible. Me sentí entonces a salvo, no fuese que la cítara pasara a otras manos en el último momento, caso de que aún estuviese allí.

Entretanto había caído la noche. Fui otra vez con Natalie y Klotilde al *Cereus peruvianus*, que casi era más bello aún a la luz de las lámparas. Simon parecía querer estar en vela a su lado. Siempre entraba y salía gente de allí. También oímos tocar otra vez a Joseph. Tocaba en la sala grande de abajo, nosotros entramos, él tenía delante un buen vino que le había enviado Risach. Toda la casa se había reunido en torno a él. Estuvimos escuchándole largo tiempo, y ahora comprendió Klotilde por qué, en la sierra, yo había deseado tanto que ella oyera a ese hombre.

Una parte de los invitados había partido ya ese mismo día, otra parte quería hacerlo al amanecer del día siguiente y algunos querían quedarse aún.

En el transcurso de la mañana siguiente, cuando el número de los asistentes había disminuido mucho, aparecieron algunos regalos más. Risach nos llevó al almacén contiguo a la ebanistería. Allí habían hecho un hueco en el que se encontraban varios objetos cubiertos de paños. Risach mandó descubrir el primero, era una mesa artísticamente tallada y tenía como tablero el mármol que yo trajera tiempo atrás a mi anfitrión y sobre cuyo destino nunca supe nada con seguridad.

—Este tablero es más hermoso que mil otros —dijo Risach—, por eso doy, así transformado, el regalo de mi amigo de antes a mi hijo de ahora. Nada de agradecimientos hasta que todo haya pasado.

A continuación fue descubierto un escritorio, grande y alto.

—Una divertida sorpresa que te dedica Eustach —dijo Risach.

El escritorio estaba confeccionado, en trabajo de taracea, con todas las maderas que ofrece nuestra tierra. Eustach había ideado la composición. El mueble tenía un encanto extraordinario. Cuando estuve en invierno en el Asperhof vi cómo trabajaban en ese escritorio. Me pareció singular tal colección de maderas, y no adiviné el empleo del escritorio. Estaba destinado a mi despacho, para mis carpetas.

Por último fueron descubiertos varios objetos. Eran los complementos de los revestimientos de mi padre. Eso se reconoció nada más verlo y causó alegría; pero no se podía discernir si eran originales o copias. Risach lo explicó todo. Eran copias. A ese fin me habían pedido las reproducciones de los revestimientos de mi padre. Roland estuvo buscando en vano los auténticos. Había tomado medidas guiándose por los trozos

existentes y buscó lugares que coincidieran con esas medidas. Por fin, en una parte retirada de los relieves en madera de la casa de piedra, encontró tablones que correspondían exactamente a esas medidas. Algunas tablas estaban podridas, otras partidas, y presentaban las huellas de haberles sido arrancados los relieves. Así pues, era casi seguro que las partes que faltaban habían desaparecido. Por eso hicieron las copias. En aquella misma visita invernal también vi el conjunto de tablas preparado para esos relieves. Mi padre declaró que el trabajo era bellísimo.

—Admito que nos ha tomado mucho tiempo, querido amigo —dijo Risach—, pero lo hemos confeccionado para ti, y encajará perfectamente en tu pabellón de cristal o será fácil adaptarlo; a no ser que prefieras llevar los relieves al Drenhof.

—Así será, amigo mío —dijo mi padre.

Fue sólo entonces cuando llegó el momento de dar las gracias y de expresar alegría. Los donantes rechazaron toda muestra de agradecimiento. Se decidió llevar en breve los objetos a su lugar de destino.

Aquel día y durante los siguientes se fueron marchando poco a poco todos los invitados, y a partir de entonces empezó una vida placentera en una gran familia. Risach nos había preparado una preciosa vivienda a Natalie y a mí. No era grande, pero sí encantadora. Durante mis dos años de ausencia, habían revestido sus paredes y habían comprado muebles excelentes. Nosotros, sin embargo, nos decidimos por el Sternenhof como residencia habitual, hasta que Gustav se hiciera cargo de él, a fin de que Mathilde no estuviera tan sola hasta entonces. Pero yo iría a menudo al Asperhof, para entrevistarme o trabajar con Risach, a menudo irían conmigo los otros, y a menudo nos haríamos recíprocas visitas en el Gusterhof o en el Sternenhof o en la ciudad, y nos quedaríamos por algún tiempo en cada sitio. Yo tenía proyectado un largo viaje con Natalie. Y caso de que hubiera de ausentarme por cualquier asunto, cada una de las casas reclamaba el derecho de dar albergue a Natalie. El citarista tocaba para nosotros a diario, y a menudo durante bastante tiempo. A los cinco días llegó la cítara. Se la entregué y él, cuando la reconoció, casi perdió el color de pura alegría. Ese regalo era sin duda alguna el mejor para él; nunca se separaría de aquel obsequio, mientras que tal vez acabaría malvendiendo cualquier otro. Cuando hubo afinado y pulsado la cítara, vimos qué perfecta era. Él casi no quería dejar de tocar. Risach, además, mandó hacerle una funda de piel impermeable. Al cabo de unos días, se despidió y se marchó.

Todos hicimos un pequeño viaje a la Posada de los Arces, donde Risach, Mathilde, mis padres y Natalie conocieron a Kaspar y a los otros que tuvieron trato conmigo. Nos quedamos seis días en Los Arces. Desde allí nos fuimos al Sternenhof. Ya le habían quitado todo el revoque y aparecía con la pureza de su forma originaria. Allí también nos llevaron a las habitaciones que habían preparado para nosotros durante mi ausencia. En aquel vasto edificio todo podía ser mucho más espacioso que en el Asperhof. La instalación era la de una vivienda independiente y completa.

Del Sternenhof fuimos a la ciudad. Hicimos todas las visitas que eran necesarias en los círculos de mis padres y de Mathilde. Risach presentó a varios amigos a su recién casada hija adoptiva junto con su esposo y su madre. Me enteré de que mi casamiento con Natalie Tarona había causado revuelo; me enteré de que en especial algunos amigos míos —al menos por tales se habían tenido— afirmaban que no podían comprenderlo. La inclinación que sentía por mí Natalie era para mí un regalo y, por tanto, incomprensible; pero cuando lo dijeron ellos comprendí que no era incomprensible. Fui a ver a mi amigo, el de las joyas, que seguía siendo un amigo de verdad. Mi felicidad le causaba una honda alegría. Lo introduje en nuestra familia. Él, por su parte, conocía ya a todos los miembros de ésta. Le di las más expresivas gracias por la fastuosa montura de los diamantes y rubíes y por el aderezo de esmeraldas. Él estaba contentísimo por lo que habían opinado Risach y mi padre.

—Si tuviéramos un gran número de clientes como estos dos señores, querido amigo —dijo—, nuestro oficio pronto rozaría los límites del arte, y hasta llegaría a formar una unidad con él. Sería un placer trabajar, y los compradores se darían cuenta de que el trabajo del espíritu tiene también su precio, como las piedras preciosas y el oro.

Adquirí en su tienda un reloj de gran valor y con artísticos adornos, como réplica placentera al escritorio de Eustach. Lo eligió Klotilde. Para Roland mandé montar un rubí en una sortija, a fin de que la llevara como recuerdo mío y en reconocimiento de sus esfuerzos por encontrar las partes que faltaban a los revestimientos de los pilares.

—De todos modos, es un rival mío —dije—, a menudo dirigía a Natalie largas e intensas miradas.

—Eso tiene una causa bien inocente —replicó mi amigo y anfitrión—, Roland ha ido a encontrar una amiga con los mismos ojos y los mismos cabellos que Natalie: nos lo ha dicho muchas veces. La muchacha es la hija de un guarda forestal de la sierra y siente gran afecto por él. Como el pobre a menudo tenía que dejar de verla durante mucho tiempo, encontraba alivio mirando a Natalie. Hay problemas con ese joven,

yo deseo su bien. Puede llegar a ser un artista de relieve o también un desventurado, si ese fervor que ahora siente por el arte cambia de objeto y se vuelve contra el íntimo ser del propio joven. Pero espero poder llevarlo todo a buen término.

Cuando hubimos liquidado en la ciudad todo lo necesario, se emprendió el viaje de regreso, esta vez al Asperhof. Se acercaba la época de la floración de las rosas, y ese año las familias reunidas la celebrarían, por primera vez después de su unión, con especial solemnidad, viendo en ella un recuerdo del pasado pero también una señal para el futuro. Mi padre vería qué violencia es capaz de ejercer la masa y la diversidad, aunque esa masa y esa diversidad no fuesen sino rosas. Terminada la floración de las rosas, todas y cada una de las cosas que habían quedado interrumpidas por el casamiento retornarían a su antiguo cauce.

Cuando llegamos al Asperhof, logré por fin un poco de descanso. Fue entonces cuando también pude examinar los papeles que nos habían dado Risach y mi padre, y me llené de asombro. Ambos contenían para nosotros mucho más de lo que ni lejanamente habríamos supuesto. Risach quería seguir administrando aquella casa hasta su muerte, como había hecho hasta entonces, para poder seguir disfrutando hasta el final de su tardío verano, según decía él. Pero agradecería nuestro asesoramiento y nuestra ayuda en la explotación. Ya nos había entregado una parte sustancial de su capital. Y como a menudo podrían habitar dos familias en el Asperhof, los papeles iban acompañados de unos planos, para que en un hermoso emplazamiento situado entre la Casa de las Rosas y la granja, justo en el límite con los campos de cereales, se construyera una casa, cuyas obras podrían dar comienzo enseguida. Pero lo que nos había legado mi padre también podía parangonarse con todo el patrimonio de Risach y superaba ampliamente mis expectativas. Cuando le dimos las gracias y expresé mi asombro, dijo mi padre:

—Quédate tranquilo; Klotilde y yo no sufriremos por eso ningún perjuicio. También he tenido mis secretos deleites y mis aficiones. Todo ello proviene de los menospreciados oficios burgueses, ejercidos con la sencillez del burgués. Lo que es poco vistoso tiene también su orgullo y su grandeza. Pero ahora quiero decir adiós para siempre a esa afición al despacho que ha ido tomándome poco a poco y vivir sólo para mis pequeños pasatiempos, de manera que también yo disfrute de un verano tardío, como tu Risach.

Cuando ya llevábamos algún tiempo en la Casa de las Rosas, Natalie y yo fuimos a hablar con nuestro nuevo padre y le pedimos que aceptara de nosotros una promesa, aceptación que nos causaría gran alegría.

—¿Y cuál es? —preguntó.

—Que si tú abandonases este mundo antes que nosotros, no queremos hacer ningún cambio y lo dejaremos todo, en la casa y en la finca, tal como está, para que tu amada memoria perdure y se transmita —dijimos.

—Eso sería demasiado —respondió—, prometéis algo cuya magnitud no conocéis. No tengo derecho a encadenar de esa manera vuestra voluntad y vuestro modo de vida, las consecuencias podrían ser nefastas. Si queréis honrar mi memoria y que perdure en muchos aspectos, hacedlo inculcando ese espíritu en vuestros descendientes; fuera de eso, haced lo que deseéis y lo que fuere necesario. Mientras yo viva, nosotros mismos vamos a hacer cambios, a embellecer, a edificar; todavía quiero tener satisfacciones, y prefiero hacer obras y cambios con vosotros que solo.

—Pero el arroyo de los alisos ha de permanecer como está, en recuerdo de los hermosos muebles.

—Disponed mediante documento público que nada le ocurra en el transcurso de las generaciones, hasta que sus últimos vestigios se pudran o queden barridos por un aguacero.

Besó a Natalie en la frente, como le gustaba hacer, a mí me tendió la mano.

Terminada la época de las rosas, realmente deleitable y asombrosa para mi familia, que nunca había visto nada parecido, nos despedimos; la unión que había durado tanto tiempo se deshizo, y los días volvieron a su curso habitual. Mis padres se fueron con Klotilde al Gusterhof, donde querían quedarse hasta el invierno, y yo me trasladé con Natalie a nuestra residencia principal, al Sternenhof. Nosotros seríamos la familia titular de aquella casa, Mathilde viviría con nosotros y comería en nuestra mesa. Yo sería también el encargado de administrar la finca. Acepté esa obligación y rogué a Mathilde que me prestara ayuda en la medida que ella quisiera. Me lo prometió.

Así el tiempo asumió otra vez sus derechos, y, semana tras semana, transcurría la vida, sencilla y uniforme.

Sólo hubo variación en el otoño. Los primos de la casa natal de mi padre fueron al Gusterhof, a ver a mis padres. Nosotros también viajamos allí para verlos. Mi padre los colmó de regalos e hizo que retornaran a su tierra en coche.

Al empezar el invierno, el cuadro de Roland quedó terminado. Debido a su tamaño hubo que enrollarlo, tenía un gran marco dorado desmontable y quedó expuesto sobre un caballete en la sala de los mármoles. Todos viajamos al Asperhof. El cuadro fue contemplado y comentado una y otra vez. Roland se encontraba

en estado de exaltación, porque, con independencia de lo que opinaban los demás, ya alabaran su obra, ya insinuaran también que habría que mejorar esto o aquello, él, en su interior, se prometía sin duda que un día podría tal vez llevar a cabo una obra muy superior, una obra incluso muy grande. Risach le proporcionó los medios para viajar y ordenó hacer los preparativos para que partiera enseguida camino de Roma. Gustav aún tenía que pasar el invierno en el Asperhof. En la primavera saldría por fin al mundo.

Así se establecieron y trabaron múltiples relaciones.

Una vez, estando yo en el Sternenhof, Mathilde me había dicho que la vida de las mujeres era limitada y dependiente, que Natalie y ella ya no tenían apoyo en ningún pariente, que habían de tomar la iniciativa como un hombre y vivir en el reflejo de sus amigos. Tal era su situación, dijo, y esa situación continuaba, de acuerdo con su naturaleza, y seguía desarrollándose. Yo tomé nota de aquellas palabras y las guardé en el fondo del corazón.

Una parte de ese desarrollo, creía yo ahora, había llegado, la segunda vendría cuando Gustav se estableciera allí. Conmigo, las mujeres habían vuelto a tener un apoyo, de manera que su existencia tuviera de nuevo un núcleo sólido; a través de mí se habían creado nuevos vínculos entre ellas y mi familia, y hasta la relación con Risach se había perfeccionado y afirmado. Algún día, Gustav llevaría a término la interrelación familiar.

Por lo que a mí respecta, después del viaje colectivo a las tierras altas, me había preguntado si el trato con buenos amigos, el arte, la literatura, la ciencia, circunscribían y coronaban la vida o si había algo más que la englobaba y la llenaba de una dicha mucho mayor. Esa dicha mayor, una dicha que parece inagotable, me ha llegado por un lado muy distinto del que podía imaginar entonces. No sé si llegaré lejos en el campo de la ciencia, del que nunca he querido desertar, si Dios me concederá la gracia de estar entre sus grandes representantes; pero una cosa es segura, la pura vida familiar postulada por Risach está fundada, persistirá con la misma plenitud, como lo garantizan nuestra inclinación y nuestros corazones, yo administraré mis bienes, seré útil en otros aspectos, y todo, incluso la aspiración científica, tiene desde ahora sencillez, firmeza y significado.

DATOS BIOGRÁFICOS

1805 Nace el 23 de octubre en Oberplan, en Bohemia meridional (Imperio austro-húngaro), hijo del tejedor Johann Stifter y de su esposa, Magdalena Stifter.
1817 Muere el padre en accidente de trabajo. Adalbert trabaja en el campo para contribuir a la subsistencia de la familia.
1818 Ingresa en el *Gymnasium* de la abadía benedictina de Kremsmünster (Alta Austria). Allí le fue inculcado el amor a la naturaleza, a las artes y a las letras. Dirá más tarde que fueron los mejores años de su vida. Fue un alumno brillante.
1820 Magdalena Stifter contrae segundas nupcias.
1826 Se matricula en la Facultad de Derecho de la Universidad de Viena. Es un buen estudiante pero al final pierde el interés y no termina la carrera. Se gana la vida como preceptor de niños de la alta sociedad vienesa.
1827 Conoce a Fanny Greipl, que será el amor de su vida. Ella, pese a la oposición de la familia, le esperará varios años.
1830 Accede a los círculos artísticos y literarios de Viena. Escribe poesías y algún relato y pinta paisajes. Se enfrían sus relaciones con Fanny.
1832-1833 Busca, sin éxito, un puesto de funcionario estatal. Conoce a la sombrerera Amalie Mohaupt, con la que inicia una relación amorosa. Es pintor paisajístico, pero vende poco; da clases particulares y vive en una pobreza casi extrema.
1835 Desengañado porque Fanny tiene un pretendiente oficial, promete el matrimonio a Amalie. Pero el mismo año escribe una apasionada carta de amor a Fanny. Ella no reacciona y se casará en 1836.
1837 El 15 de noviembre contrae matrimonio con Amalie. Escribe con más dedicación, sigue pintando y dando clases.
1839 Pinta varios de sus mejores paisajes («Ruina de Wittinghausen»), Fanny muere de parto en septiembre.
1840 Publica con éxito en diversas revistas varios relatos: *Der Condor* [El cóndor], *Feldblumen* [Flores del campo] y se convierte en un escritor conocido.
1842-1844 Con la novela corta *Abdias* su fama de escritor se extiende por el ámbito alemán. Llueven los encargos. Escribe y publica *Das alte Siegel* [El viejo sello], *Brigitta, Der Hagestolz* [El solterón], *Der Waldsteig* [La vereda del bosque]. Empieza a publicar volúmenes de relatos, que titula *Studien*. Serán finalmente seis volúmenes y su obra de mayor éxito.
1843-1846 Da clases de física y matemáticas al hijo del canciller príncipe Metternich.
1847 El matrimonio no tiene hijos y adopta a la niña de seis años Juliane Mohaupt, sobrina de Amalie.
1848 Revolución en Europa Central. Cae el régimen, Metternich tiene que huir. Stifter saluda el cambio con entusiasmo y es designado elector de su distrito para la Asamblea de Fráncfort. Pero, desengañado muy pronto por los excesos de la revolución, se retira a Linz.
1849 *Redactor del* Linzer Zeitung *y del* Wiener Bote.
1850-1853 Es nombrado inspector de enseñanza primaria y conservador de los monumentos de la Alta Austria. Publica *Piedras de colores*, colección de relatos.
1854 Primeros síntomas, psíquicos y físicos, de una enfermedad nerviosa. Su esposa y él tienden al dispendio, viven en continua necesidad de dinero: el sueldo de inspector es modesto, la venta

de libros, aun siendo un escritor ya célebre, no aporta muchos beneficios. Bebe y come en exceso.
1856 Publica *Verano tardío*. Los coetáneos no entienden la obra y la acogen con escepticismo.
1859 Juliane, la sobrina adoptada, huye de casa a los dieciocho años, y cuatro semanas después encuentran su cadáver en el Danubio.
1860-1863 Aumentan los trastornos orgánicos y psíquicos. Enferma del hígado. Escribe *Der Waldbrunnen* [El manantial del bosque] y *Nachkommenschaften* [Descendencias]. Se multiplican los permisos por enfermedad y las estancias en sanatorios.
1865 Publica el primer volumen de *Witiko*, su gran novela de carácter histórico. Consigue la jubilación anticipada por enfermedad.
1866-1867 Publica el segundo y tercer volumen de *Witiko*. Trabaja en la última versión de *Die Mappe meines Urgrossvaters* [La carpeta de mi bisabuelo] (serie de relatos).
1868 La cirrosis le causa dolores insoportables. Guarda cama desde hace dos meses. El 26 de enero, pasada la medianoche, se abre la garganta con una navaja de afeitar. Muere, sin haber recobrado la consciencia, el 28 de enero.

ADALBERT STIFTER (Oberplan, 1805 Linz, 1868) fue un escritor austriaco perteneciente a la corriente *Biedermeier*.

La vida de Stifter, llena de dificultades, contrasta en general con sus ideales de belleza, de armonía, de perfección moral y estética. Ha sido admirado y defendido como modelo por muchos escritores, desde Hugo von Hofmannsthal hasta Peter Handke, su gran valedor contemporáneo. Hoy en día se ha extendido muy notablemente su renombre.